LA GRAN GUERRA

PETER HART

1914-1918



HISTORIA MILITAR DE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

CRÍTICA

Índice

La Gran Guerra

Peter Hart

Título original: *The Great War*

First published in Great Britain in 2013 by PROFILE BOOKS LTD

www.profilebooks.com

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

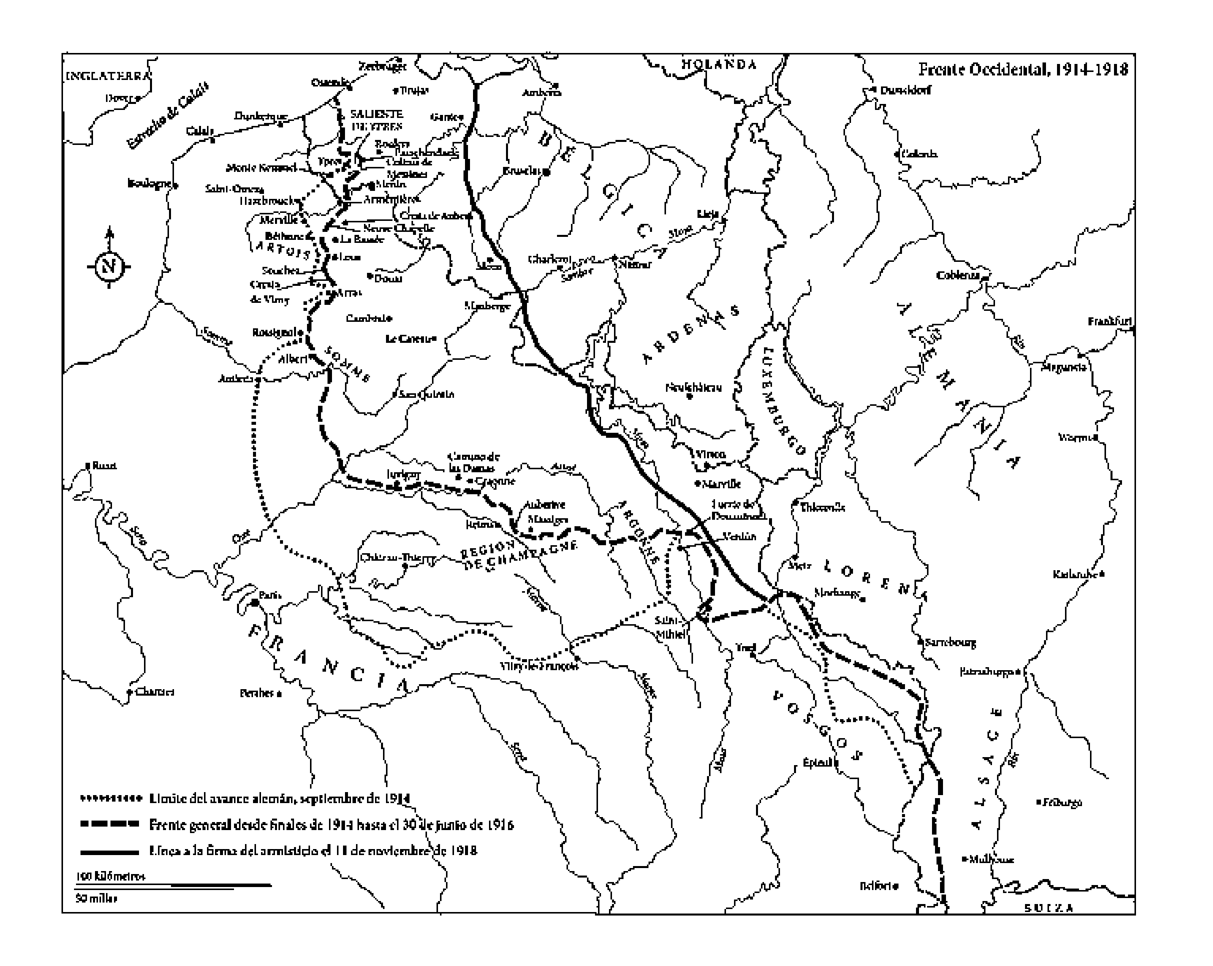
Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2014

ISBN: 978-84-9892-701-6 (epub)

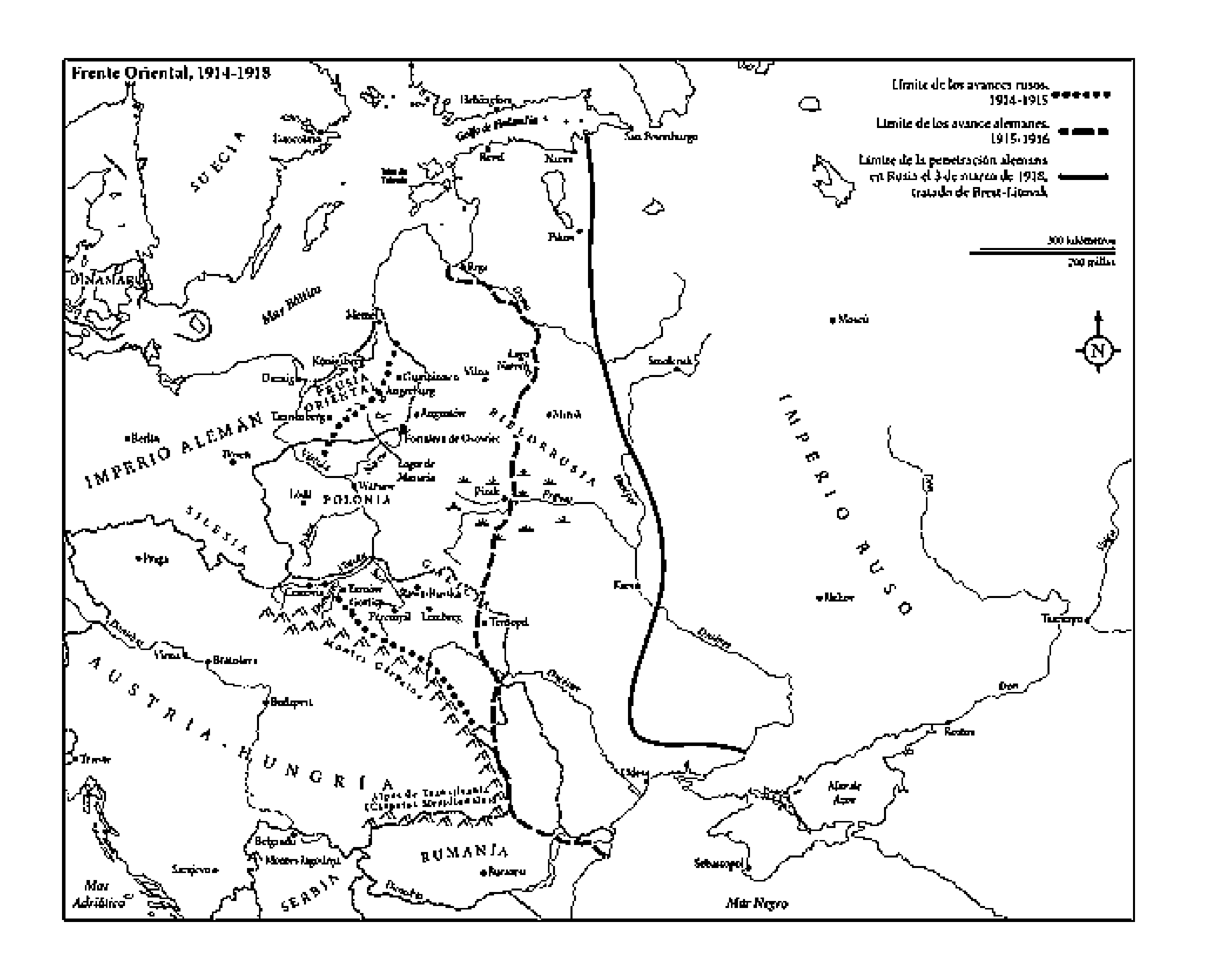
Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

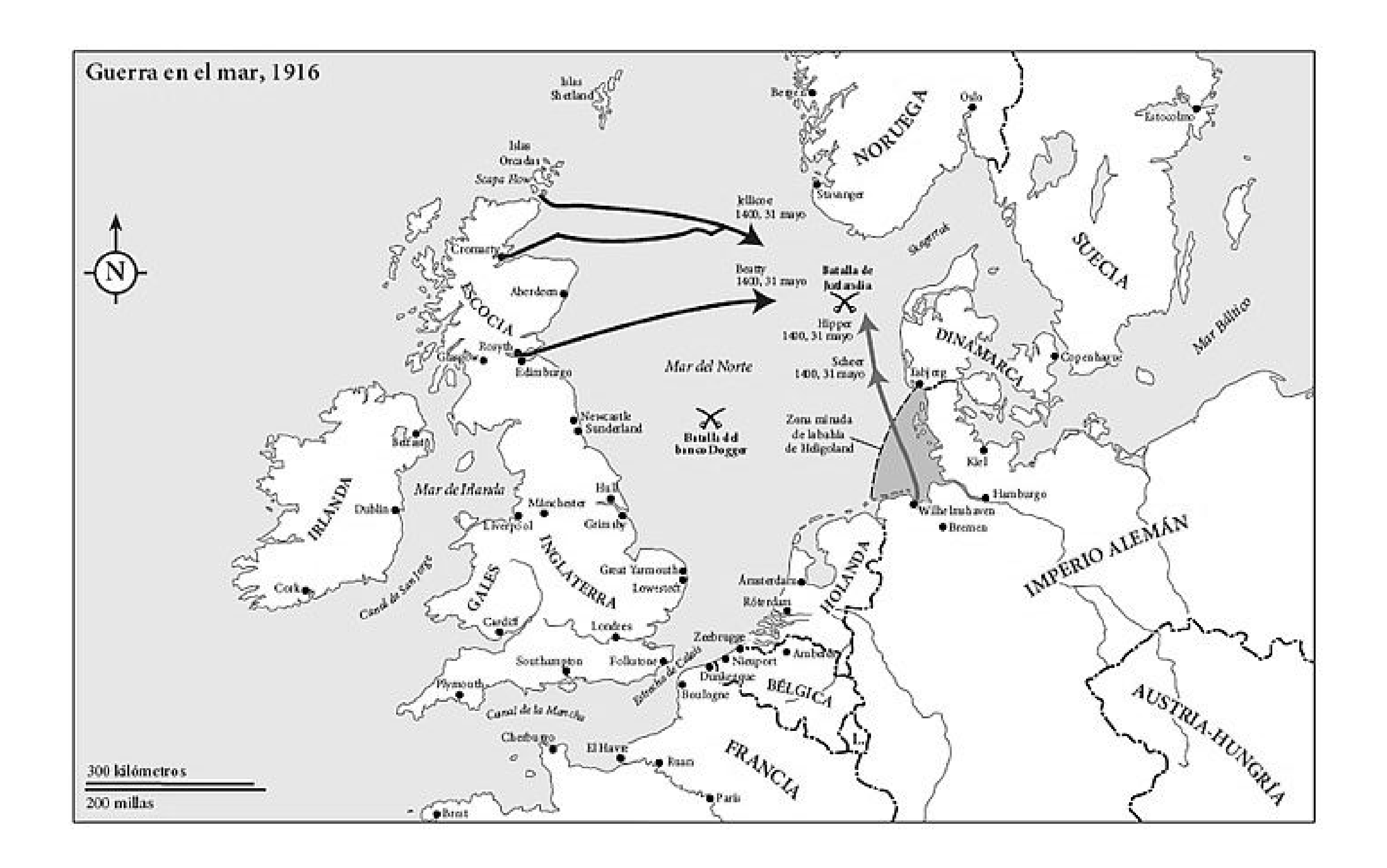
www.newcomlab.com

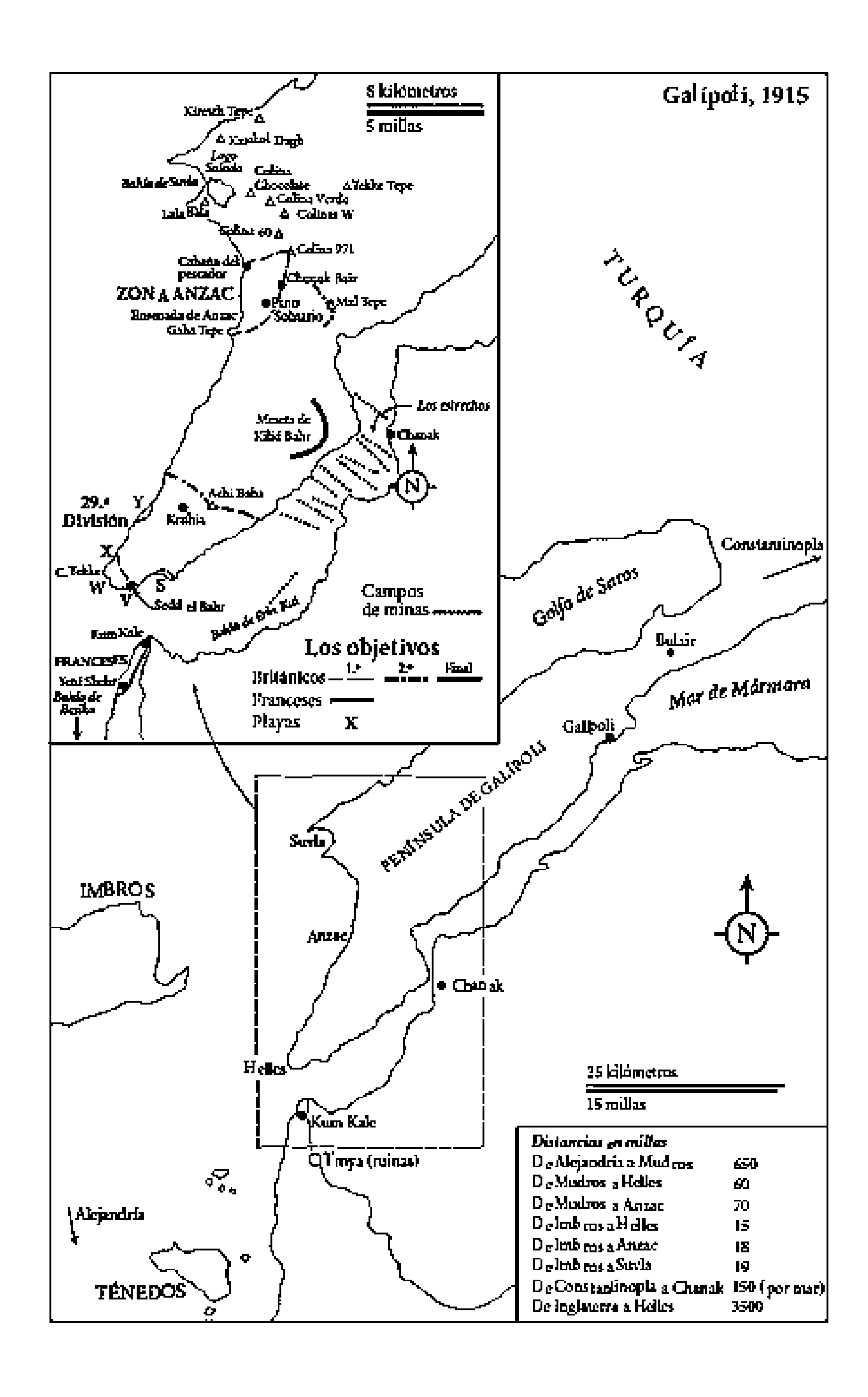
Mapas

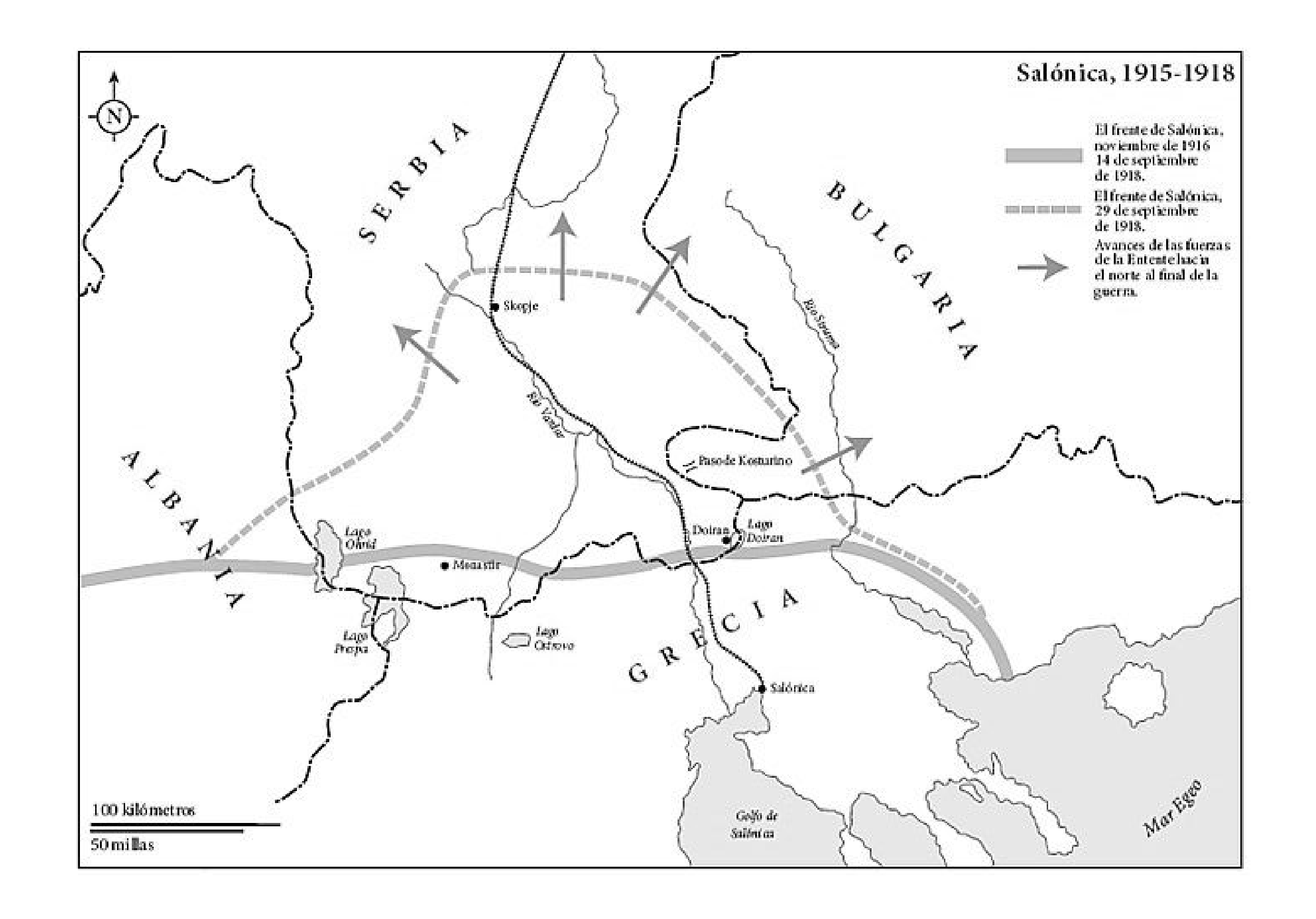


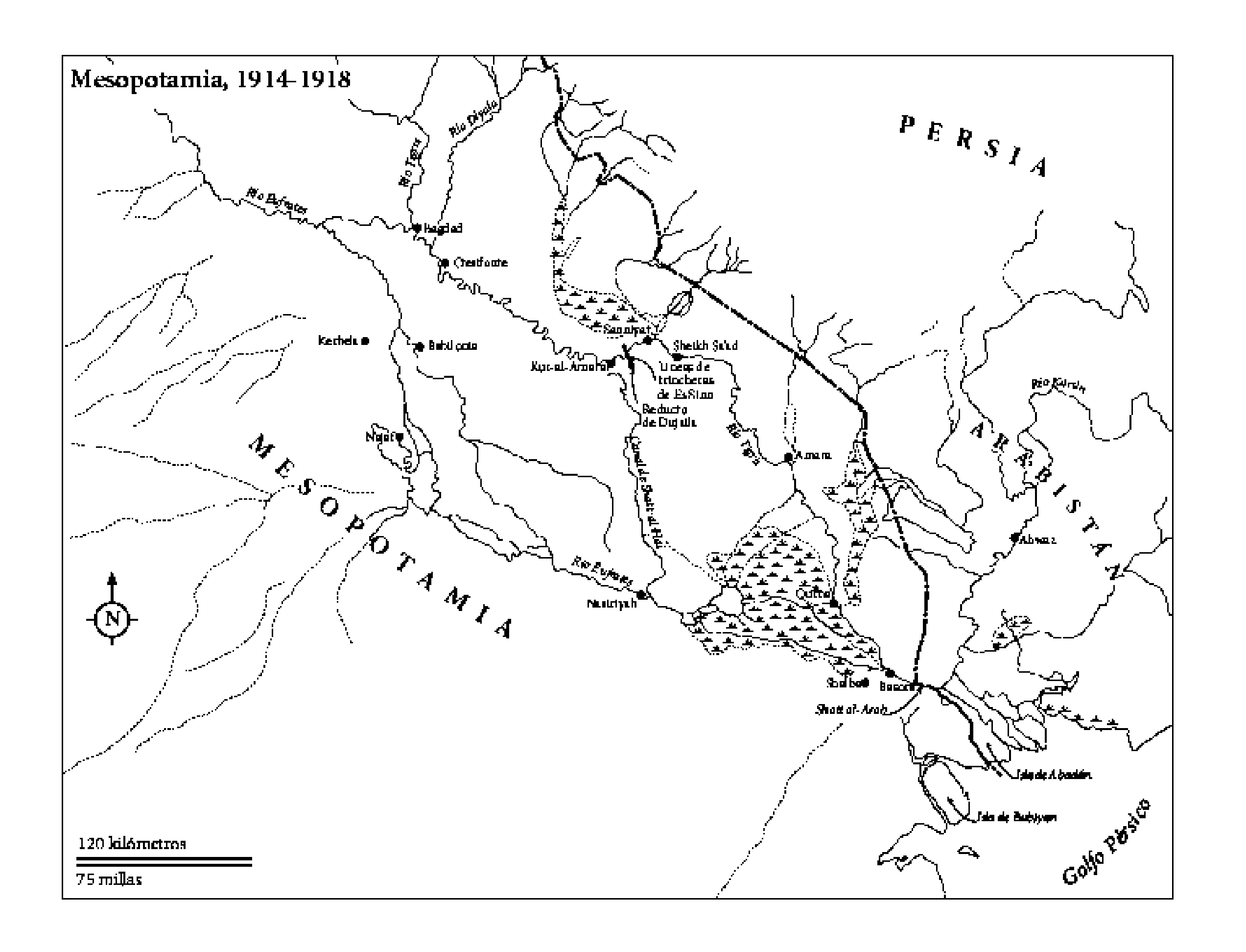
Frente Occidental, 1914-1918
INGLATERRA
Estrecho de Calais
HOLANDA
BELGICA
ALEMANIA
LUXEMBURGO
ARDENAS
ARGONNE
LORENA
VOSGOS
ALSACE
SUIZA
FRANCIA
ARTOIS
SOMME
REGION DE CHAMPAGNE
SALIENTE DE YPRES
Zeebrugge
Ostende
Brujas
Amberes
Gante
Dunkerque
Calais
Dover
Boulogne
Ypres
Bruselas
Lieja
Charleroi
Arras
Douai
Cambrai
Le Cateau
Albert
Amiens
San Quintín
Neufchâteau
Reims
Château-Thierry
París
Saint-Mihiel
Verdún
Metz
Morhange
Sarrebourg
Estrasburgo
Epinal
Belfort
Mulhouse
Friburgo
Coblenza
Colonia
Dusseldorf
Frankfurt
Maguncia
Worms
Karlsruhe
Rouen
Chartres
Perthes
Vitry-le-François
Límite del avance alemán, septiembre de 1914
Frente general desde finales de 1914 hasta el 30 de junio de 1916
Línea a la firma del armisticio el 11 de noviembre de 1918
100 kilómetros
50 millas

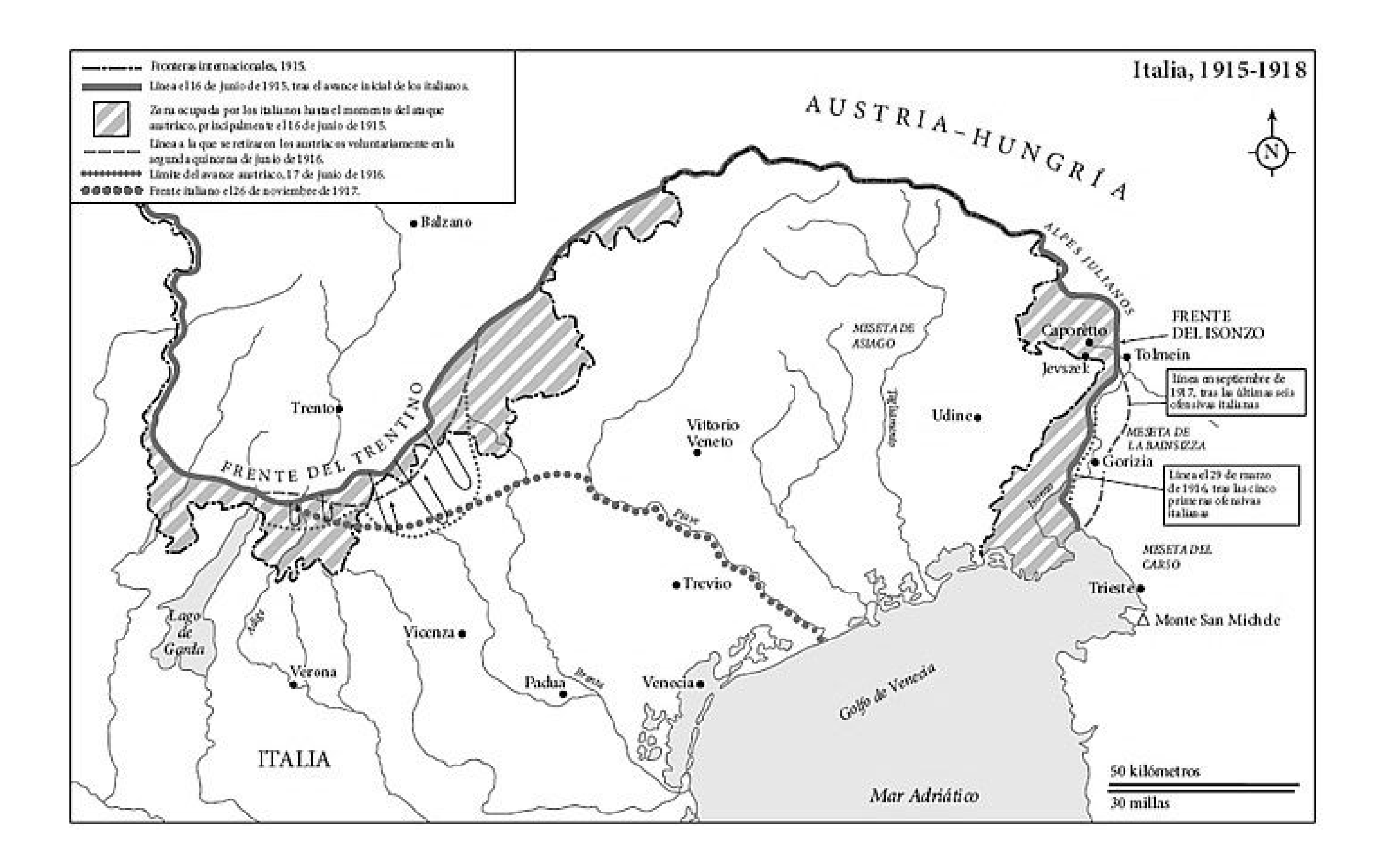

Frente Oriental, 1914-1918
Límite de los avances rusos, 1914-1915
Límite de los avance alemanes, 1915-1916
Límite de la penetración alemana en Rusia el 3 de marzo de 1918, tratado de Brest-Litovsk
300 kilómetros
200 millas
SUECIA
DINAMARCA
Mar Báltico
Helsingfors
Golfo de Finlandia
San Petersburgo
Reval
Narva
Pskov
Riga
Memel
Königsberg
Danzig
PRUSIA ORIENTAL
Gumbinnen
Angerburg
Vilna
Lago Narocz
Tannenberg
Augustów
Minsk
Berlín
IMPERIO ALEMÁN
Fortaleza de Osowiec
BIELORRUSIA
Posen
Lagos de Masuria
Varsovia
Pinsk
Lodz
POLONIA
Smolensk
Moscú
IMPERIO RUSO
SILESIA
Praga
Cracovia
Tarnów
GALITZIA
Przemyśl
Lemberg
Tarnopol
Kiev
Járkov
Viena
Bratislava
Montes Cárpatos
AUSTRIA-HUNGRÍA
Budapest
Trieste
Alpes de Transilvania
Belgrado
SERBIA
Sarajevo
RUMANÍA
Bucarest
Mar Adriático
Odesa
Mar de Azov
Sebastopol
Mar Negro
Rostov
Don
Dniéper
Danubio

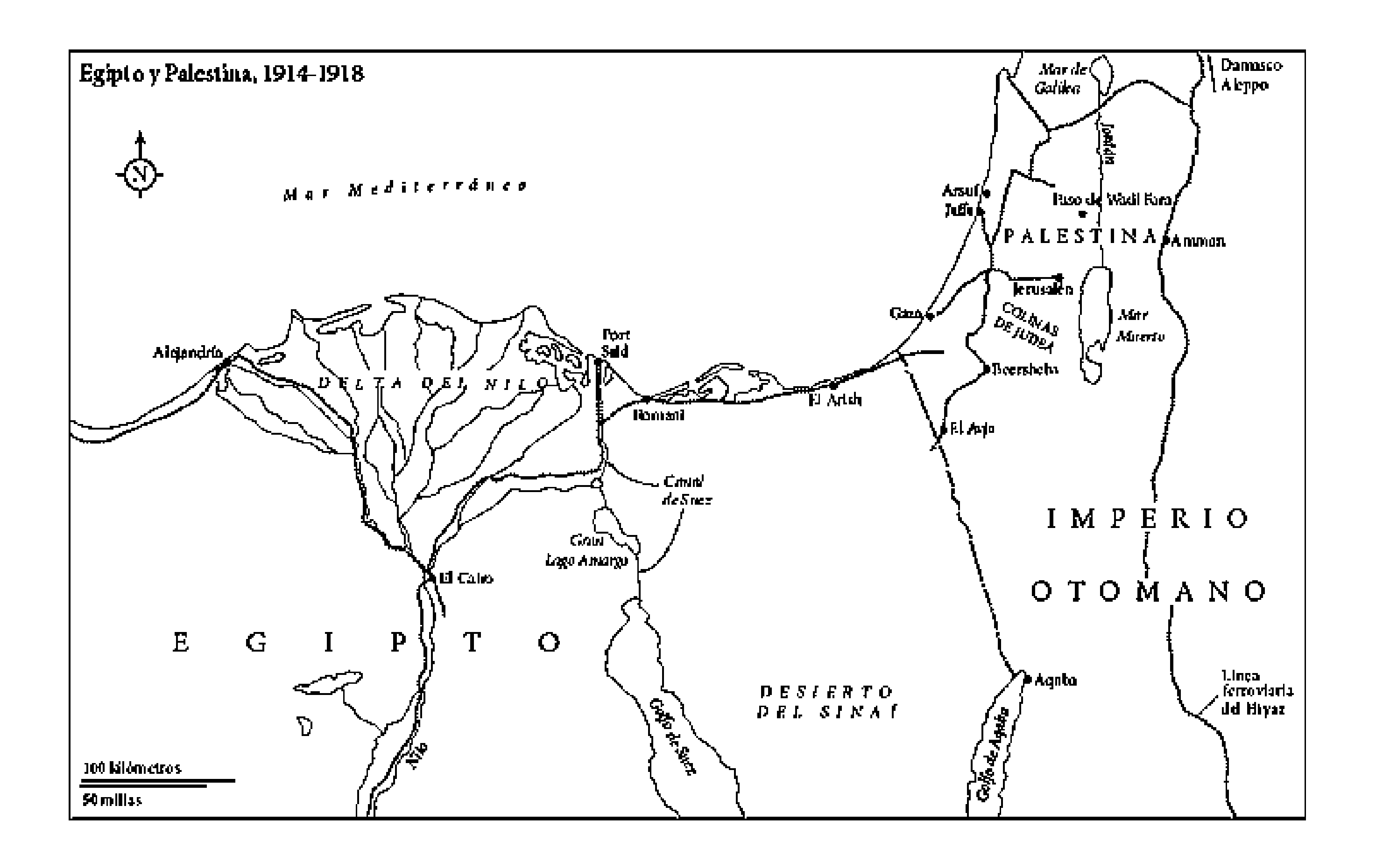

Guerra en el mar, 1916
N
Islas Shetland
Islas Orcadas
Scapa Flow
Cromarty
Aberdeen
ESCOCIA
Rosyth
Glasgow
Edimburgo
Newcastle
Sunderland
IRLANDA
Belfast
Dublín
Cork
Canal de San Jorge
Mar de Irlanda
Manchester
Liverpool
Hull
Grimsby
INGLATERRA
GALES
Cardiff
Great Yarmouth
Lowestoft
Londres
Southampton
Folkstone
Plymouth
Canal de la Mancha
Estrecho de Calais
Cherburgo
El Havre
Ruan
París
Brest
FRANCIA
Boulogne
Dunkerque
Nieuport
Zeebrugge
Amberes
BÉLGICA
Róterdam
Ámsterdam
HOLANDA
Mar del Norte
Batalla del banco Dogger
Jellicoe
1400, 31 mayo
Beatty
1400, 31 mayo
Batalla de Jutlandia
Hipper
1400, 31 mayo
Scheer
1400, 31 mayo
Zona minada de la bahía de Heligoland
Wilhelmshaven
Bremen
Hamburgo
Kiel
IMPERIO ALEMÁN
AUSTRIA-HUNGRÍA
DINAMARCA
Copenhague
Skagerrak
NORUEGA
Bergen
Stavanger
Oslo
SUECIA
Estocolmo
Mar Báltico
300 kilómetros
200 millas


Galípoli, 1915
8 kilómetros
5 millas
Kiretch Tepe
Lago Salado
Bahía de Suvla
Colina Chocolate
Yekke Tepe
Colina Verde
Colina W
Lala Baba
Colina 60
Colina 971
Cabaña del pescador
Chunuk Bair
ZON A ANZAC
Pino Solitario
Mal Tepe
Ensenada de Anzac
Gaba Tepe
Los estrechos
Meseta de Kilid Bahr
Chanak
N
29.ª División
Y
Achi Baba
Krithia
X
C. Tekke
W
S
V
Sedd el Bahr
Bahía de Eski Kui
Campos de minas
Kum Kale
FRANCESES
Yeni Shehr
Bahía de Besika
Los objetivos
Británicos 1.º 2.º Final
Franceses
Playas X
TURQUÍA
Constantinopla
Golfo de Saros
Bulair
Mar de Mármara
Galípoli
PENÍNSULA DE GALÍPOLI
Suvla
Anzac
IMBROS
N
Chanak
Helles
25 kilómetros
15 millas
Kum Kale
Troya (ruinas)
Alejandría
TÉNEDOS
Distancias en millas
De Alejandría a Mudros 650
De Mudros a Helles 60
De Mudros a Anzac 70
De Imbros a Helles 15
De Imbros a Anzac 18
De Imbros a Suvla 19
De Constantinopla a Chanak 150 (por mar)
De Inglaterra a Helles 3500


Salónica, 1915-1918
El frente de Salónica, noviembre de 1916 14 de septiembre de 1918.
El frente de Salónica, 29 de septiembre de 1918.
Avances de las fuerzas de la Entente hacia el norte al final de la guerra.
N
SERBIA
BULGARIA
ALBANIA
GRECIA
Skopje
Río Vardar
Río Struma
Paso de Kosturino
Doiran
Lago Doiran
Lago Ohrid
Monastir
Lago Prespa
Lago Ostrovo
Salónica
Golfo de Salónica
Mar Egeo
100 kilómetros
50 millas


Mesopotamia, 1914-1918
PERSIA
ARABISTÁN
MESOPOTAMIA
Golfo Pérsico
Río Tigris
Río Diyala
Río Éufrates
Bagdad
Ctesifonte
Kerbela
Babilonia
Najaf
Kut-al-Amara
Sannaiyat
Sheikh Sa'ad
Línea de trincheras de Es Sinn
Reducto de Dujaila
Canal de Shatt-al-Hai
Amara
Río Karún
Ahwaz
Nasiriyah
Qurna
Basora
Shaiba
Shatt-al-Arab
Isla de Abadán
Isla de Bubiyan
120 kilómetros
75 millas


Italia, 1915-1918
Fronteras internacionales, 1915.
Línea el 16 de junio de 1915, tras el avance inicial de los italianos.
Zona ocupada por los italianos hasta el momento del ataque austriaco, principalmente el 16 de junio de 1915.
Línea a la que se retiraron los austriacos voluntariamente en la segunda quincena de junio de 1916.
Límite del avance austriaco, 17 de junio de 1916.
Frente italiano el 26 de noviembre de 1917.
AUSTRIA-HUNGRÍA
ALPES JULIANOS
FRENTE DEL ISONZO
Caporetto
Tolmein
Jevszek
Línea en septiembre de 1917, tras las últimas seis ofensivas italianas
MESETA DE LA BAINSIZZA
Gorizia
Línea el 29 de marzo de 1916, tras las cinco primeras ofensivas italianas
MESETA DEL CARSO
Trieste
Monte San Michele
Balzano
Trento
FRENTE DEL TRENTINO
MESETA DE ASIAGO
Tagliamento
Udine
Vittorio Veneto
Piave
Treviso
Vicenza
Lago de Garda
Verona
Padua
Brenta
Venecia
Golfo de Venecia
ITALIA
Mar Adriático
50 kilómetros
30 millas



Egipto y Palestina, 1914–1918
N
Mar Mediterráneo
Mar de Galilea
Damasco
Alepo
Jordán
Arsuf
Jaffa
Paso de Wadi Fara
PALESTINA
Amman
Jerusalén
COLINAS DE JUDEA
Mar Muerto
Gaza
Beersheba
Alejandría
DELTA DEL NILO
Port Said
Romani
El Arish
El Auja
Canal de Suez
Gran Lago Amargo
El Cairo
IMPERIO
OTOMANO
EGIPTO
Aqaba
Línea ferroviaria del Hiyaz
DESIERTO DEL SINAÍ
Golfo de Suez
Golfo de Aqaba
Nilo
100 kilómetros
50 millas

Prólogo

La Gran Guerra fue el acontecimiento más importante del siglo xx, y vino a modelar el mundo en el que actualmente vivimos. Sin embargo, a menudo se la considera una guerra sin sentido; un catastrófico error que dio lugar a unas batallas absurdas, prácticamente sin objetivo alguno. Los historiadores, los políticos y los economistas pueden dar fe de su inconmensurable trascendencia, pero en el pensamiento popular sigue predominando en cierto modo la idea de que fue totalmente en balde. Pero ¿cómo pudo ser así? ¿Acaso todo el mundo sufrió una locura colectiva? ¿O hubo en realidad algunas cuestiones muy importantes en juego en este choque frontal entre dos bloques cuyas visiones de Europa y del mundo ya no podían coexistir pacíficamente? En 1914 no hubo por parte de los estadistas de uno y otro bando ningún intento real de resolver sus dificultades mediante una solución de compromiso y unas negociaciones serias, lo que hizo que la guerra fuera verdaderamente inevitable debido a la postura agresiva adoptada por el Imperio Austrohúngaro y el alemán a raíz del asesinato del archiduque Fernando el 28 de junio. Una vez comenzada, la Gran Guerra tuvo que seguir adelante hasta las últimas consecuencias, pues ninguno de los países beligerantes podía permitirse una derrota que marcaría el final de sus ambiciones económicas, políticas, militares e imperiales. No fue una «guerra para poner fin a la guerra», sino más bien un intento de resolver de un plumazo las cuestiones principales del momento. Cuando los estados-nación industriales recurrían a los conflictos armados, generaban una capacidad monstruosa de muerte y destrucción, y del mismo modo, su elevado número de habitantes significaba que había que acabar con muchas vidas antes de poder proclamar la victoria.

Puede que todos los hombres que libraron aquellas épicas batallas ya estén muertos, pero las consecuencias directas de sus acciones colectivas siguen percibiéndose en la actualidad. La guerra subvirtió las reglas por las que los hombres habían esperado que se luchara en los combates, absorbiendo claramente a los no combatientes civiles que hasta entonces habían quedado excluidos, al menos en parte, de la violencia y el caos. Ni que decir tiene que no era la primera vez que un conflicto armado se había desviado del camino del comportamiento civilizado. Pero fue la magnitud de las transgresiones lo que distinguió a la Gran Guerra. Fue un conflicto general que se extendió a lo largo y ancho de los continentes. Supuso la aparición en escena por primera vez de nuevas armas diabólicas y creó unos métodos de exterminio en masa desconocidos hasta entonces. Y lo peor de todo, señaló el nacimiento de dos conceptos gemelos: el de «una nación en guerra» y el de «guerra total». En épocas anteriores, la guerra de los Treinta Años, la guerra de los Siete Años, las guerras napoleónicas y la guerra de Secesión de Estados Unidos habían constituido el paradigma del horror; pero su horror no fue nada en comparación con los largos años de violencia frenética que supuso el período comprendido entre agosto de 1914 y noviembre de 1918. Cuando llegó a su fin, la Gran Guerra había barrido el viejo orden europeo que hasta entonces había dominado el mundo. Con la caída de imperios poderosos como el alemán, el ruso, el Austrohúngaro y el otomano, las hegemonías quedaron reducidas a cenizas. Además de perder su prestigio, los franceses y los británicos se quedaron sin energías y sin riquezas, por mucho que bebieran del cáliz envenenado de la victoria. Tras la guerra surgirían nuevas potencias mundiales. Particularmente Estados Unidos convertiría su potencial militar en una realidad, y su economía empezaría a adquirir una preeminencia mundial. Los japoneses también despertaron. Su

participación se había limitado a la periferia de los combates, pero observaban con interés la humillación a la que habían quedado expuestas las potencias imperiales tradicionales de Occidente. En los años de posguerra, Japón trataría de expandir su protagonismo en Extremo Oriente con la intención de establecer un nuevo imperio del Sol Naciente. La guerra desencadenó la aparición de poderosas fuerzas políticas. Hacía un tiempo que el comunismo había permanecido oculto, pero al acecho, y el éxito de los bolcheviques en Rusia vendría a difundir su espectro, real o imaginado, en todo el mundo durante el resto del siglo. El terrible credo del fascismo fue fruto de las consecuencias de la guerra: una perniciosa amalgama de racismo, nacionalismo y dogmas derechistas que se nutrieron de las desastrosas condiciones sociales y económicas en las que, al término de la guerra, se encontraron millones de individuos que buscaban una respuesta fácil a preguntas imposibles. La guerra había creado incluso el caldo de cultivo perfecto para una nueva epidemia, el virus de la gripe llamada «gripe española», que se propagó por todo el planeta provocando una cantidad tal de muertes que ensombrecería incluso la matanza de la guerra.

En el presente libro analizaremos el porqué de la conducta militar de la Gran Guerra con la intención de discernir qué sucedía realmente, y no tanto con la pretensión de citar todos y cada uno de los movimientos políticos, sociales o artísticos de la época. Fundamentalmente, esta es una historia que examinará la naturaleza de los numerosísimos problemas que encontraron los jefes militares que tenían la responsabilidad final en la batalla; los imperativos estratégicos que los lanzaron a la batalla; y las tácticas que concibieron para alcanzar la victoria. Las citas directas de generales y almirantes demostrarán que normalmente había una lógica y una razón en sus decisiones, mientras que los evocadores relatos de los hombres

que estuvieron bajo su mando nos permitirán conocer las terribles consecuencias de aquellas órdenes para los hombres que tuvieron que cumplirlas. En este sentido, más que ofrecer cualquier nueva percepción fruto de un estudio en retrospectiva, el presente libro pondrá de manifiesto qué sabían, o qué creían saber, en cada momento estos comandantes. Lamentablemente, no había una manera fácil de alcanzar la victoria para ninguno de los dos grandes bloques beligerantes. Si hubo una locura, esta fue sin lugar a dudas la decisión inicial de emprender una guerra, y no cualquiera de las decisiones tácticas tomadas por los comandantes sobre el terreno. Con independencia de lo que hicieran, la guerra hubiera sido igualmente corrosiva, llevándose por delante millones de vidas, pues fueron millones los que combatieron hasta la muerte. Se desarrolló en la era industrial moderna, y la humanidad tuvo que enfrentarse a nuevas armas de guerra utilizadas en un choque táctico en continua evolución entre el ataque y la defensa, fuera el que fuese quien estuviera al mando. Si bien es humano sentir compasión ante los terribles sufrimientos soportados durante los cuatro años de guerra, la intención de este libro es explicar la naturaleza desesperada de los combates, y no crear una falsa aura de victimismo de los soldados que morían mientras intentaban matar. La historia militar de la Gran Guerra suele tergiversarse por los académicos de otras disciplinas, que optan por los estereotipos fáciles, como, por ejemplo, la calumnia de «carniceros y chapuceros», proclamando como si fuera un evangelio un montón de absurdidades sin base alguna que los haría palidecer si las oyeran en el marco de su disciplina.

Básicamente, he seguido el curso de las batallas desde una perspectiva británica, pero también teniendo en cuenta lo que era realmente significativo en este verdadero conflicto global. En una historia en un solo volumen la línea narrativa princi-

pal debe hacer un recorrido por las batallas más espectaculares y por las que al final tuvieron el potencial —al menos, en teoría— de poner fin a la guerra. Por esta razón, las batallas y las campañas contra el ejército alemán, fuerza impulsora de las Potencias Centrales, han tenido generalmente preferencia. El Frente Oriental es objeto de un exhaustivo estudio, pues tuvo una influencia enorme en el que será el escenario principal del presente relato: en efecto, no puede comprenderse lo que estaba ocurriendo en el Frente Occidental sin comprender los acontecimientos que se producían en el Frente Oriental. Los que tengan un interés especial por campañas menos conocidas, como, por ejemplo, la captura de Tsingtao, la campaña ruso-turca en el Cáucaso, la rebelión de los sanusíes, las acciones navales en el Báltico y en el mar Negro o la heroica resistencia alemana en África oriental, verán que todas ellas han sido omitidas en beneficio de un estudio más minucioso de las campañas más dramáticas y decisivas que todavía hoy marcan nuestras vidas. Para el lector británico, acostumbrado a que sus fuerzas aparezcan como siempre en los episodios más trascendentales, tal vez le parezca extraña su marginalidad ocasional, especialmente durante los dos primeros años de la guerra, cuando las fuerzas rusas y francesas se batían contra las alemanas solo con una ayuda limitada por parte del ejército británico. Con la ofensiva del Somme de 1916, los ingleses empezaron a adquirir protagonismo, pero no fue hasta mediados de 1917 cuando comenzaron a desempeñar el papel principal. La intervención de los americanos fue crucial, pues, a pesar de su aparición tardía en el Frente Occidental, sus enormes ejércitos suponían tal amenaza que se convirtieron en uno de los factores clave que socavaron la determinación alemana en 1918. Todas estas enormes contribuciones a la victoria aliada deben ser reconocidas y son dignas de elogio. Pero los propios alemanes sabían quién los había vencido en realidad. La inequí-

voca enemistad y la férrea resistencia de Francia, su enemigo militar más peligroso, eran factores que se daban por hecho, pero fue la participación de los británicos en la guerra lo que había decantado la balanza contra Alemania. La combinación del inflexible bloqueo por parte de la Marina Real y el papel fundamental desempeñado por las tropas inglesas en las tenaces batallas de desgaste de 1916-1917, seguidas de la campaña brutalmente efectiva encabezada por soldados británicos durante el «Avance hacia la Victoria» en el Frente Occidental fueron los clavos que acabaron sellando el féretro de Alemania.

En la segunda guerra mundial el papel protagonizado por el imperio británico fue muy parecido al de un actor secundario. Por supuesto, las fuerzas británicas ayudaron al principio de la guerra a garantizar la victoria aliada. Pero es indiscutible que la dura tarea de acabar con el poderío militar de Alemania y de Japón recayó sobre todo en Rusia y Estados Unidos, respectivamente: las dos grandes potencias cuya subsiguiente guerra fría reinaría en lo que quedaba de siglo. La época en la que Gran Bretaña podía ser clasificada de potencia global de primer orden había pasado a la historia, y los orígenes de esa decadencia estaban en la primera guerra mundial. El casi millón de almas perdidas había socavado inexorablemente la determinación británica de llevar a cabo sacrificios militares, y el atroz coste financiero de la guerra había herido una economía que ya estaba perdiendo aquella primacía que había ostentado en el siglo XIX. La aparición de ciertos conceptos, como nacionalismo y comunismo, había debilitado aún más el control ejercido por Gran Bretaña sobre su imperio políglota. Apenas unas décadas después del final de la Gran Guerra el imperio británico se había desmoronado.

1

Camino de la guerra

Cualquiera que haya mirado a los ojos a un soldado moribundo en el campo de batalla se lo pensará dos veces antes de empezar una guerra.[1]

Otto von Bismarck, canciller de Alemania.

Alemania estuvo en el corazón de la Gran Guerra. Se empiece por donde se empiece a examinar las causas de aquella terrible conflagración, los ojos se dirigirán sin equivocarse hacia el imperio alemán y el papel crucial que desempeñó en el conflicto. Este imperio fue una creación del siglo XIX, una federación de estados germanos, amalgamados y luego dominados por el reino de Prusia. El brazo ejecutor de este proceso durante su período crucial iniciado en 1862 había sido el canciller Otto von Bismarck, que se había revelado como un timonel de extraordinaria astucia a través de unas aguas sumamente agitadas. Aprovechando la fractura temporal del equilibrio de poder entre Rusia, Francia, Turquía y Gran Bretaña tras la guerra de Crimea de 1854-1856, Prusia había provocado, combatido y ganado la guerra austro-prusiana en 1866, poniendo así fin a cualquier posibilidad de una unificación de estados alemanes bajo la influencia austríaca. A continuación estalló la guerra franco-prusiana de 1870-1871, que acabó en una humillante derrota de los franceses, dejando una Alemania unificada como la potencia dominante en Europa, momento cruelmente simbolizado en 1871 en Versalles con la coronación del káiser Guillermo I como emperador alemán. Bismarck se dedicó a partir de entonces a evitar la guerra y a mantener el aislamiento internacional de Francia. Esta política alcanzó su momento de máximo apogeo en 1873 con la creación de la Liga de los Tres Emperadores por parte de Austria-Hungría, Rusia y Alemania. Esta alianza tan inesta-

ble por su propia naturaleza no tardó en romperse cuando surgieron serias discrepancias entre dos de los imperios, el de los Habsburgo y el de los Romanov, por las actividades de Rusia en los Balcanes, región que los austríacos consideraban que se encontraba dentro de su esfera de influencia. Aunque la unión de las tres potencias revivió en 1881, la cuestión de los Balcanes siguió creando tensiones, y al final se rompió la alianza en 1887. Mientras tanto, Bismarck se había asegurado en 1879 la Alianza Dual con Austria-Hungría, acuerdo defensivo que preveía el apoyo mutuo entre los dos imperios si uno de ellos era atacado por Rusia, o una neutralidad benevolente si la agresión se producía por parte de otra potencia europea (que en aquellos momentos significaba claramente Francia). Este pacto se vio ampliado cuando se sumó a él la Italia recién unificada para formar la Triple Alianza en 1882. Como precaución, en 1887 Bismarck también firmó el tratado de Reaseguro con Rusia, en virtud del cual el imperio del zar y el alemán garantizaban su neutralidad si uno de ellos era atacado por una tercera potencia, siempre y cuando el primero no atacara Austria-Hungría. Sus razones para tejer semejante red de tratados se ponen de manifiesto en un discurso profético pronunciado en el Reichstag en 1888 durante una de las crisis de los Balcanes:

> Bulgaria, ese pequeño país entre el Danubio y los Balcanes, dista mucho de ser un objeto de la debida importancia… por el que hundir Europa, desde los Pirineos hasta Moscú, y desde el mar del Norte hasta Palermo, en una guerra cuya razón ningún hombre logra comprender. Al final de la contienda apenas sabríamos por qué habíamos luchado.[2]
>
> Canciller Otto von Bismarck

Pero la ascensión al trono del káiser Guillermo II ese mismo año precipitó la caída de Bismarck. El nuevo emperador tenía para Alemania unas ambiciones muy distintas, relacionadas con la posibilidad de nuevas anexiones territoriales y de desempeñar un papel primordial en el mundo, mientras

que Bismarck se había concentrado en un asunto mucho más mundano, a saber, conseguir unos niveles de seguridad que ya se había sido alcanzado. Guillermo II soportaba cada vez menos la precavida política exterior y las conservadoras políticas sociales de su casi octogenario canciller, hasta que por fin decidió «despedir al timonel» en 1890.

Ni que decir tiene que Alemania contaba con diversas fuerzas inherentes a su naturaleza. Su unificación había coincidido con un auge impresionante en el campo de la industrialización que, a comienzos del siglo xx, había convertido una economía predominantemente agrícola en una gran potencia industrial europea. La producción de carbón, hierro y acero —pilar esencial de cualquier nación moderna— se había disparado. Pero Alemania también tenía un excelente sistema educativo que había permitido la alfabetización de casi toda su población. Este hecho dio lugar a una corriente constante de expertos en todo tipo de materias imaginables, así como a una comunidad científica, literaria y artística excepcionalmente viva. Alemania también podía ser considerada uno de los grandes centros de pensamiento progresista. Pero desde las entrañas del estado su ejército permanecía al acecho. Dicho ejército era fruto de la fusión de las fuerzas armadas de los estados de Prusia, Baviera, Baden y Sajonia llevada a cabo con celeridad por oficiales del estado mayor altamente cualificados que inculcaban a sus unidades una doctrina militar común y se aseguraban de que recibieran un adiestramiento del más alto nivel. Uno de sus pilares era el sistema del servicio militar obligatorio, en virtud del cual alrededor del 60 % de los jóvenes eran llamados a filas al cumplir los veinte años y recibían un adiestramiento exhaustivo durante dos años (tres en el caso de la artillería y la caballería) antes de reincorporarse a la vida civil. Luego seguían recibiendo un entrenamiento anual con una unidad de reserva hasta los veintisiete años, tras lo cual

pasaban a una segunda unidad de reserva (la *Landwehr*), en la que permanecían hasta los treinta y nueve, cuando eran por último transferidos a la reserva terciaria (la *Landsturm*). Solo a los cuarenta y cinco años quedaban por completo exentos de obligaciones militares con el estado. Este sistema creaba un arsenal humano de reservas perfectamente adiestradas que podían ser llamadas a filas con suma rapidez en caso de guerra, permitiendo una expansión masiva del tamaño del ejército. El ejército alemán no podía ser considerado la expresión defensiva de una nación deseosa de asegurar sus fronteras. Antes bien, constituía una clara amenaza, que obligaba a la mayoría de los estados-nación de Europa a aumentar su poderío militar mediante sistemas similares de reclutamiento forzoso.

A pesar de su enorme poderío, Alemania también tenía una serie de problemas fundamentales. La modernización política no se había desarrollado al mismo ritmo que el avance económico, y un sistema imperfecto de sufragio universal se veía aún más socavado por la naturaleza opaca de una Constitución fragmentada que dejaba muchísimo poder en manos del káiser. La ascensión al trono de Guillermo II no hizo más que exacerbar esta situación. Por su personalidad el emperador tendía a actuar con prepotencia, y carecía de la capacidad intelectual o resolutiva necesarias para permitir la evolución de una política madura y coherente. La volubilidad y el amor por los gestos teatrales eran los rasgos que mejor definían su carácter. Pero tenía el control directo del ejército y de la política exterior. Además, era responsable de todos los nombramientos importantes del gobierno y tenía el derecho de poder acceder sin trabas a todos los oficiales electos, lo que le permitía ejercer una influencia inapropiada en múltiples asuntos de estado. Para desgracia de Alemania, la imagen del káiser, con toda su jactanciosa pomposidad militarista, acabó simbolizando el estado Alemán en detrimento de elementos más sensa-

tos de su gobierno. Esto creó una sensación exagerada de amenaza a los intentos lógicos por parte de Alemania de tener más voz y prestigio —en concomitancia con su flamante poderío— en los asuntos internacionales: la *Weltpolitik*. En su afán por obtener más esferas de influencia política y económica en el mundo, Alemania se mantenía muy activa en la lucha por el último reparto de colonias en África, sin dejar de contemplar con codicia las numerosas posibilidades que ofrecía China o de maniobrar para ocupar una posición prominente cuando al final se desintegrara el imperio otomano. Pero mientras el káiser y sus ministros se esforzaban por obtener el reconocimiento del mundo, sus enemigos se preparaban para contrarrestar su posible agresión.

Francia era el enemigo más acérrimo de Alemania, pues aún se lamía las heridas de la derrota en la guerra franco-prusiana y se resentía con amargura de la pérdida de la provincia de Alsacia-Lorena. Cuando un país acaba de sufrir una derrota difícilmente se siente satisfecho de su destino, y los conflictos internos hacían mella en la III República establecida tras la caída de Napoleón en 1870. Había muchas cuestiones que dividían, entre otras la de una posible restauración de la monarquía, la del papel de la religión en la sociedad y la de la predominancia de la política de derechas o de la de izquierdas. A pesar de las fuertes presiones, sobrevivía un sistema de democracia parlamentaria con una Cámara de Diputados, un Senado y un presidente que ejercía de jefe de estado. A pesar de toda la agitación política interna, Francia todavía anhelaba poder conservar su posición como gran potencia imperial. No es de sorprender que el único campo en el que había un consenso prácticamente total de la nación fuera el relacionado con la necesidad de reconstruir el ejército para afrontar futu-

ros desafíos, aunque incluso en este sentido las diferentes afiliaciones políticas o religiosas pudieran impulsar o entorpecer la carrera de un oficial.

La firme determinación de Francia de vengarse quedaba patente en su afán por alcanzar un poderío militar semejante al de Alemania. En 1870 se había enfrentado sola al poderío de Prusia y había demostrado sus deficiencias. Tras semejante experiencia aleccionadora, se puso a buscar activamente cualquier posible aliado que, además, pudiera proporcionarle apoyo militar. El fracaso de Alemania a la hora de renovar el tratado de Reaseguro con Rusia le brindó la oportunidad de llenar aquel vacío, y en 1892 Francia firmó convenientemente su alianza con el imperio del zar. Aunque dicha alianza tenía un carácter esencialmente defensivo, garantizando el apoyo mutuo en caso de que se produjera una agresión por parte de Alemania, las posteriores negociaciones militares que entablaron las dos potencias pusieron de manifiesto la importancia de asegurar una rápida concentración de fuerzas con el objetivo concreto de obligar a Alemania a librar batallas simultáneas en dos fronteras: la occidental y la oriental. En el marco de este escenario se desarrollarían los acontecimientos de los primeros años de la Gran Guerra.

Francia tenía, sin embargo, una segunda razón poderosa que venía a determinar su política exterior. Se trataba del firme propósito de mantener y expandir su vasto imperio global. Después de 1815, los franceses solo habían podido conservar unas cuantas colonias dispersas, pero a lo largo del siglo XIX habían empezado a irrumpir con fuerza en el norte de África, con la anexión o el control de Argelia y Túnez, tras lo cual iniciaron con éxito una notable expansión en el norte, el oeste y el centro del continente, con la idea de hacerse con una serie de posesiones. También contemplaban con codicia el futuro a largo plazo de Siria y Líbano en Oriente Medio, y

poco a poco habían adquirido numerosos territorios en China y Extremo Oriente. Debe considerarse, pues, que Francia seguía siendo una potencia colonial agresiva; Alemania no era la única nación que buscaba su lugar en el mundo.

Rusia era la más enigmática de las grandes potencias. Poseedora de un potencial impresionante, seguía siendo un gigante a ratos dormido. Se extendía a través de un vastísimo territorio que comprendía grandes sectores de Europa y de Asia, y su ejército parecía inagotable, alimentado por una población de alrededor de ciento setenta millones de habitantes. Pero se trataba de un país que estaba entrando muy lentamente en el siglo xx. Aunque su tardía industrialización había experimentado cierta aceleración, seguía sin ser un estado moderno y se veía obligada a depender enormemente de la ayuda financiera de Francia para el desarrollo de su infraestructura.

Sin embargo, Rusia no era en absoluto un mero instrumento de los franceses y tenía sus propias ambiciones territoriales y geopolíticas. En primer lugar, tenía un gran interés en propagar la confusa idea del paneslavismo, que defendía la unidad cultural y política de todos los eslavos, un concepto que resultaba problemático a la luz de las enérgicas objeciones y de la negativa a cooperar de varios de los estados eslavos existentes y de algunos movimientos revolucionarios. Estos eslavos veían su futuro como países independientes, y no como elementos sometidos al imperio ruso. No obstante, Rusia había desarrollado fuertes vínculos con Serbia, que había surgido del protectorado del imperio otomano para ser reconocida internacionalmente en el congreso de Berlín de 1878; aunque al mismo tiempo la disputada región de Bosnia, también habitada por una población de origen mayoritariamente serbio eslavo, fue asignada al control del Imperio Austrohúngaro. No se establecería ninguna alianza formal entre Rusia y

Serbia, pero la primera estaba firmemente decidida —en la medida de lo posible— a proteger el pequeño estado Serbio de sus agresivos vecinos, ya fueran los austrohúngaros, los búlgaros (que constituían un país eslavo menos entusiasta de los rusos) o los decadentes otomanos. Por otro lado, las ambiciones de Rusia en la región excluían la posibilidad de una expansión demasiado importante de Serbia. Este tipo de motivaciones entrecruzadas eran sintomáticas de los turbios entresijos de la política en los Balcanes.

En lo concerniente a política exterior, una segunda ambición de los rusos, o mejor dicho, una obsesión, era asegurarse el control de la salida del mar Negro —a través del Bósforo y los Dardanelos— al Mediterráneo; un objetivo que al final requeriría la conquista de Constantinopla y la desintegración del imperio otomano. Ya habían estallado varias guerras con este propósito, las más destacadas la de Crimea de 1854-1856 y la ruso-turca de 1877-1878. La balanza comercial rusa, en particular el grueso de sus exportaciones de grano, dependía del tránsito seguro de este producto por los Dardanelos, y los ministros del gobierno eran perfectamente conscientes de que el cierre de los estrechos turcos podía provocar graves daños económicos. Era lógico que Rusia estuviera muy preocupada ante cualquier aumento amenazador del poderío naval turco en el mar Negro. Pero también estaba firmemente decidida a impedir que cualquier otro país —fuera el que fuese— se asegurara el control de los estrechos: si no podía ser ella, entonces mejor que fueran los turcos que otro contrincante más enérgico, como, por ejemplo, Bulgaria o Grecia.

Por último, Rusia también había intentado una expansión por el este, más allá de Asia central, a través de Siberia, para disponer de un puerto seguro que le diera acceso al océano Pacífico. Tales ambiciones hicieron que entrara en conflicto con Japón, considerado hasta entonces un país de poca im-

portancia, que, sin embargo, había adquirido muchas de las características propias de un estado-nación moderno. En la guerra ruso-japonesa de 1904-1905, los rusos habían sufrido una derrota contundente, viéndose obligados a emprender una humillante retirada. Esta, sin embargo, no fue más que una interrupción temporal del programa ruso de expansión imperial al otro lado de unas fronteras no compartidas con otra gran potencia similar a ella. En una región enorme, que se extendía desde Manchuria, Mongolia y Turquestán, a través de Afganistán, hasta Persia y Anatolia, los rusos no dejaban de presionar y de tantear el terreno con la intención de ganar influencia, trasladando a la zona colonos y enviando agentes políticos con el fin de desestabilizar los regímenes locales.

No obstante, aunque creciera rápidamente, lo cierto es que Rusia sufría graves presiones internas provocadas por su anacrónico sistema de gobierno: una autocracia regida por el zar Nicolás II desde 1894. Las tensiones eran fruto de la confrontación existente entre los conservadores reaccionarios, que querían preservar el *statu quo*, los liberales, que pretendían introducir una reforma social presidida por una monarquía constitucional con poderes más limitados, y los revolucionarios de toda índole, que querían derribar el estado y poner el poder en manos de distintas facciones del pueblo. La agitación social se descontroló dando lugar a una revolución generalizada en 1905. En medio de un sinfín de huelgas y motines, en los grandes centros urbanos se establecieron consejos de trabajadores. Al final Nicolás II se vio obligado a conceder cierto grado de reforma política, creando un órgano legislativo central en la Duma con algunos derechos de voto, dando así los primeros pasos hacia una monarquía constitucional. Las distintas facciones de la oposición tuvieron reacciones diversas: unas se mostraron satisfechas por el momento, y otras

consideraron insuficientes las reformas. Esta desunión permitió que el estado recuperara el control, pero era evidente la amenaza que se cernía sobre el orden establecido.

Así pues, vemos que Rusia vivía atormentada por el espectro de la revolución, se veía arrastrada por sus problemas internos sistemáticos y necesitaba desesperadamente una modernización. La guerra ruso-japonesa había puesto de manifiesto que la cantidad no bastaba, sino que también debía haber calidad. Los rusos necesitaban un ejército bien adiestrado que estuviera debidamente equipado con armas modernas, una fuerte presencia naval en todas las costas y una reorganización total de los recursos logísticos que requería una guerra. Lo que ya era discutible es si para alcanzar todo ello era imprescindible la industrialización de la economía y una mayor democratización del estado. No había duda, sin embargo, de que a su debido tiempo Rusia iba a ser un valioso aliado para Francia.

El antagonismo tanto de Francia como de Rusia era una cruz que Alemania debía soportar. Pero lo peor estaba por venir, pues las ambiciones globales del káiser daban lugar a sonoros desacuerdos con la que era la principal potencia colonial. El imperio británico era inmenso y sufría cierta inestabilidad, pero seguía siendo una fuerza viva. Este imperio colonial —basado en la conquista y en la explotación comercial pura y dura— se extendía por todo el planeta y gobernaba sobre una cuarta parte de la población mundial. Gran Bretaña no solo estaba firmemente decidida a conservar su posición global, sino también a expandirse, particularmente en Egipto, Mesopotamia y Persia. Las desavenencias por cuestiones coloniales se vio exacerbada cuando Alemania inició la construcción de una flota con la única finalidad de desafiar el control absoluto de los océanos que ejercía la Marina Real británica. Los ingleses se habían asegurado ese dominio de los mares

manteniendo una flota capaz de derrotar las armadas de las otras dos potencias que podían hacerles sombra (un hecho cuyos beneficios estratégicos significaban que el imperio podía ser defendido por un ejército profesional relativamente reducido en comparación con las masivas fuerzas basadas en el reclutamiento forzoso que necesitaban las potencias continentales). Los más nostálgicos afirmarán que Gran Bretaña era un país en paz consigo mismo antes del estallido de la Gran Guerra; en realidad, era una sociedad sometida a fuertes tensiones. En las colonias, el nacionalismo constituía una gran amenaza, y los problemas relativos al autogobierno y a la independencia provocaban una enorme agitación en todo el imperio. Más cerca, el estatuto de autonomía —o Home Rule— de Irlanda polarizaba gravemente a la opinión pública, no solo en Irlanda, sino también en el ejército al que se le exigió aplicar cualquier medida punitiva que se le solicitara. La cuna de la revolución industrial también soportaba el legado de unas fábricas anticuadas, unas condiciones de trabajo terribles, unas relaciones problemáticas con su mano de obra y una base industrial en decadencia. El sistema de clases perfectamente establecidas propio de Gran Bretaña provocaba resentimiento por los privilegios ejercidos por unos pocos en claro detrimento de la mayoría, lo que dio lugar a un auge de los partidos socialistas y del movimiento sindicalista. Las enérgicas campañas sufragistas indicaban el deseo de emancipación de la mujer y su firme voluntad de disfrutar de los mismos derechos políticos que el hombre.

Gran Bretaña, acuciada por sus propios problemas, habría preferido mantenerse al margen de cualquier disputa europea. Pero esto no era posible. No solo se cernía sobre su armada la amenaza de la flota alemana, sino que era evidente que, de imponerse a Francia y a Rusia, Alemania se haría con el control absoluto de Europa. Esta posibilidad era contraria al espí-

ritu de la política internacional británica: buscar siempre un equilibrio entre las grandes potencias. Francia se daba cuenta de ello y cortejaba con insistencia a su antigua enemiga. Ante la falta de señales conciliadoras por parte de Alemania, y atormentada por la amenaza naval, Gran Bretaña comenzó a inclinarse por Francia. No es que confiara plenamente en ella —de hecho, en las primeras fases de este proceso, ninguna de las dos partes fue un socio fiable—, pero una y otra tenían un enemigo común: Alemania. En abril de 1904 se firmó entre los dos países un tratado que ponía fin a los desacuerdos coloniales existentes y que poco a poco dio lugar a la Entente Cordiale cuando los dos países empezaron a coordinar sus planes navales y militares de una manera que, aunque no fuera vinculante, imponía claramente a los británicos la exigencia moral de intervenir en nombre de los franceses en el caso de que estallara la guerra debido a una agresión alemana.

Con Rusia un acercamiento no era una cuestión tan fácil. Gran Bretaña y Rusia habían estado compitiendo por hacerse con el control de Asia central en una especie de rivalidad estratégica que Kipling hizo famosa denominándola «El Gran Juego», con los ingleses sumamente preocupados por la amenaza latente que suponían los rusos para la India. Buena parte de las tensiones se debían a la lucha por controlar Afganistán, región considerada una zona tapón o una escala obligatoria, dependiendo de la perspectiva. También se producían tensiones por las maniobras que hacían ambos países para afianzar su posición en China. Pero con una amenaza mucho más inmediata y próxima como la que representaba Alemania, había que aparcar todas esas diferencias, y fue así como en 1907 se firmó la entente anglo-rusa. Este acuerdo definía fronteras y zonas de interés de una manera que resultaba aceptable para las dos partes, pero lo más importante es que supuso el nacimiento *de facto* de la Triple Entente de Francia, Rusia y Gran

Bretaña. Para Alemania representaba un absoluto desastre. Era evidente que, tras la marcha de Bismarck, el estado germano había desarrollado un talento especial, y perturbador, para granjearse enemigos poderosos.

No obstante, Alemania disponía de un fiel aliado: Austria-Hungría. Por desgracia, el Imperio Austrohúngaro era una institución bastante antigua que había venido formándose a lo largo de siglos de conflictos y mediante diversos acuerdos dinásticos matrimoniales. Su última personificación era la monarquía dual creada en 1867 tras firmarse un acuerdo en virtud del cual el imperio austríaco y el vecino reino de Hungría decidían compartir el mismo monarca, el emperador Francisco José I, que gobernaba el imperio austríaco desde 1848, y que también se convertía en rey de Hungría. Más parecido a una curiosidad histórica que a un vibrante estado-nación moderno, este imperio constituía un mosaico de distintas nacionalidades en el que la población austríaca y húngara se veía ampliamente superada en número por otros grupos étnicos que se habían visto agregados al imperio a lo largo de los años. Su sistema político era complejo, pues tanto Austria como Hungría contaban con su propio gobierno y su propio Parlamento que reivindicaban diversos poderes, mientras que el emperador Francisco José y sus ministros ejercían el control de la política exterior y de las fuerzas armadas. La eficiencia brillaba por su ausencia, y los Parlamentos nacionales se mostraban, no sin razón, poco proclives a financiar más gasto militar que el exclusivamente necesario para un ejército que quedaba al margen de su control. Pero el problema principal era el espectro de nacionalismo paneslavo que tanto entusiasmaba a los rusos. Entre los eslavos del Imperio Austrohúngaro latía un fuerte deseo de separatismo y unificación, aunque, en verdad, pocos de ellos podían ponerse de acuerdo a la hora de definir ese sentimiento o en la manera de hacerlo realidad.

Este anhelo se veía en gran medida estimulado desde el exterior por Serbia, que abierta o encubiertamente apoyaba a los grupos eslavos del imperio. Serbia era cada vez más sintomática de todo lo que hería la susceptibilidad de los austrohúngaros.

Dentro de las Potencias Centrales, el otro aliado de Alemania era Italia, aunque la relación con este país no fuera tan sólida. Italia estaba formada por una serie de estados antiguamente independientes que solo habían sido unificados durante el siglo XIX a partir de la iniciativa de la región noroccidental de Piamonte. Como Francia y Austria-Hungría impidieron su expansión por el continente europeo, Italia se fijó en el norte de África para el establecimiento de sus propias colonias, pero sus aspiraciones se habían visto considerablemente frustradas debido a la competición con Francia en dicha región, como quedó de manifiesto en 1881 tras la anexión de Túnez por parte de los franceses. Desesperada por encontrar aliados que garantizaran su seguridad en un mundo tan peligroso, Italia se había unido a la Triple Alianza en 1882. Pero difícilmente podía formar un conjunto armónico con sus socios, pues había librado numerosas batallas con el Imperio Austrohúngaro durante su tortuoso proceso de unificación, y seguía habiendo graves e importantes disputas fronterizas relacionadas con la ocupación austríaca de las regiones del Trentino, Istria y Trieste. Era evidente que una alianza con Austria no iba a ser nunca aceptada por el pueblo italiano, y eran pocos los que creían que su gobierno iba a acatar el tratado por mucho que Alemania o Austria-Hungría fueran víctimas inocentes de una agresión inexcusable por parte de Francia o Rusia. En esencia se trataba de una alianza unidireccional.

Pegada a los márgenes de Europa se encontraba Turquía, los restos del imperio otomano. Los turcos compartían muchos de los problemas de sus antiguos adversarios del Imperio Austrohúngaro. Solo la mitad de la población era de origen turco, y el resto estaba formado por un conglomerado de diversas nacionalidades, como, por ejemplo, eslavos, griegos y árabes, que a su vez se distinguían por una variedad de diferencias religiosas. Turquía había perdido la mayoría de sus territorios europeos, pues Grecia, Rumanía, Serbia, Montenegro y Bulgaria habían obtenido la independencia. Por otro lado estaba el problema que suponía la eterna amenaza rusa. Turquía parecía encontrarse rodeada de enemigos, y las presiones nacionalistas corroían sus órganos vitales. Las principales potencias europeas permanecían al acecho, exigiendo cada vez más concesiones y «zonas de interés» que auguraban un desmembramiento completo del imperio en un futuro no muy lejano. Los turcos debían afrontar todas estas amenazas paralizados por una economía agrícola, una escasísima industria pesada, una reducida —por no decir ninguna— explotación de sus recursos naturales y el agobio que suponía su enorme deuda nacional. El imperio estaba gobernado por los «Jóvenes Turcos», que habían asumido parte del poder en 1908. Su objetivo era la modernización del país, pero carecían de los medios necesarios para lograrlo (la ayuda exterior solo llegaba acompañada de unas condiciones que amenazaban con crear una nueva espiral de declive). Aunque los británicos profesaban amistad a Turquía y habían enviado una misión naval, eran los alemanes los que parecían más predispuestos a ayudar a los turcos, o a aprovecharse de ellos. Su misión militar había arraigado perfectamente en el ejército turco, y la línea férrea entre Berlín y Bagdad era un ambicioso proyecto con el que pretendían asegurar y explotar nuevas esferas de influencia de tipo comercial para la industria alemana. Turquía se encon-

traba en una situación sumamente peligrosa, y resultaba difícil comprender cómo una guerra podía beneficiar a un país que ya estaba a punto de declararse en quiebra. Era evidente que Turquía no podía permitirse el lujo de unirse al bando perdedor: un hecho semejante marcaría sin lugar a dudas la disolución final de su tambaleante imperio.

Mientras Europa iba transformándose lentamente en dos bloques armados de proporciones colosales, los años anteriores a la guerra se caracterizaron por la intensidad de una carrera armamentística que dominó las economías de las grandes potencias. Cada bando disponía de grandes fabricantes de armamento con un ritmo de producción sin precedente. Cada avance en el campo de las armas pequeñas, las ametralladoras o la artillería era imitado, contrarrestado y luego superado por las potencias rivales. Continuamente se experimentaba para desarrollar, en la medida de lo posible, las armas que resultaran más certeras, fiables y letales. El avión y el dirigible ya eran contemplados como futuras armas de guerra, y en el terreno naval se hacían grandes progresos en el desarrollo del submarino. Nadie podía permitirse quedar atrás; pero no solo en el campo de las armas. Era necesario crear grandes ejércitos de reclutas a los que había que alimentar, vestir, armar, alojar en cuarteles, adiestrar y preparar debida y regularmente en el curso de unas maniobras de campaña. Y para todo ello hacía falta mucho dinero. La carrera armamentística amenazaba con absorber los presupuestos nacionales de los países en liza a una velocidad sin precedente.

Una planificación para lo inimaginable

A medida que las Potencias Centrales y la Triple Alianza se convertían en bloques cada vez más antagonistas, sus respectivas autoridades militares iban actualizando de forma constante los planes de guerra. Esa, al fin y al cabo, era su

función: no podían permitirse que los caprichos de la política internacional acabaran cogiéndolas por sorpresa. La incompetencia de la diplomacia alemana tras la marcha de Bismarck provocó graves problemas al ejército alemán. Algunos de sus oficiales más clarividentes ya habían vivido con suma contrariedad la falta de pericia para acabar con Francia después de que una serie de aplastantes victorias iniciales sobre el ejército galo culminaran con la humillante captura del emperador Napoleón III en septiembre de 1870. Antes bien, un gobierno provisional y radical de los franceses había rechazado de pleno los términos de la paz propuestos por Alemania y había puesto en marcha una «guerra del pueblo», recurriendo al reclutamiento forzoso para formar un «nuevo» ejército que, de hecho, doblaba en número al ejército francés. Una expansión tan rápida de un ejército constituía una empresa increíblemente ardua, pues no abundaban los oficiales y los suboficiales que contaran con una preparación adecuada, y los nuevos reclutas no eran verdaderos soldados por mucho potencial que tuvieran para ello. Además, este nuevo contingente francés carecía del armamento y los equipos más pesados propios de un ejército profesional, en particular de artillería. Pero los alemanes habían tenido muchas dificultades para enfrentarse a él, tardando varios meses en derrotarlo definitivamente, no sin antes sufrir las molestas acciones de un enjambre de francotiradores que se dedicaba a hostigar sus líneas de comunicación.

La reacción del jefe del estado mayor general, el general Helmuth von Moltke, a este inesperado resurgimiento francés fue muy curiosa. Lo identificó como el indicador de un cambio fundamental en la naturaleza de la guerra que marcaba un alejamiento de las batallas libradas por ejércitos profesionales para acercarse a un mundo en el que naciones enteras tomaban las armas. Pero su reacción inmediata fue de gran contun-

dencia: decidió aplastar cualquier foco de resistencia en Francia, no solo destruyendo los ejércitos galos, sino también erradicando los recursos que podían permitir su creación; en esencia, concibió una guerra de exterminio. Cuando París cayó, los franceses pidieron finalmente la paz, pero Moltke quería seguir la guerra, a lo que se opuso Bismarck. El jefe del estado mayor alemán lamentaría siempre lo que consideraba la oportunidad perdida de acabar con la amenaza francesa de una vez por todas. Durante los años siguientes, mientras los franceses introducían el reclutamiento forzoso e iban rearmándose, Moltke se daría perfecta cuenta de que Francia nunca más volvería a convertirse en una presa fácil.

> Si estalla una guerra nadie podrá determinar su duración ni prever su final. Las grandes potencias de Europa, mejor armadas que nunca, lucharán unas contra otras. Ninguna podrá ser destruida totalmente en una o dos campañas como para declararse derrotada y verse obligada a aceptar unas duras condiciones de paz de tal manera que, incluso al cabo de un año, no pueda reemprender el combate. Caballeros, podría ser una guerra de siete o incluso de treinta años, pero ¡ay de aquel que prenda fuego a Europa y sea el primero en arrojar una cerilla encendida en el barril de pólvora![3]
>
> General Helmuth von Moltke,
> jefe del estado mayor general, Ejército Imperial alemán.

Y lo que era aún peor, Moltke era perfectamente consciente de que Alemania, con toda probabilidad, tuviera que combatir contra Francia y Rusia a la vez. Sería a todas luces sumamente complicado derrotar a uno de estos países antes de que hubiera que enviar a las reservas a contrarrestar las operaciones ofensivas del otro. Sus planes de guerra, con su énfasis en la defensa estratégica, reflejaban esta visión pesimista, aunque también incluyeran ataques brutales para debilitar la resolución inicial del adversario y obligarlo a sentarse en la mesa de las negociaciones.

Cuando el general Alfred von Schlieffen asumió el mando del estado mayor general en 1892, decidió empezar de nuevo y encargar la elaboración de diversos planes para cualquier

tipo de eventualidad imaginable: una guerra con Francia, una guerra con Rusia y una guerra con ambas potencias, situación que, tras la marcha de Bismarck, parecía más una probabilidad que una verdadera posibilidad. Para solucionar los problemas que iban encontrando durante su labor, los numerosos estados mayores recurrieron a una gran variedad de escenarios simulados de guerra, ejercicios de campaña, traslados de personal y estudios sobre la factibilidad de las propuestas. Como calculaba que en una guerra con Francia y Rusia las fuerzas alemanas se verían en inferioridad numérica (tres contra cinco aproximadamente), pretendía evitar una guerra larga en la que los grandes batallones de sus adversarios tuvieran la oportunidad de sacar provecho de esta ventaja. Esto significa que, a pesar de todas las dificultades, Schlieffen estaba firmemente decidido a tomar una rápida determinación, pues consideraba que, de lo contrario, se corría el peligro de provocar la destrucción económica y militar de Alemania.

La tentación era dirigir la primera agresión contra el ejército más débil, el ruso, que seguía en proceso de modernización. Pero la dificultad que suponía obtener una victoria contra unas hordas rusas que podían limitarse simplemente a replegarse hacia el interior del vasto imperio del zar no era una cuestión baladí y resultaba sumamente preocupante, pues aún era muy vivo el recuerdo de la catastrófica retirada de Moscú de las tropas napoleónicas en 1812. De ahí que Schlieffen opinara que no era posible conseguir una *rápida* victoria sobre Rusia. Poco a poco iba decantándose por la idea de contener a los rusos por el este con una fuerza relativamente reducida, y lanzar por el oeste una fuerte ofensiva contra Francia. Este plan, sin embargo, generaba numerosos problemas militares, pues el ejército francés no solo constituía un rival mucho más formidable que el ruso, sino que también disponía de diversas

fortificaciones modernas junto a la frontera franco-germana. Todo ello también parecía ir en contra de una rápida victoria alemana.

La conclusión a la que llegó Schlieffen para solucionar el problema parecía sencilla: iba a rodear la línea de fortificaciones francesas. Violando la neutralidad de Holanda, Bélgica y Luxemburgo, entraría en Francia por el norte, rodearía los ejércitos franceses y provocaría una batalla corta y decisiva que hiciera tambalear la resistencia de los franceses y permitiera a Alemania dictar los términos de una paz o dirigirse contra Rusia según lo previsto. En un primer momento, este fue un plan de contingencia, pero a medida que fue aumentando el poderío del ejército alemán, se convirtió poco a poco en el principal plan de guerra. Los orígenes del llamado «Plan Schlieffen» se han visto empañados por quienes han señalado correctamente que fue objeto de examen en sus muchas versiones y de constantes retoques y ajustes a la luz de la información que iban proporcionando los servicios de inteligencia y de la disponibilidad real de efectivos en cada momento. Sin embargo, ni que decir tiene que no fue nunca la creación estática del imaginario popular, sino más bien un plan mutante que tenía sus orígenes en solo un aspecto relevante del conjunto de las actividades planificadoras de Schlieffen. Los tan cacareados informes Schlieffen de 1905 y 1906, otrora comúnmente considerados depositarios de la esencia del plan, resultaron tristemente decepcionantes cuando se comprobó que apenas contenían verdaderos detalles operacionales. De hecho, en su último simulacro de guerra antes de retirarse en 1906, el propio Schlieffen insistió en mantener una actitud defensiva y se abstuvo de llevar a cabo maniobras ofensivas como las que por lo general se le han atribuido; es evidente que, incluso al final de su carrera, Schlieffen seguía calibrando

y experimentando distintas soluciones para resolver el dilema en el que se veía inmerso el ejército alemán por culpa de los fracasos de la política exterior alemana.

El Plan Schlieffen fue ante todo un plan propio de su tiempo. En 1906 los rusos aún estaban totalmente abatidos por la derrota sufrida en la guerra contra Japón. Schlieffen consideraba que el ejército del zar estaba en unas condiciones tan lamentables que hasta que no fuera objeto de una reforma radical no iba a ser capaz de llevar a cabo con éxito operación ofensiva alguna. Pero los rusos no tardarían en demostrar una capacidad regeneradora que frustrarían por completo las esperanzas de Alemania. En efecto, el «Gran Programa» de reformas del ejército puesto en marcha en 1913 auguraba para 1918 un ejército ruso en tiempos de paz con 2.200.000 efectivos. Esta perspectiva de un aumento considerable del poderío militar de Rusia constituiría el meollo del problema que heredaría el sucesor de Schlieffen como jefe del estado mayor, el general Helmuth von Moltke, llamado «el Joven» para distinguirlo de su tío, el anteriormente citado Helmuth von Moltke, conocido como «el Viejo». Alemania soportaría no solo una guerra en dos frentes, sino también, en último término, la perspectiva desalentadora de un ejército ruso enorme y moderno que rápidamente iba a ser movilizado a la frontera ruso-germana por medio de un ferrocarril, financiado poco tiempo antes gracias a las importantes inversiones llevadas a cabo por los franceses. Moltke reconsideró el problema, pero no supo desarrollar una estrategia coherente para contrarrestar la posición cada vez más deteriorada de Alemania. Era evidente que Rusia no podía ser atacada y derrotada de una manera rápida, por lo que había que lanzar la principal ofensiva contra Francia. Y como era harto improbable que se pudiera acabar rápidamente con los franceses emprendiendo un ataque directo a través de la frontera franco-alemana, el Plan Schlieffen seguía

ofreciendo una perspectiva esperanzadora, a la que se aferró Moltke en ausencia de algo mejor. Lo que ya resulta más dudoso es que un hombre con muchos más recursos como Schlieffen se hubiera visto obligado a adoptar esa misma línea.

Un memorándum teórico o un informe escrito lleno de recomendaciones no es lo mismo que un plan practicable, y fueron Moltke y su estado mayor los que elaboraron todos los planes de guerra operacionales. Moltke también realizó diversos ajustes importantes para reflejar algunos de los cambios que se habían producido en la situación táctica y política. En primer lugar, se vio obligado a reforzar los destacamentos alemanes de la frontera con Francia para contrarrestar la casi inevitable invasión de Alsacia-Lorena por parte de los galos. En segundo lugar, como no quería alargar la lista de enemigos de Alemania, decidió evitar la invasión de Holanda. En tercer lugar, programó un primer ataque sorpresa contra las formidables fortificaciones belgas de Lieja para asegurarse de que no constituyeran un impedimento para avanzar a través de Bélgica. En cuarto lugar, trató de convertir la alianza con Austria-Hungría en una realidad militar en toda regla. Solo *uno* de los ejércitos alemanes movilizados sería asignado al Frente Oriental, donde iba a necesitar toda la ayuda que las fuerzas austrohúngaras pudieran proporcionarle si tenía que resistir en ese frente mientras se derrotaba a Francia. Moltke «el Viejo» y Schlieffen se habían mostrado siempre muy escépticos respecto al valor potencial del ejército austríaco, pero Moltke «el Joven», cuya situación era más desesperada, hizo todo lo posible para incorporarlo a sus planes. Trabajó en colaboración con el jefe del estado mayor austríaco, el general Franz Conrad von Hötzendorf, para intentar asegurar su plena colaboración a la hora de repeler cualquier ataque ruso inicial.

La otra gran preocupación de Moltke tenía un cariz mucho más siniestro. Temeroso del poderío cada vez mayor de Francia y Rusia, quería que estallara la guerra lo antes posible, antes de que se deteriorara aún más la situación de Alemania en relación a sus enemigos. Al final, Alemania iría a la guerra con la esperanza de obtener una rápida victoria utilizando la gran eficacia operacional de su ejército antes de que los enemigos pudieran movilizar adecuadamente sus recursos. Cuando se presentó la oportunidad de empezar la guerra, Moltke se aferró a ella. Lo irónico es que en lo más profundo de su corazón nunca creyó del todo en la victoria final de Alemania.

Los primeros planes franceses tras el desastre de 1871 tuvieron, como cabe imaginar, un carácter esencialmente defensivo. Se introdujo un sistema oficial de servicio militar obligatorio para crear un verdadero ejército nacional, y para proteger sus territorios los franceses construyeron una costosísima cadena de fortificaciones modernas dentro de la nueva frontera franco-alemana. El ejército galo también abrazó por fin la modernización, al menos en parte, con la introducción de la floreciente parafernalia de guerra para poder estar a la altura de los avances alemanes. Entre bastidores se produjo una mejora a largo plazo de la infraestructura logística de guerra, prestando particular atención a los ferrocarriles con la finalidad de utilizarlos para trasladar rápidamente a las tropas hasta las fronteras con Alemania. Un sistema más profesional de oficiales de estado mayor y un alto mando unificado también empezaron el proceso de establecer juntos una doctrina militar coherente.

La alianza acordada con Rusia en 1892 supuso más oportunidades ofensivas, y la estrategia militar francesa no tardó en reflejar la posibilidad de lanzar un ataque a Alsacia-Lorena, la provincia perdida. Los oficiales del estado mayor francés ela-

boraron una gran variedad de planes que, con lógica gala, se caracterizaban por una secuencia de números romanos. Al menos en teoría, eran conscientes de la amenaza de una gran ofensiva alemana por el norte de Francia y Bélgica (como, de hecho, había sugerido Schlieffen). Aunque muchos altos mandos franceses no podían hacerse realmente a la idea de que Alemania se atreviera a violar de una manera tan brutal la neutralidad de Bélgica, sus planes empezaron a reflejar esta posibilidad; en efecto, a partir de 1906 comenzaron el despliegue de un número mayor de tropas en el norte. Sin embargo, los franceses seguían sin contar con suficientes efectivos para cubrir debidamente sus fronteras desde Suiza hasta el mar del Norte, por lo que había que tomar difíciles decisiones. El hombre elegido para esta misión fue el general Joseph Joffre. Nacido en 1852 en un entorno rural, Joffre había tenido su primera experiencia de servicio activo siendo aún un cadete oficial en el sitio de París durante la guerra franco-prusiana. A continuación había prestado sus servicios como ingeniero militar en las colonias francesas de Indochina y el norte de África. Tras diversos ascensos, en 1904 fue nombrado director de Ingeniería, cargo en el que demostró un gran dominio del procedimiento administrativo y su energía para sacar el trabajo adelante, cualidades que en poco tiempo se tradujeron en un nuevo ascenso, primero para comandar una división, luego un cuerpo y finalmente, en 1911, para ponerse al frente del estado mayor general, con el cargo asociado de comandante en jefe del ejército francés si estallaba una guerra. Como a Joffre no se le conocían afiliaciones políticas o religiosas específicas, su nombramiento resultó relativamente aceptable para todos los bandos, y su firmeza de carácter no solo era alentadora, sino que también comportaba que fuera considerado un hombre competente.

Joffre empezó enseguida una revisión exhaustiva de la estrategia, teniendo en cuenta la visión predominante de que Gran Bretaña se uniría a los franceses en una guerra contra Alemania, y expresando su firme determinación a aplastar a los germanos y recuperar las provincias perdidas. Estas ideas se vieron reforzadas por la promesa de los rusos de que estaban capacitados para desplegar entre 700.000 y 800.000 soldados en una ofensiva contra Prusia Oriental a las dos semanas de su movilización. En vista de la relativa lentitud del proceso de movilización de los rusos, puede parecer que la mejor opción para Francia era mantenerse a la defensiva hasta que los rusos pudieran estar presentes con todo su potencial en las fronteras orientales de Alemania. Lamentablemente, en aquellos momentos el ejército francés estaba convencido de la efectividad del planteamiento ofensivo y no del defensivo. Los teóricos militares proclamaban la superioridad moral del ataque y postulaban que los nuevos sistemas armamentísticos permitirían tal concentración de poder de fuego contra las tropas defensoras que acabaría por romper su voluntad de resistir. La táctica era considerada una nimiedad en comparación con los inspiradores efectos del ardor que corría por las venas de cualquier *poilu* francés; unos soldados debidamente motivados y bien capitaneados, sin temor a nada ni a nadie, podían superar todo tipo de obstáculos valiéndose solo de la audacia de sus asaltos, golpeando las defensas enemigas antes de que estas se dieran cuenta de lo que ocurría y demostrando su capacidad de ataque a punta de bayoneta. Todas estas ideas quedaban reflejadas en declaraciones doctrinales que manifestaban que «solo la ofensiva cosecha buenos resultados». Se trataba, sin embargo, de una burda simplificación de las complejidades de la guerra moderna. Aunque era cierto que el planteamiento ofensivo podía garantizar la elección del lugar y del momento del ataque, si no se prestaba la debida aten-

ción a la situación militar también podía provocar pérdidas devastadoras que mermarían rápidamente la capacidad efectiva del agresor. Estas dudas, sin embargo, no tenían cabida en la Francia frenética de antes de la guerra en la que se exaltaba el poder de la «offensive à l'outrance».

Fue en este ambiente en el que Joffre elaboró el Plan XVII, la última revisión de la estrategia francesa para la que sería la Gran Guerra. Dicho plan no constituía una apuesta ciega por la conquista de Alsacia-Lorena como a menudo ha sido presentado. Joffre estaba convencido de que los alemanes atacarían por Bélgica, y de hecho llegó a ver este territorio como futuro campo de batalla, pero sus jefes políticos del mundo civil —conscientes de la actitud de los británicos— insistieron inteligentemente en que primero Alemania tendría que violar la neutralidad de Bélgica. Esta incerteza más bien excluía la posibilidad de que los franceses lanzaran su principal ofensiva en Bélgica y convertía Alsacia-Lorena en la primera opción. Se trataba ante todo de un plan de concentración que colocaba cuatro ejércitos a lo largo de la frontera con Alemania, con Luxemburgo y con Bélgica, dejando otro en la reserva. Se esperaba que, una vez en sus posiciones, estos contingentes avanzaran para ocupar Alsacia-Lorena, pero con la opción de utilizar dos ejércitos para repeler el ataque lanzado por las fuerzas alemanas desde Bélgica y el norte de Francia. En sí mismo el plan no obligaba a Joffre a seguir unas pautas concretas. Pero la presunción era siempre que atacaría por algún lugar, y que mientras tanto los rusos lanzarían una ofensiva en el Frente Oriental. En 1913, la aprobación de la Ley de los Tres Años, que elevaba hasta treinta y seis meses la duración del servicio militar obligatorio, sirvió para garantizar la disponibilidad de parte de los hombres que necesitaría Joffre para su misión. Esto significaba que, aunque Alemania tenía una población de cerca de sesenta millones de habitantes (unos

veinte millones más que Francia), la mayor duración del servicio militar de los galos les permitiría contar con un ejército del mismo tamaño que el germano. Los franceses, como los alemanes, hacían su planificación pensando en una guerra corta, aunque hubiera indicios de que una serie inicial de batallas decisivas tal vez no lograran poner fin al conflicto. Calculaban que, por mucho éxito que tuviera su operación, tardarían seis largos meses incluso para llegar al Rin, donde intuían que era harto probable que los alemanes opusieran una gran resistencia. Y, por supuesto, la cosa sería a la inversa si los franceses no tenían el éxito esperado. Pero lo cierto es que, desde el punto de vista práctico, se hizo muy poco, por no decir nada, para prepararse para una guerra larga: las provisiones existentes de munición fueron consideradas suficientes, y no se elaboró plan alguno para poner la industria al servicio de la causa común.

Cuando Gran Bretaña se unió a la Triple Entente, las exigencias de la guerra comportaron que este país no solo fuera requerido a cargar con buena parte de la responsabilidad naval de la alianza, sino que también se esperara de él que contribuyera aportando una considerable fuerza terrestre. La Marina Real aseguraría el mar del Norte, el canal de la Mancha y el Atlántico, y la armada francesa haría lo propio en el Mediterráneo. Pero los franceses también ansiaban que la Fuerza Expedicionaria Británica (BEF, por sus siglas en inglés) ocupara un lugar propio en el frente. Esperaban contar con seis divisiones de infantería y una de caballería a los dieciséis días de que se anunciara la movilización, por sí mismas unas fuerzas triviales en comparación con los enormes ejércitos que se preparaban para la guerra, pero que constituían todo un símbolo de la participación británica. Joffre planeaba situarlas a la izquierda de los ejércitos franceses, frente al flanco derecho de las fuerzas alemanas, aunque su posición no era en realidad

una cuestión muy relevante. La importancia de Gran Bretaña en la alianza al principio de la guerra radicaba en su aportación naval a la causa; no podía esperarse que ocurriera nada relevante en tierra al menos durante un año, un plazo que iba más allá del horizonte estratégico de los franceses. De mucha más importancia para los franceses resultaba el antiguo compromiso de Rusia de proporcionar las fuerzas militares necesarias para atacar a los alemanes en el Frente Oriental.

En el Frente Oriental los rusos eran perfectamente conscientes de que los alemanes pretendían atacar primero a los franceses, por lo que tan solo les bastaría con resistir con firmeza en Prusia Oriental. La cuestión era cómo utilizar los masivos ejércitos rusos durante el primer mes de la guerra, período sumamente crucial, para sacar el mayor provecho de ellos. El alto mando ruso debía tener en cuenta la configuración de la frontera entre Rusia y las Potencias Centrales, que en sí misma constituía un problema. La última partición de Polonia había alargado el enorme saliente de la Polonia «rusa», que con una longitud de unos trescientos setenta kilómetros quedaba insertado entre territorios de las Potencias Centrales, limitando al sur con los montes Cárpatos del Imperio Austrohúngaro, y al norte con la Prusia Oriental de Alemania. Las fronteras de esta franja no constituían una barrera natural, lo cual dificultaba enormemente su defensa; de hecho, la respuesta militar más lógica habría sido la evacuación total de la zona. Pero una retirada así no habría ayudado a los franceses que, soportando la principal embestida de Alemania, necesitarían que los rusos ejercieran la mayor presión posible sobre el enemigo común. Los rusos eran conscientes de sus obligaciones con los franceses, pero sus planes debían encontrar un equilibrio entre las necesidades francesas y las

suyas propias, a saber, resistir los ataques de un ejército austrohúngaro de cuarenta divisiones que solo tenía que enfrentarse a las fuerzas serbias.

En 1910 los rusos confeccionaron el Plan 19, que audazmente preveía utilizar contra Alemania casi todas sus fuerzas movilizadas —cincuenta y tres divisiones—, dejando solo diecinueve para enfrentarse a los austríacos. Para facilitar la labor de estas últimas divisiones se contemplaba la retirada de la Polonia rusa a una frontera menos extensa y más fácil de defender. Los miembros del alto mando ruso que se oponían al plan señalaron que se corría el grave peligro de que las operaciones ofensivas austríacas acabaran superando a las fuerzas agredidas y auguraron un escenario demoledor, en el que las intervenciones de la caballería en masa hostigarían constantemente los flancos y las comunicaciones de las tropas rusas desplegadas en el frente alemán. También había consideraciones políticas, como, por ejemplo, la conveniencia de evacuar Polonia, territorio que probablemente fuera arduo recuperar, sobre todo teniendo en cuenta la dudosa lealtad de muchos polacos al estado Ruso. El resultado fue una solución de compromiso, en la que se contemplaban las variantes introducidas por el Plan «A» y el Plan «G» en el Plan 19. Si bien el «G» presentaba una versión ligeramente modificada del plan original de concentrar las tropas contra Alemania (cuarenta y tres divisiones en el frente alemán, y treinta y una en el austríaco), el «A» tenía mucho más en cuenta el poderío de Austria-Hungría, previendo que el grueso de las fuerzas movilizadas —cuarenta y cinco divisiones del III, IV y V Ejército— combatiera a los austríacos y que el resto hiciera todo lo posible por ayudar a los franceses. Así pues, el I y el II Ejército de los rusos, un total de veintinueve divisiones, serían lanzados contra las nueve divisiones del VIII Ejército alemán en Prusia Oriental. Al final, se optó por el Plan «A».

Los rusos también tenían una gran variedad de planes teóricos relacionados con su vieja ambición de hacerse con Constantinopla. Los simulacros de guerra basados en este asunto eran una de las eternas ocupaciones del alto mando ruso, pero ese plan no era más que una aspiración, un objetivo que había que cumplir más adelante en la guerra, y no una opción realista en aquellos momentos. Al fin y al cabo, Turquía no entró en guerra en agosto de 1914.

Los planes de Austria-Hungría tienen una importancia mucho menor, pues, aunque fuera una gran potencia desde el punto de vista técnico, en realidad no tenía capacidad para afectar el curso de los acontecimientos fuera de los confines de la región de los Balcanes. Por muchas conversaciones que entablara este imperio con Moltke para discutir la participación de las divisiones austríacas en la causa contra Rusia, en sus planes quedaba patente la firme pretensión de concentrarse contra Serbia. Había dos variantes: el Plan «B» y el Plan «R». El primero preveía la invasión de Serbia por parte de tres ejércitos austríacos, mientras otros tres se encargaban de defender la frontera con Rusia (un despliegue que resultaría prácticamente inútil para sus aliados alemanes); el segundo proponía evitar con cuatro ejércitos una intervención contundente de los rusos en ayuda de Serbia, y la invasión de este territorio con otros dos. Parece que, al final, los austríacos se dedicaron a improvisar, sin dejar de anteponer su interés por acabar con sus enemigos más acérrimos, los serbios, al bien general de las Potencias Centrales.

Al borde del precipicio

Los años previos al estallido de la Gran Guerra de 1914 se habían visto marcados por una serie de incidentes diplomáticos y de agresivas e intimidatorias demostraciones militares entre las grandes potencias con el fin de comprobar los límites

de lo que podían conseguir sin recurrir a una guerra en toda regla. Las tensiones provocadas por el recelo alemán ante la influencia de los franceses en el norte de África se hicieron claramente patentes en la llamada primera crisis marroquí de 1905-1906. Francia tenía la firme determinación de controlar Marruecos para complementar las colonias que ya poseía en el norte de África. Bismarck, que veía las colonias con escepticismo, sin duda habría dado un paso atrás para dejar que se enconara la pugna imperialista entre Francia y Gran Bretaña. Pero en marzo de 1905 el káiser decidió visitar Tánger, donde pronunció un discurso incendiario manifestando claramente su oposición a la actuación de los franceses que provocó la inquietud de toda Europa. Una conferencia internacional resolvió aquella situación con una solución de compromiso que dejaba a Francia el control *de facto* de Marruecos.

En 1908 se produjo otra crisis importante cuando Austria-Hungría se anexionó formalmente Bosnia y Herzegovina. Hasta entonces, en virtud del tratado de Berlín de 1878, los austríacos habían gobernado estas dos provincias, sustituyendo a la anterior administración turca. Pero este cambio de estatus, en apariencia insignificante, provocó una gran preocupación y, en la práctica, todas las potencias importantes de la zona adoptaran una postura clara y enérgica para intentar imponer su propia agenda política. Al final, las protestas de Serbia fueron ignoradas y la anexión fue aceptada, pero el hecho no hizo más que aumentar la desconfianza existente entre austríacos y rusos. La anexión había sido llevada a cabo para poner fin al nacionalismo paneslavo, pero terminó simplemente por estimular las pretensiones separatistas bosnias. Cada vez parecía más probable que el polvorín de los Balcanes iba a estallar a la más mínima provocación.

En abril de 1911 estallaría la segunda crisis marroquí cuando los franceses decidieron enviar una pequeña fuerza militar en «defensa de los ciudadanos franceses» de Marruecos durante una revuelta de la población autóctona contra el régimen del sultán. Alemania consideró que se trataba sencillamente de un paso más hacia la anexión francesa de la región que frustraría para siempre su plan colonial de establecer una base naval en Marruecos con acceso al Atlántico. Así pues, mandó uno de sus buques cañoneros, el *Panther*, al puerto de Agadir. A su vez, esta acción exacerbó a los británicos, que quisieron impedir que los alemanes se hicieran con un puerto atlántico. Durante un tiempo las tensiones diplomáticas alcanzaron límites extremos, pero poco a poco fueron relajándose pues ninguno de los protagonistas llevó a cabo más actos de provocación. Al final, se sobornó a Alemania con la cesión de un pedazo de territorio de escaso valor del Congo Francés, y Francia pudo convertir por fin a Marruecos en un protectorado en 1912. Todo este embrollo supuso una humillación pública para Alemania, que poco pudo hacer al respecto.

En septiembre de 1911 se cernió otra gran amenaza sobre el *statu quo* cuando los italianos declararon la guerra a Turquía y trataron de ocupar Tripolitania y las islas del Dodecaneso en un intento vano de aprovecharse de la grave decadencia del imperio otomano. Sin embargo, esta acción se vio a su vez ensombrecida por el estallido de la primera guerra de los Balcanes, cuando Serbia, Grecia, Bulgaria y Montenegro aprovecharon la situación creada por Italia y se unieron para atacar Turquía en octubre de 1912. Los turcos llevaron a cabo una deficiente campaña militar y no tardaron en ser derrotados. Pero, a continuación, la alianza entre sus enemigos balcánicos saltó por los aires debido a las disputas por sus respectivas pretensiones territoriales cuando Bulgaria atacó Grecia y Serbia, desencadenando la segunda guerra de los Balcanes en

junio de 1913. Bulgaria quedó por completo aislada, y cuando la guerra finalizó en agosto de 1913 los turcos, que no pasaron precisamente desapercibidos, habían logrado reconquistar buena parte del territorio balcánico perdido con anterioridad. Esta crisis no vino a aliviar la debilidad general de Turquía, pero sí puso en evidencia la incertidumbre en lo concerniente a una reacción apropiada de austríacos y rusos, de los que probablemente se esperara una intervención. Los austríacos dieron algún paso preliminar, pero cuando quedó claro que Alemania quería que los acontecimientos siguieran su curso, permanecieron inmóviles, viendo incluso cómo prosperaban sus enemigos serbios (Serbia duplicó su tamaño durante las guerras balcánicas). En un momento del conflicto pareció también que los rusos iban a ordenar una movilización parcial para actuar contra Austria, pero se abandonó esta idea cuando las autoridades del imperio zarista se dieron cuenta de que un gesto tan radical como aquel provocaría movilizaciones de represalia en toda Europa. Nadie estaba preparado, o suficientemente desesperado, para correr el riesgo de desencadenar una guerra a gran escala en 1912.

Otro año, otra crisis. Cualquier cosa provocaba un alboroto. En diciembre de 1913 los alemanes nombraron al teniente general Otto Liman von Sanders comandante en jefe del I Cuerpo Turco. Hacía tiempo que en Constantinopla había una misión militar alemana, pero esa decisión puso verdaderamente a Liman al frente de la unidad responsable de la defensa de los estrechos turcos. Este hecho puso en alerta a los rusos, que se enfrentaban a la perspectiva de un ejército otomano reforzado por una continua y estrecha colaboración militar con Alemania. A ello había que sumar un importante rearme de la armada turca gracias a la cooperación de la misión naval británica (para gran consternación de los rusos, que habían esperado una mayor consideración de sus socios de la

Entente). Una Turquía a la que se había infundido nuevo vigor, con una poderosa flota en el mar Negro, no figuraba en los planes que tenía Rusia a largo plazo para Constantinopla. Hubo numerosos despliegues militares intimidatorios antes de llegar a una solución de compromiso, en virtud de la cual Liman fue ascendido a inspector general del ejército turco, abandonando así sus responsabilidades en los estrechos en calidad de comandante en jefe de la zona. Esta decisión redujo las tensiones, pero no sirvió para aplacar la animosidad y los temores de Rusia. El recelo y el resentimiento aumentaban en todos los bandos.

Cualquiera de estos enrevesados problemas habría podido desencadenar la guerra en los años anteriores a 1914. Todos ellos simbolizan las debilidades que afectaban a las grandes potencias. Pero, en todos los casos, una combinación de diplomacia chapada a la antigua, contención propia de estadistas, temor natural y la falta de preparación para empezar una guerra en aquel momento en concreto evitó una clara ruptura de las hostilidades. Tal vez el factor suerte también desempeñara un papel importante, pero era evidente que no podía ser así durante mucho tiempo. Todas las grandes potencias temían perder terreno en beneficio de sus rivales, que a su vez fomentaban poco a poco una paranoia colectiva que aumentaba vertiginosamente. Más que ningún otro, el imperio alemán se encontraba en una situación en extremo difícil, sometido como estaba a la errónea visión del mundo que tenía el régimen del káiser Guillermo: atado por necesidad a Austria-Hungría, y condenado a entrar en guerra, tarde o temprano, con Francia, Rusia y probablemente Gran Bretaña. Por otro lado, el poderío creciente de Rusia comportaba que los únicos planes factibles de Alemania para lograr la victoria pronto dejarían de ser válidos; tal vez lo seguirían siendo hasta 1917, pero evidentemente no más allá de 1922. Para Alemania no

tenía sentido posponer la guerra; si esta tenía que estallar, que estallara lo antes posible. En agosto de 1914 se habían dejado de lado todas las contenciones, y los preparativos para la guerra habían concluido. El escenario estaba listo para el Armagedón.

El asesinato de Francisco Fernando

El detonante final de la guerra sería la presión reprimida del nacionalismo en el imperio políglota de Austria-Hungría. Varios grupos nacionalistas conspiraban en la sombra, el más significativo de los cuales acabaría siendo el serbio Narodna Odbrana («Defensa Nacional»), creado en 1908, junto con su intimidador brazo terrorista secreto, Mano Negra. Su objetivo era liberar a todos los serbios de sus opresores para crear una Gran Serbia, y en particular revertir la anexión formal de Bosnia de 1908 por parte de los austríacos. Para este fin había reclutado un número formidable de seguidores en el marco de una red de organizaciones, como, por ejemplo, Joven Bosnia. En conjunto, todos ellos constituían un grupo de conspiradores sumamente motivados, y en junio de 1914 se les presentó la oportunidad de cambiar el mundo.

> El pequeño recorte de un periódico, enviado sin comentarios por una banda secreta de terroristas de Zagreb, capital de Croacia, a sus camaradas de Belgrado, fue la mecha que en 1914 hizo estallar una guerra mundial. Aquel pedacito de papel destruyó viejos imperios orgullosos de sí mismos. Permitió el nacimiento de nuevas naciones libres. Fue uno de los miembros de la banda terrorista de Belgrado quien lo recibió. El pequeño recorte de periódico informaba de la próxima visita del archiduque Francisco Fernando de Austria a Sarajevo, la capital de Bosnia, el 28 de junio, para dirigir una serie de maniobras militares en unas montañas vecinas. Llegó a nuestro lugar de encuentro, un café llamado Zlatna Moruna, una noche de finales de abril de 1914. En una mesita de aquel modestísimo café, bajo la luz trémula de una lámpara de gas, nos sentamos y lo leímos. No había llegado acompañado de ninguna orden, ni de advertencia alguna. Cuatro letras y dos números bastaron para que acordáramos unánimemente, sin discusión, lo que debíamos hacer al respecto.[4]
>
> Borijove Jevtic, Mano Negra.

Los largos meses de conspiración culminarían con el asesinato del archiduque Francisco Fernando en Sarajevo el 28 de junio de 1914. Antes de perpetrarse este atentado, los agentes de los servicios de inteligencia serbios proporcionaron en secreto a los conspiradores armas y el entrenamiento necesario, y luego facilitaron su regreso a Bosnia. Aquel fatídico día los supuestos asesinos se dispersaron entre la multitud que aguardaba en las calles de Sarajevo la llegada de los automóviles en los que se desplazaban el archiduque y su séquito. En un primer momento su actuación distó mucho de conseguir su objetivo mortal: uno de ellos perdió los nervios, otro lanzó una granada de mano que hirió a algunas personas que viajaban en el vehículo que iba detrás del coche del archiduque y los demás no pudieron hacer nada cuando este aceleró. Pero luego, en medio de la confusión, el conductor del automóvil de Francisco Fernando se desorientó, aminoró la velocidad y por una fatal coincidencia se detuvo a apenas dos metros de uno de los hasta entonces asesinos frustrados: un estudiante de diecinueve años llamado Gavrilo Princip. En un abrir y cerrar de ojos, Princip sacó su pistola y disparó dos veces hacia el vehículo descapotado. No falló. La primera bala hirió a Francisco Fernando en el cuello, y la segunda alcanzó el estómago de la esposa del archiduque, Sofía, que se encontraba encinta, mientras esta trataba de proteger a su marido. Sobre el estribo del automóvil el conde Franz von Harrach fue testigo de aquel horror.

> Mientras el coche daba marcha atrás rápidamente, de la boca de Su Alteza salió un hilo de sangre que me salpicó en la mejilla derecha. Cuando saqué un pañuelo para limpiar la sangre de su boca, la duquesa empezó a gritarle: «¡Dios mío! ¿Qué te ha ocurrido?». Entonces resbaló del asiento y cayó al suelo del automóvil; su cabeza quedó entre las rodillas de su esposo. Yo no sabía que también la habían alcanzado, y pensé que simplemente se había desmayado por la conmoción. Luego oí cómo Su Alteza Imperial decía: «Sofía, Sofía, no mueras. ¡Vive por nuestros hijos!». Entonces cogí al archiduque por el cuello del uniforme para tratar de impedir que su cabeza cayera hacia adelante y le pregunté si

sentía mucho dolor. Respondió con gran distinción: «¡No es nada!». Su rostro comenzó a retorcerse, pero siguió repitiendo, seis o siete veces, cada vez con la voz más trémula mientras poco a poco perdía el conocimiento: «¡No es nada!». Luego se produjo un silencio, tras lo cual se oyó un largo estertor convulsivo y ronco, provocado por la pérdida de sangre. Este había cesado cuando llegamos a la residencia del gobernador. Los dos cuerpos inconscientes fueron trasladados al interior del edificio donde poco después se confirmó su fallecimiento.[5]

Conde Franz von Harrach.

Princip y los demás conspiradores fueron detenidos e interrogados inmediatamente. Aunque como bosnios eran ciudadanos austrohúngaros, enseguida quedó claro de las confesiones obtenidas el 2 de julio que el estado serbio estaba totalmente implicado en el asesinato, que era el brazo ejecutor en la distancia. El primer ministro serbio, Niikola Pasic, se vio sometido a tremendas presiones por los enfurecidos austríacos. Su enfado era real, pero lo cierto es que la crisis con Serbia también les brindaba la ocasión de aparcar los problemas internos que en aquellos momentos los dividían. Si Alemania había podido contrarrestar la amenaza de una intervención de Rusia, entonces también ellos tal vez pudieran solucionar de una vez por todas el problema que suponían los ambiciosos serbios. Una Serbia rotundamente derrotada tendría que olvidarse de sus continuas proclamas en pro de la autonomía de los eslavos al menos durante una generación. Quizá la tambaleante estructura del Imperio Austrohúngaro sobreviviera incluso al anciano emperador Francisco José I. La guerra ofrecía una esperanza allí donde solo había habido señales de desintegración. Antes de actuar públicamente, el 5 de julio el ministro de Exteriores austríaco, el conde Leopold von Berchtold, envió un emisario a Berlín solicitando el apoyo alemán para tratar las diferencias ya irreconciliables de su país con Serbia.

¿Qué debía hacer Alemania? Podía, por supuesto, dejar abandonado al Imperio Austrohúngaro, su único aliado verdadero, cosa que la habría dejado más aislada en Europa que

nunca. Por un lado, parece que algunos políticos alemanes creían factible una guerra corta entre Austria y Serbia que culminara en la extirpación del quiste más molesto de sus aliados, sin la necesidad de desencadenar un conflicto armado general en Europa. Pero, por otro lado, las poderosas autoridades militares de Alemania eran perfectamente conscientes de que si tenía que haber guerra en Europa, que esta estallara antes de que los enemigos de su país lograran ser aún más fuertes. Además, estaban los trofeos con los que tentaba la victoria. Su enemigo principal, Francia, podía acabar castrado de una vez por todas, precisamente como había pretendido Moltke «el Viejo» en 1871 para impedir que en un futuro lograra recuperarse militarmente. Alemania podía anexionarse grandes extensiones de territorio en el este, más allá de Polonia, adentrándose en Rusia. Y una vez dominada Europa, con el respaldo de su imponente Flota de Alta Mar, podía alcanzar por fin el estatus de gran potencia mundial con las colonias que satisficieran sus máximas ambiciones imperiales. La guerra no era una medida inconcebible para las autoridades alemanas: al fin y al cabo, en vida habían sido testigos de cómo su país conseguía resurgir del crisol de la guerra. La crisis del verano de 1914 no les dejaba otra alternativa que apoyar a sus aliados austrohúngaros, aunque ni que decir tiene que los alemanes tenían un proyecto propio sumamente agresivo. Esta política había sido explicada con toda claridad por el jefe del estado mayor general, Helmuth von Moltke, el 1 de junio de 1914, bastante antes de la crisis provocada por el atentado: «He de decir que, si al final la situación se desborda, estamos preparados; para nosotros, cuanto antes, mejor».[6] Por muchas dudas que lo asaltaran, lo cierto es que esa fue la postura alternativa de Moltke a lo largo de la crisis. Los militares alemanes estaban listos para arriesgarse, para llegar al borde de la guerra y luego aprovechar la ocasión que les brindara

cualquier tipo de pretexto que consideraran válido y legítimo. Y precisamente por estas razones, primero el káiser y luego su canciller, Bethman Hollweg, ofrecieron pleno apoyo al Imperio Austrohúngaro en todas las acciones que este decidiera emprender para meter a Serbia en cintura, aunque ello supusiera una guerra con Rusia y de ahí con toda Europa.

El 23 de julio, tras muchas vacilaciones en medio de un gran nerviosismo, los austríacos presentaron por fin un ultimátum que contenía diez demandas inflexibles, concediendo a los serbios solo dos días para dar su respuesta. Al mismo tiempo, anticipándose claramente al rechazo de las demandas, empezaron la movilización de tropas. A Serbia se le pedía no solo que desistiera de su actitud, sino también que condenara públicamente cualquier forma de propaganda nacionalista o separatista, permitiendo además que oficiales austrohúngaros se encargaran de supervisar la detención, los interrogatorios y el castigo de todos los serbios implicados en el asesinato de Francisco Fernando. Tras ordenar la movilización preventiva de su ejército (unas fuerzas relativamente reducidas), los serbios cedieron, pues no querían enfrentarse a una guerra sin contar con el respaldo explícito de Rusia. Luego, cuando iba a expirar el plazo, llegaron a Belgrado noticias importantes de Rusia. En un momento la situación había cambiado: a corto plazo tal vez a favor de Serbia, pero sin duda en contra para los pueblos de Europa.

El 25 de julio el zar Nicolás II proclamó el «período preparatorio para la movilización», durante el que, entre otras medidas, eran llamados a sus unidades los reservistas más jóvenes. Hasta entonces, a pesar del aumento de las tensiones internacionales, seguía siendo posible contemplar la crisis como una disputa nacional entre Austria-Hungría y Serbia. Pero la movilización rusa cambiaba las cosas. Incluso una movilización parcial podía adelantar la aparición de los ejércitos rusos

en el Frente Oriental alemán, y en vista de la naturaleza equilibradora de los planes bélicos germanos, aquello constituía una amenaza real. Los alemanes aún controlaban la situación, seguros de su capacidad para llevar a cabo una rápida movilización, por lo que inmediatamente trataron de presentar a Rusia como el agresor para conseguir el respaldo de su propio pueblo en un momento en el que la guerra era más inminente que nunca.

La decisión del imperio zarista resulta desconcertante por numerosas razones. Los rusos eran perfectamente conscientes de que su programa de rearme y de mejora de comunicaciones ferroviarias con el Frente Oriental alemán aún no había sido completado. Aunque habían recuperado su poderío militar tras el desastre de la guerra con Japón, el paso que iban a dar era, de hecho, audaz. Pero al mismo tiempo sentían claramente que no podían permitir que Serbia fuera arrollada. Como los austrohúngaros habían rechazado bruscamente la petición de Rusia de alcanzar una solución de compromiso, los rusos pidieron a sus representantes diplomáticos que actuaran con más mordacidad. Además, podían arriesgarse porque, si al final las cosas empeoraban, aunque entraran en guerra con Austria-Hungría y Alemania, contarían con el apoyo garantizado de Francia, y tal vez incluso de Gran Bretaña. Si la guerra iba bien, tal vez conseguían por fin desmembrar el imperio otomano y asegurarse el control de Constantinopla y del tan ansiado acceso al Mediterráneo.

Naturalmente, los serbios se sintieron más animados ante esa demostración de apoyo por parte de los rusos. En su respuesta al ultimátum austríaco, aunque siguieron aceptando las imposiciones generales de los austrohúngaros, tuvieron la temeridad de poner una serie de condiciones a varios puntos y rechazaron rotundamente la idea de que unos oficiales austríacos se encargaran de llevar a cabo las investigaciones del

atentado en suelo serbio. A su vez, los austríacos se negaron a ceder en este punto con la misma rotundidad: la declaración de guerra a Serbia era cada vez más inminente.

El gobierno francés tenía la firme determinación de preservar la integridad de la Triple Entente, lo que implicaba no solo no dejar sola a Rusia, sino también asegurarse de no incurrir con sus acciones en alguna falta que le hiciera perder el apoyo británico. Mostrando una actitud pasiva en general mientras se desarrollaba la crisis, los franceses aconsejaron prudencia al imperio del zar, aunque al mismo tiempo confirmaron su compromiso de unirse a Rusia si a esta no le quedaba más remedio que entrar en guerra. Francia tal vez no quisiera una guerra en el verano de 1914, pero lo cierto es que hizo muy poco por evitarla, animada por la perspectiva de poder vengarse por fin de Alemania, con el respaldo de Rusia y Gran Bretaña.

Los británicos contemplaban horrorizados todos esos angustiosos acontecimientos que estaban desarrollándose. El primer ministro, sir Herbert Asquith, resumía así su frustración en una carta de su correspondencia privada:

> Austria ha enviado a Serbia un ultimátum amedrentador y humillante que es imposible de aceptar, y ha exigido una respuesta en menos de cuarenta y ocho horas; si este no surge efecto, tomará las medidas pertinentes. Esto significa que es prácticamente inevitable la aparición en escena de Rusia en defensa de Serbia y para desafiar a Austria, y si todo esto ocurre, es difícil que Alemania y Francia permanezcan cruzadas de brazos y no decidan echar una mano a un bando o al otro. Por lo que la distancia que nos separa de un verdadero Armagedón es cada vez más medible, o concebible. Por suerte, parece que no hay razón alguna por la que tengamos que dejar de ser simples espectadores.[7]
>
> Sir Herbert Asquith, primer ministro de Gran Bretaña.

Los británicos intentaron apaciguar las cosas. El 26 de julio, su ministro de Exteriores, sir Edward Grey, propuso la celebración de una conferencia de cuatro potencias (Gran Bretaña, Francia, Alemania e Italia) para posponer la crisis, permitir la mediación y dar a Serbia, Austria-Hungría y Rusia

la oportunidad de alejarse de aquel abismo. Era diplomacia tradicional que seguía la norma no escrita de que cualquier crisis grave daría lugar a una conferencia de grandes potencias para ofrecer una solución de compromiso que, aunque no fuera del agrado de todas las partes, evitara al menos la guerra. Pero en aquellos momentos los austríacos estaban dispuestos a tomar medidas violentas, y un rifirrafe en la frontera con Serbia se convirtió en su mejor excusa para declarar la guerra el 28 de julio. En Berlín el káiser vacilaba, y de hecho intercambió incluso unos cuantos telegramas amistosos con su pariente el zar Nicolás II, pero cuando ya era demasiado tarde. Las decisiones importantes ya habían sido tomadas. Al mismo tiempo, los diplomáticos alemanes intentaban conseguir por todos los medios que los británicos no acudieran en ayuda de los franceses y los rusos. Asquith no se dejó impresionar por ellos, y el 30 de julio volvía a reflexionar sobre el estado general de las cosas en los siguientes términos:

> La tensión en Europa ha aumentado al menos un grado respecto a ayer; y no ha mejorado con ese intento bastante descarado por parte de Alemania de comprar nuestra neutralidad durante la guerra con promesas de que no se anexionará territorio francés (salvo los pertenecientes a las colonias), ni tampoco Holanda o Bélgica. Hay algo muy rudimentario y pueril en la diplomacia alemana. Mientras tanto los franceses empiezan a presionar en el sentido contrario, lo mismo que han venido haciendo los rusos durante un tiempo. La City, inmersa en un estado terrible de depresión y parálisis, se muestra por ahora totalmente contraria a una intervención inglesa. Hoy creo que las perspectivas son muy negras.[8]
>
> Sir Herbert Asquith, primer ministro de Gran Bretaña.

Llegado este punto, dada la evidente agresividad demostrada por Alemania y el Imperio Austrohúngaro, era inevitable que Europa se sumiera en una gran guerra si no había un cambio de actitud o de intenciones en ninguno de los bandos. Así pues, el 31 de julio Alemania ordenó la movilización preventiva y presentó dos serios ultimátums: uno a Rusia, exigiendo la total desmovilización antes de doce horas, y otro a

Francia, requiriendo una declaración de neutralidad en menos de dieciocho horas que permitiera a Alemania ocupar las fortificaciones fronterizas en demostración de buena voluntad. Ni que decir tiene que era imposible acceder a semejantes demandas o satisfacerlas.

El 1 de agosto Alemania se movilizó y declaró oficialmente la guerra a Rusia, y al día siguiente los franceses ordenaron la movilización general. Llegado incluso este punto, el káiser seguía dudando, creyendo erróneamente que había alguna posibilidad de que Francia y Gran Bretaña permanecieran neutrales si la primera no era atacada. Inspirado por esta idea, Guillermo hizo un último intento absurdo de abortar todos los planes de guerra alemanes, sugiriendo que se atacara solo a Rusia. La propuesta fue rechazada sin contemplaciones por Moltke, que señaló con términos claros y precisos que tropas alemanas ya estaban avanzando hacia Francia y que semejante cambio era simplemente imposible en una fase ya tan avanzada. Demasiados elementos de las altas jerarquías militares alemanas estaban empeñados en librar batalla y no podían concebir que se diera marcha atrás cuando ya se había dado el pistoletazo de salida. Aquella noche las primeras tropas alemanas empezaron la invasión de los fuertes fronterizos de Luxemburgo en preparación para un gran avance a través de Bélgica. Iba a ser sin lugar a dudas una gran guerra europea, aunque, para sorpresa de nadie, el 2 de agosto Italia rompiera su alianza con las Potencias Centrales tras anunciar con remilgo que la presión popular impedía una participación italiana en lo que consideraba que era una guerra de agresión por parte de sus antiguos socios alemanes y austrohúngaros.

En realidad, Gran Bretaña seguía sin tener agallas para entrar en guerra, pero, como país firmante del tratado de Londres de 1839, hacía tiempo que se había erigido en garante de la neutralidad de Bélgica, por lo que una invasión alemana de

este pequeño estado constituiría un factor determinante para aparcar las reticencias británicas a la intervención. Poco a poco, Gran Bretaña se vio metida en la guerra. El 2 de agosto, prometió brindar apoyo naval a los franceses si Alemania atacaba la costa del norte de Francia. Ese mismo día un ultimátum germano exigió a Bélgica que abriera sus fronteras para permitir el paso del ejército alemán en avance hacia Francia, y el 3 de agosto el imperio del káiser declaró formalmente la guerra a los galos. Cuando el ministro de Exteriores británico habló ante los miembros de la Cámara de los Comunes el 3 de agosto, ya se había esfumado cualquier posibilidad real de que Gran Bretaña se mantuviera al margen de la guerra.

> ¿Qué otra política puede adoptar esta Cámara? Solo hay una manera de que el gobierno pueda actualmente asegurarse la no intervención en la guerra, y esta sería proclamar de inmediato su neutralidad incondicional. Y no podemos hacerlo. Nos lo impide el compromiso adquirido con Francia que yo he leído ante esta Cámara. Y no olvidemos la amistad que nos une a Bélgica y que también nos impide adoptar una postura de neutralidad incondicional; y si esas condiciones no quedan satisfactoriamente garantizadas, no nos queda más remedio que recurrir al uso de todas las fuerzas de las que disponemos. Si al final siguiéramos la otra línea, diciendo «nunca tendremos nada que ver con este asunto», sin poner ninguna condición (las obligaciones adquiridas en virtud del tratado con los belgas, la posible situación en el Mediterráneo, afectando negativamente a los intereses británicos, y lo que pueda ocurrirle a Francia si no le prestamos ayuda), si dijéramos que todas estas cosas no importan nada, que no son nada, y que nos mantendremos al margen, creo que estaríamos perdiendo nuestro honor, nuestro buen nombre y nuestra reputación ante el mundo y que no podríamos evitar sufrir unas consecuencias económicas gravísimas y catastróficas.[9]
>
> Sir Edward Grey, ministro de Exteriores británico.

El sentimentalismo en torno a «la pobrecita Bélgica» funcionó seguramente muy bien ante la galería, esto es, la opinión pública británica en general, pero también había cierto grado de interés calculado que empujaba a Gran Bretaña a entrar en guerra: Alemania ya era una potencia fuerte, tal vez demasiado fuerte, y si se alzaba con la victoria en un conflicto armado con Francia y Rusia, el equilibrio de Europa quedaría

quebrantado durante generaciones. La amenaza naval alemana tampoco había sido olvidada, y la idea de que los germanos controlaran los puertos de Francia y Bélgica era imposible de digerir. Cuando Alemania declaró la guerra a Bélgica el 4 de agosto, la reacción de los británicos no se hizo esperar. Ese mismo día, a las siete de la tarde, un ultimátum exigiendo que los alemanes se comprometieran a retirarse de inmediato de Bélgica fue entregado personalmente por sir Edward Goschen al ministro de Exteriores del káiser, Gottlieb von Jagow, y a su canciller, Theobald von Bethmann-Hollweg. Fue en el curso de una tensa reunión.

> Vi al canciller muy nervioso. Su Excelencia empezó de repente una arenga que duró unos veinte minutos. Dijo que el paso dado por el gobierno de Su Majestad era terrible hasta cierto punto; solo por una palabra —«neutralidad», palabra que en tiempos de guerra ha sido descartada con harta frecuencia—, solo por un pedazo de papel, Gran Bretaña iba a entrar en guerra contra una nación hermana que no deseaba más que ser su amiga. Todos sus esfuerzos en ese sentido se habían visto frustrados por este último paso calificado de terrible, y la política a la que, por lo que sé, se había dedicado en cuerpo y alma desde su ascensión al cargo se había venido abajo como un castillo de naipes. Lo que habíamos hecho era inconcebible; era como golpear a un hombre por la espalda mientras este lucha por su vida contra dos agresores. Consideraba a Gran Bretaña responsable de todos los horribles acontecimientos que puedan suceder. Por mi parte, protesté enérgicamente ante semejante comentario, y dije que, de la misma manera que él y *herr* Von Jagow deseaban que yo entendiera que por razones estratégicas para Alemania era un asunto de vida o muerte poder avanzar a través de Bélgica y violar la neutralidad de este país, también quería yo que él comprendiera que para el honor de Gran Bretaña se trataba, por decirlo así, de una cuestión de «vida o muerte» mantener su solemne promesa de hacer lo imposible por defender la neutralidad de Bélgica si esta era atacada. Que los compromisos solemnes simplemente no pueden romperse, ¿o qué confianza podría inspirar cualquier pacto con Gran Bretaña en el futuro? El canciller replicó: «Pero ¿a qué precio se habrá mantenido ese compromiso? ¿Ya lo ha pensado el gobierno británico?». Di a entender a Su Excelencia con la mayor claridad posible que el miedo a las consecuencias difícilmente podía ser considerado un pretexto para romper promesas solemnes, pero Su Excelencia estaba tan nervioso, se veía evidentemente tan superado por la noticia de nuestra postura y se mostraba tan poco predispuesto a atender a razones, que no quise continuar con la discusión para no echar más leña en el asador.[10]
>
> Sir Edward Goschen, embajador de Gran Bretaña en Alemania.

Ni que decir tiene que Alemania rechazó el ultimátum —de hecho, no podía aceptarlo—, y cuando expiró el plazo el 4 de agosto de 1914 a medianoche, Gran Bretaña entró en guerra con Alemania. Como comentaría memorablemente sir Edward Grey: «Las lámparas se apagan en toda Europa, y no volveremos a verlas encendidas antes de morir».[11] De un plumazo, las hostilidades europeas habían adquirido un cariz realmente global: acababa de estallar la que sería la primera guerra mundial.

2

El Frente Occidental, 1914

Ningún plan de operaciones resiste el primer choche con la fuerza principal del enemigo.[1]

Mariscal de campo Helmuth von Moltke («el Viejo»).

La batalla de las Fronteras constituía el choque colosal que iba a hacer realidad o a destruir las esperanzas de Alemania y de Francia. Las dos grandes visiones de la guerra que había en competición, las últimas versiones del Plan Schlieffen y el Plan XVII, iban a ser sometidas a una prueba final, pasando de la teoría a la práctica. Las dos no podían triunfar, pero, como indica el aforismo clausewitziano de Moltke «el Viejo», había la clara posibilidad de que ambas fracasaran en medio de la niebla de la guerra, donde los caprichos del azar unidos a la incompetencia y a las acciones enemigas no previstas podían frustrar al comandante más audaz. El principal movimiento alemán, que marcaría en último término el curso de los acontecimientos, era el avance del I y el II Ejército a través de la frontera y las llanuras de Bélgica hacia el interior del norte de Francia. No muy lejos, el III Ejército cruzaría también las Ardenas belgas, mientras que el IV y el V Ejército avanzarían por Luxemburgo y las Ardenas francesas. Esto significaba que, efectivamente, los cinco ejércitos iban a llevar a cabo una colosal maniobra en círculo para rebasar el flanco izquierdo de los franceses. Mientras tanto, el VI y el VII Ejército de los alemanes resistirían enérgicamente en Alsacia-Lorena.

Los instrumentos para desarrollar los planes alemanes los proporcionaba la movilización, que sirvió para que el número de efectivos del ejército —754.000 en tiempos de paz— alcanzara la impresionante cifra de 2.292.000 cuando los reser-

vistas —la Landwehr y la Landsturm— recibieron la orden de incorporarse a los regimientos para formar setenta y nueve divisiones, de las cuales sesenta y ocho serían desplegadas en el Frente Occidental. En la medida de lo humanamente posible, el ejército alemán estaba listo para la guerra y equipado a la perfección, y había sido diligentemente entrenado durante los años de paz. La infantería estaba armada con el Mauser Gewehr 98 de 8 mm, un fusil de cerrojo de recarga manual y gran precisión y con una velocidad de disparo más que aceptable. El soldado alemán había recibido una instrucción que le permitía tener una gran pericia no solo a la hora de disparar individualmente, sino también cuando era necesario concentrar el fuego —formando parte de un escuadrón o un pelotón — o identificar objetivos para maximizar el impacto. Cada regimiento de infantería, formado por tres batallones de mil hombres, contaba también con una compañía de ametralladoras, cuyas seis Maxim podían ser utilizadas para abrir una cortina de fuego concentrado en acciones tanto defensivas como de apoyo en ataques. Como cuerpo militar, la artillería de campaña disponía de excelentes cañones de 77 mm y obuses de 105 mm (los famosos obuses de 5,9 pulgadas de las futuras pesadillas británicas). Eran unas armas magníficas y polivalentes, capaces —gracias a su largo alcance— de destruir hasta la última pieza de la artillería de campaña del enemigo. Los ejércitos disponían de piezas de artillería incluso más pesadas para asaltar las fortificaciones de hormigón. Las tácticas de ataque alemanas hacían hincapié en la importancia de ganar la fase de intercambio de disparos antes de emprender el ataque en formación abierta, dentro de unos límites absolutamente controlados, en el curso del cual los hombres se echaban al suelo antes de rebasar la posición enemiga y prepararse para un posible contraataque. Todos estos ejercicios eran practicados en grandes zonas de entrenamiento repartidas a lo largo y

ancho de Alemania. La extensión de dichas zonas permitía llevar a cabo maniobras a escala real en las que se conseguía un elevado grado de realismo en operaciones en terreno desconocido, con fuego real, ataques nocturnos y enfrentándose a menudo a una fuerza «enemiga» en escenarios perfectamente construidos y físicamente extenuantes que ponían a prueba los límites de los hombres en operaciones tanto de ataque como de defensa. Se trataba del tipo de ejercicio que era imposible de practicar en países con mayor densidad de población como Francia o más parsimoniosos como Gran Bretaña y Rusia. El ejército alemán era un cuerpo profesional que se tomaba verdaderamente la guerra muy en serio.

El ejército francés también era una fuerza continental extremadamente poderosa. La movilización consiguió aumentar su número de efectivos (750.000) hasta alcanzar la imponente cifra de 2.944.000. Pero el inmenso tamaño del ejército galo ocultaba varias deficiencias fundamentales. Aunque se había avanzado mucho en su modernización, esta se había visto obstaculizada por la perniciosa política militar de la época, que había repercutido en la preparación del ejército para la guerra moderna. La deficiencia más evidente se manifestaba cada vez que un soldado se ponía el uniforme. El conservadurismo dominante había impedido varios intentos de introducir un uniforme moderno de camuflaje, por lo que el *poilu* francés seguía vistiendo con orgullo sus pantalones encarnados y su chaqueta azul con los que apenas se distinguía de sus abuelos cuando estos combatieron en la guerra franco-prusiana de 1870. A raíz de las guerras de los Balcanes, cuando por fin les entró en la cabeza que era necesario llevar una vestimenta menos obvia, se empezó un proceso de selección para encontrar una alternativa. En el verano de 1914 las autoridades militares se decidieron por el color «azul horizonte» (un tono entre el azul celeste y el azafata), pero ya era demasiado

tarde, y los soldados franceses irían a la guerra vestidos con uniformes decimonónicos. La cuestión de los nuevos uniformes no se abordaría seriamente hasta 1915. Además, el fusil básico entregado a los soldados de infantería franceses tampoco satisfacía las demandas de la guerra moderna. El Lebel de 8 mm era un modelo que se remontaba a la década de 1880, y, a pesar de las modificaciones introducidas, seguía siendo pesado y demasiado largo y se perdía mucho tiempo a la hora de recargarlo; también había problemas de precisión durante el fuego rápido. La bayoneta de 1886, tan venerada por los devotos de la ofensiva, tenía una longitud de cincuenta y dos centímetros, y su hoja era tan delgada que podía partirse precisamente en ese tipo de combate cuerpo a cuerpo con el que soñaban los comandantes más sanguinarios. Las ametralladoras Hotchkiss de 8 mm refrigeradas por aire eran pesadas, pero reunían los requisitos necesarios para resultar aceptables en 1914.

El ejército francés tenía, sin embargo, otro problema que no había sido abordado. La artillería de campaña movilizada contaba con 4.076 excelentes cañones de 75 mm que disparaban proyectiles de 7,3 kilos a una velocidad de quince por minuto *in extremis*. Cuando las tropas enemigas se encontraban en campo abierto, estos cañones demostraban su valía, pero poco podían hacer contra fortificaciones bien construidas, y la trayectoria plana que seguían las bombas que disparaban impedían que pudieran abrir fuego indirecto, salvo en las colinas menos elevadas. En cuanto al fuego de contrabatería, ni siquiera se consideraba. Los franceses no disponían de obuses modernos, y los esfuerzos llevados a cabo antes de la guerra para corregir esta deficiencia se habían visto frustrados por la incapacidad del alto mando para ponerse de acuerdo en qué era exactamente lo que necesitaban. De manera análoga, la influencia de unas mentalidades ofuscadas por la necesidad de

movilidad y por una guerra corta supuso que solo hubiera 308 piezas de artillería pesada disponibles. Aunque había muchos cañones más repartidos por todo el país en diversos arsenales o fuertes, en su mayoría de poco servían debido a la lejanía o a su obsolescencia. Tendrían muy poca relevancia para la inminente batalla de las Fronteras. Una tradición militar basada en el culto de la ofensiva y la guerra corta había impedido una previsión con mayor amplitud de miras para el futuro.

El ejército francés tenía una última deficiencia, probablemente la más grave de todas: la falta de un adiestramiento táctico apropiado. A diferencia del ejército alemán, con sus incontables maniobras, el francés no disponía de los grandes campos de adiestramiento necesarios para llevar a cabo ejercicios militares con realismo, y se veía sometido, además, a estrictos controles financieros. Todos los reclutas prestaban servicio por un período de tres años, pero el programa de adiestramiento, que empezaba en las brigadas y terminaba en los cuerpos regionales y en los ejércitos, se prolongaba durante cuatro años, por lo que era inevitable que los reclutas no completaran nunca el ciclo formativo. El adiestramiento se centraba en el desarrollo de la fuerza física y la capacidad agresiva del individuo, dando especial atención al manejo de la bayoneta. Los reservistas recibían menos atención aún, pues, a pesar de que todos los años debían prestar servicio durante un período de unos cuarenta días, apenas realizaban ejercicios de campaña y se pasaban la mayor parte del tiempo en los cuarteles que había repartidos por todo el país. Tras pasar once años en la reserva, los reclutas podían verse obligados a prestar servicio en el Ejército Territorial y en la reserva del Ejército Territorial durante catorce años más. Ninguna fuerza de la reserva francesa demostró la pericia militar de sus homólogas alemanas.

El Plan Schlieffen: la captura de Lieja

La necesidad de una conquista rápida de los fuertes de Lieja en Bélgica había hecho cavilar mucho a los planificadores militares alemanes durante los años anteriores a la guerra. Lieja se encontraba a menos de treinta y cinco kilómetros de la frontera alemana y estaba defendida por un conjunto de doce fortificaciones a uno y otro lado del Mosa, río que dividía la ciudad. La mayoría de las defensas habían sido construidas entre 1888 y 1892 para albergar unos cuatrocientos cañones en estructuras de hormigón reforzado, capaz de resistir el impacto de bombas de incluso 210 mm de calibre. La guarnición comprendía un total de cuarenta mil efectivos a las órdenes del teniente general Gérard Leman. Cualquier retraso importante en la captura de este obstáculo podía tener consecuencias fatales para los alemanes. Por esta razón, las seis divisiones de infantería y la única división de caballería del ejército belga tendrían el dudoso honor de ser la primera fuerza que tuviera que hacer frente al ataque alemán. Los belgas habían decidido no ocupar la sólida línea defensiva natural que constituía el río Mosa desde Lieja hasta el fuerte de Namur, pues les pareció poco prudente colocar todo su ejército tan al alcance de los alemanes. Al final optaron por concentrarse más en el interior, al otro lado del Gette, donde esperaban permanecer al amparo del fuerte de Lieja hasta que los franceses y los británicos pudieran llegar para afianzar la línea. Como una avalancha, las tropas de avance alemanas cruzaron la frontera belga, barriendo a su paso las reducidas fuerzas de defensa belgas para lanzarse sobre Lieja. Leman había ordenado que sus hombres se atrincheraran entre los fuertes, por lo que cuando los alemanes empezaron el asalto la noche del 5 de agosto, los defensores pudieron oponer resistencia, aunque la 14.ª Brigada germana logró penetrar las líneas belgas. En esta acción participó el general de división Erich von Ludendorff del II Ejército, que se encontraba allí como observador

cuando se vio obligado a asumir el mando de la brigada tras la muerte del comandante. Después de duros combates, y gracias a una buena dosis de suerte, la 14.ª Brigada alcanzó el centro de Lieja. Fue entonces cuando Leman se dio cuenta de que su situación era desesperada. La tarde del 6 de agosto, consciente del gran poderío de las fuerzas alemanas y agobiado por los informes de la caballería comunicando que el enemigo se les echaba encima, ordenó la evacuación de sus tropas móviles de la 3.ª División antes de que fuera demasiado tarde. Así pues, cuando la 14.ª Brigada se adentró en las defensas belgas la mañana del 7 de agosto, poco a poco empezó a darse cuenta de que la resistencia estaba debilitándose.

> Cuando empezamos a entrar, muchos soldados belgas que seguían allí depusieron las armas. El coronel Von Oven debía ocupar la ciudadela. En vista de los informes que este había recibido, decidió no hacerlo, prefiriendo tomar la carretera que iba al fuerte de Loncin, en el extremo noroeste de la ciudad, y ocupar una posición en esa salida de Lieja. Creyendo que el coronel Von Oven tenía el control de la ciudadela, me dirigí hacia allí junto con el ayudante de brigada en un automóvil belga que había requisado. Cuando llegué, no se veía ningún soldado alemán por la ciudad, y la ciudadela seguía en menos del enemigo. Con el puño di varios golpes en las puertas, que estaban cerradas. Desde dentro alguien las abrió. Los pocos centenares de belgas que había allí se rindieron en cuanto los conminé a deponer las armas. Entonces llegó la brigada y tomó posesión de la ciudadela, que inmediatamente puse en estado de defensa.[2]
>
> General de división Erich von Ludendorff, cuartel general, II Ejército.

Llegado este punto, los alemanes se encontraban en la curiosa situación de haber tomado la ciudad, pero no el grueso de las fortificaciones que la rodeaban. Los fuertes fueron reducidos sucesivamente con una combinación de morteros pesados de 21 cms —cuyos disparos las fortificaciones eran capaces de resistir—, a los que el 12 de agosto se sumó el poder devastador de los enormes morteros de 42 cms (ante cuya potencia no se pudo hacer nada en absoluto). Los enormes proyectiles de mortero provocaron graves daños en los fuertes, obligándolos a rendirse. Cuando el de Pontisee, desde el que

se controlaba los puentes del Mosa en el norte de Lieja, cayó el 13 de agosto, quedó entreabierta la puerta a Bélgica para que el I Ejército alemán pudiera empezar su avance al día siguiente. El general Leman se encontraba atrapado en el fuerte de Loncin cuando el 15 de agosto, a las cinco de la mañana, los alemanes iniciaron un horrible bombardeo que se prolongaría durante casi toda la jornada.

> Un proyectil destruyó la galería en la que se resguardaba el estado mayor. Todas las luces se apagaron por la fuerza de la explosión, y los oficiales estuvieron a punto de asfixiarse por culpa de los terribles gases que emanaban de la bomba. Cuando cesó el fuego, salí a inspeccionar las rampas exteriores, y comprobé que habían quedado reducidas a un montón de escombros. Al cabo de pocos minutos se reanudó el bombardeo. Parecía como si todas las baterías alemanas estuvieran disparando a la vez. Nadie llegará jamás a hacerse una idea aproximada de lo que fue aquello realmente. Lo único que he podido saber es que cuando los grandes morteros de asedio entraron en acción nos lanzaron proyectiles de mil kilos de peso, la mayor fuerza explosiva que se haya conocido. Su aproximación la anunciaba un agudo zumbido, y al estallar provocaban un tremendo estruendo, levantando nubes de balas, polvo y piedras. Después de un tiempo entre tanto horror, quise regresar a la torre de observación; pero tras avanzar apenas unos metros por la galería se produjo una gran explosión que me tiró violentamente al suelo. Cuando pude ponerme en pie, seguí mi camino, pero me detuvo una asfixiante nube de gas tóxico. Era una mezcla del gas de una explosión y el humo provocado por un incendio en los dormitorios de las tropas. Nos hizo retroceder, medio sofocados. Miré por una rendija y comprobé, horrorizado, que el fuerte se había venido abajo, que las rampas y los contrafuertes eran un montón de cascotes y que de la boca de la fortaleza salían enormes lenguas de fuego. Mi única obsesión era tratar de salvar al resto de la guarnición. Salí inmediatamente para dar las órdenes pertinentes y vi a unos soldados a los que confundí con gendarmes belgas. Los llamé, y entonces volví a caer. Como unas tenazas, el gas venenoso oprimía mi garganta. Cuando recuperé el conocimiento, vi a mi ayudante de campo, el capitán Colland, de pie ante mí, y también a un oficial alemán, que me ofreció un vaso de agua. Dijeron que me había desmayado, y que los soldados a los que había confundido con gendarmes belgas eran, en realidad, el primer grupo de tropas alemanas que había conseguido entrar en la fortificación.[3]
>
> Teniente general Gérard Leman, guarnición de Lieja.

El último fuerte se rendiría el 16 de agosto. A pesar de todo el arrojo demostrado, Leman y su guarnición apenas afectaron el avance principal del ejército alemán, que ya había

completado la movilización de sus hombres por tren. Tal vez fueran pocos sus logros, pero lo cierto es que la firme resistencia del hasta entonces apenas valorado ejército belga constituiría un ejemplo inspirador para las tropas aliadas durante las traumáticas semanas siguientes.

El Plan XVII: la ofensiva de Alsacia-Lorena

El 10 de agosto, tras la movilización de tropas, Francia tenía concentrados sus cinco ejércitos de campaña en el noreste del país. No puede decirse que el Plan XVII hubiera condenado las recomendaciones de Joffre, pues sus ejércitos se encontraban en aquellos momentos bien situados para lanzar un contraataque en dirección norte hacia Bélgica o para organizar el asalto al complejo fortificado alemán de Metz-Thionville, donde Joffre creía que iba a concentrarse la fuerza principal del ejército germano. De hecho, su primera operación ya había tenido por objetivo el flanco derecho de dicho complejo, cerca de la frontera suiza, cuando llegó la orden de que el VII Cuerpo del I Ejército avanzara a las órdenes del general Louis Bonneau. El 7 de agosto, tropas francesas habían cruzado la frontera alemana en un esfuerzo por asegurarse una victoria temprana en el sagrado suelo de Alsacia que sirviera para levantar la moral de los hombres. Al principio apenas encontraron resistencia y siguieron adelante, tomando la ciudad de Altkirch tras una breve escaramuza que se culminó con una espectacular carga a la bayoneta como dictaban los manuales. Luego continuaron el avance y tomaron Mulhouse el 8 de agosto sin encontrar más oposición. Todo parecía ir bien, pero se trataba de una fuerza claramente demasiado endeble para adentrarse tanto en territorio hostil. El VII Ejército alemán, a las órdenes del general Josias von Heeringen, estaba preparando un contraataque, con la esperanza de dejar completamente aislados a los arrogantes invasores. Pero los fran-

ceses no se consideraban en absoluto unos intrusos, como se desprende de la apasionada proclama de Joffre al pueblo alsaciano.

> ¡Hijos de Alsacia! Después de cuarenta y cuatro años de penosa espera, los soldados franceses vuelven a pisar el suelo de vuestro noble país. Son los pioneros de la gran labor de venganza. ¡Qué emociones les inspira y cuán orgullosos se sienten por ello! La nación francesa los ha alentado de manera unánime, y en los pliegues de su bandera están bordadas las palabras mágicas, «Justicia y libertad, larga vida a Alsacia, larga vida a Francia».[4]
>
> General Joseph Joffre, cuartel general, ejército francés.

Las celebraciones de los franceses no durarían mucho tiempo. El 9 de agosto las fuerzas alemanas respondieron a la agresión y los expulsaron sin contemplaciones de la ciudad de Mulhouse; sin suficientes reservas disponibles y ante la superioridad del enemigo, el 10 de agosto Bonneau se retiró velozmente a Belfort para no quedar aislado por los contingentes alemanes que se abalanzaban sobre él. Este aleccionador desenlace supuso un duro varapalo para todos aquellos alsacianos franceses que habían celebrado prematuramente la liberación de Mulhouse. Sobre todo había sido una experiencia humillante. Enseguida se buscó un culpable, y Joffre destituyó al vacilante Bonneau, que, de manera un tanto injusta, fue considerado responsable de aquel revés.

Aunque enfurecido por este fracaso, Joffre seguía creyendo que los alemanes no habían destinado sus divisiones de reserva a las batallas de las fronteras. Estaba, pues, convencido de que iba a enfrentarse a solo seis cuerpos en la región de Alsacia-Lorena (en lugar de los ocho presentes) cuando el 14 de agosto lanzó su principal ataque en la zona, programándolo para que coincidiera con la esperada ofensiva rusa en Prusia Oriental. Reforzó inmediatamente su flanco derecho con la creación de un nuevo Ejército de Alsacia a las órdenes del distinguido general Paul Pau, un veterano de la guerra de 1870 que había quedado manco en el curso de la misma. Este

nuevo ejército volvería a atacar en dirección a Mulhouse y serviría para asegurar el flanco derecho. A su lado, el I Ejército, comandado por el general Auguste Dubail, avanzaría por los montes Vosgos hacia el Rin, mientras que el II Ejército, a las órdenes del general Édouard de Castelnau, avanzaría por la izquierda en dirección a Morhange. Pero esta era solo la fase inicial del asalto planeado por Joffre, que, en cuanto tuvo un conocimiento preciso de la línea de asalto enemiga en Bélgica, programó una embestida al norte de Metz-Thionville contra el eje débil del principal ataque alemán. En lo concerniente a los británicos, se había comunicado que no iban a estar preparados para la acción hasta el 26 de agosto y que, en un principio, solo podrían participar con cuatro divisiones en vez de las seis que se esperaban. Joffre no esperaría: ¿por qué iba a hacerlo? Por muy útil que pudiera resultar su intervención, lo cierto es que las fuerzas británicas no eran realmente esenciales para el desarrollo del plan en general.

Como en el pasado, la idea de los alemanes era ceder terreno a medida que los franceses avanzaran al otro lado de la frontera, adentrándose en Lorena. El VI Ejército alemán, a las órdenes del príncipe heredero de Baviera, Ruperto, y el VII Ejército, comandado por el general Josias von Heeringen, actuaban siguiendo la estrategia elaborada por Moltke para absorber el mayor número posible de tropas francesas. Durante los tres primeros días de la ofensiva, los ejércitos galos avanzaron unos treinta kilómetros: Mulhouse cayó en manos de Pau, Dubail capturó Sarrebourg y los hombres de Castelnau rodearon Morhange. En todo el proceso, los alemanes libraron una excelente batalla de diversión, retrocediendo todo el tiempo y tratando de evitar la intervención de demasiadas unidades de infantería, sin dejar de utilizar la artillería para infligir graves pérdidas al enemigo. Por su parte, los franceses empezaban a sufrir una serie de problemas interrelacionados

que ralentizaba y complicaba el avance. Los ejércitos atacaban en grandes frentes, cada vez mayores, el terreno era difícil, y en semejantes circunstancias era inevitable que empezaran a abrirse importantes brechas entre las formaciones. A todo ello se sumó la falta de previsión de los comandantes franceses, que no dejaron preparadas unas fuerzas tácticas de reserva con las que lanzar un contraataque si las cosas se torcían. El príncipe Ruperto era plenamente consciente de las oportunidades que tenía ante él, y solicitó autorización para emprender una ofensiva. Su petición contravenía lo previsto por el plan estratégico de los alemanes, pero las tentaciones tácticas a corto plazo pudieron más que las buenas intenciones a largo plazo. Al final Moltke accedió, y el 20 de agosto fue lanzado un brutal ataque contra las fuerzas de un disperso II Ejército francés en el curso de la batalla de Morhange. La artillería gala enseguida se vio superada por unos cañones germanos más pesados y mejor emplazados, quedando prácticamente condenada a perder cualquier duelo de contrabatería. En consecuencia, su infantería se vio expuesta a intensos bombardeos antes de que el enemigo comenzara el asalto.

Cuando el II Ejército empezó a retirarse en medio de una gran confusión, dejó desprotegido primero el flanco del I Ejército y luego el Ejército de Alsacia. Estas unidades también se vieron obligadas a ceder el territorio conquistado, y el 22 de agosto volvían a encontrarse en sus respectivos puntos de partida. En aquellos momentos Ruperto había perdido de vista el concepto estratégico alemán, y era presa de la excitación que le producía la idea de librar sus propias batallas. Imaginaba un ataque para capturar Nancy que le permitiera iniciar una operación de envolvimiento del flanco derecho de la fuerza principal de los franceses, una amenaza similar a la que había supuesto para el flanco izquierdo francés el gran avance alemán a través de Bélgica. Una vez más, Moltke dio

su visto bueno, y el príncipe bávaro lanzó una importante ofensiva entre Toul y Épinal. En esta ocasión, sin embargo, los franceses ocupaban unas posiciones defensivas bien preparadas en lugar de encontrarse dispersos en medio del campo, y opusieron una férrea resistencia durante cuatro largos días; con su obstinación obligaron a los alemanes a desplegar muchísimas fuerzas de reserva. Al mismo tiempo, lograron enviar el equivalente a cuatro cuerpos de ejército para que se uniera a la batalla contra las tropas que habían participado en el principal asalto enemigo a través de Bélgica. Esa modificación apresurada del plan original empezaba a salirles muy cara a los alemanes.

El Plan XVII: la ofensiva de las Ardenas

Joffre había planeado una segunda gran ofensiva de su III, IV y V Ejército en el sur de las Ardenas, al norte de Metz-Thionville, que debía iniciarse el 22 de agosto. El conocimiento cada vez más claro de que un elevado número de tropas alemanas marchaban a través de Bélgica hacia el norte de Francia ya había obligado a modificar sustancialmente la misión del V Ejército a las órdenes del general Charles Lanrezac. Esta unidad fue trasladada al noroeste para ocupar una línea a orillas del Sambre con el propósito de atacar el flanco derecho alemán en cuanto este hiciera su aparición; este intento ofensivo pone claramente de manifiesto que Joffre aún no se había dado cuenta de la magnitud de la amenaza que se cernía sobre su propio flanco izquierdo. Seguía estando obsesionado con la ofensiva de las Ardenas, cuyo objetivo era abrir una brecha en el centro de la formación alemana y amenazar el flanco del II Ejército germano que avanzaba por Bélgica. El IV Ejército, a las órdenes del general Fernand de Langle de Cary, debía dirigirse a Neufchâteau, en el corazón de las Ardenas, y el II Ejército del general Pierre Ruffey avanzaría hacia Virton y Metz, donde se encontraría frente a frente con

el IV Ejército alemán del duque Albrecht von Württemberg y el V Ejército del príncipe heredero de Prusia, Federico Guillermo, que se había adentrado en las Ardenas sigilosamente, atrincherándose cada vez que hacía una parada. Los violentos enfrentamientos que se produjeron el 22 de agosto fueron atroces, viéndose complicados por el terreno montañoso y boscoso de la región y la mala visibilidad provocada por la niebla. Cuando avanzaban, los franceses solían encontrar a los alemanes atrincherados a la entrada de espesos bosques.

En aquella desastrosa jornada para los franceses, la peor calamidad fue la que sufrió la 3.ª División Colonial en Rossignol, a poco más de diez kilómetros al sur de Neufchâteau. Seis batallones lanzaron ataques sucesivos contra tropas alemanas atrincheradas en los bosques que había al norte de la localidad. En los combates reinó la confusión.

> Localizamos a unos soldados de infantería entre los arbustos que había a nuestra derecha; enseguida retrocedieron a toda prisa. Alguien de nuestra compañía gritó: «¡No disparéis! ¡Son franceses!». El teniente coronel Vitart me hizo unas señas para que me acercara a él, y me dijo gritando fuerte, porque el ruido era ensordecedor: «¡Extiéndanse por la derecha, y ataquen con la bayoneta!». Regresé junto a mi compañía y di la orden: «¡Adelante la séptima! ¡Fijen bayonetas!». Seguido por mis cuatro secciones, entré en el bosque cumpliendo la orden. Nos movíamos con rapidez. Oímos cómo desde una carretera próxima los cornetas tocaban llamada; elevó el ánimo de los hombres, que ofrecían una imagen maravillosa. Pero el bosque era espeso, y como las secciones avanzaban a distinta velocidad, al poco tiempo ya no podía ver a toda la compañía. Avanzamos trescientos o cuatrocientos metros. En cuanto comenzó la carga, esta perdió intensidad debido al fuego rápido que disparaba a corta distancia el enemigo parapetado tras unos terraplenes. Varios alemanes que llevaban chacó silesio permanecían de pie para poder observarnos mejor. Uno de ellos se fijó en mí. Su disparo alcanzó al sargento que había a mi lado, y él mismo cayó abatido prácticamente a la vez. Los oficiales de las tropas coloniales no llevaban el típico quepis, y su característico gorro los convertía en claros objetivos. Empezó a reinar la confusión en el combate; mis secciones se habían dispersado: No podía ver mi sección n.º 2; me giré y vi que la n.º 3 y la n.º 4 no habían seguido nuestro avance y que estaban enzarzadas en un rifirrafe en la carretera. Pude oír claramente las órdenes que gritaban —o más bien rugían— los comandantes enemigos. Tuve la sensación de que mi compañía iba a quedar dividida en dos. Se presentó un soldado para informarme: «El teniente Fichefeux

ha muerto». Era el jefe de la sección n.º 1. Enseguida me dirigí al lugar donde estaba la sección de cabecera con el objetivo de trasladarla junto a la n.º 2. Pero apenas pude dar unos pasos cuando una bala alcanzó la parte superior de mi brazo izquierdo. Tenía el hombro destrozado, y mi brazo izquierdo se sujetaba solo por tiras de carne. Caí medio desmayado.[5]

Capitán Ignard, 1.er Regimiento de Infantería Colonial.

Los *poilus* franceses eran fáciles de distinguir por su uniforme rojo y azul, pero sus oficiales lo eran aún más por su quepis y sus guantes blancos. Rossignol fue escenario de una terrible matanza. El capitán Ignard, aunque malherido, fue en cierto sentido afortunado: el monumento al término de la guerra en el lugar en honor de la 3.ª División Colonial recuerda a los 4.083 soldados caídos en acción el 22 de agosto. Se calcula que de un total de alrededor de 15.000 hombres al final se perdieron unos 10.500, entre muertos, heridos y capturados por el enemigo.

En estas batallas pocos mandos, independientemente de su graduación, supieron lidiar con la situación, y para las tropas sobre el terreno los combates fueron absolutamente desconcertantes. La táctica de preguerra no parecía dar sus frutos. Las cargas a la bayoneta solo sembraban más muerte, y recurrir al apoyo de la artillería era una acción que a menudo acababa en fracaso.

¿Cómo podía avanzar en esas condiciones? La respuesta a esta pregunta era bastante instintiva: debo pedir el apoyo de la artillería. Envié una nota al coronel para informarlo de la situación y para pedir la ayuda de la artillería. En aquellos momentos no había ningún oficial que actuara de enlace entre el batallón atacante y las baterías encargadas de apoyar el asalto.[6]

Teniente coronel Pierre Lebaud, 1.er Batallón, 101.º Regimiento de Infantería.

Lebaud apeló a su superior en vano, pues no obtuvo la ayuda que tanto necesitaba. Unas veces los artilleros se colocaban demasiado lejos, muy atrás; otras demasiado cerca, que-

dando expuestos al fuego de los cañones alemanes de largo alcance. Fuera cual fuese la razón, lo cierto es que al final la infantería se veía abandonada a su suerte.

> Mi compañía sufría importantes pérdidas. Era evidente que su acción obstaculizaba al enemigo, que concentraba el fuego combinado de su infantería, su artillería y sus ametralladoras sobre nosotros. Estábamos rodeados de una densa nube que a veces nos impedía ver el campo de batalla. El pequeño Bergeyre se levantó de un salto, gritó: «Vive la France!», con todas sus fuerzas y cayó muerto. Entre los hombres que yacían en el suelo resultaba imposible distinguir los vivos de los muertos. Los primeros habían quedado totalmente absueltos por la dura misión encomendada; los otros yacían inertes. Los heridos ofrecían una imagen realmente dantesca. A veces se levantaban ensangrentados, con un aspecto horrible, en medio de las bombas que no dejaban de estallar. Echaban a correr sin rumbo, alrededor de brazos que se extendían hacia ellos, con la mirada clavada en el suelo, dando vueltas y vueltas hasta que, alcanzados por una nueva bala, se detenían y caían abatidos. Gemidos conmovedores, voces agonizantes que suplicaban y gritos horribles se entremezclaban con el siniestro silbido de los proyectiles. Las bruscas contorsiones hablaban de cuerpos fuertes y jóvenes que se aferraban a la vida. Un hombre intentaba unir de nuevo a su muñeca, completamente destrozada, la mano ensangrentada que pendía de ella. Otro abandonó corriendo la primera línea sosteniendo los intestinos que le salían del vientre entre el uniforme hecho jirones. Una bala lo alcanzó enseguida. ¡No teníamos el apoyo de nuestra artillería! Y, sin embargo, había cañones en nuestra división y en el cuerpo de ejército, al margen de los que habían sido destruidos en la carretera. ¿Dónde estaban? ¿Por qué no llegaban? ¡Estábamos solos![7]
>
> Capitán Alphonse Grasset, 103.º Regimiento.

Sin la experiencia que hubiera podido proporcionarles la realización de unas maniobras con fuego real en tiempos de paz, las baterías de artillería francesas eran relativamente ineficaces en comparación con sus homólogas alemanas perfectamente adiestradas. Vacilantes a la hora de fijar sus objetivos e incapaces de abrir fuego, los cañones franceses habían sido sorprendidos a menudo en campo abierto en cuanto la niebla matinal se disipaba.

> Cerca de la cresta de la colina tomamos posiciones junto a un campo de avena. Los armones fueron conducidos a la retaguardia para esconderlos en un lugar en dirección a Latour, cuyo campanario veíamos elevarse por encima de los árboles del valle que había a nuestra izquierda. Agazapados detrás de las puertas blindadas de los furgones de municiones y también detrás de los escu-

dos de los cañones, aguardábamos la orden de abrir fuego. Pero el capitán, que se había arrodillado entre las avenas delante de la batería y observaba con sus prismáticos, no podía localizar objetivo alguno, pues a lo lejos, sobre los extensos bosques de Ethe y Etalle, ocupados en aquellos momentos por el enemigo, seguía flotando una densa niebla. A nuestro alrededor, tanto detrás de nuestros cañones como encima de nuestras cabezas, sin darnos un respiro, estallaban continuamente bombas detonantes y de metralla de todo tipo de calibre que cubrían de balas y de pedazos de hierro toda nuestra posición. Morir parecía inevitable. Detrás del cañón había una pequeña hondonada en la que me cobijé mientras aguardábamos nuevas órdenes. En medio del campo yacía inerte un enorme caballo bayo con una herida en el pecho de la que manaba un río de sangre. Entre los zumbidos y silbidos de las bombas, el estruendo de los cañones enemigos y el rugir de una batería de 75 mm que había muy cerca, resultaba imposible distinguir los distintos sonidos en aquel infierno aturdidor de disparos, humo y llamas. La batería quedó envuelta de un humo negro y nauseabundo. Alguien gritaba, y me levanté para ver qué había ocurrido. Entre la amarillenta niebla pude distinguir al sargento Thierry tirado en el suelo, rodeado por los seis miembros del destacamento. Bajo la cureña de su cañón había estallado una bomba, partiendo el amortiguador de retroceso e inutilizando por completo la pieza de artillería.[8]

Artillero Paul Lintier, 11.ª Batería, 44.º Regimiento de Artillería.

A menudo, lo mejor que podían hacer los franceses era retirarse antes de que los alemanes se echaran sobre ellos.

A lo alto de la colina llegaron unos soldados de infantería en retirada. El sonido de las ametralladoras era cada vez más próximo, y al final podía distinguirse claramente del ruido atronador de la artillería. El enemigo avanzaba, y nosotros retrocedíamos. Las bombas no paraban de volar por encima de nuestras cabezas, y compañías enteras de infantería se replegaban. Los oficiales consultaban unos con otros. «¿Pero qué debemos hacer? ¡No nos han dado órdenes, ninguna orden!», repetía una y otra vez el comandante. Y, sin embargo, seguimos esperando. El teniente había desenfundado su revólver, y los artilleros empuñaban sus fusiles. Las baterías alemanas, tal vez porque temían herir a sus propios hombres, cesaron el fuego. En cualquier momento podía aparecer el enemigo en la colina. «¡Prepárense!» La orden fue cumplida inmediatamente. Había que cargar con Thierry, que tenía rota la rodilla. Sufría horriblemente, y nos imploró que no lo tocáramos. A pesar de sus lamentos, sin embargo, tres hombres lo levantaron y lo colocaron sobre la escalera de observación. Estaba muy pálido y a punto de perder el conocimiento. «¡Ay! —murmuró—, ¡me hacéis daño! ¿Por qué no acabáis conmigo?» Los demás heridos, unos cinco o seis, se levantaron sin ayuda y se subieron a los armones, y la batería tomó la carretera de Latour a toda prisa. Habíamos perdido la batalla.[9]

Artillero Paul Lintier, 11.ª Batería, 44.º Regimiento de Artillería.

Al final de aquella trágica jornada, todos los franceses huían en retirada del campo de batalla.

> Al atardecer nos reunimos en un campo situado en la entrada de Harnoncourt. Parecía evidente que íbamos a pernoctar allí. ¡Pero no! Después de haber llevado a cabo los preparativos pertinentes, mi compañía siguió adelante, ¡exhausta! Caminamos horas y horas, subiendo colinas, tomando estrechos senderos; hechos polvo, nos adentramos en un bosque. Un paisano nos guiaba. Era una noche muy oscura. Caminábamos en fila india y teníamos que mantener cierto contacto físico para no perdernos, pues no nos veíamos. Reinaba un silencio absoluto. Marchamos durante mucho, mucho tiempo. Nos enmarañábamos con la maleza y caminábamos en el barro, en el agua, sin saber hacia dónde nos dirigíamos. Nos derrumbábamos exhaustos, queríamos dormir. De repente oímos un grito de desconcierto. Un hombre ha perdido contacto con el individuo que lo precede. ¡Nos hemos perdido! Estamos solos en este inmenso y tenebroso bosque vigilado por patrullas de ulanos. ¡Los oficiales no estaban con nosotros! ¿Qué íbamos a hacer? Nos quedamos quietos. Escuchábamos callados: ¡nada! Silbábamos: ¡nada! Gritábamos: ¡y nada! ¡Somos presa del pánico! ¿Qué sería de nuestros oficiales con solo cuatro o cinco hombres? ¿Qué sería de nosotros? ¿Qué iba a ocurrirnos, abandonados a nuestra suerte en medio de aquella larga noche oscura? Al final pudimos retroceder sobre nuestros pasos hasta los límites del bosque y caímos dormidos mientras esperábamos a que amaneciera.[10]
>
> Soldado Alfred Joubaire, 1.er Batallón, 124.º Regimiento de Infantería.

Diseminadas a lo largo y ancho del campo de batalla, las unidades francesas se retiraban a la desbandada en medio de la confusión; estaban física y metafóricamente perdidas. Había sido un día para recordar por muchas razones, todas ellas negativas. Todavía hoy resulta espeluznante indicar que solo el 22 de agosto unos veintisiete mil franceses perdieron la vida: una matanza prácticamente sin precedente en la larga historia de la guerra.

> Estuve combatiendo todo el día. Tenía una herida leve. Una bala había atravesado mi macuto y mi abrigo, rozándome el pecho y alcanzando mi mano. Muestro la bala a mi amigo, Marcel Loiseau, y la guardo en el monedero. Sigo en combate hasta que Loiseau es alcanzado en una pierna, y vemos cómo mi teniente es atravesado por una bala. El combate continua; a mi alrededor, muchos amigos yacen muertos o heridos. A eso de las tres de la tarde, mientras disparaba al enemigo atrincherado a unos doscientos metros de mí, fui alcanzado en el costado izquierdo por una bala. Sentí un dolor horrible, como si me hubiera roto un hueso. La bala atravesó todo mi cuerpo, pasó por la pelvis y

> quedó alojada encima de la rodilla. Enseguida me puse malo y me subió la fiebre. A mi alrededor siguen lloviendo balas. Tal vez me alcance otra, así que hago un esfuerzo y me arrastro hasta un agujero. Me cuesta sentir alivio. El combate ha terminado: todos mis camaradas han emprendido la retirada, y los heridos quedamos abandonados a nuestra suerte, muriéndonos de sed. ¡Qué noche tan espantosa! No había nada más que disparos; cualquier sonido que hacía un herido invitaba a que volvieran a abrir fuego. Las ráfagas de ametralladora barrían el terreno. Balas que pasan volando por encima de mi cabeza, pero ya no pueden alcanzarme en aquel agujero. La sed me tortura. Sufro mucho y pienso en mis padres, especialmente en mi madre, acordándome de cuando estaba enfermo y era muy joven. No era solo yo el que recordaba a su madre, pues podía oír a los heridos y moribundos llamando: «Maman!».[11]
>
> Soldado Désiré Renault, 3.er Batallón, 77.º Regimiento de Infantería.

Fue una noche espantosa no solo para los que, como Renault, habían caído heridos, y al final serían recogidos y capturados por los alemanes, sino también para los que habían salido ilesos, pero pudieron oír cómo sufrían sus camaradas sin poder hacer prácticamente nada por rescatarlos.

> Cayó la noche. El frío arreció. Es el momento en el que, una vez concluida la batalla, los heridos que todavía no hemos encontrado gritan llenos de dolor y de sufrimiento. Y esos gritos, esos gemidos quejumbrosos, esos lamentos atormentan a todos los que pueden oírlos; un castigo especialmente cruel para los soldados que deben permanecer en sus puestos, cuando lo que querrían hacer es salir corriendo a por sus jadeantes camaradas, para atenderlos, para consolarlos. Pero no pueden, tienen que quedarse quietos, abatidos por el dolor, desquiciados, en realidad temblando cada vez que oyen una de esas llamadas desesperadas en medio de la noche. «¡Agua! ¿Vais a dejarme morir aquí?» «¡Camilleros!» «¡Agua!» «¡Camilleros!» Oigo a uno de mis hombres exclamar: «¿Pero qué demonios hacen esos camilleros? Solo saben esconderse, ¡esos cerdos! ¡Son como la policía, nunca aparece cuando la necesitas!». Y ante nosotros la oscuridad parece gemir por todas las heridas que sangraban y no habían sido curadas. Débiles voces cansadas de implorar: «¿Qué he hecho yo para morir en esta guerra?». «¡Madre, madre!» «¡Jeanne, mi pequeña Jeanne! ¡Dime que puedes oírme, mi Jeanne!» «¡Tengo sed! ¡Tengo sed! ¡Me muero de sed! ¡Tengo sed!» Los gritos nos horrorizan, nos desgarran. «¡Dios mío! ¡No quiero morir aquí!» ¡Camilleros! ¡Camilleros!» «¡Bastardos! ¡No hay nadie que tenga un poco de compasión!» Un alemán (no puede encontrarse a más de veinte metros) grita suplicando: «Kamerad Franzose! Kamerad! Kamerad Franzose!». Y, bajando la voz, implora: «Hilfe! Hilfe!». Su voz se agita, se rompe y se vuelve temblorosa, como la de una criatura cuando llora. Luego su llanto se hace cada vez más fuerte, y acabó pasando toda la noche aullando a la luna como un perro. Fue una noche espantosa.[12]

Teniente Maurice Genevoix, 106.º Regimiento de Infantería.

Al día siguiente Joffre quiso reemprender la ofensiva, pero su intento enseguida se vio frustrado. Resultaba simplemente imposible reorganizar las diezmadas unidades; con más tino, los alemanes empezaron a adentrarse en Francia, obligando al III y al IV Ejército a retirarse a sus líneas de partida. Reinaba el caos; nadie sabía qué estaba sucediendo, y se cometieron errores garrafales que no hicieron más que aumentar el enorme número de bajas sufridas. Ni que decir tiene que, como de costumbre, los altos oficiales del 300.º Regimiento de Infantería parecían no tener ni idea de la emergencia de la situación cuando comenzaron su retirada el 24 de agosto.

Seguía haciendo un tiempo espléndido. La noche anterior, el coronel Colombier, al mando del regimiento, dio la orden de arrojar en el campo más próximo a las viejas trincheras toda la paja que habían reunido los hombres para poder pasar la noche en el bosque. Esta tarea, por inexplicable que pareciera en aquellas circunstancias, fue llevada a cabo puntualmente y sin demasiadas protestas. Cuando por fin todo estuvo listo para emprender la marcha, se emitió otra orden para oficiales y suboficiales, exigiendo que procedieran a la inspección de sus hombres para asegurarse de que respetaran la formación de marcha. Después de más de media hora dedicada al cumplimiento de todas esas distintas órdenes propias de otra época, el batallón tomó finalmente la carretera, con los vehículos de transporte al frente de la columna, seguidos por el coronel Colombier a lomos de su caballo y las cuatro compañías marchando tras él en columnas de a cuatro, pero sin que se hubieran tomado las medidas de precaución necesarias para llevar cabo movimientos sobre el terreno (ni en la vanguardia, ni en los flancos ni en la retaguardia). Habíamos avanzado apenas cien metros cuando divisamos cómo a nuestras espaldas, en medio de una verdadera tormenta de polvo, se acercaba hacia nosotros una batería de artillería galopando a toda velocidad. Todo el mundo estaba convencido de que solo podía tratarse de artillería francesa, y el batallón siguió marchando tranquilamente. Cuando estuvieron a unos cuatrocientos o quinientos metros de nosotros, los artilleros desmontaron y entraron en acción: en menos tiempo que el que se tarda en escribir empezó a llover bombas sobre nuestras cabezas. En medio y al final de nuestra columna comenzó a caer con fuerza una lluvia de proyectiles de 77 mm que al estallar nos envolvían en una densa nube de humo. Este ataque sorpresa fue totalmente inesperado, pues estábamos convencidos de que detrás de nosotros venían otras unidades francesas para protegernos las espaldas. Consiguió sembrar el pánico entre los soldados, y se produjo un gran desorden cuando los hombres, sordos a los llamamientos de los suboficiales, comenzaron a soltar sus

equipos para poder correr más rápido y huir precipitadamente a refugiarse al bosque de Banel, a unos cien metros de distancia. Algunos gritaban «¡Traición!», pero en realidad era culpa de nuestro coronel, que, con su absoluta falta de previsión, no supo tomar ni siquiera las medidas de precaución más elementales.[13]

Teniente Jacques Cisterne, 4.º Batallón, 300.º Regimiento de Infantería.

Hemos visto el caso de una unidad de reserva que se vio sorprendida por una acción enemiga, pero lo cierto es que la actitud del coronel era sintomática de esa incapacidad que caracterizaba a toda una generación de oficiales franceses a la hora de comprender la gravedad de una guerra.

Pero no todo discurría siempre en la misma dirección. Era una guerra abierta, y también los alemanes podían verse sorprendidos. Cuando tenían oportunidad, los cañones franceses de 75 mm oponían una resistencia formidable. El 25 de agosto, en Marville, los cañones de Lintier consiguieron por fin demostrar su capacidad de abrir fuego racheado con consecuencias letales.

«¡Fuego!» El cañón se encabrita como un caballo asustado. Los cráneos vibran. En los oídos tenemos un repicar de campanas. Sentimos una sacudida de la cabeza a los pies. Una gran cuchilla de fuego ha salido de la boca del cañón. Y el viento provocado por el disparo ha levantado una nube de polvo a nuestro alrededor. La tierra tiembla. Percibimos en la boca un gusto al principio insulso, y a la larga acre. Es la pólvora. No se sabe si se huele o si se saborea, y los cañonazos continúan, rápidos, sin cesar. Los movimientos de los hombres son coordinados, precisos y breves. Nadie habla. Los gestos bastan para indicar la maniobra. Solo se oyen las órdenes de elevación del capitán, que repiten los jefes de batería. «¡Dos mil quinientos!» «¡Fuego!» «¡Dos mil quinientos veinticinco!» «¡Fuego!» Tras el primer disparo el cañón queda bien asentado, y el responsable de fijar el objetivo y el tirador se han instalado en sus asientos situados detrás de los escudos. Al disparar, el tubo del cañón retrocede sobre las guías del freno, y luego pausadamente, con precisión, vuelve a ponerse en batería, listo para volver a disparar. Detrás del cañón, los cartuchos ennegrecidos y amontonados siguen humeando.[14]

Artillero Paul Lintier, 11.ª Batería, 44.º Regimiento de Artillería.

En algún lugar aquellas bombas caían silbando desde el cielo, matando y mutilando alemanes. Para eso era para lo que había sido concebido el famoso «soixante-quinze». Pero ense-

guida fueron localizados por la aviación alemana, por aquellos ojos volantes que eran algo nuevo en el arte de la guerra. Cuando consiguieron determinar las posiciones de las baterías francesas, recurrieron a las bengalas, a ese sencillo sistema de observación utilizado por la artillería para que las bombas cayeran sobre el objetivo.

> Otro avión; el mismo halcón negro recortado con claridad sobre el cielo azul pálido que poco a poco va iluminándose. Los hombres están furibundos. ¡Qué sometimiento! Nos sobrevuela. De pronto, la artillería pesada enemiga abre fuego contra las colinas que ocupamos y contra un bosque próximo. Es hora de cambiar de posición, pues para nosotros el momento más peligroso es cuando las mulas vienen a por los cañones. Entonces una batería se vuelve sumamente vulnerable. Antes de que el enemigo pueda corregir el tiro, a la orden del comandante marchamos de allí para instalarnos en una hondonada de la meseta.[15]
>
> Artillero Paul Lintier, 11.ª Batería, 44.º Regimiento de Artillería.

Vemos, pues, cómo los artilleros franceses se vieron constantemente hostigados mientras se procedía a la retirada.

Sobre todo resultaba evidente que los alemanes eran más astutos desde el punto de vista táctico, estaban mejor equipados, mejor preparados y también mejor adiestrados para la guerra que sus adversarios. No es que los franceses no combatieran con arrojo: abundan los casos en los que se demostró una gran sangre fría, así como heroicidad, firmeza y determinación. Pero todas esas acciones fueron en vano. Un joven teniente de veinticuatro años, Charles de Gaulle, resumiría la esencia de esta experiencia en los siguientes términos:

> De pronto el fuego del enemigo comenzó a ser más preciso y concentrado. En segundos, la lluvia de balas y la tormenta de proyectiles se intensificaron. Los supervivientes permanecían tendidos en el suelo, en medio de heridos que gritaban y de cadáveres mortificados. Con una tranquilidad afectada, los oficiales se dejaban matar de pie, algunos pelotones obstinados colocaban las bayonetas en los fusiles, los cornetas anunciaban la carga, héroes aislados cumplían grandes gestas, pero no servía de nada. En un instante quedó claro que ese fuego no podía resistirse ni con todo el coraje del mundo.[16]
>
> Teniente Charles de Gaulle, 33.º Regimiento de Infantería.

El trágico resultado fue evidente para todos. Durante estas ofensivas fallidas los franceses tuvieron más de 200.000 bajas, de las cuales 75.000 se produjeron en apenas unos pocos días de combate desesperado. Por otra parte, no conmovían a sus adversarios alemanes, como pudo comprobar un joven civil alemán, Wilhelm Hermanns, en Coblenza.

> Vi a unos prisioneros franceses siendo escoltados por el puente del Rin, rumbo a la fortaleza de Ehrenbreitstein. Vestían pantalones rojos, y la gente se reía de que Francia enviara a sus soldados como objetivos vivientes contra nuestras tropas, que estaban perfectamente camufladas con sus uniformes de color gris tierra. Mujeres, cantando «Deutschland über alles», acompañaban aquella procesión de prisioneros de guerra. Observé cómo una señora muy bien vestida gritaba en francés a uno de los capturados, que calzaba unos zapatos de charol: «Sabías que ibas a bailar en Alemania, ¿eh?».[17]
>
> Wilhelm Hermanns, Coblenza.

La batalla de las Fronteras no solo fue un desastre para el ejército francés; también fue un desastre para toda la nación francesa.

El Plan Schlieffen: el avance a través de Bélgica

Sin embargo, la peor amenaza estaba por venir. La batalla de las Fronteras no había ido bien para Francia, pero el ataque principal sería el que lanzaría contra el lejano flanco derecho el I Ejército alemán a las órdenes del general Alexander von Kluck, junto con el II Ejército del general Karl von Bülow y el III Ejército del general Max von Hausen, que unidos constituían una fuerza realmente formidable. Los alemanes cruzaron Bélgica, capturando Bruselas y barriendo el ejército belga, que se retiró a Amberes. La única oposición real que encontró fue la del V Ejército francés comandado por el general Charles Lanrezac, quien, con solo quince divisiones, tuvo que hacer frente a las treinta y ocho divisiones del II y el III Ejército alemán. Lanrezac llevaba tiempo preocupado por la vulnerabilidad de su flanco izquierdo, donde se suponía que debían colocarse las cuatro divisiones de la Fuerza Expediciona-

ria Británica en cuanto terminara su movilización y concentración en Mauberge. Pero Joffre no compartía las aprensiones de Lanrezac, sobre todo porque subestimaba la magnitud del ataque alemán. Todo esto derivó en una serie de confrontaciones que encrespó las relaciones entre los dos militares sin llegar a nada en concreto. Cuando fue evidente que Lanrezac tenía toda la razón, puede decirse que ya era demasiado tarde, pero Joffre permitió a regañadientes que el V Ejército se dirigiera hacia Namur, en Bélgica. El 20 de agosto, Lanrezac había colocado el I Cuerpo a la derecha, para proteger ese flanco, mirando al este al otro lado del Mosa, con su fuerza principal, esto es, el X, el III y el XVIII Cuerpo, dispuesta a lo largo del río Sambre, mirando más hacia el norte. Joffre aún no había comprendido la magnitud de la amenaza alemana, y ordenó que el V Ejército atacara al otro lado del Sambre el 21 de agosto. Este intento ofensivo se vería frustrado cuando el II Ejército de Von Bülow lanzara su propia ofensiva tras cruzar el Sambre entre Namur y Charleroi. Durante los dos días siguientes de cruel combate, la llamada batalla de Charleroi, el V Ejército fue atacado por ambos flancos, y tuvo que retirarse primero del Sambre y luego del Mosa. La situación de Lanrezac era desesperada, y el general no podía recibir ayuda alguna del IV Ejército que, aunque estaba cerca, se veía obligado a combatir en las Ardenas por su propia supervivencia.

La batalla de Mons, 23 de agosto de 1914

En medio de la confusión provocada por la batalla de las Fronteras, la BEF había podido abrirse paso hasta el frente. Era una fuerza ridículamente pequeña para un país con las pretensiones imperiales de Gran Bretaña. Solo cuatro divisiones y el equivalente a una división de caballería, a las órdenes del general sir John French, fueron enviados a Francia. Nacido en 1852, French había tenido una brillante carrera, cose-

chando numerosos éxitos como comandante de caballería durante la guerra anglo-bóer. Después había ido ascendiendo rápidamente, hasta ocupar el cargo de jefe del estado mayor imperial entre 1912 y 1914. Su misión se vio complicada por la necesidad de hacerla encajar con los planes de Joffre, que era claramente el hombre al mando de toda la campaña, mientras que Lanrezac, como jefe del vecino V Ejército, disponía de una fuerza que hacía que la BEF pareciera aún más pequeña. De ahí que fuera esencial una relación armónica entre franceses e ingleses, y considerando lo ocurrido, es harto dudoso que la experiencia de French en el estado mayor, relativamente escasa, lo cualificara para bregar con los entresijos diplomáticos de una alianza de guerra. No hablaba francés y tenía fama de irascible. En esto, al menos, encontraría en Joffre la horma de su zapato.

El I Cuerpo de la BEF (la 1.ª y la 2.ª División) estaba a las órdenes del teniente general sir Douglas Haig. Nacido en 1861, Haig también era un oficial de caballería con un brillante historial de servicio tanto en Sudán como en la guerra anglo-bóer. Tenía, sin embargo, más astucia que French, así como una excelente capacidad organizativa y una mentalidad más abierta a nuevas ideas. Antes de la guerra, ya había destacado en el desempeño de diversos cargos del estado mayor y, de hecho, durante su etapa como director de instrucción militar en el Departamento de Guerra, había sido responsable en parte de la creación del Ejército Territorial británico. Ya se había pensado en él como futuro comandante en jefe, pero la guerra había estallado demasiado pronto para que pudiera ocupar tan alto cargo. El II Cuerpo (la 3.ª y la 5.ª División) estaba a las órdenes del general sir Horace Smith-Dorrien, que había asumido el mando de esta unidad en el último momento a raíz del fallecimiento inesperado de su jefe original, el teniente general sir James Grierson. Nacido en 1858,

Smith-Dorrien era un oficial de infantería de carrera que había logrado sobrevivir a la matanza de la batalla de Isandlwana (22 de enero de 1879) durante la guerra anglo-zulú. Más tarde había cosechado diversos éxitos en el servicio activo durante las campañas de Egipto, Tirah y Sudán y en la segunda guerra anglo-bóer, y luego en el desempeño de sus funciones en la base militar de Aldershot y en la del Comando Sur.

La BEF era una fuerza muy preparada, formada en su totalidad por voluntarios. Sus hombres prestaban servicio durante siete años, y luego podían pasar a la reserva durante otros cinco. El ejército británico había aprendido mucho en la guerra anglo-bóer, pero carecía de experiencia en al arte de la guerra moderna contra un adversario europeo de su misma importancia. Los soldados iban armados con el fusil de cerrojo Mark III SMLE («Short, Magazine, Lee-Enfield»).* Este fusil había sido introducido en 1907, tenía una gran precisión incluso a seiscientos metros de distancia y su cargador con capacidad para diez balas permitía que un soldado debidamente preparado pudiera disparar unos quince proyectiles por minuto. Cada batallón estaba equipado con dos fantásticas ametralladoras Maxim o Vickers. Los artilleros británicos disponían de cañones de 18 libras o de obuses de 114 mm, dos piezas de artillería de campaña de tiro rápido y con un alcance de hasta 6.500 metros. Sin embargo, carecían, al igual que los franceses, de suficientes piezas de artillería pesada. Además, las tácticas de la artillería británica eran primitivas, y los ejercicios de campo realizados antes de la guerra de hecho no habían servido prácticamente para prepararlos para el desempeño de sus funciones en un campo de batalla moderno. Conceptos como fuego indirecto o cortinas de fuego prolongadas simplemente no se entendían. Pero la característica que definía a la BEF como fuerza militar era su tamaño: como señalaría el

káiser, era un «pequeño ejército despreciable», aunque este curioso comentario refleja más una frustración alemana que una crítica reflexionada.

La BEF había comenzado a desembarcar en Francia el 12 de agosto, para luego trasladarse a la zona de concentración que le había sido asignada en Mauberge. El despliegue había sufrido algunos retrasos, y no fue hasta el 21 de agosto cuando empezó su avance hacia Bélgica. La tarde del 22 de agosto fuerzas de la BEF llegaron a la ciudad de Mons. A pesar de los informes que hablaban de ataques contra el vecino V Ejército francés, y de las operaciones de reconocimiento de la caballería y la aviación, seguía siendo muy confusa la naturaleza exacta de la amenaza que se cernía sobre los británicos.

> Aquella noche me sentía bastante feliz, pues las noticias oficiales sobre el enemigo que me habían sido transmitidas no indicaban una gran fuerza, y esperaba plenamente que se llevara a cabo el plan previsto por el jefe de reemprender el avance al día siguiente. Nadie me había informado de las dificultades que atravesaba el ejército francés a nuestra derecha, de las que tuve conocimiento años después, a saber, que se había visto obligado a retroceder y ya se encontraba a unos quince kilómetros al sur de Mons, con lo que se abría una brecha de al menos otros quince kilómetros entre el flanco derecho de nuestro II Cuerpo y el izquierdo del XVIII Cuerpo francés, dejándonos a nosotros en un saliente muy vulnerable y difícil de defender. De haber tenido conocimiento de la gravedad de la situación, dudo mucho que aquella noche mi descanso hubiera sido tan dulce como en efecto fue, pues la habría pasado dándole vueltas a la cabeza, pensando en el objetivo de nuestro aislamiento y en la conveniencia de una retirada. Afortunadamente, estaba feliz en mi ignorancia, y tampoco sufrí decepción alguna cuando al día siguiente, a eso de las seis de la mañana, llegó el jefe a mi cuartel general y, dirigiéndose a los comandantes de su cuerpo y de su división de caballería allí presentes, nos comunicó que poco más de un cuerpo enemigo, o como mucho dos, quizá acompañado de una división de caballería, iban a enfrentarse a la BEF. De modo que era evidente que él también estaba feliz en su ignorancia de la realidad. Sir John se encontraba en excelente forma, y dijo que nos preparáramos para avanzar o para combatir allí mismo, pero que estuviéramos listos para esta segunda posibilidad y reforzáramos nuestros puestos avanzados y organizáramos los trabajos para la demolición de los puentes que cruzaban el canal.[18]
>
> General sir Horace Smith-Dorrien, cuartel general, II Cuerpo.

Al final, el 23 de agosto, el II Cuerpo se encontraría en una línea defensiva a orillas del canal Mons-Condé, mientras que el I Cuerpo sería dispuesto de manera escalonada hacia el flanco izquierdo del V Ejército francés. Esta colocación de las tropas tenía diversos puntos débiles: ante todo, había alrededor de Mons un saliente extremadamente peligroso, pero en otros lugares los campos de tiro eran inadecuados, las posiciones de la artillería no eran buenas y para protegerse de las bombas del enemigo se habían tomado unas medidas poco eficaces.

Cuando el I Ejército de Von Kluck chocó contra el II Cuerpo de Smith-Dorrien a las seis de la mañana del 23 de agosto, la batalla que se desencadenó pasaría a formar parte de las leyendas militares británicas. Este mito habla de una heroica defensa culminada con éxito por unos soldados ingleses perfectamente adiestrados que acabaron con hordas de alemanes, cuyos constantes ataques en grandes formaciones se repetían una y otra vez. Al final, los británicos se verían obligados a replegarse solo porque los veleidosos franceses habían reculado en su flanco derecho. La visión de la batalla constituye una magnífica historia, pero, como los «ángeles de Mons», en el fondo es fruto de una ilusión.

La realidad fue muy distinta. Por una razón: los soldados británicos distaban mucho de los hombres «curtidos en mil batallas» de los que habla la leyenda. Algunos habían adquirido cierta experiencia en la guerra anglo-bóer, pero constituían una minoría. La mayoría de ellos no había entrado nunca en acción, y sus ejercicios de entrenamiento se alejaban mucho de la realidad de la guerra. Sobre todo desconocían el concepto de «vacunación contra la batalla». Ocultas en numerosos relatos de las batallas se encuentras las pruebas de que incluso el tan cacareado soldado británico podía flaquear bajo la gran tensión y la agitación de los combates.

Nos posicionamos en un terraplén, y cuando comenzó a aparecer el enemigo por el bosque, a unos doscientos metros de distancia, nos ofrecieron un magnífico objetivo, y abrimos fuego a discreción. Los hombres estaban muy entusiasmados, pues era la primera vez que podían disparar con furia. A pesar de la corta distancia, varios de ellos disparaban muy alto, pero me costaba controlar el fuego porque había mucho ruido. Al final, desenvainé mi espada, empecé a recorrer la línea y a darles golpecitos en las espaldas para llamarles la atención y decirles que dispararan más bajo. ¡Adiós a todas aquellas maravillosas lecciones de tiro que nos habían impartido en tiempos de paz![19]

Teniente George Roupell, 1.er Regimiento East Surrey.

Los británicos estaban convencidos de que el enemigo los superaba muchísimo en número, y encontramos numerosos relatos que hacen pensar en formaciones masivas. Uno de ellos es el del soldado Tom Bradley, que ocupó un pozo de tirador poco profundo cerca del puente del canal a su paso por Obourg, al oeste de Mons. Como recordaba, los alemanes atacaron en grandes columnas en orden cerrado.

Caían como bolos, hasta que todo lo que pudimos ver ante nosotros fue una muralla regular de muertos y heridos. En medio del ruido de los disparos de los fusiles podía oírse un curioso rumor de gemidos, y daban media vuelta y corrían a refugiarse entre los abetos.[20]

Soldado Tom Bradley, 4.º Regimiento Middlesex.

Lamentablemente, hay pocos testimonios que confirmen esta versión —algo rocambolesca— de los acontecimientos. Ni que decir tiene que no coincide en absoluto con la mayoría de los relatos alemanes, que parecen indicar que su infantería avanzó en orden abierto, pero solo después de haber intentado imponerse en el intercambio de fuego con la ayuda de las ametralladoras y la artillería. Los historiadores británicos pretenden confirmar su visión con el relato del novelista alemán Walter Bloem, capitán del 12.º Regimiento de Infantería. Este exagerado y pretencioso relato se ha convertido en el santo grial de todos los que creen que los alemanes fueron aniquilados a millares en Mons. Pero incluso Bloem indica claramente que sus paisanos avanzaron en una serie de movimientos rápidos y controlados.

Apenas habíamos salido de la linde del bosque cuando un torrente de balas pasó silbando ante nuestras narices para impactar en los árboles que teníamos detrás. Cinco o seis gritos se oyeron detrás de mí, cinco o seis de mis muchachos de uniforme de gris se desplomaron sobre la hierba. ¡Maldición! ¡Hoy va en serio! Parecía que los disparos venían de lejos y por la izquierda. «¡Adelante! ¡A por el enemigo, guardando una distancia prudencial!», grité. Como si estuviéramos en la plaza de armas, empezamos a avanzar. Yo delante, con mis tres «leales», diez pasos detrás de mí el jefe de sección con sus órdenes de combate, y otros diez pasos más atrás, bien dispersos, los aguerridos integrantes de la sección. «Huitt, huitt, srrr, srrr, srrr!»: desde el otro lado llegaba hasta nuestros oídos un martilleo breve y metálico, luego el silencio, luego otro martilleo más rápido: ametralladoras. Y a nuestra izquierda, en torno a Tetre, los disparos de fusiles y ametralladoras se hacían cada vez más intensos; los cañones rugían, explosiones atronadoras: ¡una batalla en toda regla![21]

Capitán Walter Bloem, 2.º Batallón, 12.º Regimiento de Infantería.

Por lo visto, en el sector del 12.º Regimiento de Infantería no se supo desplegar la artillería en una posición lo suficientemente avanzada como para prestar a la infantería el apoyo que necesitaba para imponerse en el intercambio de disparos. Bloem afirma que su amado batallón, incluso todo el regimiento, fue prácticamente aniquilado, pero es evidente que exagera, pues los tres batallones del 12.º Regimiento sufrieron en total unas seiscientas bajas, sin duda una cifra elevada, pero también muy alejada de la que algunos han indicado. Además, este episodio fue una excepción, y, al parecer, la mayoría de las unidades alemanes participantes lograron librarse de aquella paliza.

En cuanto a lo del II Cuerpo que, invicto, se vio obligado a replegarse solo para satisfacer las necesidades de los franceses en su flanco derecho, debemos decir que esta afirmación carece de todo sentido. Lo cierto es que, al parecer, los alemanes tuvieron muchas ocasiones para forzar perfectamente una retirada.

Resistimos a los alemanes todo el día, matando a centenares de ellos; a eso de las cinco de la tarde se dio por fin la orden de retirada, pero esta nunca nos fue comunicada, y nos quedamos solos. Los alemanes llegaron al canal por nuestra derecha, ocultos por el terraplén del ferrocarril, y cruzaron las vías. Los

nuestros habían volado el puente antes de partir. Nos encontramos solos, y me di cuenta de que teníamos a unos dos mil alemanes y un canal para repartirnos entre todos. Decidimos vender caras nuestras vidas. Ordené a mis hombres que colocaran la bayoneta en el fusil y que cargaran, cosa que mis valientes compañeros hicieron a la perfección, pero empezaron a dispararnos, y fuimos cayendo como bolos. Cuando cargué mi revolver, una bala me alcanzó en la muñeca derecha. Solté la pistola; mi mano estaba demasiado débil para desenvainar la espada. ¡Esto me salvó la vida! Apenas di unos pasos cuando otro proyectil me atravesó la pantorrilla de la pierna derecha, y caí al suelo. A los que podían caminar se los llevaron prisioneros los alemanes. En cuanto a mí, cuando estaba tumbado en el suelo, me di cuenta de que la manga de mi abrigo estaba llena de sangre, y en ese momento supe que me habían roto una artería. Mientras seguía en el suelo, los alemanes me dieron un tiro de gracia, pero la bala dio en mi espada, que la llevaba a un lado y se partió en dos justo por debajo de la empuñadura; la bala se desvió, y eso me salvo la vida. Estuvimos allí una noche entera, las veinticuatro horas del día. Me había desmayado debido a la pérdida de sangre, y cuando ya empecé a perder el conocimiento, pensé que mis ojos no volverían a abrirse nunca más.[22]

Capitán William Morritt, 1.er Regimiento East Surrey.

Afortunadamente, Morritt había caído sobre su brazo herido, de modo que el peso de su cuerpo actuó como una especie de torniquete que frenó el flujo de sangre. Fue recogido al día siguiente, junto con otros ocho heridos, por unos civiles belgas de la zona que lo escondieron en un convento. Poco después los alemanes lo descubrieron y lo capturaron.

Es innegable que algunos batallones británicos supieron combatir, pero especialistas modernos[23] han revelado que los alemanes maniobraron con astucia para asegurarse su superioridad en la zona aprovechando los puntos débiles de las defensas británicas. Cuando fue posible actuaron contra los flancos, obligando a los ingleses a retirarse si no querían acabar aislados y finalmente aniquilados. A lo largo de la campaña parece que los alemanes utilizaron su artillería y sus ametralladoras con una gran destreza táctica, fruto de una larga preparación, haciendo que entraran conjuntamente en acción para imponerse a los británicos en los tiroteos, relegando el uso del fusil a un segundo plano. Los británicos fueron expulsados de

sus posiciones defensivas en cuestión de pocas horas, e incluso no supieron —o no pudieron— destruir varios puentes del canal. Sus dos flancos más próximos corrían peligro, y los alemanes, que habían conseguido abrirse paso, avanzaban para conquistar Mons. Los cálculos más elevados del número de bajas sufridas por los alemanes en Mons —que algunos llegan a situar en torno a las diez mil— son aparentemente fruto de una extrapolación de la suerte que corrió el 12.º Regimiento de Infantería, y en realidad carecen de cualquier fundamento. Los historiadores germanófilos[24] indican que probablemente no superaran las dos mil, entre heridos y muertos, esto es, una cifra comparable con las 1.600 bajas británicas, entre heridos, muertos y desaparecidos. Aunque numerosos relatos alemanes hablan de la admirable destreza del soldado británico, este tal vez fuera el aspecto menos importante de una batalla que se resolvió mediante maniobras tácticas y una utilización eficaz de la infantería, la artillería y las ametralladoras para cumplir objetivos tácticos específicos. Ante todo, la defensa británica fue estática, sin recurrir a las reservas y con una notable falta de coordinación entre las unidades participantes.

Cuando empezó la gran retirada de Mons, la BEF enseguida sufrió el acoso del I Ejército de Von Kluck. El I y el II Cuerpo no tardaron en quedar físicamente separados mientras se replegaban a uno y otro lado del bosque de Mormal. Sometido a una gran presión, y con sus tropas dando signos de agotamiento, Smith-Dorrien decidió que la única manera que tenía el II Cuerpo (cuyo número de efectivos se había visto aumentado en aquel momento tras la llegada tardía de la 4.ª División) de alejarse efectivamente de sus perseguidores era dar media vuelta y combatir para tratar de disuadir a los alemanes de que los acosaran tan de cerca. Cerca de Le Cateau, el II Cuerpo tomó posiciones a lo largo de unos quince kilómetros, hasta Beauvois. Pero muchas de las posiciones defen-

sivas elegidas estaban mal situadas, y no había tiempo para cavar trincheras apropiadas, de modo que muchas baterías se encontraban en campo abierto, expuestas al enemigo. Smith-Dorrien solo disponía de una endeble fuerza de reserva táctica a la que recurrir en caso de necesidad. La batalla de Le Cateau que se libró el 26 de agosto guardaría un gran parecido con la de Mons. Los exagerados relatos británicos que hablan de milagros no pueden enmascarar el hecho de que los alemanes fueron los que salieron mejor parados de aquel enfrentamiento. La verdad probablemente la revelen las cifras: los británicos perdieron oficialmente 7.812 efectivos, entre muertos, heridos y desaparecidos (2.600 de ellos fueron hechos prisioneros), y se calcula que los alemanes unos 2.900. Si bien algunos batallones y algunas baterías determinadas de los británicos resistieron con gran arrojo, en conjunto los ingleses no supieron combatir bien, o de manera coordinada, ni como brigada, ni como división, ni como cuerpo o ni siquiera como ejército. Las comunicaciones, las órdenes y el control fueron pobres o brillaron por su ausencia; y por una razón muy concreta: la BEF era nueva en ese tipo de misiones y no tenía experiencia práctica en las complejidades de la guerra moderna. Después de la batalla, los franceses consideraron evidentemente que los británicos habían sido derrotados, y los alemanes tuvieron el convencimiento de que se habían alzado con la victoria. La persecución alemana no se vio complicada por una «hemorragia nasal», como creyeron los británicos, sino que se demoró al caer la noche y porque Von Kluck no supo acertar en qué dirección iba a retirarse Smith-Dorrien.

Tras el episodio de Le Cateau, toda la BEF estaba en retirada. Marchando a menudo día y noche, las tropas apenas prestaban atención a las necesidades de la muchedumbre de refugiados belgas que llenaba las carreteras.

Uno de los espectáculos más tristes de aquel día fueron las enormes columnas de refugiados transitando por la carretera en dirección a Guisa. Carros cargados de los tesoros del hogar, conducidos por mujeres llorosas y niños asustados. Carros que eran cruelmente obligados a apartarse para permitir el paso de las tropas. Por supuesto, era necesario hacerlo, por atroz que pareciera. Nadie de toda esa pobra gente podría atravesar el río en Guisa, pues debíamos volar el puente en cuanto lo hubiéramos cruzado, e impedir que los fugitivos lo hicieran.[25]

Capitán Herbert Rees, 2.º Regimiento de Gales.

Marchaban y marchaban sin parar. En su mayoría, los oficiales y los soldados no sabían prácticamente dónde estaban, adónde iban o qué ocurría a su alrededor. En el ambiente podía percibirse un miedo constante a que se produjera una contundente intervención de los tan temidos ulanos. Los soldados rasos habían llegado al límite de sus fuerzas. Muchos, al fin y al cabo, eran reservistas que habían estado alejados del ejército varios años, y no estaban en su mejor forma física.

A lo largo de toda la carretera podían verse indicios de una retirada precipitada. Automóviles y otros vehículos volcados, caballos muertos a un lado de la carretera, y grupos de hombres hartos y extenuados, con aspecto triste y contrariado, sentados en las cunetas. La visión de esos individuos hizo que nuestros hombres se preguntaran por qué tenían que seguir marchando en vez de sentarse al borde del camino, pues todos ellos parecían de repente exhaustos e incapaces de continuar adelante, y a partir de ese momento, durante dos días, mi vida se convirtió en una carga para mí, pues tenía que pasarme todo el tiempo exhortando a los hombres a seguir, persuadiéndolos de que lo hicieran e incluso obligándolos a no detenerse. No bastaba con decirles que la única alternativa era seguir adelante, o caer en manos de los alemanes, pues simplemente no me creían.[26]

Capitán Beauchamp Tudor St. John,
1.er Batallón del Regimiento de Fusileros de Northumberland.

Oficiales como Tudor St. John hacían todo lo posible por estimular a sus hombres, intentando a la vez mantener el orden entre las exhaustas tropas en marcha.

Durante la marcha ya me había quedado dormido varias veces, cayéndome en la cuneta. Decidí no obligar más a los hombres a que se reincorporaran a la columna. Cuando se dejaban caer ya sabían perfectamente lo que les aguardaba, del mismo modo que lo sabía yo. Era consciente de cuánto debían dolerles los pies, pues muchos tenían los talones y los dedos en carne viva debido a la

dura marcha. No fueron muchos los que se dieron por vencidos. Algunos caían, pero a la siguiente parada volvían a aparecer incluso renqueando. El ritmo imprimido al principio había sido demoledor. Llegamos a un tramo asfaltado de la carretera que recorrimos cojeando sumidos en el dolor. No tengo palabras para expresarlo. No creo que en una hora consiguiéramos avanzar ni tres kilómetros. Yo mismo tenía un absceso en un dedo del pie que me hacía ver las estrellas a cada paso que daba.[27]

Capitán Beauchamp Tudor St. John,
1.er Batallón del Regimiento de Fusileros de Northumberland.

La BEF se retiró más allá del río Marne en unas condiciones tan lamentables que sir John French y el alto mando francés empezaron a preguntarse si esta unidad sería capaz algún día de ponerse en pie y volver a tomar las armas. La respuesta no tardaría en llegar.

El desenlace: la batalla del Marne

Ante un panorama tan sombrío y desastroso en todos los sectores del frente, en el bando aliado todas las miradas se dirigieron a la figura corpulenta y flemática del general Joseph Joffre. Los alemanes pretendían alcanzar una victoria total antes de concentrar su atención en el ejército ruso. Joffre sabía que sus tropas estaban hundidas, pero también creía firmemente que Francia aún no había sido derrotada. El ejército francés era tan enorme que, como había temido precisamente Moltke «el Viejo» allá por la década de 1870, a los alemanes les resultaba muy difícil conseguir una victoria definitiva. Un ejército con millones de efectivos tenía una gran capacidad para digerir cualquier golpe. Pero los franceses necesitaban un liderazgo firme si no querían verse abocados al abismo. Era, pues, el momento de Joffre. El militar galo había establecido su cuartel general en Vitry-le-François, donde anteriormente había creado una rutina que seguiría practicándose tanto en los malos momentos como en los buenos. Tal vez no fuera

emocionante o espectacular, pero las decisiones tomadas en las reuniones periódicas determinarían a veces el destino de diversas naciones.

> Por aquel entonces el Gran Cuartel General contaba con unos cincuenta oficiales, incluidos los pertenecientes a los Servicios (ferrocarril, intendencia, sanidad, sección de correos, sección de códigos, vehículos y comandancia del cuartel general). Desde el principio, el funcionamiento del Gran Cuartel General fue el mismo durante toda la guerra. Había dos informes diarios: el primero, llamado el Gran Informe, tenía lugar en mi despacho a las siete de la mañana; y el segundo, a eso de las ocho de la tarde. Al Gran Informe solían asistir los jefes de estado mayor, los ayudantes de los jefes de estado mayor, el director de la Retaguardia, los jefes de los departamentos y los oficiales de mi gabinete. Tanto en la sesión matinal como en la vespertina me comunicaban el contenido de los partes enviados por los distintos ejércitos relacionados con los acontecimientos ocurridos en las doce últimas horas, así como todos los datos concernientes al enemigo que se hubieran reunido durante ese mismo espacio de tiempo. Por supuesto, si llegaban informes o despachos importantes a lo largo del día o de la noche, me los entregaban de inmediato; pero el principal interés que tenían los dos informes del día residía en lo que podría denominarse «nuestra toma de posiciones». En la reunión de la mañana se establecía la situación general, y a menudo solicitaba a los oficiales presentes que expresaran sus opiniones personales acerca de los temas expuestos; tras escucharlos, tomaba mis decisiones.[28]
>
> General Joseph Joffre, gran cuartel general, ejército francés.

En muchos sentidos Joffre solo podía progresar cuando reconociera que sus primeras valoraciones de la situación habían sido totalmente erróneas: se había seguido la táctica equivocada y, en cierta manera, habían sido puestos al frente de las operaciones los hombres equivocados. Ante semejante estado de cosas, una reacción comprensible habría sido entrar en pánico, pero ese no era el estilo de Joffre. Lenta y metódicamente, el general francés empezó a estudiar el sinfín de problemas que iban amontonándose en su despacho.

> Quedó patente que los principios de la ofensiva que habíamos intentado inculcar al ejército antes de la guerra con mucha frecuencia habían sido mal entendidos y mal aplicados. Desde todos los sectores del frente se me informaba de errores de maniobras que habían provocado graves pérdidas y que a veces habían reducido a cero las cualidades ofensivas y defensivas de los soldados. Me comunicaron que las tropas de vanguardia, debido a una comprensión equivocada de lo que era una ofensiva, entraban en acción sin contar con el

> apoyo de la artillería y a veces caían en formación cerrada bajo el fuego de la artillería enemiga. En otros casos, algunas de las unidades más grandes, tras avanzar con los flancos desprotegidos, quedaban de repente expuestas al enemigo, viéndose obligadas a afrontar crueles aventuras. La infantería era casi siempre lanzada al asalto cuando se encontraba a demasiada distancia del objetivo. Nunca se organizaban las zonas conquistadas antes de iniciar el ataque de una nueva posición; de modo que, si este fracasaba, las tropas se retiraban sin recoger los frutos de sus esfuerzos anteriores. Sobre todo, la cooperación de las unidades de infantería y de artillería brilló siempre por su ausencia.[29]
>
> General Joseph Joffre, gran cuartel general, ejército francés.

Joffre dio órdenes para corregir esos errores, pero en el ardor de la batalla resultaba complicado conseguir que todo un ejército ajustara su vieja mentalidad para permitir que penetraran en ella nuevas ideas. Sin embargo, Joffre sí que podía hacer algo con los generales que, en su opinión, habían tenido una actuación deficiente.

> Un número exagerado de nuestros generales se reveló, llegado el momento, no estar a la altura de su misión. Entre ellos, algunos que en tiempos de paz habían disfrutado de una gran reputación como profesores o como jefes de maniobras sobre el papel, en presencia del enemigo se sintieron abrumados por la carga de sus responsabilidades. Me fue comunicado que en ciertas unidades con un gran número de efectivos había habido una ausencia total de mando.[30]
>
> General Joseph Joffre, gran cuartel general, ejército francés.

Joffre tenía la firme determinación de poner al frente de las tropas a los individuos adecuados. Cuando un mando era considerado —acertada o equivocadamente— demasiado apocado, demasiado lento, demasiado estúpido o demasiado viejo, simplemente era sustituido por otro más joven y mejor preparado.

Joffre empezó también a replantearse las opciones tácticas que tenía si se veía obligado a responder al impetuoso avance del flanco derecho alemán, que en aquellos momentos cruzaba el norte de Francia. Su estado mayor examinó de nuevo la situación, pero al final fue Joffre quien decidió los pasos a seguir.

> Mis preferencias se inclinaban por una solución bien distinta: la creación en el ala exterior alemana de una masa capaz, a su vez, de envolver esta ala en avance … Para tener tiempo de reunir en la región de Amiens la fuerza necesaria para producir un efecto decisivo en el ala en avance del enemigo, había que permitir una retirada de nuestras tropas de la izquierda. Podía esperarse que utilizando los obstáculos para detener o retrasar la progresión enemiga mediante frecuentes contraataques, esas tropas no hubieran de retirarse más allá de la línea general del Aisne, prolongada por los promontorios de Craonne, Laon y La Fère. El III Ejército se establecería en las fortificaciones de Verdún, que servirían así de bisagra para el movimiento general de retirada. El IV y el V Ejército francés, el ejército británico y el grupo de Amiens, creado con fuerzas procedentes de nuestro flanco derecho, proporcionarían una masa capaz de reanudar la ofensiva en el momento en el que el enemigo, al abandonar las regiones boscosas de las Ardenas, se viera obligado a combatir teniendo a sus espaldas un territorio tan difícil como ese. Mi concepción consistía en una batalla que se extendiera desde Amiens hasta Reims, con un nuevo ejército situado en el extremo izquierdo de nuestra línea, rodeando a los británicos, y capaz a la vez de rebasar el flanco derecho de los alemanes.[31]
>
> General Joseph Joffre, gran cuartel general, ejército francés.

Para reunir este poderoso nuevo ejército a la izquierda de la línea, Joffre debía actuar con rapidez, asumiendo los riesgos derivados de retirar divisiones o incluso cuerpos a los ejércitos que ya estaban en pleno combate con el flanco derecho alemán a lo largo del frente. Esto significaba adoptar una postura claramente defensiva en la mayoría de las zonas, lo cual, en vista del desastre del 24 de agosto, es muy probable que no fuera nada malo. No obstante, acabaría siendo una hazaña sorprendente en medio de una campaña tan caótica como aquella; aún más, fue una maravilla logística. Pero el resultado final fue la creación de un nuevo VI Ejército en el flanco izquierdo de la BEF que se batía en retirada. La victoria tiene muchos artífices, pero seguramente Joffre merece que se le reconozca el mérito de haber desempeñado un papel decisivo a la hora de desencadenar el curso de unos acontecimientos que otros convertirían en victoria. En un asunto en particular Joffre necesitaba toda su paciencia para conservar el aspecto de Entente Cordiale.

French entró acompañado del general Murray, su jefe de estado mayor. Esperaba encontrarme con el mismo hombre tranquilo y calmado que había conocido hacía unos días. Para mi gran sorpresa, el comandante en jefe inglés me contó, con un tono bastante excitado, que su ejército había sido atacado violentamente, y que la tarde anterior el cuerpo del general Haig se había visto obligado a replegarse a Guisa, y el cuerpo de caballería a Bohain (esto es, a la zona asignada al V Ejército francés); que su II Cuerpo y la 4.ª División del general Snow marchaban hacia Le Catelet debido a la presión del enemigo; me dijo que desde que se habían abierto las hostilidades sus tropas habían estado sometidas a tantas penalidades que, por el momento, no contemplaba la posibilidad de reemprender la ofensiva y que consideraba la situación sumamente delicada. En más de una ocasión se quejó de la manera en la que se había comportado el V Ejército, su vecino, al que acusó de haber interrumpido los combates y de haberlo dejado completamente aislado.

Respondí al mariscal French que todas las tropas aliadas habían sufrido sin excepción el vigoroso empuje del enemigo y que él no podía creer que el ejército británico fuera el único que se había visto expuesto a las duras condiciones de la guerra.[32]

General Joseph Joffre, gran cuartel general, ejército francés.

La percepción británica de la retirada se centraba en sus propios intereses, sin considerar apenas la situación de los franceses. Pero desde la perspectiva francesa, la BEF era incapaz de cumplir con la parte más fundamental de su misión, retirándose con mayor rapidez que el V Ejército francés a su derecha, o el VI Ejército —cuya creación aún no había sido completada— a su izquierda. De hecho, el 29 de agosto, Joffre se vio obligado a ordenar a un reticente Lanrezac el lanzamiento de un contraataque contra el II Ejército alemán para aliviar la presión a la que se veía sometida una BEF vacilante. De principio a fin, la velocidad con la que la BEF se retiraba supuso para Joffre tener que adaptar continuamente sus planes durante los siguientes días. En un principio, el general francés había confiado en detener aquel repliegue en el Somme, pero no pudo ser, de modo que el Marne, o incluso el Sena, serían los puntos que al final elegiría para oponer resistencia. Así explicaría su nueva postura de cautela:

> Ante la envergadura del movimiento enemigo contra nuestra derecha, era evidente que no podíamos aceptar inmediatamente la batalla. La entrada en combate de unos de nuestros ejércitos implicaría la participación de todas nuestras fuerzas. El V Ejército se encontraría en una situación que el avance del I Ejército alemán, facilitado por la incursión del cuerpo de caballería enemigo, haría que fuera extremadamente delicada. Se correría el peligro de que el menor fracaso acabara convirtiéndose en una derrota irremediable. Además, nuestras tropas, que no habían dejado de combatir y de marchar, estaban agotadas y necesitaban inmediatamente llenar los huecos que había entre sus filas.
>
> Como ya he indicado, nuestra posición en la coalición nos imponía el deber de resistir, de retener frente a nosotros el mayor número posible de fuerzas alemanas, de agotar al enemigo mediante ofensivas emprendidas cuando la ocasión nos fuera favorable y de evitar cualquier choque decisivo, pues en aquellos momentos nuestras cartas no auguraban grandes posibilidades de éxito.[33]
>
> General Joseph Joffre, gran cuartel general, ejército francés.

Podía ser la última oportunidad de Joffre de evitar el desastre. Cronometrar todos los movimientos iba a ser de la máxima importancia. Mientras tanto, el V Ejército y la BEF seguirían replegándose, con el III Ejército haciendo de bisagra y afianzando en la línea francesa la posición de los dos ejércitos en retirada. Joffre también destituyó al pesimista Lanrezac, poniendo en su lugar a un general mucho más agresivo, Louis Franchet d’Espèrey, que ya se había distinguido como comandante de cuerpo durante los combates en el frente de Charleroi.

Pero, llegado este punto, también los alemanes empezaban a encontrar cada vez más dificultades. Sus planes exigían la presencia de un gran número de tropas en el flanco derecho.

> El I Ejército había completado ya dos tercios del avance hacia París a través de Bélgica. Las exigencias de la situación estratégica hacían que fuera imposible conceder ni un solo día de descanso en el sentido estricto del término. Las marchas y los combates, las batallas y las marchas se sucedían sin interrupción.[34]
>
> General Alexander von Kluck, cuartel general, I Ejército.

Las distancias recorridas eran asombrosas. La infantería avanzaba cada día entre veinticinco y treinta kilómetros, ritmo que resultaba físicamente agotador por mucho que no se le

exigiera también entrar en combate. Pero a medida que progresaba, el flanco derecho alemán iba perdiendo fuerzas. El equivalente a tres cuerpos había tenido que quedarse atrás para mantener a raya a las tropas belgas en Amberes, para ocupar Bruselas y para sitiar el resto de ciudades fortificadas. Y lo que era peor: había comenzado la ofensiva rusa en el Frente Oriental, y Moltke, creyendo que la derrota de Francia era inminente, había echado mano de dos cuerpos (uno del II Ejército y otro del III Ejército) para cubrir sus necesidades en el este. La suma de todas estas circunstancias vino a reducir gravemente la potencia del flanco derecho alemán, y pronto empezaron a abrirse huecos entre el I, el II y el III Ejército. Para solventar el problema, Moltke decidió reducir la línea prevista de avance rodeando la ciudad de París. Así pues, el II, el III y el V Ejército deberían girar hacia el sur antes de lo planeado: «La intención es obligar a los franceses a dirigirse hacia el sureste de París. Precedido por el II Ejército, el I Ejército progresará en formación escalonada y se encargará de proteger los flancos de los ejércitos».[35] Estas medidas no gustaron a Kluck, que estaba orgulloso de las proezas de sus hombres y tenía la firme determinación de continuar el avance, absteniéndose de desempeñar el papel menor de «guardaflancos» ante cualquier cantidad de efectivos franceses concentrados en la región de París.

> La orden del mando supremo, en virtud de la cual el I Ejército debía seguir al II Ejército en formación escalonada, era imposible de cumplir en aquellas circunstancias. La idea de alejar al enemigo de París, obligándolo a dirigirse hacia el sureste, solo podía ponerse en práctica haciendo avanzar al I Ejército.[36]
>
> General Alexander von Kluck, cuartel general, I Ejército.

Pero cuando el I Ejército alemán dio la vuelta para presionar en dirección sureste, Von Kluck dejó expuesto un flanco desnudo al recién creado VI Ejército francés.

En aquellos momentos Joffre ya había podido reunir un número importante de efectivos para cubrir su flanco izquierdo, no sin antes haber valorado todos los riesgos pormenorizadamente. A lo largo de un amplísimo sector del frente que se extendía desde Suiza hasta las fortificaciones de Verdún, la situación se había estabilizado en un estancamiento defensivo. Los franceses habían podido afianzar su superioridad en el momento decisivo. Cuando el 4 de septiembre se confirmó el cambio del eje alemán, Joffre, animado por el comandante militar de París, el general Joseph Gallieni, decidió lanzar su VI Ejército contra el flanco desprotegido del I Ejército de Von Kluck, mientras que la BEF y el V Ejército contraatacaban con la mayor energía posible. Al final, Joffre también consiguió vencer la cautela innata del mariscal de campo sir John French. Lo que cuenta de forma divertida el general galo a propósito de su reunión con el comandante británico en el castillo de Vaux-le-Pénil tiene visos de verdad.

> Puse toda mi alma para tratar de convencer al mariscal de campo. Le dije que había llegado el momento decisivo y que no podíamos dejarlo escapar: había que presentar batalla con todas nuestras fuerzas unidas y sin reservas. «En lo que concierne al ejército francés —añadí—, mis órdenes ya han sido dadas y, ocurra lo que ocurra, estoy decidido a poner hasta el último de mis hombres en la balanza para alcanzar la victoria y salvar a Francia; en nombre de la cual solicito, por los poderes que me han sido conferidos, la participación británica. No puedo creer que el ejército inglés se niegue a cumplir con su parte en esta crisis suprema; su inhibición sería severamente juzgada por la historia.»
>
> Al final, llevado por mis convicciones y por la gravedad del momento, recuerdo haber dado un golpe de puño en la mesa que había junto a mí y de haber dicho de manera terminante: «¡El honor de Inglaterra está en juego, señor mariscal!».
>
> Hasta entonces, French había escuchado impasible al oficial que traducía mis palabras, pero en aquel momento su rostro enrojeció. Se produjo un breve silencio impresionante; luego, visiblemente emocionado, murmuró: «I will do all my posible». Como no sé inglés, pregunté a Wilson qué había dicho el mariscal. Simplemente respondió: «El mariscal ha dicho: sí». Yo ya había percibido la emoción del comandante en jefe inglés, había comprendido sobre todo el

> tono con el que este había hablado. Como a todos los que asistieron a esta escena, a mí me pareció que aquellas simples palabras equivalían a un compromiso bajo juramento.
>
> A continuación, se sirvió el té que ya había sido preparado.[37]
>
> General Joseph Joffre, gran cuartel general, ejército francés.

El té es, sin duda, el toque final. Todo estaba dispuesto: la batalla del Marne comenzaría el 6 de septiembre de 1914. Joffre firmó una escalofriante orden del día.

> En el momento en el que vamos a librar una batalla de la que depende el destino de nuestro país, es importante recordar a todos que ya ha pasado la hora de mirar atrás; debe hacerse todo tipo de esfuerzos para atacar y repeler al enemigo. Las tropas que no puedan seguir avanzando deberán, cueste lo que cueste, conservar el territorio conquistado y dejarse matar sobre el terreno antes que retroceder. En las circunstancias actuales, no puede tolerarse ningún acto de debilidad.[38]
>
> General Joseph Joffre, gran cuartel general, ejército francés.

Lo que se desencadenó fue una compleja batalla que desafía cualquier explicación fácil de entender. En aquellos momentos, el flanco derecho alemán se veía superado en número por las divisiones francesas que avanzaban rápidamente desde el sur. Cuando el I Ejército alemán intentó dar la vuelta para frenar el ataque del VI Ejército francés en la línea del río Ourcq, se abrió una enorme brecha de casi cincuenta kilómetros entre Von Kluck y el II Ejército que se encontraba a su izquierda. En medio del caos, los hombres de la BEF, que pertinentemente habían dado media vuelta, se encontraron avanzando junto al V Ejército francés hacia esa brecha existente entre el I y el II Ejército alemán. No hubo ninguna gran batalla, ni se produjo ninguna gran tragedia; pero con la penetración aliada entre sus dos ejércitos, los alemanes corrían el peligro de sufrir un verdadero desastre, por lo que el 9 de septiembre Moltke ordenó la retirada de las tropas del flanco izquierdo al río Aisne. La batalla del Marne acabó siendo un sorprendente triunfo estratégico de los franceses. Como cabe suponer, fueron muchos los que reivindicaron los laureles de

la victoria, pero de haber salido las cosas mal seguramente habría habido un único culpable: Joffre. Por esta razón, todos los méritos deben recaer en él.

Durante los siguientes días, el I y el II Ejército alemán fueron replegándose a los montes que atraviesa el Camino de las Damas, un pequeño macizo situado entre los valles del Aisne y el Ailette que alcanza los mil metros de altitud. Se trataba de una posición lógica, desde la que podían combatir y ganar tiempo para reorganizarse debidamente. Joffre recurrió a su notable poder de persuasión para conseguir que sus ejércitos fueran tras ellos, pero la empresa resultó físicamente imposible para las exhaustas tropas. Cuando estas llegaron al Aisne el 12 de septiembre, los alemanes habían cavado una línea de trincheras a lo largo de los montes, colocando su artillería en las laderas que no estaban a la vista. La batalla del Aisne suele presentarse como un asunto británico, pero a la derecha y a la izquierda de los ingleses se encontraban el VI y el V Ejército francés. Ni la BEF ni los franceses tenían la artillería y los conocimientos tácticos necesarios para expulsar a los alemanes de una posición defensiva natural tan fuerte como aquella, sobre todo después de que los alemanes empezaran a trasladar refuerzos a la zona para rellenar los últimos huecos que quedaban en sus líneas. La respuesta de los Aliados llegó el 14 de septiembre cuando comenzaron a cavar sus propias trincheras enfrente de las alemanas. Desde Suiza hasta el Aisne, el frente estaba equilibrándose. Los combates habían sido muy duros. Había habido momentos en los que los alemanes habían parecido estar cerca de la victoria, pero los ejércitos franceses habían demostrado una tenacidad en la defensa que había frustrado cualquier avance decisivo.

Aquel mismo 14 de septiembre el general Helmuth von Moltke fue destituido y reemplazado como jefe del estado mayor por el general Erich von Falkenhayn. Von Moltke

había sido incapaz de coronar con éxito la guerra que tanto había deseado: el Plan Schlieffen, como él lo había concebido, había fracasado. En menos de dos años fallecería, completamente hundido. Falkenhayn había nacido en 1861 y había adquirido experiencia en el servicio activo durante la rebelión de los bóxers en China de 1900. Su evidente talento facilitó un rápido ascenso, y en 1913 fue nombrado ministro de Guerra de Prusia. Destacaba también por su aparente frialdad, que le permitía valorar una situación militar en sus justos términos, de manera totalmente desapasionada.

La siguiente fase del combate ha sido descrita a menudo como la «carrera hacia el mar», expresión que describe a la perfección lo que no fue. En realidad, consistió en una serie de maniobras de avance por los flancos, con las que los dos bandos pretendían, no tanto llegar al mar, cuanto rodear el ala norte del adversario. Ambos bandos seguían confiando en la victoria y, en las zonas en las que la situación se había estabilizado, evacuaban de las líneas unidades de reserva para trasladarlas rápidamente al norte. Durante las fases iniciales, la BEF permaneció atrincherada en el sector del Aisne, mientras franceses y alemanes se enzarzaban en una serie de sangrientas escaramuzas en su avance hacia el norte utilizando la táctica del «salto de rana». Lo que había en juego seguía siendo mucho. Aunque fuera evidente que la guerra no iba a terminar en un futuro inmediato, seguía habiendo numerosas cuestiones —todas ellas decisivas—, como, por ejemplo, los puertos del canal de la Mancha —Boulogne, Dunkerque, Calais, Zeebrugge y Ostende—, los centros industriales y las minas de carbón del norte de Francia, los importantísimos enlaces ferroviarios en Hazebrouck y Roulers y el destino del grueso del ejército belga —todavía atrapado en Amberes—, a tener en cuenta, además de la posibilidad de rebasar, y por lo tanto «enrollar», las líneas de trincheras del adversario.

Como agotadores pesos pesados, las fuerzas alemanas y francesas se intercambiaban duros golpes, cada uno de ellos frustrando el del contrario, pero incapaz de prolongarse hasta alcanzar una victoria significativa. Los problemas logísticos eras colosales. El ferrocarril funcionaba al límite de sus posibilidades, y ejércitos enteros se veían obligados a desplazarse en vagones abarrotados y luego a transitar por carreteras atestadas de gente hasta llegar a su destino. El tiempo era precioso, y los dos bandos no dudaban en hacer entrar en acción a sus unidades mucho antes de que estuvieran debidamente preparadas, a pesar de los graves peligros que ello suponía. Pero cuando era necesario, los soldados cavaban sus trincheras y resistían, ganando tiempo para que pudieran llegar las tropas de refuerzo. Fue así como la línea se consolidó y la atención comenzó a centrarse en el siguiente salto hacia el norte. A finales de septiembre hubo choques en la zona del Somme, y luego, a comienzos de octubre, en las inmediaciones de Arras. Más tarde se produjeron en Lens, en Armentières y, por último, en Ypres. Todos estos topónimos, prácticamente desconocidos por muchos hasta entonces, se convertirían en una letanía de penalidades en las batallas que fueron sucediéndose a lo largo de los cuatro años siguientes.

Mientras tanto, sir John French comenzaba a sentir una gran frustración debido a la falta de progresos de la BEF en el frente del Aisne. El viejo soldado de caballería rogó a Joffre que le permitiera trasladar a sus hombres para colocarlos a la izquierda de los franceses, lo cual facilitaría enormemente los aprovisionamientos a través de los puertos del canal de la Mancha. De esta manera, la BEF participaría en las operaciones finales llevadas a cabo en el norte de Francia y en la zona de Ypres, donde trataría de aprovechar —o defender— las úl-

timas brechas del frente antes de que el mar del Norte impidiera efectuar cualquier maniobra concebida para flanquear al enemigo.

La BEF, junto con el II y el X Ejército francés, formaría parte del Grupo de Ejércitos del Norte, a las órdenes del enérgico general Ferdinand Foch. Foch era un fenómeno de la naturaleza, pues estaba dotado de un vigor increíble y de una inteligencia considerable, y tenía la capacidad de impulsar a los demás a llevar a cabo grandes hazañas. Es evidente que sir John French se dejaba transportar por una pasión por lo francés cuando escribía lo siguiente:

> En apariencia es menudo y de pequeña estatura, pero enjuto y enérgico. Es en sus ojos y en la expresión de su rostro donde puede verse su extraordinaria fortaleza. Es partidario de operaciones militares como los ataques relámpago, llevados a cabo con maravillosa precisión, y muestra un fantástico talento y una gran versatilidad a la hora de emprenderlos. Animado por una vitalidad abrumadora, con sus gritos constantes de «Attaque! Attaque! Attaque!» ponía de manifiesto su estado de ánimo, y era evidente que sabía infundir a las tropas buena parte de su ímpetu.[39]
>
> General sir John French, cuartel general, BEF.

Nacido en 1851, Foch era un afamado táctico de la vieja escuela que había prestado servicio como comandante de la École Supérieure de Guerre, y estaba estrechamente relacionado con el culto francés a la ofensiva propio de la época anterior a la guerra. Su actuación durante las primeras semanas del conflicto armado no había sido precisamente tranquilizadora, pero, al igual que Joffre, tenía la habilidad de adaptar su visión para que encajara con la realidad a la que debía enfrentarse y no con las teorías que había enseñado en otros tiempos. Se impuso nuevas prioridades, forjadas en tiempos de adversidad: «Había que preservar la infantería y utilizar sin restricciones la artillería, y cada pedazo de terreno conquistado debía ser oportunamente preparado para la defensa».[40] Por supuesto, la moral *era* importante, pero para que un ataque concluyera con éxito se necesitaba, ante todo, la superioridad nu-

mérica, apoyada en una potencia de fuego abrumadora. Aun así, la victoria podía ser en vano si no se consolidaba una resistencia a los inevitables contraataques de los alemanes. Tras asumir el mando del Grupo de Ejércitos del Norte, Foch se propuso abrirse paso a través de la brecha que, en su opinión, debía haber entre las unidades alemanas que habían conquistado Lille y las que habían ocupado la ciudad belga de Amberes, que acaba de ser invadida.

La BEF había empezado a expandirse poco a poco, con la creación de un III Cuerpo (la 4.ª y la 6.ª División) a las órdenes del general sir William Pulteney y con el improvisado IV Cuerpo (7.ª División y 3.ª División de Caballería) a las órdenes del teniente general sir Henry Rawlinson. Cuando la BEF avanzó hasta la línea situada al norte del canal de La Bassée, cerca de Béthune, enseguida se vio enzarzada en duros combates. Al final, el principal foco de atención sería Ypres, una pequeña localidad comercial belga. La ciudad, aunque carecía de valor por sí misma, constituía una puerta a la victoria para ambos bandos. Para los alemanes era el puente para llegar a los puertos del canal de la Mancha, y para los británicos ofrecía una vía por la que acceder a Menin y Roulers, así como la posibilidad de cortar las comunicaciones ferroviarias del enemigo. El 7 de octubre la caballería alemana había cruzado rápidamente la ciudad, cuya ocupación efectiva se produjo con la llegada del IV Cuerpo de Rawlinson el 14 de octubre, seguida por la del I Cuerpo de Haig el 19 del mismo mes. Llegado este punto, sir John French, cumpliendo órdenes de Foch, todavía tenía la intención de avanzar hacia Roulers, pero fue Falkenhayn quien tomó de nuevo la iniciativa, enviando hacia el norte el IV Ejército del duque Albrecht von Württemburg. Este era un contingente masivo, de reciente creación, formado por el XXII, el XXIII, el XXVI y el XXVII Cuerpo de Reserva, compuesto principalmente de voluntarios

y reclutas que habían recibido un adiestramiento limitado. Las únicas tropas con experiencia eran las del III Cuerpo de Reserva que se había encargado de la conquista de Amberes.

Según el plan de Falkenhayn, el flamante IV Ejército, ayudado por los elementos del VI Ejército situados más al norte, debía abrirse paso a través de la débil línea de trincheras excavadas por las unidades británicas, francesas y belgas entre Armentières y el mar. «El IV Ejército tiene que avanzar, sin pensar en las posibles bajas, con su flanco derecho permanentemente junto a la costa, primero hacia las fortalezas de Dunkerque y Calais, para luego dirigirse al sur por Saint-Omer.»[41] Se trataba de una empresa arriesgada, pues, en su mayoría, estos soldados alemanes no poseían ni por asomo la calidad de las divisiones de asalto originales de agosto de 1914. Tenían buena predisposición, fruto del puro entusiasmo, pero no habían recibido un adiestramiento metódico en tácticas militares. Parecían más una milicia, a menudo sin suficiente equipamiento y carente de la pericia propia de cualquier formación militar profesional. Entraron en acción tan pronto solo porque Falkenhayn y su estado mayor no supieron encontrar otra alternativa y los consideraron probablemente su última oportunidad real para poner fin a la guerra aquel mismo año.

A partir del 17 de octubre, el III Cuerpo de Reserva, situado a la derecha del IV Ejército alemán, atacó violentamente a belgas y franceses, obligándolos a replegarse al río Yser. El combate fue duro e intenso, y en su avance hacia la ciudad belga ocupada de Nieuwpoort esas tropas sufrieron a veces las consecuencias de los fuertes bombardeos efectuados por las unidades navales encabezadas por el *Venerable*, un acorazado de la clase *pre-dreadnought*. Sin embargo, para su consternación, los alemanes quedaron bloqueados cuando los belgas abrieron las compuertas para inundar sistemáticamente los pólderes que protegían la ciudad, obligando así a los alemanes

a emprender la retirada dejando tras ellos un enorme lago. Resultaba imposible atravesar aquella barrera. Era evidente que cualquier decisión futura tendría que tomarse en una zona situada más hacia el interior, en las colinas que se extendían desde Ypres hacia la localidad de Passchendaele.

El ataque principal alemán empezó el 20 de octubre, ejerciendo una primera presión sobre todo en el sur de Ypres contra el II Cuerpo de Smith-Dorrien, que se vio en cierta manera sorprendido por la furia de la embestida. El combate alcanzó momentos de gran intensidad, y el 31 de octubre, a pesar de la llegada de refuerzos, la unidad británica había quedado reducida, tras las sucesivas campañas, a una fuerza mínima de apenas catorce mil efectivos. Por suerte para ella, el Cuerpo Indio había llegado a tiempo para sustituirla en el frente, aunque este contingente no tardaría en verse traicionado por su falta de experiencia, sufriendo muchas bajas innecesarias. Fue entonces cuando los británicos centraron su atención en el frente defendido por el I y el IV Cuerpo atrincherados en las colinas situadas junto a la propia Ypres.

No cabe duda de que, a medida que se intensificaban los asaltos, los soldados británicos iban mejorando en general su actuación en el campo de batalla. A medida que ganaban la experiencia que no les había proporcionado el adiestramiento recibido antes de la guerra, sus despliegues tácticos iban mejorando en sutileza, aunque seguían produciéndose errores y casos de pánico. La cooperación aumentaba entre las unidades más próximas, y parecía que por fin había consciencia de la necesidad de tener a mano (en la medida de lo posible) una fuerza de reserva para llenar los huecos existentes u organizar contraataques. También la artillería era utilizada de forma más conveniente, sin dejar que se viera tan expuesta al fuego de los potentes cañones alemanes. Por otro lado, resultaba evidente que las tropas alemanas no tenían la destreza de sus

predecesoras. La práctica de conceptos como «fuego y movimiento», esto es, ocultarse, coordinar los disparos de los fusiles, las ametralladoras y la artillería para imponerse en el intercambio de fuego antes de emprender el ataque final y consolidar firmemente el terreno ganado, brillaba a menudo por su ausencia.

> Habíamos imaginado nuestro bautismo de fuego bastante distinto. No hay nada más deprimente que el estrepitoso fracaso de un ataque lanzado, como en un ejercicio, contra un enemigo invisible. Sin reflexionar, una sección tras otra caía bajo el fuego perfectamente dirigido por unas tropas experimentadas. Se había puesto mucho empeño en nuestro adiestramiento, pero la preparación se reveló completamente inadecuada para un asalto tan importante contra unos soldados coloniales veteranos y curtidos en la batalla. Acabábamos de llegar a un prado situado en la ladera de una colina, rodeado de árboles y setos, cuando comenzaron a aparecer las primeras gorras británicas. Por un momento nos olvidamos de lo poco que habíamos aprendido sobre técnicas, cobertura y aprovechamiento del terreno en las batallas modernas. En dos hileras, y en algunos lugares en tres, arrodillados o de pie, abrimos fuego con una intensidad que solo puede justificarse por la excitación que producía el primer gran momento de aquel día de asaltos. Después de horas de desesperación desmoralizante, ante nosotros había una misión que era evidente y realizable. Tras las dos primeras descargas efectuadas de pie sin apoyo, como en un campo de tiro, ocurrió lo inevitable. Justo cuando estaba por apretar el gatillo, fui alcanzado en la nalga izquierda e inmediatamente sentí los efectos de los últimos y extenuantes días de marcha —jornadas para las que no habíamos sido preparados en absoluto—, y la pérdida de sangre me debilitó muchísimo más de lo debido. Reinaba el caos por todas partes. Del frente llegaban hombres en tropel. Era imposible no darse cuenta de lo que sucedía. ¿Retirada? ¿Contraataque enemigo? ¿Seríamos capaces de volver a avanzar? ¿Acaso nosotros, los heridos, íbamos a quedarnos sin recibir la debida asistencia? Una vez más nos encontrábamos en aquella situación de desesperación y de falta de ideas que había caracterizado nuestros ataques desde un principio. La cruda realidad era que ya no me sentía animado por la euforia que produce la cercanía del enemigo, sino que por dentro estaba sumamente agitado debido a mi primera experiencia como herido, y por fuera debido a la total confusión de los acontecimientos que me rodeaban y que parecían carentes de lógica. En semejantes circunstancias, ¿cómo podía en tiempos de guerra un voluntario inexperto tomar decisiones con claridad?[42]

Soldado Willi Kahl, 2.º Batallón, 236.º Regimiento de Infantería de Reserva.

Su falta de experiencia dio lugar a escenas que encajaban perfectamente con lo que habían augurado los británicos en Mons y Le Cateau, pero es evidente que esta vez eran los ingleses los que en realidad aniquilaban a las tropas alemanas que avanzaban torpemente hacia ellos. En una carta escrita el 22 de octubre, el capitán Harry Dillon del 2.º Regimiento de Infantería Ligera de Oxfordshire y Buckinghamshire nos ofrece una versión de los hechos desde el lado británico.

> Desde una distancia de apenas cincuenta metros, una gran masa gris de individuos cargaba contra nosotros a todo meter. Nuestros hombres tenían los nervios a flor de piel, pues ya les había avisado de lo que estaba por venir, y cuando disparé mi fusil, todos los demás también lo hicieron prácticamente a la vez. Vimos cómo la masa ingente de alemanes se estremecía. En realidad, unos caían, otros caían sobre ellos, y llegaban más. Nunca he disparado tantas veces en un espacio de tiempo tan breve; en apenas segundos, caían abatidos. Luego todo el grupo volvió a atacar. Fue el momento más crítico de mi vida. Veinte metros más y habrían caído sobre nosotros a millares, pero nuestro fuego debió de atemorizarlos, y en el último momento hicieron la peor tontería imaginable. Algunos de los que iban delante giraron a la derecha por no sé qué razón, y todos los demás los siguieron como un gran rebaño de ovejas. Creo que nadie habría podido fallar desde aquella distancia, y durante uno o dos breves minutos estuvimos disparando contra ellos a discreción. Al final, mis fusiles quemaban. El fuego cesó, y de la oscuridad comenzó a llegar un gran gemido de dolor. Hombres con piernas o brazos arrancados trataban de escapar moviéndose a rastras; otros, que no podían ni moverse, susurraban con voz entrecortada sus últimas palabras en medio de aquella fría noche en la que el viento atenazaba sus cuerpos deshechos y el deslumbrante reflejo rojizo de la luz de una granja ponía al descubierto montones de cadáveres de demonios grises abatidos por los hombres que había más abajo, a mi izquierda. Una escena grotesca y espeluznante; algunos de ellos se levantarían apoyándose en una mano o avanzarían unos metros a rastras, perfilándose su silueta negra como la tinta entre el resplandor del fuego.[43]
>
> Capitán Harry Dillon,
> 2.º Regimiento de Infantería Ligera de Oxfordshire y Buckinghamshire.

Los dos bandos confiaban en que la artillería debilitara al enemigo antes de emprender un asalto. El soldado William Quinton del 2.º de Bedfordshire estaba en las trincheras situadas frente a Gheluvelt el 24 de octubre. Faltaba poco para que se vieran hostigados por la intensidad del fuego enemigo

que anunciaba el inminente ataque de los alemanes. Muchos hombres vivieron por primera vez la experiencia de sufrir bombardeos concentrados. Unos bombardeos que probablemente fueran como una débil lluvia en comparación con las cascadas de proyectiles de artillería que estaban por caer, pero para ellos fue un verdadero tormento.

> Las bombas de metralla estallaban sobre nuestra trinchera, y las balas se precipitaban para enterrarse en el muro posterior de ella mientras tratábamos de parapetarnos. El ruido que hacían al estallar, a unos cuatro metros por encima de nuestras cabezas, era ensordecedor y nos silbaba en los oídos, por lo que resultaba prácticamente imposible intercambiar palabra alguna. El fuego de la ametralladora se hizo más intenso, y pude empezar a distinguir el rumor del disparo de fusiles desde las líneas. Sabíamos que aquella furia anunciaba un ataque, pero también éramos conscientes de que no saltarían sobre nosotros mientras siguieran bombardeando nuestra línea del frente, pues habrían caído bajo su propio fuego. En cuanto sus proyectiles comenzaran a sobrevolarnos para concentrarse en nuestras trincheras de apoyo y de reserva, se produciría el ataque. La oscuridad de la noche empezó a dar paso a un gris amanecer. Yo temblaba. Miré a Bosely. Sujetaba con tanta fuerza el fusil, que en sus manos resaltaba el blanco de los nudillos. Estaba pálido, no movía ni una ceja, y entonces me miró como si no me reconociera.[44]
>
> Soldado William Quinton, 2.º Regimiento de Bedfordshire.

De pronto cesaron los bombardeos, y Quinton supo que había llegado el momento.

> El oficial de la compañía vino rápidamente a nuestra posición. «¡Preparaos, muchachos!», gritó mientras desenfundaba su pistola. «¡Dadles una calurosa acogida!» Desde nuestra línea se abrió fuego con los fusiles. Saltamos al parapeto. Asomamos la cabeza. La visión que se abrió ante mí jamás podré olvidarla. Sobre nuestras trincheras se abalanzaba una horda de alemanes que empuñaban sus fusiles cargados con la bayoneta. Cientos de alemanes más salían de sus trincheras para formar una segunda línea y caer sobre nosotros. Estaban tan pegados los unos a los otros que chocaban con los hombros mientras corrían. Cuando se abrió fuego desde nuestras líneas, empezaron a proferir gritos con voz ronca y a cargar contra nosotros. Todo esto lo vi en un solo instante. Apunté con mi fusil y disparé; disparé contra aquel tropel humano que se acercaba para aniquilarnos. Entonces nuestra ametralladora comenzó a rugir. Los alemanes que iban delante, los primeros a menos de cien metros de nosotros, empezaron a caer como bolos. Yo disparaba con mi fusil con tanta furia como podía, deteniéndome solo para volver a cargar la recámara con diez cartuchos

nuevos. Unos cuantos soldados enemigos se habían adelantado a los demás, y se encontraban a apenas cincuenta metros de distancia cuando nuestra ametralladora se silenció.[45]

Soldado William Quinton, 2.º Regimiento de Bedfordshire.

Quinton, que formaba parte de la sección de ametralladoras, empuñó la Maxim.

¿Y si nuestra ametralladora se había estropeado? Aunque fuera un fallo temporal, el enemigo caería irremediablemente sobre nosotros. En realidad, por un breve instante pensé que, con el número de alemanes que se acercaba precipitadamente, solo era cuestión de tiempo que alcanzaran nuestras trincheras para pasar a la bayoneta a los que quedaran de nosotros. De pronto Bosely hizo un gesto de dolor, soltó la ametralladora y, cogiéndose el hombro derecho, se dejó caer en el interior de la trinchera. Rápidamente agarré la ametralladora. Sujetándola con firmeza por las empuñaduras y presionando con los pulgares los botones que accionaban el gatillo, no paraba de disparar, sin fijar objetivo alguno, contra aquella masa gris que había ante nosotros. Empezó a salir vapor por el tubo de escape que había junto a la boca, pues el agua de la camisa del cañón comenzaba a alcanzar el punto de ebullición. Una tras otra, las tiras de cartuchos pasaban por ella, hasta que comencé a pensar que probablemente estuviéramos quedándonos sin municiones. Aquellas figuras vestidas de gris seguían viniendo hacia nosotros. Centenares de ellas, muertas y heridas, yacían en tierra de nadie. De sus trincheras salió un nuevo frente que comenzó a correr hacia nosotros, y lo recibimos con un fuego fulminante. Con sus oficiales instándoles a seguir adelante, los soldados enemigos llegaron a mitad de camino, y luego vacilaron y se detuvieron, arrojándose al suelo para protegerse escudados por sus propios muertos. Tras esta atroz barricada formada por pilas de hasta tres cadáveres, encontraron un buen lugar en el que protegerse. Disparé la ametralladora contra ellos. Las balas volaban rozando la barricada, pero el enemigo no intentaba seguir el avance. Permanecía ahí, a salvo, sin atreverse a regresar a sus trincheras. Entonces tuvimos un pequeño respiro, pues el ataque había quedado en nada. Antes de que se produjera el asalto mi cuerpo había temblado de miedo, pero en aquellos momentos estaba empapado de sudor. Nuestra trinchera ofrecía un espectáculo espeluznante. De los doce hombres encargados del manejo de la ametralladora, solo quedábamos cinco.[46]

Soldado William Quinton, 2.º Regimiento de Bedfordshire.

Este es un relato de los hechos típicamente británico. Aunque causaron en efecto importantes bajas, lo cierto es que los batallones ingleses sufrieron poco a poco el desgaste provocado por los ataques alemanes y los feroces bombardeos de la artillería que los precedían. Se formó un saliente, con las líneas británicas replegándose a uno y otro lado de la carretera

de Menin mientras los alemanes avanzaban lentamente, pueblo a pueblo, colina a colina, cadáver a cadáver. Pero, a pesar de todo, no consiguieron abrir una verdadera brecha: en consecuencia, el alto mando alemán, cada vez más desesperado, decidió que desde el sur se trasladaran hasta la zona unidades con mayor experiencia para crear un Grupo de Ejército improvisado a las órdenes del general Max von Fabeck. El nuevo contingente se situaría entre el VI y el IV Ejército alemán.

Los británicos tuvieron la suerte de contar con el liderazgo de Haig, comandante del I Cuerpo, la formación sobre la que recayó la parte más dura de las fases intermedias de la batalla de Ypres. Haig intentó mantener la calma y desplegó sus escasas reservas de la mejor manera posible. La crisis se manifestó en la «punta» del saliente, en Gheluvelt, donde el 29 de octubre empezó a librarse una batalla con distintos cambios de suerte que se prolongó durante dos días. Cuando se perdió Gheluvelt el 31 de octubre, pareció por un tiempo que los alemanes habían conseguido abrir una verdadera brecha. Haig decidió avanzar hacia el norte por un camino sembrado de bombas, la carretera de Menin, donde, al parecer, su despreocupación ante el fuego enemigo sirvió para calmar las cosas.

> Haig envió la brigada de caballería, sus últimas reservas, en ayuda de la 1.ª División. En su mapa trazó una línea a poco más de un kilómetro de las murallas de Ypres, a la que debería retirarse el Cuerpo si era repelido. «Y ahí —exclamó— deberá luchar hasta el final.» Luego, junto con su estado mayor y su escolta, tomó la carretera de Menin, avanzando entre las tropas rezagadas, de vuelta a la zona bombardeada, con el rostro inmóvil e inexpresivo, sin pronunciar palabra; sin embargo, su sola presencia y su calma servían para devolver la esperanza a los desmoralizados y para insuflar nuevas fuerzas a sus tropas exhaustas.[47]
>
> Coronel John Charteris, cuartel general, I Cuerpo.

Cuando fue informado de las dificultades que atravesaba el I Cuerpo, Foch reaccionó de una manera muy similar a la de Haig: «Es absolutamente imperativo que no se produzca una retirada, y con este propósito deben atrincherarse en el te-

rreno en el que se encuentren».[48] Al final, un brillante contraataque del 2.º Batallón del Regimiento de Worcestershire en el castillo de Gheluvelt estabilizó brevemente la situación, y el cerco alrededor de Ypres se contrajo un poco, pero resistió. Haig no olvidaría nunca que los alemanes habrían podido destruir la resistencia de Ypres si hubieran emprendido un solo ataque concentrado más. Este pensamiento influiría seguramente en su manera de dirigir futuros combates durante la guerra.

En noviembre de 1914 la BEF sufría un gran desgaste. El 1 de noviembre el capitán Beauchamp Tudor St. John se vio sorprendido cuando se acercaba a la localidad de Wytschaete, situada en las elevaciones de Messines que se extendían al suroeste de Ypres.

> Salí con sigilo de la parte posterior de la casa de campo para dirigirme al bosque. Tras dar unos cuantos pasos, sin embargo, me vi sorprendido por el fuego intenso, en mi opinión, de una ametralladora. Inmediatamente, comencé a correr hacia el bosque. A mi alrededor, la tierra, como el barro de una charca cuando cae una granizada, no paraba de salpicar a diestro y siniestro. Tras recorrer otros treinta o cuarenta metros sentí como si mi brazo derecho se hubiera dando un golpe contra un obstáculo duro en medio de la oscuridad. Era un golpe muy fuerte y seco que dejó en mi brazo una especie de sensación de hormigueo y de entumecimiento bastante distinta del escozor provocado por una o dos piedras que habían saltado contra mis piernas al impactar las balas en el suelo y que me había dolido prácticamente igual. A pesar de todo, seguí corriendo, pero el bosque parecía muy alejado, y el hecho de haber sido herido me había impresionado y asustado un poco, haciendo que me sintiera mareado y sin aliento. Por esta razón decidí hacerme «el muerto» y, tras elegir el lugar más cómodo que pude, giré sobre mis talones de una manera más que convincente para dejarme caer de bruces. Mi idea tuvo el efecto deseado, y durante uno o dos minutos cesó el fuego.[49]
>
> Capitán Beauchamp Tudor St. John,
> 1.er Batallón del Regimiento de Fusileros de Northumberland.

Por desgracia, cuando este oficial británico intentaba encontrar una postura cómoda para comprobar el estado de su herida, los alemanes se dieron cuenta de que no estaba muerto y tomaron las medidas pertinentes para subsanar su error.

Pero debí de moverme mucho, pues otra vez volvieron a abrir fuego contra mí. Durante unos segundos estuve quieto allí, preguntándome dónde iban a alcanzarme aquellas balas que no dejaban de salpicar barro a mi alrededor. De pronto sentí como si alguien hubiera extraído con cuidado algo caliente desde mi brazo hasta la garganta. No podía ser la bala, pues me parecía que debía tardar bastante tiempo para ir desde el hombro izquierdo hasta la derecha de mi garganta. Creo que tuvo que ser la sangre que fluía. Evidentemente, cuando aquello llegó a mi garganta, empecé a toser sangre por la boca y por la nariz y sentí como si estuviera asfixiándome, y alrededor mío todo comenzó a adquirir un color azulado. Creí que había llegado mi hora, y me pregunté cómo iba a recibir mi familia la noticia y si llegaría yo a saber cómo la había recibido. Me sentía afligido y furioso solo de pensar que estaba a punto de irme de aquel viejo mundo feliz, pues para mí había sido siempre un lugar feliz, y me parecía una desgracia tener que abandonarlo sin poder ver una vez más a Roger y a Madge. Sin embargo, rezaba a Dios que acabara con todo aquello lo antes posible, pues cada vez me encontraba peor.[50]

Capitán Beauchamp Tudor St. John,
1.er Batallón del Regimiento de Fusileros de Northumberland.

La BEF fue retrocediendo poco a poco, expulsada de las colinas de Messines y repelida en las de Passchendaele. Emprendió una férrea defensa de la mayor parte de la meseta de Gheluvelt, aunque la propia localidad de Gheluvelt cayó en manos de los alemanes. Al final, Foch y los franceses actuaron como unos aliados casi perfectos, enviando al norte sus reservas y tomando cada vez más territorio del saliente mientras la BEF retrocedía. El éxito en la defensa de Ypres correspondió a franceses y británicos a partes iguales. Por fin pudo frenarse el avance alemán.

Al término de la primera batalla de Ypres, las trincheras se extendían desde Suiza hasta el mar del Norte. Habían sido puestas a prueba en repetidas ocasiones, pero ninguno de los dos bandos había conseguido abrir una brecha en ellas. Parecía claro que la guerra de trincheras no iba a ser un fenómeno transitorio. Con cierta frustración, un joven oficial de infantería de marina francés, enviado a la línea próxima a Nieuw-

poort, cerca de su elemento más natural, reflexionaba sobre la notable capacidad que tenía incluso la más burda trinchera de mitigar la potencia de los cañones.

> La artillería alemana es extraordinaria. Los disparos de los cañones pesados son dignos de admiración por su gran precisión y por estar muy bien calibrados. El otro día vi seis cráteres de bomba en un círculo de treinta metros de diámetro; y esas bombas habían sido lanzadas desde una distancia de más de siete mil metros. Pero por muy precisos que sean los disparos del adversario, la trinchera proporciona un refugio inalcanzable para la artillería. La infantería bien atrincherada solo puede ser desalojada de su posición por otra infantería, y sobre todo por las bayonetas enemigas. Lamentablemente, sabemos poco de trincheras —pues somos marineros— e ignoramos sus principios fundamentales. Se habla mucho de ingeniería militar, pero en lo concerniente a las brigadas navales, esta brilla por su ausencia. De modo que nuestras trincheras son simples agujeros en el suelo, excavados de manera aleatoria en lugares en los que los hombres descansan poco y mal en un lecho delgado de paja sobre el barro resbaladizo.[51]
>
> Teniente Pierre Dupouey,
> 3.er Batallón, 1.er Regimiento de Infantería de Marina.

En diciembre los dos bandos sondearon la resistencia del enemigo lanzando una serie de ataques concebidos a menudo para reforzar la línea o asegurar una posición importante desde el punto de vista táctico, pero sin apenas consecuencias. Es sintomático de la edad moderna que una curiosa anomalía como la tregua de Navidad se haya hecho tan famosa. En algunos sectores del frente, las fuerzas de uno y otro bando decidieron abandonar temporalmente los combates. A continuación vemos cómo vivió esa tregua el soldado William Quinton, que se encontraba en las trincheras aquel 24 de diciembre.

> A nuestro alrededor todo estaba cubierto por una capa de nieve de unos ocho centímetros de espesor. Era como una de esas típicas felicitaciones de Navidad. Reinaba la calma. Parecía que en el aire flotaba aquel mensaje de «paz a todos los hombres de buena voluntad». Podíamos oír aún cómo los alemanes seguían utilizando sus ametralladoras en el camino de Ypres, pero a la noche siguiente, Nochebuena, incluso allí arriba había mucho silencio. Hubo algo en las líneas alemanas que, al verlo, hizo que nos frotáramos los ojos para volver a mirar. Por encima de sus parapetos, aquí y allá, observamos vagamente lo que parecían pequeñas luces de colores. ¿Qué era aquello? ¿Acaso se trataba

de una señal preestablecida, anunciadora de un ataque, o simplemente pretendían picar nuestra curiosidad para que nos asomáramos más y quedáramos expuestos al fuego de sus ametralladoras? Estábamos muy recelosos, discutiendo sobre ese curioso movimiento del enemigo cuando ocurrió algo todavía más curioso. ¡Los alemanes cantaban! No con voz muy fuerte, pero estaban cantando de verdad. Empezamos a interesarnos por aquello. Al menos el enemigo estaba dispuesto a disfrutar en la medida en la que las circunstancias lo permitieran. De pronto, desde el otro lado de aquella tierra de nadie cubierta de un cándido manto de nieve, se oyó una voz clara y fuerte entonando los primeros acordes de «Annie Laurie». Cantaba en un inglés perfecto y nos dejó embelesados. No se oía nada más que la voz de aquel cantante desconocido. ¡Nos pareció que la guerra había cesado de repente! Que había cesado para escuchar esa pieza interpretada por uno de nuestros enemigos. El silencio reinaba entre los compañeros y entre los adversarios, y cuando dejaron de oírse las últimas notas, en nuestras trincheras estalló un aplauso espontáneo. ¡Una más, Fritz! ¡Canta otra, viejo amigo![52]

Soldado William Quinton, 2.º Regimiento de Bedfordshire.

Gracias a la acción de unos hombres valientes que arriesgaron la vida para comprobar las buenas intenciones de sus enemigos, se estableció una tregua, y los dos bandos comenzaron a enterrar juntos los cadáveres de los compañeros que yacían en tierra de nadie.

Cuando rompió el día, quedamos sorprendidos al ver a los alemanes con medio cuerpo fuera de las trincheras, mirando hacia nosotros con absoluta impunidad. ¡Hay que imaginar la situación!: donde ayer la simple visión de un pedazo de uniforme gris habría provocado los disparos de una docena de fusiles británicos, hoy estaba el enemigo exponiéndose a nosotros, observándonos serenamente desde el otro lado de la tierra de nadie, como hacíamos también nosotros. Para los que estábamos en primera línea del frente el mundo entero había cambiado. Podíamos contemplar todo lo que había alrededor a nuestro antojo. A las nueve en punto de la mañana, el equipo de enterradores alemanes salió de sus trincheras, cargando palas y picos. Avanzó unos diez metros en nuestra dirección y se detuvo expectante. Una orden del oficial de nuestra compañía, y nuestro equipo enseguida se movilizó. Pareció que los oficiales se ponían a conversar. Los grupos de enterradores pronto perdieron interés en su trabajo, e inmediatamente comenzaron a fraternizar. ¡Intercambiaban cigarrillos y parecían disfrutar enormemente! Ni que decir tiene que los que estábamos en las trincheras no tardamos en salir afuera para pasear en medio de la nieve, pero sin cruzar las alambradas. Lo mismo hicieron los alemanes. A lo largo de todo aquel día, y durante muchos más que estaban por venir, compañeros y enemigos se mezclaron libremente unos con otros en tierra de nadie. Con la excepción de unos pocos alemanes que sabían algo de inglés, la dificul-

tad del idioma supuso un obstáculo para desarrollar una conversación, pero nos entendíamos con señales y gestos. ¡Recuerdo perfectamente al alemán que sostenía una caja de chocolates abierta para que yo cogiera uno! ¡Los alemanes querían incluso jugar con nosotros un partido de futbol en tierra de nadie, pero nuestros oficiales no lo permitieron![53]

Soldado William Quinton, 2.º Regimiento de Bedfordshire.

Al final, la tregua terminó cuando, según se rumoreaba, una unidad escocesa llegó a las trincheras vecinas y abrió fuego contra un equipo de trabajo alemán, provocando que se reanudaran las hostilidades. La tregua llegó a numerosos sectores del frente, extendiéndose más de lo que muchos han imaginado. Franceses y alemanes también hicieron un alto el fuego en determinadas zonas.

Nuestros cuatro días en las trincheras habían sido difíciles debido al frío glacial y a las heladas, pero los alemanes nos habían dejado en paz. El día de Navidad el enemigo hizo una señal indicando que quería parlamentar. Fui yo quien se dirigió hacia sus trincheras, y al llegar a tres o cuatro metros de ellas, tres alemanes salieron para hablar. Era la fiesta del día de Navidad, una jornada de celebraciones, y pidieron que no disparáramos durante el día y la noche, prometiendo que, por su parte, no dispararían ni un solo tiro. Estaban hartos de la guerra, estaban casados como yo (habían visto mi anillo), no querían luchar contra los franceses, ¡solo contra los ingleses! Me pasaron unos puros y una cajetilla de cigarrillos con filtro dorado, yo les di un ejemplar del *Petit Parisien* a cambio de un periódico alemán. Regresé a la trinchera francesa ¡donde poco después me robaron el tabaco alemán! ¡Nuestros vecinos de enfrente cumplieron su palabra mejor que nosotros! Ni un solo disparo. Al día siguiente, para que pudieran ver que ya había pasado la Navidad, nuestra artillería lanzó contra ellos unas cuantas bombas perfectamente dirigidas que impactaron justo en sus trincheras.[54]

Asistente Gustave Berthier, 256.º Regimiento de Infantería.

Aunque a menudo haya sido presentada como una especie de triunfo de la raza humana, lo cierto es que la tregua también puede ser contemplada perfectamente como la imputación de unos hombres deseosos de reemprender la matanza, a pesar de haber comprobado por sí mismos que los enemigos eran hombres como ellos. La verdad es que participaban en la guerra por propia voluntad; una guerra que, además, por aquel entonces seguía siendo de la satisfacción de la opinión pública

de todas las naciones beligerantes. No había un deseo real de alcanzar una solución de compromiso o entablar negociaciones: la tregua de Navidad fue un mero ejercicio de sentimentalismo, nada más.

A finales de 1914 era evidente que el general Alfred von Schlieffen había estado acertado y también equivocado. Acertado porque, si la guerra se prolongaba durante bastante tiempo, los enemigos de Alemania iban a utilizar la simple superioridad numérica para derrotarla. Pero con su obsesión por una victoria rápida, los alemanes habían perdido su mejor oportunidad de maximizar unas ganancias tácticas menores para luego negociar la paz desde una posición relativamente fuerte. Con su pretensión de obtener una victoria rotunda en el verano de 1914, al final los alemanes se habían quedado a medio camino de un posible triunfo. La guerra estaba estancada en una lúgubre fase de desgaste, en la que todos los participantes se dedicaban a degradar a las fuerzas opositoras hasta que ya no pudieran resistir más. Con los dos bandos perfectamente capacitados para enviar a millones de hombres al campo de batalla resultaba del todo imposible asegurar una victoria fácil. Serían muchísimos los que tendrían que morir antes de que la guerra llegara a su fin.

3

El Frente Oriental, 1914

Solo a la preparación de nuestro ejército en tiempos de paz debimos esta hazaña. La batalla fue un triunfo glorioso, desde luego, de los generales y sus tropas, de todos los oficiales y de todos los hombres, y en una palabra de todo el país. Alemania y el Imperio Austrohúngaro se alegraron. El mundo guardó silencio. Por sugerencia mía, el episodio recibió el nombre de batalla de Tannenberg.[1]

General de división Erich von Ludendorff,
cuartel general, VIII Ejército

En 1914 el ejército ruso era una bestia enorme. Aunque la fuente del reclutamiento obligatorio se limitaba en gran medida a la población cristiana rusa y se admitían muchos motivos para justificar las exenciones, el imperio era tan grande que el ejército permanente de 1.400.000 hombres alcanzaría los 5 millones tras la movilización. Tras ser llamado a filas, cada recluta prestaba servicio tres años en infantería, y luego permanecía otros siete en la reserva, más otros ocho en la segunda reserva, antes de que diera comienzo el período final en la milicia hasta alcanzar los cuarenta y tres años de edad. En 1914, los planes de movilización se vieron acelerados en gran medida debido a la combinación de una serie de medidas preparatorias y de las mejoras del sistema ferroviario financiadas por Francia, que en el plazo de treinta días permitieron a los rusos situar a dos millones de hombres listos para entrar en acción en el Frente Oriental. Su adiestramiento había sido bastante rudimentario, concentrándose en las técnicas militares básicas, sin que nadie se preocupara demasiado de combinarlos con las formaciones superiores o de efectuar ejercicios realistas; desde luego tampoco había demasiada práctica en la cooperación de la infantería, la artillería y la caballería. Pero en algunos ámbitos, el ejército ruso era sorprendentemente innovador, pues contaba con un Cuerpo Aéreo Imperial muy numeroso y lle-

vaba a cabo una gran experimentación con las posibilidades de los carros blindados. Pero muchas de esas armas todavía no estaban en estado de operatividad y ni los aviones ni los carros blindados habían sido integrados plenamente en la doctrina táctica básica; a decir verdad, la doctrina militar rusa era en general bastante endeble.

El cuerpo de oficiales rusos era también a todas luces de una calidad muy heterogénea. La cima de la pirámide se hallaba desgarrada por las enemistades personales, las envidias profesionales, los enfrentamientos entre distintas facciones y el regionalismo. Además muchos oficiales habían tenido que dedicarse a las labores de represión de la insurgencia a raíz de la revolución de 1905, mientras que otros se hallaban desbordados por el trabajo burocrático y el papeleo, o decepcionados por el conservadurismo innato de muchos de sus superiores. Otro factor que pesaba sobre la eficacia del ejército ruso era el analfabetismo de la inmensa mayoría de los soldados rasos, consecuencia del deficiente sistema educativo ruso.

Teóricamente, el ejército ruso estaba mejor equipado de lo que a veces se ha pensado, y su fusil de servicio habitual era el Mosin-Nagant de 7,62 mm, accionado por cerrojo, que era un arma fiable y bastante precisa. Los regimientos de infantería, integrados por cuatro mil hombres, estaban equipados además con ocho ametralladoras del tipo Maxim M1910, refrigerada por agua y alimentada por cintas de lona, arma que disparaba proyectiles asimismo de 7,62 mm, y que resultaba eficaz y práctica en las acciones. Al igual que la infantería británica y la alemana, los soldados rusos llevaban uniformes de camuflaje, de color verde caqui, que adoptaban muchos tonos distintos, especialmente después de ser muy utilizados.

El principal cañón de campaña, el Pulitov de 76,2 mm, era un arma muy buena, mientras que los cañones Schneider más pesados, de 122 y 152 mm, constituían las piezas principales de la artillería pesada, aunque, como sucedía en la mayor parte de los ejércitos, eran muy escasos. Pero durante la movilización se pondrían de manifiesto otras carencias e incluso más todavía cuando comenzaran los combates: escasez de municiones para fusiles y ametralladoras, bombas y, lo que resultaba más frustrante, numerosos elementos básicos del equipamiento y del uniforme, como por ejemplo la inexplicable falta de botas, artículo de primera necesidad que a todas luces era fácil de calcular. Los problemas del ejército estaban profundamente arraigados en el estado, pues Rusia seguía siendo una sociedad atrasada y primitiva que solo podía sacar provecho de una pequeña proporción de su enorme potencial incluso para la guerra. Aquello les vino muy bien a las Potencias Centrales, pues la población de Rusia era superior a la de Alemania y a la del Imperio Austrohúngaro juntas.

Los rusos tenían enfrente al ejército austrohúngaro. En tiempos de paz constaba de unos 440.000 hombres, pero tras la movilización alcanzaría la cifra bastante intimidatoria de 3,35 millones de individuos, desplegados en cuarenta divisiones. Pero el Imperio Austrohúngaro era otro estado que no tenía ni la cohesión interna ni la infraestructura moderna necesarias para sacar provecho de sus enormes dimensiones. Con una población cercana a los cincuenta millones de personas, en 1914 era el tercer estado más populoso de Europa, pero no tenía ningún concepto de unidad nacional; era un país a punto de ser desmembrado por los nacionalismos. Los reclutas de infantería eran llamados a filas a los dieciocho años y prestaban servicio durante dos años antes de pasar, durante otros diez, a la reserva de la Landwehr, tras los cuales venía otro período de servicio en el Landsturm, hasta que

cumplieran los cincuenta y cinco. En general su nivel de adiestramiento era bastante básico. Vestían uniforme de color azul claro e iban armados con el Mannlicher M1895, fusil de cerrojo de 8 mm, fiable y capaz de alcanzar una velocidad de disparo sumamente alta, de hasta treinta y nueve balas por minuto. Las compañías de ametralladoras austríacas solían constar de cuatro secciones, cada una provista de dos ametralladoras Schwartzlose M.07/12 de 8 mm, enfriada por agua, piezas que tenían la ventaja de ser significativamente más ligeras que las de sus rivales, aunque, en compensación, su alcance y su poder de penetración eran un poco menores. La artillería disponía de una proporción elevada de cañones de montaña de diversos calibres. A diferencia de la mayoría de países, Austria había desarrollado una artillería pesada formidable, cuya pieza típica era el mortero de asedio Skoda 305 mm 1911. Esta enorme bestia requería para su manejo una brigada de quince hombres y era arrastrada por un tractor de motor de quince toneladas. Una vez en su puesto podía lanzar bombas de espoleta de acción retardada de casi 400 kilogramos, capaces de perforar cualquier blindaje y de atravesar casi dos metros de cemento armado, o bombas de 285 kilogramos, que tenían una potencia explosiva increíble, capaces de abrir cráteres de hasta ocho metros de anchura y de suponer una amenaza para cualquier unidad de artillería que estuviera al descubierto a una distancia de cuatrocientos metros. Los austríacos prestarían ocho de esos Skoda a los alemanes para ayudarles a someter los fuertes belgas del Frente Occidental en agosto de 1914. Los austríacos eran asimismo expertos en la fabricación de potentes morteros, absolutamente mortíferos.

El 1 de agosto de 1914, Alemania declaró la guerra a Rusia a raíz de la movilización general decretada por este país el 31 de julio. Resulta irónico que el Imperio Austrohúngaro, que había declarado la guerra a Serbia el 28 de julio, aguardara

hasta el 6 de agosto para declarársela a Rusia. Rumanía y Bulgaria habían decidido permanecer fuera del conflicto, pero el Frente Oriental creado seguía siendo enorme y se extendía a lo largo de unos 1.600 kilómetros. Las distancias que comportaban las operaciones militares eran grandísimas, imponiendo la dependencia del ferrocarril como único medio posible de transportar las ingentes unidades de hombres y las incalculables cantidades de pertrechos y municiones necesarias para la vida de campaña. Para los alemanes y los austríacos, que por suerte disfrutaban de unas soberbias redes ferroviarias, aquello no suponía ningún problema, pero al otro lado de la frontera, en Rusia, el sistema de comunicaciones era mucho peor. Las líneas ferroviarias rusas constituían un medio muy escaso que simplemente servía para unir los principales centros de población, aparte de la complicación ulterior que comportaba el sistema de vía ancha utilizado en el país. Las inversiones francesas habían supuesto una pequeña mejora, pero la escasez de vías férreas limitaba la capacidad de los rusos de responder con rapidez a los cambios de situación. El comandante en jefe de los rusos era el gran duque Nicolás, hermano del zar. Por el norte, el I y el II Ejército ruso tenían enfrente al VIII Ejército alemán. Tras el saliente de la Polonia rusa, el IX y el X Ejército, que habían sido incluidos con retraso en los planes, fueron formándose poco a poco con la intención de que acabaran avanzando por la derecha a través de Polonia para amenazar la Silesia alemana, escasamente defendida. Por el sur, el IV, el V, el III y el VIII Ejército ruso se enfrentaban al I, al IV, al III y (en el último momento) al II Ejército austríaco. Tres grandes imperios luchaban por su supervivencia en una lucha titánica en la que la derrota resultaba impensable: se montó el escenario para una campaña mortífera equiparable en todos los aspectos al Frente Occidental.

La campaña más espectacular de esta primera fase tuvo lugar en el norte, en Prusia Oriental. El I y el II Ejército ruso estaban movilizándose bastante lejos de la frontera, temerosos de ser cogidos por sorpresa mientras todavía eran vulnerables. El plan era bien sencillo: el I Ejército, al mando del general Pável von Rennenkampf, avanzaría hacia Prusia Oriental al norte de los lagos Masurianos, mientras que el II Ejército, al mando del general Alexánder Samsónov, avanzaría por el sur de los lagos. Toda la ofensiva sería coordinada, al menos en teoría, por el general Yákov Zhilinski, aunque, a la hora de la verdad, las comunicaciones fueron malísimas y los problemas con los códigos hicieron que en muchas ocasiones las órdenes fueran transmitidas por radio sin codificar, para satisfacción de los alemanes que estaban a la escucha. Esta confusión en el terreno del mando y del control se vio exacerbada por el violento enfrentamiento personal existente entre Samsónov y Rennenkampf, desavenencia que venía de los desacuerdos que habían tenido durante la guerra ruso-japonesa.

El 16 de agosto Rennenkampf emprendió el avance, rechazando la resistencia presentada por el VIII Ejército alemán, al frente del teniente general Max von Prittwitz, durante los duros combates desencadenados el 20 de agosto en Gumbinnen. Ambos bandos sufrieron alrededor de 17.000 bajas, pero los alemanes se vieron obligados a retirarse debido a sus elevadas pérdidas. Rennenkampf siguió adelante, aunque con cierto dilación, gastando algunos días en reorganizar sus unidades y avanzando luego con demasiada lentitud, de modo que los alemanes perdieron el contacto con sus fuerzas. Esta circunstancia no habría tenido demasiada importancia, pues Prittwitz era en aquellos momentos presa del pánico, preocupado como estaba por la amenaza que para sus comunicaciones planteaba el II Ejército de Samsónov, ya que, según le constaba, tenía previsto cruzar la frontera prusiana desde la Polonia rusa el 21

de agosto. Desesperado, Prittwitz decidió retirarse directamente al Vístula, abandonando así toda Prusia Oriental. Aquello fue demasiado para Moltke, que inmediatamente destituyó al infortunado Prittwitz y lo sustituyó por el general Paul von Hindenburg, oficial de corte tradicional, de apariencia imperturbable, nacido en 1847, que había disfrutado de una carrera exitosa hasta ascender al rango de general, para retirarse en 1911 antes de reintegrarse de nuevo al servicio activo. Hindenburg llegó acompañado de su jefe de estado mayor, el general de división Erich von Ludendorff, personaje mucho más voluble. Nacido en 1865, era un oficial de estado mayor sumamente perspicaz y dotado de una capacidad de trabajo excepcional, que había intervenido en cierta medida en la reelaboración del Plan Schlieffen, y ya había alcanzado bastante fama por su actuación durante la batalla de Lieja en el Frente Occidental. Hindenburg y Ludendorff se convertirían en uno de los grandes equipos de mando de la Gran Guerra.

Cuando Hindenburg asumió el mando el 23 de agosto, el oficial de estado mayor del VIII Ejército, coronel Max Hoffmann, le presentó inmediatamente un plan de acción. Dicho plan coincidía perfectamente con la inclinación inicial de Ludendorff de aprovechar el fracaso de los ejércitos rusos para coordinar sus operaciones hasta el momento. Hoffmann proponía dejar solo algunas fuerzas que hicieran de pantalla frente al I Ejército, aprovechando la lentitud de sus movimientos, y utilizar la eficacia del magnífico sistema ferroviario alemán para trasladar al grueso del VIII Ejército y desafiar directamente al II Ejército de Samsónov en su marcha hacia el norte y el noroeste, camino de Prusia Oriental. El plan era derrotar a las fuerzas rusas, que eran superiores, trasladando al VIII Ejército de un frente a otro, permitiéndole combatir sucesivamente con el II y el I Ejército. Se trataba de un proyecto

arriesgado, cuyo éxito dependía en parte de que el avance de Rennenkampf no progresara, y de que el general ruso no reaccionara con rapidez ante el desarrollo de los acontecimientos. No obstante, el nuevo equipo de mando se dio cuenta de que era la mejor oportunidad de éxito que tenían —si no la única —, de modo que se detuvo en seco la retirada del VIII Ejército y dieron comienzo las complejas labores del nuevo despliegue. Para el análisis de la situación, el estado mayor alemán contó con la ayuda inestimable de la interceptación regular de las órdenes rusas transmitidas por radio sin codificar, en una sorprendente falta de seguridad elemental. Poco después Hindenburg tuvo la satisfacción de enterarse de que Moltke, debido a las fuentes presiones ejercidas desde diversas fuentes civiles ante la amenaza que aparentemente sufrían los territorios alemanes de Prusia Oriental, había destacado dos nuevos cuerpos de ejército y una división de caballería, retirados de las fuerzas que en aquellos momentos andaban dando vueltas de un lado a otro por Bélgica. Teniendo en cuenta la estrategia básica de los alemanes, consistente en golpear con contundencia a Francia para obligarla a salir de la guerra en el oeste antes de lanzarse contra el este, aquella medida representaba un cambio de rumbo considerable.

Samsónov no sabía nada de esto, pero ya se encontraba acosado por problemas muy serios. El país estaba salpicado de incontables lagos y bosques, lo que le obligaba a dividir sus cuerpos de ejército e incluso sus divisiones, al tiempo que las condiciones del transporte eran terribles y sus comunicaciones casi inexistentes, de modo que no tenía más remedio que actuar en el vacío, tal como Hoffmann había previsto. Independientemente de lo que Samsónov pensara que estaba pasando, la realidad se le vino encima por etapas: primero su ala izquierda sufrió un ataque, y luego le pasó lo mismo al ala derecha. Antes de que los rusos pudieran reaccionar, era ya dema-

siado tarde: el 28 de agosto todo el II Ejército había quedado aislado, al principio solo por una pequeña fuerza alemana, pero cuando los germanos presionaron con más contundencia los rusos se encontraron de hecho rodeados por un anillo de acero, sin posibilidad de escapar. Las diversas formaciones atrapadas intentaron abrirse paso tempestuosamente, pero no se llevó a cabo ningún esfuerzo coordinado y los alemanes las repelieron con facilidad. Rennenkampf intentó trasladar su I Ejército al sur para prestarles ayuda, pero ya era demasiado tarde. Pronto quedó patente que los rusos no tenían más opción que rendirse. A finales de agosto, más de noventa mil emprenderían el camino del cautiverio. Otros 78.000 habían muerto o habían resultado heridos y apenas 10.000 lograron escapar. Samsónov no estuvo entre ellos. Se dice que se suicidó mientras caminaba solo por los bosques yermos y tenebrosos. La batalla de Tannenberg, como pasaría a ser llamada, fue un desastre sin paliativos para el ejército ruso; los alemanes sufrieron solo 13.000 bajas.

Había llegado el momento de la segunda fase: los alemanes dieron tranquilamente la vuelta desde el norte y emprendieron la marcha, dejando tras de sí únicamente algunos destacamentos simbólicos, dispuestos a zamparse al I Ejército de Rennenkampf. Para entonces el VIII Ejército había recibido otros dos cuerpos de refuerzo trasladados desde el Frente Occidental a través de toda Alemania. Escarmentado por la destrucción del II Ejército ruso, Rennenkampf había suspendido su avance y se había retirado a una línea mejor defendible que se extendía desde Königsberg, al norte, hasta los lagos Masurianos, al sur. Los alemanes se concentraron en el ala izquierda de su línea y el 7 de septiembre lograron efectuar un avance importante. El X Ejército ruso continuaba formándose en Polonia y por lo tanto era incapaz de prestar ningún tipo de ayuda. Rennenkampf se vio obligado a llevar a cabo una reti-

rada humillante, volviendo a cruzar la frontera de Prusia que con tanta esperanza había cruzado en sentido contrario menos de un mes antes. Los rusos terminaron la campaña en completo desorden: Samsónov había muerto; se rumoreaba que Rennenkampf era presa del pánico debido a la presión; y Zhilinsky, el hombre que en último término tenía la máxima responsabilidad, fue destituido. Los alemanes no solo habían logrado conservar Prusia Oriental, sino que estaban a punto de emprender el ataque. Hasta el mes de noviembre de 1914, después de varias semanas de combates, tras una irrupción alemana en Rusia seguida de varias oleadas de contraataques rusos efectuadas de manera errática en uno y otro sentido, las líneas no quedaron establecidas de modo definitivo, y precisamente no demasiado lejos de las fronteras originales. La guerra de trincheras y las posiciones defensivas preparadas de antemano habían conseguido poco a poco bloquear cualquier libertad de maniobra. Teniendo en cuenta las previsiones del Plan Schlieffen, que exigía simplemente resistir en el este, la situación presente suponía un triunfo considerable del VIII Ejército.

Mientras tanto, los primeros choques de titanes habían empezado a producirse en la Galicia austríaca entre el IV, V, III y VIII Ejército ruso (al mando todos ellos del general Nikolái Ivánov), y el I, IV y III Ejército austríaco, comandados por el jefe del estado mayor austríaco, general Conrad von Hötzendorf. El avance ruso dio comienzo el 18 de agosto y la serie de batallas épicas que tuvieron lugar a continuación recordaría el sistema de guerra de otros tiempos. Ejércitos monolíticos de movimientos lentos chocaron unos con otros en las llanuras de Galicia, con diversas escaramuzas de la caballería en los huecos abiertos entre los ejércitos y maniobras espectaculares mientras uno y otro bando buscaba los flancos del adversario al tiempo que intentaba repeler desesperadamente las amena-

zas que sufrían los suyos. Y a todo ello habría que sumar la grave dificultad que suponían un sistema de comunicaciones mínimo y una falta casi total de información precisa acerca de los movimientos del adversario. Una cosa es segura: los dos bandos sufrieron un número apabullante de bajas porque la táctica simplista de la infantería exponía a una multitud de hombres a la exuberante potencia del armamento moderno. Pero también se puso de manifiesto otra cosa: a pesar de los múltiples problemas que los agobiaban, los rusos llevaron siempre la delantera a los austríacos en la batalla. El 3 de septiembre, el III Ejército ruso conquistó Lemberg, un centro ferroviario clave y la cuarta ciudad más grande del Imperio Austrohúngaro. Este éxito puede considerarse la primera gran victoria aliada de la guerra. Además, a continuación se desencadenaron complejos combates hasta que el 11 de septiembre los austríacos se vieron obligados a retirarse al río San. Este repliegue dejó la importante ciudad fortificada de Przemyśl sitiada por los rusos desde el 22 de septiembre, aunque carecían de artillería superpesada para hacer mella en el anillo de fortificaciones modernas que la defendía. No obstante, los austríacos tuvieron que retroceder hacia el suroeste, encontrando por fin una línea defendible a lo largo de los ríos Dunajec y Biala, al este de Cracovia.

Para entonces los rusos habían conseguidos posicionar sus unidades más o menos en una línea norte-sur y tenían ante sí dos grandes opciones. La primera consistía en apuntalar el éxito de Ivánov y seguir atacando a los infortunados austríacos en el suroeste con la intención de conquistar Cracovia e invadir Hungría. Si no, podían lanzar al IX y al X Ejército por Polonia y entrar en la Silesia alemana. De momento parte del peligro más inminente había sido eliminado: la situación en el Frente Occidental quizá no estuviera resuelta, pero a comienzos de septiembre de 1914 los franceses habían librado y ga-

nado la batalla del Marne. No obstante, al final el gran duque Nicolás y su cuartel general, la Stavka, decidieron seguir con la opción de Silesia, temerosos de que una vigorosa campaña en el suroeste pudiera dar pie a que los alemanes tomaran su flanco desde el norte.

Los alemanes tenían que enfrentarse a sus propios problemas, concretamente con el hecho de que sus aliados austríacos habían sufrido ya la pérdida de unos 325.000 hombres, mientras que ellos solo habían infligido unas 225.000 bajas a los rusos. Semejante proporción no suponía ningún problema para los rusos, pero sí para los austríacos. A regañadientes, los alemanes tomaron medidas para reforzar a sus aliados en apuros creando rápidamente un nuevo IX Ejército en la Silesia alemana, al frente del cual debía ponerse el aclamado equipo formado por Hindenburg y Ludendorff. Ya se había comprobado que el flemático Hindenburg era el contrapeso ideal de Ludendorff, que, pese a ser un militar brillante, era demasiado propenso a dejarse dominar por el pánico en caso de verse presionado. En varias ocasiones durante la tensa concentración de fuerzas que dio lugar a la bolsa de Tannenberg, Hindenburg había ejercido una influencia tranquilizadora sobre Ludendorff y había impedido que este cambiara de planes sin necesidad al tener que hacer frente a unos obstáculos relativamente banales.

El IX Ejército entró en contacto con sus vecinos austríacos y a partir del 29 de septiembre empezó a avanzar por la Polonia rusa, llegando hasta la línea del Vístula a primeros de octubre. Sin embargo, el gran duque Nicolás y la Stavka aprovecharon un insólito éxito de los servicios de inteligencia para reajustar sus planes y permitir al IV y al IX Ejército ruso atacar frontalmente al recién creado IX Ejército alemán cruzando el Vístula, mientras que el I Ejército avanzaba por la derecha para golpear el flanco izquierdo de los alemanes. Este

plan tan prometedor se vino abajo debido a la poca seguridad de las comunicaciones por radio de los rusos, que permitía la filtración de las órdenes, y a la captura de unos planes que indicaban la existencia de una trampa. Los alemanes trasladaron a toda prisa al otro lado del río a su XI Cuerpo a tiempo de proteger el flanco izquierdo del IX Ejército, que era el más vulnerable. Pero las cosas habían estado muy reñidas y cuando las fuerzas rusas se concentraron en torno a ellos, el 18 de octubre los alemanes acabaron por verse obligados a replegarse a sus líneas iniciales y a abandonar el punto de penetración más adelantado al que habían llegado, apenas a unos quince kilómetros de Varsovia.

Mientras tanto, los austríacos habían aprovechado la distracción de los rusos para avanzar una vez más hasta la línea del río San y el 9 de octubre lograron socorrer Przemyśl. Sin embargo, la fortaleza no tardaría en quedar de nuevo aislada, condenada una vez más a languidecer detrás de las líneas rusas, rehén de batallas de suerte cambiante, cuando Conrad fue obligado una vez más a ordenar la retirada a la línea de los ríos Dunajec-Biala.

Por fin los rusos estaban listos para llevar a cabo su acometida contra la Silesia alemana, planeada durante tanto tiempo y anunciada a los cuatro vientos debido a la poca discreción de sus comunicaciones por radio, cuyo inicio estaba previsto que tuviera lugar el 14 de noviembre. Pero los alemanes estaban más que preparados para ella. En aquellos momentos, el jefe del estado mayor alemán, Erich von Falkenhayn, había sido inducido a nombrar a Hindenburg comandante en jefe de los ejércitos del este, con Ludendorff como jefe de su estado mayor, mientras que el general August von Mackensen había sido ascendido a comandante del IX Ejército. Ludendorff utilizó la información proporcionada por las meteduras de pata de los servicios de inteligencia rusos para llevar a cabo una

maniobra que para sus adversarios habría resultado impensable desde el punto de vista logístico. El IX Ejército alemán se esfumó de pronto como por arte de magia y se trasladó en ferrocarril al norte, desde donde atacaría el flanco derecho de los ejércitos rusos invasores; de hecho, los alemanes lograron ser los primeros en atacar con una fuerza devastadora el 11 de noviembre. Los rusos se vieron obligados a abandonar sus sueños de una ofensiva en Silesia al tener que replegarse al centro de abastecimientos de Łódź, donde el II y el V Ejército se concentraron para bloquear un ulterior avance de Mackensen. Una vez más los combates tuvieron un extraño carácter fluctuante, pues uno y otro bando intentó rodear a su adversario y los alemanes se esforzaron muchísimo en conquistar Varsovia. Los dos bandos estuvieron a punto del desastre, y se libraron de él por los pelos. Para empeorar las cosas, intervino la climatología —cosa, por lo demás, que no tendría nada de extraño estando como estaban a finales de noviembre— y empezó a nevar con fuerza. Al final el IX Ejército alemán logró salir airoso del embrollo retirándose con éxito de Łódź. Los rusos se atrincheraron, abriendo zanjas en el terreno helado, duro como la piedra, para crear un frente al oeste del Vístula.

Mientras los rusos se atrincheraban para pasar el invierno, los alemanes estudiaban cuál iba a ser su siguiente jugada en una conferencia celebrada en Posen el 1 de diciembre, a la que asistieron Falkenhayn, el káiser, Hindenburg, recientemente ascendido a mariscal, y Ludendorff. Falkenhayn fue bombardeado a solicitudes y exigencias de más refuerzos con el doble objetivo de proteger a los austríacos, cada vez más debilitados, y de derrotar a los rusos para obligarlos a salir de la guerra. Se trataba de una filosofía rechazada a todas luces por Falkenhayn, quien creía firmemente que la guerra solo podía ganarse en el oeste, no en las interminables llanuras del este frente a los inagotables recursos humanos de Rusia. Además, opinaba

que la situación estratégica era tal que la mejor opción era asegurarse una victoria significativa y luego negociar un acuerdo político, lo que a su vez significaba una reducción de los objetivos de guerra. Ninguno de los dos bandos daría su brazo a torcer y alcanzar, aunque fuera a regañadientes, el acuerdo de no estar de acuerdo no suponía desde luego un gran avance. Todo lo que Hindenburg conseguiría serían los tres cuerpos de ejército que Falkenhayn ya había accedido, contra su voluntad, a enviarle desde el Frente Occidental. Tal vez no se habría molestado en hacerlo de haber sabido lo que planeaba Ludendorff: un asalto frontal en pleno invierno, sin la menor pretensión de sutileza, contra las líneas de los rusos en Polonia.

El IX Ejército empezó bien su acometida, tomando Łódź el 6 de diciembre, pero inmediatamente chocó con la línea de trincheras de los rusos. Los cañones alemanes causaban estragos y ambos bandos lanzaban ataques una y otra vez, de modo que los objetivos tácticos más nimios adquirían una importancia que existía solo en la mente de los obsesionados mandos locales. Los rusos mostraron un valor enorme luchando a la defensiva y los alemanes solo pudieron hacer pequeños progresos, siendo incapaces de romper la línea del río. Sus bajas aumentaron de manera brutal, llegando a un total de 100.000 durante las primeras seis semanas de la guerra. Ludendorff se vio obligado finalmente a transigir. Estaba quedándose sin tropas y no era muy probable que Falkenhayn permitiera el envío de otras que las sustituyeran para llevar a cabo una operación tan mal planeada.

Durante todo el sitio de Przemyśl se produjeron solo estallidos ocasionales de entusiasmo moderado. En aquellos momentos se hallaban atrapadas en la ciudad unas 127.000 tropas austríacas. Tuvieron suerte, en la medida en la que Przemyśl había sido un antiguo depósito de municiones, pertrechos y

víveres, pero aun así las provisiones no podían durar para siempre. Se llevaron a cabo algunos intentos de salir de la ciudad, pero todos fracasaron de forma estrepitosa. Una tregua navideña localizada contribuyó a elevar temporalmente la moral de las tropas de uno y otro bando, pero en el fondo la situación de los austríacos sitiados no cambió. Los ejércitos rusos al mando de Ivánov hicieron además considerables progresos en su ofensiva contra Cracovia, ciudad considerada mayoritariamente la puerta de Silesia y Hungría. Por desgracia para las ambiciones rusas, los alemanes enviaron refuerzos que robustecieron la resistencia de los austríacos y que el 17 de diciembre lograron obligar al enemigo a replegarse a la línea de los ríos Dunajec-Biala.

El carácter fluctuante de los combates en el este —dos pasos adelante, tres hacia atrás, uno adelante— iba poniéndose cada vez más de manifiesto a lo largo de toda la línea. En el norte, a pesar de todos sus esfuerzos los rusos solo consiguieron retener una franja simbólica de Prusia Oriental. En cambio, habían perdido buena parte de la Polonia rusa ante el avance de los alemanes, pero los inconvenientes estratégicos de ocupar todo ese territorio eran tales que su pérdida no suponía una desventaja especial en el planteamiento general de la situación. Era en el sur, frente a los austríacos, donde los rusos habían obtenido las mayores ganancias al haber invadido casi toda la Galicia austrohúngara. Como en el Frente Occidental, la magnitud de las fuerzas implicadas había sido increíble: a final de año ciento cuarenta y tres divisiones rusas se enfrentaban a cincuenta y tres divisiones austríacas y a otras treinta y ocho alemanas. Las pérdidas de uno y otro bando habían sido sencillamente impresionantes. A finales de 1914 casi 750.000 soldados rusos, 500.000 austrohúngaros y 140.000 alemanes habían causado baja. Y todo en solo cinco terribles meses de caos.

Sin embargo, había otro Frente Oriental a tener en cuenta: la guerra austro-serbia que había dado comienzo con la declaración de guerra de 28 de julio por parte de los austrohúngaros. El ejército serbio, formado por unos 200.000 hombres, estaba al mando de la anciana figura del mariscal Radomir Putnik, que tuvo que soportar el oprobio de ser internado inmediatamente por los austríacos en Budapest, donde había acudido para someterse a un inoportuno tratamiento médico. Pero como sus ofrecimientos de presentar la dimisión debido a su mala salud habían sido rechazados por el rey Pedro I de Serbia, Putnik seguiría supervisando la dirección estratégica del ejército de su país, mientras que sus subordinados se encargarían de hacer todo el trabajo sobre el terreno. El mariscal haría gala de una inteligencia formidable en la dirección de las operaciones militares serbias. El I, II y III Ejército serbios, de reducidas dimensiones, se enfrentaron a los 270.000 hombres acumulados por el V y el VI Ejército austríaco con pocas ambiciones tácticas inmediatas aparte de resistir hasta que se produjera el triunfo de sus aliados rusos. El ejército serbio tenía reciente la experiencia de las guerras de los Balcanes, pero estaba muy mal equipado para un enfrentamiento a gran escala con una gran potencia.

Por orden de Conrad, el V Ejército austríaco cruzó la frontera del río Drina el día 12 de agosto. Los austríacos estaban decididos a resolver el asunto con rapidez y no vieron ningún problema en derrotar a sus débiles adversarios. Por eso no solo atacaron con la mitad de las fuerzas de que disponían, sino que, peor aún, se internaron en el abrupto territorio del oeste de Serbia, en vez de hacerlo por las llanuras del norte. Al principio Putnik quedó sorprendido ante el ataque, imaginando que no era más que una finta, pero enseguida se recuperó y envió refuerzos. La batalla que se desencadenó a continuación duró cuatro días y obligó a los austríacos a replegarse

tras sufrir unas 23.000 bajas, mientras que los serbios sufrieron unas 16.000. Las ofensivas a pequeña escala que llevaron a cabo los serbios en territorio austrohúngaro cosecharon un éxito notablemente menor, de modo que la siguiente acción importante se produjo el 7 de septiembre, cuando los austríacos lanzaron un ataque en doble dirección con el V y el VI Ejército al otro lado del Drina con el fin de obtener una cabeza de puente segura. Los combates fueron feroces, pues Putnik dispuso sus tropas, menos numerosas, lo mejor que pudo y lanzó diversos contraataques para frenar el avance de los austríacos. Los combates culminaron en otra batalla de cuatro días de duración en las montañas, marcada por una serie de cruentos ataques frontales por ambas partes. Al final los números acabaron por cantar y los serbios tuvieron que replegarse, de modo que se impuso la guerra de trincheras. Los serbios tenían en este terreno una tremenda desventaja: disponían de pocos cañones y carecían casi por completo de munición, de modo que los combates de artillería fueron notablemente desiguales.

Los austríacos volvieron a atacar el 5 de noviembre, cuando utilizaron su superioridad en materia de artillería para obligar a los serbios a retirarse. Los serbios se replegaron al principio lentamente, pero se recuperaron acortando el frente, aunque ello supusiera tener que abandonar su capital, Belgrado, donde los austríacos entraron el 2 de diciembre. Entre tanto, habían llegado a manos de los serbios pertrechos en forma de proyectiles de artillería, enviados por ingleses y franceses. Esta circunstancia reequilibró un poco la ecuación, sobre todo cuando el sagaz Putnik adivinó que los austríacos estaban poniéndose en una situación comprometida al adentrarse cada vez más en Serbia. Putnik se dio cuenta de que se le presentaba una oportunidad real, aunque posiblemente breve, de derrotar en toda regla a sus enemigos. El 3 de diciembre lanzó

un contraataque que en primer lugar chocó con el VI Ejército. Los resultados fueron espectaculares: el VI Ejército se deshizo y se retiró en el más completo desorden. En ese momento Putnik dirigió sus fuerzas contra el V Ejército, que también se vino abajo ante la presión a la que se veía sometido. Enfrentados a una derrota en toda regla, los ejércitos austríacos se retiraron a sus fronteras y el 15 de diciembre Belgrado fue reconquistada por los serbios. La campaña había sido un auténtico fracaso para los austríacos: no se había conseguido nada, miles de hombres habían muerto y los odiados serbios seguían pavoneándose al otro lado de la frontera, convirtiéndose en un verdadero faro para todas las minorías descontentas que había dentro de sus dominios. El Imperio Austrohúngaro se lanzó a la guerra con Serbia que tanto había ansiado en julio de 1914: distraído por la amenaza de los ejércitos rusos, no tuvo fuerzas suficientes para ganarla.

Tanto en el Frente Oriental propiamente dicho como en la atracción secundaria que supuso el conflicto con Serbia se pasó sencillamente por alto la tradicional pausa impuesta en anteriores campañas por el terrible poder del «General Invierno». Las tropas permanecieron en el campo, viviendo estoicamente en sus trincheras: en realidad no solo en el campo, sino también en las profundidades de los bosques, en lo alto de las montañas y en barricadas levantadas en torno a los lagos helados. Cuando las temperaturas cayeron en picado y empezó a nevar, las condiciones empeoraron hasta alcanzar cotas realmente inimaginables. Las líneas de comunicación empezaron a mostrar deficiencias y en el frente las raciones de alimentos básicos se hicieron a menudo escasísimas o simplemente desaparecieron por completo. Los soldados, desesperados, talaron los árboles para intentar conseguir algún atisbo de calor, aunque muchos hombres murieron congelados en sus puestos. Las condiciones reinantes en el Frente Occidental

eran bastante malas, pero eran mucho peores en el Frente Oriental, en la crudeza de un invierno continental, casi al límite de toda resistencia humana. En todas partes, las tropas de uno y otro bando mostraron un aguante tremendo: sabían que no iban a regresar a casa en la Navidad de 1914.

4

La guerra en el mar, 1914-1915

En mi opinión no es prudente poner en peligro los buques pesados de la Gran Flota en un intento de acelerar el fin de la Flota de Alta Mar, especialmente si ese peligro no viene de la propia Flota de Alta Mar, sino de las minas y los submarinos.[1]

Almirante sir John Jellicoe, buque *Iron Duke*, Gran Flota.

El poderío naval era un beneficio muy deseado a finales del siglo XIX. La posición de predominio ocupada por la Marina Real inglesa y las evidentes ventajas que confería al imperio británico eran innegables: la adquisición y el mantenimiento de colonias, la seguridad de paso del tráfico comercial, y la capacidad de desplegar tropas con rapidez en los puntos de conflicto más graves de todo el planeta. Sin un grado significativo de poderío naval las colonias de ultramar estarían siempre expuestas en tiempos de paz a ser capturadas por fuerzas marítimas superiores. El dominio naval de los ingleses se basaba en una armada desarrollada orgánicamente a partir de un comercio marítimo pujante, movido a su vez por la necesidad de mantener viva y de recoger la producción de las colonias de ultramar. A decir verdad las dificultades que comportaba la creación de una armada poderosa sin esos antecedentes eran enormes, pues una armada moderna requería una inversión considerable, no solo en las necesidades técnicas de la construcción y de la dotación de las naves de combate más modernas, sino también en el establecimiento de las infraestructuras de astilleros, puertos y bases navales. Los británicos sabían perfectamente cuáles eran los orígenes de su poderío y la Marina Real había adoptado el «criterio de las dos potencias», sumamente sencillo, pero eficaz, según el cual era preciso mantener en servicio un número de buques que fuera por lo

menos igual al que poseyeran en conjunto las dos potencias navales que ocupaban el segundo y el tercer puesto de la clasificación, normalmente Francia y Rusia.

El ascenso de Alemania a finales del siglo XIX supuso la aparición de un tercer gran adversario para Gran Bretaña. Los orígenes y los efectos de la dominación naval inglesa habían sido explicados por un historiador americano especializado en historia naval, Alfred Mahan, en su obra definitiva, *The Influence of Sea Power Upon History: 1660-1783*, toda una obra maestra, sumamente estimada por el káiser Guillermo II, que estaba encantado con la perspectiva de acrecentar el poderío militar de Alemania en ultramar por medio de una armada fuerte. La marina alemana había ido adquiriendo cada vez más fuerza, pero ese desarrollo conllevaba un proceso lento. Las deficiencias de la Marina Imperial habían sido puestas de relieve durante la guerra franco-prusiana, cuando, gracias a su superioridad, la flota francesa había bloqueado las grandes bases navales alemanas de Kiel y Wilhelmshaven. Los acorazados prusianos permanecieron amarrados en el puerto, con la estricta prohibición de dejarse ver. Completamente fuera de sí, un joven oficial manifestaba su frustración en los siguientes términos:

> El ejército nos reprochaba no atacar a ningún barco de la armada francesa cuando esta apareció repentinamente frente a Wilhelmshaven en su viaje de regreso a casa. Los jóvenes también estábamos indignados de que no nos dejaran lanzarnos contra el enemigo, pero esa cautela era correcta. Éramos tres buques acorazados frente a los ocho de ellos, y solo podíamos navegar a una velocidad máxima de diez nudos; y aunque el capitán Werner había hecho mucha publicidad del *König Wilhelm*, presentándolo como el buque más fuerte del mundo, eso no bastaba para compensar una superioridad de tres a uno. Ante la imposibilidad de llevar a cabo las reparaciones necesarias, habría cabido esperar la pérdida de toda nuestra flota, sin obtener a cambio fruto alguno. A los profanos también les resultaba difícil entender por qué no intentábamos por lo menos un ataque sorpresa. Sin embargo, un combate iniciado en el mar no puede in-

terrumpirse si el adversario goza de mayor velocidad. En cualquier caso se echó la culpa de su inactividad a la armada, y ni siquiera se nos permitió computar esos años como servicio de guerra.[2]

Subteniente Alfred Tirpitz, buque *König Wilhelm*, de la Marina Imperial.

Tras esta humillante debacle, la armada alemana fue dando tumbos, al no tener claro cuál era su objetivo: ¿La defensa costera? ¿Los asaltos corsarios a buques mercantes? ¿O existía realmente el compromiso necesario por parte de Alemania para convertirse en una gran potencia naval? Esta confusión continuó hasta la llegada de un nuevo secretario de Estado del Departamento de la Marina Imperial, el almirante Alfred Tirpitz, que asumió el puesto en 1897. Por aquel entonces Tirpitz mostraba una figura espléndida: hombre calvo, con una curiosísima barba, malhumorado, y al mismo tiempo capaz de ejercer un gran encanto y dotado de una capacidad de persuasión enorme. Durante toda su carrera estuvo movido por la convicción de que Alemania debía crear su propia armada en un plazo estrictamente definido.

Dos líneas de pensamiento estaban abriéndose paso por aquel entonces: la necesidad táctica de una armada de guerra, si queríamos ser una potencia naval y construir barcos con alguna finalidad; y la necesidad política de establecer una armada en defensa de los intereses marítimos de Alemania, que iban aumentando a un ritmo tan acelerado. A mí no me pareció nunca que la armada fuera una finalidad en sí misma, sino siempre una función de esos intereses marítimos. Si no tenía poderío naval, la posición de Alemania en el mundo se parecía a un molusco sin concha. La bandera debía seguir los pasos del comercio, como otros países habían visto antes de que nosotros nos diéramos cuenta.[3]

Almirante Alfred Tirpitz, secretario de Estado del Departamento de la Marina Imperial.

Estas ambiciones quedarían resumidas en la Ley Naval aprobada por el Reichstag en 1898. La nueva normativa preveía una armada de diecinueve acorazados (dos escuadrillas de ocho unidades, un buque insignia y dos buques de reserva), número que después fue doblado hasta alcanzar los treinta y ocho en la posterior Ley Naval de 1900. La justificación de esta medida la proporcionó la arrogante actuación de los bri-

tánicos, que detuvieron y registraron tres buques correo alemanes acusándolos de supuesto contrabando a favor de los bóers. La armada alemana encarnaría dos principios que complicarían bastante la posición de la Marina Real inglesa a comienzos del siglo XX. El primero era el de «flota de riesgo».

> Para proteger el comercio marítimo y las colonias en las actuales circunstancias solo existe un medio: Alemania debe disponer de una marina de guerra tan fuerte que hasta para el adversario que tenga el poderío marítimo más grande una guerra contra ella entrañe tales peligros que ponga en peligro su posición en el mundo. Para ello no es necesario que la marina de guerra alemana sea tan fuerte como la de la mayor potencia naval, pues una gran potencia naval, por principio, no estará en condiciones de concentrar todas sus fuerzas de ataque contra nosotros. Pero aunque lograra enfrentarse a nosotros con una considerable superioridad de fuerzas, la derrota de una armada alemana fuerte debilitaría tanto al enemigo que, a pesar de la victoria obtenida, su posición en el mundo ya no estaría asegurada por una flota adecuada.[4]
>
> Memorándum, Ley Naval, 1900.

Aunque no se mencionaba en ningún momento a la Marina Real, no cabía confusión alguna sobre la identidad de la «mayor potencia naval». Inglaterra tenía unas responsabilidades y unos compromisos muy grandes en todo el mundo y le habría resultado muy complicado reunir una flota superior para el momento decisivo escogido por la armada alemana. Los ingleses eran perfectamente conscientes de la amenaza alemana. El ritmo de la construcción de acorazados aumentó, fueron reservadas más escuadrillas para prestar servicio en aguas jurisdiccionales y, como hemos visto, la época del «espléndido aislamiento» llegó a su fin con la Entente Cordiale, en virtud de la cual el grueso de las responsabilidades navales en el Mediterráneo fue confiado a los franceses, al tiempo que la Fuerza Expedicionaria Británica se comprometía a luchar al lado de los franceses en lo que luego sería el Frente Occidental.

La Marina Real tenía también otros retos. La tecnología avanzaba y el modelo convencional de diseño de acorazados corría el riesgo de quedar obsoleto debido a los avances acumulativos realizados en el campo de la artillería y la propulsión. En el Almirantazgo, el primer lord del Mar, sir John Fisher, era el responsable de coordinar la respuesta de Gran Bretaña a esta situación amenazadora. Si su respuesta tardaba mucho en llegar, la Marina Real quedaría por detrás de sus competidores, pero dar un paso equivocado en el diseño de los nuevos acorazados supondría para ella perder varios años. Los ingleses tenían que ser los primeros en crearlo. Cuando aparecieron los diseños definitivos del prototipo que daría su nombre a toda una generación de grandes buques de guerra, el *Dreadnought*, supusieron efectivamente un paso hacia delante muy notable. El buque tipo *dreadnought* iba armado con diez cañones de doce pulgadas que permitían un fuego de costado con ocho piezas de doce pulgadas, tenía un blindaje equiparable en todo y por todo a los modelos convencionales, pero además era capaz de alcanzar la impresionante velocidad de doce nudos, al ser movido por los motores de turbina Parsons más modernos. Una vez que Fisher tomó su decisión, la ejecución del plan resultó asombrosa: el *Dreadnought* estaba ya en quilla el 2 de octubre de 1905, fue botado el 10 de febrero de 1906, realizó las pruebas de mar en octubre de 1906 y finalmente fue equipado y completado en diciembre de 1906. La carrera volvió a iniciarse a partir de cero, pero la Marina Real había logrado asegurarse una ventaja enorme. Mientras que otros países meditaban cómo reaccionar, en los astilleros británicos resonaban los ecos de los martillos y los remaches y la nueva generación de dreadnoughts tomaba cuerpo en los almacenes. Los alemanes iniciaron su propio programa de construcción de dreadnoughts en julio de 1907, pero los ingleses no solo habían conseguido una delantera im-

portantísima, sino que estaban decididos a aprovechar esa ventaja.

Una historia similar tuvo la otra gran innovación de Fisher, que además se convirtió en su gran pasión: el crucero de batalla. Se trataba de un tipo de buque completamente nuevo, provisto de un armamento principal de ocho cañones de doce pulgadas, aunque con el blindaje relativamente delgado de un crucero. En principio debía utilizarse para limpiar los mares de cualquier crucero con patente de corso que fuera incapaz de plantar cara y combatir o de huir. Para el primer lord del Mar, el verdadero futuro estaba en los cruceros acorazados más que en los dreadnoughts: creía que la velocidad era su blindaje. Esta idea se convertiría en su frase favorita y durante los años sucesivos Fisher haría constantemente campaña en pro de piezas de artillería mayores y de más velocidad, como queda patente en una carta dirigida al primer lord del Almirantazgo, Winston Churchill, en diciembre de 1911:

> ¡La principal aspiración debe ser la velocidad! ¡Esos locos suyos no se dan cuenta, andan siempre corriendo de aquí para allá para ver dónde pueden poner un poquito más de blindaje! ¡Para tener más seguridad! ¡No se entra en batalla para estar seguros! No, ¡se entra en batalla para atizar al otro primero en el ojo, de modo que no pueda verte! ¡Sí! Primero le atizas, le atizas bien fuerte y sigues atizándole. ¡Esa es la seguridad! ¿No devuelves el golpe? ¡Bueno, pues eso es el cañón mejorado de 13,5 pulgadas! ¡Entonces te importa un bledo si tienes el casco sucio o si haces agua porque un compartimento ha sido alcanzado por un torpedo, pues tienes un gran margen de velocidad en tu arca de Noé![5]
>
> Sir John Fisher, primer lord del Mar.

Pero la aparición de los cruceros de batalla alemanes supuso que estos barcos acabaran combatiendo entre sí, y la delgadez de su blindaje significaba que tanto un bando como otro asestara golpes que ninguno de los dos podía resistir. Un problema adicional era que su armamento pesado comportaba la tentación de incluirlos en la primera línea de combate. Los cruceros de batalla se convertirían en los grandes protagonistas de los enfrentamientos entre la armada británica y la ale-

mana y como tales la función prevista de esta clase de buques quedó comprometida, por lo que resultarían terriblemente vulnerables.

La carrera naval que se desarrolló entre 1906 y 1914 fue durísima. Tanto en Inglaterra como en Alemania se produjeron momentos de pánico naval que provocaron extravagantes aceleraciones de los programas de construcción. Las propuestas de «vacaciones navales», durante las cuales los dos bandos debían suspender las labores de construcción por algún tiempo, fracasaron debido a las suspicacias de unos y otros. Para los británicos la situación se complicó debido a la proliferación de dreadnoughts en proceso de construcción en todo el mundo, pero particularmente en el Mediterráneo, donde a la flota francesa de este tipo de buques no tardaría en sumarse durante los años sucesivos un conglomerado de dreadnoughts italianos, austríacos y turcos. Las combinaciones parecían infinitas y los costes ruinosos, pues aquellos barcos enormes eran la cota más alta a la que había llegado la tecnología moderna. Cada tipo sucesivo de acorazado traía consigo nuevas mejoras que hacían que fuera cada vez más lo que cada uno se jugaba. Puede que el tamaño no lo fuera todo, pero desde luego facilitaba la introducción de cañones más pesados, mejoraba la protección blindada y permitía la colocación de mejores motores. En solo ocho años el *Dreadnought* pasó de ser el dueño y señor de todo lo creado a quedar casi obsoleto debido a la llegada de los superdreadnoughts, que ya estaban en construcción en 1914.

En contraposición con la obsesión británica con los cañones y la velocidad, los alemanes concentraron sus esfuerzos en hacer que resultara casi imposible hundir sus barcos. El blindaje alemán era en general más grueso y cubría muchas más partes vitales del buque. Los navíos alemanes tenían además la ventaja de ser construidos para prestar servicio solo en el

mar del Norte y en el Atlántico Norte, de modo que para los breves períodos que iban a estar navegando, sus tripulaciones podían aguantar la incomodidad causada por el hacinamiento en el sollado y un elevado nivel de compartimentos y mamparos bajo cubierta. Semejante situación resultaba intolerable en los buques británicos y para sus tripulaciones obligados a actuar a escala global. Tirpitz explicaba su filosofía en los siguientes términos:

> Mientras un barco permanezca a flote, continúa teniendo cierto valor de combate y luego puede ser reparado fácilmente. Por consiguiente, el daño mortal infligido a la parte de un buque que está por debajo del agua es el objetivo último de un arma de ataque, y el incremento de la flotabilidad de la embarcación constituye el principal objetivo de las medidas de protección. En cuanto se aprobó la Ley Naval, hice que se abordara con la mayor meticulosidad esta cuestión de la flotabilidad. No tardamos en descubrir que debíamos experimentar con explosiones reales para conseguir suficiente experiencia. Como no podíamos sacrificar nuestros buques más modernos y tampoco podíamos extraer conclusiones adecuadas de los más viejos, construimos por separado una sección de un barco moderno y llevamos a cabo en ella una serie de explosiones experimentales con cabezas de torpedo, estudiando cuidadosamente cada vez el resultado. Ensayamos la posibilidad de atenuar la fuerza de la explosión haciendo que los gases explosivos estallaran en compartimentos vacíos sin encontrar resistencia alguna. Establecimos el tipo de acero más adecuado para las distintas partes estructurales, y además descubrimos que el efecto de la explosión era anulado si la obligábamos a pulverizar carbón en una cantidad considerable. Esto dio lugar a una disposición especial de una parte de los pañoles del carbón. Pudimos así hacer frente a la fuerza de la explosión, que de esta forma se vio atenuada, mediante una pared de acero cuidadosamente fabricada, que por fin salvaguardaba la seguridad del interior del buque. Este «mamparo de torpedo» se extendió de manera ininterrumpida a lo largo de todas las partes vitales de la embarcación. Estos experimentos, que continuaron a lo largo de muchos años, y en los que no dudamos en gastar millones, suministraron además información acerca del uso más adecuado de los materiales y de la construcción de las partes colindantes del buque. Además, toda la obra viva del barco estaba diseñada para la eventualidad de que no fuera posible localizar los efectos de la explosión, y de que recibiera varios impactos, etcétera; se dedicó un trabajo infinito a detalles tales como el sistema de bombeo o la posibilidad de devolver rápidamente a la vertical un barco escorado inundando determinados compartimentos. Por último abandonamos por completo la práctica de unir mediante puertas los compartimentos situados por debajo de la línea de

> flotación. La flotabilidad que se obtuvo mediante nuestro sistema superó la prueba. A diferencia de los barcos británicos, los nuestros eran prácticamente indestructibles.[6]
>
> Almirante Alfred von Tirpitz, secretario de Estado del Departamento Imperial de la Armada.

Las labores de construcción de los alemanes fueron observadas cuidadosamente por el Almirantazgo, que, sin embargo, tuvo poco tiempo para reaccionar y que además se hallaba limitado por factores físicos tales como, por ejemplo, las dimensiones de los diques secos que tenía a su disposición. Habría pocos ejemplos mejores que este de la importancia de una investigación minuciosa y de los preparativos para la ejecución práctica de la guerra en el mar. La diferencia de las características de los distintos dreadnoughts y cruceros de batalla definiría el carácter de los enfrentamientos entre la armada británica y la alemana durante la Gran Guerra. Una y otra vez los barcos británicos serían hundidos y se perderían para siempre, mientras que serían muchos más los buques alemanes seriamente dañados que se las arreglaran para regresar a puerto y volver otra vez a la lucha.

El dreadnought no fue la única innovación que cambió el aspecto tradicional de la guerra naval. La aparición del submarino práctico fue también trascendental, aunque en aquellos momentos ni uno ni otro bando apreciaba de verdad su potencial; en efecto, en la Marina Real algunos seguían considerándolo una especie de arma de guerra poco honesta. No obstante, no podía pasarse por alto y sus defensores más perspicaces empezaron a desarrollar diligentemente una sección de submarinos de la Marina Real que poco a poco fue mejorando sus características, sobre todo tras la aparición del torpedo de largo alcance. Esta situación reflejaba los desarrollos que habían tenido lugar en Alemania, cuyos U-Boote (*Unterseeboote*) seguían siendo considerados generalmente armas defensivas para ser usadas contra los barcos que inten-

taran imponer un bloqueo de proximidad. Una vez sumergido, el U-boot constituía una amenaza indetectable frente a la cual no se había desarrollado ninguna contramedida eficaz. Otra arma casi invisible era la mina, que suponía un medio defensivo muy potente contra todo tipo de embarcación, tanto si se empleaba para defender un determinado puerto como si se utilizaba para cortar el paso a toda una zona o a un pasillo marítimo en particular. No tardaron en desarrollarse métodos de dragado de minas, pero requerían mucho tiempo y resultaban muy peligrosos, especialmente en aguas hostiles. La libertad del mar del Norte en particular se vio muy pronto seriamente restringida en cuanto fue declarada la guerra.

Alemania acumuló también una formidable flota de destructores. Estos buques rápidos, provistos de armamento ligero, eran definidos originalmente como destructores de lanchas torpederas, pero en realidad ellos también iban armados con torpedos y, por consiguiente, constituían una poderosa amenaza para los imponentes dreadnoughts. Las diferentes armadas enseguida describieron que no podían hacerse a la mar sin una pantalla de destructores para protegerse de las actividades depredadoras de sus adversarios, o para amenazar a los dreadnoughts enemigos que intentaran torpedearlas a la mínima ocasión que se les presentara. La necesidad de mantener una escolta de destructores restringió severamente el movimiento potencial de las principales flotas, pues los destructores tenían una autonomía mucho más limitada que los grandes acorazados. A diferencia de las viejas flotas de barcos de vela que podían permanecer meses en el mar, las flotas modernas solo podían efectuar salidas breves de dos o tres días.

La amenaza conjunta que planteaban los submarinos, las minas y los destructores alemanes obligó a la Marina Real a tomar en 1912 la decisión secreta de abandonar cualquier idea de llevar a cabo un bloqueo de proximidad de los puertos ale-

manes. En su lugar se llevaría a cabo un bloqueo a distancia, cuya base estaría situada en el gran puerto natural de Scapa Flow, en las Orcadas. La intención de esta medida era utilizar la posición geográfica de Alemania en su contra bloqueando los más de treinta kilómetros de anchura del canal de la Mancha y el espacio de más de trescientos kilómetros existente entre las Orcadas y Noruega. De un plumazo Alemania quedaría excluida de todos los océanos del mundo. Solo permanecerían abiertos para ella el mar del Norte y el mar Báltico, a menos que el férreo control ejercido por la Marina Real pudiera ser mitigado por la fuerza.

En el momento del estallido de la guerra los buques desplegados por la Gran Flota británica eran veinte dreadnoughts, ocho acorazados predreadnoughts y solo cuatro cruceros de batalla (había otros tres estacionados en el Mediterráneo); frente a ella estaba la Flota de Alta Mar alemana, formada por trece dreadnoughts, dieciséis acorazados predreadnoughts y tres cruceros de batalla. Las dos armadas contaban con numerosas escuadrillas de cruceros, cruceros ligeros y las omnipresentes flotillas de destructores. La Flota del Canal británica contaba además con diecinueve acorazados predreadnoughts estacionados en Medway. Pero los ingleses tenían además una ventaja innegable: habían si los primeros en movilizar su flota. Un simulacro de movilización de toda la flota había culminado con la Revista de Spithead de 20 de julio de 1914. Tras la revista, aunque los distintos barcos se dispersaron y regresaron cada uno a su puerto de origen, el primer lord del Mar, el príncipe Luis de Battenberg, después de consultar con el primer lord del Almirantazgo, Winston Churchill, decidió suspender la dispersión de los reservistas a la espera de que se resolviera la crisis de julio, o de que comenzara la guerra. Esta

decisión simplificó mucho las cosas cuando se ordenó a la Gran Flota y a todas las demás unidades navales que se colocaran en su puesto de guerra.

El comandante en jefe de la Flota de Alta Mar alemana, escondida en Wilhelmshaven, era el almirante Friedrich von Ingenohl, que había recibido instrucciones claras sobre cuáles debían ser sus prioridades en la guerra que se avecinaba. Dichas órdenes procedían no del almirante Tirpitz, que, como secretario de Estado del Departamento de la Marina Imperial, se hallaba limitado a desempeñar un papel puramente administrativo, sin influencia en las decisiones operacionales. Reflejaban, antes bien, la política de cautela del propio káiser, que, a pesar de todo, se interesaba mucho por la flota que había creado, y del canciller, Bethmann-Hollweg, que consideraba que una flota intacta era un instrumento de negociación importante en unas hipotéticas conversaciones de paz. El ejército parecía satisfecho mientras la Flota de Alta Mar permaneciera intacta y protegiera la costa del Báltico de cualquier eventual desembarco inglés o ruso. En el fondo de este planteamiento timorato se ocultaba el concepto de «flota en potencia» (*fleet in being*), es decir, una flota lo bastante fuerte como para constituir una amenaza para la supremacía naval británica, pero que no la ponía a prueba en una gran batalla. De esta forma la flota alemana podía seguir amenazando las comunicaciones marítimas, desafiando el dominio de los mares que ostentaban los ingleses e impidiendo a Gran Bretaña ejercer su poderío naval. La Marina Real tendría que permanecer constantemente en guardia frente a la eventualidad de que la flota alemana saliera de Wilhelmshaven. Esta postura superficialmente atractiva —pues significaba no hacer nada— tenía un grave inconveniente que Tirpitz identificó con toda claridad.

> Era sencillamente absurdo mantener a la flota envuelta entre algodones. La «flota en potencia» tenía algún sentido para Inglaterra, pues su armada consiguió así su objetivo de dominar los mares. Pero ese principio carecería de sentido para Alemania, cuya meta debe ser mantener los mares libres y a su disposición. Además, no podemos permitir que la guerra evolucione y se convierta en una guerra de agotamiento, sino que debemos intentar abreviar las cosas. El prestigio mundial de los ingleses se basa principalmente en la creencia misma de que su armada es invencible. Una victoria alemana por mar, o incluso un triunfo dudoso de Inglaterra, infligiría la herida más grave a la posición de los ingleses. Cualquier incursión en el poderío naval británico haría resurgir la cuestión de la India, de Egipto y otras, privaría a Inglaterra de los demás aliados que necesitaría para conseguir nuestra derrota, y la inclinaría a favor de la paz. Inglaterra se daba cuenta del peligro y apreciaba nuestra fuerza, más de lo que la apreciábamos en nuestro país. Por eso dudaba si debía entrar o no en la guerra, y ese es el motivo de que, después de entrar en ella, evitara el combate. Durante el primer año nuestras perspectivas fueron buenas, y también después siguieron siendo tolerables. Incluso una batalla por mar desfavorable no habría empeorado materialmente nuestras perspectivas. Cabría suponer sin miedo a equivocarnos que las pérdidas del enemigo serían tan grandes como las nuestras. En realidad, nada de lo que pudiera ocurrirle a nuestra flota podría ser peor que mantenerla ociosa.[7]
>
> Almirante Alfred Tirpitz, secretario de Estado
> del Departamento de la Marina Imperial.

A pesar de todos sus esfuerzos, más aún, a pesar de los grandes sacrificios financieros y políticos hechos desde 1898, ahora que realmente se hallaba en guerra, la marina alemana era una vez más una mera espectadora; lo mismo que en 1870.

El comandante en jefe de la Gran Flota inglesa que debía hacer frente a la alemana a lo largo del mar del Norte era el almirante sir John Jellicoe. Nacido en 1859, Jellicoe había ingresado en la marina como cadete a los doce años. Se convirtió en artillero especializado, ganándose la aprobación de Fisher y un rápido ascenso. Había prestado servicio activo en la rebelión de los bóxers y había resultado gravemente herido en el pulmón izquierdo cuando intentaba socorrer al personal de la embajada europea sitiada en Pekín. Cuando se recuperó, prestó servicio en varios puestos relevantes en el mar y en el estado mayor, demostrando siempre una notable capacidad

para realizar trabajos duros y un gran rigor lógico a la hora de abordar cualquier problema que le plantearan. Sus evidentes aptitudes, combinadas con el éxito en los ejercicios navales realizados en 1913, lo marcarían para obtener más adelante el mando de la Gran Flota. Cuando estalló la guerra, a pesar de sus protestas desesperadas, inmediatamente recibió la orden de sustituir al titular del cargo, el almirante sir George Callaghan, considerado demasiado viejo para soportar la tensión de un puesto de mando en tiempos de guerra.

Al principio los ingleses se encontraron ante un dilema, pues aunque la base de la Gran Flota estaba teóricamente en Scapa Flow, ese puerto carecía de defensas de todo tipo y por lo tanto se hallaba expuesto a un ataque fatal por sorpresa con submarinos. En efecto, la flota estaba más segura en el mar, protegida por una pantalla de destructores, que calentando el asiento como gallinas cluecas en un puerto al alcance de los U-Boote más modernos de la marina alemana. Por consiguiente la Gran Flota se pasó buena parte del tiempo navegando por el mar del Norte y realizando mientras tanto el otro papel que tenía encomendado, a saber, cubrir la seguridad del traslado de la BEF al otro lado del Canal. La misión logró llevarse a cabo y la BEF debería en realidad a la armada el inmenso favor de poder mantener los contactos entre uno y otro lado del Canal sin grandes contratiempos durante toda la guerra.

La primera gran acción de la guerra por mar tuvo lugar en la batalla de la bahía de Heligoland, el 26 de agosto de 1914. El enfrentamiento tuvo su origen en el deseo del comodoro Reginald Tyrwhitt, de la Fuerza Harwich, de lanzar un ataque sorpresa contra las patrullas de destructores alemanes frente a las islas de Heligoland conjuntamente con una fuerza de submarinos al mando del comodoro Roger Keyes. Jellicoe no estaba demasiado entusiasmado con semejante operación,

intrínsecamente arriesgada, pero el Almirantazgo dio su aprobación a los planes, permitiendo solo que se destacara el 1.er Escuadrón de Cruceros de Batalla al mando del vicealmirante sir David Beatty, encargada de prestar cierto grado de apoyo. La situación se volvió sumamente caótica, pues la falta de un trabajo adecuado del estado mayor significó que la generalidad de las fuerzas británicas no supieran con exactitud quién estaba en el mar, de modo que las posibilidades de desastre eran enormes. La confusión marcó todo el desarrollo de los combates cuando Tyrwhitt, a bordo del crucero ligero *Arethusa*, condujo a la Fuerza Harwich a la bahía de Heligoland.

> Nuestros cruceros de batalla estaban desperdigados e hicieron poderosos intentos de hundir una escuadrilla de nuestros propios submarinos. Nuestros cruceros ligeros, enviados en su ayuda, fueron confundidos en dos ocasiones con el enemigo al ser avistados por nuestros destructores. En un caso, dos de nuestros cruceros ligeros emprendieron la persecución de dos de nuestros destructores de lanchas torpederas lanzándose a toda velocidad hacia el oeste, suponiendo unos y otros que eran enemigos. Bloquearon el aire con la radio en el preciso instante en que el *Arethusa* y sus destructores eran arrollados por unas fuerzas superiores.[8]
>
> Capitán de fragata Reginald Drax, buque *Lion* de la Marina de Su Majestad, 1.er Escuadrón de Cruceros de Batalla.

A continuación se produjeron incesantes luchas cuando los alemanes se retiraron antes de caer en su propia trampa debido a la aparición en medio de la niebla de una poderosa fuerza de cruceros ligeros. Entonces, cuando todo parecía perdido, Beatty y sus cruceros de batalla llegaron a toda velocidad y arrollaron a las fuerzas alemanas, a todas luces inferiores, hundiendo tres cruceros ligeros y un destructor. Aunque el *Arethusa* sufriera graves daños, los ingleses tuvieron solo 75 bajas, frente a las cerca de 1.200 de los alemanes. El previsible desastre se convirtió en un triunfo significativo que permitió disimular la indiscutible locura de los planes y la ineptitud ya endémica en el terreno del mando y del control de las operaciones.

Sería la única buena noticia que recibieran los ingleses durante algún tiempo. Pese a no tener que arrostrar el peligro de mantener un bloqueo de proximidad, siguieron sufriendo constantes pérdidas demoledoras a manos de los submarinos y las minas alemanes. Bien es cierto, sin embargo, que las condiciones de vida de los tripulantes de los U-Boote los obligaban a enfrentarse a una verdadera tortura. Tenemos un testimonio muy revelador de la situación en el relato que nos ha dejado el teniente Johannes Speiss, oficial a bordo del *U-9*, al mando del capitán Otto Weddigen.

> Más delante, en el casco de presión, que era cilíndrico, estaba la sala de torpedos de proa, que contenía dos tubos lanzatorpedos y dos torpedos de reserva. Más a popa, estaba el camarote de los suboficiales, que contenía solo pequeñas literas y era particularmente húmeda y fría. Luego estaba la cabina del oficial al mando, equipada solo con una pequeña litera y un ropero, sin que hubiera escritorio. Siempre que había que cargar un torpedo a proa o que era preciso preparar el tubo para un lanzamiento, teníamos que despejar las dos cabinas. Las literas y los roperos tenían que ser trasladados al camarote contiguo de los oficiales, tarea que no tenía nada de fácil debido a la falta de espacio de este último compartimento. Para vivir en el camarote de oficiales se requería cierto grado de discreción. La litera del oficial de vigilancia era tan pequeña que el hombre no podía ni tumbarse boca arriba. Se veía obligado a acostarse de lado y luego, empotrado entre el mamparo a la derecha y el ropero a la izquierda, tenía que permanecer allí pegado y adaptarse a los movimientos del barco durante la travesía. En el lado de babor del compartimento de oficiales estaba la litera del maquinista jefe, mientras que el centro del camarote servía de pasillo para cruzar el barco. A cada lado había un pequeño travesaño acolchado en medio del cual podía introducirse una mesa plegable. Dos sillas de campaña plegables completaban el mobiliario. Mientras el oficial al mando, el oficial vigía y el maquinista jefe comían, los hombres tenían que ir por el barco de un lado a otro, y cada vez que pasaba alguno era preciso plegar la mesa. Más a popa, el espacio destinado a la tripulación estaba separado del compartimento de los oficiales por un mamparo hermético provisto de una puerta redonda igualmente de cierre hermético para poder pasar. En un lado del espacio destinado a la tripulación había un pequeño hornillo eléctrico que supuestamente debía servir para cocinar, pero el quemador y el horno eléctrico provocaban cortocircuitos cada vez que alguien intentaba usarlos. Las comidas se preparaban siempre en cubierta. Para este fin disponíamos de un pequeño infiernillo de petróleo. Tenía la ventaja particular de poderse utilizar incluso con viento fuerte. La sección reservada a la tripulación tenía literas solo para una parte de sus integrantes; el resto dormía en hamacas cuando no estaban de guardia o a

bordo del buque nodriza mientras estaban en el puerto. Los espacios vitales no tenían revestimiento de madera. Como la temperatura en el interior del barco era considerablemente más alta que la del agua del exterior, la humedad del aire se condensaba en las planchas de acero del casco; la humedad condensada goteaba de una forma muy desconcertante sobre la cara de quien estuviera durmiendo a cada movimiento que hiciera la embarcación. En realidad era como un sótano húmedo. Desde el punto de vista higiénico los dormitorios dejaban mucho que desear; al despertar por la mañana teníamos todos las narices llenas de mocos y lo que llamábamos «resaca».[9]

Teniente Johannes Speiss, *U-9*.

El océano era enorme y para los submarinos, limitados por su lentitud, el éxito en el mar era muchas veces cuestión de suerte. Para un capitán era fundamental sacar el mayor provecho posible de las pocas oportunidades que se le presentaran. El teniente de navío Otto Weddigen, al mando del *U-9*, desde luego aprovechó al máximo su buena suerte cuando el 22 de septiembre de 1914 se dio de manos a boca con tres cruceros acorazados obsoletos, el *Aboukir*, el *Cressy* y el *Hogue*, que patrullaban en fila frente a la costa holandesa.

Solté uno de mis torpedos de la parte media del barco. Estaba entonces a unos cuatro metros bajo el agua, y conseguí que el disparo saliera bien, llevando mis hombres el barco como si fuera una lancha. Trepé a la superficie para echar un vistazo por el telescopio y ver el efecto causado. Comprobé que el tiro había ido directo al objetivo y había sido certero, y que había dado en el barco que, según pude enterarme más tarde, era el *Aboukir*, bajo uno de los polvorines, que, al explotar, incrementó la capacidad de destrucción del torpedo. Se produjo una vía de agua, una nube de humo, un destello de fuego, y parte del crucero saltó por los aires. Luego escuché un estruendo y sentí a través del agua las reverberaciones que había producido el torpedo. El barco se había partido en dos y se hundió en unos pocos minutos. Me sumergí de inmediato. Pero había permanecido arriba lo suficiente para ver a los otros cruceros, que, como supe más tarde, eran el *Cressy* y el *Hogue*, dar la vuelta y acudir a toda máquina a socorrer a su hermano moribundo, cuya situación no podían entender, a menos que se tratara de un accidente. Cuando alcancé mi profundidad de torpedo lancé otra carga contra el más próximo de los barcos que venían acercándose, que era el *Hogue*. Los ingleses estaban haciéndome el juego, pues prácticamente no tenía que moverme de mi sitio, lo que suponía una gran ayuda, pues permitía que no me detectaran. El ataque contra el *Hogue* salió bien. Pero en esta ocasión no tuve la ventajosa ayuda de que el torpedo estallara justamente debajo del polvorín, de modo que durante veinte minutos el *Hogue* permaneció herido y desamparado en la superficie hasta que empezó a cabecear, medio volcó y se hundió.

> Por supuesto, en ese momento el tercer crucero sabía que el enemigo iba a por él, de modo que se puso a avanzar en zigzag, lo cual me obligó a acercarme al *Cressy*. Cuando llegué a la distancia adecuada lancé mi tercer ataque. Esta vez disparé un segundo torpedo tras el primero para que el golpe fuera dos veces certero. Mis tripulantes apuntaban como si fueran tiradores de precisión y los dos torpedos fueron directos al blanco. La suerte estuvo otra vez de mi parte, pues el enemigo quedó inutilizado y al punto empezó a hundirse por la proa. Luego la nave se escoró, pero los hombres permanecieron todo el tiempo junto a los cañones buscando a su enemigo invisible. Finalmente sufrió una explosión de la caldera que hizo que volcara completamente. Se mantuvo a flote con la quilla hacia arriba hasta que el aire se escapó por debajo y entonces se hundió haciendo un ruido estruendoso, como si fuera un animal herido.[10]
>
> Teniente de navío Otto Weddigen, *U-9*.

La secuencia de los acontecimientos y la forma en la que el *Aboukir*, el *Hogue* y el *Cressy* fueron eliminados uno tras otro, tuvieron algo de absurdo, pero aunque los cruceros en sí mismos tuvieran poco valor desde el punto de vista militar debido a su obsolescencia, el coste del incidente en vidas humanas fue espantoso, con la pérdida de 1.459 hombres.

Pocos días después, el 27 de octubre, el dreadnought *Audacious* fue hundido por una mina frente a las costas de Irlanda. Por fortuna el hundimiento se produjo con lentitud y las bajas fueron mínimas, pero la pérdida de aquel dreadnought moderno supuso un golpe terrible; de hecho, el Almirantazgo hizo toda clase de esfuerzos para ocultárselo a los alemanes. La existencia de otras obligaciones y la necesidad de efectuar reparaciones hicieron que la ventaja de la Gran Flota quedara reducida a solo tres dreadnoughts y que el número de los cruceros de batalla y de los destructores disponibles fuera inferior al del enemigo. Si la Flota de Alta Mar hubiera escogido ese momento, si Von Ingenohl hubiera seguido las políticas audaces propugnadas por Tirpitz, en vez de escuchar la voz de la cautela, seguramente habría podido enfrentarse a mar abierto a la Gran Flota en condiciones de igualdad.

En ese momento Jellicoe tenía ya sus nuevas responsabilidades por la mano. Aunque el pueblo británico había esperado con entusiasmo que se produjera una gran batalla naval a los pocos días de la declaración de la guerra, Jellicoe era consciente de que los alemanes iban a limitarse a esperar a que las pérdidas sufridas por la Gran Flota la desgastaran hasta quedar a su mismo nivel; y él no tenía ninguna intención de caer en una trampa tan evidente.

> La experiencia que hemos acumulado acerca de los métodos alemanes desde el comienzo de la guerra hace posible y deseable a la vez tener en cuenta el modo en que es más probable que se utilicen tácticamente esos métodos en una acción de la flota. Los alemanes han demostrado que se apoyan en muy gran medida en los submarinos, las minas y los torpedos, y no cabe duda alguna de que intentarán hacer pleno uso de esas armas en una acción de la flota, en especial por cuanto realmente poseen una superioridad innegable sobre nosotros en ese campo en concreto. Por consiguiente se hace necesario tener en cuenta nuestros métodos tácticos en relación con estas formas de ataque. En primer lugar, es evidente que los alemanes no pueden tener la certeza de contar con la presencia de toda su provisión de submarinos y buques minadores en una acción naval, a menos que la batalla se libre en aguas escogidas por ellos y en la zona meridional del mar del Norte. Además la aviación solo podría intervenir en la acción en esta zona. Mi objetivo será por tanto librar la acción naval en la parte septentrional del mar del Norte.[11]
>
> Almirante sir John Jellicoe, buque *Iron Duke*, Gran Flota.

Jellicoe esbozaba también el enfoque táctico cauteloso que pensaba adoptar en cualquier batalla. A decir verdad, no quería arriesgarse a arrojar por la borda la ventaja naval a escala global que tenía Gran Bretaña por un poco de gloria personal en un solo combate.

> Por ejemplo, si la flota de guerra enemiga se retirara ante el avance de otra, yo supondría que su intención era conducirnos a una zona de minas y submarinos, y no me dejaría arrastrar. Deseo particularmente llamar la atención de sus señorías sobre este punto, pues quizá se considere que no quiero presentar batalla, y de hecho lo más probable es que todo acabara en que no lográramos inducir al enemigo a entrar en acción tan pronto como esperaríamos y desearíamos. Semejante resultado sería de todo punto contrario al sentir de todos los oficiales y los hombres de la marina británica, pero ante unos métodos de guerra nuevos y no ensayados hay que inventar nuevas tácticas para hacerles frente. Creo que tales tácticas, si no se entienden, quizá atraigan mucho odio sobre mi

persona, pero mientras cuente con la confianza de sus señorías, tengo la intención de seguir la que, en mi opinión debidamente ponderada, es la vía más adecuada hacia la derrota y aniquilación de la flota de guerra enemiga, haciendo caso omiso de las opiniones y críticas no informadas. La situación es muy difícil. Cabe dentro de los límites de lo posible que la mitad de nuestra flota de guerra quede inutilizada por los ataques submarinos antes de que los cañones abran fuego si se da cualquier paso en falso, y pienso que debo tener siempre presente la enorme posibilidad de que se produzca un ataque de ese estilo, y que debo estar preparado tácticamente para impedir que salga bien.[12]

Almirante sir John Jellicoe, buque *Iron Duke*, Gran Flota.

Este planteamiento cauteloso recibió el pleno apoyo del Almirantazgo el 7 de noviembre de 1914. La precaución de Jellicoe pone de manifiesto que la frustración de Tirpitz ante la inactividad de la Flota de Alta Mar estaba más que justificada: en efecto, los ingleses temían las consecuencias de una batalla campal a menos que se librara con ventaja para ellos y en unas circunstancias estrictamente controladas por ellos. Mientras tanto, los británicos utilizaron una poderosa combinación de campos de minas, destructores y acorazados predreadnoughts de la Flota del Canal con base en el Medway, que bloqueaba eficazmente el canal de la Mancha. La Flota de Alta Mar alemana quedaría confinada al mar del Norte; en consecuencia esta zona se convertiría en un área de aguas disputadas, sin que ningún bando consiguiera ejercer un verdadero dominio sobre ella. Pero el resto de los océanos del mundo seguirían siendo relativamente seguros para el comercio y las expediciones militares de los ingleses, excepto por los actos de depredación que pudieran hacer los barcos corsarios alemanes. En vista de semejante situación, muchos oficiales británicos se mostraron sorprendidos ante la que consideraron actitud pasiva de la marina alemana.

Cuando el adversario está muy tranquilo, se siente uno siempre inclinado a pensar que tiene preparado un plan muy profundamente meditado y eso es lo que nos pasa ahora a nosotros. Nunca llegamos a figurarnos que la flota de guerra alemana vaya a salir hasta haber conseguido reducir en parte nuestra superioridad, pero lo que sí nos imaginamos es que insistan en efectuar ataques con destructores, submarinos y minas con todas sus fuerzas, y que lleven a cabo

> un agresión muy resuelta contra nuestro comercio durante los primeros días de la guerra, pero parece que los intentos realizados en todas estas direcciones han sido muy tímidos. Por ejemplo, habría cabido pensar que enviaran al Atlántico sus cruceros de batalla porque, hasta que lo descubriéramos, habrían creado un buen problema, pues ninguno de los cruceros que tenemos para protección del comercio habría podido hostilizarlos ni huir de ellos. Incluso una vez descubiertos, nuestros cruceros de batalla habrían tardado algún tiempo en darles caza.[13]
>
> Capitán de fragata Dudley Pound, buque *St. Vincent*, Gran Flota.

Aunque en algún momento llegaron a considerar una operación semejante, los alemanes no estaban dispuestos a sacrificar sus cruceros de batalla y sus tripulantes en una aventura tan especulativa. Esperarían a que los ingleses hicieran alguna estupidez.

A falta de grandes acciones navales y con un constante goteo de pérdidas, los ánimos de la Marina Real estaban un poco abatidos en aquellos momentos de la guerra. La desmoralización se vio exacerbada por las dificultadas encontradas con los barcos corsarios alemanes, los cruceros ligeros *Dresden*, *Leipzig* y *Karlsruhe*, y por la amenaza del Escuadrón de Cruceros de Asia Oriental, al mando del ingenioso vicealmirante Maximilian von Spee, formado por dos cruceros acorazados, el *Scharnhorst* y el *Gneisenau*, acompañados por los cruceros ligeros *Nürnberg*, *Emden*, *Leipzig* y *Dresden*. Con la ayuda de una colección de barcos carboneros y de abastecimiento, estos buques causarían estragos en todo el océano Pacífico durante varios meses, hostigando el tráfico marítimo y amenazando los convoyes de tropas enviados desde Australia y Nueva Zelanda. Las hazañas por separado del *Emden*, en particular, se convirtieron en materia de leyenda antes de su hundimiento por el *Sydney* en las islas Cocos el 9 de noviembre de 1914. Pero el mayor triunfo de Von Spee se produjo cuando se enfrentó al escuadrón británico de América del Sur (formado por los cruceros acorazados, *Good Hope* y *Monmouth*, el crucero ligero *Glasgow* y el crucero auxiliar *Otranto*),

al mando del contraalmirante sir Christopher Craddock, en la batalla de Coronel, frente a las costas de Chile, el 1 de noviembre de 1914. Los comunicados del Almirantazgo indujeron a Craddock a tomar una serie de decisiones precipitadas, buscando el enfrentamiento con un escuadrón alemán que a todas luces era más fuerte y más capaz, una vez producido el contacto, de utilizar su superioridad en materia de velocidad y armamento. El enfrentamiento sería muy breve. En su impotencia, Craddock intentó acercarse para que sus barcos, peor armados, tuvieran una mínima posibilidad de infligir daños al adversario, pero todo fue en vano, como observó el teniente Knoop desde el *Scharnhorst*.

> En la mayor parte de los casos el impacto de una bomba detonante venía seguido de un incendio. Observé en dos ocasiones lo que pensé que era una explosión de la munición. Las llamas prendían de inmediato en cuanto explotaban las bombas detonantes y los incendios que provocaban podían diferenciarse de cualquier otro por sus dimensiones y su perfil. Algunos impactos, probablemente sobre cubierta, lanzaban surtidores de chispas por una zona amplísima. Cuando el objeto del impacto era el blindaje, se observaban nubes negras de contornos muy nítidos. Los impactos eran tan frecuentes que resultaba imposible anotarlos en orden cronológico. El *Good Hope* recibió varios impactos graves en la proa, en el puente superior, en el mástil a unos nueve metros del puente, en la parte posterior del tope, siendo alcanzado también repetidamente en la parte central del buque, con el consiguiente estallido de incendios. La batería de popa fue alcanzada varias veces y se desencadenaron los consabidos incendios. Las llamas del interior del buque podían verse a través de las portillas. Dos proyectiles alcanzaron el barco cerca de la torreta de popa. El *Monmouth* fue alcanzado en la torreta de proa de las piezas de seis pulgadas. La bomba detonante hizo saltar la techumbre por los aires. Una terrible explosión de cargas debió de volar entonces toda la torreta del castillo de proa, pues desapareció por completo. Observé que muchas bombas daban en la parte central del buque. Una gigantesca columna de humo, casi tan alta como el mástil y de casi veinte o treinta metros de ancho, se levantó de repente por la banda de estribor. En total se contaron entre treinta y cuarenta impactos. A veces había tres o cuatro incendios ardiendo simultáneamente.[14]
>
> Teniente Ernst Knoop, buque *Scharnhorst*,
> Escuadrón de Cruceros de Asia Oriental de la Marina Imperial.

Fue una batalla cruel en la que fueron hundidos el *Good Hope* y el *Monmouth*, con la pérdida de todos sus tripulantes. Al *Otranto* le dijeron de inmediato que se diera a la fuga, mientras que el *Glasgow* tuvo suerte y escapó de la quema sufriendo solo algunos daños menores. La batalla de Coronel puso de manifiesto las brutales consecuencias de una batalla naval desigual. Pero también Von Spee estaba condenado al fracaso. Consciente de que tenía pocas posibilidades de regresar a Alemania, consideró su deber maximizar los daños que pudiera infligir al enemigo antes de que se produjera la inevitable venganza de los ingleses. No tardaría mucho en llegar.

En el Almirantazgo, el primer lord del Mar, el príncipe Luis de Battenberg, había sufrido constantes ataques de la prensa populista debido a su ascendencia alemana y había sido sustituido por sir John Fisher, el viejo polemista y padre del *Dreadnought*. Semejante elección se revelaría desastrosa; en Fisher se daba una mezcla confusa de irracionalidad, precipitación y una incapacidad cada vez mayor, a sus setenta y tres años, de mantener una línea coherente de pensamiento, lo que comportaba que no supiera resistir los disparatados estallidos de entusiasmo de su belicoso primer lord, sir Winston Churchill. Al final caerían los dos juntos, al quedar empantanados en el desastre de las campañas de Galípoli de 1915. Pero en esta primera crisis Fisher contó con el beneplácito de todos: su lema era la acción y, haciendo caso omiso de las protestas de Jellicoe, envió no ya uno ni dos, sino tres cruceros de batalla en persecución de Von Spee. El *Princess Royal* fue obligado a abandonar la Gran Flota para proteger las Indias Occidentales, mientras que el *Invincible* y el *Inflexible* fueron desplazados del Mediterráneo al Atlántico Sur al mando del vicealmirante Doveton Sturdee. Allí, en compañía de otros tres cruceros acorazados (el *Carnarvon*, el *Cornwall* y el *Kent*) y de tres cruceros ligeros (el *Glasgow* y el *Bristol*), se dirigieron

al encuentro de un viejo buque anterior a los dreadnoughts, el *Canopus*, en Port Stanley, en las Malvinas, donde llegaron a primera hora de la mañana del 8 de diciembre de 1914. Allí se encontraban cargando diligentemente carbón cuando llegó Von Spee decidido a destruir las instalaciones del puerto y cualquier barco que encontrara en ellas. Por un momento, aquella quizá fuera teóricamente la oportunidad del *Scharnhorst* y del *Gneisenau* de apoderarse de los buques británicos indefensos en el puerto, pero el *Canopus*, que estaba allí fondeado, disparó una salva de largo alcance de bombas de 12 pulgadas que, como es natural, sembraron el pánico entre los alemanes, que podían divisar ya los característicos mástiles sobre trípode de los cruceros de batalla. Una vez debidamente organizados, aparecieron los buques ingleses dispuestos a emprender una durísima persecución. La diferencia de velocidad entre unos buques y otros era tal que solo era cuestión de tiempo que los alemanes fueran cazados uno tras otro y destruidos.

> Fue una píldora muy dura de tragar. Nos atragantamos un poco, la garganta se contrajo y se puso rígida, pues aquello suponía un forcejeo a vida o muerte, o mejor un combate que acabaría con una muerte honrosa. La vieja ley de la guerra en el mar, que establece que los barcos menos poderosos y menos veloces son vencidos cuando se hallan en mar abierto y con buen tiempo, iba a cumplirse una vez más en nuestro caso. Habría sido totalmente absurdo abrigar la menor ilusión en este sentido; no había a la vista ni una nube que presagiara mal tiempo, ni un retazo de niebla que echara sobre nosotros su benéfico manto y nos ocultara de la vista del enemigo.[15]
>
> Capitán de fragata Hans Pochhammer, buque *Gneisenau*,
> Escuadrón de Cruceros de Asia Oriental de la Marina Imperial.

Durante la batalla que se desencadenó a continuación, Von Spee jugó las pocas cartas que tenía lo mejor que pudo. Dio permiso a sus cruceros ligeros más veloces para que intentaran escapar por su cuenta. Mientras tanto, como le ocurriera anteriormente a Craddock, se esforzó cuanto pudo por acercarse

para que sus cañones de 8,2 pulgadas causaran algún daño a los imponentes cruceros de batalla. Pero todo fue inútil y sus dos buques fueron rápidamente hechos trizas.

> Cuando pasamos ante el *Scharnhorst* nos dimos cuenta de que se escoraba un poco más de lo que era habitual por la parte de babor. Había un gran agujero en la proa y otro parecido en el alcázar. Salía mucho humo del barco y en su interior eran visibles las llamas a través de los agujeros abiertos por las bombas y desde las portillas. Pero su artillería tronaba sin cesar; las baterías de estribor habían entrado en acción y trajeron nuevas fuerzas a la refriega. Pero daba la impresión de que su suerte estaba echada. Se movía con más lentitud en el agua y sufría muchísimo bajo la granizada de bombas enemigas que estaba cayéndole. El almirante debió de pensar que su barco se acercaba a su fin. Del mismo modo que antes había sacrificado a sus cruceros acorazados para salvar a los ligeros, ahora se disponía a sacrificar al *Scharnhorst* para salvar al *Gneisenau*. Resuelto a aprovechar hasta el más mínimo de sus recursos y a combatir mientras pudiera seguir a flote, y de esta forma facilitar la escapatoria de nuestra embarcación, giró alrededor del enemigo por la banda de estribor con la esperanza de causarle algún daño disparando torpedos. El agua llegaba ya a la parte delantera de la cubierta superior. Había incendios en la proa y en la popa, pero la bandera del almirante seguía ondeando con orgullo en el palo del trinquete, lo mismo que las banderas de combate en el de mesana y en las vergas. El *Scharnhorst* fue escorándose lentamente hacia babor, y la proa fue sumergiéndose cada vez más. La torreta de proa estaba apenas a dos metros por encima de la superficie del agua cuando disparó su último proyectil. Luego las hélices se pusieron a girar en el aire y el barco se deslizó rápidamente hacia el abismo.[16]
>
> Capitán de fragata Hans Pochhammer, buque *Gneisenau*,
> Escuadrón de Cruceros de Asia Oriental de la Marina Imperial.

El *Scharnhorst* se fue a pique con su gallardo almirante y toda la tripulación. Luego le tocó el turno al *Gneisenau*.

> Noté que el barco cedía bajo mis pies. Escuché el estruendo y la impetuosidad del agua acercándose cada vez más, y se apoderó de mí la idea de que iba a tener mucho frío. Cuando la cubierta superior quedó sumergida, la velocidad a la que el barco iba volcando disminuyó algo, debido a la resistencia creada, y luego el barco continuó girando sobre su eje. El agua empezó a entrar por un rincón del puente, llegó hasta mí y hasta los que estaban a mi lado y nos arrojó al suelo, en un movimiento que yo aceleré involuntariamente al dar un violento manotazo. Me vi arrastrado por un torbellino hacia el abismo. El agua se arremolinaba y murmuraba a mi alrededor y zumbaba en mis oídos. Pero antes incluso de quedarme sin aire en los pulmones noté como si me empujaran hacia lo alto unas manos invisibles. Abrí los ojos y me di cuenta de que había luz. «¡Tranquilo!», me dije y luego empecé a nadar. Salí a la superficie. El mar subía y bajaba. El oleaje se debía en parte al viento, que debió de arreciar a última

hora de la tarde, y en parte al desplazamiento del agua provocado por el vuelco de nuestra nave. Esta vi que se encontraba a unos cien metros de distancia, con la quilla al aire. La pintura roja de su parte inferior lanzaba destellos al sol del atardecer.[17]

Capitán de fragata Hans Pochhammer, buque *Gneisenau*, Escuadrón de Cruceros de Asia Oriental de la Marina Imperial.

Al final Pochhammer y unos doscientos hombres se salvaron del *Gneisenau*. Los cruceros ligeros *Nürnberg* y *Leipzig* también fueron alcanzados y hundidos, aunque el *Dresden* logró escapar, para finalmente ser hundido por el *Glasgow*, sediento de venganza, el 14 de marzo de 1915. La batalla de las Malvinas tuvo poca importancia, aparte de que supusiera una reparación del daño a su reputación sufrido un mes antes por la Marina Real en la batalla de Coronel. En cierto modo, el almirante Von Spee y sus hombres estaban ya condenados al fracaso desde el momento en que emprendieron su misión: lejos de su base, con unos recursos limitados, y surcando unos mares plagados de enemigos a su alrededor. Su actuación fue un tributo al espíritu que había sido engendrado en el seno de la marina alemana.

Mientras tanto, ante la evidente ausencia de cruceros de batalla ingleses, que habían salido a la caza de Von Spee, Von Ingenohl se vio tentado a lanzar una serie de incursiones en la costa este de Gran Bretaña. Estos ataques tenían por objeto provocar una respuesta precipitada de los ingleses que le diera la ocasión de aislar y destruir algunos elementos de la Gran Flota. Desde el mes de octubre, el 1.er Escuadrón de Cruceros de Batalla de Beatty había permanecido en su base de Cromarty, al norte de Escocia, de modo que era el candidato más plausible a sufrir una emboscada de los alemanes. Pero los británicos tenían una ventaja teórica enorme en este juego del gato y el ratón. Sin que los alemanes lo supieran, los códigos secretos de su marina habían sido entregados al Almirantazgo por los rusos, que se habían hecho con ellos tras el naufragio

del *Magdeburg* el 26 de agosto de 1914. Se creó un departamento especial encargado de descifrar los comunicados radiofónicos alemanes y de seguir los constantes cambios y permutaciones de códigos adoptados por los alemanes a lo largo de los años sucesivos. Conocido con el nombre de Sala 40, este departamento fue ampliado mediante el uso de antenas direccionales de radio diseminadas a lo largo de la costa este de Gran Bretaña, que podían identificar la posición de las unidades alemanes tomando las marcaciones cruzadas a partir del tráfico de señales de radio.

La primera incursión fulminante de los alemanes en Yarmouth, que tuvo lugar el 3 de noviembre, se produjo demasiado pronto para la Sala 40. En el siguiente ataque, programado para el 16 de diciembre, Von Ingenohl planeaba bombardear las ciudades de la costa este de Gran Bretaña con los cruceros de batalla del 1.er Grupo de Exploración, al mando del almirante Franz von Hipper, con la intención además de atraer a Jellicoe a un campo de minas recién plantadas. Dos días antes de que tuviera lugar la acción, el Almirantazgo fue avisado por la Sala 40 de la inminencia del ataque, pero la información resultó para Jellicoe más un riesgo que una ayuda. El Almirantazgo no se dio cuenta de que Hipper iba a contar con la ayuda de toda la Flota de Alta Mar e interfirió en las disposiciones de Jellicoe insistiendo en que desplegara solo cuatro de los cruceros de batalla de Beatty y los seis dreadnoughts del 2.º Escuadrón de Combate con algunas fuerzas ligeras complementarias. Los dos bandos intentaron hacerse caer en la trampa mutuamente, pero ante las circunstancias de mal tiempo y pésima visibilidad, las operaciones no tuvieron mayores resultados, excepto para los habitantes de las localidades de Scarborough, Hartlepool y Whitby, que vieron cómo las bombas alemanas aplastaban sus casas. Al final, a Von Ingenohl le faltó el valor necesario para cerrar la trampa. Ante los

primeros informes de combates entre las respectivas cortinas de destructores, decidió cambiar de rumbo y dirigirse a Alemania, abandonando así a su suerte a Hipper. Sin embargo, Beatty no aprovechó la ocasión para enfrentarse a los cruceros de batalla de Hipper, en un ambiente de profunda confusión exacerbada por los comunicados por radio poco claros de Beatty a bordo de su buque insignia, el *Lion*, lo que permitió a Hipper escapar ileso. Fue un fracaso muy poco satisfactorio para ambos bandos, en el que tanto Hipper como Beatty habían estado al borde del desastre. En aquellos momentos no se apreció necesariamente cuán cerca habían estado de la catástrofe.

La consecuencia inmediata fue el escándalo que provocó en la prensa popular británica la aparente incapacidad de la Marina Real de evitar esos ataques contra las ciudades de la costa. Aunque, en realidad, era poco lo que podía hacer el Almirantazgo. El mar del Norte no era controlado por la Marina Real —ese era el castigo impuesto por el bloqueo a distancia—, de modo que todo lo que cabía hacer era trasladar a Beatty a una nueva base en Rosyth, en el fiordo de Forth, que le permitiera dar una respuesta un poquito más rápida en caso de que la Sala 40 avisara de un nuevo ataque por sorpresa.

No fue preciso esperar mucho. El 23 de enero de 1915, la Sala 40 adivinó que Hipper y su 1.er Grupo de Exploración (formado por los cruceros de batalla *Seydlitz*, *Moltke*, *Derfflinger* y *Blücher*) aparecería a las 17.15 de ese mismo día. Las comunicaciones por radio interceptadas no decían con claridad lo que iban a hacer los alemanes, así que supusieron que tenían intención de efectuar otro ataque contra la costa. En realidad Hipper planeaba atrapar y destruir a las fuerzas ligeras británicas que operaban en la zona del banco Dogger, pero, como decían las informaciones previas, seguía siendo oro puro. Una vez más, el Almirantazgo actuó con un exceso

de confianza injustificado. La Fuerza Harwich de Beatty y Tyrwhitt fue enviada a cortar el paso a Hipper, pero sin el apoyo directo de la flota de Jellicoe. De ese modo Beatty zarpó con el 1.er Escuadrón de Cruceros de Batalla (formado por el *Lion*, el *Tiger*, y el *Princess Royal*), el 2.º Escuadrón de Cruceros de Batalla (el *New Zealand* y el *Indomitable*, que eran más viejos), el apoyo dudoso de los predreadnoughts del 3.er Escuadrón de Batalla, el 1.er Escuadrón de Cruceros Ligeros, y la habitual cortina de destructores. Tenía la intención de reunirse con la Fuerza Harwich cerca del banco Dogger a las 07.00 del 24 de enero. Poco después, las pantallas de cruceros ligeros de ambas flotas chocaron y Hipper, dándose cuenta astutamente de lo que estaba pasando, escapó de inmediato hacia su base. Beatty y sus cruceros de batalla emprendieron una dura persecución, intentando dar alcance a sus adversarios y destruirlos. Poco a poco los buques más rápidos, el *Lion*, el *Tiger* y el *Princess Royal*, se pusieron a tiro, hasta que el *Lion* abrió fuego a unos 20.000 metros de distancia, concentrándose al principio en el buque de cola, el crucero de batalla híbrido *Blücher*, que se había quedado un poco rezagado. A partir de esa posición tan prometedora las cosas empezaron a salirle mal a Beatty. Los comunicados poco claros procedentes de su buque insignia provocaron una gran confusión en torno a la distribución del fuego que debían abrir sus cruceros de batalla. Esa confusión se vio aún más exacerbada por la espantosa puntería de la artillería, lo que hasta cierto punto supuso que la superioridad numérica de los ingleses quedara en nada.

A pesar de todo, una bomba de 13,5 pulgadas disparada a las 09.50 desde el *Lion* cayó estrepitosamente sobre su contrario, el *Seydlitz*. El proyectil abrió un boquete en el alcázar y atravesó la barbeta de la torreta de popa. La explosión prendió las cargas de cordita depositadas en la recámara y provocó una

deflagración que en un instante se propagó al almacén de la sala de manipulación y hasta lo alto de la torreta. Cuando los hombres, desesperados, intentaron escapar, abrieron la puerta que conectaba con la torreta superior vecina, permitiendo así involuntariamente que las llamas arrasaran las dos con unas consecuencias fatales. Por un instante dio la impresión de que fuera a producirse una explosión de los almacenes que habría supuesto la destrucción del barco, pero logró impedirse mediante la oportuna inundación de los almacenes de popa. No obstante, en la deflagración perdieron la vida 159 hombres.

Por su parte, los disparos alemanes se concentraron en el *Lion*, el buque que iba a la cabeza de las fuerzas británicas, impactando en él quince veces y causándole graves daños. Escorándose a babor, empezó a perder el control alrededor de las 10.50. No obstante, Hipper y sus barcos seguían en una situación apuradísima; en aquellos momentos el *Blücher* era pasto de las llamas y se iba lentamente a pique. Pero entonces intervino la suerte cuando Beatty divisó lo que le pareció un periscopio y pensó que había metido a sus preciosísimos cruceros de batalla en una trampa submarina mortal. Ordenó inmediatamente girar a babor, y como consecuencia de esa maniobra se distanció de su presa y esto, unido a la confusión de las comunicaciones por radio, proporcionó a Hipper un valioso espacio por el que intentar escabullirse hacia el sureste, abandonando a su suerte al *Blücher*. La tripulación de este peleó hasta el final, pero para los ingleses las espectaculares fotografías de su casco patas arriba mientras se hundía fue una compensación muy pobre a la huida sin más interferencias del resto de los cruceros de batalla alemanes. Los alemanes, por su parte, salieron escarmentados de aquella experiencia y poco después el almirante Von Ingenohl fue destituido. Se consideró que había actuado con negligencia al no salir con su flota en apoyo de las operaciones del banco Dogger, y que había

asumido riesgos innecesarios sin la menor probabilidad de obtener beneficios significativos. Fue sustituido el 2 de febrero de 1915 por el almirante Hugo von Pohl, que se mostraría tan poco inspirado como él y se vería igualmente entorpecido por los constantes llamamientos a la cautela en el empleo de la Flota de Alta Mar.

La batalla del banco Dogger fue una victoria parcial de los británicos, pero su verdadera importancia radica en las lecciones que de ella sacaron —o no sacaron— sus dos protagonistas. Los alemanes quedaron horrorizados por la casi destrucción del *Seydlitz*, que estuvo a punto de explotar como consecuencia del incendio de la cordita. Después de una minuciosa investigación, se introdujeron considerables medidas cautelares para intentar impedir que una deflagración semejante recorriera el espacio de la torreta, la sala de manipulación y los almacenes. En cambio, parece que los ingleses no aprendieron la lección y no se introdujeron mejoras análogas en las prácticas llevadas a cabo en la sucesión de espacios comprendidos entre los almacenes y la torreta. En efecto, en un intento de mejorar su velocidad de disparo, los artilleros británicos empezaron a tomar atajos verdaderamente suicidas para pasar de los almacenes a las salas de operaciones. Las puertas del almacén se dejaban abiertas y las bolsas de tela de las cargas de cordita eran apiladas junto a las puertas para ser subidas con más facilidad a la casamata de la torreta. Ese descuido de las medidas de seguridad tendría importantes consecuencias en el resultado de otras batallas futuras, especialmente porque los blindajes que protegían los cruceros de batalla británicos eran mucho menores que los de los alemanes. Una vez atravesada esa piel tan fina, las semillas de su propia destrucción estaban ya dentro de ellos.

Los ingleses tampoco aprendieron gran cosa de los evidentes fallos de sus sistemas de mando y de control, en particular la debilidad que quedó patente a bordo del buque insignia de Beatty, el *Lion*, en el proceso de generación y transmisión de las órdenes en medio del fragor de la batalla. Además, el nivel general de la artillería que pusieron de manifiesto los cruceros de batalla ingleses fue sencillamente espantoso; aunque sus cañones lograron alcanzar al *Blücher* cuando se había averiado y convertido en un blanco fijo, sus disparos solo lograron impactar un puñado de veces en los demás buques alemanes. Aunque pudieran ponerse mil excusas —la falta de experiencia en condiciones de combate, la escasa visibilidad causada por las cortinas de humo y las salpicaduras de las bombas alemanas—, el hecho cierto era que su actuación fue muy mala, pues la inmensa mayoría de sus bombas impactaron miles de metros más allá de su objetivo. Jellicoe era bien consciente del problema, pero resultaba muy difícil conseguir más oportunidades de que los cruceros de batalla practicaran el tiro a larga distancia en los confines relativamente estrechos y limitados del Forth. En cambio, la Gran Flota podía practicar con impunidad en las espaciosas aguas de su remoto fondeadero de Scapa Flow.

El bloqueo de Alemania

Las fases iniciales de la guerra por mar vieron cómo la Gran Flota constituía una amenazadora presencia en la distancia mientras los cruceros ingleses guardaban las salidas septentrionales hacia el mar del Norte imponiendo un bloqueo cuya finalidad era impedir la llegada a Alemania de materias primas y de suministros y pertrechos. Cuando quedó patente que la guerra por tierra no iba a tener un final rápido, el bloqueo se convirtió en una parte esencial de la estrategia global de los Aliados: al fin y al cabo ese era el motivo de que Inglaterra fuera un aliado tan deseado por todos. El 10.º Es-

cuadrón de Cruceros, al que se asignó la tarea, estaba formado por ocho cruceros protegidos de la clase *Edgar*. Eran barcos viejos que databan de 1891. El mar del Norte era un entorno hostil para unas embarcaciones tan veteranas y las tormentas del invierno resultarían casi excesivas para ellas.

> Soplaba un verdadero vendaval y parecía dudoso que el barco pudiera capear el temporal. Mi camarote estaba en la cubierta superior, en la superestructura de popa, y yo estaba tumbado en mi litera, vestido, y, como estaba muy cansado, me quedé dormido. Me despertó un estrépito horrible y la puerta de mi camarote se abrió de golpe y empezó a entrar agua. Todo lo que pude ver fuera fue una masa de espuma dando vueltas por la cubierta superior. Pensé que el barco debía de estar hundiéndose. Me levanté precipitadamente de la litera y, con el agua hasta las rodillas, salí del camarote. Parecía que el barco se escoraba peligrosamente y daba la impresión de que nada podía salvarlo. Mientras contemplaba el panorama, se enderezó poco a poco, casi milagrosamente. Un minuto después, otra gran ola barría la embarcación de proa a popa. Fue entonces cuando un guardiamarina fue arrastrado por la cubierta desde el cañón de proa y por encima de las redes de popa hasta caer casi a mis pies. A continuación se produjo una pausa y pude hacerme cargo de la situación. Los artilleros se agarraban a los cañones o a cualquier cosa que tuvieran a mano, mientras que la munición rodaba por cubierta.[18]
>
> Teniente Harold Bowen, buque *Edgar*,
> 10.º Escuadrón de Cruceros de la Marina de Su Majestad.

Varios otros buques vivieron esta terrible tempestad y se decidió sustituirlos por veinticuatro cruceros auxiliares.

La misión del 10.º Escuadrón de Cruceros consistía en interceptar los buques mercantes que se sospechaba que transportaban mercancías de contrabando con destino a Alemania. En principio existía una definición muy estricta de lo que eran las mercancías prohibidas, pero poco a poco esa definición fue ampliándose hasta incluir cualquier producto de valor que fuera con destino a Alemania, o a cualquier puerto neutral, desde el que luego pudiera ser reexportado. Limitando la cantidad de suministros que estaba dispuesta a dejar pasar a las mercancías que pudiera necesitar internamente un país neutral, Gran Bretaña pretendía impedir cualquier comercio de reexportación mínimamente significativo. Las protestas de los

países escandinavos neutrales fueron inevitables, pero los ingleses ejercieron presiones comerciales sobre ellos y además definieron el mar del Norte como zona militar, exigiendo que todo el tráfico neutral fuera inspeccionado antes de seguir la marcha. Era un trabajo inacabable.

> Avisté y detuve un vapor y descubrí que era el vapor noruego *Henrik*, procedente de Nueva York con destino a Bergen o a Cristianía, lo abordé con cierta dificultad y descubrí que llevaba un cargamento general de un valor muy considerable, principalmente lingotes e hilo de cobre, aluminio, harina, petróleo, partes de motores de automóvil, piezas de fundición, etc., en realidad la mayor parte de las cosas que se cree que necesita Alemania. Fue más o menos una casualidad que avistara el barco cuando me encontraba bastante al norte de mi línea, y no creo que quepa la menor duda de que el barco intentaba pasar desapercibido, pues cuando lo vi y le corté el paso, cambió de rumbo y dio la impresión de que pretendía huir, pero al final decidió no hacerlo. Su capitán estaba bastante indignado de que lo abordaran, y sacó el consabido certificado consular británico que, al parecer, pensaba que iba a librarlo de cualquier otro disgusto. El mero hecho de que aquel navío se dirigiera a Bergen o a Cristianía con semejante cargamento me pareció que era sumamente sospechoso, y por lo que pude colegir de lo que me contó mi oficial de abordaje acerca del comportamiento del capitán y su segundo oficial no creo que quepa duda de que sabían muy bien que llevaban una carga muy sospechosa, y posiblemente su indignación se debía sobre todo a la previsible pérdida de la prima por hacer la travesía sin contratiempos. El cargamento de la nave equivalía a unas 5.000 toneladas o más. No tuve tiempo de efectuar un examen minucioso de algo tan evidente, pues el tiempo era bastante amenazador y estaba deseoso de mandar a bordo un comando de abordaje antes de que empezara a levantarse el oleaje.[19]
>
> Capitán Gerald Vivian, buque *Patia*,
> 10.º Escuadrón de Cruceros de la Marina de Su Majestad.

Las restricciones impuestas por los británicos no fueron muy populares y probablemente causaran más trastornos en las compañías navieras neutrales que las pérdidas que pudieran ocasionarles los submarinos alemanes. Los ingleses corrían además un riesgo constante de chocar con Estados Unidos y da la impresión de que los barcos americanos recibieron un trato especial, haciéndoseles inspecciones superficiales en la mayoría de los casos para no desencadenar demasiada indignación entre los estadounidenses. El bloqueo duraría toda la guerra.

El bloqueo submarino alemán

Cuando comenzó la guerra, los submarinos eran considerados un complemento táctico de los barcos de superficie convencionales. Resultarían a todas luces muy útiles en las operaciones navales ofensivas y defensivas llevadas a cabo por uno y otro bando, como quedó demostrado en los primeros enfrentamientos en el mar del Norte. Pero el papel que podían desempeñar como verdaderos destructores del comercio fue considerado en buena parte impracticable debido a la limitación de la autonomía de muchos de los primeros submarinos y a las dificultades que comportaba el respeto de las normas del derecho internacional a la hora de hundir un buque mercante. Los barcos civiles —aunque pertenecieran a un país hostil— no podían ser hundidos sin previo aviso y sus tripulantes tampoco podían ser abandonados en los botes salvavidas en mar abierto. Los barcos neutrales eran casi intocables y no podían ser hundidos, aunque una inspección revelara la presencia en ellos de mercancías de contrabando destinadas a las Islas Británicas. Podrá parecer extraño, pero esta idea siguió viva en los dos bandos durante varios meses, hasta que poco a poco unos y otros cayeron en la cuenta de que lo que podían aportar los tipos más modernos de submarinos era mucho más. El primer hundimiento de un buque mercante por un U-Boot tuvo lugar el 20 de octubre de 1914, cuando, respetando aún las normas, el *U-17* hundió el pequeño vapor inglés *Glitra* tras abordarlo y abrir sus válvulas de seguridad frente a las costas de Noruega. Aquel fue el primer caso, pero a finales de 1915 habían sido hundidos solo otros nueve buques mercantes ingleses. No obstante, la insatisfacción constante causada por el desarrollo de la guerra por mar, unida a la resistencia a poner en peligro la flota en una acción naval, hizo que los alemanes se pusieran a buscar planes alternativos en su afán de perjudicar a sus adversarios.

La solución que se encontró fue saltarse a la torera el derecho internacional y el código de conducta fielmente seguido hasta ese momento. En vez de salir a la superficie y detener un barco, efectuar un registro y hundirlo, los submarinos lo hundirían, si era necesario, utilizando torpedos, sin aviso de ningún tipo. El 4 de febrero de 1915, los alemanes declararon zona de guerra todas las aguas que rodeaban Gran Bretaña y anunciaron que cualquier barco, aliado o neutral, que fuera encontrado dentro de esos límites, podría ser hundido de inmediato. La justificación de semejante acción se basaba en el principio de que los ingleses ya habían quebrantado las normas del derecho internacional cambiando la definición de mercancía de contrabando para imponer el bloqueo al que sometía la Marina Real a Alemania. Pero el verdadero motivo era permitir a los U-Boote atacar aprovechando su invisibilidad. Libres de toda rémora, los relativamente pocos submarinos modernos capaces de alcanzar las proximidades de los puertos británicos empezaron a causar enseguida gravísimas pérdidas a la navegación. Los ingleses parecían haber olvidado el valor de los convoyes: el inveterado método de mantener a raya a los depredadores agrupando a varios buques mercantes bajo la protección de barcos armados, cada vez que atravesaran aguas peligrosas. En vez de organizar convoyes, destructores y cruceros auxiliares surcaban las aguas al azar buscando aquí, allá y acullá a los elusivos U-Boote en la inmensidad del mar. Al final, los alemanes fueron víctimas de su propio éxito tras producirse varios escándalos notorios a raíz del hundimiento de algunos buques civiles de pasajeros con unas pérdidas espantosas de vidas humanas. Incluidos pasajeros americanos.

El clamor suscitado por el hundimiento del *Lusitania* a manos del *U-20* el 7 de mayo de 1915 fue enorme. El hecho tuvo lugar a unas diez millas del cabo de Old Head of Kinsa-

le, cerca de Queenstown, en Irlanda, cuando el transatlántico fue alcanzado por un torpedo lanzado a las 14.10 por orden del teniente Walter Schwieger.

> El torpedo impacta por la banda de estribor justo detrás del puente. Se produce una explosión inusualmente fuerte acompañada de una nube de explosión muy grande (la nube llega mucho más arriba de la chimenea delantera). La explosión del torpedo debe de haber ido seguida de otra. (¿Una caldera? ¿Carbón? ¿Pólvora?) La superestructura situada justo encima del punto de impacto y el puente son hechos pedazos, estalla un incendio, y el humo envuelve el puente superior. El barco se detiene de inmediato y se inclina hacia estribor muy deprisa, hundiéndose simultáneamente por la proa. Da la impresión de que la nave va a volcar al cabo de poco tiempo. A bordo reina la confusión; los botes son dispuestos y algunos son echados al agua de proa o de popa y se van a pique de inmediato.[20]
>
> Teniente Walter Schwieger, *U-20*.

El barco se hundió al cabo de veinte minutos en medio de escenas de terror.

> El mar estaba en calma; si el agua no hubiera estado así, habría habido muchas más pérdidas. La escena más vívida tuvo lugar al principio, cuando se produjo la explosión. Estábamos en el comedor. Todo el mundo se asustó; luego cundió el pánico. De no haber sido porque estábamos junto a una puerta, no habríamos salido de allí nunca, pues una marea de personas procedentes del comedor se abalanzó hacia la salida, seguidas de otras muchas; varios fueron pisoteados y aplastados. Eso fue lo más terrible, sencillamente no podían hacer nada, el gentío era enorme. Y cuando bajábamos la escalera y nos dirigíamos a los botes, alguien cayó encima de mí… No habría sobrevivido si mi marido no me hubiera sujetado y no hubiera tenido la fuerza necesaria para sacarme de ahí abajo.[21]
>
> Jane Lewis, pasajera del buque del correo real *Lusitania*.

Al final, de los 1.959 ocupantes del barco, entre pasajeros y tripulantes, murieron 1.195, entre ellos 128 civiles americanos. El clamor popular fue enorme, pero los alemanes adoptaron una actitud desafiante y afirmaron que el transatlántico transportaba municiones de contrabando y que la detonación de estas había contribuido al rápido hundimiento del barco. Pero poco después, el 19 de agosto el *U-24* hundió el transatlántico *Arabic* frente a las costas de Irlanda. En esta ocasión las víctimas humanas ascendieron a cuarenta y cuatro, de las

cuales solo tres eran ciudadanos americanos. Pero desencadenaron una nueva oleada de furiosas protestas por parte de Estados Unidos.

Sin embargo, Alemania no fue el único país que se mostró dispuesto a quebrantar las leyes internacionales de la guerra por mar. Una de las respuestas que dieron los ingleses a la amenaza de los submarinos fueron los buques Q: se trataba de una medida profundamente abusiva, basada en que los submarinos respetaran las leyes de la guerra y en que, engañados por su apariencia de buques mercantes desarmados, se decidieran a salir a la superficie. Los ánimos se caldearon mucho inmediatamente después del hundimiento del *Arabic*. El encono dio lugar al lamentable incidente del *Baralong*, que tuvo lugar ese mismo día. El *Baralong* apareció cuando el *U-27*, al mando del teniente Bernard Wegener, se disponía a hundir a un vapor inglés, el *Nicosian*. A bordo del barco iba un cargamento de mulas con destino al Frente Occidental. Wegener permitió a sus tripulantes y a los mulateros americanos subir a los botes salvavidas, pero cuando se disponía a hundir el vapor a cañonazos, entró en escena el buque Q *Baralong*. Disfrazado de mercante y navegando con bandera norteamericana, se acercó tras comunicar por radio que su intención era rescatar a los tripulantes del *Nicosian*. En el último minuto el *Baralong* se quitó la máscara y mostró los cañones de 15 pulgadas que llevaba ocultos.

> Vimos al submarino parado sobre la superficie del agua. Nuestro capitán ordenó al artillero jefe abrir fuego, tras lo cual nuestro barco disparó tres proyectiles contra el submarino alemán. El primero le arrancó el periscopio. El segundo cayó en el agua a casi cinco metros del submarino. El segundo impactó en el depósito de gasolina, que explotó, hundiendo el submarino. Mientras tanto, su tripulación, tras el segundo disparo, empezó a arrojarse al agua. Había unos quince hombres y todos empezaron a nadar hacia el *Nicosian*. Mientras estaban en el agua nuestro artillero lanzó contra ellos por orden de nuestro oficial al mando bombas de 15 pulgadas y también se efectuaron disparos de fusil. Por lo poco que pude ver algunos tripulantes del submarino alemán murieron a

> consecuencia de las bombas y de las balas de fusil cuando estaban en el agua. Otros murieron cuando intentaban trepar por las cuerdas que les habían lanzado desde el *Nicosian*. Juraría que tres o cuatro o cinco de ellos fueron asesinados cuando estaban agarrados a las cuerdas. Algunos de nuestros disparos dieron en el costado del *Nicosian*. Cuando nuestra tripulación subió a bordo del *Nicosian* encontró en cubierta al único tripulante del submarino que había logrado escapar, y comprobó que era su capitán. Nuestro capitán y otros miembros de nuestra tripulación le pidieron información acerca de otros submarinos alemanes. Pero él se negó a dar semejante información. Le preguntaron también si su barco había hundido al *Arabic*. No recuerdo con seguridad lo que respondió. Le ordenaron que se alejara y levantara las manos. Cuando hubo dado unos cuantos pasos hacia atrás con las manos arriba, preguntó: «¿Por qué vais a dispararme?». Uno de nuestros soldados de infantería de marina, llamado nuestro maquinista, tiró un tiro con su pistola al cuerpo del capitán alemán. El hombre cayó boca abajo sobre la cubierta. Tras comprobar que estaba muerto, nuestros tripulantes lo levantaron y lo arrojaron por la borda.[22]
>
> Marinero Larimore Holland, buque *Baralong*.

Holland era un ciudadano americano que se había enrolado en la Marina Real haciéndose pasar por canadiense. Reina una confusión considerable acerca de lo que ocurrió realmente a bordo del *Nicosian* (llegaron a circular incluso historias atroces acerca de un marinero alemán al que mataron metiéndolo en la caldera). No cabe, sin embargo, la menor duda de que el episodio fue un acto de venganza innecesario y brutal.

Pero la intensa oleada de protestas norteamericanas por lo ocurrido en el *Lusitania* y en el *Arabic* acalló el escándalo relativamente menor suscitado por el crimen manifiesto perpetrado durante el incidente del *Baralong*. Alemania se vio obligada a introducir una moratoria a los ataques sin previo aviso contra los buques de pasajeros. Además, sus submarinos fueron desplegados de nuevo para participar en operaciones centradas en el mar del Norte y el Mediterráneo, donde había menos posibilidad de causar disgusto a los americanos. Todo ello tuvo como consecuencia relajar la presión sobre los británicos. Durante 1915 fueron hundidos por los U-Boote buques mercantes por valor de 748.000 toneladas. Fueron unas pérdidas considerables, pero no lo suficiente como para obli-

gar a Inglaterra a hincarse de rodillas. El modelo general de la guerra naval permaneció intacto y el dominio total ejercido por la Marina Real sobre Alemania perduraría hasta 1916.

5

El Frente Occidental, 1915

Es una máxima militar bien experimentada el no hacer nunca lo que quiere el enemigo, solo por la razón de que él lo desea; se debe, pues, evitar el campo de batalla que él ha reconocido y estudiado; es menester poner aún más cuidado en evitar el que él ha fortificado, o donde se ha atrincherado.[1]

Napoleón I.

La guerra en el Frente Occidental se revelaría uno de los enigmas más complejos de la edad moderna. Napoleón pudo clamar contra ella desde su concepción de la misma en el pasado, pero ¿qué otra alternativa les quedaba a los Aliados más que atacar las posiciones fortificadas alemanas en un momento en el que las trincheras se extendían desde el canal de la Mancha hasta Suiza? Los soldados de ambos bandos estaban perfectamente atrincherados, aunque a comienzos de 1915 solo dispusieran de unos sistemas defensivos bastante simples. Las trincheras tenían unos dos metros de profundidad o incluso más, con habitáculos desde los que disparar separados por sólidos traveses de tierra, un parapeto delante y otro detrás, el llamado «escalón de fuego» al que subían los hombres para disparar, revestimientos de madera o de alambre para contener los muros, tablas de madera en el suelo sobre las que caminar y unos sistemas de drenaje bastante rudimentarios para eliminar el agua acumulada. En zigzag, los ramales de comunicación las unían a una línea de apoyo que, más que una verdadera trinchera, generalmente era una línea secundaria, a veces incompleta. Delante había una defensa de alambre de espino formando una «doble barrera» o dos. Aunque no fueran en absoluto un lugar seguro, lo cierto es que las trincheras permitían a las tropas evitar los efectos más demoledores del fuego de artillería, de ametralladora y de fusil. Solo las bombas detonantes y los proyectiles lanzados por armas capa-

ces de disparar con un gran ángulo de elevación suponían un grave peligro cuando caían directamente en las trincheras. Una cosa era segura: una guarnición defensiva oculta bajo el nivel del suelo detrás de una gran alambrada podía utilizar fusiles de cerrojo y enfilar las ametralladoras pesadas para conseguir un efecto letal contra las tropas que trataran de cruzar la tierra de nadie. Cualquier individuo que se encontrara a campo raso quedaba peligrosamente expuesto al fuego de la artillería, de modo que emprender un ataque suponía una perspectiva intimidatoria.

Para los alemanes, 1915 fue un año de guerra que no debía haberlo sido: toda su estrategia se había basado en una guerra rápida. Sin embargo, en aquellos momentos se veían metidos en una guerra a dos frentes, con dos enemigos —Francia y Rusia— totalmente movilizados, y un tercero —Gran Bretaña — que poco a poco iba reuniendo todo su potencial y que era relativamente invulnerable escudado por su armada. El jefe de estado mayor germano, el general Erich von Falkenhayn, se enfrentaba a una situación en extremo desalentadora.

> En consonancia con la afirmación, desgraciadamente tan repetida a todos los niveles, que de «la guerra tiene que ganarse en el este», incluso en los círculos dirigentes más elevados se tendía a pensar que las Potencias Centrales iban realmente a «obligar a Rusia a ponerse de rodillas» por la fuerza de las armas, y que, gracias a ese triunfo, podrían inducir a las Potencias Occidentales a transigir. Esta idea no tenía en cuenta ni el verdadero carácter de la lucha por la existencia, en toda la extensión de la palabra, una lucha en la que nuestros enemigos estaban enzarzados lo mismo que nosotros, ni su fuerza de voluntad. Fue un grave error creer que nuestros adversarios iban a ceder cuando Rusia fuera derrotada. Ningún resultado definitivo al que se llegara en el este, aun cuando fuera tan completo como cabría imaginar, iba a evitarnos tener que combatir por un resultado definitivo en el oeste. Para obtenerlo, Alemania tenía que seguir estando preparada fuera como fuese.[2]
>
> General Erich von Falkenhayn, cuartel general, ejército alemán.

A título personal, Falkenhayn prefería una paz negociada con uno de los adversarios de Alemania —preferiblemente con Rusia—, que permitiera a su país concentrarse en la de-

rrota primero de Francia y luego de Gran Bretaña (naciones que, en su opinión, eran el verdadero enemigo). Había un gran desacuerdo en el alto mando alemán, y sus detractores no tardaron en hacer piña alrededor de Hindenburg y Ludendorff, los vencedores de Tannenberg, que estaban plenamente convencidos de que iba a ser fácil infligir a Rusia una derrota definitiva en 1915. Falkenhayn carecía de la autoridad necesaria para imponer su voluntad; de hecho, se conspiraba contra él en los círculos militares y políticos más elevados de la nación. Personajes como el canciller Bethmann-Hollweg, Hindenburg (que ambicionaba sustituirlo como jefe del estado mayor) y el propio Moltke (movido probablemente por el resentimiento) participaron en todas esas intrigas. Con el firme apoyo del káiser, Falkenhayn siguió en el cargo, pero en el proceso se vio debilitado en cierto modo y no le quedó más remedio que enviar parte de sus reservas al Frente Oriental: fue una victoria sin consistencia. La terquedad de los acontecimientos lo obligó a actuar cuando Austria-Hungría solicitó ayuda después de que una serie de humillantes reveses por parte de rusos y serbios la dejara al borde de la ruina militar. Además, de Italia y Rumanía llegaban rumores poco alentadores; parecía que, en lugar de unirse a las Potencias Centrales como se había esperado, estos dos países acabarían uniéndose a los Aliados. Este hecho solo añadía más presión sobre Austria-Hungría. Semejante combinación de circunstancias no le dejaba a Falkenhayn más que una alternativa: su preferencia tal vez fuera «occidental», pero era evidente que la guerra estaba perdiéndose en el este. Así pues, empezó a trasladar sus preciosas reservas al Frente Oriental, con la intención de estabilizar primero al aliado en peligro y asegurarlo luego frente a cualquier futuro ataque.

En cambio, los franceses y los británicos no tenían más opción que atacar en el Frente Occidental. El éxito parcial de la ofensiva de los alemanes en agosto de 1914 les había permitido dominar prácticamente la totalidad de Bélgica y extensos territorios del norte de Francia, con sus ricas reservas de carbón y hierro. Además, se encontraban a apenas unos cien kilómetros de París. Joffre estaba decidido a no adoptar una postura de pasividad que permitiera a los alemanes tomar la iniciativa, y dejó que hicieran sin trabas sus propios planes de lanzar una ofensiva devastadora en el Frente Occidental o, por el contrario, de trasladar sus tropas en masa al Frente Oriental con el fin de alcanzar una victoria sobre Rusia. Había, además, una dimensión política: Joffre estaba sometido a muchas presiones para que expulsara al invasor del sagrado suelo de Francia. Mantener pasivamente el *statu quo* no era una opción; los franceses querían al invasor fuera de su país lo antes posible. La cuestión era cómo lograrlo.

El desafío al que se enfrentaban los generales franceses y británicos a comienzos de 1915 era descomunal. ¿Cómo podían conseguir que un número suficiente de tropas cruzara la tierra de nadie y rebasara las líneas alemanas? ¿Y qué decir de las trincheras de apoyo? ¿Cómo consolidar lo ganado con los contraataques? ¿Cómo sacar más provecho de cualquier brecha que se abriera en el frente? Durante los primeros enfrentamientos se consideró que el problema principal era cómo tomar la primera línea de los alemanes; tras lo cual, se pensaba que las cosas se resolverían por sí solas y todo iría bien. Pero eso no bastaba.

Los franceses pasaron un invierno de duros combates mientras trataban de comprobar las limitaciones de la guerra de trincheras con una serie de grandes ofensivas iniciadas en diciembre de 1914 y que se prolongaron hasta bien entrado 1915. El primer ataque fue emprendido el 17 de diciembre

por el X Ejército en la región de Artois con el objetivo de hacerse con el control de las colinas de Vimy desde las que se dominaba la llanura de Lens-Douai. Muchas de las técnicas asociadas con la guerra de asedio de tiempos pasados encontraron nuevas aplicaciones cuando los zapadores franceses empezaron a cavar laboriosamente trincheras a través de la tierra de nadie, para luego comunicarlas unas con otras y crear un entramado lo más cerca posible de las líneas alemanas desde el que poder atacar al enemigo. Cuando la infantería lanzó su ofensiva, creyó ingenuamente que la artillería ya se había encargado de preparar el asalto con una acción devastadora; enseguida se dio cuenta de lo equivocada que estaba. Cuando la operación concluyó a mediados de enero de 1915, lo ganado era bien poco. Una de las mejoras que beneficiarían al soldado francés sería la introducción paulatina de los nuevos uniformes azul horizonte a lo largo de 1915. Se trataba de una empresa de gran envergadura, y durante un tiempo los *poilus* presentarían un aspecto muy poco atractivo debido a una curiosa mezcla del viejo y el nuevo uniforme, aunque al menos la divisa de color azul claro resultaba menos visible donde importaba que así fuera, esto es, en el campo de batalla.

Más al sur, empezó una ofensiva en la región de Champaña el 20 de diciembre de 1914. Entre Auberive y Massiges, el IV Ejército, a las órdenes del general Fernand de Langle de Cary, lanzó un ataque a lo largo de una franja de territorio de unos cuarenta kilómetros de longitud con la intención de avanzar rápidamente hasta Mézières, importante enlace ferroviario. Con este fin los franceses habían reunido unos 258.000 soldados, apoyados por más de setecientos cañones. El bombardeo preliminar para destruir las alambradas alemanas fue seguido de un segundo bombardeo breve, pero intenso, de las trincheras enemigas, tras lo cual se produjo el asalto de la in-

fantería en varias oleadas. Se hicieron algunos logros, pero el avance fue imposible: la concentración de fuego de artillería tal vez pareciera adecuada, pero lo cierto es que fue insuficiente para rebasar una red de trincheras muy bien consolidada. Tras darse una tregua, el 16 de febrero los franceses pusieron en marcha la segunda fase de su ofensiva. En aquellos momentos habían reunido todavía más cañones, y la proporción de piezas pesadas era ligeramente superior. Su táctica consistía sobre todo en mantener el control en medio del caos de la batalla: así pues, la artillería disparaba ateniéndose a un horario y la infantería se lanzaba al ataque siguiendo el plan preestablecido. Pero cuando las cosas no iban según el programa prefijado —como ocurría la mayoría de las veces—, los cañones y la infantería perdían por completo la sincronización.

En Champaña los combates fueron exclusivamente de desgaste, pues las posiciones importantes desde el punto de vista táctico se conquistaban, se perdían, se reconquistaban y se perdían de nuevo. Los ataques franceses dieron paso a contraataques alemanes de igual contundencia, y en Perthes, una localidad hasta entonces insignificante, se libró una batalla particularmente feroz. Poco a poco, el campo de batalla fue transformándose en una especie de osario al descubierto repleto de restos humanos. Tal vez no hubieran cañones suficientes para abrir una brecha en el frente enemigo, pero los soldados de ambos bandos quedaron horrorizados ante la terrible destrucción provocada por la artillería en el cuerpo humano.

> ¡Qué horribles escenas contemplaron nuestros ojos mientras nos abríamos paso por aquella trinchera profunda y angosta! En un lugar en el que había estallado una bomba de mortero yacían, destrozados, alrededor de ocho cazadores alpinos, unos de los mejores soldados franceses, formando un enorme montón de carne y sangre humana; muertos y heridos. En lo alto, un cadáver sin cabeza o torso, y debajo algunos que seguían vivos, aunque sin extremidades o terriblemente mutilados. Nos miraban con ojos sangrantes de dolor. Los gritos y los gemidos de aquellos desgraciados, de aquellos soldados enemigos conde-

nados a morir, nos conmovió. No podíamos salir de la trinchera para evitar ese montón de cuerpos. No obstante, se nos estremeció el corazón cuando tuvimos que pasar por encima de ellos con nuestras botas con clavos. ¡No teníamos más remedio![3]

Teniente Walter Ambroselli, 3.er Batallón, 12.º Regimiento de Granaderos.

Los franceses tenían una ventaja: sus famosos cañones de 75 mm, a pesar de la trayectoria plana, podían generar un bombardeo adecuado gracias a su rapidez de disparo. El 21 de febrero de 1915, el alférez August Hopp viviría en sus carnes la terrible experiencia de encontrarse atrapado en medio de un bombardeo francés en las colinas de Combres. No había romanticismo alguno en aquella guerra mecánica en la que el cuerpo humano debía enfrentarse a las bombas explosivas.

Empezó a las tres en punto, al mismo tiempo que acribillaban nuestra izquierda con su fuego de enfilada. Uno tras otro, mis valientes fueron al encuentro de su destino, ya fuera este el fuego de la artillería o el fuego de la infantería. Me sentía horrorizado; tenía que instar a los hombres a resistir, a no flaquear, consciente en todo momento de que un tiro podía alcanzarme cuando menos lo esperara. Me arrastré hasta la posición del flanco, donde no había ninguna cobertura, y animé a los hombres que había allí —el cabo Seckinger y los reclutas Platzr y Plemmer— para que estuvieran ojo avizor: había que evitar que el enemigo se echara de repente sobre nuestro flanco. Tenía que gritarles al oído, pues tal era el estruendo que nos rodeaba. Luego, tras haberme metido de nuevo en la trinchera arrastrándome por el suelo, sentí un impacto que me provocó una gran conmoción. De más arriba, donde estaban aquellos tres hombres, llegó el sonido de un ligero borboteo; las piernas del que estaba más cerca de mí dieron una sacudida, como movidas por un espasmo; luego el silencio. Y uno tras otro, a todos les llegó su turno.[4]

Alférez August Hopp, ejército alemán.

Durante los meses de febrero y marzo los franceses tuvieron más de cuarenta mil bajas en el frente de Champaña.

Aquella primavera, esta vez en el saliente de Saint-Mihiel, Joffre ordenó otra ofensiva que se puso en marcha el 30 de marzo. Tras arduos combates, lo logrado era bien poco, pero las pérdidas, cuantiosas; de hecho, el ataque sirvió simplemente para desatar la primera de una serie de contraataques alemanes que comenzaron el 23 de abril y no tardaron en

arrebatarles a los franceses las escasas ganancias obtenidas. Los galos, por supuesto, respondieron, y continuaron los cruentos combates, provocando más baños de sangre. Era necesario estar constantemente alerta, como descubriría el teniente Maurice Genevoix en las colinas de Les Éparges el 25 de abril.

> «¡A cubrirse!» Demasiado tarde: caigo de rodillas en el suelo. Un espasmo recorre mi brazo izquierdo. Ha sido en la espalda, y sangra profusamente. Intento superarlo: no puedo. Intento ponerme en pie: no puedo. Miro el brazo, cuando este se estremece por el impacto de una segunda bala, y brota más sangre de ese segundo agujero. Mis rodillas permanecen clavadas en el suelo, como si mi cuerpo fuera de plomo; mi cabeza se inclina. Ante mis ojos los desechos de unas convulsiones físicas, el golpe sordo de una tercera bala. Borrosamente, observo un profundo surco en carne viva que cruza mi pecho derecho a la altura de la axila. Tengo que ponerme en pie, tengo que salir de allí, aunque sea a rastras. No he perdido el conocimiento; el sonido de mi respiración es extraño: jadeante, acelerado y poco profundo. Las copas de los árboles giran vertiginosamente entre el azul del cielo.[5]
>
> Teniente Maurice Genevoix, 106.º Regimiento de Infantería.

Fue una de las aproximadamente sesenta y cinco mil bajas francesas que se produjeron en el saliente de Saint-Mihiel.

Era evidente que la artillería francesa seguía sin estar equipada de suficientes cañones u obuses pesados con los que poder aplastar las defensas alemanas. En consecuencia, cada vez dependía más de los largos bombardeos preliminares de la artillería de campaña cuando el objetivo era desgastar las trincheras alemanas antes de que los *poilus* se lanzaran al ataque. Sin embargo, esta circunstancia repercutía negativamente en las reservas de municiones francesas, y cuando los suministros que llegaban eran de mala calidad debido a un aumento repentino de la producción, con frecuencia se encasquillaban los cañones o los proyectiles detonaban antes de tiempo. Este tipo de consideraciones secundarias eran típicas de una guerra moderna en la que la solución de un problema simplemente ponía de relieve, o creaba, otras dificultades que había que superar. El análisis de los combates sacaría a la luz más cuestio-

nes espinosas: así pues, mientras que en un determinado momento de Langle de Cary hacía hincapié en las dificultades de abrir una brecha, y para solucionar este problema recomendaba concentrarse en sectores precisos de importancia táctica cuidadosamente elegidos, Joffre, por su parte, señalaba la necesidad de contar con el apoyo adecuado de la artillería y desaconsejaba los ataques en un pequeño tramo del frente contra los cuales los alemanes podían concentrar la respuesta de su artillería y sus ametralladoras desde los sectores vecinos que no sufrieran el asalto. Ninguno de los dos tenía la razón, y ninguno de los dos estaba equivocado. Era evidente que iba a ser una guerra larga y compleja.

La batalla de Neuve Chapelle, 10 de marzo de 1915

A raíz de la campaña de 1914, los franceses tenían una mala opinión de la BEF; opinión que solo se había visto ligeramente mejorada tras la tardía demostración de arrojo por parte de la fuerza británica durante la primera batalla de Ypres. Aunque seguía dudando de la capacidad de este contingente de emprender una ofensiva, en 1915 la principal prioridad de Joffre en lo concerniente a la BEF era conseguir que sus aliados británicos aceptaran responsabilizarse de un sector más amplio del frente, exactamente desde el saliente de Ypres hasta la región de La Bassée, situada más al sur. Ello permitiría a los franceses disponer de más tropas para lanzar sus propias ofensivas. Aunque la BEF tardó excesivamente en asumir la defensa de un sector mayor del frente, lo cierto es que esta vez sir John French se mostró sorprendentemente predispuesto a emprender un ataque de apoyo en la operación que al final desembocaría en la batalla de Neuve Chapelle.

Merece la pena examinar las fases en las que los distintos componentes de la BEF fueron incluidos en los planes de los generales en sus primeros intentos de resolver el problema del

fracaso de las ofensivas. La primera es obvia: la infantería era omnipresente. La táctica era esencialmente la de fuego y movimiento, un enfoque calificado con frecuencia de anticuado, del que se decía de manera desdeñosa que era una «táctica de guerra de los bóers». Pero ¿en qué otra cosa podía basarse? Aún era demasiado pronto para haber digerido adecuadamente las lecciones recibidas en 1914. Como marcaba la tradición, la segunda fue la utilización de la caballería. El papel de la caballería había sido muy controvertido antes del estallido de la guerra, suscitándose curiosas disputas entre los que defendían una caballería pura, basada en el dominio rápido, y los partidarios de una infantería montada. Aunque en 1914 había sido sumamente valiosa en las misiones de reconocimiento a campo abierto y para cubrir huecos en una emergencia, después la caballería se convertía en una fuerza secundaria, útil cuando la batalla se libraba exclusivamente para intentar maximizar los frutos de una victoria. En ausencia de otra fuerza de asalto con gran movilidad, no quedaba más remedio que recurrir a la caballería cuando se trataba de aprovechar rápidamente una ocasión.

El tercer grupo principal era la artillería. La llamada Real Artillería británica había ido a la guerra sin tener muy claro el papel que debía desempeñar en los combates. Se pensó que la tarea de los artilleros consistiría en lanzar contra la infantería enemiga una auténtica lluvia de bombas de metralla que al explotar escupieran mortales balas de acero. Cuando en las operaciones defensivas las baterías eran utilizadas para apoyar a la infantería, todavía no se entendía que no fuera preciso colocar los cañones cerca de la infantería defendida por sus bombas. Posicionados a unos pocos cientos de metros de su infantería, muchos artilleros no tardaban en ser abatidos por la infantería o los cañones alemanes. Cuando las baterías cubrían un ataque tampoco sabían impedir que la artillería y la infantería

alemanas abrieran fuego contra las tropas británicas mientras estas eran vulnerables en tierra de nadie; al principio, la guerra era destrucción o nada (aunque hubiera escasez de bombas detonantes que hicieran posible esa destrucción). Predominaban los cañones de campaña, cuyos proyectiles seguían una trayectoria plana, y no había suficientes obuses capaces de hacer caer las bombas en medio de las trincheras alemanas. Y, por supuesto, hay que decir también que la Real Artillería era simplemente demasiado pequeña: carecía de los miles de cañones, de los artilleros con la debida preparación, de las técnicas, de la sofisticación táctica y de las reservas de municiones prácticamente ilimitadas que se necesitaban para dominar los campos de batalla modernos. Se tardarían años en poner remedio a todas estas gravísimas deficiencias.

La batalla de Neuve Chapelle, la primera gran ofensiva de la BEF contra posiciones atrincheradas alemanas, sería emprendida por el I Ejército (el IV Cuerpo y el Cuerpo Indio) a las órdenes del general sir Douglas Haig. La situación de los alemanes en el Frente Occidental había empeorado tras su decisión estratégica de enviar un número considerable de fuerzas al Frente Oriental para unirse a la campaña contra los rusos. En consecuencia, solo quedaron dos divisiones alemanas para enfrentarse a las seis divisiones del I Ejército entre el canal de La Bassée y Bois-Grenier; de hecho, ninguno de los dos bandos podía contar con demasiadas reservas. El ataque fue concebido en un principio como una ofensiva conjunta con los franceses, que, sin embargo, al final se vieron obligados a abandonar la empresa debido a los innumerables frentes que tenían abiertos. No obstante, sir John French decidió que la BEF siguiera adelante. El comandante en jefe británico estaba decidido a acabar con aquella idea que prevalecía entre sus aliados franceses de que la BEF era incapaz de lanzar una acción ofensiva con eficacia.

La primera línea de los alemanes formaba un saliente alrededor de Neuve Chapelle. El plan general de Haig consistía en cubrir los ataques emprendidos por el IV Cuerpo, a las órdenes del teniente general sir Henry Rawlinson, y el Cuerpo Indio, comandado por el teniente general sir James Willcocks, apoyados por una artillería masiva en un frente de unos dos kilómetros, con el fin de conquistar la localidad antes de tomar posiciones defensivas. El éxito de la empresa vendría seguido de más ataques a uno y otro lado de la línea de avance para agrandar la brecha y luego dirigirse hacia las colinas de Aubers que ofrecían la posibilidad de cortar las comunicaciones alemanas con Lille. Como la artillería disponía solo de municiones para tres o cuatro días de acciones importantes, se prepararon también unos planes de contingencia para tomar posiciones defensivas, dependiendo del grado de éxito del conjunto de la operación. Durante el proceso de planificación, Haig quiso trazar las líneas generales del proyecto de manera colegiada, consultando a expertos y celebrando reuniones con los comandantes y los altos oficiales del estado mayor encargados de lanzar el ataque. Se suponía que sus subordinados y los oficiales de su estado mayor se encargaban de los detalles complejos, pero siempre bajo la sutil dirección de Haig.

> Solicité al comandante del Cuerpo que el sábado me entregara un informe escrito, explicando cómo pensaban cumplir las órdenes que les había dado. El lunes siguiente celebraría otra reunión con los comandantes de los Cuerpos para discutir sus propuestas. Mientras tanto debían considerar los siguientes puntos:
>
> 1. Organización del traslado de las tropas de asalto a sus posiciones de ataque cerca de la primera línea del frente.
>
> 2. Cómo pasar por encima de nuestros obstáculos de alambre. Todas las alambradas deberán ser derribadas ahora pensando en este objetivo.
>
> 3. Estudio del terreno. Los oficiales sobre el terreno deberán corregir diariamente los mapas. Marcar en el mapa las alambradas enemigas, etc.
>
> 4. Preparación de cañones para la destrucción de las alambradas enemigas.

5. Colocación gradual y secreta de los cañones en sus posiciones siguiendo el plan de ataque. Localización gradual de los objetivos, para no llamar la atención.

6. Lo más importante: los oficiales deberán observar *diariamente* la línea enemiga con suma atención. Queremos localizar sus ametralladoras Maxim.

7. La artillería de campaña y las ametralladoras tendrán que seguir a los grupos de asalto, de modo que puedan entrar en acción rápidamente desde nuevas posiciones.

8. Minas. ¿Qué podemos hacer para evitar las minas del enemigo?

9. Zapado del terreno para apoyar los ataques.

10. ¿Podemos trasladar en secreto los morteros de trinchera hasta sus posiciones para concentrar un gran número de ellos contra los objetivos que pretendemos tomar?[6]

General sir Douglas Haig, cuartel general, I Ejército.

La importancia de estas instrucciones es incuestionable. Es evidente que Haig había tomado muy buena nota de lo ocurrido a los franceses en los combates en Champaña y que ya empezaba a bregar con muchos de los problemas fundamentales que implicaba un ataque contra posiciones atrincheradas. En sus apuntes observamos afán por localizar de manera subrepticia la artillería, interés por utilizar una gran cantidad de morteros por sorpresa, conciencia de los graves problemas que representaban las alambradas, gran atención a los preparativos para el traslado de las tropas atacantes y la importancia que daba a la localización de las ametralladoras alemanas, todo ello sin perder de vista la posibilidad de utilizar con rapidez armas de apoyo durante el avance para ayudar a consolidar las conquistas.

Conjuntamente, los miembros del estado mayor de Haig dedicarían gran parte de su tiempo a los detalles relacionados con las operaciones de bombardeo de la artillería que constituían la esencia del plan del comandante en jefe británico. Se hacía hincapié en la destrucción de las profundas trincheras alemanas que, debido al nivel freático de la zona, tenían que ser reforzadas con barricadas de sacos de arena. La idea era

destruirlas por completo, matando a las guarniciones que las defendían e inutilizando todas sus ametralladoras, tras lo cual caería una lluvia de bombas para impedir la llegada de refuerzos alemanes. Para cumplir estos objetivos había que concentrar en Neuve Chapelle la mayoría de las baterías británicas del Frente Occidental. Una vez en la zona, serían cuidadosamente preparadas para abrir fuego solo de manera ocasional, de modo que la llegada de todos esos equipos no atrajera la atención de los alemanes. Para cada cañón se elaboró un programa de disparos, especificando los objetivos, el ritmo de cambio de esos objetivos y el número de salvas. Aunque en su momento pareciera complejo, ese no era más que el comienzo de un proceso que iría desarrollándose de manera espontánea. Era el futuro.

Un problema concreto se hacía cada vez más evidente: los cañones tendrían que acabar con las alambradas alemanas, pues, de lo contrario, la infantería, sometida al fuego enemigo, no conseguiría cruzar la tierra de nadie para atacar. Los alicates y otros instrumentos similares eran simplemente demasiado lentos; los encargados de su manejo quedaban expuestos a graves peligros. Los cañones tendrían que hacer esta labor antes del ataque. ¿Pero cómo? Hasta entonces nunca se había considerado seriamente un problema como este. En la retaguardia se llevaron a cabo pruebas con el fin de determinar cuál era el proyectil más apropiado para despejar la zona de alambradas y calcular cuánto tiempo debía prolongarse el bombardeo. Las bombas de metralla resultaban eficaces para cortar las alambradas en pedazos y separarlas de las estacas; las detonantes, en cambio, hacían saltar por los aires las alambradas, que, al caer al suelo, seguían constituyendo un grave obstáculo.

Surgió un tremendo debate sobre cuánto debía durar el bombardeo preliminar antes de iniciarse el ataque. ¿Tenía que ser breve, del tipo «huracán», o más largo para garantizar la destrucción de los objetivos? Aunque Haig y sus especialistas de artillería no tenían por qué saberlo, lo cierto es que su decisión acabaría estableciendo una dicotomía entre destrucción y supresión. En febrero de 1915, sin embargo, dominaban las consideraciones prácticas, no la teoría. Los cálculos iniciales indicaron que era necesario efectuar un bombardeo de una hora y media de duración, pero, tras muchas discusiones, después de realizar una serie de pruebas se decidió que un bombardeo «huracán» de treinta y cinco minutos sería suficiente para que los proyectiles de 8,4 kilos de sus cañones de campaña acabaran con las alambradas; este tiempo también permitiría que sus obuses de 114 mm y su artillería pesada destruyeran las trincheras con parapeto. Se consideró que era suficiente para acabar con una línea defensiva tan delgada como la que tenían los alemanes en marzo de 1915; los cálculos irían variando más tarde con el desarrollo de la guerra. En total el I Ejército consiguió reunir en secreto 282 cañones de campaña y obuses, además de otras treinta y seis piezas de artillería más pesada. Esto equivalía a un cañón por cada seis metros de frente, proporción que raras veces se igualaría durante el resto del conflicto. Se llevó a cabo un esfuerzo especial para garantizar unas reservas de municiones razonables, aunque ello redujo gravemente el número total de proyectiles destinados a la BEF en el Frente Occidental. Como los alemanes disponían únicamente de veinticuatro cañones de campaña y treinta y seis cañones pesados, los británicos eran con toda claridad superiores gracias a su artillería. Solo unos pocos cañones británicos tuvieron como misión enfrentarse a los cañones alemanes situados en la ladera no visible de las colinas de Aubers. En aquellos momentos las alambradas y las ametralladoras

alemanas eran consideradas un peligro mucho mayor.

La batalla de Neuve Chapelle supuso que por primera vez los británicos sumaran de manera efectiva su aviación al combinado existente de infantería, caballería y artillería. Tras el estallido de la guerra, el reconocimiento fotográfico aéreo había experimentado un avance importante, y las imágenes tomadas permitían la creación de un mapa fotográfico en el que se detallaban las trincheras alemanas a una escala de 1:8.000. También se había progresado mucho en lo concerniente a la observación de artillería desde el aire. El fuego indirecto funcionaba muy bien, pero debía haber alguien que supiera dónde estaba el objetivo para poder corregir el alcance y la dirección todas las veces que fuera necesario. Para disparar «a partir de un mapa» había que contar con unos mapas mucho más precisos y minuciosos y con unas técnicas topográficas muy superiores a las existentes en 1915. El largo alcance de los cañones y las características del terreno hacían que ni siquiera los observadores de primera línea que comunicaban por teléfono las correcciones que debían efectuar los artilleros resultaran de utilidad si el objetivo quedaba oculto detrás de unos árboles o, lo que era peor, detrás de una colina. Disparar conjeturando su localización exacta carecía de sentido, pues no era más que un gasto absurdo de municiones. La gran novedad fue la utilización de aviones provistos de emisoras de radio que permitían enviar los mensajes con las correcciones directamente a las baterías, utilizando unos mapas cuadriculados ordenados por letras y números y un sencillo código basado en el desplazamiento de las manecillas de un reloj para indicar la posición relativa de las bombas mientras estas caían alrededor del objetivo. El 16 de febrero de 1915, apenas iniciado el proceso de planificación del ataque de Neuve Chapelle, Haig convocó al teniente coronel Hugh Trenchard, comandante de la Primera Ala del Real Cuerpo Aéreo (RFC

por sus siglas en inglés), para hablar sobre el tema. No cabe duda de que Trenchard se sintió sumamente alagado por aquella invitación de tan importante personaje.

> Era la primera vez que veía a Haig. Me sentía muy nervioso desde un principio, pues siempre había oído que era una persona muy reservada, austera y seria, y que confiaba poco en el poder aéreo. Me ordenó que me presentara en su cuartel general a eso de las cinco de la tarde, y me hizo preguntas relacionadas con el uso de la aviación en la batalla. Traté de explicarle lo que yo pensaba sobre lo que podría hacer en el futuro, al margen de las misiones de reconocimiento, sobre cómo tendrían que combatir nuestros aparatos en el aire contra los aparatos alemanes y sobre las ametralladoras y las bombas que deberíamos desarrollar. Él parecía muy interesado. Luego dijo que iba a darme una noticia de la que solo tres o cuatro individuos en el mundo estaban al corriente; en marzo, en un determinado lugar situado en las inmediaciones de Merville y Neuve Chapelle, íbamos a lanzar una ofensiva contra los alemanes. Yo debía guardar el secreto. A continuación, me preguntó: «¿Qué sería usted capaz de hacer?». Expliqué, aunque bastante mal, cosas sobre observación de artillería, transmisión de mensajes en código Morse y con señales de luz y sobre nuestros primeros intentos utilizando emisoras de radio. Señalé en el mapa la posición de mis escuadrones y detallé las distintas misiones que podrían llevar a cabo. Cuando terminé, exclamó: «¡Bien, Trenchard! Esperaré a que me confirme antes de iniciarse el ataque si podrá volar o no, pues de sus observaciones para la artillería y de sus operaciones de reconocimiento dependerá en parte la batalla. Si no puede volar por razones climatológicas, probablemente cancelaré el ataque».[7]
>
> Teniente coronel Hugh Trenchard, cuartel general, Primera Ala, RFC.

Cuando alude a esta reunión, Haig ofrece una versión bastante más prosaica: «Le conté el plan y le pedí que me hiciera sus propuestas en lo concerniente a la utilización de aviones en operaciones de reconocimiento y también de observación de artillería». Pero las acciones posteriores de Haig demostraron que el comandante en jefe británico había prestado muchísima atención a Trenchard. El 22 de febrero escribió:

> A las diez de la mañana me dirigí a Merville y celebré allí una reunión para hablar sobre los planes de la ofensiva. Estudié bastante detenidamente los planes que me presentaron e insistí en la necesidad de una preparación metódica y en que cada hombre debía conocer exactamente cuál era su labor. Gracias al fantástico mapa de las trincheras enemigas que teníamos en aquellos momentos, fruto de los reconocimientos aéreos, era por fin posible elaborar cuidadosamente todos nuestros planes.[8]

General sir Douglas Haig, cuartel general, I Ejército.

Esos primeros pasos supusieron el comienzo de una estrecha colaboración entre Haig y Trenchard; una relación que se prolongaría durante el resto de la guerra y que, de hecho, definiría la relación que iba a existir entre la BEF y el RFC en su conjunto. A partir de este momento, las operaciones aéreas serían fundamentales para emprender cualquier gran ofensiva. El reconocimiento y la observación de artillería se convirtieron en el objetivo principal de las operaciones del RFC, y en poco tiempo centenares de aviones del cuerpo estarían plenamente dedicados a este tipo de misiones tan poco sugestivas, pero cruciales. Pensar en misiones de interdicción aérea, con bombarderos atacando para destruir los puntos clave de las líneas de suministro alemanas, era como sufrir una alucinación. En 1915 los aviones no podían transportar un cargamento de bombas suficiente para provocar graves daños, y como el personal encargado de soltar los proyectiles carecía aún de la precisión necesaria, rara vez daba en el blanco. En resumen, el RFC estaba totalmente al servicio de la Real Artillería.

Haig también prestó mucha atención a la planificación del asalto de la infantería. Con la ayuda de fotografías aéreas y pequeños mapas, los oficiales fueron debidamente informados para que supieran a la perfección dónde estaban y qué los aguardaba al otro lado de las líneas alemanas. También se hizo un esfuerzo enorme para mejorar en las trincheras los ramales de comunicación existentes y cavar unas trincheras de reunión, construidas especialmente para que las tropas se pusieran a cubierto y pudieran volver a formar. Cuando llegó la hora de atacar, a las 08.05, Haig pidió a sus hombres que avanzaran lo más rápido posible para aprovechar al máximo la situación de caos y pánico provocada por los bombardeos en las filas alemanas. Todo estaba dispuesto también para avanzar inmediatamente con las ametralladoras y los cañones de

campaña en apoyo de la infantería, y ayudarla así a consolidar las conquistas iniciales. Además, se puso mucho empeño en mejorar las comunicaciones telefónicas para que los generales pudieran saber en todo momento cómo iba desarrollándose la operación. A las 08.35, una vez consolidada la ocupación de la primera línea alemana, se emprendería un segundo ataque, esta vez contra el mismísimo pueblo, para reconquistar las trincheras que en 1914 habían estado en manos de los británicos, la llamada línea Smith-Dorrien. No todas las cosas salieron bien, pero es evidente que estas innovaciones prefiguraron muchos avances futuros.

La lluvia de proyectiles comenzó a las 07.30 del 10 de marzo de 1915. Mientras la mitad de los cañones de campaña británicos lanzaban sus bombas de 8,4 kilos contra las alambradas alemanas cubriéndolas de metralla, la otra mitad se combinaba con las piezas de artillería más pesadas para arrasar las trincheras enemigas. Al cabo de diez minutos, la artillería de campaña empezó a crear una cortina de fuego al este de Neuve Chapelle para impedir la huida de los soldados de la guarnición alemana y la llegada de tropas de refuerzo. La infantería permanecía a la espera, contemplando con asombro el espectáculo.

> El ruido paralizaba prácticamente nuestras facultades mentales. Las bombas pasaban volando por encima de nuestras cabezas, y estábamos cada vez más excitados. No podíamos oírnos unos a otros. Los proyectiles de 8,4 kilos pasaban silbando por encima de nuestras cabezas, y a mucha más altitud, a una altitud mayor que la de la montaña más grande de Europa, las bombas detonantes de los obuses de 381 mm pasaban a toda velocidad como trenes expresos. Al cabo de un rato podíamos localizar los distintos sonidos. No costaba distinguir las trincheras alemanas. Se habían convertido en una gran nube alargada de humo y polvo, con continuos destellos provocados por la explosión de las bombas y enormes masas de material de trinchera y cuerpos humanos volando por encima de la nube de humo. Todo aquello simplemente nos hacía vibrar de entusiasmo. Habríamos podido reír y llorar de tanta emoción. Creíamos que el

> bombardeo estaba ganando la guerra ante nuestros ojos. Es increíble que los hombres de la primera línea alemana lograran escapar. Estábamos convencidos de que íbamos a entrar en tropel por aquella brecha.[9]
>
> Cabo William Andrews, 4.º Batallón del Regimiento Black Watch.

En realidad, las bombas de metralla debían ser perfectamente dirigidas para conseguir un efecto en las alambradas, mientras que alcanzar un sector de las trincheras relativamente pequeño las veces suficientes como para conseguir su destrucción requería un minucioso ajuste de los disparos y una cantidad enorme de bombas detonantes. En vista de las peligrosas consecuencias que podían producirse si la infantería se veía atrapada por el fuego de la artillería y las ametralladoras enemigas cuando estaba al descubierto, los fallos supusieron que la expresión «colgando de la vieja alambrada de espino» enseguida tuviera una resonancia horrible.

> Antes de que pudiera darme cuenta, me encontré ante una alambrada alemana. Estaba a la vista, retorcida, prácticamente entera, pues el bombardeo no había surtido efecto en aquel punto en concreto. No sé muy bien cómo conseguimos cruzarla. Tengo el vago recuerdo de haberla roto con mis manos desnudas y, con la ayuda de uno de mis cabos, de haber arrastrado a un lado los restos de un caballo de Frisia, mientras un alemán nos disparaba desde apenas cuatro o cinco metros de distancia sin lograr alcanzarnos. Después el muchacho debió de salir huyendo, pues recuerdo cómo crucé a rastras el resto de la alambrada.[10]
>
> Teniente Malcolm Kennedy, 2.º Batallón del Regimiento de Cameron (Fusileros Escoceses).

Resulta muy tentador dejarse llevar por dramáticos relatos que hablan de fracasos en vez de prestar atención a otros más prosaicos que hablan de éxitos, y este hecho puede distorsionar nuestra visión, impidiendo que nos demos verdadera cuenta de los progresos que en realidad se hicieron. Cinco de los seis batallones de asalto tomaron sus objetivos tras avanzar unos 1.200 metros sin apenas sufrir pérdidas para luego ocupar Neuve Chapelle y los restos inundados de la línea Smith-Dorrien a eso de las nueve de la mañana. Muchos batallones salieron prácticamente indemnes. También había quedado

demostrado que, siguiendo las nuevas estrategias, los tácticos británicos podían abrir una brecha en las líneas enemigas. Pero la cuestión era la siguiente: ¿serían capaces de avanzar hasta las colinas de Aubers y cruzarlas? Haig recibió de sir John French la autorización para trasladar al frente una brigada de caballería por si era necesaria su intervención en misiones de reconocimiento.

Pero precisamente cuando la ofensiva parecía desarrollarse a la perfección, las cosas empezaron a torcerse. Acabar con los focos de resistencia de los alemanes se convirtió en una empresa difícil de organizar y en exceso costosa. Muchos soldados se encontraban en un estado de absoluta confusión. Como estaban poco habituados a las tensiones propias del combate, era inevitable que muchos de ellos fueran incapaces de pensar con claridad. Aunque los oficiales más jóvenes habían recibido órdenes muy claras, la gran cantidad de bajas sufridas supuso que en muchos casos los suboficiales quedaran al mando sin apenas saber qué se esperaba que hicieran. Los retrasos se multiplicaron, pues las comunicaciones se vieron afectadas por los bombardeos alemanes, a pesar de que se hizo todo lo posible por enterrar las líneas telefónicas. Los minutos comenzaron a parecer horas, mientras Willcocks y Rawlinson, al frente del Cuerpo Indio y el IV Cuerpo, respectivamente, se esforzaban por controlar la situación. No se decidían a ordenar el siguiente avance hacia las colinas de Aubers hasta que los primeros objetivos estuvieran consolidados. Pero cada minuto que pasaba era aprovechado por los alemanes para reorganizar sus reservas y trasladarlas a la zona. Como la brecha que se había abierto en sus líneas era solo de unos dos mil metros, enseguida fueron capaces de taponar el agujero. Durante los tres días siguientes los británicos lanzaron más ata-

ques que se saldaron con graves pérdidas para ellos, sin obtener ningún avance significativo. Al término de la batalla el I Ejército había sufrido 11.652 bajas.

La aventura de Neuve Chapelle no consiguió su objetivo declarado, esto es, ocupar las colinas de Aubers: la conquista de un pueblo en ruinas, Neuve Chapelle, y algo más de tranquilidad en un saliente de importancia secundaria no merecían seguramente pagar un precio tan alto. Pero nunca fue en realidad factible obtener un verdadero triunfo debido a la inexperiencia de casi todos los participantes en operaciones ofensivas. Y la BEF pudo sacar mucho provecho de aquella experiencia. Las innovaciones supervisadas por Haig establecerían numerosos aspectos básicos de las ofensivas lanzadas por los británicos durante el resto de la guerra. Esto no significa que los ajustes fueran perfectos; la perfección alcanzada en el primer intento sería, de hecho, considerable. Pero Neuve Chapelle representaba un inicio prometedor. Haig supo combinar la predisposición a utilizar técnicas innovadoras con un fuerte dominio de los detalles prácticos del arte de la guerra en 1915 para supervisar la creación de unas tácticas para hacer frente a una primera línea alemana bastante débil, respaldada solo por una trinchera de apoyo también débil y sin apenas ayuda de la artillería. Con más experiencia y control de mando habría podido lograrse mucho más.

En cuanto a los franceses, surgió un debate sobre el verdadero significado de las lecciones recibidas. Rawlinson fue de la misma opinión que Langle de Cary.

> Lo que queremos hacer ahora es lo que llamo «morder y no soltar». Arrancar de un mordisco un pedazo de línea enemiga, como en Neuve Chapelle, y no soltarlo por mucho que contraataquen. El mordisco puede darse sin sufrir pérdidas excesivas, y, si elegimos el lugar correcto y hacemos todo tipo de preparativos para ponerlo rápidamente en estado de defensa, no resultará difícil no soltarlo a pesar de los contraataques del enemigo, al que podemos infligir el doble de pérdidas de las sufridas mientras mordíamos su línea.[11]

Teniente general sir Henry Rawlinson, cuartel general, IV Cuerpo.

El problema radicaba en que en 1915 la BEF no tenía ni la artillería ni las bombas necesarias para conseguir que el principio de «morder y no soltar» fuera un método operacional practicable. Además, como táctica, resultaba un sistema demasiado lento para satisfacer las exigencias políticas impuestas a sir John French y a Joffre. Al término de la batalla fue evidente que el sector del frente atacado en Neuve Chapelle había sido muy pequeño, y la brecha abierta fácil de tapar por los alemanes. El resto del año 1915 vería cómo los generales británicos trataban de expandir la longitud del frente atacado, pero sin la artillería y las bombas necesarias para tener alguna posibilidad de éxito.

Segunda batalla de Ypres, 22 de abril de 1915

Tras ceder a una combinación de presiones y circunstancias que le había obligado a trasladar recursos al Frente Oriental, Falkenhayn intentó entonces mantener cierto grado de efecto sorpresa estratégico ocultando la retirada de sus divisiones del Frente Occidental. Como carecía de hombres y municiones para lanzar una ofensiva más convencional, trató de poner a prueba el estancamiento que se había producido en Ypres utilizando una nueva arma secreta alemana: el gas venenoso. A las 17.00 horas del 22 de abril de 1915, su IV Ejército atacó en Ypres con ciento sesenta y ocho toneladas de cloro en botellas de acero vertidas en forma de nube. Tanto alemanes como franceses ya habían probado aquel gas potencialmente letal sin apenas consecuencias, pero esta vez la cosa sería completamente distinta. Las tropas germanas estaban equipadas de sencillos respiradores. Sin embargo, a pesar de los informes de los servicios de inteligencia que advertían de aquella posibilidad, los Aliados no se habían dado por enterados, prefiriendo creer que los alemanes no serían capaces de caer tan bajo. (El uso de gas había sido expresamente prohibido por la

convención de La Haya de 1907.) En consecuencia, los soldados de la 45.ª División (Argelina) y de la 87.ª División (Territorial) francesas que defendían el sector norte del saliente se vieron sorprendidos sin disponer de máscaras con las que protegerse. El gas cloro penetró en sus cuerpos, quemándolos y asfixiándolos y destruyendo sus pulmones. El coronel Henri Mordacq, oficial de estado mayor de la 45.ª División, sería testigo directo de aquel caos.

> El espectáculo era más que lamentable; era trágico. Por todas partes había fugitivos: territoriales, «joyeux»,[12] *tirailleurs*, zuavos, artilleros desarmados, todos despavoridos, sin su abrigo o llevándolo completamente desabrochado, corriendo como locos, suplicando a gritos un poco de agua, escupiendo sangre, algunos incluso retorciéndose en el suelo esforzándose desesperadamente por respirar. Durante un buen rato no pude dejar de fijarme en particular en un «joyeux» que, tambaleante, pedía a gritos agua y, al verme, exclamó: «¡Coronel! ¡Estos bastardos nos han envenenado!». No se hizo nada para detener a aquellos hombres que huían desconcertados. Enseguida desistimos. Ya no eran soldados a la fuga, sino pobres almas que habían enloquecido de repente. A lo largo de todo el canal el espectáculo se repetía: ignorando las balas y las bombas, desde las dos orillas había venido un tropel de víctimas desgraciadas suplicando un poco de agua para aliviar aquel terrible sufrimiento.[13]
>
> Coronel Henri Mordacq, cuartel general, 45.ª División.

Tras la huida despavorida de las unidades francesas, la siguiente en la línea por el sur era la 1.ª División canadiense de la recién llegada Fuerza Expedicionaria Canadiense (CEF por sus siglas en inglés). Sus hombres inmediatamente se dirigieron hacia el norte y se abrieron paso para intentar taponar la brecha que ponía en peligro la seguridad de todo el saliente. El teniente coronel Arthur Currie se vio atrapado en la tragedia.

> Nos habíamos quedado un poquito demasiado tiempo en la localidad de Saint-Julien mientras sus calles se llenaban de aquel gas letal. Algunos ordenanzas nuestros a duras penas pudieron escapar, y varios miembros del estado mayor del cuartel general tuvieron que ser trasladados al hospital. Yo mismo había tragado una buena dosis de aquello. Cuando lo inhalas por primera vez no resulta desagradable, pues no huele distinto del cloroformo, pero enseguida pica en la membrana mucosa de la boca, en los ojos y en la nariz. Sientes como si los pulmones estuvieran llenos de reúma. Sus tejidos empiezan a calentarse y

a romperse, y cuesta muchísimo recuperarse, si es que uno llega a recuperarse después de que parte del «relleno» de sus pulmones ha quedado prácticamente destrozada. Entonces no nos dábamos cuenta verdaderamente del horror de aquella nueva forma de guerra tan cobarde e inhumana, pero habríamos debido saber que los alemanes consideran la guerra un juego en el que los jueces y los árbitros no tienen cabida.[14]

Teniente coronel Arthur Currie,
3.ª Brigada, 1.ª División, Fuerza Expedicionaria Canadiense.

Esta es la reacción que prevalecía ante el uso de gas venenoso por parte de los alemanes: que era antideportivo e inhumano. Las tropas canadienses del frente se libraron en su mayoría de los peores efectos del gas, pero las unidades de reserva que avanzaban los sufrieron enormemente. Al final, pudieron resistir a fuerza de coraje, así como gracias a que cerca del frente de Ypres los alemanes no disponían de suficientes reservas para aprovechar el éxito obtenido. El propio secretismo que exigía la presencia de tantísimos cilindros de gas en primera línea, junto con una falta de confianza en sus toscos respiradores, desaconsejó encomendar al IV Ejército alemán la finalización con contundencia de la labor emprendida. Los ataques no se reemprenderían de hecho hasta el 24 de abril, momento en el que los canadienses ya habían podido reorganizarse bastante bien, lo que les permitiría luchar magníficamente y detener el curso de los acontecimientos. Los británicos trasladaron reservas al norte en refuerzo del II Ejército de Smith-Dorrien, principal responsable de casi todo el saliente de Ypres. Estas reservas incluían un número importante de batallones del Ejército Territorial. Eran unidades que formaban parte de una antigua tradición británica de soldados a tiempo parcial, originalmente en distintos tipo de milicia, pero que en 1908 habían sido reorganizados para crear batallones de voluntarios dependientes de los regimientos regionales, cuyo entrenamiento se llevaba a cabo unos días determinados por la noche, los fines de semana y en el curso de una acampada anual. En un principio su participación estaba

prevista únicamente dentro del territorio nacional, pero pronto se ofreció la posibilidad de servir en el extranjero, por lo que las unidades mejor consideradas habían comenzado a llegar al Frente Occidental en 1914. Apodados «los soldados del sábado noche», estos hombres recibían una instrucción que estaba por debajo de los antiguos parámetros «regulares», pero solían tener muchas ganas de aprender. En 1915, el proceso de refuerzo se vio acelerado, pero seguían planteándose algunas cuestiones, como, por ejemplo, si estaban debidamente preparados para entrar en acción. Para muchos soldados rasos y oficiales inexpertos de la 50.ª División, una formación de Northumbria, Ypres sería una durísima introducción a la guerra.

> Nos dimos cuenta de que la única manera de avanzar era hacerlo por tandas: unos cuantos hombres, a las órdenes de un oficial o un suboficial, se adelantaban corriendo y luego se echaban al suelo para recuperar el aliento. Se trataba de que todos los hombres utilizaran la cabeza con valentía. Progresamos muchísimos y ocupamos una sólida línea con un seto delante de ella, lo cual nos protegía un poco. Frente a esta posición se abría un gran campo abierto, y al otro lado de ese campo, a unos pocos cientos de metros de distancia, estaba el pueblo de SaintJulien, y en él los alemanes. Cruzar el campo sin recibir apoyo de la artillería era una empresa imposible, pero habíamos recibido la orden de avanzar. Sin embargo, en aquellos momentos nuestra posición junto a la granja estaba siendo tan bombardeada que, en lo concerniente a nuestra seguridad, poco importaba dónde estuviéramos. Comenzamos nuestro último avance, haciendo un par de carreras o tres. Acababa de hacer la última, y estaba a punto de echarme al suelo, cuando sentí un fuerte impacto en la espalda y caí de bruces. El dolor era inmenso, y enseguida noté otro impacto en la espalda, también extremadamente violento. Cada vez me costaba más respirar y me preguntaba si iba a conseguir salir de aquel lugar.[15]
>
> Capitán William Watson-Armstrong,
> 1/7.º Batallón de Fusileros de Northumberland.

Muchos contraataques británicos ordenados por sir John French tenían pocas posibilidades de éxito, por lo que se saldaron con numerosas bajas. Pero cuando los alemanes reemprendieron la ofensiva pudieron comprobar que, en líneas generales, los británicos oponían una férrea resistencia. El precio

que tuvieron que pagar por ello lo indica el siguiente relato del soldado William Quinton, que se encontraba en la línea de apoyo de la colina 60 cuando su batallón sufrió un ataque con gas la tarde del 1 de mayo.

> De pronto, sobre nuestra primera línea vimos flotar lo que parecían finas nubes de humo gris moviéndose lentamente por la acción de un viento ligero. Estaban suspendidas sobre el suelo, a una altura de unos dos metros y medio, y se acercaban tan despacio que un hombre andando habría podido mantenerse lejos de ellas. «¡GAS!» La palabra empezó a correr rápidamente entre nosotros. En aquellos momentos no nos aterrorizaba porque aún no lo habíamos probado. A toda prisa, sacamos de los macutos los cinturones de franela, los empapamos de agua y nos los atamos alrededor de la boca y la nariz. De repente, por el ramal de comunicación de la trinchera llegaron precipitadamente unas figuras vestidas de color caqui. Se les salían los ojos, y se agarraban el cuello con las manos. Avanzaban a trompicones, y algunos cayeron y quedaron tirados en el suelo de la trinchera retorciéndose y jadeando porque se asfixiaban. Los que venían detrás tropezaban con ellos. Si alguna vez el miedo había hecho desvariar a unos hombres, era a ellos. Los que quedábamos de nuestra sección permanecíamos agazapados en un extremo del ramal de comunicación de la trinchera. A juzgar por el número de hombres que acababa de llegar, nuestra primera línea había sido abandonada, y en aquellos momentos aguardábamos a que se produjera el primer asalto de los alemanes. Pero no aparecieron. Nuestro peor enemigo se encontraba ahora a unos metros de nosotros, en forma de nubes de gas. Pronto pudimos olerlo: no tengo palabras para describir las sensaciones que tuvimos al inhalarlo por primera vez. Empezamos a ahogarnos, a escupir y a toser. Sentía que los pulmones me ardían y estaban a punto de estallar, y como si en mis ojos se clavaran alfileres al rojo vivo. El primer impulso fue salir corriendo. Pero ya habíamos visto a varios hombres correr hacia una muerte segura, conscientes de lo que hacían, en vez de quedarse allí, agonizando, hasta perecer asfixiados. Era una de esas raras ocasiones en las que uno no sabe lo que está haciendo realmente. El que se quedaba no era más valiente que el que salía corriendo. Permanecíamos allí agazapados, aterrorizados, desconcertados. Un gran proyectil explosionó en el parapeto que nos cobijaba. Quedamos prácticamente sepultados por la tierra que caía. El joven Addington, un muchacho más o menos de mi edad, chillaba con todas sus fuerzas mientras intentaba liberar sus piernas, enterradas bajo los escombros. Lo consiguió, y antes de que pudiéramos detenerlo, salió corriendo, ¡Dios sabe hacia dónde! Entonces vimos la razón de sus gritos. Había perdido el brazo izquierdo, arrancado brutalmente por encima del codo. Dejó un rastro de sangre en mi casaca mientras pasaba enloquecido por encima de mí en su precipitada huida.[16]
>
> Soldado William Quinton, 1.er Regimiento de Bedfordshire.

Más tarde el batallón de Quinton avanzó para ocupar la primera línea del frente, donde encontró a los hombres que no habían podido escapar de aquellas nubes de gas.

> Con el rostro negro, el cuello de la guerrera y de la camisa desabrochado en un último intento desesperado por respirar, muchos de ellos yacían inmóviles, mientras otros aún se retorcían y pataleaban, sufriendo la agonía de la muerte más terrible que se haya visto. Por si fuera poco, algunos presentaban heridas, unas heridas profundas y en carne viva de las que seguía manando sangre. Un pobre diablo se llevaba las manos a la garganta. Dudo que supiera, o sintiera, que solo le quedaba una mano, y que en el lugar de la otra no había más que un muñón. Movía aquel muñón alrededor de la garganta como si la mano aún estuviera allí, y la sangre que manaba de él no paraba de correrle por el rostro y el cuello completamente ennegrecidos. Al cabo de unos pocos minutos dejó de moverse. Y luego unos espasmos antes de expirar.[17]
>
> Soldado William Quinton, 1.er Regimiento de Bedfordshire.

Poco a poco las tropas británicas fueron recibiendo máscaras antigás que, aunque al principio apenas tuvieran utilidad, más tarde resultarían sumamente efectivas. Así pues, el gas se convirtió en un arma más del enorme arsenal de guerra. Los ingleses, a pesar de todas sus objeciones morales de los primeros momentos, utilizarían gas antes de que acabara el año.

En Ypres los combates se prolongaron meses y meses. Oficialmente, la batalla comenzó el 22 de abril y terminó el 31 de mayo, período en el que las bajas británicas ascendieron a sesenta mil (contrariamente a sus predicciones, los contraataques acabaron hinchando el total), y, según los cálculos, los alemanes sufrieron unas treinta y cinco mil (entre muertos, heridos y desaparecidos). En el alto mando británico había cierto resentimiento porque los franceses no habían enviado refuerzos en sustitución de sus dos maltrechas divisiones, pero esto esquiva la cuestión de que con anterioridad los ingleses no habían respetado su palabra de asumir la defensa del saliente de Ypres. Al final, los británicos no tuvieron más remedio que retirarse de los extremos del saliente que quedaron desprotegidos a raíz del ataque lanzado inicialmente por los

alemanes el 22 de abril. A un precio muy alto pudo establecerse una nueva línea que, aunque hostigada una y otra vez por los alemanes, consiguió resistir. Quizá la BEF hubiera debido de abandonar todo el saliente de Ypres para replegarse a una línea menos sinuosa y más fácil de defender. Pero no había apenas margen de maniobra, y la inversión de carácter emocional que suponía mantener la última esquina de Bélgica libre del azote alemán no era tan fácil de ignorar. Así pues, el saliente de Ypres se convirtió en un lugar de horror para las tropas británicas.

Las ofensivas de la primavera, mayo de 1915

Joffre había decidido lanzar otra gran ofensiva. Confiaba en que Francia hubiera aprendido las lecciones de Artois, Champaña y Saint-Mihiel, y quería aprovechar la merma de fuerzas que sufrían los alemanes en el Frente Occidental, y aliviar al mismo tiempo la presión sobre los rusos y los serbios. Tenía la intención de lanzar un nuevo ataque en las colinas de Vimy, en Artois. La gran pregunta era: ¿quién había aprendido más de las primeras batallas de 1915? Joffre concebía un ataque masivo y continuo, sin dar tregua al enemigo: «A todas las tropas de la ofensiva, sea cual sea su rango, se les inculcará una idea: avanzar, ir más allá de las primeras trincheras conquistadas, seguir atacando, sin dar tregua, hasta las últimas consecuencias».[18] ¿Habían concebido por fin los franceses y los británicos un método apropiado para romper las líneas alemanas? ¿O habían descubierto los alemanes una manera más efectiva de mantenerlos a raya? Es evidente que los alemanes habían estado bastante ocupados para poder hacer realidad las conclusiones a las que habían llegado tras estudiar cuál era el mejor sistema para repeler los ataques. Aunque seguía siendo una especie de mantra la idea de que la primera línea debía ser defendida hasta la muerte y que cada palmo de terreno perdido debía ser recuperado inmediatamente con un

contraataque, también se reconocía la necesidad de disponer de múltiples líneas defensivas conectadas unas con otras mediante una serie de comunicación, con trincheras profundas para proteger a las tropas de los bombardeos de la artillería. También se procedió a reforzar las trincheras para hacerlas más resistentes a los cañonazos del enemigo y a colocar en lugares estratégicos nidos de ametralladora bien guarnecidos para mejorar la eficacia del fuego de enfilada a través de la tierra de nadie, además de aumentar tanto la cantidad como el espesor de las alambradas para impedirle el paso al enemigo. Esta empresa, sin embargo, se vería afectada por la falta de mano de obra, el elemento imprescindible para desarrollar plenamente semejante programa de reformas. Pero en el diagrama no había solo una curva de aprendizaje; no estamos ante una historia simplista de continuos progresos con un bando superando los problemas de la guerra de trincheras y avanzando con paso firme hacia la victoria. La cosa se parece más bien a dos montañas rusas: una aliada y otra alemana, cada una con su propia vía, pero con sus trenes discurriendo juntos, unas veces situándose relativamente en un punto «alto» y otras en uno «bajo», «subiendo» o «precipitándose», dependiendo de una combinación de circunstancias: sus últimas innovaciones tácticas, su capacidad de asimilar las lecciones aprendidas en los combates, los avances tácticos de su enemigo y el factor restrictivo de la disponibilidad (o no) de recursos militares. Así pues, una táctica que parecía funcionar bien un mes, podía resultar desastrosa apenas unas semanas después.

El asalto a las colinas de Vimy sería llevado cabo por el X Ejército francés, ya a las órdenes del general Victor d'Urbal, mientras la BEF lanzaba un ataque de apoyo en el sector de los montes de Aubers. Por la izquierda, el X Ejército atacaría en la colina de Notre-Dame de Lorette, mientras que por la

derecha el ataque principal tendría por objetivo las mismísimas colinas de Vimy. Se trataba de un plan ambicioso, pues los alemanes habían hecho muchos progresos con la construcción de un fuerte sistema defensivo. Los preparativos de los franceses fueron exhaustivos, con reconocimiento fotográfico aéreo con el fin de determinar los objetivos para lo que entonces se consideraba un intenso bombardeo de artillería con más de mil cañones, que comenzó el 4 de mayo. Cuando la infantería se lanzó al ataque a las diez de la mañana del 9 de mayo, únicamente el XXXIII Cuerpo, comandado por el general Philippe Pétain, consiguió avanzar por el centro, abriéndose paso violentamente hasta alcanzar las colinas de Vimy. Pero los alemanes respondieron con un contraataque contundente que lo hizo retroceder poco antes de que anocheciera. El problema era cada vez más claro: la metodología utilizada para tomar un enclave estratégico podía ser utilizada también por el otro bando para reclamarla. El combate iba degenerando en un baño de sangre mientras los franceses avanzaban a duras penas a través del espolón de Notre-Dame de Lorette. Fue una verdadera carnicería.

Por su parte, los británicos habían contribuido con la batalla de las colinas de Aubers, en la que el I Ejército de Haig lanzó dos ofensivas que convergieron en este terreno elevado. Su infantería atacó a las 05.40 del 9 de mayo, después de un bombardeo de unos cuarenta minutos por parte de 636 cañones. Esta lluvia de proyectiles resultó poco eficaz contra la organización defensiva alemana, que invalidó los avances tácticos británicos puestos a prueba en Neuve Chapelle apenas dos meses antes. La mayor parte de la infantería fue abatida cuando intentaba cruzar la tierra de nadie. Simultáneamente, cada vez estaba más claro que la guerra ganaba en intensidad. En aquellos momentos, no solo los alemanes cavaban más líneas de trincheras, sino que su artillería demostraba mayor pericia

a la hora de hostigar con bombas el frente del enemigo y destruir sus ramales de comunicación. Las tropas de refuerzo corrían peligro incluso mucho antes de llegar a la primera línea.

> La metralla de las bombas detonantes y la de las bombas corrientes eran un azote en los quinientos metros de ramal de comunicaciones que conducía a primera línea. Parecía como si por todos los lados se erigieran sólidos muros de bombas. Los terraplenes del enemigo y toda la región, al menos hasta unos ochocientos metros de distancia, estaban cubiertos por una niebla de humo amarillento, a través de la cual se veían grandes destellos. El humo oscurecía literalmente el sol. Por todas partes había ramas que se habían partido y árboles caídos. De vez en cuando caía una bomba en una casa en ruinas, y de los escombros se levantaba una densa nube de polvo que parecía propiamente niebla londinense. Constantemente estallaban en nuestro terraplén bombas de humo negro, matando y mutilando a muchos hombres. Campbell, el criado de Merrilee, estaba irreconocible sin los dos brazos, la cabeza y una pierna. El que salió peor parado de mi pelotón fue Carson, pues lo que quedó de él había podido ser enterrado en una cajetilla de cigarrillos. Sin darnos tregua, las balas de los fusiles alemanes pasaban silbando por encima de nuestras cabezas, de modo que continué escudándome detrás del parapeto. Me parecía imposible conseguir llegar a la primera línea. Por fin pudimos avanzar. Recorrimos el ramal de comunicación a una velocidad increíble. Los heridos se arrastraban por el pasadizo, y los muertos eran incontables. Finalmente, llegamos a la primera línea.[19]
>
> Teniente segundo Lionel Sotheby, 2.º Batallón del Regimiento Black Watch.

El I Ejército de Haig tuvo inmediatamente un gravísimo problema: se encontraba sin cañones suficientes, sin municiones suficientes y con muchas bombas defectuosas. Pero lo peor era que todas las trincheras de los alemanes eran más sólidas, y su artillería comenzaba actuar de manera coordinada, mostrándose capaz de generar cortinas de fuego impenetrables que podían sellar el frente, haciendo que la infantería de asalto británico fuera aún más susceptible de verse superada por los contraataques alemanes. La combinación de explosiones de bombas y cadáveres, de muertos y heridos esparcidos por las trincheras, imposibilitaba prácticamente que los refuerzos pudieran avanzar. Al final, el 2.º Batallón del Regimiento Black Watch se lanzó al ataque, pero en pocas horas

había sufrido unas quinientas bajas; en todos los sectores se repitió el mismo patrón. Desde el punto de vista psicológico, esta circunstancia afectó gravemente a las tropas.

> Hoy me siento una persona distinta, incapaz de reír, de sonreír, de hacer nada. Me parece como si estuviera en un sueño. La próxima vez los alemanes sabrán lo que es bueno. En cuanto una de esas alambradas se venga abajo, y estemos frente a frente, los mataremos, y esta idea me excita; quiero aplastarlos. Con un poco de suerte, se me presentará la oportunidad.[20]
>
> Teniente segundo Lionel Sotheby, 2.º Batallón del Regimiento Black Watch.

Haig suspendió el ataque tras fracasar el segundo intento. Los británicos no habían podido contribuir de manera eficaz al desarrollo de la batalla principal que seguía librándose más al sur, en Artois. Las presiones de los franceses los llevaron a intentarlo de nuevo el 15 de mayo en la que sería la batalla de Festubert. Fue un completo desastre. Las tropas británicas, relativamente inexpertas, seguían sin dominar las complejidades de varios elementos fundamentales para alzarse con una victoria: el apoyo de la artillería, una organización precisa del sistema de mando y control o las sesiones informativas a distintos niveles, y el adiestramiento especial necesario para cumplir eficazmente la misión.

En la zona de Arras, poco a poco, con gran esfuerzo y dificultad, los franceses intentaron abrirse paso para capturar una serie de importantes puntos estratégicos antes de poner en marcha la segunda fase de la ofensiva de Artois el 16 de junio. Seis días antes, cambiando de un objetivo a otro, unas imponentes cortinas de fuego de amplio alcance trataron de ocultar lo que se estaba llevando a cabo. Cada cortina de fuego parecía empequeñecer a su predecesora, pero nunca era suficiente. Ya empezaba a resultar evidente que, aunque una prolongada lluvia de proyectiles pudiera servir para arrasar las defensas alemanas, también avisaba al enemigo del lugar y del momento del siguiente bombardeo, permitiéndole prepararse debida-

mente. Cuando por fin se produjo el asalto, sus frutos fueron irrisorios, y el número de bajas imponente. La ofensiva fue suspendida formalmente el 25 de junio. Francia estaba desangrándose, a punto de quedarse sin recursos.

El fracaso de sus ofensivas de la primavera no alteró la perspectiva general que tenía Joffre de la guerra. En su opinión, la situación no había cambiado: franceses y británicos todavía debían soportar la carga del Frente Occidental para ayudar a Rusia en el Frente Oriental. Consideraba la fijación de los británicos con la campaña de Galípoli, iniciada en 1915, una distracción sumamente costosa que no aportaba nada a la lucha contra el principal enemigo real, Alemania. La cuestión de Rusia era muy distinta: el imperio del zar había desplegado cientos de miles de soldados contra los alemanes, y debía recibir todo el apoyo posible, como expresaría claramente el 14 de agosto el ministro de Guerra francés en una de sus cartas.

> El ejército ruso ha tenido que replegarse estos últimos tres meses, período durante el cual las pérdidas sufridas diariamente en el campo de batalla han sido cuantiosas. Todos los oficiales que han regresado del frente dicen que es imposible describir los horrores de esa lucha continua; una lucha en la que la artillería se ha quedado sin municiones, y la infantería sin fusiles. Es por ello por lo que nuestra ofensiva se espera con gran impaciencia. Me han asegurado que en todos los lugares se repite insistentemente la misma pregunta: ¿qué están haciendo los franceses?[21]
>
> Alexandre Millerand, ministro de Guerra.

Se trataba de una de las exigencias de la guerra de alianzas, y Joffre había decidido que Francia no podía abandonar a Rusia a su suerte, y no iba a hacerlo. Los británicos debían seguir la estela de los franceses, pues hasta entonces su contribución había sido normalmente poco entusiasta, escasa, en gran medida simbólica y de importancia secundaria.

Las ofensivas del otoño, 25 de septiembre de 1915

En el momento de planificar sus ofensivas del otoño, Joffre ajustó su visión de las operaciones para reflejar en ellas lo que se había aprendido en las campañas anteriores. Pero las lecciones no estaban para nada claras, y en el alto mando francés comenzó a surgir un gran desacuerdo en lo concerniente a la manera de proceder. En vez de abrir en un pequeño sector del frente una brecha fácil de cubrir, Joffre se decantaba por lanzar en un sector mucho más amplio una serie de grandes ofensivas que se apoyaran unas en otras para provocar la mayor confusión posible en el alto mando alemán, impedir un despliegue concentrado de las reservas enemigas y precipitar una ruptura general de las líneas en el punto decisivo. Foch, sin embargo, prefería emprender un ataque metódico más restringido, en cierta manera siguiendo el concepto de «morder y no soltar», consistente en una serie de pasos cuidadosamente planeados y preparados, definidos por el alcance de las baterías de la artillería de campaña. Pétain, un alto oficial de menor graduación, pero cada vez más respetado, veía la guerra en términos de desgaste. En su opinión, la victoria recaería en el último hombre que quedara en pie, por lo que abogaba por seguir una estrategia principalmente defensiva para conservar la mayor cantidad posible de recursos humanos, emprendiendo únicamente ataques limitados y bien preparados con el fin de evitar pérdidas excesivas. La tragedia de los franceses sería que no solo estas propuestas eran desacertadas, sino que tampoco ofrecían una solución coherente a los problemas que suponía lanzar con éxito una ofensiva en las condiciones en las que se encontraba el Frente Occidental en 1915. Semana tras semana, mes tras mes, las líneas alemanas fueron mejorando su solidez: más trincheras y alambradas, refugios subterráneos más profundos, fortificaciones de hormigón y reductos independientes. Se creó un segundo sistema de trincheras, que normalmente discurría a unos tres kilómetros del primero,

fuera del alcance de la artillería de campaña y situado, cuando era posible, en la ladera posterior de alguna colina para que el enemigo no lo tuviera a la vista. Además, la artillería alemana había empezado a pulir sus tácticas, preparando distintos tipos de cortinas de fuego para responder a las distintas fases de los ataques franceses. Así pues, había una cortina de fuego contra las trincheras de formación, un violento bombardeo de la primera línea francesa y por último otra cortina de fuego sobre la tierra de nadie para detener el ataque y aislar a todos los soldados que lograran adentrarse en el frente alemán.

Es cierto que había disminuido el número de soldados alemanes en el Frente Occidental debido al traslado de diversas unidades al Frente Oriental, pero también es cierto que los que quedaron estaban cada vez mejor atrincherados. Joffre tenía una respuesta para aquel aumento de defensas alemanas: borrarlas de la faz de la tierra. Quería más artillería pesada que nunca, para que su número de piezas se aproximara lo más posible al de la artillería de campaña. En consecuencia, en el verano de 1915 los franceses ya disponían de 3.538 cañones pesados y 4.646 cañones de campaña. El objetivo consistía en utilizar estas piezas como un antiguo ariete en una nueva versión de la guerra de asedio.

Tras un exhaustivo análisis de las distintas opciones por parte de su estado mayor, Joffre decidió emprender las ofensivas del otoño en Artois y Champaña el 25 de septiembre. El aliciente que representaban las colinas de Vimy en Artois y los enlaces ferroviarios situados justo detrás de las líneas alemanas en Mézières, en Champaña, seguía siendo tan fuerte como antes. Esta vez el ataque principal sería llevado a cabo en Champaña por el IV Ejército, con una serie de ataques «secundarios» que emprenderían ese mismo día en Artois y en Loos el X Ejército francés y el I Ejército británico, respectivamente. Con estos últimos asaltos se esperaba alejar las reser-

vas alemanas de la zona del ataque principal. Además, Joffre confiaba en que las ofensivas de Artois y Champaña recortaran el llamado saliente de Noyon que apuntaba hacia París. En julio de 1915, en el curso de una conferencia celebrada en Chantilly para establecer una política aliada común, Joffre manifestó sus preferencias estratégicas, y los británicos, que se negaban en un principio a aceptar sus órdenes directas, al final cedieron. El secretario de Estado para la Guerra británico, el mariscal de campo lord Kitchener, y sir John French habrían preferido esperar hasta 1916, que, en su opinión, era cuando los Aliados iban a estar debidamente preparados para atacar con la máxima contundencia, pero el continuo deterioro de la situación de los rusos puso fin a tanta ambigüedad. Para los británicos, la ofensiva de Loos constituiría la «Gran Ofensiva», el momento en el que sus «Nuevos» Ejércitos empezarían por fin a desempeñar un papel trascendental en la guerra; para los franceses era simplemente más de lo mismo.

Las defensas alemanas que encontró el X Ejército francés en la zona de Vimy eran excepcionalmente fuertes, y los ataques lanzados a las 12.25 del 25 de septiembre tuvieron poco éxito. Aquel intento de avance fue una empresa demoledora para la infantería gala; en cuestión de poco tiempo, muchos de sus soldados tendrían que resignarse a una muerte anunciada.

> «En avant!» La orden pasaba de uno a otro rápidamente, como si la transmitiera una corriente eléctrica. Sin dudarlo, saltamos el parapeto. Muchos hombres fueron alcanzados de inmediato por las balas enemigas, cayendo desplomados en las trincheras. Con todo su vigor, los supervivientes se abalanzaron sobre el enemigo, a voz en grito. Los disparos se intensificaron aún más; el fuego de los fusiles y las ametralladoras era atronador. Las balas venían desde todas las direcciones. El traqueteo penetraba hasta el fondo de mis oídos; el estrépito era continuo. Una bala arranca el «cero» del cuello de mi guerrera, otras atraviesan mi abrigo y hacen trizas el pañuelo que llevo en los pantalones. La cortina de fuego de artillería nos rodea. El ruido es indescriptible; explosiones horribles y grandes nubes de humo irritante por todas partes. A mi alrededor se van cayendo los hombres de mi grupo de asalto, destrozados, unos encima de

otros. El asistente corría detrás de mí; estaba herido en la frente, y la sangre goteaba de su mejilla. Revólver en mano, gritaba: «¡Estos bastardos! ¡Han agujereado mi petaca de coñac! *En avant! En avant!*», mostrándose aparentemente indiferente a sus heridas. Pero otra bala acaba con él. Durante unos larguísimos segundos, sigo adelante, con la bayoneta calada. ¿Cuánto camino he recorrido? ¿Cincuenta metros? ¿Cien? No tengo ni idea. De pronto, algo me detiene bruscamente y me hacer caer de bruces en el suelo, aunque no suelto mi fusil. Una bala, o un pedazo de metralla, me ha alcanzado, pero en aquellos momentos no supe de qué se trataba ni dónde había sido el impacto. Inmediatamente me puse en pie y seguí avanzando, buscando un agujero en el que cobijarme. Pero siempre sin soltar mi fusil. ¿Cómo seguir adelante? Descuelgo todo el equipo, la cartuchera, la bandolera, y me tiro a un cráter abierto por una bomba. Será mi salvación. A duras penas escondido en aquel agujero profundo, puedo recuperar el aliento y pensar. Noto que me han herido en la nalga izquierda; no paro de sangrar, pero no me preocupa. Quiero salvar el pellejo, y me olvido completamente del dolor. Las balas siguen silbando, caen bombas, y los pocos que todavía están en pie no tardan en caer abatidos.[22]

Sargento Émile Morin, 60.º Regimiento de Infantería.

Si bien se hicieron algunos progresos en el espolón de Notre-Dame de Lorette, en dirección a Souchez, más al sur la historia fue muy distinta, pues se produjo una verdadera matanza sin ganar nada a cambio. Los ataques emprendidos al día siguiente dieron sus frutos, como, por ejemplo, la captura de Souchez y otras conquistas importantes en las colinas de Vimy, pero Joffre, que empezaba a perder la fe en la operación, los consideró más una demostración de valentía para incitar a los británicos a atacar más al norte, en Loos, antes de que las operaciones fueran suspendidas el 30 de septiembre.

La acción principal del plan de Joffre era la ofensiva del II y el IV Ejército en la región de Champaña en un frente que de nuevo se extendía desde Auberive hasta Massiges, con otros ataques de apoyo concentrados principalmente en un sombrío escenario de muerte, las colinas del bosque de Perthes. A las 09.15 del 25 de septiembre una fuerza enorme de dieciocho divisiones se lanzaron contra las posiciones alemanas. Una oleada tras otra, las tropas avanzaron por tierra de nadie. En algunos lugares consiguieron abrirse paso, utilizando soldados

especialmente adiestrados para barrer los focos de resistencia alemanes, mientras las tropas de asalto pasaban a ocupar las siguientes trincheras. En algunos lugares lograron incluso rebasar tres líneas alemanas, suscitando grandes esperanzas de conseguir un avance real. Pero a dos kilómetros y medio o tres de este primer sistema de trincheras alemanas aguardaba al acecho un segundo sistema intacto que, desde su posición en las laderas posteriores de las colinas, cortaba el paso. Durante los días siguientes, los franceses trataron de superarlo, pero tuvieron muchas dificultades para trasladar a la zona la artillería necesaria. Por su parte, los alemanes pudieron contar con sus reservas, que respondían con contundencia en cuanto el enemigo les arrebataba un palmo de tierra, fuera donde fuere. Los ataques posteriores se saldaron con muy poco territorio ganado a cambio de pérdidas cada vez mayores hasta que por fin Joffre se vio obligado de nuevo a suspender la ofensiva el 30 de septiembre.

Así pues, las grandes ofensivas de Artois y Champaña concluyeron de manera ignominiosa. En octubre hubo algún intento de reemprenderlas que no vino más que a aumentar el número de bajas francesas sin obtener ganancia alguna. Los campos de batalla de Champaña se habían convertido en verdaderos escenarios de horror para los soldados galos: todo a su alrededor era un descorazonador paisaje de devastación que los engullía.

> ¡Los campos de batalla de Champaña ofrecían una curiosa visión! Terreno húmedo, calcáreo, blanco y gris. Un poco de vegetación junto a la salida del campamento —unos cuantos arbolillos— y luego esa gran llanura triste y desolada, como un enorme cementerio de vivos. Tras marchar una hora a campo abierto, avanzamos en fila india por los ramales de comunicación de las trincheras llenos de agua y de lodo blancuzco y viscoso, en medio de un frío gélido. Desde que nos pusimos en marcha, llovió sin interrupción; era una especie de aguanieve. Después de tres largas horas caminando, llegamos a las trincheras. ¡Qué estado tan lamentable presentaban, llenas de porquería! No paraba de llover. Ocupamos la trinchera de primera línea y vimos que los alemanes estaban

> apenas a cien metros de nosotros. Al margen de algún ataque sorpresa, ya no era una guerra de bombas y granadas; la verdadera amenaza venía de la artillería. En aquellos momentos el sector estaba en calma. La temperatura era realmente gélida, había parado de llover, pero aquello era un verdadero barrizal que nos cubría de la cabeza a los pies. Esa tarde la mitad de mi sección no estaba de guardia. Cuando cayó la noche, nos dividimos para formar diez parejas. Detrás de los parapetos, a unos dos metros de profundidad, tuvimos que sacar el agua que inundaba nuestros refugios: su nivel alcanzaba los cincuenta centímetros de altura. Agua que no paraba de filtrarse por las paredes. Organizamos una cadena y utilizamos un cubo hecho de lona que nos íbamos pasando para arrojar el agua al otro lado del parapeto. Después de una hora y media de duro trabajo, nos envolvimos en nuestras mantas completamente empapadas y descansamos apoyando la cabeza en la pared (por fortuna los cascos nos protegían, al menos un poco, de tanta humedad). Tratamos de echar un sueñecito, pero el frío no nos dejaba. Además, el agua seguía filtrándose, y enseguida tuvimos que repetir la operación. De vez en cuando el estallido de una bomba nos recordaba la realidad de nuestra posición.[23]
>
> Cabo Henri Laporte, 2.º Batallón, 151.º Regimiento de Infantería.

Los franceses habían disparado casi cinco millones de proyectiles en aquella operación de avance que tanto se les resistía, sufriendo además 191.795 bajas en las ofensivas de Artois y Champaña. Pero sus esfuerzos fueron en vano, pues los alemanes habían mejorado notablemente sus defensas y sus tácticas.

La batalla de Loos

Los británicos tuvieron que contribuir a la ofensiva francesa del otoño lanzando un ataque a gran escala —y en un frente lo más amplio posible— en Loos el 25 de septiembre de 1915. Los últimos meses del verano se habían caracterizado por sus intentos de eludir la acción, utilizando un sinfín de pretextos, pero sir John French recibió un serio aviso del inflexible Joffre, que tenía la firme determinación de que la BEF atacara junto con el X Ejército en Artois. Pero había muchas razones para estar preocupados. El ataque sería llevado a cabo por el IV Cuerpo de Rawlinson y el I Cuerpo del general sir Hubert Gough, perteneciente al I Ejército de Haig. Pero la BEF carecía de los cañones y los proyectiles ne-

cesarios para emprender un bombardeo en un frente tan amplio. Solo disponía de 533 cañones para cubrir un frente de 11.200 metros de trincheras alemanas perfectamente fortificadas. Ante esta situación desesperada, se decidió utilizar por primera vez una nube de gas para cubrir el abismo que separaba su ambición de la realidad. No podía efectuarse un intenso bombardeo como en Neuve Chapelle; era sencillamente imposible. En su lugar, un bombardeo preliminar de cuatro días para debilitar al máximo las defensas alemanas precedería el vertido de gas y el asalto de la infantería a través de la tierra de nadie. Enseguida comenzaron los preparativos para el ataque con gas.

> El 19 llegaron los cilindros de gas: no hay palabras para expresar lo que los hombres pensaban de esos cilindros mientras combatían y sudaban en aquellas angostas trincheras, engalanadas de cables de teléfono sueltos en los que unas veces se les enredaba el cuello, y otras los pies. Fue entonces cuando se les instruyó en el manejo de los cilindros, enseñándoles lo que debían hacer si sufrían los efectos del gas o si un disparo directo alcanzaba uno de esos cilindros antes del ataque o durante el mismo. El día 20 todo estaba dispuesto. Todos los cilindros estaban preparados. Las largas boquillas dobles rectangulares por las que iba a salir el gas desde el parapeto estaban listas para ser utilizadas. El 25 de septiembre, cuando se acercaba la hora «cero», estábamos perfectamente preparados. Las boquillas ya habían sido enroscadas en los cilindros, y allí estábamos nosotros con las máscaras antigás. A las cinco y media de la mañana lanzamos el gas. Delante de nuestra división el viento soplaba en la dirección adecuada y con la fuerza necesaria: el gas se expandía según lo previsto. Cuando se vaciaron los cilindros, cayó una cortina de humo, las trincheras se unieron con plataformas de madera, y la infantería, protegida con máscaras antigás, se lanzó al ataque a las 06.30.[24]
>
> Teniente H. G. Picton Davies,
> 4.º Batallón del Real Regimiento de Fusileros de Gales.

La infantería británica, con sus máscaras antigás parecidas a pasamontañas para protegerse de su propio gas, era, en líneas generales, inexperta, y los relatos de sus soldados cuando cuentan cómo se lanzaron al ataque a menudo revelan cierta despreocupación fruto de la ingenuidad.

> Recuerdo cómo respiraba con dificultad y avanzaba a trompicones. Después de llevar puesto aquello unos cuantos minutos, pensé que había llegado la hora de respirar un poco de aire, pues no me parecía tan mal, de modo que me quité la máscara. Por un momento pensé que estaba completamente solo en tierra de nadie, pero de pronto empecé a tropezar con unos hombres heridos, tres exactamente. Les cogí una pala, un pico y una chapa de artillería. Así pues, cargado con todo ese equipamiento de más, seguí avanzando hacia las líneas alemanas. Entonces, cuando estuve a unos veinte metros de sus alambradas, me di cuenta de que tal vez hubiera todavía allí algunos alemanes, y de que no podría pelear cargado con toda aquella impedimenta, y la arrojé a un lado. Llegué a la primera línea alemana, y parecía mucho más profunda que nuestras trincheras; pensé que allí no había nadie, aunque enseguida aparecieron otros miembros de la Compañía «D», y empezamos a ponernos manos a la obra para consolidar la posición. Pronto nos quedamos sin sacos de arena, por lo que se organizó un grupo de trabajo para ir en busca de más en tierra de nadie. Entonces uno de mis hombres me dijo: «¡Cabo! ¡En ese refugio hay algunos alemanes!». Yo le dije: «Bien, hazlos salir». Él replicó: «¡Cabo! ¡No quieren salir!». Y yo exclamé: «¡Eso habrá que verlo!». Por lo visto, había dos entradas o salidas en aquel refugio en concreto, de modo que coloqué a dos hombres en una de ellas, y me dirigí a la otra en compañía de uno de mis soldados. Yo llevaba la bayoneta calada, y él una granada en la mano. Grité: «¿Hay alguien aquí?». Una voz contestó en inglés: «¡Sí!». Pregunté: «¿Cuántos sois?». Y la respuesta fue: «¡Dos!». Ordené que salieran de uno en uno, y nos retiramos a la entrada del refugio. Al final aparecieron nueve alemanes, y nos apropiamos de sus magníficos cascos.[25]
>
> Cabo Reginald Thorpe-Tracey, 1/6.º Batallón del Regimiento de Londres.

Aunque al principio del ataque a Loos tuvieron algunos éxitos, al final los británicos no consiguieron romper la segunda línea alemana. Además, el despliegue de sus divisiones de reserva se vio afectado por problemas de mando y control, pues, siguiendo órdenes de sir John French, estas unidades británicas habían permanecido en una posición demasiado atrasada para poder entrar en acción en el momento preciso, provocando una gran disminución de la intensidad. El combate se prolongó varios días. Aunque los británicos incorporaron a la batalla tropas frescas, los alemanes supieron mover sus reservas, y el enfrentamiento degeneró en la consabida sucesión de ataques y contraataques. Las bajas de los ingleses en

Loos ascendieron a unas 50.500, y las de los alemanes a unas 20.000. La guerra en el continente había obligado por fin a la BEF a intervenir activamente.

A medida que 1915 llegaba a su fin, resultaba cada vez más evidente que, por mucho que los Aliados hubieran hecho notables progresos tácticos, los alemanes habían introducido importantes mejoras en su sistema defensivo que impedían que dichos progresos dieran los frutos esperados. En cierto modo, desde un punto de vista táctico los alemanes estaban ascendiendo por su montaña rusa: múltiples líneas de trincheras bien construidas; nuevos refugios subterráneos más profundos; alambradas más espesas y complejas formando imponentes barreras; la utilización de un número superior de ametralladoras cuyos campos de tiro se superponían con un efecto letal; el uso de pueblos y casas de campo para crear sólidos reductos; una gran cantidad de baterías de artillería permanentemente en alerta, siempre dispuestas a abrir fuego contra todo lo que asomara por encima de la superficie del suelo. En Francia, ya habían empezado a levantarse voces críticas en contra de Joffre y su manera de dirigir la guerra. Y no es de extrañar, pues a finales de 1915 los franceses habían sufrido más de dos millones de bajas, 730.000 de las cuales eran muertos. La imposibilidad de Joffre de coronar con éxito sus operaciones, a pesar de sacrificar tantísimas vidas francesas, había dañado gravemente su reputación, aunque su condición de vencedor del Marne lo protegiera de momento.

Su homólogo británico fue menos afortunado. Tal vez no fuera lo correcto, pero el fracaso de las ofensivas británicas de 1915 —y en particular la catástrofe de Loos— exigía encontrar un chivo expiatorio, y el mariscal de campo sir John French era el candidato lógico. En verdad, French, a pesar de la capacidad demostrada en la guerra de los bóers como jefe de caballería, no había estado nunca a la altura de lo que exi-

gía su cargo en aquel nuevo escenario bélico tan aterrador. Había actuado torpemente desde el punto de vista táctico, no había sabido establecer la relación que se esperaba con sus homólogos franceses, había carecido del dominio administrativo necesario en una situación logística tan horrible como aquella, y no había tenido una visión profunda de la guerra que lo guiara para superar los retos a los que debían hacer frente diariamente sus tropas. Sobre todo, sir John French había perdido la confianza de sus jefes políticos. Así pues, el 19 de diciembre de 1915, después de algunos tejemanejes, fue sustituido como comandante en jefe por el general sir Douglas Haig. A medida que se acercaba 1916, para la BEF resultaba cada vez más evidente que las batallas de Neuve Chapelle, las colinas de Aubers, Festubert y Loos en las que había participado eran simples escaramuzas en comparación con las que había librado el ejército francés a lo largo de 1915. Los franceses habían seguido soportando la carga de la guerra contra Alemania en el Frente Occidental, y el número de sus bajas había sido terriblemente elevado. Su sacrificio en vidas humanas era lo único que había dado a la BEF el tiempo necesario para reunir sus propios recursos y enseñar a sus hombres las nociones básicas del lenguaje de la guerra.

La expansión de la BEF se remontaba a 1914, siendo uno de sus principales responsables el mariscal Kitchener, considerado por muchos el mejor soldado británico de su generación. Sin equivocarse desde un principio, Kitchener estaba plenamente convencido de que la guerra sería una tarea larga y ardua, que iba a medirse en años y que sin duda alguna no iba a estar «acabada para Navidad». Era un hombre independiente que no veía con agrado la idea de expandir el Ejército Territorial, de cuyos elementos desconfiaba tachándolos de «soldados aficionados». Sin embargo, sí era de la opinión de crear una nueva fuerza formada por cientos de miles de hombres,

con una nueva estructura de «batallones de servicio» voluntario unidos a los distintos regimientos regionales. Se puso en marcha una brillante campaña de reclutamiento en la que la imagen más emblemática era un cartel en el que aparecía el propio Kitchener con el siguiente eslogan: «¡Tu país te necesita!». El entusiasmo con el que comenzaron a responder los británicos no tenía precedentes, y en poco tiempo las nuevas legiones del «Ejército de Kitchener» permitieron expandir la BEF hasta convertirla en un verdadero ejército continental. Pero aquel enorme número de soldados novatos era increíblemente inexperto. ¿Les darían los alemanes la oportunidad de curtirse en la guerra como miembros de verdaderas unidades de combate?

6

El Frente Oriental, 1915

Por lo que respecta a Rusia, ganar simplemente terreno parecía que tenía menos importancia de lo habitual. Lo esencial era aplastar la máquina de combate del enemigo.[1]

General de división Erich von Falkenhayn,
cuartel general, ejército alemán.

El Frente Oriental pasaría a ocupar en 1915 el centro de la escena. Aunque el general Erich von Falkenhayn, jefe del estado mayor general alemán, estaba convencido de la primacía del Frente Occidental, se había visto obligado a corregir sus planes, presionado por las fuerzas existentes dentro de la jerarquía política y militar de Alemania, y a enviar refuerzos al este, donde los dos astros del momento, Hindenburg y Ludendorff, estaban claramente en pleno ascenso. En lo más crudo del crudo invierno el Frente Oriental se había helado y, aunque el ritmo de los combates se había lentificado, las mentes de los oficiales del estado mayor corrían a toda velocidad planeando nuevos movimientos. Trabajando en colaboración con el jefe del estado mayor austríaco, general Franz Conrad von Hötzendorf, Ludendorff había acordado llevar a cabo un programa de ofensivas casi simultáneas, de los austríacos en Galicia y de los alemanes en Prusia Oriental, con el fin de maximizar su impacto y con la ambiciosa intención global de obligar a los rusos a evacuar el centro de Polonia o arriesgarse a quedar aislados. Los alemanes habían reorganizado sus fuerzas y habían logrado componer un nuevo X Ejército en Prusia Oriental, aprovechando las divisiones que habían conseguido sacar a Falkenhayn, a pesar de su renuencia.

Además, los rusos seguían enzarzados en un debate cada vez más encarnizado entre los que consideraban que debían concentrarse en atacar a los alemanes en Prusia Oriental o Si-

lesia y los que propugnaban una nueva ofensiva en Galicia y los Cárpatos en un intento de sacar literalmente a puntapiés de la guerra a los austrohúngaros. No era una coincidencia que uno de los principales defensores del primer planteamiento fuera el general Nikolái Ruzsky, al mando del Frente del Noroeste, mientras que la otra facción estaba encabezada por el general Nikolái Ivánov, que comandaba el Frente del Suroeste. Estas tensiones dieron lugar a una ostensible falta de cooperación y a que no se concentraran los recursos necesarios para llevar a cabo una línea de acción conjunta, pues los altos mandos de uno y otro frente siguieron aferrados cada uno a sus propios planes. A la hora de la verdad, Ruzsky decidió lanzar una nueva ofensiva en Prusia Oriental a mediados de febrero, antes de lo cual congregó lentamente a su nuevo XII Ejército en torno al sector del río Narew, en la frontera meridional de Prusia Oriental. Sin embargo, los planes de los rusos quedaron en nada cuando los alemanes se les adelantaron y atacaron primero.

El 7 de febrero de 1915, Ludendorff lanzó la segunda batalla de los lagos Masurianos mediante un ataque en dos puntas del X Ejército por el norte y del VIII Ejército por el sur, cada uno de los cuales se lanzó contra uno de los flancos del X Ejército ruso que ocupaba en Prusia Oriental una línea defensiva encajada entre el mar y los lagos Masurianos. Como ocurría en el Frente Occidental, en esta fase de la guerra las defensas de trincheras de los rusos no eran demasiado sofisticadas, y a menudo consistían en poco más que una zanja profunda, habitualmente sin líneas de apoyo ni ramales de comunicación. Además el X Ejército tampoco estaba en muy buena forma, su moral se hallaba por los suelos, y muchas de sus unidades eran consideradas solo de segunda línea. La escasez de fusiles y de municiones significaba que los refuerzos llegaban a menudo desarmados al frente, confiando en expoliar los

cuerpos de los caídos para quitarles las armas. El tiempo era horroroso, y las estruendosas ventiscas reducían la visibilidad casi a cero. Al principio los rusos fueron pillados por sorpresa. Las tropas alemanas se concentraron en uno y otro flanco, y luego arremetieron hacia delante con la intención de cortar las vías de escape y poder ganar otra batalla de aniquilación. Lo consiguieron al menos parcialmente, pero los rusos empezaron enseguida a replegarse y a los alemanes les costó trabajo mantener el ímpetu inicial en unas condiciones tan terribles. Los dos bandos tuvieron problemas de mando y de control, pero el grueso del X Ejército ruso logró escapar de la red retirándose a Rusia, aunque la suerte corrida por el XX Cuerpo —aislado y atrapado en las oscuras profundidades del boque de Augustów— demuestra lo que habría podido pasar. Tras el asedio fallido de la fortaleza de Osowiec, los ataques alemanes se centraron en el este, intentando abrirse camino hasta el interior de Rusia con el propósito de crear una zona que hiciera de tapón. Sin embargo, en el mes de marzo los alemanes se retiraron a sus propias fronteras, debido a la poderosa presión del X y el XII Ejército ruso. Posteriormente Hindenburg y Ludendorff dirían que habían conseguido una gran victoria, subrayando que habían liberado la última franja de territorio continental alemán ocupado. Falkenhayn era menos optimista, considerando que había sido un éxito insignificante que había costado la vida a demasiados refuerzos muy bien entrenados mientras que a los rusos solo les había costado carne de cañón, de la que disponía de unas reservas casi inagotables.

La contribución austríaca a las ofensivas de invierno había empezado en realidad antes, el 23 de enero de 1915, cuando Conrad ordenó avanzar a sus tropas, con la asistencia del Grupo de Ejércitos Sur (*Heeresgruppe Süd*), austro-alemán. Se trataba de un plan audaz, cabría decir suicida, consistente en lanzar una serie de ataques para asegurarse el control de los

puertos de la zona occidental y central de los Cárpatos en medio del frío glacial de enero. Tenía también por objeto penetrar en el interior de Galicia y liberar la fortaleza sitiada de Przemyśl. Por el este debía llevarse a cabo otro ataque por los flancos, en dirección a Bukovina. Las condiciones reinantes en los Cárpatos hicieron que las operaciones militares resultaran casi imposibles. Los soldados descubrieron que los cerrojos de sus fusiles se congelaban y no era posible disparar; el avance a través de los puertos se llevó a cabo a paso de tortuga. Los cadáveres congelados yacían a montones por el terreno, pues resultaba imposible enterrarlos. Consiguieron realizar algún avance, aunque a un coste terrible. No tardó en hacerse patente que no iba a poder conseguirse ningún resultado importante, y de liberar Przemyśl ni siquiera cabía hablar. Entonces los rusos contraatacaron y la situación se deterioró todavía más para los austríacos, pero también los rusos quedarían bloqueados debido a las horribles condiciones atmosféricas reinantes, con un número de bajas por ambas partes que fueron hinchándose debido a los múltiples efectos de la exposición a la intemperie y de la congelación. A primeros de marzo, la suerte que pudiera correr Przemyśl empezó a dominar los pensamientos de los austríacos. La guarnición había lanzado ocasionalmente algún que otro intento de romper el cerco, pero todos habían sido rechazados con facilidad por los rusos. Estos, sin embargo, tampoco fueron capaces de echar abajo la fortaleza debido a sus continuos problemas en el despliegue de la artillería superpesada necesaria para destruir las fortificaciones. Pero al final las reservas empezaron a agotarse y, al no tener esperanza de recibir ayuda, la guarnición acabó por rendirse el 22 de marzo.

Aquellos momentos fueron desesperados para los austríacos, con un ejército multinacional que, expuesto a tanta presión, empezó a descomponerse en sus extremos. Durante toda

la guerra se había venido especulando con la idea de que las diversas nacionalidades —checos, ucranianos, húngaros y los distintos grupos eslavos— se rendían con demasiada facilidad o, peor aún, se pasaban voluntariamente al bando enemigo. Estos rumores tuvieron un efecto corrosivo sobre la moral de las tropas y contribuirían en gran medida a socavar la actuación del ejército austrohúngaro durante el resto de la guerra.

Con la caída de Przemyśl, Ivánov tuvo por fin la posibilidad de lanzar una gran ofensiva contra el Frente Suroeste con el objetivo de conquistar los puertos de los Cárpatos y derrotar por fin a los austríacos. Para facilitar este plan, se ordenó al Frente Noroeste adoptar una postura defensiva, lo que inmediatamente desencadenó la dimisión de un Ruzsky ya «agotado». Su sustituto sería el general Mikhail Alekséyev, que había sido jefe de estado mayor de Ivánov, y del que la Stavka esperaba que estableciera una coordinación mejor con su antiguo superior. La decepción no podría ser mayor, pues en cuanto llegó al cuartel general del Frente Noroeste, Alekséyev hizo inmediatamente suyos todos los argumentos esgrimidos por Ruzsky con el celo de un converso. Esta situación provocó que siguieran sin liberarse tropas suficientes que permitieran a Ivánov sacar provecho de sus éxitos iniciales contra el ejército austrohúngaro. El deshielo de la primavera trajo consigo un problema adicional al provocar inundaciones que hicieron impracticables muchos pasos de montaña. La ofensiva rusa de los Cárpatos fue suspendida por fin el 10 de abril. Por entonces se calculaba que en 1915 los austríacos habían sufrido ya unas 750.000 bajas. Cuando Ivánov reunió el mayor número de fuerzas que pudo para la siguiente fase del combate, daba la impresión de que el Imperio Austrohúngaro estaba acabado, sobre todo porque su vieja enemiga, Italia, estaba pensando en entrar en la guerra poniéndose de parte de los Aliados,

en un intento de obtener ganancias territoriales a expensas de Austria. Sin embargo, estaban movilizándose contra la autoridad de Ivánov unas fuerzas muy poderosas.

El inminente hundimiento del Imperio Austrohúngaro no dejó a Falkenhayn más opción que acceder a las lastimosas peticiones de refuerzos que llegaban del Frente Oriental. Aquello era algo que iba totalmente contra sus inclinaciones, favorables sin duda alguna a concentrar las fuerzas alemanas en el Frente Occidental. Sin embargo, estaba decidido a mantener cierto control estratégico sobre lo que estaba pasando, resistiéndose a la idea de ceder simplemente nuevas divisiones a Hindenburg. Por el contrario, Falkenhayn adoptó un plan ideado, en parte, por Conrad, consistente en enviar desde el Frente Occidental ocho divisiones para que formaran un nuevo XI Ejército, que debía unirse al III y al IV Ejército austríaco formando un grupo de ejército independiente, que estaría al mando del general August von Mackensen y debería ser desplegado en la región de Cracovia para lanzar una ofensiva contra el III Ejército ruso en el sector Gorlice-Tarnów, cuya intención era alcanzar una superioridad numérica en la zona. Esta disposición tenía la ventaja adicional de poner a las tropas austríacas bajo el mando de los alemanes, creando una fuerza de unos 300.000 hombres. Mackensen tenía además la ventaja inestimable de contar con una concentración enorme de piezas de artillería: unos 1.700 cañones, de los cuales más de 500 eran artillería pesada, provistos de un abundantísimo suministro de municiones. Para Falkenhayn contaba además mucho una consideración política, a saber, el hecho de que Mackensen no actuaba bajo la égida del equipo Hindenburg-Ludendorff. Las tensiones que habían creado la fractura del alto mando alemán por la cuestión de una gran estrategia en el este o en el oeste empezaban a dejarse sentir.

Antes de que diera comienzo la ofensiva de Mackensen se desarrolló una abundante actividad de diversión, con ataques de los alemanes por el norte y de los austríacos por el sur con el fin de distraer la atención de los rusos y de que no se fijaran en el sector crucial. En cualquier caso los rusos ignoraron los diversos informes de los servicios de inteligencia que avisaban de la concentración de fuerzas alemanas en la región de Cracovia, enfrascados como estaban en sus preparativos de una ofensiva en los Cárpatos. Los rusos se vieron entorpecidos, además, por la continua incapacidad de los altos mandos del Frente Suroeste y del Frente Noroeste de colaborar de modo significativo. El resultado fue que se dejó al III Ejército, al mando del general Radkó Dimítriev, frente a unas fuerzas inmensamente superiores. Debido a un exceso de confianza, Dimítriev no se aseguró de que sus hombres se atrincheraran debidamente en un frente que se extendía desde el Vístula hasta los Cárpatos a lo largo de los ríos Dunajec y Biala. Mackensen tenía planeado utilizar sus cañones para destruir las frágiles defensas existentes entre Gorlice y Tarnów, permitiendo a sus tres ejércitos penetrar en las líneas rusas, de modo que el XII Ejército alemán siguiera adelante por el frente mientras el III y el IV Ejército austríaco avanzaban escalonadamente por uno y otro lado protegiendo los flancos.

Cuando los cañones abrieron fuego el 1 de mayo de 1915, todo marchó según los planes previstos mientras las bombas alemanas y austríacas aplastaban las sencillas líneas de trincheras rusas, matando y enterrando a muchos. Los que salieron huyendo para salvar su vida perecieron masacrados por la metralla de los cañones de combate alemanes. Cuando la infantería se lanzó al ataque el 2 de mayo fue una especie de desfile militar, pues no tuvo más que avanzar aplastando la línea Dunajec-Biala. Las escasísimas reservas rusas fueron arrojadas a la hoguera y no contribuyeron más que a alimentar

el fuego. El III Ejército —o lo que quedaba de él— se retiró a la desbandada hasta el río San, y los ejércitos situados a uno y otro lado de él fueron obligados a imitarlo o a ser destruidos. Los alemanes rompieron luego la línea del río San y se colaron por ella, dando incluso la impresión de que Przemyśl podría caer. Ni siquiera la noticia de que los italianos habían decidido finalmente unirse a los Aliados el 23 de mayo de 1915 pudo hacer nada para salvar a los rusos. Los alemanes y los austríacos poseían a todas luces la artillería pesada —y superpesada— de la que los rusos habían carecido notoriamente durante el asedio de la fortaleza. La prudencia se reveló el mejor componente del valor y Przemyśl cayó sin lucha el 4 de junio, mientras que la ciudad de Lemberg fue reconquistada el 22 del mismo mes. Todo lo que los rusos habían ganado en 1914 se esfumó de golpe.

A mediados de junio la situación de los rusos era desesperada. La acometida encabezada por los alemanes había desestabilizado toda su línea y la Polonia rusa parecía particularmente vulnerable a la entrada de las fuerzas alemanas que campaban ya por sus respetos en Prusia Oriental y Galicia. Al final el gran duque Nicolás y la Stavka ratificaron la retirada de los rusos de Galicia, mientras decidían aferrarse a Varsovia y a sus posesiones polacas. Para los alemanes, ahora que los austríacos actuaban con firmeza bajo su dirección, parecía que solo se les abrían más y más oportunidades: se prepararon ataques en Galicia, Polonia y Lituania al norte y el comienzo de las tres operaciones estaba previsto para mediados de julio. Falkenhayn seguía teniendo el control general y rechazó los planes de una gigantesca batalla de envolvimiento presentados por Ludendorff, y prefirió debilitar las fuerzas rusas en sucesivas batallas férreamente controladas usando su artillería a modo de ariete. Sobre todo estaba decidido a no repetir el error cometido por Napoleón y a no aventurarse a penetrar

demasiado en el interior de Rusia. En aquellos momentos era verano; pero en Rusia el invierno no parece estar nunca demasiado lejos.

Una característica de esta serie de ofensivas consistía en concentrar un elevadísimo número de tropas en las fronteras norte y sur de la Polonia rusa, con la intención de atravesar con contundencia las líneas y conquistar Varsovia. Si los rusos intentaban retener la ciudad se arriesgarían a otro desastre como el de Tannenberg. Al final no tuvieron más remedio que replegarse, cediendo por fin a los alemanes el control de Varsovia el 5 de agosto. A finales de mes los rusos habían perdido toda la Polonia rusa, pero en su retirada emprendieron una política de tierra quemada, destruyendo e incendiando todo lo que pudiera resultar de algún valor para los alemanes. Los rusos perdían terreno también en otros lugares, retirándose en la zona de las provincias bálticas ante el empuje de los alemanes, que amenazaba el importante puerto de Riga. Para Falkenhayn fue aquella una época extraña: al tiempo que disfrutaba de los éxitos conseguidos, en el fondo seguía teniendo el convencimiento de que era imposible obtener una victoria definitiva sobre Rusia. Incluso durante aquellos triunfos gloriosos, los alemanes y los austrohúngaros siguieron sufriendo un número totalmente inaceptable de bajas. Las dos bestias negras del enfrentamiento con los rusos eran las inmensas distancias y los inagotables recursos humanos de Rusia. Falkenhayn estaba decidido a controlar las actividades más ambiciosas de Hindenburg y Ludendorff; de hecho, tras crear el grupo de ejército de Mackensen para que actuara con independencia de los austríacos, creó un nuevo grupo central alemán capitaneado por el príncipe Leopoldo de Baviera, con mando independiente, diluyendo así todavía más el poder de Hindenburg. Lo que Falkenhayn seguía deseando en realidad era alcanzar una paz por separado con Rusia, pero sus compa-

triotas estaban deslumbrados por los éxitos conseguidos y no eran capaces de contemplar el tipo de cesiones territoriales que habrían tentado a los rusos a abandonar a sus aliados. Peor aún, los sondeos realizados entre los rusos fueron rechazados sin contemplaciones. Falkenhayn tendría que negociar no causar a Rusia más que unos daños a largo plazo que permitieran apuntalar la posición del Imperio Austrohúngaro. Se trataba de algo que, a su juicio, ya se había conseguido al acabar el verano de 1915. A finales de septiembre, la conjunción de la creciente resistencia de los rusos y la insistencia de Falkenhayn en la necesidad de retirar tropas para enviarlas de nuevo al Frente Occidental obligaron a los alemanes a detenerse. Su atrincheramiento ponía de manifiesto que la guerra todavía no había acabado en el este.

Los rusos no se habían rendido. Habían perdido más de 500 kilómetros de territorio y habían sufrido más de dos millones de bajas, pero con todo y con eso su ejército seguía reforzándose. De hecho, tácticamente la nueva línea de defensa tenía bastantes méritos, pues era más segura que el complicado saliente de Polonia. La actual línea iba desde las proximidades de Riga por el norte hasta el río Dniéster y la frontera con Rumanía, circunstancia que suponía una reducción de su longitud total de casi 1.800 kilómetros a poco más de 1.000, ahorro que permitiría la creación de una gran reserva por detrás de las nuevas posiciones defensivas. Otra ventaja era la superioridad del terreno defensivo que ocupaban ahora los rusos. El conjunto de lagos, ríos, bosques y la vastedad de las marismas del Prípiat ayudó a reforzar la línea, haciendo que fuera menos vulnerable a avances repentinos. Esencialmente la posición de los rusos se había fortalecido.

Los rusos se volcaron entonces en una reorganización total de su alto mando. En la punta de la pirámide, el gran duque Nicolás fue cesado y sustituido como jefe titular por el zar Ni-

colás II el 1 de noviembre de 1915. El zar nombró jefe de estado mayor de la Stavka al general Mikhail Alekséyev, que en último término sería el responsable de la dirección de los ejércitos rusos. Estos se dividirían ahora en tres frentes: el Frente Norte, con el general Nikolái Ruzsky de nuevo al mando (aunque en febrero de 1916 sería sustituido por el general Alexéi Kuropatkin); el Frente Oeste, al mando del general Alexéi Évert; y el Frente Suroeste, comandado por el general Nikolái Ivánov, aunque en marzo de 1916 también sería sustituido por el general Alexéi Brusílov. Nacido en 1853, Brusílov había prestado servicio como joven oficial en la guerra ruso-turca de 1870, para convertirse luego en un aclamado experto en caballería que sería ascendido al rango de teniente general. Durante la guerra destacó por su actuación, demostrando una rara combinación de agresividad y de agudeza táctica. En 1916 estaba seguro de haber tomado la medida a los austríacos, siempre y cuando pudiera enfrentarse a ellos sin la intromisión de los alemanes.

Animado por unas perspectivas tan halagüeñas, el nuevo alto mando ruso empezó a pensar conjuntamente en las posibilidades de 1916. De hecho, en una conferencia celebrada en Chantilly en diciembre de 1915, los Aliados se mostraron entusiasmados ante la idea de coordinar sus ofensivas para golpear a los alemanes en los dos frentes a la vez, de modo que no pudieran trasladar divisiones de un frente a otro. De ese modo, mientras los franceses y los ingleses atacaban en el Somme, los rusos lanzarían una nueva gran ofensiva en el Frente Oriental en junio de 1916. Acordaron también que, si uno de ellos era atacado, todos los demás actuarían al unísono para aliviar la situación lanzando sus propios ataques.

Pero antes de que acabara el año había un enemigo al que Falkenhayn reconocía que era posible hacer frente de forma continuada durante el período de gracia otorgado por las su-

cesivas derrotas sufridas por Rusia en 1915: Serbia. Falkenhayn asignó al XI Ejército alemán la tarea de unirse a los ejércitos austríacos comandados por Conrad para arremeter contra Serbia bajo el mando conjunto de Mackensen. Iban a contar además con la ayuda de un nuevo aliado, los búlgaros, que habían quedado gratamente impresionados por el éxito de la batalla de Gorlice-Tarnów y habían entablado negociaciones serias con la intención de entrar en la guerra al lado de las Potencias Centrales. Alemania aprovechó astutamente los resentimientos de los búlgaros, que venían del severo trato dispensado a Bulgaria en la segunda fase de las guerras de los Balcanes de 1912, y les ofreció sustanciosas ganancias territoriales a expensas de Serbia o, en todo caso, de cualquier otro país balcánico que tuviera la osadía de unirse a los Aliados. Estos movimientos diplomáticos fueron coordinados para que coincidieran con la ofensiva de Mackensen, cuyo comienzo estaba previsto para primeros de octubre de 1915, con la intención expresa no solo de obligar a Serbia a salir de la guerra, sino también de abrir una vía terrestre a través de Serbia y Bulgaria hasta Turquía, que permitiera el paso de los cañones y municiones enviados para ayudar a los turcos en la campaña de Galípoli. La contradiplomacia de los Aliados, incluido un ultimátum desesperado proveniente de Rusia, no obtuvo resultado alguno: los búlgaros, encabezados por el zar Fernando I, estaban decididos a unirse a las Potencias Centrales.

El 6 de octubre, Mackensen lanzó su acometida con un bombardeo pesado que causó estragos en las posiciones serbias a lo largo de los ríos Sava y Danubio. El XI Ejército alemán y el III Ejército austríaco lograron establecer importantes cabezas de puente y, una vez rota la integridad de las líneas fluviales serbias, la simple superioridad numérica obligó a los serbios a retirarse y Belgrado volvió a caer el 9 de octubre. Luego, el día 14 de este mismo mes, el I y el II Ejército búl-

garo invadieron Serbia por el este. La campaña que se desencadenó a continuación fue brutal. Pero las Potencias Centrales habían subestimado la irreductibilidad de los serbios y las repercusiones del invierno en las áreas montañosas de la zona central de los Balcanes. Con la figura totémica de su líder, el ya achacoso mariscal Radomir Putnik, desplazándose en automóvil, los serbios eludieron todos los intentos de cortarles la retirada y se replegaron a través de los puertos de montaña a Montenegro y Albania. Pese a los estragos causados por las enfermedades, el frío mortal del crudísimo invierno, la falta de alimentos y medios de transporte, y acosados todo el tiempo por las guerrillas hostiles de los albaneses, con poca o ninguna esperanza de recibir ayuda, los supervivientes lograron abrirse paso hasta las costas de Albania, donde tenían la esperanza de ser evacuados y rescatados por la Marina Real británica. Las Potencias Centrales habían conquistado Serbia, pero el ejército serbio seguiría luchando. Era un magnífico ejemplo de las dificultades que acarrea hacer una guerra contra unos estados nación que no aceptan la derrota.

A finales de 1915 las potencias centrales no habían conseguido la victoria decisiva en el Frente Oriental. Falkenhayn no había pensado nunca que lo consiguieran; para él no era más que un escenario secundario. No podía contemplar ninguna circunstancia en la que el número de hombres perdidos obligara a los rusos a rendirse; y tampoco podía imaginar qué objetivos tácticos o qué ciudades habría que conquistar para hacer que los rusos se rindieran. Sus tropas habían tomado Varsovia sin que en los rusos se percibiera ni una pizca de derrotismo. Como especialista en historia militar, el jefe del estado mayor general alemán tenía los conocimientos suficientes para saber que no debía seguir avanzando hacia Moscú; por esa vía lo único que cabía esperar era la locura y la derrota. Falkenhayn solo había regresado al Frente Oriental para re-

forzar a los austríacos. Con los rusos acorralados de momento, los búlgaros al lado de las Potencias Centrales y los serbios aparentemente vencidos, su mente volvió al Frente Occidental. Una vez más los trenes militares empezaron a trasladar divisiones alemanas, esta vez de este a oeste.

7

Galípoli, 1915

Es una de las grandes campañas de la historia. Pensemos qué representa Constantinopla en Oriente. Mucho más que Londres, París y Berlín juntas en Occidente. Pensemos cómo ha dominado Oriente. Pensemos qué significara su caída.[1]

Sir Winston Churchill, primer lord del Almirantazgo.

Las consecuencias de una pérdida incluso momentánea del control naval por parte de la Marina Real británica no habrían podido quedar ilustradas de una manera más clara y escueta como en el relato sobre la huida del acorazado alemán *Goeben* y el crucero ligero que lo acompañaba, el *Breslau*, de aguas del Mediterráneo poco después del estallido de la guerra. Desde 1912 estos dos navíos, a las órdenes del contraalmirante Wilhelm Souchon, habían estado actuando como símbolos del estado Alemán durante sus visitas regulares a Constantinopla, donde su presencia causaba un gran impacto en la opinión pública turca, creando la percepción de que el poderío militar germano tenía una dimensión naval considerable. Los alemanes ya mantenían en el imperio otomano una misión militar que asesoraba al ejército turco, mientras que la Marina Real británica tenía una misión naval que desempeñaba un papel similar de ayuda a la armada turca. Sin embargo, antes incluso de que se rompieran las hostilidades, el primer lord del Almirantazgo, sir Winston Churchill, había socavado la posición de su país en Turquía tras confiscar unilateralmente los dos acorazados turcos cuya construcción estaba completándose en astilleros ingleses. Esta decisión, aunque no fue tomada a la ligera, tuvo mucho eco en toda Turquía. Las naves habían sido financiadas por suscripción popular, lo que las convertía en una causa de orgullo nacional. Su confiscación era intolerable.

El 4 de agosto, un día después de que Francia y Alemania rompieran las hostilidades, Souchon intentó interferir en las operaciones del convoy francés encargado de trasladar a los soldados del XIX Cuerpo desde el norte de África hasta Marsella, esto es, hasta lo que se convertiría en el Frente Occidental. A pesar del estado de alerta de las flotas francesa y británica en el Mediterráneo, el *Goeben* y el *Breslau* lograron escapar en medio de unas circunstancias de gran confusión que también se vieron propiciadas por un sinfín de mensajes enviados por el Almirantazgo a sus naves en un afán por controlar la situación desde Londres. El 10 de agosto Souchon llegó a los Dardanelos, donde sus barcos fueron «vendidos» inmediatamente a los turcos para «reemplazar» los dos acorazados confiscados por los británicos. Para Turquía supuso un gran paso en su camino hacia la guerra que, tras un período considerable de discusiones políticas e intrigas, acabó con un ataque de la flota turca dirigida por Souchon desde el *Goeben* contra los puertos rusos del mar Negro. Este acto provocó a su vez que el 2 de noviembre de 1914 Rusia declarara la guerra al imperio otomano. Toda la atención estaba concentrada en los Dardanelos, el estrecho que unía Europa y Asia, una de las principales rutas marítimas del mundo que permitía el acceso a Constantinopla, al mar Negro y a Rusia. Poco tiempo después, el sultán otomano Mehmed V, como cabeza visible del califato musulmán, declaró una guerra santa, instando a todos los súbditos musulmanes de los dominios británicos, franceses y rusos a levantarse contra sus señores infieles. Este llamamiento tendría muy poco impacto, pero no por ello dejó de ser preocupante, en particular para los británicos, que temían las consecuencias que todo aquello pudiera tener en la numerosa población de religión musulmana de su imperio.

Los Aliados recibieron la orden de actuar inmediatamente, y el 4 de noviembre de 1914 bombardearon los fuertes que vigilaban la entrada en los Dardanelos, evidenciando así la fragilidad de las defensas turcas encargadas de proteger aquel estrecho tan fundamental. A continuación, mientras los turcos se esforzaban por mejorar sus fortificaciones, la Marina Real británica permanecería a la espera del momento oportuno. Así quedaron las cosas hasta que Kitchener recibió una petición de ayuda de los rusos, pues su situación era sumamente apurada después de que los turcos emprendieran una ofensiva en los montes Cárpatos en diciembre de 1914. Los británicos respondieron con el envío de una flota conjunta anglo-francesa a las órdenes del vicealmirante Sackville Carden con el objetivo de imponerse en los Dardanelos. Los primeros bombardeos contra los fuertes turcos no dieron muchos frutos, hecho al que también contribuyeron las limitaciones de los cañones navales aliados de trayectoria plana y las dificultades de sus equipos de observación. Además, la operación británica se vio afectada por la oposición, totalmente legítima, del primer lord del Mar, sir John Fisher, y del comandante en jefe de la Gran Flota, sir John Jellicoe, que no veían con buenos ojos destinar a otros menesteres unos recursos navales que necesitaba la Gran Flota para enfrentarse a la Hochseeflotte (Flota de Alta Mar) en el mar del Norte.

Al final, el 18 de marzo la flota aliada hizo un gran esfuerzo para abrirse paso por los Dardanelos. Carden, que no había podido con la presión, había sido sustituido por el vicealmirante John de Robeck. A las diez y media de aquella radiante mañana de primavera, la flota entró en los estrechos turcos. Los cañones navales empezaron a rugir, atacando los fuertes, pero sin apenas consecuencias. Mientras estuvieron disparando, las fortificaciones permanecieron en silencio, pero cuando los barcos se acercaron, los cañones turcos despertaron. Pero

eso no sería lo peor: la noche del 8 de marzo un buque minador turco, el *Nusrat*, había colocado una barrera de minas justo en la zona en la que los navíos solían maniobrar. Estos explosivos no habían sido detectados, y las consecuencias fueron devastadoras. A las dos de la tarde un acorazado predreadnought francés, el *Bouvet*, chocó con una mina. Se produjo una explosión enorme, y en pocos minutos el barco se hundió. Seiscientos treinta y nueve franceses perdieron la vida en esta tragedia. No obstante, el combate se intensificó. La situación comenzó a ser desesperada para los Aliados cuando el crucero de batalla *Inflexible*, que ya había sido alcanzado por varias bombas, chocó con otra mina, y poco después corrieron su misma suerte los acorazados predreadnought *Irresistible* y *Ocean*. Aunque el *Inflexible* pudo retirarse y ponerse a salvo, los otros dos navíos británicos se fueron a pique. Afortunadamente, casi todos los miembros de sus tripulaciones lograron salvarse. Ante la ineficacia de sus dragaminas, De Robeck no tuvo más remedio que aceptar los hechos: a las 17.50 ordenó la retirada de la flota. Había perdido casi una tercera parte de sus embarcaciones sin haber logrado nada a cambio. Posteriormente, voces de sirena clamarían que la flota se había retirado cuando estaba próxima de alzarse con la victoria, que los turcos habían estado a punto de ceder. Pero no hay nada más lejos de la verdad. Tanto las fortificaciones como las baterías de obuses otomanas disponían todavía de una gran cantidad de bombas, y la barrera de minas y los tubos lanzatorpedos seguían intactos. De esta contundente derrota nacería la campaña terrestre de Galípoli.

Los Aliados ya habían abandonado la idea original de atacar exclusivamente por mar. La confusión estratégica que reinaba en el seno del gobierno británico era indicativa de la incapacidad de los políticos de entender las implicaciones de su participación en una guerra continental arraigada firme-

mente en Europa, en vez de las tradicionales intervenciones navales esporádicas de antaño. Las tropas habían empezado a concentrarse en la zona del Mediterráneo casi por defecto, sin que se hubiera considerado seriamente su idoneidad para el combate. El gran pilar era la 29.ª División, formada precipitadamente con soldados regulares provenientes de las distintas guarniciones de todo el imperio, mientras que la 1.ª División francesa del Corps Expéditionnaire d'Orient (CEO) era una unidad bien adiestrada que disponía de unas sección de artillería completa. Lamentablemente, el Cuerpo de Ejército de Australia y Nueva Zelanda (ANZAC por sus siglas en inglés) y la Real División Naval (RND por sus siglas en inglés) estaban llenos de elementos muy prometedores, pero sin experiencia como soldados. Estos contingentes fueron puestos a las órdenes del general sir Ian Hamilton, que había llegado a la zona un día antes del ataque naval abortado. Como tropas de reserva, Hamilton podía acceder a la 42.ª División de Lancashire de la Fuerza Territorial de Gran Bretaña y a una Brigada India. El fracaso del 18 de marzo precipitó la decisión de intentar un desembarco en la península de Galípoli con el objetivo de ocupar la meseta de Kilid Bahr desde la que se dominaba el estrecho de los Dardanelos.

No debemos subestimar el reto que Hamilton tenía ante sí. Aquel iba a ser el primer desembarco de tropas invasoras con resistencia por parte del país invadido en la era de las armas modernas; no solo eso, pues también iba a tener lugar en una península sumamente estrecha cuyo terreno favorecía muchísimo a los defensores. Además, fue inevitable que se produjera cierto retraso durante el proceso de concentración y preparación para la acción de la Fuerza Expedicionaria del Mediterráneo (MEF por sus siglas en inglés), retraso que permitió a los turcos mejorar sus defensas. Los anteriores bombardeos navales habían eliminado cualquier posibilidad de conseguir

ese efecto sorpresa tan importante desde el punto de vista estratégico, por lo que Hamilton solo podía confiar en un elemento de agudeza táctica para poner a prueba y acorralar a los turcos. Sus complejos planes, concebidos para confundir al enemigo, partían del principio de que los turcos iban a oponer poquísima resistencia. La 29.ª División debía efectuar al menos cinco desembarcos distintos alrededor del cabo de Helles, en el extremo suroccidental de la península. Las fuerzas del ANZAC tenían que desembarcar más arriba, en las playas situadas al norte de Gaba Tepe, al otro lado de Kilid Bahr, y los franceses en Kum Kale, en la costa asiática, para proteger la retaguardia de la 29.ª División. Para complicar aún más las cosas, los franceses emprenderían varias operaciones de diversión en la bahía de Besika, y la Real División Naval en Bulair, en la zona más estrecha de la península. Para intentar confundir a los turcos, Hamilton dividió sus fuerzas. Esta falta de concentración de tropas en algún punto determinado podía provocar un fracaso generalizado. El V Ejército otomano encargado de la defensa de Galípoli estaba a las órdenes del general Otto Liman von Sanders. Sus planes consistían en crear una serie de parapetos en la costa para retrasar lo máximo posible el ataque enemigo y permitir que las reservas se dirigieran a las zonas de peligro y lanzaran las contraofensivas necesarias para devolver a los invasores al mar. Ya fuera por casualidad, ya fuera intencionadamente, lo cierto es que Liman von Sanders dio con la manera perfecta de socavar el plan poco sistemático y con múltiples objetivos de Hamilton.

Las tropas del ANZAC serían desembarcadas en plena noche, a las 04.30 del 25 de abril, en unos botes remolcados por barcos de vapor. Mientras se acercaban sigilosamente a la costa se produjo una gran confusión que provocó que los botes llegaran a tierra apiñados en las inmediaciones del pro-

montorio de Ari Burnu, en el extremo norte de una pequeña playa bien abrigada que pronto sería conocida como la ensenada de Anzac.

> Debido al peso de su carga humana, los botes encallan cuando la profundidad máxima es alrededor de un metro y medio. Los abandonamos rápidamente, a duras penas alcanzamos la orilla y, cruzando la playa a toda prisa, nos refugiamos tras un banco de arena poco elevado. «¡Eh, aquí! ¡Quítame la mochila, y yo te la quitaré a ti!» Nos ayudamos el uno al otro a liberarnos de estos bultos tan pesados y completamente empapados de agua. «¡Los de allí! ¡Daos prisa!», exclama nuestro sargento. «¡Calen bayonetas!» Un «clic» y la bayoneta está calada. «¡Adelante!» Y empezamos a subir por las colinas que se alzan ante nosotros. Vamos para arriba, y más para arriba, tropezando en los agujeros y los surcos que se abren en la tierra. Con gritos de júbilo nos enfrentamos a la colina más empinada, agarrándonos a las raíces y a las ramas de los árboles; a veces nos ayudamos clavando la bayoneta en la tierra, hasta que por fin, al llegar a la cima, nos damos cuenta de que las fuerzas enemigas brillan por su ausencia.[2]
>
> Soldado Alfred Perry, 10.º Batallón (Australia Meridional),
> Fuerza Imperial Australiana.

El desembarco inicial apenas encontró oposición —solo una compañía del 2/27.º Regimiento se enfrentó al invasor—, pero la combinación de terreno tortuoso y prudencia en el liderazgo impidió que los australianos consiguieran avanzar más de medio kilómetro tierra adentro. La llegada del resto del 27.º Regimiento frenó cualquier otro progreso.

> Suponíamos que el enemigo avanzaba lenta y cautelosamente para poder capturar el puente en el que estamos y desde el que se controlaba toda la zona, desde Chunuk Bair hasta Gaba Tepe. Empezamos a prepararnos para repeler al enemigo y sentíamos una fuerza de ánimo especial ante esta misión. Todo indicaba que frente a nuestros dos mil hombres armados había una fuerza al menos cuatro o cinco veces mayor, o incluso más. Debíamos impedir que el enemigo alcanzara y ocupara la importantísima línea de Chunuk Bair-Gaba Tepe, y teníamos que ganar tiempo hasta que llegara la 19.ª División.[3]
>
> Teniente coronel Mehmet Sefik, cuartel general, V Ejército turco.

La llegada de la 19.ª División turca, a las órdenes del teniente coronel Mustafá Kemal, a la zona de Chunuk Bair cambió radicalmente la situación. Pronto serían los turcos los que atacaran, no las fuerzas del ANZAC.

> En mi opinión, hubo un factor más importante que esa situación táctica, a saber, que todos se abalanzaron sobre el enemigo para matarlo o morir en el intento. No fue un ataque corriente. Todos deseaban obtener una victoria y avanzaban con el firme propósito de morir por ella. Esta es la orden verbal que di a los comandantes: «No os ordeno que ataquéis. Os ordeno que muráis. En el espacio de tiempo que transcurra hasta que caigamos, llegarán otras tropas y otros comandantes que podrán ocupar nuestro lugar».[4]
>
> Teniente coronel Mustafá Kemal, cuartel general, V Ejército turco.

Las palabras de Kemal expresan perfectamente el espíritu de férrea determinación que motivaba a las tropas turcas. Las fuerzas del ANZAC fueron doblegadas y, tras el fracaso de los turcos en su intento de expulsarlas definitivamente el 19 de mayo, allí se quedaron, en cierto modo inactivas, pero empeñadas en la defensa de una pequeña cabeza de puente que desafiaba toda lógica militar.

En el cabo de Helles los británicos desembarcaron el 25 de abril, poco después del amanecer, con el convencimiento de que, en cuanto pusieran pie en tierra firme, los turcos se asustarían y huirían en desbandada. Los desembarcos principales iban a ser los de la 86.ª Brigada en las playas V y W, en la punta de la península, seguidos por otros en las playas S, X e Y para amenazar y poner a prueba los flancos de los turcos, y por el de los franceses en Kum Kale, al otro lado del estrecho, con el objetivo de cubrirles las espaldas y protegerlos del fuego de los fuertes situados en la zona asiática. Se pretendía que tropas británicas alcanzaran la colina de Achi Baba —desde la que se dominaba Helles— al finalizar el día, antes de avanzar por la península para atacar en la meseta de Kilid Bahr juntamente con las fuerzas del ANZAC.

Las tropas alcanzaron la orilla prácticamente sin encontrar resistencia en las playas S, X e Y, pero luego no consiguieron avanzar de una manera decidida; de hecho, las desembarcadas en la Y, en cierto modo presas del pánico, enseguida tuvieron que presentar batalla para sobrevivir cuando la mañana del 26

de abril los refuerzos turcos forzaron una evacuación. En cuanto a los asaltos en las playas W y V, su historia es una mezcla de horror, heroísmo y burdas exageraciones británicas de las diferencias que les separaba del enemigo. Lo cierto es que los turcos solo tenían dos compañías del 3/26.º Regimiento defendiendo esas dos playas, aunque estaban perfectamente atrincheradas y protegidas por alambradas. En la playa W, los fusileros de Lancashire fueron repelidos al principio, pero luego las líneas turcas fueron rebasadas y barridas. En la playa V, sin embargo, la cosa fue muy distinta. Allí los turcos combatieron magníficamente, concentrando el fuego de sus fusiles contra los botes encargados de trasladar a la orilla a los soldados del 1.er Batallón del Regimiento de Fusileros de Dublín y del 1.er Batallón del Regimiento de Fusileros de Munster que bajaban por las rampas de salida de un buque mercante de vapor especialmente adaptado, el *River Clyde*, que había sido encallado deliberadamente.

> Tuve que correr entre cien y ciento cincuenta metros en el agua, y como había sido el primero en abandonar el bote, me libré un poco del fuego enemigo al principio. Pero en cuanto unos pocos siguieron mis pasos, fue como si el agua que me rodeaba cobrara vida. Por todas partes llegaban balas que impactaban en el mar. Solo Dios sabe cómo pude abrirme paso en medio de aquella lluvia constante de proyectiles. La playa tenía una suave pendiente, ¡por fortuna! Cuando me encontraba a unos cincuenta metros de la orilla, note cómo una bala impactaba en la mochila que llevaba a mis espaldas; estaba pensando que había conseguido llegar hasta allí sano y salvo, cuando otra me alcanzó en el brazo izquierdo. Los muchachos del regimiento me habían dicho que no iba a poder correr de lo que había engordado, pero los que me vieron atravesar aquel tramo de agua luego cambiaron de opinión. ¡Corría que me las pelaba![5]
>
> Capitán David French, 1.er Batallón del Real Regimiento de Fusileros de Dublín.

Los supervivientes quedaron acorralados hasta que la llegada de la noche permitió finalizar el desembarco de tropas. Fue a partir de ese momento cuando se hizo evidente la inferioridad numérica de la guarnición turca. Los británicos habían rebasado las posiciones otomanas a primera hora de la tarde

del 26 de abril. Pero para entonces el programa previsto se había desbaratado por completo. Las comunicaciones habían quedado interrumpidas, y las directrices del estado mayor no llegaban porque los oficiales inexpertos habían perdido el control de la situación. El sentido de un objetivo conjunto brillaba por su ausencia; cada uno de los desembarcos prosiguió como una operación aislada, sin cooperación efectiva para ayudarse cuando las cosas iban mal. No fue un fenómeno exclusivo de la 29.ª División; precisamente estos mismos problemas habían surgido tras el ataque inicial emprendido en Neuve Chapelle el 10 de marzo.

Los dos días siguientes no se caracterizaron por la audacia en el avance hacia Achi Baba. Antes bien, se produjo una pausa para reorganizarse y consolidar el terreno ganado. Los franceses tuvieron que abandonar su zona de desembarco en Kum Kale, desde la que se suponía que debían ofrecer protección, y dirigirse hacia el sur para ocupar una posición a la derecha del cabo de Helles, junto a los Dardanelos, donde, irónicamente, su retaguardia se vería expuesta al fuego de las baterías turcas situadas al otro lado del estrecho. Una vez reorganizados, los Aliados comenzaron a avanzar hacia Achi Baba, librando la primera batalla de Krithia el 28 de abril, solo para verse primero bloqueados y luego enfrentados a la perspectiva de una derrota total durante los contraataques nocturnos de los turcos, lanzados por tropas frescas de reserva el 1 y el 3 de mayo. Estas contraofensivas fueron brutales: abalanzándose en masa, los turcos atacaron en plena oscuridad para evitar principalmente la acción de los cañones de la flota aliada. Estuvieron a punto de imponerse, pero las bajas sufridas los obligaron a tomar una postura defensiva. En aquellos momentos los otomanos aún no estaban debidamen-

te atrincherados a lo largo y ancho de la península, y solo contaban con unos cuantos puestos avanzados y con algunos reductos defensivos.

Desesperado ante la falta de progresos de su campaña, Hamilton hizo que sus reservas entraran en acción y ordenó el lanzamiento de una serie de ataques el 6, el 7 y el 8 de mayo, conocidos conjuntamente como la segunda batalla de Krithia. No hubo nada de agudeza táctica en esa decisión. Cada vez que las tropas aliadas parecían andar a tientas en su avance, caían bajo el fuego mortal del enemigo. Al final, a las siete de la tarde del 18 de mayo, Hamilton y el comandante de la 29.ª División, el teniente general sir Aylmer Hunter-Weston, aceptaron lo inevitable. Durante los últimos tres días habían sufrido alrededor de 6.500 bajas a cambio de ganar unos seiscientos metros como mucho. Fue un desastre. Con la cabeza baja, Hamilton se vio obligado a solicitar a Kitchener más tropas; toda la campaña se desarrollaría siguiendo este mismo patrón. Cada vez que llegaban tropas de reserva aliadas, aparecían refuerzos turcos que equilibraban la situación; y cada vez que esas tropas entraban en acción eran malgastadas en ataques que, desde el punto de vista militar, estaban muy poco justificados, y a veces no lo estaban en absoluto.

A comienzos de junio de 1915 ya había un sistema de trincheras totalmente desarrollado que cruzaba la península de Helles. La respuesta británica fue utilizar algunas de las nuevas tácticas de asalto —que ya se empleaban en el Frente Occidental— en su siguiente ataque, la tercera batalla de Krithia, librada el 4 de junio. Este enfrentamiento fue concebido fundamentalmente como una operación del tipo «morder y no soltar» para poner fin a aquella situación de estancamiento capturando las tres líneas defensivas de los turcos y posibilitar así que el siguiente asalto se efectuara directamente en Achi Baba.

Trepamos [por el terraplén] y nos lanzamos al ataque en medio del fuego devastador de ametralladoras y fusiles, mientras volaban por encima de nuestras cabezas pedazos de metralla. Muchos regresaban a la trinchera hasta que por fin se recuperaban; en el avance íbamos extendiéndonos, y cargamos con las bayonetas caladas a través de la tierra de nadie, que estaba llena de profundas hendeduras y de cráteres abiertos por la explosión de las bombas. F. Royle,[6] que estaba a mi izquierda, cayó a mi lado, y también cayó el hombre que se encontraba a mi derecha. Por un momento me sentí completamente solo, hasta que vi a un turco a punto de lanzar una bomba contra un grupo de muchachos que había a mi izquierda. Arrodillándome, fijé mi objetivo y efectué dos rápidos disparos. Se agachó bruscamente, pero no sé si llegué a alcanzarlo o no. Seguí corriendo, empapado de sudor y cubierto de un polvo blancuzco. Corríamos y corríamos sin parar, por encima de alambradas y de cráteres abiertos por la explosión de las bombas, saltando por encima de hondonadas, a través de gruesos arbustos espinosos y de serpoles que llegaban a las rodillas; algunos de ellos estaban en llamas, y el humo y el polvo no nos dejaba respirar. Los turcos mantenían el fuego rápido de sus fusiles y ametralladoras, y cuando nos acercamos, empezaron a lanzarnos bombas; la metralla volvía a pasar volando por encima de nuestras cabezas, nos estaban acribillando. Seguimos adelante, con nuestra artillería ajustando el alcance de sus disparos mientras avanzábamos, y ayudándonos como podía. De pronto soltamos un salvaje alarido a lo largo de la línea del enemigo, y luego nos lanzamos sobre sus parapetos. Se desencadenó un verdadero infierno, y luego ya estábamos metidos en su trinchera en medio de todos ellos. Fue una barbarie, y la matanza terrible para ambos bandos; allí estábamos en desventaja, pues el enemigo utilizaba bombas con una efectividad mortal, y nos hacían trizas. Esto nos enfurecía, y los atacamos enloquecidos. Estuvieron a punto de repelernos, pues eran tres contra uno, pero hicimos piña y al final los echamos de allí; capturamos la trinchera y muchos prisioneros.[7]

Soldado Jack Gatley, 1/7.º Batallón del Regimiento de Mánchester.

La 42.ª División lo había hecho excepcionalmente bien, pero a la derecha el Cuerpo Expedicionario de Oriente (CEO) francés se dirigía hacia una catástrofe, tras ver obstaculizado su avance por los reductos que se agrupaban en el espolón de Kereves y alrededor del extremo septentrional del profundo barranco de Kereves Dere. Esta circunstancia dejó expuestos los flancos de la RND y la 42.ª División. Los soldados de las fuerzas de reserva turcas contraatacaron durante los dos días siguientes, formando enjambres que bajaban precipitadamente por los barrancos; llegó un punto en el que pareció

que serían ellos los que iban a avanzar. Toda aquella carnicería solo sirvió para que los británicos pudieran consolidar un avance de apenas unos cientos de metros. Era evidente que, como en el Frente Occidental, la situación en Helles había quedado estancada.

En aquellos momentos Hamilton y Hunter-Weston ya habían perdido de vista el objetivo real: avanzar para ocupar la meseta de Kilid Bahr desde la que se dominaban los estrechos turcos. Estaban obsesionados con Achi Baba, que en realidad no era más que un apeadero. Tenía una importancia estratégica en Helles, pues desde allí se dominaba el panorama y permitía que los turcos vieran todo lo que había por encima de la superficie de la tierra a lo largo y ancho del sector aliado, pero no tenía una vista de los estrechos. Además, la franja de tierra que se extendía entre Achi Baba y el imponente macizo de Kilid Bahr estaba perfectamente configurada para la defensa. En Helles la fantasía había vencido a la razón.

El fracaso de la tercera batalla de Krithia hizo que Hunter-Weston y el comandante en jefe del CEO francés, el general Henri Gouraud, optaran por introducir una versión más refinada del «morder y no soltar», atacando en un frente muy reducido para permitir la máxima concentración de fuego de sus cañones. Así pues, el 21 de junio, los franceses fueron los primeros en atacar en el extremo septentrional de Kereves Dere, y el 28 de junio lo hicieron los británicos en el sector del llamado Gully Ravine. El éxito parcial de estas operaciones los animó, pero la terrible escasez de municiones y de cañones los detuvo. No se trataba de un problema transitorio. Las fábricas de munición británicas no daban abasto para satisfacer la demanda, y su producción iba a parar principalmente a manos de la BEF en el Frente Occidental. En Galípoli, los Aliados avanzaban realmente muy poco, pero, en cambio, estaban utilizando una cantidad desproporcionada de munición para ha-

cerlo. Cuando el 12 y el 13 de julio intentaron lanzar un ataque en dos fases con la recién llegada 52.ª División, se efectuaron algunos progresos, que, sin embargo, no justificaron las bajas sufridas. Helles estaba convirtiéndose en una pesadilla deprimente y desalentadora. El comandante de la 52.ª División expresaría perfectamente esta amargura y resentimiento.

> En mi opinión, esa campaña fue prematura, y en aquellos momentos distaba mucho de ser necesaria: me permito decir que fue cruel y un despilfarro de recursos. Las tropas de la península estaban agotadas y exhaustas; solo dos brigadas de infantería, la 155.ª y la 157.ª, no habían participado activamente en los combates. El alto mando sabía perfectamente que iban a llegar muchos refuerzos de Inglaterra para emprender un gran ataque en Suvla. Así pues, ¿no era lógico dar un respiro de quince días a los exhaustos hombres de la guarnición de Helles, y sincronizar los nuevos ataques desde esa posición con los de Suvla y Anzac? Afirmo que la batalla del 12 y 13 de julio fue fruto de una absoluta falta de valoración de la situación real. Pero si la concepción de la batalla fue errónea, las tácticas de la acción fueron mucho peores. Dividir en dos fases —con al menos nueve horas de diferencia entre una y otra— el ataque de dos brigadas en un frente reducido fue, sin lugar a dudas, perverso.[8]
>
> General de división Granville Egerton, cuartel general, 52.ª División.

Egerton pone claramente de manifiesto la estupidez de aquellos ataques. Es cierto que a Hamilton le habían prometido una gran cantidad de refuerzos, pero había decidido utilizarlos lejos de las trincheras turcas de Helles.

El segundo capítulo de la campaña de Galípoli comenzó con la misma indecisión estratégica y la misma falta de planificación realista que habían caracterizado los pasos iniciales de la primera etapa, cuya torpeza condujo al desastre del 25 de abril. Hamilton había vuelto a pedir muchos refuerzos el 17 de mayo, pero el Gobierno de Coalición recién constituido y la reconversión del Consejo de Guerra en el nuevo Comité de los Dardanelos provocaron retrasos considerables en el proceso de toma de decisiones. Cuando por fin se reunió el comité el 7 de junio, quien llevó la voz cantante fue Winston Churchill, pues, a pesar de su destitución como primer lord del Al-

mirantazgo, seguía siendo uno de los miembros más influyentes del comité. En un magnífico ejemplo de sofistería política, instó a inventir un número mayor de tropas y de recursos para que la campaña de Galípoli concluyera de manera satisfactoria, tras lo cual todos les recursos de la Entente serían dirigidos contra los alemanes en el Frente Occidental. En consecuencia se acordó el envío de otras tres divisiones a la península: la 10.ª, la 11.ª y la 13.ª División del «Nuevo Ejército» de Kitchener. Cuando fue evidente que la fuerza de Hamilton se había degradado hasta tal punto que la llegada del nuevo contingente solo serviría para equilibrar la situación, se optó por enviar también a la zona a la 53.ª y a la 54.ª División Territorial. En el momento de destinar estas tropas a la campaña de Galípoli no se tuvo en cuenta su falta de adiestramiento y de líderes competentes, la ya consabida y frustrante escasez de piezas de artillería y de bombas, y tampoco la situación en el Frente Occidental.

Cuando llegó el momento de decidir dónde desplegar sus nuevas fuerzas, se abrió ante Hamilton un amplio abanico de posibilidades. Tras las consideraciones pertinentes, optó por utilizar una división para apoyar el plan del ANZAC de lanzar un ataque envolvente por la izquierda desde aquella diminuta cabeza de puente. Primero se emprendería un ataque de distracción el 6 de agosto contra las trincheras turcas del Pino Solitario, situadas junto al flanco derecho del ANZAC. A continuación, cuando anocheciera, unas columnas de asalto se dirigirían hacia el norte. Una vez despejada la zona de todos los puestos avanzados otomanos que habían sido identificados, la Brigada Neozelandesa subiría por las colinas del Rododendro para llegar a Chunuk Bair y colocarse cerca de las líneas turcas. Luego bajarían para situarse detrás de la retaguardia de las trincheras turcas, y desde allí lanzarse sobre el enemigo, coincidiendo con el ataque frontal de la Brigada de

Caballería Ligera australiana desde el Nek, programado para las 04.30 horas del 7 de agosto. La segunda columna de asalto avanzaría por la costa hasta que la 4.ª Brigada australiana se dirigiera hacia el interior para ascender a la Colina 971, la cima principal de las colinas de Sari Bair. Este plan de atacar de noche a través de uno de los terrenos más tortuosos de toda la península con una combinación de veteranos exhaustos y soldados novatos era increíblemente optimista. Hamilton y Birdwood confiaban en el cumplimiento del deseo, y no en una valoración realista de lo que era posible, y de lo que no lo era.

Al mismo tiempo, Hamilton se había obsesionado con la idea de efectuar un nuevo desembarco en la zona de la bahía de Suvla. La 11.ª División, apoyada por la 10.ª División, desembarcaría en esas playas la noche del 6 de agosto e inmediatamente se desplegaría tierra adentro para tomar primero los piedemontes y luego las imponentes alturas de Kiretch Tepe y Tekke Tepe desde las que se dominaban toda la llanura de Suvla. A continuación, siempre y cuando fuera posible, ayudaría a las fuerzas del ANZAC en sus operaciones en las colinas de Sair Bair. Hamilton cometió un gravísimo error desde un principio decidiendo privar al teniente general sir Bryan Mahon (que ya estaba en la zona al frente de la 10.ª División) de la posibilidad de asumir el mando del IX Cuerpo que iba a ser creado para efectuar las operaciones previstas en Suvla. Tenía el pleno convencimiento de que Mahon no estaba a la altura de la misión, pero el único general disponible con una antigüedad suficiente para desplazar a Mahon era el teniente general sir Frederick Stopford, cuya salud era precaria, que estaba semirretirado y que en aquellos momentos ostentaba el cargo de gobernador de la Torre de Londres. Esta elección se revelaría un desastre. Stopford, que temía las consecuencias de un avance hacia el interior sin contar con un apoyo adecua-

do de la artillería, enseguida diluyó los objetivos de la idea original de Hamilton. El plan perdió todo sentido y se complicó en exceso por su obsesión por unas defensas turcas prácticamente inexistentes. En poco tiempo, se desdeñó cualquier posibilidad de avance rápido hacia las colinas, y el interés principal pasó a ser el establecimiento de una base segura. Pero Hamilton no hizo nada por imponer las verdaderas prioridades. A Stopford se le permitió actuar a su antojo sin que nadie lo frenara. Para Hamilton, el avance del ANZAC era la esencia del plan, y de él dependería el éxito o el fracaso de la operación. Lo que debía hacerse después apenas había sido considerado: una vez más se suponía que los turcos se verían abocados al abismo, y que el éxito de la empresa daría lugar a una rendición indigna.

La gran aventura —difícilmente podía calificarse de «campaña»—iba a empezar el 6 de agosto. De manera simbólica, daría inicio con un sacrificio más por parte de los hombres del VIII Cuerpo en Helles, a los que se les pidió lanzarse contra las trincheras turcas para «dejar acorralada» la guarnición y evitar que los otomanos se dirigieran a la zona del ANZAC. Los planes iniciales guardaban un gran parecido con los que anteriormente habían concebido los desastrosos ataques del mes de julio: preveían llevar a cabo dos ofensivas muy localizadas para concentrar lo más eficazmente posible los recursos de la artillería. Los resultados también fueron similares. Cualquier éxito temporal enseguida se vio frenado por los contraataques turcos que obligaron a los británicos a retroceder a la tierra de nadie, sufriendo un elevado número de bajas (alrededor de 3.500). Los otomanos no solo consiguieron mantenerlos a raya con facilidad, sino que también fueron capaces de desplegar una parte de sus fuerzas para que colaboraran en el sector del ANZAC. En pocas palabras, fue un verdadero desastre.

Luego le llegó el turno a la 1.ª División australiana, que lanzó un asalto heroico a través de la inhóspita tierra de nadie existente entre las trincheras del Pino Solitario. El combate alcanzó una crudeza brutal, pues los dos bandos lucharon hasta la muerte en trincheras cubiertas.

> Intentaba recuperar el aliento cuando por el extremo derecho del través vi cómo un turco muy corpulento venía como un rayo por la trinchera. No se dio cuenta de mi presencia porque había dos australianos que le pisaban los talones, y cuando pasó por delante de mí, levanté mi fusil y dejé que se lo clavara justo en el medio de la espalda, casi al mismo tiempo que los otros dos. Se desplomó como un toro lanceado; nosotros tres seguimos bajando por la trinchera hasta dar de repente con unos turcos que se abalanzaron como fieras sobre nosotros. Arremetí contra el que tenía más cerca, pero mi bayoneta se clavó en su equipo de cuero, y por un momento me vi perdido. El turco enseguida levantó su fusil para dispararme, pero antes de que pudiera apretar el gatillo, sonó un fuerte «bum» cerca de mi oído, y cayó a mis pies. Mi compañero, que estaba detrás de mí, había colocado su fusil sobre mi hombro y le había pegado un tiro, pero aquella descarga a punto estuvo de volarme la cabeza. Vimos que del otro lado del través asomaba un rostro oscuro. Sin apuntar, inmediatamente disparé con mi fusil y fallé. En respuesta llegaron dos bombas como pelotas de críquet. De una patada, una fue enviada por uno de mis compañeros a una esquina, pero la otra estaba detrás de nosotros. Durante uno o dos largos segundos me invadió un miedo paralizador e incontrolable, pues me sentí perdido sin remisión con aquella cosa chispeando a escasos pasos de mí. Me tiré de bruces a un lado de la trinchera, clavando mis dedos en la tierra y pensando que seguramente había llegado mi hora. Por algún milagro ninguno de nosotros resultó herido de gravedad.[9]
>
> Soldado Charles Duke, 4.º Batallón (Nueva Gales del Sur),
> Fuerza Imperial Australiana.

Esos tres días de combate supusieron la concesión de siete Cruces Victoria. Al final, las trincheras de la primera línea turca fueron incorporadas a las líneas australianas. Pero el territorio conquistado fue poquísimo, y como operación de diversión el ataque había tenido solo un éxito parcial.

Las fuerzas del ataque principal empezaron a salir sigilosamente de la zona del ANZAC a las nueve de aquella noche. En un principio, todo se desarrolló según lo previsto, pues los puestos avanzados de los turcos fueron conquistados con faci-

lidad. Pero luego todo comenzó a torcerse: la 4.ª Brigada australiana y la 29.ª Brigada india se perdieron, yendo de un lugar a otro mientras los francotiradores turcos las hostigaban continuamente, tomando caminos sin salida y sin conseguir localizar la carretera acordada. Cuando amaneció se encontraban todavía en los piedemontes, lejos de la Colina 971: nunca llegarían allí. La brigada neozelandesa tampoco tardó en extraviarse en aquellos tortuosos valles y montes que conducían a las colinas del Rododendro. Se retrasaron muchísimo, y no pudieron llegar a Chunuk Bair a tiempo para lanzar su ofensiva conjuntamente con la de la Brigada de Caballería Ligera australiana. Fue así como a las 04.30 esta última se lanzó al ataque en el Nek para convertirse en leyenda. Solo tenían que avanzar unos sesenta metros a través de una quebrada no mayor que una pista de tenis. Pero si hubieran sido kilómetros, no habría habido ninguna diferencia.

> Había un gran estruendo de fusiles, ametralladoras y bombas. Durante el montaje del parapeto teníamos justo enfrente dos filas de turcos con las bayonetas caladas que nos disparaban. Casi todos los hombres de la primera oleada habían desaparecido de escena: habían muerto, estaban heridos o se habían puesto a cubierto. Dos balas que impactaron en mi cuerpo y otra que rozó mi cabeza me dejaron enseguida fuera de combate. No podía moverme, y al final, cuando parecía que los turcos se habían dado un respiro, me llevaron a rastras de vuelta a la trinchera; nos dimos cuenta de que habían interrumpido el ataque.[10]

Teniente Andrew Crawford, 8.º Regimiento de Caballería Ligera (Victoria), Fuerza Imperial Australiana.

Los exhaustos soldados neozelandeses estaban llegando por fin a Chunuk Bair por las colinas del Rododendro, pero era demasiado tarde. Los turcos ya estaban allí; no eran muchos, pero sí los suficientes como para cortarles el paso a los neozelandeses, que, a las ocho de la mañana, se dieron cuenta de que aquel día no iban a avanzar más. Los ambiciosos planes

habían fracasado debido a una combinación de terreno abrupto, tropas fatigadas, comandantes poco enérgicos y robustas defensas turcas.

Durante los días siguientes los combates se intensificaron. Se ha dado mucho bombo a la ocupación temporal de Chunuk Bair y la Colina Q, pero estas posiciones estaban aisladas, y los Aliados se encontraban en inferioridad numérica, en unas posiciones que los dejaban cruelmente expuestos a unas fuerzas turcas superiores, y sin más alternativa que esperar a que la muerte decidiera o no llevarlos. El 10 de agosto, a las 04.45, el coronel Mustafá Kemal atacó y barrió las líneas enemigas. Al finalizar el día, los británicos estaban de vuelta en los piedemontes, o agazapados para protegerse de los otomanos que, desde sus posiciones en lo alto de las colinas, dominaban la zona. La ofensiva del ANZAC había sido un sonoro fracaso.

Los desembarcos de Suvla empezaron bien el 6 de agosto. Sin encontrar oposición, la 32.ª y la 33.ª Brigada de la 11.ª División alcanzaron la orilla con sus nuevas barcazas blindadas en las playas B y C situadas al sur del promontorio de Nibrunesi. En medio de cierta confusión, el 6.º Regimiento de Yorkshire consiguió rebasar las posiciones turcas en el Lala Baba (un ataque significativo por ser el primero emprendido por tropas del ejército de Kitchener).

> Cuando llegamos a los pies del Lala Bala, ordené una carga, y comenzamos a correr colina arriba. Habíamos subido unas tres cuartas partes de la ladera cuando dimos con una trinchera turca, muy angosta y a ras de suelo. Pasamos por encima de ella, y el enemigo comenzó a abrir fuego contra nuestra retaguardia, pero esta vez se oían ruidos de disparo procedentes de varias direcciones. A voz en grito, dije que venía el Regimiento de Yorkshire para que no atacaran a los nuestros. Seguimos corriendo y, unos doce metros más allá, si no recuerdo mal, dimos con otra trinchera: también pasamos por encima de ella, y de nuevo el enemigo comenzó a abrir fuego contra nuestra retaguardia. Ordené a la compañía volver a la segunda trinchera, y nos metimos en ella. Era tan estrecha que un hombre tenía dificultad para pasar a otro, o incluso para caminar

> por ella si el otro no se apartaba. Y había una dificultad más: si un herido o un muerto yacía en el suelo de la trinchera, no quedaba más remedio que pisarlo para poder pasar. Detrás de mí había un pequeño ramal de comunicación en zigzag. Cada vez que yo gritaba una orden, un turco que parecía estar en ese ramal me disparaba desde una distancia de cinco o diez metros. No conseguía encontrar a nadie que pudiera abrir fuego contra el ramal de comunicación para silenciar a aquel atrevido turco, que se había empeñado en hostigarme con sus continuos disparos, pero al final cayó.[11]
>
> Comandante William Boyd Shannon, 6.º Batallón del Regimiento de Yorkshire.

El Lala Bala no tardó en quedar despejado, pero a costa de muchas bajas.

En la playa A, situada en el interior de la bahía, las cosas fueron muy distintas. Habría sido mucho mejor desembarcar a las tropas invasoras en los clásicos botes de remos, pues el mayor calado de las barcazas hizo que estas quedaran encalladas en medio de las aguas profundas de la bahía, dejando a los hombres atrapados a doscientos metros de la costa. Al final, todos alcanzaron la orilla como pudieron, pero se había perdido un tiempo precioso, y el caos reinaba en las unidades. Con la excepción del 11.º Batallón (Mánchester), que inmediatamente se puso en marcha hacia Karakol Dagh para llegar a la región del Kiretch Tepe, el resto de la 34.ª Brigada estuvo yendo y viniendo por la llanura sin rumbo fijo, en lo que cabría calificar de círculo vicioso al que pronto se sumó la 32.ª Brigada. Todos los mandos superiores, desde el primer teniente general hasta el último comandante, fueron incapaces de hacerse con el control de la situación. Un batiburrillo de órdenes y contraórdenes en medio de aquel caos frustró el avance; nadie quería asumir responsabilidades; todos temían cometer un error, y al final cometieron el peor de los errores posibles: no hacer nada. Así pues, el tiempo fue pasando, y con él prácticamente el día. En vez de capturar las alturas del Tekke Tepe, aquellas tropas novatas solo consiguieron ocupar el piedemonte menos elevado, Colina Chocolate, antes del

anochecer. Evidentemente, no se habían lucido, pero por varias razones distintas: la falta de liderazgo, la ausencia total de comunicación, su propia inexperiencia, su deficiente preparación militar o la horrible escasez de agua. No obstante, la razón principal del fracaso de los británicos fue la defensa enérgica y bien organizada de los turcos. A las órdenes de un oficial de caballería bávaro, el comandante Wilhelm Willmer, tres batallones de infantería con unos pocos cañones de campaña habían logrado frenar el avance de toda una división. Una defensa bien dirigida había permitido a los turcos acabar con los británicos de manera selectiva, disparando hasta el último momento para luego esfumarse entre la maleza, dispuestos a volver a empezar. Y aún más, pues, mientras llevaban a cabo estas operaciones, sus reservas venían de camino desde el istmo de Bulair, donde su 7.ª y su 12.ª División se habían concentrado en un campamento. Los británicos estaban en una carrera, pero parecía que no lo sabían o que les daba igual.

El 8 de agosto el IX Cuerpo seguía sin moverse, incapaz de reunir la fuerza necesaria para ascender por las colinas. Perdía el tiempo reorganizándose y preparándose para avanzar, pero en realidad no había manera de que avanzara. Los oficiales de mayor graduación carecían de dotes de mando, y el cansancio hacía mella en las tropas. En vez de animar a sus subordinados a seguir adelante, Stopford se limitó a aceptar sus excusas, y el general de división Frederick Hammersley, al frente de la 11.ª División de la bahía de Suvla, no ordenó el avance hasta la mañana del 9 de agosto. Al final, Hamilton alzó la vista, dejó de fijarse en el desastre del ANZAC y empezó a darse cuenta de que las operaciones auxiliares que había programado también caían en el olvido. Desesperado, decidió intervenir personalmente y se presentó en Suvla para entrevistarse con Stopford y con Hammersley. Asumiendo el control de la situación, ordenó un ataque inmediato por parte de las tropas

que estuvieran más a mano. Fue así como se hizo un último intento desesperado de conquistar las alturas del Tekke Tepe. El estado mayor no tenía nada preparado, nadie sabía dónde estaba nadie, y en medio de la confusión, solo un batallón, el 6.º del Regimiento de East Yorkshire, pudo ponerse en marcha a tiempo. Esta unidad se había encargado de conservar un piedemonte recientemente conquistado, el llamado Cimitarra, pero se le ordenó retirarse y fue enviada a su nuevo objetivo sin que nadie pensara en las consecuencias. En su avance colina arriba se vio sorprendida por el furioso contraataque de los turcos que se abalanzaron sobre ella desde todas las direcciones.

Las operaciones de Suvla habían concluido definitivamente: los turcos controlarían las colinas. Pero Hamilton siguió elevando las apuestas. La 53.ª División fue obligada a entrar en acción por partes con el objetivo de reconquistar el mismísimo Cimitarra que con tanta precipitación había sido abandonado la noche anterior. Tras dos días de absoluto caos, cualquier parecido suyo con una fuerza de combate era pura ilusión. La siguiente en llegar fue la 54.ª División. Se decidió utilizarla para tratar de despejar la llanura de Suvla de francotiradores turcos mediante operaciones «de batida» parecidas a las de los guardas de caza. La 163.ª Brigada avanzaría con sus efectivos muy dispersos a través de la llanura para barrer la zona de francotiradores. Pero el plan no funcionó como se esperaba. Los turcos se limitaron a replegarse; de hecho, en algunos lugares incluso acorralaron a los británicos en su avance, como, por ejemplo, a un grupo del 1/5.º Batallón del Regimiento de Norfolk que acabó convertido en leyenda en un cementerio de tumbas anónimas. Estos acontecimientos frenaron cualquier intento de mejorar la posición del IX Cuerpo hasta que la 10.ª y la 54.ª División recibieron la orden de avanzar por el Kiretch Tepe y la llamada «Kidney Hill» («coli-

na del Riñón») la tarde del 15 de agosto. Fue otro desastre. Los turcos abrieron fuego contra los soldados del imperio británico mientras estos huían despavoridos y quedaban atrapados entre la maleza buscando un lugar seguro en el que refugiarse. En aquellos momentos, como en el relato bíblico del festín de Baltasar, una mano ya había escrito en la pared su mensaje para Stopford, y Hamilton no hacía más que eximirse de cualquier responsabilidad. Su aforismo se ha convertido en una leyenda: «Nadie echa vino nuevo en odres viejos, así que la combinación de tropas nuevas y generales viejos resulta completamente inadecuada».[12] Kitchener levantó el hacha: Stopford y sus generales de división y de brigada fueron eliminados sin piedad, y el general de división sir Henry de Beauvoir de Lisle dejó temporalmente el mando de la 29.ª División para ponerse al frente del IX Cuerpo.

A pesar de que todo a su alrededor apuntaba a la derrota, De Lisle consiguió convencerse de que los refuerzos de su antigua 29.ª División, junto con la llegada de la caballería voluntaria (*Yeomanry*) desmontada de la llamada perversamente 2.ª División Montada (aunque no fuera montada en nada), le dieron suficiente libertad de acción para considerar la posibilidad de emprender un ataque masivo. En aquellos momentos las perspectivas habían quedado reducidas a un rifirrafe por los piedemontes que dominaban el paso a las colinas situadas enfrente del Tekke Tepe, pero la batalla del 21 de agosto se convertiría en la mayor contienda de toda la campaña. Tras un bombardeo poco eficaz, la infantería se lanzó al ataque.

> A las tres de la tarde el batallón se puso en marcha con setecientos hombres. Los que más lejos llegaron apenas recorrieron quinientos metros, y ninguno de ellos regresó. Todos fueron abatidos por las ametralladoras. Perdimos nueve oficiales y unos cuatrocientos soldados. Los turcos nos bombardearon constantemente, y toda la región, que está cubierta de retama, comenzó a incendiarse. Este hecho dividió la ofensiva, y los grupos de ataque quedaron aislados. Muchos heridos nuestros fueron pasto de las llamas: era el espectáculo más horrendo que haya podido contemplarse. Nuestro cuartel general fue bombardeado

intensamente, y luego se vio rodeado por las llamas. Todos pensamos que el fuego iba a devorarnos vivos. En el lugar en el que estaba el teléfono el calor era tremendo. El rugido de las llamas ahogaba el ruido de las bombas de metralla al estallar, y tuvimos que permanecer tumbados en el suelo de la trinchera mientras las columnas de fuego pasaban por encima de ella. Por fortuna el incendió no estalló simultáneamente en los dos lados, pues de haber sido así, no sé cómo habría acabado la cosa. Cuando al final ya ardía toda la retama, el humo a punto estuvo de asfixiarnos. Durante todo ese tiempo, nuestro batallón se encontraba a campo abierto, sufriendo la furia del enemigo, y resultaba angustioso enviar mensajes de calma al cuartel general de la brigada, mientras uno estaba tirado en el suelo de la trinchera, como si lo hubieran metido en un horno, esperando que en el momento menos pensado lo asaran, y sabiendo que a unos metros de distancia tu batallón estaba pasando las de Caín. Al final, aquel calor sofocante acabó fundiendo los cables telefónicos.[13]

Capitán Guy Nightingale, 1.er Batallón del Real Regimiento de Fusileros de Munster.

La 29.ª División fue víctima de una matanza. Junto a ella, la 11.ª División no correría mejor suerte. Y luego una última apuesta. Los voluntarios de la caballería desmontada de la 2.ª División Montada empezaron su larga marcha —completamente expuestos a los artilleros turcos— a través del lago Salado. No pudieron impedir que se produjera un elevado número de bajas, y al llegar a la llamada Colina Chocolate, entraron en acción totalmente desorientados, y el número de caídos comenzó a multiplicarse por dos. Aquella noche se produjo un terrible frenesí de muerte y de heroísmo por parte de uno y otro bando. Pero la conclusión no dejaba lugar a dudas: los británicos no habían logrado nada a cambio de las 5.300 bajas sufridas.

La campaña de Galípoli había llegado prácticamente a su fin, aunque su agonía se prolongaría otros cuatro meses. Los franceses empezaban a distanciarse poco a poco, pues olían a derrota y preferían dedicar sus recursos a la campaña que se preparaba en Salónica. Los búlgaros ya se habían movilizado para su entrada en la guerra al lado de las Potencias Centrales en septiembre de 1915, y pronto sería evidente que, sin una

intervención aliada, los serbios estaban abocados al abismo, razón por la cual había sido enviada una fuerza a la ciudad macedonia de Salónica. La fuente de tropas más cercana era Galípoli, por lo que Hamilton se vio privado de la 2.ª División francesa del Cuerpo Expedicionario de Oriente y de la 10.ª División.

Los turcos ocupaban las colinas del sector de Helles, Anzac y Suvla, desde las que dominaban las líneas aliadas y tenían un control absoluto de la situación. No obstante, Hamilton seguía negándose a reconocer la derrota. Un periodista australiano poco escrupuloso, Keith Murdoch, envió a los primeros ministros de Gran Bretaña y Australia una carta no oficial sumamente crítica que suscitó una gran preocupación en lo concerniente a la manera de dirigir la campaña; preocupación que se vio aún más exacerbada por la campaña de rumores lanzada por Stopford a su regreso a Londres. Cuando Hamilton se negó a considerar la posibilidad de una evacuación, fue destituido rápidamente el 14 de octubre y reemplazado por el teniente general sir Charles Monro. Este veterano del Frente Occidental visitó las cabezas de puente de Galípoli y quedó horrorizado por lo que vio. Desde un punto de vista táctico, la situación no podía ser peor, y desde un punto de vista logístico aquello era insostenible. Monro recomendó una evacuación inmediata, pero Kitchener puso reparos: temía la reacción de la población musulmana del imperio ante aquella derrota tan humillante infligida por sus correligionarios turcos. El viejo guerrero decidió comprobar con sus propios ojos cómo estaban las cosas, y en noviembre fue a la zona para visitar los campos de batalla. Lo que vio lo dejó impresionado, y recomendó también una evacuación. El gobierno británico se mostró en un principio vacilante, pues le preocupaba el número de bajas que podía provocar una evacuación precipitada y chapucera, pero al final no tuvo más remedio que transigir.

Curiosamente, la última operación de evacuación procedió de manera brillante. El estado mayor efectuó una planificación cuidadosa hasta el mínimo detalle, ejemplar por sus innovaciones y realista por su acertada visión de lo que era factible o no. Aunque un poco tarde, al menos su trabajo comenzaba a mejorar a medida que iba aprendiendo. Las primeras evacuaciones fueron las de la bahía de Suvla y la ensenada de Anzac el 19-20 de diciembre; luego se procedió a la misión —mucho más peligrosa— de evacuar la zona de Helles ante las mismísimas narices de los turcos la noche del 8-9 de enero de 1916.

Los defensores de la campaña de Galípoli han intentado alardear siempre de lo que habría podido ser (pero no fue), repitiendo una y otra vez «si solo». Esta postura pasa por alto un hecho importante: durante la campaña los Aliados combatieron con unos niveles de ayuda naval y militar que se consideraron aceptables hasta que los turcos los derrotaron. Hamilton prometió la victoria una y otra vez; y una y otra vez se equivocó. Galípoli fue una más de una serie de aventuras militares «orientales» emprendidas sin el debido análisis previo de la situación estratégica global, sin considerar la situación táctica local, ignorando las realidades logísticas, subestimando la fuerza del rival y basándose en una valoración en extremo optimista de la capacidad militar de las propias tropas. No en vano se considera que la «enfermedad del inglés» es la arrogancia. Pero la campaña de Galípoli fue un asunto serio: unos recursos vitales habían sido alejados del lugar en el que eran realmente necesarios. Los turcos eran, de hecho, unos incompetentes si actuaban por su cuenta y riesgo. Habían intentado emprender un ambicioso ataque a través del desierto del Sinaí para llegar al canal de Suez, pero este ataque había sido frustrado sin grandes dificultades. La aventura en Galípoli solo sirvió para proporcionar a los otomanos la oportunidad de

acabar con un gran número de tropas británicas y francesas en una situación en la que todo estaba a favor de los defensores. Mientras tanto, en el Frente Occidental era donde seguía estando el verdadero enemigo: el imperio alemán. Hombres, cañones y municiones fueron a parar a Galípoli durante la primera ofensiva británica en Neuve Chapelle; y continuaron allí cuando los alemanes lanzaron en abril su primer ataque con gas tóxico en Ypres, durante la calamitosa catástrofe de las colinas de Aubers y de Festubert y también durante la primera «gran ofensiva» que dio lugar a la batalla de Loos en septiembre de 1915. En el mar Jellicoe se enfrentaba a la Flota de Alta Mar que podía elegir el momento que le pareciera más conveniente para disputarle el control de los mares. Allí estaba la verdadera guerra; Galípoli no era más que un escenario secundario.

8

Salónica, 1915-1918

Estos hombres de nuestros ejércitos de Oriente han conocido el polvo y el trabajo, pero no los laureles, de la carrera hacia la victoria.[1]

Arthur Winnington-Ingram, obispo de Londres.

La génesis de la campaña de Salónica se sitúa en la audaz acción estratégica emprendida por los alemanes para apuntalar la posición del Imperio Austrohúngaro en los Balcanes en 1915. Supuso una mala noticia para los serbios, que desde el estallido de la guerra en 1914 hasta ese momento habían estado combatiendo contra el ejército austrohúngaro con relativo éxito. En septiembre había quedado patente para los Aliados que solo una demostración de fuerza podía evitar que los búlgaros aprovecharan la situación para atacar a Serbia. La cuestión era si podría organizarse o no esa demostración. Ante la amenaza que suponía la armada austríaca en el Adriático y la falta de puertos capaces de prestar apoyo a cualquier fuerza expedicionaria seria en la costa albanesa, la única base factible que quedaba para el lanzamiento de semejante campaña era el puerto griego de Salónica [Tesalónica]. Grecia estaba dividida por tensiones internas y temía verse arrastrada activamente a la guerra. Aunque se podría decir que habían salido victoriosos de las guerras de los Balcanes, los griegos habían sufrido una dolorosa experiencia que no deseaban repetir tan pronto. De ese modo, cuando estalló la Gran Guerra, Grecia permaneció neutral, aunque eso no impidiera que se desencadenaran enconadas luchas políticas en torno al bando que debía favorecer el país. El rey Constantino favorecía naturalmente a las Potencias Centrales, pues se había educado y había realizado su servicio militar en Alemania; de hecho, estaba casado con Sofía de Prusia, hermana del káiser. Pero el primer ministro

griego, Eleftherios Venizelos, había favorecido siempre a los Aliados y veía en su intervención un medio de expandir la influencia griega en los Balcanes. Cuando las amenazas a Serbia se agudizaron y pareció que la intervención de Bulgaria era más probable, los Aliados intentaron presionar a Grecia utilizando a Venizelos como el «infiltrado» encargado de hacer la oferta inicial de permitir el desembarco de una fuerza anglo-francesa en Salónica. Aunque la justificación esgrimida fuera el bien de Grecia, desde luego no eran los intereses griegos los que movían a los Aliados.

Para estos, crear una Fuerza Expedicionaria de Salónica (FES) capaz de intervenir en los Balcanes no era fácil. Fue solo la admisión del fracaso total de las operaciones de Galípoli lo que permitió a los franceses contribuir con su 156.ª División, anteriormente llamada 2.ª División (CEO); los ingleses, por su parte, enviaron a la 10.ª División, al mando del teniente general sir Bryan Mahon. El mando conjunto correspondió al general francés Maurice Sarrail. Se trataba de un personaje interesante, un general de inclinaciones políticas de izquierdas que había salido bastante airoso durante las primeras campañas de 1914 en Francia, pero que luego había caído en desgracia ante Joffre y había sido destituido en julio de 1915. Sarrail tenía amigos poderosos, pero también enemigos igualmente poderosos, de modo que las autoridades militares francesas consideraron que el mando de la FES sería un destino de compromiso ideal para él: era un nombramiento importante, pero bien lejos del Frente Occidental.

Las primeras tropas aliadas empezaron a desembarcar en el puerto de Salónica el 5 de octubre. Bulgaria todavía no había entrado en guerra, pero surgió una complicación más inmediata cuando se produjo el violento enfrentamiento entre el rey Constantino y Venizelos por lo que de hecho constituía una flagrante ruptura de la neutralidad griega. El primer mi-

nistro griego fue obligado a dimitir, abriéndose a continuación un largo período de inestabilidad política. Al final, sin embargo, los griegos no ofrecieron resistencia alguna a la presencia de los Aliados en Salónica. ¿Pero qué venían a hacer exactamente allí? Cuando el 6 de octubre Mackensen lanzó su ofensiva contra Serbia, a la que se unieron poco después los búlgaros, quedó de manifiesto que independientemente de lo que supusiera que tenía que hacer la FES, su misión estaba de más. Mahon había recibido de Londres órdenes muy concretas en las que se le exigía permanecer prudentemente cerca de Salónica, dependiendo de la decisión final que tomara el gobierno griego sobre si abandonaba o no su neutralidad, pero Sarrail estaba decidido a entrar en cualquier caso en el país. El 15 de octubre cruzó la frontera serbia y avanzó hacia el valle del Vardar con la intención de apoyar a las tropas serbias. Lo más que cabía esperar era que consiguiera mantener abierta una línea de retirada para los serbios. Cuando los británicos se pusieron por fin en marcha, a primeros de noviembre, avanzaron muy poco, lo hicieron demasiado tarde y, mirando las cosas retrospectivamente, lo más probable es que mejor que no lo hubieran hecho. El ejército serbio ya había sido derrotado, y lo que quedaba de él se replegaba hacia la costa del Adriático. Una vez congregado en los pequeños puertos de la costa albanesa, tendría que ser rescatado por la Marina Real británica. Unos 250.000 soldados serbios fueron evacuados a la isla griega de Corfú. El rescate constituyó una empresa enorme y cuando los fantasmales y demacrados soldados serbios subieran a los barcos debió de parecer que su valor militar era muy pequeño. Pero, cuando tuvieron la posibilidad de recuperarse, de aquella aparente escoria salieron nuevos hombres y al final unas seis divisiones serbias estarían dispuestas a volver a prestar servicio en el Frente de Salónica.

Cuando los franceses y los ingleses se replegaron, formaron una línea justo por detrás de la frontera griega con el fin de poner a prueba a los búlgaros y mantenerlos a raya. Los británicos pretendían evacuar sus tropas, pero los franceses ni se lo plantearon. Esta actitud tal vez resulte inexplicable, dado que una parte fundamental del país estaba ocupada por el ejército alemán, pero una parte significativa de las altas esferas políticas y militares de Francia consideraban que la guerra había llegado allí a un callejón sin salida desesperado y que había que buscar otras vías para obtener la victoria. En este sentido contaban con el apoyo entusiástico del archi-«orientalista» ministro de Hacienda británico, David Lloyd George, que estaba obsesionado con el sueño de un gran avance en los Balcanes. Al final, los franceses se salieron con la suya y una vez más los ingleses prescindirían de sus mejores instintos en aras de la alianza. El Frente de Salónica se convirtió en un elemento permanente del conflicto durante el resto de la guerra: la lucha contra los búlgaros por motivos que hasta la fecha parecen poco claros. Era evidente que si iban a quedarse allí los Aliados necesitaban refuerzos, de modo que fueron enviadas a Grecia la 22.ª, la 26.ª, la 27.ª, la 28.ª y (por algún tiempo) la 60.ª División británica, mientras que los franceses asignaron a esta campaña cada vez más reservas, hasta que en un determinado momento llegaron a tener en Salónica nueve divisiones. Las divisiones serbias reconstituidas empezaron a llegar de Corfú a partir de abril de 1916. Los italianos mandaron una división e incluso los rusos contribuyeron con una brigada. Sarrail fue confirmado como comandante en jefe de la *Armée d'Orient*. La máxima de Clausewitz que afirma que debemos «dirigir siempre [nuestra] principal operación contra el cuerpo más importante del ejército enemigo» quedaría demostrada por la incapacidad de observarla que pusieron de manifiesto los Aliados.[2] A pesar de todos sus esfuerzos, estos solo tenían

fuerzas suficientes para defenderse, pero no para atacar con muchas esperanzas de éxito. Como los alemanes, temerosos de desencadenar la intervención directa de Grecia en la guerra, les habían prohibido invadir Grecia, los búlgaros permanecerían allí en una especie de olvido estático que supondría una burla de las fantasías de los «orientalistas».

Sarrail puso fin a su labor limitándose a reforzar el marco logístico dentro del cual tenía cabida aquel ejército políglota suyo. La propia Salónica se vio casi superada al tener que actuar a la vez como puerto, como principal centro de abastecimientos y como una especie de gran campamento fortificado. Las comunicaciones con las líneas del frente no eran buenas, los caminos eran escasos y a la mayoría de las tropas recién llegadas las aguardaba una larga marcha. El clima tampoco era demasiado favorable para la salud de los soldados: demasiado calor en verano y demasiado frío en invierno, especialmente en las regiones montañosas. Surgieron también graves problemas con el control de la malaria endémica que asolaba la zona. Había una multitud de charcas, estanques y lagos que proporcionaban el hábitat ideal para los mosquitos y cualquier extensión de agua estancada quedaba infestada enseguida de larvas. Sería aquel un motivo de preocupación que seguiría vivo durante toda la campaña. Las medidas contra la malaria eran importantísimas y requerían una vigilancia constante para acabar con cualquier acumulación de agua estancada que no fuera necesaria, y por supuesto la distribución regular de dosis de quinina entre los hombres.

> Cualquier extraño que viera a un soldado vestido con su indumentaria antimosquitos se imaginaría por lo pronto que estaba ante un espantapájaros. Había que embadurnar la cara y los brazos con un preparado antimosquitos llamado «parakit», que es estupendo mientras dura; pero, como es natural, su tendencia es ser absorbido por la piel al cabo de una o dos horas, así que a menudo había que untarse una segunda capa. A los mosquitos, en cambio, no les gustaba y siempre se mantenían lejos de cualquier cara con «parakit». ¡Se lo recomiendo a cualquier señorita que se sienta atosigada por algún admirador dema-

siado fogoso! Después, había que remeterse los calzones y sujetarlos por debajo de las polainas, para proteger las rodillas. Había que llevar guantes gordos, sujetos por una cinta que recorría los brazos y cruzaba la espalda por debajo de la guerrera. Sobre el casco se llevaba una mosquitera de red que, como el artilugio que llevan los apicultores, hacía que la cara y el cuello fueran inmunes al peligro.[3]

Teniente segundo Richard Skilbeck-Smith, 1.er Regimiento de Leinster.

A pesar de todas estas medidas preventivas, entre los ingleses se darían más de 162.000 casos de malaria durante la campaña. Los brotes de disentería también debilitaron mucho a las tropas, especialmente a los que ya la habían sufrido en Galípoli. La moral era un problema en todo el ejército, y de hecho muchas unidades no eran precisamente de la mejor calidad y la situación general de Salónica no contribuía del modo más adecuado a levantar los ánimos.

Sarrail se vio obligado asimismo a lidiar con una situación política compleja, pues Constantino mantenía lo que cabría llamar una neutralidad poco amistosa tras la caída de Venizelos. Y no es de extrañar, pues los franceses se comportaron de forma muy despótica, primero poniendo toda la región de Salónica bajo control del ejército y luego estableciendo un bloqueo naval para obligar al gobierno griego a adoptar una postura menos proalemana. La posición de los Aliados resultaba a todas luces moralmente sospechosa por el trato dispensado a un país neutral supuestamente independiente.

Otra complicación fue que el éxito de la ofensiva rusa de junio de 1916 contra los austrohúngaros despertó las ambiciones de Rumanía y sus deseos de repartirse los despojos de la guerra. Los Aliados vieron con muy buenos ojos su entrada en la guerra, pues el ejército rumano estaba formado por cerca de 400.000 hombres y habría constituido una aportación muy valiosa a las fuerzas aliadas. Pero la condición de la participación de Rumanía en la contienda era que se llevara a cabo una ofensiva desde Salónica para atenazar al ejército búlgaro.

Como los ingleses, bajo la influencia del JEMI, el «occidentalista» sir William Robertson, seguían mostrando una actitud marcadamente poco entusiasta, Sarrail planeó un ataque llevado a cabo sobre todo por tropas serbias y francesas por el flanco izquierdo y por el centro, lo que suponía dejar que los británicos se encargaran de la línea del frente que cubría la frontera serbia entre el río Vardar y el lago Doiran. A pesar de la complicación que supuso una ofensiva búlgara a la que hubo que hacer frente en agosto, el asalto de los serbios y los franceses dio comienzo a mediados de septiembre. Aunque se obtuvieron algunas ganancias —incluyendo una pequeña porción de Serbia correspondiente a Monastir—, la llegada del invierno balcánico puso fin momentáneamente a la ofensiva en el mes de diciembre. Mientras tanto, la quimera de una alianza panbalcánica que quitara de en medio al Imperio Austrohúngaro quedó de manifiesto a raíz de la humillante derrota sufrida por las fuerzas rumanas a manos de un ejército combinado alemán, austrohúngaro y búlgaro. Y así una vez más las fuerzas aliadas de Salónica volvieron a estar tremendamente atareadas en no hacer nada.

A comienzos de 1917, se asignó a Sarrail la función de «encargarse» del mayor número posible de recursos de las Potencias Centrales mientras Nivelle ganaba la guerra con su cacareada gran ofensiva de abril en el Frente Occidental. Pero Sarrail, reconociendo tal vez que sus fuerzas no estaban haciendo nada importante, decidió lanzar su propia gran ofensiva ese mismo mes de abril. En aquel ambicioso ataque, la fuerza británica de Salónica, en aquellos momentos al mando del teniente general sir George Milne, desempeñaría por primera vez un papel destacado, atacando por el valle del Estrimón. Milne puso algunos reparos, temeroso de que el valle, infestado de mosquitos, no constituyera un escenario adecuado para librar una gran batalla, y sugirió efectuar un ataque

contra las posiciones búlgaras en la zona montuosa situada al oeste del lago Doiran, amenazando así el paso de Kosturino, tácticamente significativo. El terreno era abrupto, con profundos barrancos y colinas escarpadas de cerca de 700 metros. Las colinas se habían convertido en fortalezas por medio de una serie de líneas de trincheras excavadas en la roca que creaban una barrera defensiva de más de tres kilómetros de profundidad. Aunque la finalidad del ataque británico era en principio tomar solo la primera línea búlgara, esta seguía siendo una posición sumamente dificultosa. Tras una cortina de fuego lamentablemente inadecuada de tres días de duración, la 22.ª y la 26.ª División efectuaron un ataque nocturno cuya hora cero se fijó a las 21.45 del 24 de abril. Cuando comenzó, el ataque no cogió ni mucho menos por sorpresa a la artillería búlgara, que lanzó una cortina de fuego muy eficaz contra las líneas británicas antes de que la metralla atravesara la zona devastada que constituía la tierra de nadie. Dada la ingrata tarea de asaltar el imponente macizo del Petit Couronné, la experiencia de los hombres del 10.º Batallón del Regimiento de Devonshire fue la que cabría esperar.

> Nuestros cañones han estado disparando sin cesar todo el día para volar las alambradas y las trincheras de primera línea. En cuanto oscureció salimos de nuestras trincheras y bajamos una ladera de la colina para llegar al fondo del barranco de Jumeaux. Los tíos aquellos sabían que estábamos avanzando e íbamos de camino. Nos dieron una paliza en toda regla. No tardamos en sufrir muchas bajas. Parecía que conocían todos nuestros movimientos. Llegamos hasta ese punto del barranco y entonces se desencadenó un verdadero infierno. Nuestros muchachos eran derribados como si el enemigo estuviera jugando a los bolos con ellos. Los que seguíamos en pie, llegamos más o menos a mitad de camino. El ruido de las explosiones era terrible. De repente me encontré solo. Teníamos que caminar uno detrás de otro porque la senda era bastante estrecha. Los compañeros que llevaba delante y detrás fueron abatidos, un pobre desgraciado gritaba llamando a su madre. Yo estaba medio ahogado por el humo de la cordita, pero seguía ileso, ni siquiera me habían derribado y mi bolsa de bombas estaba intacta. Tenía que seguir adelante. Logré encontrar el camino entre los cadáveres. Lo único que me permitía ver lo que había a mi alrededor eran los destellos de las explosiones.[4]

Soldado Francis Mullins, 10.º Batallón del Regimiento de Devonshire.

A pesar de todo, la infantería de Devonshire logró rebasar algunas trincheras búlgaras en la falda del Petit Couronné. Mientras los británicos intentaban conseguir refuerzos a través de aquel yermo cortado a pico, los búlgaros lanzaron una serie de contraataques cada vez más feroces. El Petit Couronné era la llave de su posición y estaban decididos a ahuyentar a los intrusos.

> Aparecieron tocando sus trompetas y gritando. Supongo que pensaban que iban a amedrentarnos. Fue el error más grande que pudieron cometer, pues sabíamos que estaban allí. Si hubieran llegado arrastrándose cautelosamente en la oscuridad nos habrían cogido con toda facilidad, pues no quedábamos muchos. Bueno, el caso es que aparecieron. Yo había usado todas mis bombas excepto una, y esta me salvó la vida. Parece increíble. La anilla de la granada no salió —de haberlo hecho, la bomba me habría estallado en las manos—, pues en ese momento nos lanzaron una bomba y nos dejaron a todos hechos trizas. Cuando me recuperé, supe que tenía que salir de allí. Entonces me di cuenta de que no podía utilizar muy bien la pierna izquierda. Parecía paralizada. Pero allí había otro chaval al cual habían alcanzado en los dedos y que me ayudó a salir a rastras de la trinchera, como si cada uno tuviera que apañárselas solo. Dejamos a otros tres en la trinchera, no pudimos hacer nada por ellos, pues teníamos a los búlgaros encima. No creo que hubiera podido volver de no haber sido porque tuve a aquel tío pegado a mí, y desde entonces no lo he vuelto a ver. He pensado muchas veces cuánto me habría gustado darle las gracias. Volver del Petit Couronné no fue ninguna broma, chocamos con la alambrada cuando todavía no había amanecido del todo. Había cadáveres por doquier.[5]
>
> Soldado Francis Mullins, 10.º Batallón del Regimiento de Devonshire.

Mullins se enteraría más tarde de que los fragmentos de la bomba le habían cortado el nervio ciático, además de infligirle cerca de veinte heridas menores más en las nalgas y en las piernas. El ataque fue un fracaso rotundo que causó más de 3.100 bajas, en neto contraste con las apenas 835 sufridas por los defensores. Un segundo ataque organizado quince días después, a las 21:50 del 8 de mayo, en un nuevo intento de inmovilizar a los búlgaros mientras los franceses y los serbios los atacaban por el oeste, no tendría mucho más éxito y las pérdidas ascenderían a más de 1.800 hombres. Las fuerzas

francesas y serbias no salieron mejor libradas, obteniendo algunas ganancias insignificantes que enseguida tuvieron que abandonar en vista de los virulentos contraataques de los búlgaros.

El fracaso de estas ofensivas provocó una crisis definitiva con el gobierno griego, resuelto a permanecer neutral. En junio de 1917 los Aliados forzaron la abdicación del rey Constantino y lo sustituyeron por su hijo Alejandro, que desde su punto de vista era mucho más maleable. Casi inmediatamente después Venizelos, que había estado presidiendo un gobierno proaliado en Creta, fue restablecido como primer ministro. El 27 de junio de 1917 había declarado la guerra a las Potencias Centrales. La mayoría de los Balcanes estaba envuelta ya en la Gran Guerra, pero, al parecer, las cosas seguían sin cambiar. Desde luego daba la impresión de que el ejército griego carecía de todo entusiasmo por la contienda. Mientras la campaña de Salónica seguía adelante a trancas y barrancas, Sarrail fue sustituido cuando el cambio de gobierno que se produjo en Francia en noviembre de 1917 llevó al poder a Clemenceau, cuya poca simpatía por él era de sobras conocida. El sustituto de Sarrail fue primero el general Marie-Louis Guillaumat y después, cuando este fue llamado de nuevo a Francia en junio de 1918, fue reemplazado por el admirado general Louis Franchet d'Espèrey.

En D'Espèrey la *Armée d'Orient* encontraría un comandante en jefe comprometido con la estrategia «orientalista»; de hecho, ya en 1914 había propuesto una ofensiva en los Balcanes. En aquel momento recibió permiso para lanzar una nueva ofensiva, siempre y cuando no necesitara más tropas. El principal ataque debían llevarlo a cabo los serbios y los franceses a través de un terreno montañoso al oeste del valle del Vardar. Era aquel un sector todavía más traicionero que el del Doiran, pero D'Espèrey había logrado reunir en secreto unas

fuerzas superiores a las búlgaras, a las que excedían en una proporción de aproximadamente tres a uno. Había acumulado asimismo cañones suficientes para efectuar un bombardeo que fue sumamente pesado para lo que era habitual en la campaña cuando se inició la ofensiva el día 14 de septiembre. Esta vez a los franceses les salieron bien las cosas y, después de arduos combates, lograron tomar los picos de las colinas. Frente a ellos tenían los valles que se abrían por detrás de las líneas búlgaras. El 8 de septiembre se pidió a Milne que lanzara un ataque de refuerzo junto con los griegos para impedir que los búlgaros enviaran con rapidez más fuerzas al sector amenazado. El resultado de su intervención fue desastroso y la segunda batalla del Doiran costaría a los ingleses y a los griegos cerca de 71.000 bajas. Pero en esta ocasión los franceses lograron realizar un gran avance y el 20 de septiembre, temerosos de ser rodeados, los búlgaros abandonaron por fin la seguridad de sus montañas y emprendieron la retirada a lo largo de toda la línea. El entusiasmo entre los británicos fue mayúsculo cuando se percataron de que los búlgaros se habían ido.

> Realmente avanzábamos por detrás de los búlgaros, que se habían escabullido durante la noche. A las nueve de la noche de ayer tenían a nuestras patrullas a raya y ahora somos nosotros los que estamos tras ellos y la infantería y los cañones están bien dentro de sus líneas. Fue un repliegue my precipitado, pues, según nos contaron dos desertores, a las 7.30 recibieron la orden de marcharse de allí a las 8. He visitado parte de sus líneas esta tarde. Han volado una gran parte de ellas, pero todavía quedan algunos refugios subterráneos estupendos. Las alambradas son tremendas en todas partes.[6]
>
> Capitán Robert Townsend, 10.º Batallón del Regimiento de Devonshire.

Al cabo de poco tiempo estaban pisándoles los talones.

> Ha sido un día tremendo. Emprendimos la marcha tras recibir una orden repentina aproximadamente a las nueve, y hemos tenido que cruzar a toda marcha dos pasos de montaña tremendos para bajar a un pueblo llamado Strumnica, que está a la entrada del valle del Estrimón. Por fin estábamos en Bulgaria. Es un país muy bonito, pero el polvo del camino ha sido sencillamente espantoso. Los búlgaros se han largado rápidamente, pero ha sido una marcha terri-

blemente dura y no hemos llegado aquí hasta las diez. Estamos absolutamente rendidos. Sin embargo todo esto forma parte de nuestra jornada de trabajo y estamos acabando con los búlgaros a lo grande.[7]

Capitán Robert Townsend, 10.º Batallón del Regimiento de Devonshire.

Cuando la aviación y la caballería aliadas se lanzaron contra las columnas búlgaras en retirada, estas se convirtieron en un tropel informe. Su moral no mejoró precisamente cuando se dieron cuenta, como no podía ser de otra forma, de que habían estado siguiendo el rumbo equivocado: las noticias procedentes del Frente Occidental ponían de manifiesto que Alemania había sido vencida y que las Potencias Centrales estaban condenadas al fracaso.

El 29 de septiembre las fuerzas búlgaras que ocupaban Skopje, la capital serbia, se rindieron y un día después se rendía formalmente Bulgaria. Fue un momento agridulce para la fuerza británica de Salónica. Estaba en el bando vencedor; pero la alegría de la victoria correspondía a sus aliados. Había combatido casi tres años enteros, pero había tenido que contentarse solo con un papel secundario en el desenlace final. La de Salónica fue una campaña realmente para olvidar; y había sobrados motivos para ello. No se consiguió en ella nada que la victoria en el Frente Occidental no hubiera podido lograr a su debido momento. Y su coste para los ingleses había sido espantoso, pues aunque sufrieron solo 23.787 bajas en los combates propiamente dichos, fueron muchas más las que les ocasionaron los perniciosos efectos de la enfermedad. En el punto álgido del despliegue británico en Salónica llegó a haber 182.500 soldados británicos, que enseguida fueron víctimas de los mosquitos y la malaria. Pocos frentes habría más deprimentes que el de Salónica.

9

El Frente Occidental, 1916

En Inglaterra hay una fuerte propensión hacia las victorias fáciles en teatros de guerra secundarios, con pocas bajas y sin resultados verdaderamente apreciables. Es incomprensible que pueda esperarse derrotar a Alemania matando turcos o búlgaros. Es como si un boxeador saliera del cuadrilátero para derrotar a los segundos de su rival.[1]

General de brigada John Charteris, cuartel general, BEF.

El Año Nuevo empezó con un equipo nuevo para dirigir el esfuerzo militar británico. En Londres, el general sir William Robertson había sido nombrado jefe del estado mayor imperial el 23 de diciembre de 1915. Solo unos días antes, exactamente el 19 de diciembre, el general sir Douglas Haig había sido ascendido a comandante en jefe de la BEF. Estos dos militares trabajarían en sintonía, unidos por su convencimiento de que la situación estratégica imperante exigía destinar la mayoría de los recursos británicos a combatir al enemigo principal, Alemania, en el teatro de la guerra en el que se iba a decidir la victoria, el Frente Oriental. El equilibrio de poder en el Frente Occidental estaba cambiando, pues, aunque los germanos habían reforzado sus unidades de combate en el oeste tras el éxito de sus campañas en el Frente Oriental, la BEF también vivía un momento de expansión. En aquellos momentos disponía de alrededor de un millón de hombres en armas: un total de treinta y ocho divisiones de infantería, y seguía creciendo. No obstante, los franceses todavía eran el aliado dominante, con sus noventa y seis divisiones a las órdenes del general Joseph Joffre en enero de 1916. Era innegable que desde agosto de 1914 habían venido soportando la carga de la guerra en el Frente Occidental, donde, en comparación con la francesa, la contribución británica había sido insignificante: las batallas en las que habían participado tropas anglosajonas,

como, por ejemplo, Neuve Chapelle o Loos, difícilmente podían considerarse más que simples escaramuzas si se pensaba en los colosales enfrentamientos ocurridos en la región de Artois o de Champaña.

Durante un tiempo los franceses habían esperado impacientemente a que su aliado naval también cumpliera la parte que le correspondía en tierra. En 1916 llegó el ansiado momento. En la conferencia celebrada por los Aliados en Chantilly en diciembre de 1915 para coordinar la estrategia se había decidido el lanzamiento de una gran ofensiva anglofrancesa en el Frente Occidental que debía coincidir con otros ataques simultáneos de rusos e italianos. Joffre había elegido el sector del Somme, donde franceses y británicos podrían luchar codo con codo, y él controlar la situación y asegurarse de que los británicos no redujeran sus esfuerzos. Era una guerra de alianzas, y a Haig no le quedó más remedio que obedecer, pues lo que se quería era que aquella unión sobreviviera y prosperara. Pero ni él ni Joffre tendrían la oportunidad de decidir lo que iba a suceder en el Frente Occidental. Durante la primera mitad de 1916 sería otro general, el jefe del estado mayor alemán, Erich von Falkenhayn, el que iba a marcar la agenda.

Falkenhayn, animado por una serie de victorias obtenidas en el Frente Oriental en 1915, consideraba que, aunque la derrota total de Rusia fuera poco probable, los ejércitos alemanes habían alcanzado suficientes triunfos como para que el imperio del zar permaneciera inactivo al menos durante 1916. También Serbia había quedado reducida a una sombra de lo que era, mientras que resultaba evidente que la posición de Austria-Hungría había mejorado notablemente. Pero, a pesar de todo, la situación estratégica general continuaba siendo la misma: Rusia se negaba obstinadamente a firmar una paz separada, y de ahí que Alemania tuviera que seguir combatien-

do en dos frentes. Falkenhayn consideraba que, en semejantes circunstancias, era necesario terminar la guerra antes de que 1916 llegara a su fin, pues de lo contrario Alemania, pero sobre todo el Imperio Austrohúngaro y el imperio otomano, simplemente se derrumbarían por el enorme peso de la carga de la guerra. Por esta razón, las Potencias Centrales se veían obligadas a atacar, puesto que si se limitaban a esperar sin tomar ninguna iniciativa, solo lograrían que los Aliados se hicieran más fuertes y movilizaran una cantidad aún mayor de recursos industriales y militares para ponerlos al servicio de la guerra. De hecho, en cierto modo, Falkenhayn había tenido suerte de que, en gran medida, franceses y británicos no hubieran conseguido obtener ninguna ventaja concreta en el Frente Occidental a lo largo de 1915, pues solo habían podido tomar objetivos secundarios que carecían en realidad de importancia.

Con Rusia aparentemente sometida, Falkenhayn tenía el firme propósito de alcanzar una victoria decisiva en el oeste mientras Austria-Hungría se lanzaba sobre Italia. ¿Pero a quién atacar? ¿A los franceses? ¿O a los británicos? Antes de tomar su decisión, Falkenhayn sopesó muchos factores. Seguía considerando a Gran Bretaña el enemigo principal, pero no era tan fácil infligir graves perjuicios al esfuerzo de guerra británico. Al final, llegó a la conclusión de que Francia debía ser el objetivo, pues, atacándola, dejarían «a Inglaterra sin su mejor espada, ¡Francia!».[2] Los franceses ya habían visto mermadas sus fuerzas por la combinación de las terribles pérdidas sufridas en las batallas de las Fronteras de 1914 y las ofensivas fallidas de 1915. Sus recursos humanos no eran un pozo sin fondo, y no podrían soportar mucho tiempo aquel ritmo tan acelerado con el que se producían las bajas. En las valoraciones de sus adversarios militares, los servicios de inteligencia alemanes indicaban que los flamantes «Nuevos Ejércitos de

Kitchener» no eran militarmente competentes, aunque parece que habían mostrado respeto tanto por las divisiones regulares reconstituidas como por las del Ejército Territorial. También se hacían eco del espíritu de lucha que, en líneas generales, caracterizaba a las unidades británicas. Tal vez esta visión no fuera acertada, pero lo cierto es que estaba ampliamente difundida entre los miembros del alto mando alemán, a los que no les faltaba confianza en sí mismos cuando aseguraban que sus tropas estaban perfectamente adiestradas y muy motivadas para la batalla. Por último, Falkenhayn y su estado mayor concluirían que la nación francesa y sus políticos elegidos democráticamente no tenían la fuerza necesaria para aguantar los terribles rigores de la guerra durante mucho tiempo. E iban a poner todo esto a prueba en 1916.

La batalla de Verdún

Durante todo el larguísimo proceso de planificación de la que sería la batalla de Verdún, Falkenhayn desarrolló un nuevo concepto de guerra. Su versión final contemplaría el lanzamiento de una ofensiva en el saliente creado en torno a la ciudad fortificada de Verdún a uno y otro lado del río Mosa, donde una potente amalgama de necesidades tácticas y orgullo nacional obligaría a los franceses a emprender contraataques que acabarían desangrando a su ejército: una división tras otra, sus unidades de reserva serían pulverizadas por la «trituradora» de la potente artillería alemana (en total, se trasladarían a la zona 1.220 cañones, de los cuales muchos serían pesados o superpesados). De todos modos, tanto si los franceses contraatacaban en Verdún como si intentaban aliviar la presión lanzando una gran ofensiva en otro lugar, el efecto, en opinión de los alemanes, iba a ser el mismo: una cantidad de pérdidas enorme e insostenible para Francia en el tercer año de guerra. Falkenhayn no temía particularmente una posible intervención británica, pues dudaba de que la BEF estuviera

preparada para un combate a gran escala en el continente. Cuando los Aliados llegaran al límite de sus fuerzas, una última ofensiva alemana barrería los restos del ejército francés del campo de batalla. Con Francia fuera de combate, acabar con la BEF sería coser y cantar.

El V Ejército alemán, a las órdenes del príncipe heredero Guillermo de Prusia, emprendería el ataque en la margen derecha del Mosa para ocupar rápidamente las alturas que dominaban la zona utilizando un número relativamente reducido de soldados de infantería en formación abierta, acompañados de lanzallamas y respaldados por el fuego intenso y constante de la artillería contra la primera línea francesa hasta el momento preciso del asalto, cuando los cañones debían dirigir sus disparos hacia las posiciones de la segunda línea. En medio de tanto caos y destrucción, las técnicas de bombardeo también se habían sofisticado con el uso generalizado de bombas de gas contra las posiciones de las baterías para evitar que los cañones franceses abrieran fuego durante el avance alemán a través de la tierra de nadie. Ante todo, se intentaba que las bajas alemanas fueran mínimas. Como indicaría sucintamente Falkenhayn: «Nuestro objetivo … era infligir al enemigo el mayor daño posible con las mínimas pérdidas humanas posibles por nuestra parte».[3] Una vez tuvieran el control de las alturas que se elevaban junto al Mosa, la artillería pesada alemana podría dominar todo el campo de batalla y la mismísima ciudad de Verdún. Se habían llevado a cabo una serie de preparativos especiales para asegurarse de que durante la siguiente fase de la ofensiva los cañones alemanes pudieran mantener un ritmo constante de bombardeos, lanzando continuamente proyectiles contra las líneas francesas y destruyendo sus sistemas de comunicaciones: este, pues, sería el efecto pulverizador de la «trituradora» alemana.

Falkenhayn quería que la operación se limitara a atacar la margen derecha del Mosa, al menos en las fases iniciales, pues dudaba de que pudiera disponer de tropas suficientes para un esfuerzo tan ingente a uno y otro lado del río. Sobre este punto había una clara divergencia de opinión con el estado mayor del V Ejército, que no solo prefería la idea de un ataque simultáneo en las dos márgenes del Mosa, sino que también apostaba por capturar lo antes posible la fortaleza de Verdún en vez de aguardar a que el cuerpo del ejército francés «se desangrara» hasta morir. Obsesionado con el secretismo, Falkenhayn negaba a sus subordinados el acceso al plan general, dando lugar a que muchos miembros del estado mayor alemán del Frente Occidental no comprendieran ni avalaran su enfoque estratégico. Pero tenía la firme determinación de minimizar las filtraciones de informes de espionaje y de asegurar el efecto sorpresa (tan estratégico para la operación). Con este fin permitió que también se llevaran a cabo preparativos para el lanzamiento de otras ofensivas a lo largo del Frente Occidental, con las que pretendía confundir a los Aliados, que sospechaban la inminencia de un ataque, pero no sabían determinar por dónde iba a producirse.

A comienzos de 1916 la posición de los franceses en Verdún no era buena. Aunque en 1914 había sido un sector relativamente tranquilo, la gran fortaleza se había visto privada de la mayor parte de sus cañones durante el desesperado proceso de acumulación de artillería pesada para las ofensivas del otoño de 1915. El sector estaba defendido en su totalidad solo por cuatro divisiones y dos brigadas de tropas territoriales, situación contemplada con excesiva complacencia en el cuartel general de Joffre, a pesar de los repetidos avisos acerca de la deficiencia de las defensas francesas. Pero la llegada de un período de nevadas y lluvias el 12 de febrero de 1916, la fecha para la cual estaba previsto el ataque, impedía el uso efectivo

de la artillería alemana, que era esencial para el éxito de la ofensiva, y obligó a aplazar nueve días la operación. Estos días tan preciosos permitieron que los franceses se dieran cuenta de lo que iba a ocurrir, y aunque tarde, empezaron a concentrar sus fuerzas en la zona. Cuando los alemanes atacaron, los franceses ya tenían ocho divisiones y más de seiscientos cañones a uno y otro lado del Mosa.

Cuando se inició el bombardeo alemán a las cuatro de la mañana del 21 de febrero, el fuego fue mucho más concentrado que el de los franceses durante las ofensivas del otoño del año anterior. Las cortinas de fuego de apoyo contra los flancos de Verdún dieron aparentemente una notable amplitud al ataque, pero el verdadero núcleo se encontraba en un sector de unos doce o trece kilómetros situado al este del Mosa. Poco a poco, los bombardeos fueron intensificándose, pero lo que se produjo a continuación fue en cierta medida un anticlímax, cuando las patrullas alemanas empezaron a tantear el terreno, investigando la situación, y se decidió no comprometer una gran cantidad de tropas aquella primera noche. Verdún supuso una de las primeras apariciones de las tropas de asalto (*Sturmtruppen*) alemanas, un cuerpo de élite especialmente adiestrado para tantear el terreno durante el avance, infiltrándose en los núcleos de resistencia y utilizando los lanzallamas que habían sido empleados por primera vez en Ypres durante el verano de 1915. En la izquierda los alemanes ocuparon el bosque de Haumont, pero se vieron frenados en el vecino bosque de Caures, donde la defensa estaba dirigida por el coronel Émile Driant, que ya a finales de 1915 había insistido enérgicamente en la necesidad de mejorar las defensas de la zona de Verdún. Un segundo bombardeo de efectos devastadores cayó sobre las posiciones de Driant la mañana del 22 de febrero, y esta vez los alemanes supieron aprovechar al máximo el ataque. Driant fue una figura inspiradora mientras

coordinó la resistencia, pero murió a las cuatro y media de la tarde cuando intentaba evacuar del bosque a los últimos supervivientes franceses.

> Acababa de caer en el cráter de una bomba cuando un sargento que acompañaba al coronel Driant, y que iba unos dos pasos por delante de él, cayó en el mismo agujero. Vi claramente cómo el coronel Driant estiraba los brazos mientras exclamaba: «¡Oh, Dios mío!», y luego se medio giraba para derrumbarse junto al agujero, mirando hacia el bosque. Su cuerpo yacía completamente extendido, por lo que no podíamos verlo desde dentro del agujero debido a la gran cantidad de tierra que había caído por todas partes. Queríamos entrarlo en el cráter sin que nosotros tuviéramos que salir de él. Cuando retiramos suficiente tierra para poder asomar la cabeza, vimos al coronel. Nos mostraba señales de vida, y le salía sangre de una herida en la frente y también de la boca. Tenía el color de un muerto, y los ojos entreabiertos.[4]
>
> Sargento Jules Hacquin, 56.º Batallón de Infantería Ligera.

La unidad de Driant no fue la única en oponer una férrea resistencia, pues hubo otras que también actuaron con excepcional coraje en su misión de frenar, o al menos retrasar, el avance alemán, permitiendo así que sus camaradas pudieran reorganizarse.

El avance de los alemanes fue muy gradual: entre dos y cuatro kilómetros durante los tres primeros días. Luego se produjo en el sector francés una terrible conmoción, fruto simplemente del caos reinante en la batalla. El fuerte de Douaumont era, desde el punto de vista táctico, el baluarte más importante, pues desde él se dominaban todos los accesos a Verdún por el norte. Su construcción había finalizado en 1913, y había sido equipado con un cañón de 155 mm, otros de 75 mm y varias ametralladoras. Todas estas armas estaban colocadas pertinentemente en casamatas y torreones blindados. La construcción de ladrillo original había sido recubierta de una espesa capa de hormigón, resistente, al menos en parte, a las enormes bombas que impactaban en su estructura. Lamentablemente para los franceses, la compañía de infantería destinada a este fuerte había sido enviada a reforzar la pri-

mera línea del frente, y, por desgracia, no había llegado ninguna unidad para sustituirla. En la fortaleza no quedaba, salvo unos cuantos artilleros. El 25 de febrero, unas patrullas del 24.º Regimiento de Brandeburgo cruzaron las defensas exteriores del fuerte y entraron en el edificio para descubrir que estaba casi vacío. El gran bastión de Douaumont, la presa soñada, había caído sin efectuar ni un solo disparo. Aunque sus cañones no tuvieran prácticamente valor alguno, el efecto psicológico de aquella captura fue considerable para los dos bandos, pues la importancia militar del fuerte residía en su ubicación: era un punto de observación desde el cual se dominaba todo el paisaje y que a partir de entonces podría utilizar la artillería alemana. Los franceses se retiraron, y el avance alemán prosiguió hasta que el cansancio y las horribles condiciones meteorológicas lo interrumpieron bruscamente a apenas cuatro kilómetros de la mismísima Verdún, en las últimas colinas que había que cruzar para llegar a la ciudad.

Llegado este punto, parecía que los franceses iban a abandonar la margen derecha del Mosa en beneficio de los alemanes. Sin embargo, el jefe del estado mayor de Joffre, el general Édouard de Castelnau, sabedor de lo que tenía una lógica militar y lo que no, tras considerar el posible impacto que iba a tener la pérdida de Verdún en la moral del pueblo francés, convenció a Joffre de la necesidad de conservar esa plaza. Ello suponía no solo resistir en las últimas posiciones de la margen derecha del río, sino también ordenar que se siguiera una política de «no retirada» en la margen opuesta si los alemanes acababan por atacarla. Se decidió que fuera el general Philippe Pétain, comandante en jefe del II Ejército, el encargado de la defensa de Verdún. Oficial bien organizado y tenaz, Pétain no había visto afectada su carrera por su fracaso en las ofensivas del otoño en Champaña y, además, tenía fama de ser un verdadero maestro de las operaciones defensivas (una virtud

claramente útil para la nueva misión). Con su decisión de resistir en Verdún, los franceses estaban cayendo sin saberlo en la trampa de Falkenhayn, pero no tenían otra alternativa. De hecho, Pétain mandó a sus hombres «repeler a toda costa los ataques del enemigo, y reconquistar inmediatamente cualquier palmo de terreno que nos haya arrebatado».[5] ¡Parecen palabras de Falkenhayn! Sin embargo, los alemanes también estaban cayendo en su propia trampa; trampa creada por la actitud ambivalente del príncipe heredero Guillermo de Prusia y el estado mayor del V Ejército ante el objetivo original de la ofensiva. Movidos por el éxito obtenido en Douaumont, esta unidad germana y su comandante en jefe empezaron a presionar más y más, y sus pérdidas comenzaron a ser cada vez más cuantiosas. A finales de febrero, alemanes y franceses habían sufrido un número similar de bajas, y esto no entraba dentro de los planes alemanes.

El metódico Pétain utilizó su talento para organizar las defensas de Verdún. Llegaron a la zona refuerzos en masa, y el general se aseguró no solo de que fueran concentrándose en posiciones de primera línea, sino también de que crearan un sólido sistema defensivo con la profundidad necesaria. Su estado mayor recibió la orden de controlar que las tropas estuvieran constantemente en rotación para que ninguna unidad pasara mucho tiempo seguido en el frente. Esto suponía que casi todos los soldados del ejército francés irían conociendo escalonadamente el infierno de Verdún, pero sin permanecer allí el tiempo suficiente para destrozarles la moral o dejarlos hechos polvo. Pétain también colocó su artillería pesada —cuyo número de piezas había aumentado considerablemente— en la margen izquierda, oculta en las colinas, desde donde podía disparar *en masa* contra el flanco desprotegido del avance alemán. Debido a la trayectoria plana que seguían sus proyectiles, los cañones de 75 mm eran de poca utilidad para ata-

car las trincheras, de modo que Pétain decidió destinarlos a una nueva misión para la que estaban perfectamente preparados: repeler a la infantería enemiga cuando esta se pusiera al descubierto para cruzar la tierra de nadie. Así pues, justo cuando los cañones alemanes tenían enormes dificultades prácticas para avanzar a través de un campo de batalla lleno de cráteres de bomba en medio de unas condiciones climatológicas horribles, la artillería francesa empezaba a resistir la embestida del enemigo con su misma furia. Pétain también reorganizó las vulnerables vías de aprovisionamiento de la ciudad: la línea ferroviaria había sido cortada, y solo quedaba una carretera principal —que no tardaría en ser bautizada con un nombre muy poco original, *Voie Sacrée*— por la que pasaban infinidad de camiones cargados con las provisiones y los pertrechos necesarios para mantener el ejército de Pétain en el campo de batalla.

Tras darse una tregua, el 6 de marzo los alemanes reemprendieron el ataque, esta vez incluyendo en sus objetivos la margen izquierda del Mosa y la artillería francesa situada en las colinas de ese lado del río. Allí el asalto se centraría en la zona montañosa de Mort Homme y una altura con un nombre mucho más prosaico, la Cota 302. Los bosques y las colinas que había que despejar en esta región se convertirían en otro matadero. A veces los franceses se replegaban, frenados por un bombardeo particularmente violento que les hundía la moral, pero siempre parecían tener otro batallón con el que lanzar un contraataque desesperado para impedir que los alemanes consolidaran su posición. Y en todo momento la artillería francesa causaba estragos entre la infantería alemana. Los días se convertían en semanas, y las semanas en meses, y aunque los frentes de uno y otro bando nunca eran estáticos, lo cierto es que tampoco se movían mucho. Mientras tanto, una larga batalla similar se desencadenó en la margen derecha

del río cuando los alemanes intentaron arrebatar el fuerte de Vaux a los franceses. Llegó el mes de abril, y los combates eran cada vez más feroces. A los ataques alemanes sucedían los contraataques franceses, y a estos nuevos ataques alemanes. Y seguía lloviendo sin parar.

A pesar de todas sus cualidades, Pétain no duraría mucho en el cargo. Cada vez pedía más y más refuerzos a Joffre, quien quería desesperadamente conservar sus reservas por si los alemanes atacaban en otro punto, pero también para la ofensiva conjunta con los británicos prevista en el sector del Somme. Joffre era un tipo que no soportaba que le vinieran con continuas demandas, por muy bien que se las expusieran. A finales de abril, su paciencia se colmó, pero como Pétain era un héroe nacional, optó por ascenderlo poniéndolo al frente del Grupo de Ejércitos del Centro. El general Robert Nivelle asumió el mando del II Ejército en Verdún. Pocas cosas cambiarían, pues Pétain había puesto en marcha la reorganización necesaria para garantizar, en la medida de lo posible, la defensa de Verdún. Nivelle era más proclive a la ofensiva y quería emprender grandes contraataques para recuperar todo el terreno perdido ante los alemanes. Ello habría jugado a favor de los germanos si estos no hubieran perdido de vista el objetivo de sus propias operaciones: habían llegado a la convicción de que debían seguir atacando en un momento en el que suspender la ofensiva, o trasladarla a otra zona, habría sido lo más lógico. Pero el combate había cobrado impulso: era necesario avanzar para mantener la moral de las tropas del frente que soportaban una tortura tremenda. En esencia, los alemanes habían caído en su propia «trituradora».

A la humedad de la primavera no tardó en sucederle el bochorno de un largo verano, y los combates seguían recrudeciéndose. Los soldados que llegaban a Verdún por primera vez lo hacían llenos de miedo por la mala fama del sector.

Marchábamos en medio de nubes de polvo blanco. Así empezó nuestro ascenso a Verdún, un ascenso que nos conducía a un calvario que iba a durar diez días, diez días en los que tuvimos la sensación de ser arrastrados por la gigantesca noria que alimentaba regularmente la batalla, como la noria de los países mediterráneos que lleva agua a la tierra estéril; diez días de desgarradora agonía, para mí más dolorosos que los nueve días que deberíamos pasar en el núcleo de la batalla. El peor sufrimiento mental en tiempos de guerra llega cuando los pensamientos de uno se adelantan a las propias acciones, cuando se da rienda suelta a la imaginación y se contemplan los peligros del avance que se multiplican por cien. Es bien sabido que el miedo al peligro produce más angustia que el propio peligro, del mismo modo que el deseo produce más excitación que su propia satisfacción.[6]

Teniente segundo René Arnaud, 337.º Regimiento de Infantería.

Finalmente, el 2 de junio, los alemanes consiguieron rodear el fuerte de Vaux, ocupando la barrera natural que formaban las alturas del Mosa. El oficial al mando de la fortaleza era el comandante Sylvain Eugène Raynal, que ya había resultado gravemente herido en septiembre de 1914, pero cuya idea de recuperación consistía en prestar servicio activo al frente de una piedra angular de las defensas de Verdún. Sin agua, su guarnición tenía pocas esperanzas de sobrevivir.

A eso de las once de la noche nuestra artillería se silenció de repente, y la noche pasó en absoluta calma, una calma mucho más angustiosa para mí que el furor de la batalla. Ni un ruido, ni una señal de movimiento. ¿Acaso tenía yo derecho a prolongar la resistencia más allá de lo humanamente posible y arriesgar innecesariamente las vidas de aquellos valientes que con tanto heroísmo habían cumplido con su deber? Di una vuelta por los pasillos. Lo que contemplaron mis ojos fue horroroso. Hombres postrados entre vómitos, pues era tanta la miseria que nos rodeaba que se habían llegado al extremo de tener que beber la propia orina. Algunos habían perdido el conocimiento. En la galería principal un hombre lamía una pequeña grieta húmeda que recorría la pared. ¡7 de junio! Amaneció sin que casi nos diéramos cuenta. Para nosotros seguía siendo de noche, una noche en la que se desvanecieron todas nuestras esperanzas. La ayuda del exterior, si llegaba, llegaría demasiado tarde. Envié mi último mensaje, el último saludo del fuerte y sus defensores a su país. Luego regresé con mis hombres: «Todo ha terminado, amigos míos. Habéis cumplido sobradamente con vuestro deber. Os lo agradezco».[7]

Comandante Sylvain Eugéne Reynal, Guarnición del Fuerte de Vaux.

La rendición final tuvo lugar a las 06.00 del 7 de junio.

Como en otros muchos casos, la captura de un elemento esencial simplemente ponía de manifiesto cuál iba a ser la siguiente serie de objetivos, una última línea defensiva más que se extendía desde un reducto llamado *ouvrage* de Thiaumont hasta el fuerte de Souville, pasando por las siniestras ruinas de Fleury. Uno y otro bando pusieron en juego sus reservas con esa temeridad propia de los jugadores cuando piensan que sin duda la suerte les sonreirá en la siguiente y última apuesta. Pero no cambió nada, pues ninguno de los dos alcanzó la victoria. Los alemanes también sabían que la gran ofensiva del Somme —durante largo tiempo planeada por Joffre— estaba a punto de comenzar. Un último ataque a la desesperada permitió a los alemanes capturar Thiaumont y Fleury el 23 de junio, utilizando con efectos letales la nueva arma, las bombas de gas fosgeno (todas ellas marcadas con una distintiva cruz verde), que cayeron alrededor de las baterías francesas para envolverlas de nubes tóxicas. La infantería alemana llegó hasta las murallas del fuerte de Souville, pero al final tuvo que retirarse.

El 24 de junio de 1916 los británicos y los franceses habían empezado sus bombardeos en el Somme. Poco a poco, las reservas alemanas que quedaban —pues ya se habían visto gravemente mermadas por la intensidad de los combates en Verdún— fueron utilizadas para frenar el nuevo avance de los Aliados. Batería a batería, los cañones alemanes comenzaron a ser trasladados al norte. El 11 de julio se llevó a cabo una última intentona de tomar el fuerte de Souville, pero esta vez los artilleros franceses habían recibido máscaras antigás más efectivas, y el fosgeno supuso para ellos una molestia en vez de una amenaza con consecuencias mortíferas. Los alemanes fueron repelidos, y el fuerte de Souville siguió en manos de los franceses. El V Ejército alemán adoptó una postura de «defensa agresiva», y Verdún dejó de verse amenazada.

Pero la batalla de Verdún no había llegado ni mucho menos a su fin.

Había llegado ya la hora de que los franceses devolvieran el golpe. Su ejército no paraba de aprender. La infantería recibía armamento nuevo. El fusil de cerrojo Berthier de 8 mm de 1907, alimentado mediante un peine de tres cartuchos, supuso una notable mejora en comparación con el obsoleto modelo Lebel, y también hubo una mayor disponibilidad de ametralladoras ligeras Chauchat y de las fantásticas ametralladoras Hotchkiss para aumentar la potencia de fuego. Se utilizaban granadas de fusil, morteros y versiones más pequeñas (de 37 mm) del cañón de 75 mm como armas de apoyo. Las tácticas de ataque de la infantería también habían experimentado un notable desarrollo, pues se hacía menos hincapié en los ataques de una sola oleada y más en las funciones de los especialistas, como, por ejemplo, los bombarderos, los hombres con granadas de fusil y los «barredores», utilizados para erradicar cualquier foco de resistencia y asegurarse de que no quedaba ningún alemán escondido en las trincheras y los refugios subterráneos capturados.

Una y otra vez, los franceses atacaban a los alemanes, que respondían con su característica agresividad: la localidad de Fleury cambiaría de manos quince veces en lo que fue uno de los combates más encarnizados de toda la guerra, hasta que por fin los franceses la ocuparon definitivamente el 18 de agosto. En aquellos momentos la artillería gala era la dominante, pues una gran parte de la alemana había sido trasladada al Somme. El siguiente avance significativo fue el programado por el general Charles Mangin, hombre resoluto y decidido, al que nada lo detenía cuando tenía enfrente al enemigo. Su plan era ingenioso. Un simulacro de ataque, precedido de un gran bombardeo, incitaría a las baterías alemanes ocultas a abrir fuego, revelando así su posición a los aviones de recono-

cimiento franceses, cuyos tripulantes estarían observando. Cuando el 24 de octubre comenzó el ataque real, casi todos los cañones alemanes habían sido silenciados. Verdún se convertía en un infierno en la tierra para la infantería alemana. El soldado William Hermanns del 67.º Regimiento de Infantería estaba destinado en la maltrecha estructura del reducto de Thiaumont.

> La entrada era un simple agujero en el desolado campo de batalla, y las siluetas de hombres encogidos de miedo, constantemente saliendo y entrando agazapados, parecían hormigas gigantes en plena oscuridad. Bajé por una escalera de hierro hasta aquella caverna de hormigón a unos doce metros de profundidad. Era un lugar enorme, lleno de centenares de soldados. Unos estaban en sus literas, durmiendo, roncando o lamentándose. Otros abarrotaban los pasillos entre las literas, charlando o escribiendo cartas. Y algunos estaban sentados o arrodillados en una esquina, recogiendo sus cosas o sacándolas de los macutos. El reflejo de una linterna o el de una vela, una cerilla o un cigarrillo encendido salpicaban la oscuridad de islas de luz que continuamente cambiaban de intensidad. Desde ese reducto subterráneo podía apreciarse un pequeño pedazo de cielo si uno se acercaba a la escalera de hierro o miraba a través del hueco en el que estaban los aparatos de ventilación. Desde unos doce metros más abajo llegaba una corriente de aire tórrido y viciado que inundaba mi nariz de un nauseabundo olor a medicamentos de primeros auxilios. Aquellos camastros de red metálica estaban llenos de uniformes: hombres mutilados, cubiertos de barro, lacerados y sucios. Un espectáculo deprimente. Había uno con los ojos cerrados y una venda empapada de sangre alrededor de la cabeza. Otro, a su lado, se retorcía del dolor. Vi que algunos de los que estaban infestados de piojos se habían arrancado los vendajes para aliviar el picor. Los pasillos entre las literas estaban abarrotados de gente. Probablemente hubiera allí más de mil hombres. Algunos habían sido relevados, pero no podían retirarse a la retaguardia, y algunos de los que habían llegado para relevar a otros no podían dirigirse al frente. Todos estaban aprisionados en aquellas entrañas de piedra y hormigón.[8]
>
> Soldado William Hermanns, Compañía de Ametralladoras,
> 67.º Regimiento de Infantería.

El avance francés precedido de una lluvia constante de bombas queda reflejado en el relato de Hermanns, que nos ofrece una viva descripción del horror que vivían esos exhaustos soldados alemanes en aquella tenebrosa sepultura de Thiaumont.

Oí el grito: «¡Gas venenoso!». Todos a mi alrededor comenzaron a colocarse las máscaras. Yo decidí ajustarme la mía, que seguía colgada a mis espaldas. Ahí estaba: una nube amarillenta flotaba junto a la escalera de hierro. Seguramente habían arrojado una bomba de gas por la entrada de aquel pozo. La orden a voz en grito: «¡Colóquense las máscaras antigás!», electrizó todo el refugio. Los soldados corrían a por sus máscaras, que estaban colgadas en las paredes, en alguna esquina o seguían en sus macutos. Muchos de los que las habían perdido en el campo de batalla empezaron a toser. Los que yacían heridos intentaban trepar a las literas de arriba, mientras más abajo el gas seguía avanzando y apagaba una vela tras otra. En poco tiempo, muchos estaban muriéndose, y los camastros y el suelo se llenaron de cadáveres. Desesperados, los vivos tropezaban con ellos o los pisaban en su afán por encontrar un poco de aire que respirar. Como una ola, la señal de alarma iba pasando de litera en litera. Enseguida llegó al último hombre, que se encontraba unos cien metros más allá. Tanto era el pánico, que vi cómo unos heridos de gravedad se arrojaban al suelo como si quisieran ingerir el gas. Algunos les quitaban las máscaras a sus vecinos. A otros les salía una espuma rojiza por la boca.[9]

Soldado William Hermanns, Compañía de Ametralladoras,
67.º Regimiento de Infantería.

Cuando los supervivientes del ataque con gas consiguieron salir de allí, se encontraron atrapados en medio del fuego de la infantería francesa que ya había llegado a la zona. Thiaumont cayó sin tener que combatir.

El terreno, convertido en una sucesión de cráteres de bomba, se elevaba gradualmente hacia la cima del fuerte de Douaumont, la colina que se erguía ante nosotros a poco más de un kilómetro y medio de distancia. Objetos oscuros, grandes y pequeños, sobresalían del suelo por todas partes, pero nada se movía, salvo nosotros. El cabo Schulze, con sus largas piernas, iba unos veinte metros delante de mí. A veces solo podía ver su silueta caminando cautelosamente a través del tupido velo de la oscuridad. De pronto se oyó un disparo. Me tiré a un cráter de bomba. Oí la voz de Schulze: «¡Me han alcanzado!». Solté la ametralladora, y dando un salto salí de allí para ir hacia él. Pero el cabo gritó: «¡Hermanns, corre! ¡Los franceses!». En medio de la oscuridad pude ver a unos hombres muy cerca. Eché a correr en la dirección opuesta. Ellos salieron en mi persecución, pero enseguida se detuvieron y dispararon varias veces. Yo no paraba de correr, cayendo, tropezando y volviendo a caer, de cráter en cráter, sin saber hacia dónde iba; solo quería librarme de ellos. De repente, caí en un foso enorme, cuyas paredes eran prácticamente verticales. Estaba allí, en la más completa oscuridad, tratando de recuperar el aliento, cuando observé que algo blanco se movía en el otro extremo del cráter. A su lado también se movía otra cosa que se acercaba como un felino. Fue como si el cráter cobrara vida, como si unos pedazos de roca enormes se hubieran soltado de las paredes de aquel te-

nebroso agujero. Ante mí había ocho o diez hombretones. Con su fusil, uno apuntaba a mi cabeza. Yo seguía medio arrodillado. Exclamé: «Pardon, je suis votre prisonnier!». Alguien apartó la mano del tipo que empuñaba el arma y dijo: «Tiens, il parle français!». Balbuceando, dije en francés: «¡No os odio! ¡No odio a nadie!». Y luego me derrumbé.[10]

Soldado William Hermanns, Compañía de Ametralladoras,
67.º Regimiento de Infantería.

El fuerte de Douaumont fue bombardeado por enormes cañones ferroviarios franceses, cuyas gigantescas bombas impactaron en su estructura con un efecto devastador. Al final, ni los cuerpos físicos ni la naturaleza humana pudieron resistir más que el hormigón, y la guarnición, sufriendo fatiga de combate, evacuó la fortificación, que cayó en manos de los galos. Pero no había acabado ahí la cosa. Los franceses empezaron a erosionar poco a poco las líneas alemanas. El fuerte de Vaux fue reconquistado el 2 de noviembre y, en un último alarde de poderío, los franceses atacaron y avanzaron unos cuatro kilómetros el 15 de diciembre. Había sido un año muy largo: los alemanes habían sufrido unas 330.000 bajas en Verdún, los franceses alrededor de 377.000. Para uno y otro bando Verdún había sido una prueba dificilísima de superar.

La batalla del Somme

La enorme entrega que exigió la batalla de Verdún hizo que inmediatamente los franceses descartaran la idea de cargar a su ejército con el peso de la ofensiva prevista en el Somme en el verano de 1916. Así pues, Joffre volvió a presionar a Haig para que lanzara lo antes posible una ofensiva encabezada por los británicos. Haig vacilaba y prefería retrasarla, pues se daba cuenta de que muchas de sus nuevas divisiones no eran más que una colección de unidades mínimamente entrenadas que necesitarían tiempo para convertirse en poderosas fuerzas de ataque. Pero Joffre estaba desesperado, y Haig, obligado una vez más por los principios de una guerra de alianzas, no tuvo más remedio que aceptar una fecha de inicio

para la ofensiva: a lo más tardar, el 1 de julio de 1916. Se han escrito muchos comentarios absurdos acerca de lo que Haig pretendía o no conseguir en el Somme, pero lo cierto es que sus intenciones parecen bastante claras.

> En pocas palabras, mi política consiste en: 1. Entrenar mis divisiones, y reunir la mayor cantidad posible de municiones y cañones. 2. Organizar el apoyo a los franceses … atacando para aliviar su situación militar en Verdún cuando lo consideren necesario. 3. Sin embargo, mientras ataquemos para ayudar a nuestros aliados, no debemos pensar que seguramente acabaremos con el poder de Alemania este mismo año. Por lo que en nuestros ataques también tenemos que intentar mejorar nuestras posiciones, con la vista puesta en el cumplimiento de este objetivo durante la campaña del próximo año.[11]
>
> General sir Douglas Haig, cuartel general, BEF.

No había grandes objetivos estratégicos. El Somme había sido elegido por Joffre como campo de batalla simplemente porque estaba cerca de sus fuerzas, no por otras razones más convincentes.

Por aquel entonces Haig ya había establecido su cuartel general en el pequeño castillo de Montreuil. Con el tiempo han surgido muchas voces críticas mal informadas, especulando acerca de la vida de lujo que supuestamente se daban los «generales del castillo», pero lo cierto es que el cuartel general era una organización enorme con numerosos oficiales que necesitaban espacio y un sistema de comunicación excelente si se quería que funcionara bien. Haig y su estado mayor tenían sin lugar a dudas una ética profesional rígida e inquebrantable.

> Puntualmente, todas las mañanas se abría la puerta del dormitorio de Haig a las 08.25, y el general bajaba por las escaleras para dar un breve paseo de cuatro minutos por el jardín. A las 08.30 en punto entraba en el comedor para desayunar. Si tenía algún invitado, siempre insistía en servir al invitado antes de hacerlo él. Hablaba muy poco, y normalmente se limitaba a preguntar a los miembros de su equipo qué planes tenían para el día. A las nueve se dirigía a su despacho, donde trabajaba hasta las once u once y media. A las once y media se entrevistaba con los comandantes de las tropas, con los distintos jefes de departamento del cuartel general y con los otros con los que quisiera entrevistarse. A la una en punto de la tarde almorzaba, generalmente en menos de media hora, y luego se dirigía, a caballo o en un vehículo motorizado, al cuartel general de algún ejército, cuerpo o división. Normalmente, cuando regresaba de estas visi-

tas, disponía que su caballo fuera al encuentro del vehículo para poder montarlo los últimos seis o siete kilómetros del viaje. Cuando no cogía el automóvil, siempre daba una vuelta a lomos de su caballo por la tarde, acompañado de un ayudante de campo y de su escolta de lanceros del 17.º Regimiento, sin los cuales nunca salía a pasear. Invariablemente, cuando regresaba de este paseo, se detenía a unos seis kilómetros de casa para que almohazaran su caballo, y venía caminando al cuartel general. Cuando llegaba, iba directamente a su dormitorio, tomaba un baño, hacía sus ejercicios físicos y después se ponía unos pantalones cómodos. Luego, hasta las ocho de la tarde, la hora de cenar, permanecía en su despacho trabajando, pero siempre disponible para los miembros del estado mayor o los invitados que necesitaran verlo. Durante esas horas no tenía inconveniente de que lo interrumpieran. A las ocho en punto cenaba. Después de la cena, que duraba alrededor de una hora, regresaba a sus aposentos y trabajaba hasta las once menos cuarto.[12]

General de brigada John Charteris, cuartel general, BEF.

La rutina de Haig raras veces cambiaba. Tanto él como su estado mayor tenían siempre muchos asuntos de trabajo que debían resolver.

El IV Ejército, a las órdenes del general sir Henry Rawlinson, recibió el encargo de emprender la ofensiva del Somme, mientras que el Ejército de Reserva, comandado por el general sir Hubert Gough, explotaría cualquier brecha que se abriera en las líneas enemigas. Rawlinson tenía ante sí una tarea abrumadora, y por supuesto se inclinaba por desarrollar la operación en dos fases: quería rebasar el sistema de la primera línea alemana en el primer asalto, y luego hacer una pausa para reorganizarse antes de emprender un nuevo ataque contra el sistema de la segunda línea. Hubiera preferido un bombardeo intenso y continuo, pero aún no disponía de cañones suficientes, por lo que optó por un bombardeo de varios días de duración para conseguir sus objetivos. Todos estos planes no fueron muy bien recibidos por Haig, que insistió en que Rawlinson incluyera en sus objetivos iniciales un ataque contra el sistema de la segunda línea alemana (pues temía que se perdiera una primera oportunidad y que luego esas posiciones tuvieran que ser atacadas cuando ya hubieran llegado los

refuerzos alemanes). Rawlinson estaba utilizando un sistema de planificación por escenarios, aunque no habría sabido reconocer esta expresión. Quería estar seguro de que el IV Ejército y el Ejército de Reserva estaban preparados para obtener distintos grados de éxito, o de fracaso. Insistía en que ellos contaban con la posibilidad de abrir rápidamente una brecha, pero también era partidario de un avance menos precipitado. Como parte de este proceso, la caballería debería estar en todo momento lista para aprovechar cualquier brecha que se abriera. En 1916 no había más alternativa que recurrir a la caballería.

En el terreno de la logística, la operación del Somme exigía unos preparativos que empequeñecían todos los trabajos llevados a cabo hasta entonces por la BEF en este campo. Cientos de miles de hombres y de caballos debían ser trasladados al frente, y también millones de bombas. Era preciso suministrar millones y millones de toneladas de provisiones. Debían efectuarse grandes mejoras en las conexiones ferroviarias y en las carreteras. Tenían que prepararse las posiciones en las que ocultar los cañones. Había que cavar trincheras de reunión y túneles y colocar junto a los reductos alemanes enormes minas explosivas listas para ser detonadas. Se trataba de una curva de aprendizaje basada en una serie de conocimientos prácticos que se adquieren con el tiempo: no resultaba nada fácil conseguir una cohesión logística y mantener a la vez cierto grado de secretismo, todo esto a veces bajo el acoso del fuego de los alemanes.

Los británicos pensaban que habían aprendido muy bien las lecciones recibidas en el curso de las ofensivas aliadas de 1915, y que habían tomado buena nota de los métodos utilizados en la ofensiva alemana en Verdún. Sin embargo, seguían sin poder resolver el problema de incompatibilidad que presentaban dos requisitos: la necesidad táctica de atacar en

un frente amplio estaba plenamente probada, pero no disponían de suficientes cañones y municiones para permitirse un bombardeo intenso y continuo como el de Neuve Chapelle contra un frente tan amplio. Y había una complicación más: evidentemente, ellos aprendían, pero los alemanes también. Las trincheras germanas situadas en las colinas del Somme no guardaban prácticamente parecido alguno con la única línea de trincheras de Neuve Chapelle, ni siquiera con la serie de líneas y reductos de Loos. En el verano de 1916 los británicos se enfrentaron a diversos sistemas de trincheras independientes que se encontraban en distintas fases de construcción. Precedido por barreras de alambradas de hasta treinta metros de espesor, el sistema de la primera línea alemana consistía en tres líneas de trincheras, completadas con refugios muy profundos y un sistema de ramales de comunicación. Tras un minucioso análisis, los alemanes habían llegado a la conclusión de que se necesitaba al menos entre seis y siete metros de profundidad para proteger a los ocupantes de los refugios subterráneos de los efectos de las bombas pesadas de los británicos (una profundidad mayor implicaba que los hombres corrieran el riesgo de quedar atrapados cuando se produjera el asalto enemigo). También se habían dado cuenta de que debía haber más de una salida para evitar que un derrumbamiento enterrara vivos a sus soldados. Además, ya eran conscientes de la importancia del hormigón como material indispensable en la construcción de refugios, centros de mando y puestos de observación para aumentar su capacidad de resistencia a las explosiones. Incluyeron en el frente aldeas y pueblos enteros, con edificios y sótanos reforzados con hormigón que convertía las casas de campo en verdaderas fortalezas a prueba de bomba. Por otro lado, establecieron posiciones intermedias de sólidos reductos, como, por ejemplo, la *Schwabenfeste* («fortaleza de Suabia»), detrás del sistema de la primera línea en

Thiepval. Dichos reductos solían tener una función táctica específica: en el caso citado dominar los terrenos elevados situados entre Thiepval y Saint-Pierre Divion. Más atrás, a unos 2.000-5.000 metros, estaba cavándose el sistema de la segunda línea alemana, muy parecido al de la primera, y había un tercer sistema en fase de construcción. Todas estas obras supusieron una enorme inversión militar del ejército germano: la identificación previa de posibles zonas débiles, basándose en anteriores experiencias; la intuición y la habilidad necesarias para concebir las soluciones adecuadas; la asignación de unos recursos escasos; y, por último, el difícil trabajo conjunto de construcción necesario para llevar a cabo tantísimas mejoras. Desde el punto de vista táctico, los alemanes dependían mucho de la labor de vigilancia de sus centinelas, que debían alertar al resto de la guarnición con el tiempo suficiente para poder preparar los parapetos y sacar las ametralladoras de los refugios subterráneos. Como su intención era conservar, en la medida de lo posible, sus trincheras de la primera línea, sus posiciones estaban estratégicamente situadas para posibilitar que las ametralladoras de los flancos dispararan fuego concentrado con el fin de dispersar a la infantería de asalto enemiga en su avance por tierra de nadie. Las tropas de la segunda línea no solo colaborarían en mantener la posición, pues contaban con grupos de hombres perfectamente adiestrados en el arte del bombardeo, dispuestos a cerrar al instante cualquier brecha del frente. Las reservas del sector serían trasladadas a la tercera línea para emprender lo antes posible contraataques y capitalizar la confusión inevitable que se produciría cuando los británicos trataran de consolidar sus nuevas posiciones. Por otro lado, las baterías alemanas se habían encargado de proteger perfectamente los emplazamientos ocultos de los cañones, los refugios de los destacamentos de artillería y los depósitos de munición, los puestos de observación de hormigón

y las líneas telefónicas debidamente soterradas. Los artilleros habían probado hasta la extenuación las ánimas de sus cañones para controlar los disparos, y con la ayuda de un simple mapa cuadriculado podían identificar rápidamente los objetivos y dar una respuesta casi inmediata. Las baterías británicas y otros objetivos observables eran registrados minuciosamente uno por uno. La combinación de unas defensas físicas fuertes y unas tácticas defensivas bien ensayadas constituía un importante avance, que iba más allá de todo lo que habían visto los británicos hasta entonces.

La respuesta británica a estos nuevos desafíos fue, en cierta medida, simple: confiarían en el poder de su concentración de cañones. En total, disponían de 1.010 cañones y obuses de artillería de campaña, 182 cañones medios y pesados y 245 obuses medios y pesados, además de otros cien cañones franceses dispuestos a prestar su ayuda en el flanco derecho. Parece una cantidad de piezas enorme, pero lo cierto es que únicamente daba para colocar un cañón de campaña por cada veinte metros de frente, y un cañón pesado por cada cincuenta y ocho metros de frente, a diferencia de lo ocurrido en Neuve Chapelle, donde había habido un cañón por cada seis metros de línea de trincheras. No obstante, se pedía que los cañones no solo destruyeran la barrera (mucho más profunda) de alambradas y diversas líneas de unas trincheras magníficamente construidas, sino que también erradicaran la amenaza que suponía una cantidad de baterías alemanas mucho mayor.

Una novedad táctica utilizada por algunas divisiones consistía en crear una cortina de fuego que caía en tierra de nadie y abría poco a poco el paso a la infantería en avance, limitando así la capacidad de la guarnición alemana de disparar en el momento clave contra las tropas británicas que se acercaban. Esta innovación marcó el comienzo de una política de supresión en vez de destrucción como alternativa de la función de

la artillería. Sin embargo, seguía habiendo otras muchas dificultades prácticas que superar. Este tipo de cortinas de fuego exigía un elevado grado de conocimientos teóricos y prácticos en el arte del manejo de cañones, una excelencia que muchos altos oficiales de la Real Artillería británica dudaban que pudieran alcanzar sus artilleros recién entrenados. Además, algunos de los comandantes de división más conservadores no lograban entender el concepto de que la cortina debía empezar a caer en tierra de nadie antes de proceder al avance, y preferían la simplicidad de una cortina de fuego directamente sobre las trincheras, que se levantaría de acuerdo con un programa preestablecido, para dirigirse contra otros objetivos a medida que fuera atacando la infantería. Por defecto, el plan para la infantería elaborado por el IV Ejército era bastante sencillo: contemplaba el avance de las tropas al paso, en una serie de oleadas que irían aumentando para eliminar finalmente cualquier obstáculo a su progresión. Al mismo tiempo, sin embargo, dejaba mucha libertad a los mandos para que decidieran cómo emprender el avance por la tierra de nadie.

Otro desarrollo crucial de la táctica de los británicos fue la integración de los aviones en los planes de batalla. El general de brigada Hugh Trenchard había estado al mando del Real Cuerpo Aéreo en el Frente Occidental desde agosto de 1915, y sabía muy bien lo que se esperaba de sus hombres. Mantenía un contacto regular y personal con el comandante Paul du Petry de la *Aeronautique Militaire*. (La aviación francesa estaba a todas luces a la cabecera de la experimentación aérea.) El consejo que recibió Trenchard encajaba plenamente con su instinto agresivo: emprender una guerra aérea sobre el sector de las líneas alemanas, enviando a sus exploradores del Real Cuerpo Aéreo a hostigar los aviones alemanes hasta destruirlos. Con esto se prevendrían, o se obstruirían, las operaciones aéreas de reconocimiento y de observación de artillería del

enemigo, dejando a la vez despejado el cielo para que la aviación británica pudiera efectuar este tipo de misiones en los sectores del frente alemán. Por supuesto, los exploradores alemanes atacarían a veces para provocar el caos, pero estos casos serían la excepción, y no la norma. Las bajas simplemente tendrían que soportarse para tener la seguridad de que todas las necesidades del ejército quedaran debidamente satisfechas.

Para el Real Cuerpo Aéreo la batalla del Somme se inició meses antes de que estallaran las bombas de los bombardeos preliminares. Cuando en 1915 el ejército británico asumió la defensa del sector del Somme en sustitución de los franceses, el Real Cuerpo Aéreo empezó una labor rutinaria: fotografiar cada palmo de terreno. Sin embargo, este proceso se vio impulsado por la inminencia de la nueva ofensiva. Había que tomar miles de fotografías, indicando la posición de las trincheras alemanas; luego, los expertos estudiaban meticulosamente las ampliaciones de las imágenes para identificar los detalles ocultados por los alemanes, como, por ejemplo, nidos de ametralladora, refugios, centros de mando, *minenwerfer* y baterías de artillería. Probablemente los encargados de la interpretación fotográfica estuvieran en pañales, pero lo cierto es que su labor fue valiosísima para la Real Artillería. Uno de los métodos de observación de la artillería consistía en utilizar grandes globos aerostáticos, desde cuya barquilla los oteadores especialmente adiestrados para su cometido podían comunicarse de forma directa con las baterías en tierra a través del teléfono y pasarles toda la información. Aunque estaban debidamente amarrados al suelo y carecían de la movilidad de los aviones, los globos tenían una gran ventaja: podían permanecer horas y horas flotando en el aire. No obstante, la clave del éxito la proporcionó la aviación, sobre todo por su capacidad de identificar objetivos que se encontraban lejos de las líneas. Tenía un alcance de visión mucho mayor y utilizaba el código

horario para dirigir con precisión las bombas hacia los objetivos. Podía parecer una labor fácil, pero no lo era. Seguía habiendo serios problemas por resolver, en particular uno relacionado con los comandantes de las baterías, que no estaban acostumbrados a que sus cañones fueran controlados por unos oficiales relativamente jóvenes.

> El meollo de la cuestión es que la artillería siente desprecio y una profunda desconfianza por la aviación, y contempla con horror el hecho de «permitir que sus cañones sean dirigidos por el Cuerpo Aéreo». Esta es la expresión que se escucha siempre cuando se discute sobre este asunto. En realidad son muchos los casos en los que el Real Cuerpo Aéreo es el único que puede dirigir la artillería, y si ni siquiera se le permite tener prioridad en el uso de un solo cañón, está prácticamente desaprovechado. Creo que los artilleros suelen exagerar su puntería cuando disparan sin la ayuda de los observadores aéreos. Unos y otros pierden los estribos.[13]
>
> Teniente Thomas Hughes, 1.er Escuadrón, Real Cuerpo Aéreo.

Esta diferencia de opinión ilustra la fricción natural que se produce entre una nueva manera de pensar y el «sentido común» propio de un enfoque conservador que había funcionado de las mil maravillas en el pasado. Iría desapareciendo con el tiempo, pero en aquellos momentos esa visión reaccionaria constituía un obstáculo para el progreso. El proceso educativo seguiría desarrollándose a lo largo de 1916. Y la guerra en el aire sería parte integral no solo de la planificación militar, sino también de la ejecución práctica de los bombardeos, factor determinante del éxito o el fracaso de cualquier ofensiva.

Como las operaciones aéreas de reconocimiento y de observación de artillería de los dos bandos resultaban cada vez más efectivas en el cumplimiento de su cometido, frustrarlas se convirtió en un objetivo primordial. La manera más expeditiva y simple era derribar los aparatos aéreos, y los dos bandos desarrollaron la utilización de baterías antiaéreas. Estas armas se encontraban también en una fase de evolución bastante primitiva, y lo que solía hacerse era poco más que conjeturar la

altitud a la que volaban los aviones para dispararles bombas de metralla programadas para estallar en el lugar por el que iba a pasar el aparato cuando el proyectil alcanzara la altura supuesta. Pero los encargados de estas baterías ganaban cada vez más experiencia y mejoraban su precisión, por lo que los pilotos tuvieron que empezar a efectuar acciones evasivas. Los aviones de exploración también fueron desarrollados para derribar aparatos enemigos. El primer avión de exploración realmente efectivo fue el monoplano alemán Fokker E III que, provisto de una ametralladora sincronizada de tiro frontal, desempeñó un papel cada vez más destacado, no solo derribando o protegiendo aparatos en misión de reconocimiento del terreno o de observación de artillería, sino también derribando aviones de exploración de los Aliados. Es probable que el azote de los Fokker fuera en gran medida una fijación de los titulares de los periódicos, pero la inminente ofensiva del Somme hizo que fuera esencial que el Real Cuerpo Aéreo disipara todos los temores al respecto; en esta empresa se vio muy ayudado por una nueva generación de aviones que podían competir con los Fokker en términos de igualdad. El primero de ellos fue el FE2 B, un biplaza con hélice propulsora, en el que el artillero iba incómodamente sentado en una barquilla delantera armada de ametralladoras Lewis. Era un aparato resistente y sólido que, volando en formación y actuando en grupo, podía mantener a raya a los Fokker, de probada superioridad. Sus pilotos se dieron cuenta de que la mejor manera de defenderse de los ataque de los Fokker era moviéndose en círculo para mantener permanentemente protegido el talón de Aquiles de sus aviones, la cola. El segundo aeroplano desarrollado por los británicos fue el DH2, un caza monoplaza con hélice propulsora, armado con una única ametralladora Lewis que iba montada delante del piloto. Se convirtió en un eficaz aparato de exploración, capaz de arremeter contra los aviones de

reconocimiento alemanes y de enfrentarse cara a cara con los Fokker. Otro valioso aparato aéreo multifuncional fue el Sopwith 1½ Strutter, un biplano de dos plazas provisto de hélice tractora y de una ametralladora Vickers sincronizada que disparaba a través de la hélice. La última pieza del rompecabezas fue el monoplaza Nieuport 16 Scout de fabricación francesa, que, con una velocidad máxima de 177 kilómetros por hora, era más fácil de maniobrar y más rápido que los Fokker, aunque solo iba armado con una ametralladora Lewis colocada sobre el ala superior que disparaba por encima de la hélice. Con todos estos modelos nuevos para responder al azote de los Fokker, la amenaza fue desvaneciéndose poco a poco, permitiendo que la aviación británica —compuesta en gran medida por variantes del aeroplano BE2 C— pudiera desempeñar su importante papel. En total, el Real Cuerpo Aéreo reunió 185 aparatos (76 de exploración) en la región del Somme, además de otros utilizados en misiones de bombardeo. Los alemanes disponían únicamente de 129 (19 de exploración), y no tardarían en pasarlo mal. El primer as de su aviación, Max Immelmann, murió en un combate contra los FE2 B, y otro de sus grandes ases, el famoso piloto de cazas Oswald Boelcke, fue trasladado a otro frente poco después. Los alemanes comenzarían muy pronto a estar indefensos en el aire, lo cual los haría vulnerables en tierra.

Todos estos esfuerzos repercutieron en beneficio de los cañones: los vuelos de reconocimiento fotográfico permitían la identificación de objetivos, y la observación de artillería facilitaba la destrucción de dichos objetivos. Los bombardeos preliminares, concebidos para sacar el máximo provecho de la labor llevada a cabo por el Real Cuerpo Aéreo, comenzaron con el rugir de cientos de cañones el 24 de junio de 1916. En principio, debían durar cinco días, pero la nubosidad obstaculizó la misión de los pilotos aéreos, tan crucial para la opera-

ción, y las acciones tuvieron que ser suspendidas durante dos días. Al final se decidió que el gran asalto tuviera lugar el 1 de julio de 1916. Desde la perspectiva británica, la cortina de fuego parecía devastadora.

> Hoy ha comenzado el Armagedón, y nosotros nos encontramos inmersos en él. Hay tanto ruido a mí alrededor que no consigo oír ni siquiera mis propios pensamientos. Día y noche, a todas las horas del día y a todas las horas de la noche, el rugir de los cañones, nada más que el rugir de los cañones (y el estruendo violento de las bombas detonantes al estallar). Es la gran ofensiva, el tan ansiado «gran avance», y todo el curso de la guerra quedará fijado en los próximos diez días, un tiempo que hay que vivirlo. Desde mi centro de observación el espectáculo es magnífico; frente a mí, y a mi derecha y a mi izquierda, hasta donde alcanza mi vista, no hay más que explosiones de bombas. El paisaje parece sobrenatural: no se ve ni un alma, ni un ser vivo, solo una sucesión de grandes bocanadas de humo, nubes blancas y algodonosas de los proyectiles de metralla de los cañones de campaña, o cortinas densas y grasosas de las bombas detonantes de los obuses pesados. Resulta bastante divertido pensar que en Londres la vida sigue igual que siempre y que nadie sabe ni siquiera que ha empezado este espectáculo, y que mientras tanto, aquí, se han desatado al menos siete tipos distintos de infierno.[14]

Capitán Cuthbert Lawson, 369.ª Batería, 15.ª Brigada, Real Artillería a Caballo.

Al principio, una parte de la guarnición alemana consideró aquel gran bombardeo poco más que una molestia.

> Empezaron las salvas de la artillería contra toda la línea. Hasta donde alcanzaba la vista, las nubes de humo provocadas por las bombas de metralla cubrían el cielo, como polvo movido por el viento. Los estallidos eran constantes, y por mucho que se afanara, la brisa de la mañana no lograba despejar el cielo. Todo alrededor era un sinfín de rugidos, estruendos y silbidos. Con un zumbido agudo y violento estallaban las mortíferas bombas de metralla, escupiendo sus fragmentos de plomo contra nuestras líneas. Los esféricos proyectiles caían como pedrisco en los tejados de las casas de campo semiderruidas, pasaban silbando entre las ramas aún verdes de los árboles e impactaban con fuerza en la tierra abrasada, levantando pequeñas nubes de humo y polvo. Zumbando como abejorros gigantes, las bombas de mayor calibre volaban por el aire, cayendo, estallando y abriendo hoyos en el suelo. De vez en cuando, las bombas detonantes de menor calibre rompían aquel patrón. ¿Qué era todo eso? Entre desconcertados y atónitos, los hombres de la guarnición atrincherada oían todo aquel estruendo. ¿Se habían vuelto locos los ingleses? ¿De verdad creían que iban a poder desgastarnos con bombas de metralla? ¿A nosotros, que estábamos perfectamente posicionados en profundas trincheras? La infantería se reía solo de pensarlo.[15]

Teniente M. Gerster, 119.º Regimiento de Infantería de Reserva.

Pero esta despreocupación duró muy poco cuando los constantes bombardeos empezaron a desgastar el sistema defensivo de los alemanes, agotando poco a poco a sus soldados y poniendo a prueba su moral. Aunque las bombas de metralla tuvieran poco impacto en las trincheras de la primera línea, lo cierto es que la lluvia —cada vez más intensa— de proyectiles de mortero de trinchera provocó graves daños y puso a prueba la resistencia de los defensores.

> Por supuesto que siete días de continuos cañonazos no habían dejado indiferentes a los defensores. La sensación de impotencia ante aquel diluvio de bombas deprimía incluso al más animoso. A pesar de todos los esfuerzos, las raciones que recibíamos eran escasas. El estado permanente de alerta, en el que se debía estar debido a la gravedad de la situación, y los frecuentes ataques con gas impedían que las tropas pudieran dormir lo humanamente necesario para soportar aquel fuego de artillería tan enervante. Agotadas e indiferentes a todo, las tropas permanecían sentadas en bancos de madera o acostadas en las duras camas metálicas, con la mirada fija en medio de la oscuridad cuando las luces de las velas de sebo se apagaban por la onda expansiva de las explosiones. Nadie se había lavado desde hacía días. La barba, oscura, asomaba en los rostros demacrados y ojerosos de los hombres, y algunos tenían un brillo extraño en la mirada, como si hubieran intentado ver más allá de los portales del otro lado. Otros temblaban cuando el sonido de la muerte retumbaba en los refugios subterráneos. ¿Quién no iba a tener a veces el corazón en un puño en medio de aquel atroz diluvio de bombas? Todos deseaban que acabara, para bien o para mal. La máquina inhumana de destrucción que golpeaba sin parar provocaba en todos los hombres amargura y rencor. Un profundo sentimiento de rabia hacia el enemigo los quemaba por dentro.[16]
>
> Teniente M. Gerster, 119.º Regimiento de Infantería de Reserva.

Gerster y sus hombres tendrían la oportunidad de vengarse a las 07.30 del 1 de julio de 1916.

Los últimos informes del frente enviados al alto mando británico eran optimistas en general. Pero lo cierto es que desde las líneas aliadas el bombardeo pareció mucho más devastador de lo que fue en realidad. El éxito del avance británico había quedado más que descartado debido a las notables mejoras introducidas por los alemanes en sus defensas. Pero en aquellos momentos nada de esto se sabía detrás de las alambradas bri-

tánicas. En cualquier caso, Gran Bretaña no tenía otra alternativa: la ofensiva debía continuar, pues de ella dependía el futuro de su alianza con Francia. En las horas previas al ataque, mientras los hombres de Haig se preparaban para el suplicio, muchos escribieron las últimas cartas a los suyos. Una de ellas es tan hermosa que ilustra a la perfección la tristeza y la angustia de cualquier hombre cuando se encuentra atrapado y atormentado por sentimientos contradictorios: su deber para con la patria y su deber para con la familia.

> No puedo permitirme pensar demasiado en cosas personales; eso aquí no tiene cabida. Además, resulta desmoralizador. Pero no quiero morir. No lo digo por mí. Si ha llegado mi hora, estoy preparado. Pero la idea de que tal vez no vuelva a veros, ni a ti ni a nuestra amada pequeña, me desgarra el alma. No puedo ni pensarlo con el semblante sereno. Mi único consuelo es la felicidad que hemos compartido. Tengo la conciencia tranquila, pues estoy seguro de haber puesto siempre todo mi empeño en darte una vida feliz. Al menos sé que, si muero, no pasarás necesidades. Ya es algo. Pero lo más terrible es la idea de que quizá nos separemos para siempre, y de que nuestra hijita crezca sin que yo pueda verlo y sin que ella pueda conocerme. Es difícil enfrentarse a esta posibilidad. Y sé que si falto te parecerá que tu vida está vacía, que carece de sentido. Pero no debes permitir nunca que eso ocurra. Pues sobre ti recaerá la mayor carga de este mundo: criar un hijo. Dios bendiga a nuestra pequeña: ella es la esperanza de mi vida. Amada mía, *au revoir*. Quizá esta carta no sea más que una de tantas de las que recibas. Por otro lado, sin embargo, tal vez sea la última que te escriba. Si al final lo es, no olvides nunca en la vida que os he querido, a ti y a nuestra hijita, con todo mi corazón y con toda mi alma, y que vosotras dos, mis dulzuras, habéis sido todo para mí. Ruego a Dios cumplir con mi deber, pues sé que, pase lo que pase, no habrías querido que fuera de otra manera.[17]
>
> Capitán Charles May, 22.º Batallón del Regimiento de Mánchester.

En efecto, Charles May, amado esposo de Bessie May y padre de la pequeña Pauline, caería al día siguiente. Está enterrado en el cementerio británico Danzig Alley, en Mametz. La historia de la guerra está llena de pequeñas tragedias, tristes recordatorios de que las necesidades de un conflicto armado arruinan la vida de millones de personas.

El 1 de julio de 1916 el bombardeo llegó a su momento de mayor intensidad a las 06.30, y los hombres se prepararon para avanzar a través de la tierra de nadie. Este episodio ha pasado a simbolizar la Gran Guerra en general. La escuela que habla de «los leones guiados por burros» lo considera una crítica feroz a la estupidez de los generales británicos; las grandes formaciones de hombres abrumados por el exceso de su carga, avanzando a duras penas hacia las ametralladoras alemanas, aparecen como víctimas, como individuos que pierden la vida a cambio de nada. Sin embargo, es importantísimo deshacer este mito. Las tácticas de los generales británicos fueron las mejores que podían concebirse en aquel momento, pues los alemanes habían reforzado su sólido sistema defensivo aplicando las lecciones que habían aprendido durante los combates de 1915. Este hecho solo sería evidente cuando las tropas británicas salieran de sus trincheras a las 07.30.

El ataque fue un desastre. A la izquierda y en el centro del avance aliado, la artillería no había logrado sus objetivos. Las alambradas no siempre estaban cortadas. Las trincheras alemanas, aunque maltrechas, seguían funcionando como posiciones defensivas; sus nidos de ametralladora y sus baterías habían superado la dura prueba; sus sistemas de mando y control, aunque se habían visto alterados, continuaban operando. Aquel era un sistema defensivo alemán totalmente activo que aguardaba el asalto de los británicos. La experiencia vivida por el teniente William Colyer y el 2.º Batallón del Real Regimiento de Fusileros de Dublín no fue una excepción.

> Ahí voy. Salgo de la profunda trinchera trepando por la escalera de mano, y me vuelvo hacia mi pelotón. Estoy fumando un cigarrillo, y aparentemente me muestro tranquilo y alegre, o al menos eso espero. Cuando doy la orden de avanzar, me asalta un pensamiento: ¿me obedecerán todos? Enseguida obtengo una respuesta afirmativa, pues todos abandonan la trinchera, y comienza el avance. Estamos en lo alto de las colinas y bajo fuego directo. Trato de restarle importancia, pero me resulta imposible. Me pregunto con inquietud si caeré abatido de un plumazo o si acabaré herido, y si es así, en qué parte del cuerpo

seré alcanzado. Una ametralladora barre de izquierda a derecha el terreno al que nos dirigimos. Ya basta, no podemos mantener esta formación. «¡Extiéndanse por secciones!», grito. Los hombres efectúan correctamente el movimiento. El fuego de la artillería y las ametralladoras teutonas es atroz. La posibilidad de ser alcanzado me angustia tanto que no puedo ni pensar en ello; casi le pido a Dios que me alcancen para acabar de una vez con todo esto. He perdido algunos hombres. Siento en mi interior la necesidad de renegar, de blasfemar, de proferir a gritos las maldiciones más horribles que pueda imaginar, pero no consigo articular palabra. Una bomba estalla cerca, y un golpe de aire caliente me sacude. Me parece que la operación ya es un fracaso de funestas consecuencias. Una trinchera que discurre en diagonal nos corta el paso. La mitad de los hombres que me quedan ya han saltado dentro de ella. Todo mi ser clama ante ese suplicio. Estoy empapado en sudor. Creo que voy a enloquecer. Estoy en la trinchera, tratando de reunir a todos mis hombres. ¿Dónde diablos estarán metidos los que faltan?[18]

Teniente William Colyer, 2.º Batallón del Real Regimiento de Fusileros de Dublín.

A lo largo de todo el frente, había llegado el momento decisivo para la guarnición de la primera línea alemana. Saliendo precipitadamente de sus trincheras, los soldados germanos empezaron a vengarse por el infierno que habían pasado aquellos últimos días. El cabo Otto Lais del 169.º Regimiento de Infantería se enfrentaría a los batallones de «pals»[*] de la 31.ª División cuando estos lanzaran su funesto ataque contra la localidad de Serre.

Un diluvio de proyectiles caía sobre la masa ingente de soldados enemigos. A nuestro alrededor todo eran ráfagas, silbidos y rugidos de destructivas bombas inglesas dirigidas contra nuestra artillería, que abría fuego con arrojo, contra nuestras reservas y contra nuestra retaguardia. En medio de aquel estruendo, de aquel fragor, de aquel retumbo continuo, de aquellas explosiones, en medio de aquellos chasquidos, de aquel martilleo ensordecedor y de aquel estrépito de armas pequeñas, podía oírse el «traca, traca» machacón, despiadado y constante de las ametralladoras. Una disparando con un ritmo más lento, y otra con un ritmo más rápido. Era un trabajo de precisión, fruto de la combinación de un buen equipo con la pericia, y las dos hacían estragos en las filas enemigas.[19]

Cabo Otto Lais, 169.º Regimiento de Infantería.

Fue una verdadera carnicería. Sus hombres tuvieron que cambiar los cañones desgastados de las ametralladoras una y otra vez. También se quedaron sin agua para refrigerar las

armas, y se vieron obligados a sustituirla por orina. Pero las ametralladoras no pararon de disparar: Lais comenta que una de ellas llegó a disparar unos veinte mil proyectiles en el curso de aquella aciaga jornada.

En cierto sentido, a la historia del 1 de julio se le ha dado la vuelta. No fue una letanía de errores fruto de la incompetencia de los británicos, sino más bien una reflexión acerca de la solidez de las defensas alemanas y la resistencia y la ductilidad de sus soldados. Cuando los británicos rebasaban la primera línea del frente germano en algún punto, allí iban sutilmente los alemanes en la siguiente fase de su plan defensivo: demostraban gran diligencia con sus contundentes contraataques, protegidos por cortinas de fuego que impedían la llegada de refuerzos británicos, y luego sabían reconquistar poco a poco los enclaves perdidos para reincorporarlos a sus líneas. Incluso cuando los británicos intentaban algo distinto, aprovechando el increíble esfuerzo llevado a cabo por sus compañías de zapadores encargadas de colocar minas a gran profundidad en la zona del frente enemigo, el éxito no estaba garantizado. Esta circunstancia queda perfectamente ilustrada en el ataque contra el saliente de La Boisselle. Se había planeado atacar con un movimiento de pinza, contando con los 18.500 kilos de explosivos de la llamada «Y *Sap*» («zapa Y»), situada en el flanco norte del enemigo, y con otros 27.300 kilos de la mina Lochnagar, que se encontraba debajo de la *Schwabenfeste*. Había parecido un buen plan —y, de hecho, las explosiones llegaron a abrir grandes cráteres en el suelo—, pero el resultado fue muy limitado. Las cortinas de fuego de los británicos no habían acabado con la amenaza que suponían las ametralladoras y la artillería de los alemanes. Cuando los soldados de la Brigada Irlandesa de Tyneside, de la 34.ª División, se lanzaron al ataque, fueron recibidos con fuego devastador.

> Nuestras ametralladoras y nuestros soldados de infantería esperaron en completo silencio a que el adversario se acercara más. Entonces, cuando se encontraban a unos pocos metros de las trincheras, las apretadas filas enemigas se vieron sorprendidas por una lluvia de proyectiles de nuestras ametralladoras y por el fuego a discreción de nuestros fusileros. Algunos se subían al parapeto, poniendo en peligro su vida, para lanzar granadas de mano contra el enemigo que había encontrado donde refugiarse más adelante. Al cabo de un momento pareció como si la batalla hubiera acabado definitivamente. Aunque luego, al principio en grupos reducidos, pero más tarde en tropel, el enemigo empezó a replegarse, hasta que al final dio la impresión de que todos los hombres que había en el campo de batalla intentaban escapar de allí regresando a su punto de partida.[20]
>
> Teniente primero Kienitz, Compañía de Ametralladoras,
> 110.º Regimiento de Infantería de Reserva.

Fue una verdadera matanza de los inocentes.

Más al sur, las cosas no fueron tan terriblemente mal cuando tropas británicas atacaron las localidades fortificadas de Fricourt y Mametz, situadas en dos de los espolones que partían de las alturas de la meseta de Pozières. Aquí la artillería alemana había sido el claro objetivo de los británicos, que habían logrado, en cierta medida, silenciarla. La detonación de una serie de pequeñas minas y una cortina de fuego que avanzaba a una velocidad de cincuenta metros por minuto contribuyeron a la efectividad del ataque de los británicos. Sin embargo, esa cortina de fuego careció del espesor suficiente para lograr el necesario efecto sorpresa. Solo en el extremo sur de la línea británica se consiguió el éxito esperado. Aquí la configuración del frente resultó beneficiosa, pues las colinas de Maricourt, situadas detrás de las líneas británicas, proporcionaron un buen punto de observación de las líneas alemanas y al mismo tiempo un refugio ideal para la gran cantidad de cañones acumulados por la Real Artillería, a los que pudieron sumarse las baterías francesas de las inmediaciones con su mayor experiencia y su fuego letal. Actuando conjuntamente, consiguieron imponerse a las baterías alemanas y acabar con ellas. No solo silenciaron las baterías de los germanos, sino

que también destruyeron sus alambradas y bombardearon con contundencia sus trincheras. Pudo capturarse la guarnición alemana, que había permanecido escondida en su refugio subterráneo, sin dejar apenas nada en el exterior que pudiera suponer un peligro para los soldados británicos mientras cruzaban la tierra de nadie. Se recurrió también al uso de minas y de una primitiva versión de la cortina de fuego para facilitar el avance de las tropas de asalto. Al final, los británicos pudieron ocupar enseguida la localidad de Montauban. Cuando los alemanes quisieron contraatacar, los cañones de su enemigo volvieron a demostrar su valía, abriendo con sus bombas una eficaz cortina de fuego defensiva para cortarles el paso.

Al sur del sector británico, el VI Ejército del general Émile Fayolle atacó en las dos márgenes del Somme. Los alemanes no esperaban un asalto en esa zona, y habían retirado parte de sus tropas. Pero, a diferencia de las bisoñas tropas británicas, los franceses contaban además con una inestimable ventaja: la experiencia adquirida durante las acciones ofensivas de los últimos dieciocho meses. En particular la artillería francesa, convertida en una verdadera bestia letal, que hizo de las baterías alemanas su objetivo, silenciándolas sin piedad. En las horas previas a la ofensiva, las posiciones de los cañones germanos fueron atacadas con una combinación de gas y bombas detonantes, concebida para bloquear su capacidad de responder con fuego cuando llegara el momento decisivo (un indicio más de lo que iba a ocurrir en un futuro próximo, en el que la eliminación de peligros sería mucho más importante que la simple destrucción).

Los franceses pudieron utilizar muchos más cañones pesados que los británicos, y la fuerza destructiva de sus bombas se vio magnificada en consonancia. En poco tiempo, los cañones de los alemanes quedaron inutilizados, perdiendo su capacidad de respuesta y obligando a su infantería a resistir como

pudiera desde sus maltrechos reductos subterráneos y trincheras. Muchas de las temidas ametralladoras germanas habían quedado inutilizadas antes de que la infantería gala se lanzara al ataque. Los franceses también habían pospuesto la hora prevista inicialmente para el asalto, las 09.30, confundiendo así a los defensores, a los que había llegado la noticia de que la ofensiva lanzada al norte del río ya había empezado. A diferencia de la británica, la infantería francesa tenía en aquellos momentos una experiencia colectiva que le daba una gran ventaja.

> El trabajo preliminar de nuestra artillería fue espléndido. Destruyó por completo las defensas alemanas, y nuestros grupos de asalto pudieron cruzar las líneas sin encontrar apenas resistencia. Solo sufrimos unas pocas pérdidas por culpa de una cortina de fuego enemiga. En cuanto la primera oleada se puso en marcha, comenzamos a avanzar por aquel terreno salpicado de cráteres, dispuestos a ayudar a los que estaban más adelante. El enemigo seguía disparando con furia, por lo que cuando llegamos a las afueras de Fay nos atrincheramos para no sufrir demasiadas bajas. Los proyectiles caían muy cerca, pero no nos alcanzaban porque nos habíamos colocado en el fondo de la trinchera.[21]
>
> Joseph Foy, 265.º Regimiento de Infantería.

La infantería francesa se abrió paso a través de las líneas alemanas y no tardó en ocupar las localidades de Frise, Dompierre, Becquincourt y Fay, antes de emprender camino en dirección a Herbécourt y Assevillers a última hora de la tarde. En estos dos últimos lugares fueron recibidos con violentos contraataques, que, por el momento, sirvieron para contener la avalancha. Sabedores de que los británicos no podían llevar su mismo paso, los franceses se detuvieron. Cuando estuvieron listos para reemprender el asalto, los alemanes ya habían reforzado sus posiciones. La ofensiva del Somme se había convertido en una empresa igual de ardua para los franceses como para los británicos.

El patrón que siguieron los combates del 1 de julio parece suficientemente claro desde nuestra perspectiva, pero lo cierto es que aquel día la interrupción de las comunicaciones fue tan

generalizada que pocos generales británicos estuvieron al corriente de lo que les ocurría realmente a sus tropas. No cabe la menor duda de que los informes entregados a Haig eran incompletos e inexactos, a pesar de lo cual tuvo que decidir prácticamente de inmediato lo que debía hacerse a continuación. En esencia, había dos alternativas: o apostar por el éxito de la operación en el sur, donde, a pesar del terreno conquistado, el sistema de la segunda línea alemana en las colinas de Bazentin seguía estando muy lejos, o intentar de nuevo en el norte el asalto a unos objetivos más importantes desde el punto de vista táctico, a saber, la meseta de Pozières, el espolón de Thiepval y las colinas de Redan. Lo que Haig ignoraba era la magnitud del desastre sufrido por el IV Ejército, que había tenido 57.470 bajas, de las cuales 19.240 eran por muerte en combate. Es esa abrumadora pérdida la que puede nublar nuestro juicio a la hora de hacer una valoración de los combates del 1 de julio.

Las tácticas británicas no fueron fruto de una falta de reflexión, pero resultaron inadecuadas para contrarrestar la eficacia de las innovaciones introducidas por los alemanes para reforzar sus defensas. Los millones de proyectiles utilizados en el bombardeo tal vez habrían bastado para rebasar las defensas alemanas en Neuve Chapelle, o incluso en Loos en 1915, pero esas batallas habían ocurrido el año anterior. Los nuevos refugios subterráneos reforzados de hormigón construidos por los alemanes eran capaces de resistir todo lo que les cayera encima, salvo las bombas más pesadas, y las piezas de artillería pesada seguían siendo escasas. Además, muchas bombas no estallaban. Este hecho no es de extrañar, dada la rápida expansión que habían experimentado las fábricas de munición británicas para poder satisfacer la demanda y la consiguiente reducción de los niveles de control de calidad. Pero lo cierto es que la eficacia en general del bombardeo se vio atenuada

por el afán de atacar en un frente amplio y al mismo tiempo pretender cubrir la zona del sistema de la segunda línea alemana, así como una serie de líneas y reductos que conformaban el sistema de la primera línea. Como en las colinas de Aubers, Festubert y Loos, el peligro era que tanta ambición condujera a la catástrofe.

Pero abandonar la ofensiva estaba fuera de toda cuestión. Retirarse era dejar a Francia a su suerte. La reacción probable de los franceses a cualquier indicio de debilidad podemos deducirla de las palabras de Joffre durante su entrevista con Haig del 3 de julio. El general galo consideraba que el valor de los terrenos elevados del norte superaba con creces el de las cuantiosas pérdidas que podían pasar a engrosar las listas de bajas. En este sentido, probablemente tuviera mucha razón: los propios alemanes eran perfectamente conscientes de la importancia que tenía la *Schwabenfeste*, situada detrás de las primeras líneas de Thiepval.

> La *Schwabenfeste* era un enclave de importancia decisiva. Si el enemigo lograba establecerse en ella durante un largo período, no solo se habría visto seriamente amenazada toda la posición de la 26.ª División de Reserva en la margen meridional del Ancre, sino también la viabilidad de toda la operación de la artillería de la división en la margen septentrional del río, pues desde la fortaleza se habría tenido pleno dominio de la situación de todas las baterías.[22]
>
> Capitán Herbert von Wurmb, 8.º Regimiento de Infantería de Reserva de Baviera.

Sin la ventaja que supone ver las cosas en retrospectiva, Haig, acertada o equivocadamente, estaba dispuesto a oponerse a cualquier intromisión de Joffre en sus tácticas, y decidió consolidar el éxito relativo obtenido en el sur. Con este fin, reorganizó sus fuerzas y ordenó que el IV Ejército de Rawlinson atacara el sector sur, y el Ejército de Reserva de Gough (reconstituido más tarde como V Ejército) el sector norte.

Mientras tanto los alemanes se dedicaron a considerar sus problemas tácticos. El mandato de Falkenhayn era claro y preciso: cualquier territorio perdido debía ser reconquistado inmediatamente, al precio que fuera. En consecuencia, el 3 de julio el comandante del II Ejército emitió una orden.

> El resultado de la guerra depende de una victoria del II Ejército en el Somme. A pesar de la superioridad de la artillería y la infantería del enemigo en estos momentos, debemos ganar esta batalla. Las grandes extensiones de territorio que hemos perdido en diversos lugares serán atacadas y arrebatadas al enemigo en cuanto lleguen los refuerzos que ya vienen de camino. Mientras tanto, debemos conservar a toda costa nuestras posiciones actuales y mejorarlas mediante pequeños contraataques. Prohíbo el abandono voluntario de una posición. Todos los comandantes tienen la responsabilidad de transmitir a sus hombres esta determinación de luchar hasta el final. Debemos obligar al enemigo a abrirse paso por encima de los cadáveres.[23]
>
> General Fritz von Below, cuartel general, II Ejército.

Los alemanes pagarían un elevado precio por su intransigencia.

Los días siguientes se caracterizaron por una serie de ataques desordenados de los británicos concebidos para mejorar su posición táctica antes de la «gran ofensiva» del IV Ejército contra el sistema de la segunda línea alemana en las colinas de Bazentin. Muchos de esos ataques fueron empresas inútiles debido a la falta de coordinación de la artillería y a su programación escalonada que permitió a los alemanes repeler las ofensivas en secuencia. Los comandantes de los cuerpos y las divisiones libraron cada batalla de manera aislada, sin combinar sus esfuerzos para obtener un resultado positivo. Se produjeron alrededor de veinticinco mil bajas en el curso de quince ataques o más. Lo que habían preparado los británicos era la batalla de las colinas de Bazentin, que comenzó la noche del 14 de julio. Desde el punto de vista táctico, este episodio supuso para los británicos el ansiado acelerón que los empujaría hacia lo alto de su montaña rusa. El instigador del nuevo plan fue Rawlinson, que había decidido concentrar una

cantidad de piezas de artillería suficiente como para destruir las alambradas de los alemanes, arrasar sus líneas de trincheras e inutilizar sus baterías mediante un bombardeo preliminar de tres días, rematado por un auténtico diluvio de proyectiles de solo cinco minutos de duración. También propuso que el ataque fuera nocturno y que, aprovechando la oscuridad, las tropas avanzaran sigilosamente por la tierra de nadie para ocupar nuevas posiciones más cerca de las líneas alemanas. Al principio, Haig consideró este plan extremadamente arriesgado e insistió en que Rawlinson redoblara sus esfuerzos para conseguir la máxima eficacia del fuego de contrabatería si aquel movimiento subrepticio era detectado por la artillería alemana.

Cuando comenzó, el bombardeo fue mucho más concentrado que el del 1 de julio. Esta vez había mil cañones, de los cuales trescientos once eran piezas de artillería pesada. Además, el objetivo era un frente más limitado, de apenas seis mil metros, en el que las trincheras no estaban tan desarrolladas como las de la primera línea original de los alemanes. Sin suficiente cobertura, la guarnición germana quedó expuesta a las bombas que empezaron a estallar a su alrededor cuando inició el verdadero bombardeo a las 03.20. Por su parte, la infantería británica avanzó precedida por las explosiones de los proyectiles, dispuesta a lanzarse sobre los alemanes en cuanto cesara el bombardeo. Cuando llegó a las trincheras germanas, encontró distintos grados de resistencia, pero consiguió abrir una brecha en el sistema de la segunda línea alemana y capturar las localidades de Longueval, Bazentin-le-Petit y Bazentin-le-Grand.

> A voz en cuello le dije al encargado de una ametralladora pesada de la 6.ª Compañía que debía disparar y abatir a los soldados británicos que se dirigían a Longueval, pero no reaccionó. De modo que salí de la trinchera y fui precipitadamente al lugar en el que estaba la ametralladora (mientras tanto, mis hombres mantenían a raya a los británicos que teníamos delante con el fuego ince-

sante de sus armas pequeñas). Me tendí al lado del artillero en cuestión y vi que estaba muerto: una bala le había atravesado la sien. A duras penas pude soltar su mano del mango de la ametralladora; luego lo empujé a un lado e intenté abrir fuego contra el pelotón británico que avanzaba por la carretera de la hondonada, pero el arma se atascó. El proyectil de un fusil había impactado en su recámara. Saqué de un tirón la cinta de la ametralladora, cogí otra que había en la caja de municiones, me las enrollé al cuerpo y regresé rápidamente a la trinchera en medio del fuego de los soldados de la infantería británica que había a solo veinticinco o treinta metros de distancia. Mientras tanto los británicos no paraban de dispararnos desde las ventanas y los agujeros de los tejados de las casas de Longueval. Entonces la cosa se puso aún más fea. Yo estaba detrás de un parapeto cuando de repente cayeron en él y en el borde de la trinchera varias granadas enemigas a la vez, que empezaron a rodar hasta detenerse junto a mí. Logré zafarme de aquella espantosa situación agarrando instintivamente las granadas que habían caído en la trinchera y arrojándolas al exterior. Estaban todavía en el aire cuando estallaron.[24]

Teniente E. Gerhardinger, 16.º Regimiento de Infantería de Baviera.

Los alemanes no pudieron oponer mucha resistencia casi en ninguna parte, pues enseguida fueron rebasados o incluso rodeados. Pero los intentos británicos de aprovechar aquel avance parcial acabaron en fracaso. La caballería, la única fuerza disponible capaz de consolidar rápidamente las conquistas llevadas a cabo, quedó bloqueada debido a lo accidentado del terreno y a la férrea resistencia de los alemanes. Cuando estos últimos contraatacaron al cabo de unas horas, ya era evidente que los británicos habían podido *infiltrarse* en el sistema defensivo alemán, pero no *atravesarlo*.

Durante esta primera fase de la batalla del Somme, los avances y experimentos que expandieron los límites de la guerra en el aire perjudicaron gravemente a los alemanes, cuya fuerza aérea se comprobó en aquel momento crucial que tenía muchas carencias. Este hecho no pasó desapercibido a algunos miembros del alto mando alemán, que quedaron horrorizados por las consecuencias de esa incapacidad de competir por el dominio del cielo para defender a sus tropas en tierra.

> Tanto el inicio como las primeras semanas de la batalla del Somme se caracterizaron por una clara inferioridad de nuestras fuerzas aéreas. Los aeroplanos del enemigo tenían absoluta libertad para llevar a cabo misiones de reconocimiento en lugares muy alejados. Con la ayuda de la observación aérea, la artillería hostil neutralizaba nuestros cañones y era capaz de bombardear con extremada precisión las trincheras ocupadas por nuestra infantería; los datos necesarios para realizar con éxito esta labor los proporcionaban las misiones de reconocimiento fotográfico aéreo, efectuadas sin interrupciones. Mediante los bombardeos y los ataques con ametralladora efectuados a baja altura contra la infantería, contra las posiciones de las baterías y contra las columnas en avance, la aviación enemiga dejaba en nuestras tropas una sensación de indefensión ante el dominio aéreo del adversario. Por otro lado, nuestros propios aeroplanos solo conseguían burlar en casos excepcionales la barrera de las patrullas hostiles para poder llevar a cabo misiones de reconocimiento en zonas alejadas; nuestra artillería era ahuyentada siempre que intentaba calibrar los disparos de sus baterías. El reconocimiento fotográfico no podía proporcionar todos los datos que se esperaban de él. Así pues, en muchos momentos críticos, la infantería carecía con frecuencia del apoyo de la artillería alemana, ya fuera a la hora de abrir fuego de contrabatería, ya fuera a la hora de bombardear a la infantería enemiga preparada para lanzarse al ataque.[25]
>
> General Fritz von Below, cuartel general, I Ejército.

Pero los alemanes ya estaban preparándose para corregir rápidamente aquel desequilibrio en el aire con una nueva generación de cazas. El Real Cuerpo Aéreo no tardaría en enfrentarse a un duro desafío en los cielos del sector del Somme.

El éxito de las nuevas tácticas obtenido el 14 de julio no consiguió fijar un patrón para los siguientes ataques británicos. Antes bien, la concentración de un número suficiente de piezas de artillería durante un sinfín de ataques contra un frente estrecho fracasó una y otra vez, provocando miles de bajas a cambio únicamente de unas pequeñas conquistas. Desde su despacho, Haig recriminaba con dureza estos hechos a sus subordinados, que estaban demasiado inmersos en las complejidades cotidianas de los combates de la batalla como para concentrarse en una visión general de la misma, pero parecía no poder controlar la situación. Había el temor de que el tiempo necesario para la organización y la concentración de sus fuerzas fuera utilizado por los alemanes para

hacer lo mismo. Y, de hecho, los alemanes ya estaban enviando refuerzos al sector del Somme, además de numerosas baterías del frente de Verdún. También estaban introduciendo cambios en sus tácticas de defensa, y empezaban a ocupar posiciones defensivas improvisadas, con sus equipos de ametralladoras ocultos en cráteres de bomba, alejados de las trincheras que estaban siendo sometidas a un verdadero diluvio de proyectiles. Esta circunstancia no hizo sino aumentar el territorio que los británicos debían cubrir con su cortina de fuego. Las cortinas de fuego «deslizantes» que servían para abrir el paso a la infantería se convirtieron en una necesidad, no un lujo, y hubo que aumentar su profundidad para poder crear una verdadera muralla de explosiones que avanzara lentamente por el campo de batalla. Cada vez más, los combates parecían los propios de una guerra de desgaste, mientras los británicos se esforzaban por avanzar. La intensidad de la lucha fue evidente primero en las inmediaciones de la localidad de Longueval y el bosque de Delville. Luego High Wood[*] fue el objetivo principal, y a la derecha de la línea lo fueron Ginchy y Guillemont. El poderío de aquella concentración de cañones permitía a la infantería británica capturar un objetivo localizado, pero la artillería de los alemanes permitía a sus soldados contraatacar con éxito. La ofensiva se expandió hacia el norte, donde el Ejército de Reserva de Gough comenzó una serie de operaciones concebidas para ocupar el sistema de la segunda línea alemana en las colinas de Pozières y debilitar así la posición de dominio de los alemanes en el espolón de Thiepval. La 1.ª División australiana, recién llegada de Galípoli, entró inmediatamente en acción. La lucha en el Frente Occidental sería para sus hombres un horrible despertar a la sórdida y atroz realidad de la guerra industrializada.

Nuestras bombas caían sobre las trincheras enemigas y sobre el pueblo de Pozières, y los alemanes contestaban con fuego de artillería y ametralladora. Mientras estábamos tirados en el suelo entre las amapolas de la tierra de nadie, podíamos ver cómo las balas segaban las flores, rozándonos prácticamente la cabeza. Los destellos de los cañonazos, las explosiones de las bombas y las bengalas hacían que la noche pareciera día, y mientras permanecía cuerpo a tierra lo más inmóvil posible, esperaba que en cualquier momento uno de esos proyectiles me cayera encima. Me sujeté bien el casco metálico a la cabeza e intenté cubrirme el rostro con el fusil para evitar que algo de lo que caía me diera en la cara. En medio de aquel estrépito era imposible entender las órdenes. Mis oídos retumbaban debido al estruendo de las balas. A mi lado había uno que lloraba como una criatura, y aunque traté de animarlo, no paraba de decir que no íbamos a salir vivos de allí. De repente, vi a unos hombres moviéndose rápidamente. Me di cuenta de que aquello indicaba que había llegado el momento de lanzarse al ataque, y de un salto me puse en pie y crucé a toda velocidad.[26]

Sargento Harold Preston, 9.º Batallón (Queensland), Fuerza Imperial Australiana.

Después de Pozières, su siguiente objetivo fue la granja de Mouquet, hasta entonces un lugar insignificante en el mapa que acabó convirtiéndose en el cementerio de miles de jóvenes australianos. Un oficial de artillería británico resume cómo estaban los ánimos en aquellos momentos.

Me temo que estamos abocados a una guerra de asedio en toda regla y de lo más sanguinario, lejos de lo que esperábamos en julio. Pero siempre ocurre lo mismo: en Festubest, en Loos y ahora aquí. Los dos bandos son demasiado fuertes todavía para llegar a una conclusión. ¡Dios sabe lo que se tardará si las cosas siguen así! Ninguno de nosotros vivirá lo suficiente para ver el final de la guerra, y los niños que ahora van a la escuela tendrán que ocupar nuestro lugar.[27]

Capitán Philip Pilditch, Batería «C», 235.ª Brigada, Real Artillería de Campaña.

Pilditch no estaba equivocado. La batalla había llegado a una fase de desgaste. Los dos bandos acabarían dándose cuenta de que el Somme —sumado al derramamiento de sangre y al desgaste de Verdún— era crucial en el proceso de pulverización de las reservas alemanas. Pero, en cualquier caso, fue una batalla cruel e inhumana: lamentablemente así es la gue-

rra. En el frente, los soldados alemanes estaban pasándolo tan mal como sus adversarios aliados. El estado de ánimo que predominaba entre ellos era de desesperación.

> Como no había donde refugiarse, nos cobijábamos en cráteres de bomba. Con la ayuda de un camarada, hice el mío un poco más profundo. Con el cuerpo a tierra, cogimos con cuidado unos cardos y unos arbustos, y los plantamos bordeando nuestro cráter para no ser vistos. Estuvimos en aquel agujero unas tres horas y media, sin poder movernos y sin que nadie pudiera acudir a relevarnos debido al fuego intenso. A menudo nos refugiábamos también en hoyos, donde debíamos encoger las piernas, o con las manos cavábamos en la tierra un camino para pasar de un cráter a otro. El agua tenía un color verdoso y estaba llena de lodo, pero debíamos utilizarla para preparar café porque los equipos encargados de repartir las raciones de comida no podían llegar hasta donde estábamos. Siempre faltaba pan. En una ocasión, la sección pudo compartir una botella de vino. En otra, saltó la alarma: «¡Los ingleses atacan!». Estuvimos esperando entre impacientes y angustiados, pero con el deseo de darles una calurosa acogida. ¡No apareció ni un solo inglés! ¡Qué lástima, joder, qué lástima![28]
>
> Soldado Rabe, 15.º Regimiento de Infantería de Reserva.

El mensaje es evidente: Rabe y sus compañeros sufrían lo indecible, pero mientras siguieran vivos y tuvieran municiones eran unos adversarios peligrosísimos. En su calidad de soldado, Rabe simboliza a todo el ejército alemán durante la prolongada agonía vivida en el Somme.

Sin embargo, por lo que respecta al alto mando, los alemanes estaban demostrando los signos característicos de la increíble presión que suponía no solo operar en dos frentes, sino también tener que librar dos grandes batallas de desgaste al mismo tiempo. Cuando la Ofensiva Brusílov fue lanzada contra los austrohúngaros en el Frente Oriental el 4 de junio de 1916, la estrategia general de Falkenhayn ya estaba desintegrándose. Aunque habían sido convincentes sus razones para emprender la ofensiva de Verdún, Falkenhayn había subestimado la firme determinación de los franceses de resistir, y estos no mostraban indicios ni de venirse abajo ni de querer sentarse a la mesa de las negociaciones por no soportar más

tanto sufrimiento; de hecho, parecían más resueltos que nunca a seguir combatiendo. Falkenhayn había previsto también que la infantería francesa acabaría triturada por el poderío del conjunto de los cañones alemanes. Pero en este sentido también había sufrido una gran decepción. Los franceses habían desplegado sus propias concentraciones de artillería, y la guerra de desgaste había afectado a los dos bandos por igual. Estos fracasos no habían pasado inadvertidos a las altas esferas militares y políticas de la nación, por lo que Hindenburg y Ludendorff, viendo que se les abría una oportunidad preciosa, decidieron aprovecharla para reanudar su campaña en pro de la destitución de Falkenhayn. Cuando este último cometió la equivocación de asegurar erróneamente al káiser que Rumanía jamás se uniría a los Aliados —cosa que hizo inmediatamente el 27 de agosto de 1916—, fue su ruina. Hindenburg, el vencedor de Tannenberg, el general más popular del país, un hombre considerado por muchos un héroe de Alemania, era su lógico sustituto. El 29 de agosto, Falkenhayn fue invitado a presentar la dimisión, y Hindenburg nombrado jefe del estado mayor general, con Ludendorff ocupando un cargo de reciente creación, el de intendente general.

La siguiente gran ofensiva en el Somme daría lugar a la batalla de Flers-Courcelette, que empezó el 15 de septiembre de 1916. Esta batalla tuvo por objetivo recoger los frutos de todo el durísimo trabajo llevado a cabo hasta entonces. Un triunfo podía acortar la guerra; un fracaso, sin duda prolongarla. Más de diez divisiones pertenecientes al IV Ejército y al Ejército de Reserva avanzarían juntas contra las líneas alemanas. Era una operación cuya envergadura habría sido impensable para la BEF apenas un año antes. También significó un importante paso adelante en la manera de los británicos de enfocar una ofensiva, utilizando por primera vez carros armados. La gestación del tanque ha sido objeto de numerosas controversias,

pero es evidente que fue fruto de la necesidad imperiosa de contar con algún tipo de vehículo blindado para poder cruzar la tierra de nadie, barrer las alambradas y asaltar los reductos alemanes utilizando el armamento con el que estuviera equipado. Se llevaron a cabo muchas pruebas antes de la aparición del «tanque» romboidal Mark I, un vehículo blindado provisto de largas orugas, basado en el tractor Hold y fabricado en dos variantes: el «macho», armado con dos cañones de 57 mm y cuatro ametralladoras; y la «hembra», con solo seis ametralladoras. Nadie conocía ni sus virtudes ni sus defectos: la única manera de averiguar lo que eran capaces de hacer era verlos en acción, ¿y qué momento mejor para probarlos que el clímax de la principal ofensiva aliada de 1916, una batalla tan crucial como la de Flers-Courcelette?

En septiembre de 1916, los británicos seguían enfrentándose en el Somme a tres sistemas de trincheras defensivos que, sin embargo, eran —al menos en apariencia— mucho menos temibles que los del 1 de julio. El curso acelerado de los acontecimientos supuso para los alemanes no disponer del tiempo suficiente para excavar un sofisticado sistema interconectado de trincheras y ramales de comunicación o construir los numerosos refugios subterráneos y búnkeres reforzados de hormigón, imprescindibles para mejorar la solidez de la línea. No obstante, seguían contando con unas trincheras formidables, a las que se sumaba la amenaza de las ametralladoras ocultas en cráteres de bomba. Entre los miembros del alto mando británico había diversas opiniones acerca de la táctica a seguir: Rawlinson prefería progresar paso a paso, y Haig insistía en volver a poner una gran cantidad de recursos al servicio de la ofensiva. Al final, el ataque iba a ser emprendido contra un frente amplio, pero con la punta de lanza dirigida hacia la localidad de Flers-Courcelette. El intenso bombardeo se llevaría a cabo con una concentración de piezas de artillería,

a razón de un cañón pesado por cada diez metros de frente, además de un cañón medio o pesado por cada veintinueve metros. En aquellos momentos todos ya aceptaban la idea de utilizar una cortina de fuego «deslizante» para abrir el paso a las tropas, pero aún no se habían dado verdaderamente cuenta de la importancia que tenía el fuego de contrabatería para silenciar los cañones alemanes, y las cincuenta y seis piezas de artillería asignadas a esta misión resultaban a todas luces insuficientes. El cañón seguía siendo —como en Neuve Chapelle, Loos y el 1 de julio— el elemento central de los planes, en los que el tanque no era más que una ayuda prometedora. De hecho, la integración de los tanques en la mezcla de tácticas existente en aquellos momentos suponía una serie de problemas complejos para los que no había una solución clara. ¿Había que concentrarlos juntos? ¿Era mejor que avanzaran delante de la infantería? ¿Al lado? ¿Detrás? Al final, los tanques fueron repartidos formando pequeños grupos, y enviados por delante de la infantería para romper la primera línea alemana y enfrentarse a los nidos de ametralladora. Para facilitar su labor, se dejaron unos huecos de cien metros en la cortina de fuego que barría el camino previsto para cada tanque hasta llegar a la primera línea, por los cuales avanzarían juntos infantería y tanques precedidos por otra cortina de fuego. Una vez fuera del alcance de la artillería de campaña de apoyo, los tanques tratarían de ayudar a la infantería. Se trataba de un programa muy ambicioso para unas armas cuya verdadera eficacia seguía siendo una incógnita. Al final, la poca fiabilidad de los tanques sería mayor que la esperada. De los cuarenta y nueve Mark I destinados a la ofensiva, solo treinta y seis habían podido llegar a la línea de salida cuando cesó la última cortina de fuego a las 06.20 del 15 de septiembre. Cuando entraron en acción, varios se averiaron o se perdieron, lo que supuso que la infantería se quedara prácticamente sola en los

«carriles» dejados por aquella cortina de fuego que avanzaba furiosamente. Para los alemanes lo más impactante fue la nueva técnica de bombardeo de los británicos, no sus tanques.

> Una multitud de tanques empezó a abrir fuego, y enseguida sus disparos convirtieron el sector de High Wood-Flers-Martinpuich-Courcelette en un lugar de constantes estruendos y destellos. Montones de hierro comenzaron a precipitarse sobre todo el frente y las líneas de apoyo de la región. El ruido era ensordecedor. Los impactos se producían uno tras otro. Toda la tierra de nadie parecía una caldera de agua hirviendo a borbotones. La obra de destrucción era imparable. ¡Qué caos! Resultaba imposible imaginar que alguien pudiera salir vivo de allí. No quedaba un metro cuadrado de tierra que no hubiera saltado por los aires. De la otra parte llegaba una vorágine de fuego nunca vista. Era como un aparato triturador, mecánico, sin sentimientos, dispuesto a engullir hasta el último foco de resistencia y acabar con él moviendo sin parar su implacable rueda giratoria. Es totalmente impropio jugar tan sucio con otros hombres. Todos somos seres humanos, hechos a imagen y semejanza de Dios Nuestro Señor. ¿Pero qué piensa el diablo, o Dios, del hombre, cuando este se erige en Señor de los Elementos, cuando el caos conmemora su omnipotencia? Procedente de High Wood podemos oír el sonido de voces y de gritos confusos, que persiste hasta que los pocos supervivientes que quedan, tras despertar de su confusión mental, regresan de pronto a la realidad y reemprenden el combate, hasta que la marea británica los alcanza, los devora y se los lleva por delante. Una oleada tras otra. ¡El número de hombres es extraordinario! Y allí, entre ellos, vomitando muerte aparecen esos monstruos de otro mundo: los primeros tanques británicos.[29]

Teniente segundo Hermann Kohl, 17.º Regimiento de Infantería de Baviera.

La comunicación entre tanques e infantería puede decirse que brilló por su ausencia. A menudo los carros de combate quedaban rezagados porque la infantería quería seguir el ritmo de avance de la cortina de fuego que ofrecía una protección más segura. La tan cacareada procesión de tanques por las principales calles de Flers fue fruto de la imaginación de un periodista en un artículo escrito días después, pues los tanques participantes no hicieron más que rodar carretera arriba y carretera abajo antes de quedar inutilizados. Por otro lado, es probable que los alemanes observaran entre asombrados y estupefactos la aparición de tanques en el campo de batalla, pero lo cierto es que respondieron con arrojo. El tanque

«hembra» C-22, comandado por el teniente segundo Basil Henriques, se puso en marcha, por razones que se desconocen, antes de la hora «Cero», y empezó a avanzar hacia las posiciones de los alemanes en el cuadrilátero. Al principio, las trincheras germanas no reaccionaron, pero en cuanto el vehículo cruzó la línea del frente y abrió fuego, los alemanes respondieron con armas pequeñas utilizando proyectiles perforadores de blindaje como los empleados normalmente contra las troneras chapadas de acero usadas por los francotiradores británicos.

> Llevé todo el tiempo las viseras del tanque abiertas, pues la visibilidad era muy limitada si estaban cerradas; pero tras recibir una lluvia de balas, las dejé bien cerradas por primera vez. Luego el periscopio fue alcanzado y quedó hecho añicos; más tarde los pequeños prismas se rompieron uno tras otro; y a continuación los proyectiles perforadores de blindaje empezaron a provocar estragos, por mucho que hubieran dicho que los tanques estaban construidos a prueba de cualquier bala. Entonces mi conductor fue alcanzado; luego uno de mis artilleros; a continuación me tocó a mí: un montón de esquirlas se clavaron en mi cara y en mis piernas. Mientras tanto, los artilleros decían que habían matado o herido a veinte o treinta soldados enemigos. Yo no veía nada. Lo único que podía hacer era abrir un poco la visera y echar una ojeada. Al final, la visera también fue alcanzada y quedó colgando de un hilo: ¡el enemigo ya podía disparar contra nosotros desde una distancia corta![30]

Teniente segundo Basil Henriques, Compañía C, Sección Pesada, Compañía de Ametralladoras Motorizadas.

Los tanques presentaban otro problema: eran vulnerables a los disparos certeros de la artillería. En resumen, conseguían pocas cosas que no hubieran podido lograrse utilizando medios más convencionales, aunque a veces también dejaban ver la potente arma en la que acabarían convirtiéndose. Y es bien cierto que impresionaban a los alemanes.

> Por la izquierda llegó un hombre corriendo que gritaba: «¡Hay un cocodrilo infiltrándose en nuestras líneas!». El pobre desgraciado había perdido la cabeza. Había visto por primera vez un tanque, y había creído que aquella máquina gigantesca, que avanzaba unas veces erguiéndose y otras inclinándose, era un monstruo. Ver aquel Coloso bajo la luz del amanecer era un espectáculo fantástico. Por un momento su sección frontal parecía sumergirse en el interior de un

cráter, mientras su parte posterior se elevaba como una torre, y a continuación aparecían del interior del cráter sus fauces, para seguir avanzando lentamente con un aplomo aterrador.[31]

Sargento Weinert, 211.º Regimiento de Infantería.

No obstante, Haig se sintió suficientemente satisfecho de las prestaciones del tanque como para ordenar mil unidades poco después de la batalla. También sintió un gran alivio tras comprobar el éxito de la última versión de la táctica ofensiva utilizada por los británicos. Muchas posiciones de la primera línea alemana habían sido rebasadas a lo largo de un frente de nueve mil metros, y en el sector de Flers habían podido abrirse tantas brechas en la segunda línea que al cabo de un par de días los alemanes se retiraron a las colinas de Le Transloy. Los germanos se encontraban en una situación apuradísima, pero los británicos todavía no habían logrado avanzar de manera significativa.

En apenas diez días, los británicos habían asimilado algunas de las lecciones recibidas. En sus planes para la ofensiva de Morval, lanzada a las 12.35 del 25 de septiembre, frenaron su ambicioso proyecto basado en el concepto de «morder y no soltar», para buscar un avance de alrededor de 1.500 metros con el objetivo de conquistar los últimos reductos de la que había sido la primera línea alemana. Esta postura permitió un bombardeo de la artillería más concentrado y sin fisuras, una mayor atención al fuego de contrabatería y una vuelta al concepto de cortina de fuego sostenida delante del terreno capturado para impedir cualquier intento de contraataque alemán. Los tanques también fueron utilizados de una manera más concentrada, siguiendo a la infantería para colaborar en la destrucción de reductos problemáticos: en otras palabras, como un arma útil, pero secundaria. El plan fue un éxito, aunque pudo comprobarse que en la mayoría de los lugares los tanques seguían sin poder avanzar al ritmo de los soldados de

la infantería cuando pasaban por un terreno asolado por los bombardeos. Una táctica parecida permitió obtener un éxito similar al día siguiente, cuando Gough atacó en el espolón de Thiepval y en la *Schwabenfeste* a las 12.36 del 26 de septiembre. Esta ofensiva dio lugar a intensos y encarnizados combates, pero los británicos avanzaron poco a poco, obligando a los alemanes a desprenderse de los terrenos elevados que habían permanecido inviolados desde el 1 de julio. Pero tuvieron que pagar un precio: cada vez que capturaban una posición alemana, siempre les parecía que tenían más líneas por delante. Durante el tiempo que tardaban en organizar y ejecutar un ataque basado en el principio de «morder y no soltar», los alemanes podían cavar nuevas líneas de trincheras, de modo que el proceso se eternizaba. Una innovación de la táctica de los alemanes consistía en colocar una serie de nidos de ametralladora perfectamente camuflados detrás de sus líneas, lejos del alcance de la artillería británica, pero lo suficientemente cerca como para cubrir el campo abierto de la zona de su primera línea. Cuando un cambio de táctica parecía impulsar el ascenso de un bando a lo alto de su montaña rusa, el rival adaptaba sus métodos para contrarrestar los posibles efectos: cada paso adelante no era más que la antesala de un inmediato paso atrás. La lúgubre profecía del capitán Pilditch augurando un tormento inacabable de guerra de trincheras parecía hacerse realidad. Pero Haig, consciente de que sus ejércitos, cada vez más curtidos en la batalla, estaban acercándose poco a poco a una serie de enclaves importantes para el futuro de la guerra desde el punto de vista táctico, llegaría a la conclusión de que los alemanes estaban al borde de la derrota.

> Ya habíamos roto todas las líneas dispuestas por el enemigo, y en aquellos momentos solo unas cuantas defensas improvisadas nos separaban de las colinas de Bapaume: además, el enemigo había perdido muchos hombres, equipamiento y moral. Si hubiéramos descansado un solo mes, el enemigo habría podido reforzar sus defensas, recuperar su equilibrio, corregir sus deficiencias, y lo

que era peor, ¡volver a tomar la iniciativa! Cuanto más tiempo hubiéramos estado inactivos, más difícil habría sido de nuevo nuestro problema, de modo que, en mi opinión, no teníamos más remedio que seguir presionando al enemigo con todas nuestras fuerzas.[32]

General sir Douglas Haig, cuartel general, BEF.

Haig estaba decidido a ejercer presión sobre el enemigo, pues confiaba en que los dos martillazos, el del Somme y el de Verdún, acabarían por socavar la férrea determinación de los alemanes. Esta vez su plan era bastante sencillo: seguir atacando para que la presión fuera máxima. Pero los germanos respondieron a aquel desafío trasladando al frente más baterías de artillería y divisiones frescas. Una vez más, la campaña degeneró en una serie de asaltos a pequeña escala que fueron lanzados a lo largo de octubre con unas consecuencias cada vez más insignificantes. La tónica habitual de los ataques volvió a ser el fracaso.

A medida que los británicos avanzaban, sus armas principales, los cañones de la Real Artillería, perdían efectividad. Los artilleros habían sido exprimidos al máximo, y se encontraban físicamente exhaustos; sus cañones estaban desgastados y eran cada vez menos precisos. La humedad propia del otoño aumentaba los problemas logísticos que suponía mover millones de bombas a través de la tierra árida y devastada de la retaguardia británica. Los cañones se hundían en el lodo, creando plataformas inestables que impedían ajustar con precisión el ángulo y el alcance. El barro lo invadía todo, e incluso mitigaba los efectos explosivos de las bombas al estallar.

Por otro lado, había un nuevo desafío en el aire. Por aquel entonces la Real Artillería dependía enormemente de la aviación para fotografiar y situar en el mapa las ubicaciones exactas de las trincheras y las baterías alemanas antes de poder utilizar la información proporcionada durante las operaciones de observación de artillería para acabar con ellas. Pero a menudo volar era imposible debido a las inclemencias del tiempo.

Además, las fuerzas aéreas germanas comenzaban a ofrecer una oposición cada vez más enérgica. El primer paso en este sentido lo había dado un nuevo aparato aéreo verdaderamente letal, el Albatros DI. Se trataba del primer avión de exploración armado con dos ametralladoras Spandau que disparaban a través de la hélice, y disponía de un potente motor Mercedes de 160 caballos que le permitía alcanzar una velocidad de casi 175 kilómetros por hora. Igual de letal fue la versión codificada de tácticas aéreas preparada por el capitán Oswald Boelcke, que el 27 de agosto asumió el mando del recién creado *Jasta*[*] 2 con base en Bertinclourt. Inculcó a sus pilotos los principios básicos del combate en el aire, entre los que figuraban la importancia de coger al enemigo por sorpresa, preferiblemente por detrás con el sol de espaldas, y la de disparar solo a corta distancia. El primer aviso que recibieron los británicos de esta nueva fuerza del Frente Occidental fue durante un ataque contra el enlace ferroviario de Marcoing, en el curso del cual Boelcke lanzó a sus bisoños contra el grupo agresor de aviones BE2 C y FE2 B. Uno de sus jóvenes pilotos, el teniente Manfred von Richthofen, estaba ansioso por derribar a su primera víctima. A pesar de su inexperiencia, la tremenda superioridad de su Albatros le permitió colocarse detrás del FE2 B tripulado por dos veteranos británicos, los tenientes Lionel Morris y Tom Rees.

> Empezó el combate, y mi prioridad fue colocarme detrás del aparato del colega. Al parecer, no era precisamente un principiante, pues sabía que le iba a llegar su hora si yo conseguía colocarme a sus espaldas. Mi inglés daba vueltas en círculo, viraba y volaba en zigzag. Al final se me presentó la ocasión. Mi oponente parecía haberme perdido de vista. En vez de dar vueltas y virar, empezó a volar en línea recta. En una fracción de segundo, mi magnífico avión se colocó detrás del suyo. Disparé unas cuantas ráfagas de ametralladora. Me había acercado tanto que tenía miedo de chocar con el inglés. De repente, vi algo que a punto estuvo de hacerme gritar de alegría: la hélice del avión enemigo había parado de girar. ¡Hurra! Había destrozado su motor; el enemigo no

tenía más remedio que aterrizar, pues era imposible que llegara a la zona de sus líneas. El aparato inglés se balanceaba de un lado a otro. Probablemente algo le había ocurrido a su piloto. El oficial de observación ya no se veía.[33]

Teniente segundo Manfred von Richthofen, *Jasta* 2, Servicio Aéreo alemán.

Morris y Rees murieron; toda su experiencia no bastó para salvarlos. El Albatros de Von Richthofen compensó sobradamente la falta de experiencia en combate de su piloto. Este avión permitió a sus tripulantes bisoños demostrar sus habilidades casi a su antojo. Pero Boelcke continuó entrenando a sus discípulos, analizando constantemente con ellos los pormenores de todos los enfrentamientos aéreos. En cuanto a Von Richthofen, se convertiría en el gran as de la aviación alemana durante la guerra. En vista de este nuevo azote del enemigo, cada vez resultaba más evidente que el Real Cuerpo Aéreo británico iba a sufrir un número elevado de bajas si quería cumplir con su misión. El general de brigada Hugh Trenchard era perfectamente consciente del problema que se les venía encima, pero estaba firmemente decidido a que la fuerza aérea británica siguiera cumpliendo con su obligación para con la infantería, ocurriera lo que ocurriera. Decidió confiar en la superioridad numérica y aceptar las bajas con resignación.

Bajo el cielo plomizo de finales de otoño y del invierno de 1916, las condiciones en el Somme comenzaron a ser espantosas, equiparándose con las de Verdún. A finales de octubre, el Somme se había convertido en un lugar de horror, de atrocidades incomprensibles para cualquier ser humano normal.

Nunca olvidaré aquella trinchera: estaba simplemente llena a rebosar de cadáveres alemanes en esa fase en la que los rostros y las manos se oscurecen con el color verdoso de la descomposición, y el blanco de los ojos y los dientes les da un aspecto terrorífico. No sé decir por qué había tantos en una misma trinchera; tal vez fuera porque uno de nuestros tanques los sorprendió allí. Los alemanes habían tratado de deshacerse de unos cuantos cuerpos, pues unos yacían formando filas encima del parapeto, a nivel de la cabeza, y otros estaban empotrados en las paredes o enterrados en el suelo, y cuando uno pasaba por allí parecía que caminara sobre un cojín de aire, y continuamente rozaba cabezas,

brazos y piernas que por todas partes asomaban de las paredes. El suelo por el que uno caminaba presentaba un estado espantoso; en algunas zonas cubría un montón de cadáveres, o entre el cieno se veía un rostro con una tétrica sonrisa dibujada en sus labios y que parecía mirarte fijamente; a menudo encontrábamos piernas y brazos sueltos, y en ocasiones hasta cabezas. Por todas partes había cascos prusianos con su emblema del águila, cinturones, equipamientos. Muchos cadáveres llevaban reloj de pulsera y otras cosas. No recogimos muchos recuerdos, pues nuestro propio pellejo era el mejor recuerdo que podíamos conservar de aquel día.[34]

Encargado de comunicaciones Ron Buckell,
1.ª Brigada de Artillería canadiense, Fuerza Expedicionaria canadiense.

La moral decaía entre los soldados británicos obligados a prestar servicio en aquellas condiciones tan espantosas. Con el paso de los meses, las divisiones, las brigadas y los batallones que ya habían combatido en el Somme regresaron al sector, sin haber tenido realmente tiempo suficiente para curar sus heridas, para olvidar los últimos sacrificios. Y frente a ellos, los alemanes parecían tan implacables como de costumbre.

En noviembre los británicos se dieron perfecta cuenta de que ya no quedaba tiempo para que la BEF pudiera acabar ese año su lúgubre cometido. Con la llegada inminente del frío invierno, no tuvieron más remedio que reconocer que el ejército alemán era sencillamente fortísimo. La guerra iba a prolongarse hasta 1917. Las prioridades del alto mando británico cambiaron: lo principal en aquellos momentos era ocupar las mejores posiciones tácticas posibles para pasar el invierno y prepararse para reemprender el combate al año siguiente. Así pues, iba a lanzarse un último ataque: el 13 de noviembre, a las 05.45, comenzó la batalla del Ancre. Esta vez los británicos cogieron el toro por los cuernos y atacaron por el norte en dirección a Saint-Pierre-Divion para despejar finalmente la margen meridional del Ancre; mientras tanto, emprendieron un asalto a lo largo de la línea, entre Serre y Beaucourt, en la margen septentrional del río. En cierta manera, esta operación constituyó un análisis minucioso de la efectividad de las

nuevas tácticas británicas, pues ese era el sector empapado de sangre en el que había fracasado el ataque lanzado el 1 de julio.

Los preparativos llevados a cabo fueron memorablemente exhaustivos: las tropas minaron la tierra de nadie para acotarla, y por debajo de la superficie los zapadores volvieron a colocar explosivos en los túneles abiertos bajo las líneas alemanas. Esta vez, cuando las minas subterráneas explotaron debajo de uno de los reductos alemanes llamado Hawthorn Ridge, una potente cortina de fuego fue abriendo paso a las tropas de la 51.ª División mientras avanzaban para capturar Beaumont-Hamel. Durante los sucesivos combates, Beaucourt cayó, y los británicos también llegaron a otra posición fortificada alemana, Redan Ridge, que se deterioró rápidamente, pero lo avanzado del año impidió que los británicos pudieran aprovecharla debidamente. Cuando lanzaron su último ataque el 18 de noviembre, el campo de batalla estaba congelado y cubierto de una capa de hielo, de modo que poco pudo conseguirse. Los dos bandos habían llegado a un punto muerto. Haig reconoció que no era posible seguir avanzando, y la ofensiva se dio oficialmente por terminada, aunque los hombres sobre el terreno tuvieron que sufrir todavía las secuelas de la catástrofe con las operaciones de «despeje de líneas» que siguieron segando vidas en uno y otro bando.

Para mucha gente el Somme y la ofensiva igualmente horrible de Verdún se han convertido en símbolo de la Gran Guerra: unas batallas inútiles lanzadas por unos generales incompetentes a los que nada importaba las vidas que pudieran costar. En particular, para los británicos, el desastre del 1 de julio en el Somme se ha convertido en el único prisma a través del cual ha sido vista la totalidad de la Gran Guerra. No caben aquí luces y sombras; solo una tenebrosa desesperación ante el horror paralizante de las incontables bajas sufridas. Se

pasan por alto las explicaciones de los errores cometidos y de sus causas; de hecho, en otros tiempos, las referencias sutiles a una «curva de aprendizaje» para los generales ha sido considerada un insulto a los muertos. Sigue habiendo una creencia generalizada de que «seguro que había otra manera mejor»; algo más pudo, o debió, haberse hecho; la culpa siempre debe recaer en alguien. Buena parte de este oprobio ha caído sobre la figura de Douglas Haig, que en ocasiones ha sido denigrado con calificativos como «asesino en masa». Pero ese era el precio que inevitablemente había que pagar por intervenir en una guerra continental, en el principal campo de batalla y contra el enemigo principal. Francia estaba acostumbrada al dolor de la guerra en el continente, pero para Inglaterra se trataba de una experiencia nueva. Alemania no tenía flancos expuestos, solo las imponentes fortificaciones del Frente Occidental que defendían los territorios arrebatados en 1914 a Francia y a Bélgica. Por desgracia, a pesar de sus mejoras tácticas y de sus innovaciones técnicas, los británicos sencillamente no fueron capaces todavía de romper esas defensas ni de matar suficientes alemanes, ni siquiera trabajando en concomitancia con los franceses en Verdún, para obligar a Alemania a hincarse de rodillas. Las bajas británicas en el Somme ascendieron a 419.645 (de ellas 131.000 muertos), mientras que los franceses perdieron 204.253 hombres. En cuanto a las alemanas, la cifra ha sido discutida hasta la saciedad, pero es probable que se situara entre 450.000 y 600.000. Ludendorff sabía perfectamente qué implicaba aquella situación.

> El alto mando debía tener presente que la gran superioridad del enemigo en hombres y pertrechos se dejaría sentir en 1917 de forma más dolorosa incluso que en 1916. Debía temer que pronto estallaran «batallas del Somme» en distintos puntos de nuestros frentes, y que nuestras tropas no fueran capaces de resistir semejantes ataques indefinidamente, sobre todo si el enemigo no nos dejaba tiempo para descansar y para acumular pertrechos. Nuestra posición era singularmente compleja y resultaba difícil encontrar una salida. No podíamos contemplar la posibilidad de lanzar una ofensiva, pues debíamos mantener

nuestras reservas disponibles para la defensa. No cabía esperar que se viniera abajo ninguna de las potencias de la Entente. Si la guerra duraba más tiempo, nuestra derrota parecía inevitable. A ello había que añadir que nuestros fundamentos económicos eran muy poco apropiados para soportar una guerra de desgaste. Dentro de nuestro país, las energías se habían visto muy afectadas. Pensábamos con preocupación en nuestro sustento, pero también en nuestra capacidad de resistir. No utilizábamos el bloqueo ni la propaganda para socavar los ánimos de los pueblos enemigos. Las perspectivas de futuro eran singularmente graves.[35]

General Erich Ludendorff, alto mando alemán.

A finales de 1916 lo que había cambiado era la propia naturaleza de la guerra. El éxito en la batalla no se medía necesariamente por el terreno ganado, a menos que este incluyera objetivos de la máxima importancia táctica o que amenazara con una verdadera ocupación de fortificaciones previamente preparadas. Lo peor era que semejante éxito solo provocaba una intensificación feroz de los contraataques. A finales de 1916 los estados combatientes se habían esforzado al máximo por movilizar todos sus recursos para la causa. Los hombres jóvenes se habían convertido en una riqueza nacional que se contaba en millones. Pero millones de jóvenes en armas significaban millones de bajas. Alemania era un estado industrial poderoso, su ejército no tenía rival, y todavía no estaba vencida. Verdún y el Somme habían levantado todavía más el umbral del horror, pero todavía estaba por venir lo peor. Los hombres atrapados en aquella hecatombe no podían abrigar muchas esperanzas.

No creo que estemos más cerca del final que hace un año o así, excepto por el hecho de que muchos centenares de millares más de hombres han muerto en ambos bandos. Estoy convencido de que el final solo podrá llegar de esa forma y de que al final no habrá nada más que una enorme cortina de bombas enormes por ambas partes y de que el bando ganador será aquel al que le queden los últimos soldados de infantería vivos. Eso si a los dos bandos no les estallan los nervios antes, y se rinden de agotamiento y de puro asco por todo esto.[36]

Capitán Philip Pilditch, Batería C, 235.ª Brigada,
Real Artillería de Campaña.

La del capitán Pilditch era la verdadera voz de la desesperación; y no era la única.

10

El Frente Oriental, 1916

Todo lo que sabemos es que, a veces, en nuestros combates con los rusos, teníamos que retirar los montones de cadáveres enemigos de delante de nuestras trincheras para tener un campo de tiro claro contra las nuevas oleadas de atacantes.[1]

Mariscal Paul von Hindenburg, cuartel general, Frente Oriental.

En 1916 los rusos demostrarían su asombrosa capacidad de recuperación. Pero los problemas de fondo a los que se enfrentaba el imperio ruso no habían terminado. El hecho de que el zar Nicolás II, hombre débil e indeciso, fuera nominalmente comandante en jefe de las fuerzas del imperio podría servir como metáfora del carácter subdesarrollado y primitivo del país, esclavo de un sistema de gobierno ineficaz y despótico. Pero al mismo tiempo la ascensión simbólica del zar a ese puesto venía a subrayar la constante determinación de seguir luchando a pesar de las pérdidas de la que era capaz el pueblo ruso. Y desde luego esas pérdidas habían sido terribles en 1915. Los rusos disponían de muchísimos más hombres y de hecho siguieron movilizando un porcentaje de su abundantísima población mucho menor del que movilizaron otros países, como se encargarían de recordarles los franceses. ¿Pero cuánto tiempo más permanecería firme la moral del soldado ruso normal y corriente?

La determinación de Rusia sería puesta a prueba a comienzos de 1916. El 21 de febrero de 1916, cuando Falkenhayn lanzó su devastador ataque contra Verdún en el Frente Occidental, los franceses empezaron a exigir vehementemente a los rusos que lanzaran una ofensiva en el Frente Oriental que aliviara un poco la presión a la que ellos se hallaba sometidos. Nicolás II se limitó a trasladar la responsabilidad a sus subordinados en el Frente Norte y en el Frente Oeste. Estos tomaron la decisión de atacar a los alemanes en la zona de Bielo-

rrusia, en la que daría en llamarse batalla del lago Naroch, con un ambicioso movimiento de pinza que supuso el despliegue de cerca de 350.000 soldados y más de 1.000 cañones. Después de lanzar una cortina de fuego que daría comienzo el 18 de marzo de 1916, la infantería rusa atacaría en oleadas masivas, y al mismo tiempo se produciría más al norte un intento de expulsar a los alemanes del importantísimo puerto de Riga. Pero, como descubrirían los ingleses en el Somme el 1 de julio, una cortina de fuego eficaz requiere algo más que un gran número de cañones; en particular, se necesita un detallado programa de fuego específicamente definido y una puntería rigurosamente dirigida. Pero los artilleros rusos no tenían ninguna de las habilidades necesarias para elaborar un programa complejo de artillería, localizar la caída del disparo o comunicar a sus baterías las correcciones necesarias. La labor de contrabatería también era deficiente; los rusos se mostraron incapaces de apuntar con demasiada eficacia a los puestos fortificados alemanes, a sus ametralladoras y al cuartel general. El resultado fue que, a cambio de unas ganancias mínimas, los rusos sufrieron durante los dos ataques unas 100.000 bajas, frente a las apenas 20.000 que sufrieron los alemanes. En total, los ataques no consiguieron su objetivo primordial de reducir la presión a la que se hallaban sometidos los franceses.

Sin embargo, se pidió a los rusos que lanzaran una ofensiva en junio de 1916, conforme a las promesas hechas en la conferencia de Chantilly de diciembre de 1915. Pero enseguida se puso de manifiesto que, tras el fracaso de la batalla del lago Naroch, los mandos de mayor graduación no estaban dispuestos en general a seguir poniendo en peligro su reputación. En efecto, el único alto mando que se mostró dispuesto a ponerse a la altura de las circunstancias fue el general Alexéi Brusílov, que había sido nombrado hacía poco comandante en jefe del Frente Suroeste. Cuando se enteró de que Falkenhayn había

retirado ocho divisiones alemanas para enviarlas al Frente Occidental, se mostró más que decidido a utilizar sus cuatro ejércitos (el VIII, el XI, el VII y el IX) para atacar a los austrohúngaros al sur de las marismas del Prípiat, con la intención de obligarlos a replegarse en toda Galicia. No dejaba de ser una empresa ambiciosísima, pues en aquellos momentos las líneas austríacas eran sistemas de trincheras en general bien construidos, provistos de abundantes refugios subterráneos y protegidos por espesas alambradas. Sin embargo, Brusílov ya se había ganado una excelente reputación como el general ruso más competente y agresivo con diferencia. Había demostrado también poseer un dominio de las nuevas técnicas de guerra mediante una combinación de experiencia práctica y de estudio minucioso. En 1916 había logrado establecer un borrador de cómo conseguir un éxito, que en parte era anterior a la metodología táctica que estaba imponiéndose en el Frente Occidental. Para ello contó con la asistencia de sus oficiales de estado mayor, especialmente seleccionados y muy bien adiestrados, que eran los encargados de convertir sus intenciones en acción sobre el terreno. Contó además con la ayuda de una mejor provisión de bombas y cañones, pues la industria armamentística rusa había ido mejorando gradualmente. Incluso la provisión de fusiles había empezado por fin a igualar casi el número de hombres que prestaban servicio para el zar.

Como Joffre y Haig, Brusílov había llegado a la conclusión de que una ofensiva debía ser llevada a cabo en un frente amplio, para así reducir la posibilidad de un fuego de enfilada desastroso y también para permitir que se produjeran múltiples roturas de las líneas que confundieran todavía más al adversario. Estaba convencido asimismo de que la sorpresa era trascendental para tener éxito, y de ese modo recurrió a una campaña de decepción adelantada que comportaba el envío de

mensajes engañosos por radio, el movimiento delusorio de tropas y cañones, y el despliegue en el último momento de los cañones que iban a apoyar el ataque definitivo. No habría un bombardeo largo, que revelara sus intenciones, antes bien, su infantería embestiría al término de una cortina de fuego relativamente corta, pero estrictamente centrada en un objetivo, lanzando el ataque desde unas trincheras abiertas en la posición más adelantada que pudiera con el fin de reducir la cantidad de tiempo que sus hombres hubieran de quedar expuestos en tierra de nadie. Una de las innovaciones más importantes de Brusílov consistió en mantener a sus reservas cerca del frente, dispuestas a prestar apoyo inmediato a los ataques de resultado incierto, o a responder de hecho a cualquier oportunidad de realizar un avance, sin los espantosos retrasos que comportaban los movimientos de tropas en masa, fuera cual fuese la distancia que tuvieran que recorrer en la diabólica red ferroviaria rusa. Esas tropas de reservas se mantenían fuera de la vista en una serie de refugios subterráneos y baluartes especialmente preparados al efecto. Brusílov reconocía la importancia de adiestrar diligentemente a sus artilleros en todos los ámbitos de la artillería y de asignar luego a cada batería una tarea específica, mientras que la aviación rusa fue aprovechada debidamente para que efectuara las labores de reconocimiento fotográfico necesarias. Por último, se dio cuenta también de la necesidad de mejorar la instrucción de su infantería antes del ataque; quería que los combatientes fueran algo más que mera carne de cañón masificada. Sus hombres debían poseer algunas nociones de lo que son las habilidades básicas de un soldado y les dio una instrucción adecuada para asegurarse de que sabían qué era lo que se les pedía cuando llegara el momento. Su estado mayor llegó incluso a construir maquetas a escala de las trincheras austríacas para que sus tropas pudieran ensayar sus movimientos. Todo ello ponía de manifiesto un

grado considerablemente alto de innovación táctica, que contemplaba cuatro oleadas sucesivas: los hombres de la primera oleada debían llevar gran cantidad de granadas de mano y conquistar la primera línea austríaca; la segunda oleada, armada de forma similar, se lanzaría directamente por la segunda línea, que, a juicio de Brusílov, constituía el centro de la resistencia austríaca; y a continuación la tercera y la cuarta oleada traerían las metralletas al objeto de alcanzar su consolidación, al tiempo que buscaban cualquier ocasión de expandir los avances llevados a cabo. En conjunto, las innovaciones de Brusílov marcaron un nuevo nivel de excelencia de la práctica militar para 1916. Como tales, serían minuciosamente estudiadas por los ejércitos de todos los grandes contendientes.

Los austríacos se percataron de algunos de los preparativos realizados delante de sus líneas, pero se negaron a creer que los rusos fueran capaces de lanzar otra cosa que no fueran torpes ataques en masa basados solo en la presión de los simples números. En efecto, a Conrad le preocupaba bastante más supervisar la ofensiva que había lanzado (a pesar de los consejos en contra de los alemanes) en el frente italiano el día 4 de mayo que lo que pudiera planear Brusílov en el Frente Suroeste.

Brusílov lanzó finalmente su ofensiva a las 04.00 del 4 de junio de 1916. El bombardeo funcionó de forma espectacular: los cañones de campaña barrieron las alambradas, mientras que las piezas más pesadas apuntaban a las baterías austríacas, a las posiciones de las ametralladoras y a los centros de mando. Al cabo de tres horas los cañonazos cesaron de forma repentina, para, a continuación, de forma igualmente misteriosa, empezar de nuevo; un modelo que se repetiría varias veces, logrando confundir a los austríacos, que no sabían lo que estaba pasando. A lo largo de los dos días siguientes, en momentos distintos, hizo su aparición la infantería rusa para

cargar atravesando la estrecha franja de tierra de nadie y pillar a menudo desprevenidos a los austríacos en sus refugios subterráneos. En muchos lugares se rindieron a los rusos unidades enteras, especialmente aquellas que estaban formadas por hombres de nacionalidades minoritarias, que no estaban ya dispuestos a sacrificar sus vidas por un imperio que incluso a ellos les parecía extraño. En general, las deserciones austrohúngaras alcanzaron las proporciones de una epidemia. Bajo aquella presión candente el frente se vino abajo, mientras que diversos asaltos provocaron nuevos repliegues forzosos de las unidades situadas en los flancos, que no querían quedar aisladas de ninguna manera. Los austríacos empezaron enseguida a retirarse a lo largo de un frente de 400 kilómetros que se extendía desde las marismas del Prípiat hasta los Cárpatos. La situación no dejaba a Conrad más que una opción realista: pedir una vez más ayuda a los alemanes.

El 8 de junio Conrad viajó a Berlín, con la gorra metafóricamente en la mano, para pedir audiencia a la desagradable figura de Falkenhayn. Las cosas no salieron como él deseaba. Falkenhayn, furibundo, no solo rechazó bruscamente cualquier idea de suspender su ofensiva de Verdún para distraer un gran número de divisiones alemanas y mandarlas de nuevo al Frente Oriental, sino que además exigió perentoriamente la suspensión de la preciosa ofensiva italiana de Conrad. Al final desveló cuál era el verdadero precio que iba a suponer el envío de refuerzos aliados: todas las unidades austríacas destacadas en Galicia operarían en adelante bajo el control directo de los alemanes. Conrad se puso furioso, pero no tuvo más remedio que aceptar aquella humillación.

Al mismo tiempo que los alemanes hacían alarde de su poder sobre los austríacos, los rusos demostraban que en su ejército reinaba una absoluta falta de dirección unificada. Brusílov había hecho una pausa para que sus tropas descansaran,

y había esperado que durante ese tiempo el general Alexéi Évert, al mando del vecino Frente Oeste, lanzara a mediados de junio la siguiente fase del ataque con la finalidad de mantener el ímpetu de la ofensiva y aumentar la tensión de los austríacos. Pero Évert presentó diversas excusas para justificar el retraso de su ataque. Fue así como la Ofensiva Brusílov se interrumpió en el preciso instante en el que este ya no estaba al mando de su destino. Mientras Évert titubeaba, los alemanes trasladaron sus reservas, enviando a regañadientes ocho divisiones desde el Frente Occidental, donde por entonces el inminente ataque anglo-francés en el Somme traía a Falkenhayn nuevos quebraderos de cabeza. Fueron enviadas también más divisiones y numerosas baterías de artillería procedentes de la reserva acumulada que los alemanes mantenían en el Frente Oriental, mientras que el propio Conrad se vio obligado a despachar a varias divisiones del frente de Italia. La llegada de estas reservas acumuladas, sumada a la obtusa inactividad de Évert, fue lo que dio a las Potencias Centrales la oportunidad de estabilizar las líneas.

El 2 de julio, cuando Évert se mostró dispuesto para el ataque, los ejércitos de Brusílov ya habían vuelto a la lucha, aunque cualquier proyecto de obligar al Imperio Austrohúngaro a salir a la fuerza de la guerra que este hubiera podido contemplar se esfumaría rápidamente. También se puso de manifiesto la relativa falta de sofisticación táctica mostrada por los ejércitos del Frente Oeste de Évert cuando al fin se decidieron a atacar, de modo que sus bajas fueron consecuentemente altísimas. No obstante, los ejércitos del Frente Suroeste de Brusílov continuaron haciendo progresos, y lograron repeler al IV, al I y al II Ejército austríaco. Pero entonces la determinación de los austrohúngaros empezó a fortalecerse debido a la infiltración en sus líneas de divisiones alemanas, que formaron bloques sólidos frente a los nuevos avances de los rusos. Se

inició además un programa deliberado de germanización de los ejércitos austríacos, en virtud del cual los oficiales alemanes se harían con el control incluso a nivel de batallón y hasta de compañía.

Las postrimerías del verano de 1916 contemplaron una jugada concertada de Hindenburg destinada a restablecer su posición de predominio. Nominalmente había estado al frente del ejército alemán en el este, pero hasta entonces había sido regateado con habilidad por Falkenhayn, que había nombrado primero al general August von Mackensen y luego al príncipe Leopoldo de Baviera para comandar grupos de ejércitos independientes en el sector central y meridional del frente, dejando a Hindenburg solo el control directo de los ejércitos del norte. Sin embargo, la posición de Falkenhayn fue deteriorándose a pasos agigantados debido a la percepción de fracaso de su estrategia en el Frente Occidental. Hindenburg vio que había llegado su oportunidad y exigió el nombramiento de un comandante en jefe único para todo el Frente Oriental. Naturalmente, solo tenía en mente un nombre para ocupar el cargo: el suyo. Para entonces Falkenhayn había gastado ya todo su capital político y se vio obligado, al menos teóricamente, a aceptar la necesidad de un mando unificado. Conrad habría tenido incluso más motivos para poner objeciones, pero no era más que un pariente pobre y no fue preciso hacerle caso. Fue así como a finales de julio de 1916 Hindenburg fue confirmado para el puesto de comandante en jefe de todos los ejércitos de las Potencias Centrales en el Frente Oriental. La caída de Falkenhayn era inminente y finalmente fu sustituido como jefe del estado mayor general de Alemania por su viejo adversario, Hindenburg, el 29 de agosto de 1916.

Las tropas rusas invadieron Galicia, avanzando hacia las estribaciones de los Cárpatos, aunque en ningún momento llegaron a avanzar tanto como lo habían hecho en 1915. La

ofensiva continuó hasta el mes de septiembre, pero la cantidad de bajas de los rusos iba aumentando desaforadamente. Quizá más inquietante incluso fuera el hecho de que la incidencia de las deserciones de los ejércitos rusos empezó a agravarse debido al doble impacto del cansancio de la guerra y de las excesivas bajas sufridas para conseguir poco o nada. Incluso para Brusílov era evidente, ya que en último término la victoria dependía de que consiguiera derrotar a Alemania, cosa que parecía más improbable que nunca. En vez de aprovechar su ventaja numérica, los ataques rusos unas veces fueron dirigidos de manera incompetente y otras, cuando salieron bien, no recibieron el respaldo de nadie debido al caos endémico reinante en el alto mando ruso.

Una consecuencia del éxito relativo de la Ofensiva Brusílov fue que Rumanía se convenció de que había llegado la hora de unirse a los aliados de la Entente. Rumanía limitaba con Rusia, el Imperio Austrohúngaro, Serbia y Bulgaria, pero tenía la desgracia de ser más débil que cualquiera de sus vecinos. El ejército rumano no se había recuperado todavía del mazazo que había recibido en la debacle de las guerras de los Balcanes; y tampoco había experimentado el programa de modernización que tanto necesitaba. Muchos miembros de la familia real y de los políticos rumanos eran abiertamente pro alemanes, pero las mayores oportunidades de expansión nacional parecían depender de la disgregación del Imperio Austrohúngaro. Los ingleses ya habían prometido a Rumanía la adquisición de Transilvania si se unían a los Aliados, y los éxitos cosechados por los rusos en el verano de 1916 significaban que la alianza debía llevarse a cabo entonces o nunca. Los rumanos sabían perfectamente que en cuanto los rusos ocuparan las provincias de Bukovina y Transilvania, no estarían dispuestos a abandonarlas nunca; por consiguiente, esas provincias fueron el precio exigido por Rumanía para entrar en la

guerra del lado de los Aliados. Los rusos, como es natural, vacilaron, dudando del valor del ejército rumano, pero las ventajas políticas de contar con otro aliado parecían superar a las desventajas. Fue así como Rumanía declaró la guerra al Imperio Austrohúngaro el 27 de agosto de 1916 e invadió inmediatamente Transilvania a través de los puertos de montaña de los Cárpatos y de los Alpes de Transilvania. Constituiría aquella una decisión trascendental, pero no en el sentido que esperaban los rumanos.

Recién nombrado jefe del estado mayor alemán, Hindenburg reaccionó inmediatamente. Utilizó el mando unificado establecido en el Frente Oriental (cedido al mariscal de campo príncipe Leopoldo de Baviera) con excelentes resultados. Se crearon rápidamente dos ejércitos con elementos heterogéneos de unidades alemanas, austríacas, búlgaras y turcas: uno, el Ejército del Danubio, se puso al mando del omnipresente Mackensen e invadiría Rumanía por el sur desde la frontera búlgara a primeros de septiembre; el otro, el IX Ejército alemán, primero repelería la invasión de Transilvania por los rumanos, y luego invadiría Rumanía por el oeste. Al mando de este ejército se pondría ni más ni menos que el propio Falkenhayn, ansioso por mejorar su reputación en el campo de batalla. Pronto quedó claro que los ejércitos rumanos iban a ser incapaces de oponer una resistencia prolongada. Ni siquiera las caudalosas aguas del Danubio podrían detener a Mackensen, mientras que Falkenhayn acabaría colándose por los profundos pasos de los Alpes de Transilvania (Cárpatos Meridionales) a mediados de noviembre. En aquellos momentos los infortunados rumanos se hallaban en un estado de verdadero colapso y no había nada que sus nuevos aliados pudieran hacer por ellos. El 6 de diciembre, Mackensen efectuó su entrada triunfal en Bucarest y los rumanos se vieron obligados a reconocer su derrota. Los campos petrolíferos de

Ploesti, a unos sesenta kilómetros al norte de la capital, también fueron ocupados y, pese a los dramáticos intentos de sabotaje de los aliados incendiando los pozos, se convirtieron en una valiosísima recompensa para las Potencias Centrales, sedientas de petróleo. Al año siguiente los alemanes asolarían Rumanía y se apoderarían de los ansiados suministros de petróleo, grano, animales de granja y madera, que les permitirían hasta cierto punto superar los inconvenientes del bloqueo británico en el mar del Norte. En una palabra, el interludio rumano fue un desastre para los Aliados y una victoria moral con recompensas muy tangibles para las Potencias Centrales.

11

La guerra en el mar, 1916

Quizá esta vez hubiera amanecido por fin «der Tag», como solíamos llamarlo. Aquella noche la emoción se multiplicó infinitamente, pues todos parecían tener la premonición de que realmente había llegado el día. Había una atmósfera casi eléctrica de expectación y de excitación contenida mientras los oficiales y los hombres se dedicaban a prepararse para zarpar.[1]

Guardiamarina John Croome, buque *Indomitable*,
3.ª Escuadra de Cruceros de Batalla
de la Marina de Su Majestad.

En enero de 1916 el cariz de la guerra en el mar cambió con la sustitución como comandante en jefe de la Flota de Alta Mar, debido a su ineficacia, del almirante Hugo von der Pohl, que fue reemplazado por otro marino más dinámico, el almirante Reinhard Scheer. La flota había pasado la mayor parte de 1915 anclada manteniendo su condición de «flota en potencia», para no ponerse en peligro entrando en acción, mientras que los submarinos se habían retirado del Atlántico y del canal de la Mancha. Esta circunstancia había permitido a la Marina Real inglesa ejercer un dominio casi indiscutible de los océanos. Al asumir su puesto, Scheer estaba decidido a encontrar un papel apropiado para la Flota de Alta Mar. Pero al principio tuvo que hacer frente a otras labores, que lo apartaron de su objetivo, cuando en febrero de 1916 se vio obligado a reanudar la campaña de los submarinos en la zona de guerra situada alrededor de Gran Bretaña. Se daba por supuesto que los ataques estaban permitidos dentro de esa zona, pero no contra los buques mercantes desarmados fuera de ella, y que no podían efectuarse ataques contra los buques de pasajeros en ninguna parte en absoluto. Se trataba de una situación demasiado complicada para los capitanes de los submarinos en unas circunstancias de gran tensión y confusión. Los

errores de juicio eran previsibles y el 24 de marzo de 1916 el transbordador de vapor francés *Sussex* fue tomado erróneamente por un buque minador y acabó torpedeado por el *UB-29* en el canal de la Mancha. Aunque no se hundió, varios de los pasajeros que resultaron heridos en el ataque eran americanos y una vez más llegó una oleada de protestas desde el otro lado del Atlántico. En abril el presidente norteamericano Woodrow Wilson lanzó su propio torpedo contra la quilla de los U-Boote.

> Por consiguiente, he considerado mi deber comunicar al gobierno del imperio alemán que si su intención continúa siendo hacer la guerra sin tregua e indiscriminadamente a los barcos dedicados al comercio mediante el uso de submarinos, pese a la imposibilidad manifiesta en estos momentos de llevar a cabo dicha guerra conforme a lo que el gobierno de Estados Unidos tiene la obligación de considerar los dictados sacrosantos e indiscutibles del derecho internacional y las normas de humanidad universalmente reconocidas, el gobierno de Estados Unidos se verá en la necesidad de concluir que no tiene ante sí más que un rumbo que seguir; y que, a menos que el gobierno del imperio alemán declare y efectúe inmediatamente el abandono de los métodos de guerra utilizados hasta el momento contra los buques de pasajeros y de transporte de mercancías, este gobierno no tendrá más opción que cortar por completo las relaciones diplomáticas con el gobierno del imperio alemán.[2]
>
> Presidente Woodrow Wilson.

Como no quería arriesgarse a entrar en guerra con los americanos, el gobierno alemán cedió sin poner la más mínima objeción y los U-Boote recibieron simplemente la orden de respetar todos los requisitos del derecho internacional. Pero esto hacía que los propios submarinos resultaran excesivamente vulnerables y por lo tanto se vieron obligados a regresar a puerto.

No obstante, este revés proporcionó a Scheer la oportunidad de utilizar sus submarinos, que por lo demás estaban ociosos, como parte integral de su plan de reforzar la guerra naval contra Gran Bretaña. No estaba dispuesto a seguir per-

mitiendo que la Gran Flota aprovechara todos los beneficios de su supremacía naval sin ni siquiera haberla puesto a prueba.

> El objetivo que tiene Inglaterra de estrangular económicamente a Alemania sin exponer seriamente su flota a los cañones alemanes debe ser frustrado. Esta tarea ofensiva por nuestra parte se ha visto intensificada por el hecho de que la prohibición de la guerra comercial submarina hizo que para nosotros resultara imposible asestar un golpe directo al nervio vital de Inglaterra. Por consiguiente estábamos obligados a intentar y demostrar por todos los medios posibles que la Flota de Alta Mar de Alemania era capaz de hacer la guerra a Inglaterra por mar y que estaba dispuesta a hacerlo.[3]

Almirante Reinhard Scheer, buque *Friedrich der Grosse*, de la Marina Imperial.

Su método para conseguir este objetivo exigía el despliegue de todos los recursos navales de los que disponía Alemania para dirigir a la Gran Flota a una trampa en la que pudiera ser destruida una parte significativa de la misma, permitiendo así que la Flota de Alta Mar representara para ella un desafío serio en unos términos de mayor igualdad. Eso significaba en la práctica atraer al grueso de la flota a una trampa con submarinos o con minas y/o aislar e infligir una derrota sin paliativos a la Fuerza de Cruceros de Batalla al mando del almirante sir David Beatty. Scheer aceleró el ritmo reanudando las batidas en el mar del Norte y bombardeando Lowestoft y Yarmouth el 25 de abril. Este incremento de la actividad no pasó desapercibido para Jellicoe, que a pesar de todo estaba decidido a mantener su dominio de los mares sin romanticismos, pero de manera efectiva. Mientras sus buques llevaban a cabo con éxito el bloqueo económico de Alemania, el comercio británico continuaba relativamente sin estorbos, las líneas de comunicación de las fuerzas terrestres británicas no sufrían ninguna amenaza grave y no había la menor posibilidad de que los alemanes pudieran llevar a cabo con éxito una invasión de Inglaterra. Jellicoe mantenía el grueso de la Gran Flota oculto en la seguridad de la remota Scapa Flow, aunque había

empezado ya a pensar en alguna forma de provocar un choque con la Flota de Alta Mar en condiciones que le fueran favorables.

A mediados de 1916 Jellicoe recibió unos refuerzos que le vinieron muy bien: la 5.ª Escuadra de Batalla, compuesta por los superdreadnoughts de la clase *Queen Elizabeth*. Estos gigantes eran un portento del futuro, la fusión gradual de los conceptos de dreadnought y de crucero de batalla para crear imponentes acorazados capaces de trasladar 27.500 toneladas, con ocho cañones de 380 mm que podían disparar certeramente bombas de 870 kg a una distancia de casi 25.000 metros, protegidos por unos blindajes de hasta 35 cm de espesor, y propulsados por gigantescos motores de turbina alimentados con fuel que les permitían alcanzar una velocidad de casi 24 nudos. Cuando al fin se tomó la decisión de corregir las evidentes deficiencias de la artillería de la Fuerza de Cruceros de Batalla enviando sucesivamente una escuadra cada vez a practicar en los espacios abiertos de Scapa Flow, la 5.ª Escuadra de Batalla se convirtió en el reemplazo temporal indiscutible.

La batalla de Jutlandia

En mayo de 1916 ambos bandos estaban planeando llevar a cabo operaciones agresivas: Jellicoe tenía la intención de hacer caer en la trampa a la Flota de Alta Mar, mientras que Scheer intentaba obligar a su adversario, a pesar de su cautela, a cometer un error. Al final sería Scheer el que desencadenara la batalla de Jutlandia lanzando una batida en el Skagerrak, al sureste de Noruega, con el fin de pescar a todas las fuerzas ligeras británicas que se encontraran en él, y de ese modo atraer a Beatty y hacer salir a Jellicoe para que cayera en una emboscada submarina. Pero, gracias a la ayuda proporcionada por la inestimable labor de los especialistas en inteligencia de la Sala 40 descifrando los mensajes por radio de los alemanes, Jellicoe

recibió aviso de que Scheer se disponía a hacerse a la mar; de hecho, la Gran Flota abandonó Scapa Flow a última hora del 30 de mayo antes de que zarpara la Flota de Alta Mar. Ver surgir en el horizonte a los imponentes dreadnoughts supuso un espectáculo asombroso, y sus propios nombres encarnaban una larga tradición naval que se remontaba hasta tres siglos más atrás. El joven guardiamarina John Croome contempló ese espectáculo con reverencia desde el *Indomitable*, que con el resto de la 3.ª Escuadra de Cruceros de Batalla había estado haciendo ejercicios de artillería en Scapa Flow.

> Aquellos monstruos grises giraron sucesivamente en el majestuoso silencio que marca la salida al mar de una flota perfectamente entrenada. Por fin, cuando pasó ante nosotros el último integrante de aquella larga fila, también nosotros empezamos a movernos, retiramos los últimos metros de cable y nos escabullimos sigilosamente detrás de la Gran Flota. Cuesta trabajo imaginar una exhibición más poderosa de majestuosa fuerza y eficacia, concebida únicamente para destruir al enemigo, y la impresión que causó aquello en mi mente juvenil no podrá borrarse nunca. Además, me sentía orgulloso y era consciente de que formaba parte de aquella maquinaria enorme, y estaba firmemente convencido de que dicha maquinaria era invencible, si no invulnerable.[4]
>
> Guardiamarina John Croome, buque *Indomitable*,
> 3.ª Escuadra de Cruceros Batalla de la Marina de Su Majestad.

Iban derechos a la trampa. Los alemanes tenían dieciocho submarinos esperando fuera de sus bases. Pero Scheer sufriría una primera decepción al comprobar que la emboscada de sus U-Boote y los campos de minas recién plantadas que llevaban asociados no obtenían resultado alguno. Los océanos eran muy grandes y la formación compacta de la Gran Flota logró pasar desapercibida sin sufrir daños.

Jellicoe había concertado una cita con Beatty y la Fuerza de Cruceros de Batalla a unas noventa millas del Skagerrak a las 14.00 del 31 de mayo. La situación se volvió muy confusa cuando la información facilitada por la Sala 40 fue mal interpretada por el personal del Almirantazgo, que a las 12.30 comunicó erróneamente a Jellicoe y a Beatty que la Flota de

Alta Mar al final no había zarpado. Este error tendría graves repercusiones. Como consecuencia de todo ello las dos flotas acabaron acercándose peligrosamente una a otra, aunque ninguna de ellas sabía que su oponente se había hecho a la mar. De hecho, las fuerzas ligeras establecieron solo contactos accidentales cuando una y otra flota se acercaron a inspeccionar un inocente buque mercante que casualmente pasaba entre ellas. Una vez ordenado el zafarrancho de combate, el cañoneo entre los cruceros dio comienzo a las 14.28 del 31 de mayo de 1916. La batalla de Jutlandia había empezado.

Los cruceros de batalla de Hipper se replegaron al sur, con la intención de atraer a Beatty hacia la Flota de Alta Mar de Scheer, que había pasado desapercibida. Sin embargo, cuando Beatty ordenó su persecución, no concentró sus fuerzas, permitiendo que se abriera un hueco de más de 15 kilómetros entre la 1.ª y la 2.ª Escuadra de Cruceros de Batalla y la 5.ª Escuadra de Batalla. Fue un proceso en dos etapas: en primer lugar, las disposiciones originales habían situado los superdreadnoughts a unos ocho kilómetros por detrás de su buque insignia, el *Lion*, pero luego esa distancia se amplió debido a una ulterior confusión en el protocolo de señalización. Beatty y su estado mayor pondrían de manifiesto —y no sería la primera vez— su poco conocimiento de los métodos más modernos de comunicación y la necesidad de un sistema de mando y de control férreo durante el combate.

A medida que iba estrechándose la distancia entre los cruceros de batalla enemigos aumentó considerablemente la tensión antes de que abrieran fuego unos contra otros a las 15.48. Desde el primer momento, la artillería alemana hizo gala de una puntería desconcertante y no tardó en dar que sentir. El *Lion* fue alcanzado gravemente a las 16.00 cuando una bomba de 300 mm estalló en la torreta «Q» [situada en la parte central de la cubierta], provocando un incendio que, de no haber

sido inundado el polvorín, habría condenado sin remedio al barco. Al final de la fila el *Indefatigable* no tuvo tanta suerte cuando las bombas de 280 mm lanzadas desde el *Von der Tann* dieron en el blanco provocando una explosión enorme que mató a los 1.019 hombres que formaban la tripulación del barco, menos a dos. Luego, aproximadamente a las 16.21, se produjo una tremenda explosión cuando el *Queen Mary* fue alcanzado por las bombas del *Seydlitz* y del *Derfflinger*.

> En el barco reinó de pronto un silencio de iglesia, el suelo de la torreta se abombó y los cañones quedaron completamente inutilizables. Debo decir a este respecto que no se veía ni un solo signo de nerviosismo. Un hombre se volvió hacia mí y me dijo: «¿Qué crees que ha pasado?». Respondí: «Tranquilos todos, voy a hablar con el Sr. Ewart». Volví a la cabina y dije: «¿Qué cree que ha ocurrido, señor?». Respondió: «Solo Dios lo sabe». «Bueno, señor —repliqué—, es inútil que sigan todos aquí abajo. ¿Por qué no los mandamos a los cañones de 102 mm y les damos una oportunidad de vender caras sus vidas?» Saqué la cabeza por el agujero abierto en el techo de la torreta y casi me caí otra vez de culo. La batería de popa de cañones de 102 mm estaba completamente destrozada, no había quién lo reconociera y entonces me di cuenta de que el barco se escoraba terriblemente a babor. Volví a meterme dentro y conté al teniente Ewart en qué estado se hallaban las cosas. «Francis —dijo—, no podemos más que darles una oportunidad. Desaloja la torreta.» «¡Desalojad la torreta!», grité y todos salieron. El teniente Ewart me siguió; de repente se detuvo y volvió al interior de la torreta. Creo que regresó porque pensó que se había quedado dentro alguien. Cuando llegué a la banda del barco me dio la impresión de que estaba atestada de gente y de que nadie parecía demasiado preocupado por tirarse al agua. Grité: «Vamos, chicos, ¿quién quiere darse un baño?». Alguien contestó: «¡Todavía seguirá a flote un buen rato!». Pero algo, no voy a pretender entender lo que era, parecía meterme prisa para salir huyendo, así que me encaramé a la viscosa quilla del pantoque y me tiré al agua, seguido, diría yo, que por otros cinco hombres más.[5]
>
> Sargento Ernest Francis, buque *Queen Mary*,
> 1.ª Escuadra de Cruceros de Batalla de la Marina de Su Majestad.

Unos segundos más tarde, el *Queen Mary* estallaba en pedazos, matando a 1.266 tripulantes. Sin embargo, Beatty ni se inmutó, como atestigua su capitán de banderas, Alfred Chatfield.

> Estaba de pie junto a sir David Beatty y nos volvimos a tiempo de ver aquel desagradable espectáculo. Se me pasó por la cabeza la idea de los amigos que iban en el barco; pensé también en la suerte que evidentemente habíamos tenido en el *Lion*. Beatty se volvió hacia mí y dijo: «¡Parece que hoy va algo mal en estos malditos barcos nuestros!». Comentario que no necesitaba explicación ni respuesta. Efectivamente algo *iba* mal.[6]
>
> Capitán de banderas Alfred Chatfield, buque *Lion*,
> 1.ª Escuadra de Cruceros de Batalla de la Marina de Su Majestad.

Era muy sencillo: el blindaje de los acorazados ingleses no tenía el espesor suficiente para resistir las bombas de sus equivalentes alemanes. Y una vez que un proyectil perforaba el blindaje, las inadecuadas medidas antideflagración, unidas a los peligrosos métodos de trabajo usados para mejorar el nivel de fuego de la artillería, hacían que el incendio pudiera pasar rápidamente de las salas de operaciones que estaban bajo cubierta a la santabárbara situada más abajo, con unas consecuencias desastrosas. Ningún barco podía sobrevivir a una explosión semejante. Este segundo desastre dejó a Beatty en una lamentable inferioridad numérica, aunque la 5.ª Escuadra de Batalla británica por fin había empezado a acortar distancias y a entablar combate con los barcos de la línea alemana situados en la retaguardia.

Mientras tanto, a las 16.09 Beatty había enviado al ataque a sus destructores. Cuando las fuerzas ligeras alemanas respondieron a su ofensiva, la tierra de nadie situada entre las líneas enfrentadas de cruceros de batalla se llenó de destructores.

> En cuestión de minutos nos vimos en medio de un torbellino de barcos dando vueltas mientras virábamos y maniobrábamos para situarnos en una posición que nos permitiera abrirnos paso. Casi todo el tiempo tuvimos que estar al timón, pues el barco se escoraba de mala manera cada vez que daba un giro. La marcha de los acontecimientos era demasiado rápida para que fuera posible seguir un procedimiento estereotipado de control de la artillería y abríamos fuego contra cualquier elemento hostil que se nos pusiera a tiro. Aquello se convirtió en una cuestión personal y conservo un vivo recuerdo del artillero sudoroso lanzando maldiciones mientras se esforzaba en cambiar su punto de tiro de un barco a otro al tiempo que intentaba cazar al vuelo las oportunidades que se le presentaban. Aparte de la dificultad de tener que decidir en fracciones de

segundo quién era amigo y quién no, nuestros verdaderos enemigos pasaban a una velocidad de más de 60 nudos, así que casi no había tiempo de adivinar a la buena de Dios la distancia y la desviación, apuntar el cañón y disparar antes de que pasara la oportunidad, para a continuación intentar frenéticamente fijar un nuevo blanco. Resultaba casi imposible determinar dónde caían nuestros propios disparos en un mar salpicado de estallidos de bombas y, aun en el caso de que hubiéramos podido, tampoco habría habido tiempo de corregir la distancia. Muchos disparos los efectuábamos como quien dice a quemarropa, pero no teníamos ni idea de si alguno de ellos alcanzaba su objetivo, aunque varios destellos deslumbrantes nos daban la esperanza de que quizá hubiéramos infligido algún que otro castigo. En el acaloramiento de una acción rápida la aceleración exacerba los sentidos y la percepción del tiempo se pierde. No habría sabido decir si estuvimos combatiendo minutos u horas. La acumulación de incidentes hizo que todo aquello pareciera una eternidad y sin embargo el período de acción pasó en un abrir y cerrar de ojos.[7]

Subteniente Henry Oram, buque *Obdurate*,
13.ª Flotilla de la Marina de Su Majestad.

Las dos armadas se anularon una a otra y no consiguieron realizar ninguna acción destacada. Aunque el *Seydlitz* fue alcanzado por un torpedo, los daños sufridos apenas le impidieron seguir avanzando. Los cruceros de batalla alemanes resultaron de hecho un hueso muy duro de roer.

En ese momento Hipper casi había logrado meter a Beatty en las fauces de Scheer y su Flota de Alta Mar. La 2.ª Escuadra de Cruceros Ligeros, que efectuaba labores de reconocimiento por delante de Beatty, avistó la larga línea de dreadnoughts alemanes que se acercaba. Fue un momento escalofriante: excitante, pero al mismo tiempo amenazador. A bordo del *Lion* Beatty reaccionó con una rapidez y una decisión ejemplares. Tras confirmar el avistamiento, cambió de rumbo y dio media vuelta directamente en busca de la Gran Flota, en un intento de cambiar la situación y poner a la Flota de Alta Mar en manos de la Gran Flota. Por desgracia, otra metedura de pata en las comunicaciones puso innecesariamente en peligro a la 5.ª Escuadra de Batalla cuando recibió permiso para continuar navegando rumbo al sur mientras los cruceros de batalla ya habían dado media vuelta, antes de que

pudiera hacerlo también ella cuando ya era demasiado tarde. La posibilidad de aislar y destruir la 5.ª Escuadra de Batalla constituía una oportunidad magnífica para Scheer y durante la carrera hacia el norte las bombas alemanas estallaron una y otra vez alrededor de los imponentes superdreadnoughts. Pero el espesor de su blindaje hizo que solo sufrieran daños superficiales. Mientras tanto, sus propias bombas de 380 mm caían sobre los cruceros de batalla alemanes y los dreadnoughts de la Flota de Alta Mar que iban en cabeza.

> Sufrimos impactos terribles, dos o tres bombas pesadas nos alcanzaron durante esta fase. Cuando una bomba pesada impactaba en el blindaje de nuestro barco, el terrible estruendo de la explosión iba seguido de la vibración de todo el buque, afectando incluso a la torre de mando. Las bombas que estallaban en el interior de la nave provocaban más bien un rugido sordo, que era transmitido hasta el último rincón por las innumerables tuberías acústicas y a través del teléfono. Esta parte del combate, que se libró contra un adversario numéricamente inferior, pero mejor armado, capaz de tenernos en todo momento a tiro a una distancia a la que nosotros éramos impotentes, fue muy enojosa, deprimente y exasperante. Nuestro único medio de defensa consistía en dejar la línea durante un breve instante cuando veíamos que estábamos al alcance del enemigo. Como esta maniobra resultaba imperceptible para el enemigo, logramos escapar a intervalos regulares de aquella verdadera granizada de bombas.[8]
>
> Capitán de fragata Georg von Hase, buque *Derfflinger*,
> 1.er Grupo de Exploración de la Marina Imperial.

Aunque el mayor espesor del blindaje de los cruceros de batalla alemanes impidió que sufrieran daños catastróficos, su capacidad de combate se vio rápidamente mermada. En definitiva, esta fase de la batalla resultaría sumamente decepcionante para los alemanes.

Peor aún, sin que Scheer lo supiera, cada minuto que avanzaba hacia el norte ponía a la Flota de Alta Mar más cerca del enorme número de cañones que había logrado acumular Jellicoe. La Gran Flota navegaba en seis columnas compactas de cuatro buques cada una, con la 3.ª Escuadra de Cruceros de Batalla avanzando a toda máquina, y la totalidad del grupo iba rodeado de pantallas protectoras de cruceros ligeros y des-

tructores. Como es natural, Jellicoe estaba ansioso por recibir informaciones detalladas acerca del paradero de la Flota de Alta Mar de Scheer, pero por desgracia Beatty no le mandó ningún informe útil durante este período crucial. A medida que se aproximaban las flotas principales, las pantallas defensivas de uno y otro bando chocaron en una serie de escaramuzas que resultaron desastrosas para los barcos que fueron cogidos desprevenidos. Jellicoe no tardaría en tener que tomar la decisión final sobre cómo desplegar su flota. La tensión aumentó en el puente de su buque insignia, el *Iron Duke*, e, incluso cuando por fin fue avistado Beatty, Jellicoe siguió sin saber exactamente dónde estaban los dreadnoughts alemanes. Finalmente a las 18.01, desesperado ya, envió un mensaje por radio: «¿Dónde está la flota enemiga?». Beatty contestó: «Cruceros de batalla enemigos virando a sureste».[9] Aquello no respondía a su pregunta. ¿Dónde estaban Scheer y la Flota de Alta Mar?

> Antes de que alguien pueda comprender las dificultades a las que tuve que hacer frente como comandante en jefe de la Gran Flota es fundamental formarse una idea clara de ello y tener siempre presente los dos grandes factores a los que se debieron completamente esas dificultades. Dichos dos factores fueron: 1) La falta de una información mínimamente correcta de la Flota de Cruceros de Batalla y de los cruceros ligeros que estaban a su servicio respecto a la posición, formación y fuerza de la Flota de Alta Mar. 2) La falta de visibilidad cuando la Flota de Batalla avistó por fin una parte de la Flota de Alta Mar, debido en buena medida a la niebla y en parte también al humo de nuestros propios cruceros de batalla y otras embarcaciones.[10]
>
> Almirante sir John Jellicoe, buque *Iron Duke*,
> 4.ª Escuadra de Batalla de la Marina de Su Majestad.

En tales circunstancias la prioridad de Jellicoe era asegurarse de que la Gran Flota no perdiera el control de los mares. No estaba dispuesto a arriesgarlo todo por una victoria a corto plazo. Por fin recibió noticias y entró en acción a las 18.16. No pudo enfilar la columna de estribor pues sus barcos estaban ya demasiado cerca de la flota alemana, así que desplegó

la columna de babor, formando una línea enorme, con todos los cañones apuntando a la línea alemana: es decir, «cruzó la T», como se denomina esta maniobra. Esta decisión magníficamente pragmática marcaría el tono de la siguiente fase de la batalla.

Por delante de la Gran Flota, la 1.ª Escuadra de Cruceros, al mando del contraalmirante sir Robert Arbuthnot a bordo del *Defence*, se encontró de repente bajo el fuego de la artillería de la flota alemana que venía hacía él embalada. En pocos segundos el *Defence* fue hundido mientras que, detrás de él, el *Warrior* recibía una auténtica lluvia de bombas. Bajo cubierta, el jefe de máquinas Henry Kitching llevaba a cabo sus obligaciones.

> Oí una explosión tremenda en la parte de atrás, una sacudida espantosa recorrió todo el barco y se apagaron casi todas las luces. Inmediatamente después se oyó un fuerte estrépito de agua y vapor y tuve la impresión de que nos habían torpedeado. Desde atrás llegaron corriendo varios hombres, uno de ellos con la cara chorreando sangre. En aquel momento me di plena cuenta de lo que es el miedo en frío. Pero tenía que tomar una decisión y, avanzando hacia la parte trasera, intenté calibrar el alcance de los daños. Los motores seguían funcionando, cosa que parecía demostrar que los cilindros no habían sido alcanzados, pero en la inseguridad de la penumbra reinante percibí lo que me pareció una especie de cataratas del Niágara en la parte trasera de la sala de máquinas, aunque en ese momento no pude tener la seguridad de si la cortina de agua manaba de abajo o caía de lo alto. En cualquier caso, un chorro de vapor en la cara me avisó de que no tenía que gastar el tiempo pensando en ello y me hice a la idea de que no había bombas suficientes que pudieran achicar la cantidad de agua que estaba entrando, y que lo único que cabía hacer era sacar de allí a los hombres lo antes posible.[11]
>
> Jefe de máquinas Henry Kitching, buque *Warrior*,
> 1.ª Escuadra de Cruceros de la Marina de Su Majestad.

Atrapados bajo cubierta, tenían que buscar la forma de salir de un barco que parecía hundirse bajo sus pies.

> Al principio los hombres no sabían qué hacer, pues no se podía acceder a las escaleras de popa, pero les grité que subieran por la escalera del centro y los empujé a todos delante de mí hacia ella. En cuanto me pareció que habían subido todos, los seguí, pero en ese momento todas las luces se habían apagado, por lo que la oscuridad reinante era absoluta. Cuando llegué arriba, cons-

ciente de que era inútil ir a popa, me dirigí hacia delante y caminé a tientas sirviéndome del pasamanos que recorría toda la plataforma de la parte superior de los cilindros hacia la puerta situada en la parte delantera, que comunicaba con la sala de máquinas de babor y con el sollado. Pero cuando llegué allí un fogonero me dijo que no podíamos atravesar la zona, pues el sollado estaba ardiendo y cuando intenté hacerlo me encontré con una ráfaga de humo espeso y de gases cegadores que me obligaron a retroceder. En aquel momento, con aquel infierno delante y el estrépito del vapor detrás de mí, me sentí como una rata en una ratonera, pues parecía que no había la menor posibilidad de levantar las pesadas escotillas blindadas del techo, y me recorrió entero un escalofrío de puro terror; pero justo entonces me di cuenta de que el hombre llamaba mi atención indicándome un destello de luz ahí arriba, y al minuto siguiente me vi trepando por una grieta que se había abierto en la cubierta.[12]

Jefe de máquinas Henry Kitching, buque *Warrior*,
1.ª Escuadra de Cruceros de la Marina de Su Majestad.

Mientras los tripulantes del *Warrior* permanecían a la espera de que les cayeran encima las bombas alemanas que con toda certeza iban a enviarlos al fondo del mar, los alemanes se distrajeron debido a la llegada de la 5.ª Escuadra de Batalla, que maniobró para integrarse en la línea principal de combate de la Gran Flota. Cuando estaba en plena maniobra, el *Warspite* fue alcanzado por varias bombas, sufriendo graves daños en la dirección y empezó a girar en círculo a la deriva en medio de una y otra flota. Convertido en un blanco perfecto, solo su extraordinario blindaje lo protegía de recibir un golpe definitivo, pero, una vez que se hizo de nuevo con el control, logró regresar a puerto sin sufrir ningún percance trágico. Lo que había conseguido, sin embargo, había sido distraer a los artilleros alemanes e impedir que continuaran acosando al *Warrior*, que, aunque a duras penas, pudo así también escabullirse de allí.

En el despliegue de Jellicoe, los buques de la 3.ª Escuadra de Cruceros de Batalla habían tomado posiciones a la cabeza de la línea. Cuando sus cañones empezaron a disparar, descargaron un auténtico diluvio de bombas sobre los cruceros de batalla de Hipper. La luz cambiante hacía que los alemanes

no pudieran ver a sus verdugos y que la respuesta de sus artilleros fuera poco eficaz. Entonces, durante unos breves instantes, la bruma se disipó y las bombas alemanas, sedientas de venganza, se cebaron en el *Invincible*. El lema de Fisher «la velocidad será su blindaje» fue puesto a prueba y quedó desmentido, pues, en efecto, enseguida se demostró su error cuando el buque saltó por los aires con una violencia pasmosa a las 18.34. El marine Bryan Gasson estaba encargado del telémetro en la torreta «Q», situada a estribor en la parte central de la cubierta.

> De repente nuestra torreta tripulada recibió un impacto entre los dos cañones de 305 mm y me pareció que la parte superior de la torreta salía disparada, y a continuación se oyó otro cañonazo parecido. Las llamas se extendieron debajo del sollado a los dos polvorines situados en la parte central del barco, que contenían 50 toneladas de cordita. La explosión partió el buque en dos. Debo mi supervivencia, creo yo, al hecho de que me encontraba en un compartimento distinto situado en la parte posterior de la torreta con la cabeza metida en un agujero que se había abierto en el techo. Las primeras llamas debieron de llegar hasta mi compartimento, pues sufrí quemaduras en las manos, los brazos y la cabeza; por fortuna los ojos no fueron afectados, debí de tapármelos instintivamente con las manos. El telémetro y yo teníamos solo un ligero blindaje que nos protegiera. Creo que se desprendió volando y, cuando el barco se hundió, salí flotando a la superficie.[13]
>
> Marine Bryan Gasson, buque *Invincible*,
> 3.ª Escuadra de Cruceros de Batalla de la Marina de Su Majestad.

Solo sobrevivieron seis de sus 1.032 tripulantes. El buque se partió en dos, y ambas mitades permanecieron en posición vertical sobre el lecho marino creando una imagen inolvidable que se grabó en la mente de todos los que la vieron.

El hundimiento del *Invincible* fue un triunfo, pero no modificó para nada la difícil situación táctica a la que se enfrentaba la Flota de Alta Mar. En ese momento los dreadnoughts de Jellicoe estaban colocados en una larga línea, de tal forma que sus bombas llovían sobre la vanguardia más expuesta de la flota alemana, causándole graves daños y amenazando con aniquilarla. Scheer tuvo que actuar con rapidez.

No podía ver a nuestros cruceros, que estaban todavía más adelantados. Debido al desvío que se vieron obligados a efectuar al cercarse, se encontraron de pronto en medio del fuego de ambas líneas. Por este motivo decidí hacer virar a la nuestra y ponerla en un rumbo opuesto. De lo contrario se habría creado una situación muy complicada alrededor del eje en torno al cual pasaba gradualmente el enemigo, pues los disparos de larga distancia lanzados por el adversario habrían impactado sin duda alguna en los buques de nuestra retaguardia. Respecto a la efectividad de la artillería, el enemigo ocupaba una situación más favorable, pues la silueta de nuestros barcos se recortaba sobre la claridad del horizonte de poniente, mientras que los suyos permanecían ocultos por la bruma y el humo del combate. Por consiguiente, un combate de artillería con rumbo sur no nos habría resultado perjudicial.[14]

Almirante Reinhard Scheer, buque *Friedrich der Grosse*,
3.ª Escuadra de Batalla de la Marina Imperial.

Scheer ordenó efectuar un viraje en redondo a estribor, una maniobra de combate especialmente desarrollada en virtud de la cual el barco situado al final de la línea era el primero en girar el timón ciento ochenta grados, seguido sucesivamente por cada uno de los que tenía delante, haciendo rotar toda la línea hacia la posición de cabeza. Cuando los buques alemanes desaparecieron de su vista, Jellicoe tuvo que decidir si los seguía en medio de la bruma y lo arriesgaba todo a fin de consumar su victoria, o si se conformaba con un planteamiento más prudente. En vez de perseguir a los alemanes, arriesgándose, por lo que sabía, a caer víctima de minas, submarinos y destructores, Jellicoe decidió continuar un poco más rumbo al este y luego girar al sur para situarse entre la Flota de Alta Mar y su base de Wilhelmshaven. Su maniobra se vio enseguida justificada cuando, a las 18.55, ordenó un segundo viraje de combate para poner sus barcos rumbo al este. Eso significaba que los dreadnoughts de Scheer se dirigían de cabeza hacia la línea británica. Desde las 19.10 fueron víctimas de un fuego cada vez más devastador. Scheer reaccionó de forma instantánea y a las 19.13 mandó efectuar un nuevo viraje en redondo mientras que los cruceros de batalla y los destructores, acosados de mala manera, recibían la orden de adelantarse

para cubrir su retirada. Sufrieron daños terribles debido a la lluvia de bombas que les cayó encima. Ningún crucero de batalla inglés habría podido sobrevivir a este tipo de acometida, pero los barcos de Scheer disponían de un blindaje mejor, los protocolos de seguridad de su artillería eran superiores, y además bajo cubierta se hallaban mejor subdivididos en compartimentos estancos. Mientras tanto, los destructores alemanes cambiaban totalmente su rumbo y salían al encuentro de la línea británica lanzando torpedos, dando tiempo así a los maltrechos cruceros de batalla alemanes para volver a escabullirse entre la bruma. En aquellos momentos Jellicoe tenía que decidir si se volvía hacia el enemigo, si se quitaba de en medio o si simplemente mantenía el rumbo y se enfrentaba a las consecuencias.

> Las alternativas a quitarme de en medio eran dos: o volverme hacia el enemigo o mantener el rumbo e intentar esquivar los torpedos. Volverme hacia el enemigo habría acarreado un gran peligro si el primer ataque iba seguido de un segundo y de un tercero, y nadie podía asegurar que no fuera así. Mantener el rumbo e intentar esquivar los torpedos quizá saliera bien si se les podía seguir la pista. Me habían llegado informaciones de que los alemanes habían conseguido que la pista de sus torpedos fuera prácticamente invisible. Por consiguiente, esta alternativa conllevaba un gran peligro.[15]
>
> Almirante sir John Jellicoe, buque *Iron Duke*,
> 4.ª Escuadra de Batalla de la Marina de Su Majestad.

Su cautela ha sido condenada por los comentaristas de tendencia populista, en opinión de los cuales debería haber virado hacia la Flota de Alta Mar, desencadenando así una acción decisiva. Pero la cautela innata de Jellicoe se basaba en una evaluación realista de lo que podía y lo que no podía arriesgar para conseguir la destrucción de la Flota de Alta Mar. Por lo pronto se perdió el contacto, pero su Gran Flota continuaba situada entre Scheer y el santuario de los puertos alemanes. Durante la hora siguiente estallaron breves rachas de actividad cuando varios destacamentos de una y otra flota se enfrentaron en medio de la luz crepuscular. No es de extrañar que

ningún bando lograra nada importante. A las 21.00, cuando la visibilidad era ya completamente nula, solo faltaba por comprobar si Scheer conseguía escapar de la Gran Flota durante la noche y regresar a puerto o si se lo impedían y se veía obligado a emprender una acción naval decisiva cuando amaneciera.

A Jellicoe le parecía que los alemanes tenían varias opciones: navegar de nuevo rumbo al noreste y pasar por el Skagerrak al Báltico; ir por el Horns Rev al norte de los campos de minas británicas que ocupaban la bahía de Helgoland; tomar el paso que atravesaba directamente los campos de minas (opción en extremo arriesgada desde el punto de vista de la navegación); o intentar pasar por el sur de los campos de minas y llegar a la seguridad de sus puertos a lo largo de la costa septentrional de Frisia. Como varios de sus cruceros de batalla estaban a punto de irse a pique, Scheer no tenía casi más remedio que escoger la ruta más corta posible, que era a través del Horns Rev. Pero Jellicoe no conocía este detalle y, dada la última posición alemana que se le había comunicado, decidió que la ruta a través de la costa septentrional de Frisia era la opción más probable. Por consiguiente envió su flota de batalla rumbo al sur a una velocidad de 17 nudos. Sus flotillas de destructores la seguiría unas cinco millas más atrás, con el fin de cubrir la opción del canal del Horns Rev y la del pasillo del banco de minas, evitando de paso la posibilidad de verse envueltas en choques accidentales con la Gran Flota en medio de la oscuridad. La Flota de Alta Mar seguía en aquellos momentos un rumbo exactamente convergente, con los destructores de Jellicoe a la cola.

A continuación tuvieron lugar diversas acciones confusas cuando la Flota de Alta Mar chocó con las flotillas de destructores. A diferencia de los alemanes, los ingleses carecían de reflectores provistos de paneles adecuados para concentrar

la luz, no tenían bengalas y su conocimiento de las técnicas necesarias para hacer señales de identificación nocturna era muy deficiente. Recelosas de aquellas sombras negras que avanzaban hacia ellas, pero temerosas al mismo tiempo de abrir fuego por error contra sus propios dreadnoughts, las fuerzas ligeras británicas se convirtieron en presa fácil para los alemanes que, por el contrario, estaban bien adiestrados en el combate nocturno. Esos enfrentamientos tuvieron lugar hacia las 21:40. No fue posible llevar a cabo una acción coordinada. Pero lo peor fue que nadie le dijo a Jellicoe, situado unas cinco millas más adelante, lo que estaba pasando.

Se produjo un incidente típico cuando la 4.ª Flotilla se encontró con una línea de dreadnoughts alemanes encabezados por el *Westfalen* hacia las 23.15. En la oscuridad los británicos les dieron el alto, momento que los alemanes aprovecharon para encender los reflectores y deslumbrarlos, mientras las torretas de 280 mm y las baterías secundarias de 150 mm abrían fuego.

> Estaban tan cerca que recuerdo que me pareció que los cañones disparaban desde una altura considerable por encima de nuestras cabezas. Más o menos en ese mismo instante el *Tipperary* sufrió una violenta sacudida debido al impacto de las bombas. Luego me contaron que la primera andanada dio en el puente y debió de acabar con el capitán y con todos los que estaban allí. Disparé los cañones de popa en cuanto el enemigo abrió fuego contra nosotros. Fijar el blanco de manera adecuada estaba fuera de lugar, pero agazapándome detrás de la pantalla de tela de mi puesto de control —me sentía mucho más seguro con aquella finísima protección contra la intemperie entre los cañones enemigos y yo— grité a los artilleros que dispararan. No creo que me oyeran, pero abrieron fuego inmediatamente. Durante este tiempo fueron disparados nuestros tubos lanzatorpedos de estribor, pero, al hallarse tan cerca el enemigo, creo que el descenso que suele acompañar a los torpedos cuando entran en el agua hizo que pasaran por debajo de los barcos enemigos. La segunda andanada del enemigo nos dio y voló uno de nuestros principales conductos de vapor, y la parte posterior del buque quedó envuelta en una nube de vapor a través de la cual no podía verse nada.[16]
>
> Subteniente Newton William-Powlett, buque *Tipperary*,
> 4.ª Flotilla de la Marina de Su Majestad.

Visto desde otro buque de la flotilla, el *Spitfire*, el espectáculo era terrible.

> Nos acercamos al *Tipperary*, que en aquellos momentos era un amasijo de hierros ardiendo y ofrecía una imagen tristísima. Desde lejos el puente, la cabina del timón y la sala de mapas formaban una verdadera cortina de fuego, como si fuera un edificio en llamas, y tan brillante era la luz por aquella parte, que parecía anular la visión del resto de la nave y del mar que la rodeaba, excepto la del sector más próximo a ella, que estaba claramente iluminado y en el que se reflejaban las llamas.[17]
>
> Teniente Athelstan Bush, buque *Spitfire*,
> 4.ª Flotilla de la Marina de Su Majestad.

Una y otra vez los oficiales británicos veían a sus enemigos y disponían de una breve oportunidad de lanzar ataques concentrados con torpedos, en teoría mortales, pero a sus convicciones les faltaba el coraje para llevar a cabo una acción lo suficientemente audaz, pues pretendían confirmar que las sombras negras que se deslizaban ante ellos eran en efecto dreadnoughts alemanes. Y mientras aguardaban esa confirmación, se les escapaba la ocasión. En un último ataque la 12.ª Flotilla logró dar directamente en el blanco y hundió al *Pommern*, un acorazado predreadnought, cuya santabárbara voló por los aires causando la muerte de sus 844 tripulantes. Pero el resto de la Flota de Alta Mar logró pasar sin sufrir ulteriores daños.

Al mismo tiempo los maltrechos cruceros de batalla alemanes lograban regatear a las columnas de dreadnoughts británicos. En varias ocasiones fueron avistados por los oficiales ingleses, pero, parafraseando las inspiradas palabras del capitán James Fergusson, al mando del *Thunderer*, «se consideró desaconsejable mostrar la flota de batalla, a menos que se pretendiera llevar a cabo un ataque a todas luces».[18] Y de ese modo, a pesar de tenerlo claramente a la vista, dejó escapar al *Moltke*, que había salido muy malparado, y permitió que pudiera seguir librando otras batallas. El *Seydlitz* fue otro beneficiario de esta increíble laxitud.

En estas circunstancias el vigía de popa informó: «Varios buques grandes, con las luces apagadas, acercándose a popa». Nuestras gafas de visión nocturna nos permitieron distinguir cuatro buques enormes, ingleses, a una distancia de apenas 2.000 metros. ¡A toda marcha! Debían de habernos visto y por lo tanto abrirían fuego en cualquier momento. ¿Debíamos intentar embestirles? ¡Pero seguían apuntándonos con los cañones de proa y de popa! Nuestro barco había sufrido demasiados daños para atacar, y di las siguientes órdenes: «¡Todo a estribor! ¡Avante a toda máquina! ¡Sala de máquinas produzca la mayor cantidad de humo posible! ¡Hagan la señal inglesa de reconocimiento!». Un suboficial hizo con las luces esta última señal, «J», y el buque que iba a la cabeza respondió de inmediato: «O». Fue el único destello que dejaron ver, pues llevaban todas las luces del barco apagadas. En un minuto lanzamos tanto humo que desaparecieron de la vista.[19]

Capitán Moritz von Egidy, buque *Seydlitz*,
1.er Grupo de Exploración de la Marina Imperial.

Desmintiendo sus orgullosos nombres, ninguno de los dreadnoughts británicos se atrevió a abrir fuego. Solo el *Lutzow* se fue a pique e, incluso así, fue derrotado tanto por el mar como por sus adversarios. Había sufrido unos daños tan graves que no tenía esperanzas de llegar a puerto y acabaron dándole barreno aproximadamente a las 01.45 del 1 de junio. Más o menos a esa misma hora el crucero ligero *Wiesbaden*, que también había quedado muy maltrecho, acabó por hundirse bajo las olas.

Del interior del barco venía un terrible gorgoteo y nos dimos cuenta de que nos habíamos escorado un poco más a estribor. Comprendimos que íbamos a morir como muere un marinero. A partir de ese momento las cosas sucedieron con tanta rapidez como un relámpago. El barco siguió inclinándose a estribor, hundiéndose cada vez más. Fui corriendo al alcázar, deshice el amarre de una balsa salvavidas, subí a bordo y me lancé al agua por la banda de estribor. De rodillas me puse a remar desesperadamente hacia atrás con las manos, para evitar el efecto de succión que produciría el barco al hundirse. Todo estaba en silencio. Los compañeros que estaban en el puente saltaron hacia la parte de popa y nadaron hacia mi balsa. Vimos cómo nuestros compañeros heridos, que se habían quedado dormidos debido al agotamiento y yacían sobre cubierta, se deslizaban por el barco y caían al agua. Nuestro barco, el *Wiesbaden*, se hundió ante nuestros propios ojos. Hasta el último momento vimos sus mástiles asomar por encima de la superficie del agua y nuestra bandera de batalla, que salió volando de la antena de mesana, se hundió lentamente entre las olas. Miramos a nuestro alrededor. Flotábamos entre cadáveres de compañeros, en medio de peces muertos, hamacas y chalecos salvavidas. Nadie habría sabido decir adón-

de iba a llevarnos aquel viaje. No teníamos más remedio que ponernos en manos de nuestro destino. Pedí a Dios que no durara mucho. Me había abandonado toda sensación de seguridad. Mientras se tiene un barco bajo los pies, se tienen esperanzas; pero cuando uno anda dando vueltas en una balsa, el frío va subiendo lentamente desde la punta del pie y las piernas se van poniendo rígidas.[20]

Fogonero Hugo Zenne, buque *Wiesbaden*,
2.º Grupo de Exploración de la Marina Imperial.

Uno a uno sus compañeros fueron perdiendo la batalla frente al frío glacial y fueron cayendo al agua. Zenne fue recogido por un vapor noruego unas treinta y ocho horas después. Fue el único superviviente de la gallarda tripulación del *Wiesbaden*.

Pues bien, ¿qué fue lo que hizo que Jellicoe no reaccionara ante los indicios de que detrás de él estaban librándose combates? Da la impresión de que, ante la total ausencia de mensajes por radio en sentido contrario, pensó que se trataba simplemente de meras escaramuzas entre las fuerzas ligeras británicas y alemanas. En este sentido Jellicoe fue, sin duda, culpable de un error de juicio, y habría debido esforzarse más en intentar aclarar lo que estaba ocurriendo. Pero al mismo tiempo eso supone pasar por alto el extenuante agotamiento de combate y la enorme tensión a la que se hallaba sometido (y el simple beneficio de la seguridad que da analizar las cosas en retrospectiva). Por si fuera poco tenemos la intercepción en Londres por parte de la Sala 40 de varios de los mensajes por radio de Scheer. A Jellicoe se los enviaron en forma resumida: «Flota de batalla alemana recibe orden de volver a puerto a las 9.14 pm. Cruceros de batalla atrás. Rumbo sur-sureste ¾ este. Velocidad 16 nudos». El informe indicaba claramente que Scheer tenía la intención de tomar la ruta del Horns Rev, pero cuando se lo pasaron a Jellicoe a las 23.15 no lo creyó. Al fin y al cabo, ¿acaso no le habían dicho también que la Flota de Alta Mar ni siquiera había zarpado? Por si fuera poco, al

intercalar la noticia de los mensajes por radio en un sucinto informe general de la situación, el Almirantazgo ocultó sin darse cuenta a Jellicoe un dato tan fundamental como el mensaje de Scheer ordenando que se realizaran vuelos de reconocimiento y cobertura sobre Horns Rev. Fue así como la Gran Flota siguió adelante, preparándose para un nuevo combate al amanecer; un combate que no se produciría nunca.

Cuando amaneció Scheer navegaba tranquilamente de vuelta a Wilhelmshaven, donde llegó a primera hora de la tarde del 1 de junio. Para mayor decepción de los hombres de la Gran Flota, el amanecer trajo solo la constatación de que la Flota de Alta Mar se había librado de las represalias. Poco podían hacer aparte de enterrar a los muertos.

> El buque redujo la marcha y se celebró un entierro de los pobres restos irreconocibles que quedaron de los hombres después de la explosión. Previamente me habían pedido que intentara identificar a Young y Cotton, pero fue imposible. Fue una escena muy lúgubre. El cielo plomizo, el mar plomizo, los cois cosidos, el capellán con su toga ondeando al viento. Los cornetas de la Marina tocaron «The Last Post» y nuestros camaradas se hundieron en las aguas plomizas.[21]
>
> Teniente médico Duncan Lorimer, buque *Malaya*,
> 5.ª Escuadra de Batalla de la Marina de Su Majestad.

Los barcos ingleses emprendieron dolorosamente el regreso a sus puertos.

¿Pero quién había ganado la batalla? Los alemanes volvieron primero a puerto y reclamaron la victoria con notable energía, exagerando el número de barcos que habían logrado hundir y ocultando algunas de sus pérdidas. En realidad hundieron 3 cruceros de batalla ingleses, 3 cruceros acorazados y ocho destructores, mientras que los británicos habían destruido un solo crucero de batalla alemán, un acorazado predreadnought, 4 cruceros ligeros y 5 destructores. En la Gran Flota la sensación que predominaba era la de decepción por no haber podido acabar con la Flota de Alta Mar. Pero el 2 de

junio de 1916 seguía contando con veinticuatro dreadnoughts y cruceros de batalla listos para entrar en acción, frente a los diez de los que disponía Scheer. Además, los alemanes no vieron satisfecha su ambición de acabar con una parte significativa de la Gran Flota, ya fuera haciéndola caer en una trampa de los U-Boote o bien en combate. Las pérdidas británicas, aunque costaran la vida a 6.094 hombres, fueron fácilmente reemplazadas tras la consiguiente reparación de los barcos, y además estaba a punto de acabar la fabricación de nuevos buques todavía más poderosos. Jellicoe no había conseguido aniquilar a la Flota de Alta Mar, pero esta había sido siempre una consideración secundaria para aquel hombre extraordinariamente práctico. Su prioridad había sido mantener la supremacía de la Marina Real en todo el globo; algo que no estaba dispuesto a arriesgar, ni siquiera ante la eventualidad de alcanzar la gloria. Jellicoe era ante todo y sobre todo un hombre pragmático. Su éxito en Jutlandia se basó en eso: el *statu quo* continuaría y para Alemania eso suponía una derrota estratégica.

12

Mesopotamia, 1914-1918

Se creía que no era más que un asunto secundario y «un hijo de nadie».[1]

Teniente general George Gorringe,
cuartel general, Cuerpo del Tigris.

Los orígenes de la campaña de Mesopotamia se sitúan en el mar, tras la adopción por parte de la Marina Real de turbinas alimentadas con petróleo para la nueva generación de buques de guerra que salían de los astilleros. Buena parte del suministro de petróleo de Inglaterra procedía de los pozos que habían empezado a ser explotados recientemente en Ahwaz, en la provincia de Arabistán, en Persia. El oleoducto corría paralelo al río Karún hasta el Shatt al-Arab y las refinerías de la isla de Abadán. Mesopotamia, bajo el control de los turcos, era la llanura de aluvión formada por el curso serpenteante de los grandes ríos Éufrates y Tigris que desembocan en el Golfo Pérsico y que se unen antes de pasar por la ciudad de Basora, situada en el extremo del estuario del Shatt al-Arab, a unos 110 kilómetros del mar. La importancia de un suministro ininterrumpido de petróleo para los británicos comportaba que quisieran asegurarse de que no se producían disturbios en Abadán, teniendo en cuenta que las probabilidades de que Turquía entrara en la guerra se incrementaron en el otoño de 1914. De hecho, en el mes de agosto las tropas turcas ya habían sido movilizadas y habían avanzado hasta la comarca de Basora, ocupando una zona que llegaba hasta la entrada del Shatt al-Arab. La Marina Real había desplazado a la región a la balandra *Espiegle*, acompañada de un buque mercante armado, el *Dalhousie*, para que se situaran frente a Abadán como representación tangible de la preocupación de Gran Bretaña. Además, el gobierno de la India recibió la orden de

reclutar una fuerza expedicionaria y enviarla a la zona en caso de que fuera precisa una operación militar. Pero desde el primer momento surgiría no poca confusión en lo tocante a la cadena de mando.

En 1912 un acuerdo había establecido cuál era el apoyo que debía prestar la India en caso de guerra y eso significaba que debía asumir la responsabilidad de cualquier posible campaña dentro de la zona del golfo Pérsico y Mesopotamia. Oficialmente, pues, la Fuerza Expedicionaria India (IEF por sus siglas en inglés) «D» debía ser reclutada y comandada por el gobierno indio, en manos de los ingleses y con base en Delhi.[2] Sin embargo, no cabe duda de que el gobierno británico de Londres seguía teniendo no solo un interés paternalista en intervenir directamente en la gestión de las operaciones, sino también un clarísimo deseo de hacerlo. Puede que eso no importara mucho, pero, desde el primer momento, los dos gobiernos tuvieron unos planteamientos estratégicos radicalmente distintos: Londres estaba enzarzada en una guerra continental en Europa y tenía los ojos puestos en la amenaza que suponía Turquía para el canal de Suez y Egipto. De ahí que pretendiera organizar en Mesopotamia una campaña esencialmente defensiva, diseñada para asegurar los campos petrolíferos y no mucho más. En cambio, aunque al principio se mostrara reacio a hacer nada debido a los compromisos adquiridos en otras partes y a la continua amenaza existente en su frontera del noroeste, el gobierno de Delhi no tardó en concebir una campaña a gran escala, destinada a poner bajo el control de los ingleses no solo Abadán, no solo la ciudad de Basora, sino toda Mesopotamia hasta la altura de Bagdad. El ejército indio había pasado por un prolongado período de austeridad debido a la aparente reducción de la amenaza proveniente de Rusia, y las principales expectativas eran desplegarlo solo internamente en la frontera noroccidental. Por consiguiente se había presta-

do muy poca atención a sus nuevas obligaciones imperiales en el exterior, lo que significaba que no estaba bien equipado de artillería, medios de transporte, servicios médicos o cualquiera de los demás requisitos de la guerra moderna.

El primer contingente de tropas en ser enviado a Mesopotamia fue la 16.ª Brigada india reforzada, compuesta de batallones regulares británicos e indios. Este contingente abandonó la India el 16 de octubre de 1914 y se encargó de realizar labores de vigilancia en el Golfo frente a la isla de Bahrain, permaneciendo a la espera de los acontecimientos. Al día siguiente de que los turcos declararan la guerra el 5 de noviembre, la 16.ª Brigada india intervino en su primera acción, conquistando el fuerte de Fao y la estación telegráfica situada cerca de la entrada del Shatt al-Arab. El 7 de noviembre las tropas remontaron el río hasta más arriba de Abadán y desembarcaron en Sanniyat, donde acamparon a la espera de que llegara el teniente general sir Arthur Barrett y el resto de la IEF «D», compuesta en gran medida por elementos de la 6.ª División india. Un débil contraataque de la 38.ª División turca fue repelido sin dificultad y luego tuvieron lugar diversas acciones menores que culminaron con la toma de Basora el 21 de noviembre de 1914. La campaña habría podido acabar ahí; o mejor dicho, la campaña habría *debido* acabar ahí. Los objetivos primordiales de asegurar los campos petrolíferos y los oleoductos provenientes de Persia se habían conseguido.

Basora no resultó una base ideal, pues, aunque era un pequeño puerto, carecía de muchos de los complementos básicos modernos de cualquier fondeadero. El suministro de agua provenía directamente del río, las instalaciones sanitarias eran muy primitivas y estaban dominadas por la subida y la bajada de las mareas y un laberinto de riachuelos que se extendía por el interior del país a través de una llanura de aluvión que en realidad se inundaba a diario. Peor aún, toda la zona se con-

vertía en un pantano entre marzo y octubre, dejando a Basora convertida de hecho en una isla. En cualquier estación, los viajes por tierra resultaban siempre sumamente dificultosos, los caminos transitables eran escasos y el ferrocarril inexistente. Cuando la Marina Real continuó sus exploraciones río arriba, quedó patente que las fuerzas turcas se habían replegado casi cien kilómetros hasta Qurna, situada en la antigua confluencia del Tigris y el Éufrates. Barrett decidió que para consolidar su posición en Basora debía establecer una avanzadilla defensiva en Qurna. Aquella acabaría convirtiéndose en una operación de enorme trascendencia. Las tropas de Barrett desembarcaron en la margen derecha del río, pero entonces surgió el problema monumental de cruzar el Tigris en plena crecida, tan ancho como el Támesis a su paso por Londres. En la mejor tradición de la revista para niños y adolescentes *The Boy's Own Magazine*, las balandras de la Marina Real se abrieron paso a la fuerza a través de la ciudad, desde donde podían ofrecer un apoyo de artillería, mientras que dos batallones indios lograron cruzar el río un poco más arriba el 8 de diciembre. Los turcos quedaron así aislados y el 9 de diciembre tuvieron que rendirse. Hasta ese momento todas las operaciones habían sido un éxito y una vez más se había comprobado que la resistencia turca era insignificante. ¿Podría ahora la IEF «D» dormirse en los laureles que tan bien se había ganado?

Pero lord Hardinge, el virrey de Delhi, y el cuartel general del ejército de la India con base en Simla eran cada vez más ambiciosos. Con una oposición tan débil por parte de los turcos, ¿no podría acaso conseguirse más, quizá incluso la conquista de Bagdad? No podemos negar que eso habría asegurado Abadán más allá de cualquier duda, ¿pero era realmente necesario? Además, no se prestaba mucha atención a los medios que requería una política de «defensa adelantada» como

aquella. ¿Le sobraban realmente al gobierno de la India tropas para hacer frente a las fuerzas que pudieran lanzar contra ellas los turcos en unas operaciones tan formidables? Además, ¿cómo se suponía que iba a poder moverse un ejército en una zona carente de vías de comunicación, a excepción de las grandes vías fluviales del Tigris y el Éufrates?

Mientras tanto, las tropas británicas e indias se acostumbraban a los placeres del servicio en Mesopotamia. Qurna tenía fama de ser el lugar donde se había erguido en otro tiempo el Jardín del Edén, pero las condiciones se habían deteriorado bastante desde aquellos días felices. Calurosa durante el día, a menudo fría por la noche, con unos vientos persistentes sumamente fastidiosos que tan pronto levantaban asfixiantes nubes de polvo como inundaban de agua la llanura de aluvión, estaba dividida por canales y profundas vías acuáticas salpicadas de pantanos y lagunas salobres. Cavar trincheras resultaba difícil, pues por debajo del medio metro se inundaban y había que construir parapetos encima que proporcionaran alguna protección. Había moscas por todas partes que, unidas a la mala calidad del suministro de agua y de las instalaciones sanitarias, no tardaron en provocar la molesta aparición de la disentería. Y todo esto en medio de las constantes atenciones que prodigaban los árabes de los pantanos, hostiles a todos aquellos —turcos o ingleses— que se colaran durante demasiado tiempo en su territorio. Su natural antipatía se intensificó como consecuencia de la potente mezcla que constituían la «Guerra Santa» declarada contra los británicos por los turcos y los oportunos sobornos que recibían los más venales. En consecuencia, el campamento inglés sufría cada noche las molestias del persistente ruido de disparos al azar de un conglomerado de escopetas arcaicas que en conjunto habrían podido componer una breve historia de las armas de fuego. No eran particularmente eficaces, pero resultaban muy irritantes.

Costaba además bastante trabajo juzgar la fortaleza de las fuerzas turcas y la legitimidad de las diversas amenazas que, según los rumores, se cernían sobre Qurna, Basora y los campos petrolíferos de Persia. Los ingleses empezaron a apreciar muy pronto cuánta razón tenía el viejo dicho árabe: «Dios creó el infierno, pero como no era demasiado malo, creó Mesopotamia».

Los propios británicos reforzaron la IEF «D» con la 12.ª División india, al mando del general de división sir George Gorringe. Cuando los turcos descargaron el golpe que desde hacía tanto tiempo venía anunciándose, fue repelido —no sin dificultad— en la batalla de Shaiba a través de una serie de enfrentamientos que tuvieron lugar entre el 11 y el 14 de abril de 1915 y que impidieron que una gran fuerza turca y árabe descendiera por el oeste sobre Basora a través del Éufrates.

En ese momento Barrett cayó enfermo y fue sustituido como comandante en jefe por el teniente general sir John Nixon. Nixon había recibido instrucciones del general sir Beauchamp Duff, comandante en jefe del ejército de la India, que le impuso no solo la responsabilidad de proteger los campos petrolíferos y ocupar el valiato (provincia) de Basora que se extendía casi hasta la ciudad de Kut-al-Amara, sino también la tarea mucho más trascendental de organizar el avance sobre Bagdad. Pero esta ofensiva expansionista era totalmente desconocida por las autoridades de Londres, cuyo punto de vista queda resumido en el telegrama de lord Crewe enviado el 24 de abril de 1915.

> Cualquier avance más allá del actual teatro de operaciones no será ratificado en este momento por el gobierno, y supongo que Nixon lo entiende así con toda claridad. Durante el verano debemos limitarnos a la defensa de los intereses petrolíferos en Arabistán y en el valiato de Basora. Si tras aplastar al enemigo en la dirección de Karún es posible efectuar un avance hacia Amara con vistas a establecer una avanzadilla capaz de controlar a las tribus que habitan entre esa ciudad y Karún, dando así mayor seguridad al oleoducto, estaría dispuesto a

> ratificarlo. Cualquier propuesta que implique posibles peticiones de refuerzos o una ampliación indebida será desechada. Nuestra posición actual es estratégicamente buena y no podemos permitirnos el lujo de asumir riesgos ampliándola indebidamente. En Mesopotamia debe jugarse un juego seguro.[3]
>
> Lord Crewe, secretario de Estado de la India.

Lord Crewe no se daba cuenta a todas luces de la magnitud de las instrucciones de Nixon. A partir de este momento de la campaña, el gobierno de la India arrebató de hecho la iniciativa a Londres.

Sobre el terreno el foco de atención de las operaciones fue dividido. Gorringe fue enviado a la zona el 22 de abril con su 12.ª División india para despejar el terreno alrededor de los pozos de petróleo persas y a lo largo del río Karún de cualquier amenaza turca o árabe con el fin de que pudieran reanudarse las extracciones de crudo (que habían sido interrumpidas). Al fin y al cabo aquel era el objetivo original de la campaña. Las operaciones de Gorringe fueron un éxito y el petróleo empezó a fluir de nuevo, pero mientras tanto las operaciones de la 6.ª División india, al mando del general de división Charles Townshend, adquirían un cariz más dramático. Nixon decidió ordenar a su nuevo subordinado avanzar a lo largo del Tigris unos ciento cincuenta kilómetros hasta Amara, tras obtener, aunque a regañadientes, el consentimiento primero de lord Crewe y luego de Austen Chamberlain, que lo sustituyó como secretario de Estado de la India tras la formación del gobierno de coalición el 25 de mayo.

Townshend era considerado por la mayoría —y sobre todo por él mismo— un general brillante desde el punto de vista táctico. Había estudiado historia militar a fondo y había intentado poner en práctica las máximas de su admirado Napoleón. A lo largo de su carrera había atraído mucho la atención por su valerosa defensa —finalmente coronada con el éxito— del fuerte de Chitral, en la frontera noroeste de la India, durante su asedio de 1895. Ahora se enfrentaba a una verdadera

prueba de sus aptitudes, pues, se planteara como se planteara, ningún avance desde Qurna iba a ser fácil. Toda la zona estaba inundada, y los turcos estaban cómodamente instalados en las pequeñas colinas que se erguían junto a los pantanos. Tan solo se podía avanzar en barca. Así que la 17.ª Brigada de Asalto india se vio obligada a zarpar. Se trataba de una empresa increíble que requería unos preparativos enormes.

> Se necesitaba una media de sesenta y cinco embarcaciones por batallón. Cada *bellum* [barca típica de la zona del Golfo] debía transportar diez hombres, dos a la pértiga, y ocho combatientes, con su equipo, munición de reserva, agua, dos picos, dos palas, diez metros de cuerda y material para calafatear, dos pértigas de repuesto y cuatro remos. Además, había que encontrar embarcaciones para la Compañía de Comunicaciones y para las ambulancias de campaña, así como para las secciones de ametralladoras y una batería de cañones de montaña. Estos últimos fueron montados en balsas, formadas por dos *bellum* unidos, los cañones iban protegidos por planchas de acero, y todo ello iba cubierto de un tejadillo de juncos para no llamar tanto la atención. Se decidió además que los *bellum* fueran blindados colocando dos largas franjas de revestimiento de calderas a lo largo de las barcas, de proa a popa, que sobresalían unos 75 centímetros por cada lado y casi tocaban la superficie del agua: la idea era que, si sufrían un ataque frontal, los hombres pudieran saltar al agua y, nadando detrás de la protección de esos alerones blindados, empujaran la barca hacia delante. La opinión de los «expertos» era contraria a este plan.[4]
>
> Capitán Henry Birch Reynardson,
> 1.º Batallón de Infantería Ligera Oxfordshire y de Buckinghamsire.

La opinión de los «expertos» estaba en lo cierto. El blindaje hacía que los *bellum* resultaran demasiado pesados y que con facilidad se enredaran en los cañaverales o encallaran. Para intentar reducir los enormes riesgos a los que debía hacer frente, Townshend planeó avanzar por etapas, preparando cuidadosamente un bombardeo coordinado de la artillería naval y la de tierra de las avanzadillas turcas antes de lanzar su asalto el 31 de mayo de 1915.

> Nunca hasta entonces habíamos visto un bombardeo en Mesopotamia, y ahora que teníamos cerca de cuarenta cañones desde 127 mm hasta 5 kilogramos en plena faena, quedamos asombrados. La colina Norfolk y la del Cañón desaparecieron en medio de una espesa nube de humo y de polvo, que iba a la deriva como una mancha sucia por la claridad azul del cielo. El bombardeo

continuó durante media hora, luego abandonó la colina Norfolk y se concentró en la colina Torre y en la Cañón, mientras que la batería de montaña se encargaba de la Norfolk y la cubría de metralla, al tiempo que las barcas emprendían su lentísimo avance. Tras el bombardeo sufrido por la colina Norfolk, parecía que no habría podido quedar nada con vida, pero cuando las barcas del batallón de infantería ligera de Oxfordshire se aproximaron, quedó patente que de un modo u otro buena parte de la guarnición seguía en su puesto. Una línea de borlas grises surgió a lo largo de toda la posición, y las barcas fueron objeto de un fuego graneado de fusil; al mismo tiempo comenzaban a disparar los cañones del enemigo —haciéndolo de forma muy irregular— desde el talud de la orilla del río. La colina Norfolk fue pasada a golpe de bayoneta poco después de las siete en punto, a costa de un oficial muerto y cinco soldados heridos, unas pérdidas sorprendentemente leves teniendo en cuenta que la compañía afectada fue sometida a fuego de fusilería a una distancia de apenas 100 metros mientras los soldados desembarcaban y subían hasta las trincheras. Estas, bien situadas y provistas de cubierta superior en algunos puntos, estaban simplemente llenas de muertos y heridos.[5]

Capitán Henry Birch Reynardson,
1.º Batallón de Infantería Ligera de Oxfordshire y de Buckinghamshire.

Abrumadas por el bombardeo, las avanzadillas turcas fueron derrotadas. A la mañana siguiente un vuelo de reconocimiento descubrió que los turcos habían salido huyendo. Lo que ocurrió a continuación fue simplemente asombroso. Con una brigada embarcada a toda prisa en unos vapores de ruedas, y Townshend y su estado mayor a bordo de la *Espiegle*, acompañada de otras dos balandras, la *Clio* y la *Odin*, los ingleses remontaron el Tigris en persecución de los turcos. Kilómetro tras kilómetro, aquel convoy improvisado fue subiendo por aquel río desconocido, que iba estrechándose cada vez más, soslayando los obstáculos y arriesgándose a chocar con alguna mina o a ser víctima de alguna emboscada mortal. Los turcos tal vez habrían podido o debido hacer algo más que castigar su osadía, pero Townshend no les dio tiempo a pensar. Los acosó sin piedad. Incluso cuando las balandras se quedaron sin agua bajo su casco, se limitó a trasladar a su sé-

quito a las cañoneras y las lanchas de poco calado para continuar la persecución con apenas cien hombres. Solo un descaro colosal como el suyo pudo ayudarlos a pasar el trance.

> Mi primera idea fue esperar hasta que llegara en barco mi brigada de vanguardia, pues había la probabilidad de que las tropas turcas de Amara defendieran la ciudad. En realidad estaba seguro de que iban a luchar, y de que sería ridículo intentar tomar la plaza con el remolcador armado *Shaitan*, provisto de un cañón de 1,5 kg y tripulado por unos diez hombres, y con el *Comet*, un pequeño vapor de ruedas, armado con un cañón de 6 kg y tripulado por unos quince marineros y soldados británicos encargados de hacer las veces de marines. El capitán Nunn estaba deseoso de que me pusiera en marcha y me arriesgara, como suele ser habitual en los marinos. Pero yo dije enfáticamente: «No. No voy a cometer ninguna locura. Debo reunir unas cuantas tropas antes de atacar, pues seguro que habrá una defensa». Pero, tras esperar cerca de una hora, dije a Nunn que al final había decidido ponerme en marcha y arriesgarme. Le dije que enviara al *Shaitan* unos tres kilómetros por delante como guardia adelantada; y lo seguimos con el *Comet*, el *Shaitan* y el *Lewis Pelly*, remolcadores armados, y 3 cañones de 120 mm en barcas arrastradas por caballos. A la 1.30 pm estaba ante la aduana de Amara, donde el oficial turco que había ocupado el mando durante la batalla de Qurna, Halim Bey, el gobernador de Amara, Aziz Bey, tres o cuatro coroneles y unos treinta o cuarenta oficiales subieron a bordo para ofrecer la rendición. Todo un batallón de los *pompiers* turcos de Constantinopla mandó recado avisando de que estaban dispuestos a rendirse en su cuartel, así que dije a Nunn que enviara a uno de sus oficiales de marina. Nunn envió a un teniente junto con el timonel del barco y un soldado inglés del regimiento de Dorsetshire, que creo que hacía las veces de marine. Los tres recibieron la rendición del batallón y lo trajeron desfilando hasta el muelle. Los hicieron subir a bordo de una de las grandes barcazas de hierro allí amarradas, pues quería tenerlos en la barcaza y anclados en medio del río a tiro de nuestros cañones. Hay que tener presente que llevaba conmigo solo unos veinticinco marineros y soldados ingleses. Para guardar las apariencias, monté una escenita con el gobernador, que dijo que no tenía provisiones disponibles. Yo, por mi parte, hablé de los 15.000 soldados que me seguían los talones con una flota de barcos.[6]
>
> General de división sir Charles Townshend, cuartel general,
> 6.ª División de la India.

Antes de que los turcos se dieran cuenta de lo que estaba pasando, era demasiado tarde. La infantería de refuerzo llegó justo a tiempo para consolidar las ganancias la mañana del 4 de junio.

Durante la siguiente fase de aquellas operaciones prolongadas indefinidamente, Nixon envió a Gorringe con la 12.ª División india a abrirse paso por los intrincados canales del Éufrates con el fin de asegurar la ciudad de Nasiriya. Tras sufrir una serie de dificultades logísticas increíbles y tener que hacer frente a algunos duros combates, el 24 de julio de 1915 lograron expulsar a los turcos de sus posiciones. Conquistadas Amara en el Tigris y Nasiriya en el Éufrates, casi todo el valiato de Basora quedaba ya asegurado muy por detrás de las líneas, los campos petrolíferos de Arabistán volvían a estar en funcionamiento y las cosas marchaban bien. Pero Nixon todavía no estaba satisfecho, y esta vez fijó su objetivo en la concentración de fuerzas turcas reunidas en la ciudad de Kut-al-Amara, a unos 200 kilómetros de Amara, en la confluencia del Tigris y el canal del Shatt-al-Hai, que conducía al Éufrates. Se desplegaron los mismos argumentos: si se conquistaba Kut, las cosas irían bien, el valiato de Basora estaría a salvo y los campos petrolíferos quedarían seguros. Todo esto, sin embargo, era absurdo, pues un avance sobre Kut lo único que habría conseguido sería alargar lo que en aquellos momentos era ya una línea de comunicaciones demasiado extensa. Kut solo tenía alguna significación si se utilizaba para lanzar un ataque Tigris arriba contra Bagdad: ese, en realidad, era el objetivo de Nixon, en neto contrataste con las inclinaciones mucho más pragmáticas de Austen Chamberlain.

Los turcos estaban construyendo posiciones defensivas en ambas orillas del Tigris unos diez kilómetros al sur de Kut y Townshend tuvo que hacer frente a una difícil tarea. Las deficiencias del transporte fluvial estaban teniendo un efecto terrible sobre toda la cadena de aprovisionamientos y de refuerzos, que llegaba hasta Basora, donde a su vez seguía reinando el caos. Los problemas eran obvios, pero inabordables. El principal problema era el Tigris. Plagado de fuertes corrientes

y sinuoso como un sacacorchos, el río solo era navegable por un estrecho canal, aunque tenía más de 150 metros de anchura. Townshend pidió más tropas, más municiones y más medios de transporte. La respuesta de Nixon fue clarísima: le habían advertido que «no estirara más el brazo que la manga».[7]

Poco a poco las tropas de la 6.ª División india avanzaron remontando el Tigris, algunas en barcas lanzaderas, pero muchas tuvieron que hacer marchas de más kilómetros de lo aconsejable por un terreno inhóspito bajo un sol abrasador. Tras concentrarse en Sheikh Sa'ad, llevaron a cabo un simulacro de ataque contra las principales defensas turcas en la línea de trincheras de Es Sinn, en la margen izquierda del río, antes de lanzar el asalto sobre la margen derecha el 28 de septiembre de 1915. El asalto fue planeado cuidadosamente por Townshend con su estilo característico, aprovechando el amparo de la noche para trasladar a sus tropas de un lado a otro del río a través de un puente de barcazas, y luego lanzar una compleja combinación de ataques de ajuste y por los flancos. Las cosas no salieron exactamente según lo previsto, pero, tras una dura lucha, los turcos se replegaron más allá de Kut. Pero esta vez se retiraron relativamente en orden, de modo que los barcos ingleses no pudieron continuar cargando por el río, debido al empeoramiento de las condiciones de navegación por el Tigris. Al final, Townshend entró en Kut el 29 de septiembre de 1915.

Nixon no tenía intención de detenerse ahí, pues la idea de conquistar Bagdad lo obsesionaba. Townshend recibió la orden de perseguir a los turcos. Él, sin embargo, tenía unas ideas distintas, como confió a su diario el día 3 de octubre.

> El comandante en jefe del ejército no parece darse cuenta de la debilidad y del peligro de su línea de comunicaciones. Estamos a unos 600 kilómetros del mar y en el país solo tenemos dos divisiones bastante débiles, incluida la mía.

> Mi división es la que se encarga de los combates y la de Gorringe guarda la línea de comunicaciones desde Kut hasta el mar. Por lo tanto no hay forma de que me presten apoyo si llegan a ponerme en jaque.[8]
>
> General de división sir Charles Townshend, cuartel general, 6.ª División de la India.

A Chamberlain le preocupaban también que se llevaran a cabo nuevos avances hacia Bagdad, pero Nixon simplemente no hizo caso de sus objeciones. La confusión entre Londres y Delhi llegó a su punto culminante. Disgustado por la peligrosa situación de Galípoli y ansioso por alcanzar algún triunfo sobre los turcos, el Departamento de Guerra de Londres se encargó de asegurarse de que en Mesopotamia hubiera tropas y medios de transporte por el río suficientes para que la conquista de Bagdad resultara factible. El 23 de octubre se concedió permiso para efectuar un nuevo avance. Townshend seguía poco convencido.

> Yo estaba decidido a llevar a cabo la operación si se podía hacer, y tenía el plan y la obligación de cumplir las órdenes de mi superior como mejor pudiera, aunque esas órdenes iban en contra de mi mejor criterio. Personalmente no me cabía la menor duda de la extrema gravedad de los resultados de este avance, una ofensiva emprendida con fuerzas insuficientes, y no solo eso, sino una ofensiva emprendida en un escenario secundario de la guerra, en el que nuestra estrategia habría debido ser permanecer a la defensiva con un mínimo de fuerzas suficientes para ese fin. Todas mis reflexiones me hablaban de desastre.[9]
>
> General de división sir Charles Townshend, cuartel general, 6.ª División de la India.

Townshend pensaba que cualquier ulterior avance era una imprudencia si no había por lo menos dos divisiones que efectuaran el avance y una tercera que guardara las líneas de comunicación. Era además consciente de las dificultades cada vez mayores que para la navegación de las flotillas representaban los bajíos del Tigris más arriba de Kut. Pero nadie le hacía caso y no tuvo más remedio que obedecer las órdenes recibidas.

Las siguientes posiciones defensivas de los turcos se hallaban situadas cerca del Arco de Ctesifonte, restos de un magnífico palacio que databa de los días de gloria de la civilización parta. En la batalla de Ctesifonte, librada el 22 de noviembre, Townshend se enfrentó a un número de tropas turcas bien atrincheradas a uno y otro lado del Tigris aproximadamente igual al de las suyas. Una vez más decidió atacar en la margen derecha del río, intentando inmovilizar a los turcos con un ataque frontal, mientras que el flanco de su columna maniobraba a su alrededor. Pero las cosas no salieron según lo previsto: los turcos aguantaron; incluso cuando su primera línea de trincheras fue rebasada, resistieron con firmeza en la segunda. Fue una verdadera batalla de soldados, sin sofisticaciones tácticas, en la que ambos bandos lanzaron ataques frontales a través de la llanura abierta del desierto y sufrieron numerosas bajas. Los combates se prolongaron durante dos días, y luego los turcos se retiraron de forma repentina. Pero esta vez los ingleses ni siquiera se plantearon su persecución. Las fuerzas de Townshend habían sufrido unas 4.600 bajas y sus hombres ya no podían más. La de Ctesifonte fue una verdadera victoria pírrica. Townshend había ganado la batalla, pero de paso había acabado con la capacidad de lucha de la 6.ª División india. Carecía de reservas; el avance era imposible, pero sus hombres no podían permanecer plantados a campo abierto en pleno desierto. La única opción era la retirada.

Una vez que se confirmó que los turcos no habían huido a la desbandada y que no se habían retirado muy lejos, Townshend ordenó que el repliegue se iniciara el 25 de noviembre por la noche. La retirada fue difícil en extremo. Sus tropas agotadas tenían ante sí una larga marcha bajo un sol abrasador, y los barcos que las acompañaban encallaban constantemente. De vez en cuando las columnas inglesas eran tirotea-

das por los árabes. Y detrás de ellas, no demasiado lejos, estaban los turcos; una vez que estos se percataron de que los británicos se retiraban, se lanzaron en su persecución.

El carácter totalmente inadecuado de los medios de transporte se puso de manifiesto en la evacuación de los heridos. Aquello fue un desastre de principio a fin: todo cuanto pudiera salir mal, salió mal.

> Estaba de pie en el puente al anochecer cuando llegó el *Medjidieh*. Por lo que recuerdo, tenía un par de barcazas de acero sin protección alguna contra la lluvia. Vi que estaba absolutamente atestada de hombres, y las barcazas también. Las barcazas desatracaron, y el *Medjidieh* se puso al lado del *Varela*. Cuando estaba a unos 300 o 400 metros de la orilla dio la impresión de que llevaba un festón de cuerdas. Cuando se acercó se percibió claramente el hedor, y comprobé que lo que había tomado erróneamente por cuerdas eran verdaderas estalactitas de heces humanas secas. Los pacientes estaban tan hacinados y amontonados en el barco que no podían hacer sus necesidades naturales al borde de la embarcación. Cierto número de hombres estaban de pie o en cuclillas en el perímetro exterior del barco. Entonces vimos un montón de hombres hacinados de cualquier manera, unos provistos de mantas y otros sin ellas. Yacían en un recinto de enfermos de disentería de apenas diez metros cuadrados. En general estaban cubiertos de diarrea y de excrementos de la cabeza a los pies. Respecto al primer hombre que examiné, metí la mano en sus pantalones y pensé que tenía una hemorragia. Sus calzones estaban llenos casi hasta la cintura de una sustancia caliente y viscosa. Saqué la mano y pensé que se trataba de un coágulo de sangre. Era disentería. El hombre padecía una fractura de fémur, y tenía el muslo perforado por cinco o seis sitios. Al parecer había estado retorciéndose de un lado a otro por la cubierta del barco. Había muchos casos casi tan graves como el suyo.[10]
>
> Comandante Robert Markham Carter, Servicio Médico de la India,
> barco de vapor *Varela*.

El escándalo desencadenado por tanto sufrimiento fue tal, que luego el gobierno inglés ordenó llevar a cabo una investigación sobre las circunstancias en que se produjo.

Detrás de los heridos, llegaron por fin a Kut las tropas de Townshend, completamente exhaustas, el 3 de diciembre de 1915. Nixon decidió que Townshend se quedara y ofreciera resistencia. A partir del 7 de diciembre los turcos pusieron sitio a las líneas inglesas, situadas al otro lado del recodo del

río en el que se encontraba Kut. Por segunda vez en su vida los ojos de todo el imperio británico estaban fijos en Townshend: ¿saldría airoso también en esta ocasión, como había salido airoso en Chitral en 1895, o caería Kut? En diciembre los turcos lanzaron una serie de ataques especulativos que fueron rechazados con graves pérdidas por parte de los asaltantes, tras lo cual estos se limitaron a efectuar operaciones de asedio con la intención de rendir por hambre a los británicos. El 28 de diciembre, el grueso de las tropas turcas emprendieron la marcha y abandonaron Kut, dejando un número de fuerzas suficientes para mantener encerrado a Townshend, y avanzaron hacia el sur para ocupar posiciones defensivas frente a Sheikh Sa'ad.

Hasta ese momento, la actuación de Townshend había sido buena en la campaña de Mesopotamia de 1915, pero tanto su conducta como su criterio durante el asedio dejaron mucho que desear.

> Townshend es un soñador incapaz y un imbécil que no tiene arreglo, vanidoso como un pavo real y lleno de comparaciones con la historia militar, pero como soldado práctico vale tanto como mi abuela. ¡A veces no sabe uno si reír o llorar al ver su ineptitud! Nunca o raramente se acerca a sus hombres: nunca se acerca a la primera línea de trincheras para ver las cosas por sí mismo. Pero no es el único sinvergüenza. Hay varios otros en las alturas. Te lo digo sinceramente, aunque suene engreído por mi parte, pero puedo asegurarte que soy el mejor en esta fuerza de grandes generales y cualquier sugerencia mía se acepta de inmediato. Aunque eso no es mucho decir, porque hay aquí entre los altos mandos un buen montón de incompetentes.[11]
>
> General de División Charles Meliss, Cruz Victoria, cuartel general, 30.ª Brigada india.

Esta maravillosa cita nos recuerda al brigadier Gerard, la estupenda creación cómica de Arthur Conan Doyle, y su firme convicción de que era el mejor soldado, espadachín y jinete de toda la *Grande Armée* de Napoleón. Sin embargo, el exuberante y engreído Meliss no era, ni mucho menos, el único en criticar la conducta de Townshend durante el asedio.

Su posición táctica era alarmante, pero, al parecer, no le cabía la menor duda de que iba a recibir ayuda, como le sucediera veinte años antes en Chitral. En total, había en Kut 14.500 ingleses e indios, entre soldados y subordinados, y una población civil árabe de unas 6.000 personas, que habían recibido permiso para quedarse por motivos humanitarios y que también debían ser alimentadas. El estado mayor de Townshend cometió la estupidez de no llevar a cabo al comienzo del asedio un registro adecuado que permitiera determinar las reservas de comida que había en Kut y maximizar así el período que iban a poder resistir. Al principio hubo confianza de sobra.

> Por fortuna había gran cantidad de comida. Además de nuestra ración completa, los hombres encontraron en la aldea cientos de pollos, montones de mantequilla y harina, y cientos de toneladas de cebada tirados por todas partes. No he visto nunca a unos hombres comer así, pero prácticamente no habían tenido una comida decente desde el 21 de noviembre y además hacía un tiempo infernal. Leckie, nuestro maravilloso intendente, había encontrado dos cajas de cerveza (¿sin dueño?) en la ciudad y las había puesto a buen recaudo, es decir, en nuestro comedor. Teníamos además un poco de jerez y lo mejor fue que nos mandaron cuatro jamones que confundieron con ternera en lata: nos los comimos y «Lamentamos el error». Estábamos todos encantados y contentos con nosotros mismos y poníamos Navidad o a lo sumo los primeros días de enero como fecha en la que había de llegar de la India una gran fuerza, a la que nos uniríamos y volveríamos a obligar al enemigo a retirarse río arriba.[12]
>
> Comandante Ernest Walker, Servicio Médico de la India,
> agregado al 120.º Regimiento de Infantería de Rajputana.

El 7 de diciembre Townshend afirmaba que disponía de comida suficiente solo para sesenta días, es decir, hasta comienzos de febrero de 1916. Incomprensiblemente, decidió seguir dando a los hombres su ración completa y no pedir a Nixon socorro con urgencia.

Con Townshend acorralado en Kut, los gobiernos británico e indio unificaron por fin su respuesta a las operaciones en Mesopotamia. Se enviaron entonces unas divisiones que, de haber llegado antes, seguramente habrían permitido que con-

tinuara el avance por los pocos kilómetros que quedaban desde Ctesifonte hasta Bagdad. Todavía dolidos por la humillante evacuación final de Galípoli en enero de 1916, los ingleses deseaban ansiosamente evitar otro desastre a manos de los turcos, con la consiguiente pérdida de prestigio en todo el mundo musulmán. Empezó a formarse en Mesopotamia un nuevo Cuerpo del Tigris al mando del teniente general sir Fenton Aylmer, Cruz Victoria, aunque sus efectivos fueron igualados por las divisiones turcas procedentes de Galípoli.

Las operaciones de socorro que se organizaron a continuación guardan cierta similitud con las primeras fases de la campaña. Los británicos estaban muy seguros de sí mismos, pero seguían careciendo de suficientes medios de transporte fluvial y de una cadena de aprovisionamientos lo bastante fuerte como para mantener las operaciones a más de 300 kilómetros de la rudimentaria base establecida en Basora. Andaban también escasos de artillería adaptada a las condiciones de la guerra de trincheras. Pero sobre todo, esta vez llevaban prisa, debido a la necesidad acuciante de socorrer Kut. Había, sin embargo, una diferencia importante: muchas de las tropas turcas a las que se enfrentaban habían adquirido en los campos de batalla de Galípoli una peligrosa competencia en operaciones defensivas que resultaría muy útil en la campaña del Tigris. Por si fuera poco, disponían también de un líder competente en el oficial alemán al que se había asignado el mando, el mariscal de campo Colmar von der Goltz, que, a pesar de sus setenta y dos años, demostraría que era capaz de sumar una nueva campaña eficaz a su largo historial.

Los ataques británicos de enero y febrero de 1916 tuvieron una semejanza deprimente. Su característica básica fue la urgencia: Aylmer era consciente de los peligros que entrañaba atacar remontando el Tigris antes de estar preparado para ello, pero se vio presionado por Townshend y Nixon a actuar

precipitadamente. El resultado fue desastroso. Los turcos habían acumulado un número igual de fuerzas a las de sus adversarios a lo largo de una serie de fuertes posiciones defensivas en Sheikh Sa'ad, Sanniyat y Es Sinn. Estas capas sucesivas de trincheras camufladas dejaban un hueco de apenas dos kilómetros entre el río y los pantanos inundados de una y otra margen. Los ataques frontales por terreno abierto y llano con una preparación inadecuada de la artillería contra unos adversarios experimentados y decididos a resistir constituían la receta ideal del desastre. En la batalla de Sheikh Sa'ad del 7 de enero, la de Wadi del 13 de enero, y la definitiva batalla de Hanna del 21 de enero, las tropas inglesas e indias pasaron por un auténtico infierno. Desde el primer momento Aylmer se dio cuenta de que estaba en serias dificultades.

> Decidí continuar el avance hacia Kut, pero tengo el deber de señalar que se trata de una empresa sumamente precaria, cuya responsabilidad asumo, por supuesto, plenamente, pues considero que la situación exige un esfuerzo supremo para socorrer a Townshend.[13]
>
> Teniente general sir Fenton Aylmer, cuartel general, Cuerpo del Tigris.

No solo era la dolorosa eficacia de las tropas turcas lo que obstaculizaba el avance de Aylmer. También contribuyó a la ralentización del avance el tiempo, que azotó a sus fuerzas con una lluvia gélida. Los medios sanitarios volvieron a colapsarse y Mesopotamia se convirtió en un verdadero infierno para los heridos.

En enero, Nixon recibió una licencia por enfermedad y fue obligado a regresar a la India, pero su funesta influencia siguió pesando sobre la campaña. Su sustituto al mando de la IEF «D» fue el general sir Percy Lake, que había sido jefe del estado mayor general de la India y había intervenido a fondo en los ambiciosos planes de Nixon. Durante todas aquellas heroicas acciones la guarnición de Kut no pudo hacer ninguna contribución notable; puede que los turcos no fueran capaces de tomar la ciudad, pero los hombres de Townshend tampoco

fueron capaces de salir de ella. Dada la inminencia de las inundaciones anuales del mes de marzo, que impedirían prácticamente que se procediera con las operaciones de socorro, Aylmer, espoleado por Lake, decidió no esperar la llegada de nuevos refuerzos —la 13.ª División—, que había intervenido en las últimas etapas de la campaña de Galípoli. El 8 de marzo lanzó otro ataque frontal contra el reducto de Dujaila, que era una continuación de las posiciones de Es Sinn en la margen izquierda del Tigris. También aquella acción fue un completo desastre. Aylmer había intentado varias tácticas de diversión por los flancos, pero no era un general tan afortunado como Townshend. Incluso cuando consiguió alguna sorpresa táctica, a menudo se vio perjudicado por su insistencia en atenerse al programa fijado, lo que permitió a los turcos reagruparse. Además, la resistencia turca no fue nunca tan débil como había sido en 1915. Incluso cuando se lograba abrir brecha en algunas secciones del reducto, los turcos sabían lanzar buenos contraataques y era preciso repetir cada acción una y otra vez. Los esfuerzos británicos empezaron a ser cada vez más desesperados, pero los turcos resistieron con firmeza. No hubo nada nuevo, ninguna innovación táctica, solo trabajo duro y pocas ganancias. Y una cantidad terrible de pérdidas. A los pocos días Aylmer fue destituido y el mando se confió a George Gorringe, recién ascendido a teniente general.

Resulta absurdo que incluso cuando estaban realizándose aquellos sacrificios terribles para socorrer a la guarnición de Kut, Townshend descubriera de pronto que disponía de mucha más comida de la que había dicho al principio. Esta circunstancia viene a reflejar el carácter alarmista de los primeros cálculos, que, cuando ya era demasiado tarde, se revelaron fruto del trabajo chapucero de su estado mayor.

No se llevó a cabo un recuento exacto de todos los víveres disponibles; y tampoco fueron incautados. En nuestra aldea había, al aire libre y en cabañas, unas cuatrocientas toneladas de cebada y trigo y hasta el mes de marzo el Servicio de Abastecimientos y Trasportes no se movió; pero para entonces ya había habido dos inundaciones y se había robado mucho. Naturalmente los nuestros no se habían imaginado nunca que fuera a haber un asedio de cinco meses y esperaban siempre que el socorro llegara en una o dos semanas. Pero si hubiéramos echado a todos los árabes excepto, pongamos por caso, unos quinientos culis para que se encargaran de las excavaciones, etc., y si se hubiera recogido cuidadosamente hasta la última libra de comida y se hubieran reducido las raciones de todo el mundo a la mitad a partir del 3 de diciembre, podríamos haber aguantado seis u ocho meses, y habría habido tiempo de reunir una fuerza superior.[14]

Comandante Ernest Walker, Servicio Médico de la India,
agregado al 120.º Regimiento de Infantería de Rajputana.

Incluso cuando resultó que había más grano de lo que se creía, nadie pensó hasta que era demasiado tarde que se podían matar los caballos para aprovechar su carne, permitiendo a la guarnición resistir hasta primeros de abril. Pero cuando quisieron darse cuenta de un detalle tan tranquilizador como este, el daño ya estaba hecho y se habían lanzado de forma tan precipitada como innecesaria las operaciones de socorro de Aylmer. En realidad, durante el primer mes de asedio la salud de los hombres mejoró en general —tal era el lamentable estado en el que se encontraban cuando llegaron— y el efecto benéfico de las raciones se unió a la relativa tranquilidad del período. Pero inexorablemente las raciones fueron disminuyendo en cantidad y en calidad, y la porción de carne pasó a componerse de carne de buey, mula y caballo. Los oficiales de artillería siguieron teniendo su caballo particular hasta el último momento.

¡El pobre *Don Juan* ha saltado su último seto! Hasta ahora había conseguido alargar su indulto, pero hoy ha llegado la orden. Yo mismo recogí su última ración de hierba. Sus compañeros permanecían a su lado temblando mientras el tiro de gracia iba despachándolos a todos, uno tras otro. Pero él no. Él piafaba de vez en cuando, pero por lo demás permanecía perfectamente tranquilo. Pedí al suboficial que tuviera buen cuidado de acertar con la primera bala y que me avisara cuando hubiera acabado todo. Besé a *Don Juan* en la mejilla. «¡Adiós!»,

le dije. Se volvió para verme marchar. Poco después me trajeron su cola negra, que había pedido que me dejaran como recuerdo. Por extraño que pueda parecer, me tomé para cenar el corazón y los riñones, que se reservan para el propietario. Estoy seguro de que habría preferido que fuera yo, y no otro, el que se los comiera.[15]

Teniente Edward Mousley, 82.ª Batería, Real Artillería de Campaña.

Muchos soldados indios se negaron a comer carne de caballo por motivos religiosos y sufrieron por ello las consecuencias. Pero los que más las sufrieron fueron los habitantes árabes de Kut; estos no significaban verdaderamente nada para nadie.

Los niños árabes hacen su aparición en grupos gimiendo lastimeramente. Antes los niños de pecho solían llorar todo el día en brazos de sus madres, pero los desgraciados probablemente ya hayan perecido. La población árabe lleva muriendo a centenares y tiene un aspecto terriblemente encogido y demacrado. Los árabes continuaban esperando alrededor de la carnicería para que les dieran vejigas de caballo para usarlas como flotadores e irse río abajo. Los turcos disparan contra ellos, pues quieren que se queden aquí y que se coman nuestra comida, o bien los matan otros árabes enemigos suyos. Todas las noches bajan al río y poco después se oyen sus gritos en la oscuridad.[16]

Teniente Edward Mousley, 82.ª Batería, Real Artillería de Campaña.

A medida que las semanas fueron convirtiéndose en meses, la situación en Kut fue volviéndose cada vez más grave y hacia finales de marzo el decaimiento general era espantoso.

Hasta ese momento los hombres estaban moderadamente alegres y de buen humor. Podía verse, sin embargo, cuán profundamente decepcionados se sentían cada vez que se comprobaba que los socorros seguían sin llegar. A partir de ese momento hasta el final del asedio se produjo un rápido bajón de la resistencia, la vitalidad, la condición física y la salud en general. Cuando capituló Kut, toda la guarnición se encontraba en un estado de salud extraordinariamente malo. Durante el último mes de asedio, los hombres con servicio de fajina, como por ejemplo cavar trincheras, al cabo de diez minutos de trabajo tenían que parar a descansar un rato, y luego reemprendían la faena; los hombres que tenían turno de centinela caían desfallecidos, y los que tenían que llevar cargas se paraban a descansar cada cien metros; los hombres aprovechaban cada ocasión que se les presentaba para tumbarse o repantigarse de cualquier manera. Hubo casos de indios que regresaban del servicio de trinchera por la noche sin tener aparentemente nada de importancia, que se acostaban y a la mañana siguiente aparecían muertos. Morían de inanición por hambre. Los hombres que se encuentran en un estado de vitalidad tan bajo apenas pueden aguantar una enfermedad; un ataque de diarrea del que habrían podido librarse en un día o

dos al principio del asedio, a menudo tenía un desenlace fatal. Habían perdido cualquier capacidad de recuperación. Al final del asedio dudo que hubiera una sola persona que pudiera hacer ocho kilómetros de marcha cargado con su impedimenta.[17]

Coronel Patrick Hehir, Servicio Médico de la India.

Atrapadas en un enclave insalubre e infestado de toda clase de enfermedades, martirizado por la disentería y la diarrea, el escorbuto, la malaria y la neumonía, y con pocas instalaciones médicas a su disposición, las tropas eran incapaces de emprender cualquier acción militar seria.

Una vez que se hizo cargo de las operaciones, Gorringe se encontró apuradísimo de tiempo, como le había sucedido a Aylmer. Se vio obligado a intentar un ataque frontal en la orilla derecha del Tigris, utilizando a la 13.ª División, que acababa de llegar, para acabar primero con las trincheras de Hanna, y luego con las líneas de Fallahiyeh, Sanniyat y por último con la de Es Sinn. Gorringe elaboró sus planes minuciosamente, renunciando a un bombardeo de la artillería para asegurarse el efecto sorpresa provocado por el ataque lanzado el 5 de abril. Pero los taimados turcos le reservaban una sorpresa aún mayor. Se replegaron de las líneas de Hanna sin ofrecer resistencia, dispuestos a renunciar a unos pocos kilómetros de desierto para que la acometida que con tanta meticulosidad había sido planeada no lograra su objetivo. Fallahiyeh era una cuestión muy distinta y, aunque la 13.ª División tomó las trincheras turcas, las bajas que sufrió fueron altísimas. Gorringe envió entonces por delante a la 7.ª División india, que debía encargarse de atacar Sanniyat el 7 de abril, pero lo que se produjo fue una auténtica carnicería: las líneas de cadáveres vestidos de caqui marcaban los lugares en los que los ataques habían fracasado. El 9 de abril por la mañana volvió a tocarle a la 13.ª División, que intentó en vano lanzar un ataque al amanecer, sufriendo todavía más bajas. En medio de aquella carnicería el agua de la crecida del río obligaba a las

fuerzas contendientes a moverse en estrechas franjas de tierra, de modo que el ataque frontal se convirtió en la única táctica factible. Con poca o nula cobertura, aquello fue prácticamente un suicidio.

> Los turcos sostienen la línea con muchas ametralladoras y están muy bien equipados de bengalas. Tenemos superioridad en cañones y en hombres, pero son esas malditas ametralladoras las que hacen que un solo hombre valga lo que un batallón en este terreno llano sin la menor cobertura. ¡De no ser por esas malditas ametralladoras ya estaríamos en Kut![18]
>
> Teniente segundo Cuthbert Aston, 8.º Regimiento de Gales.

Desesperados, los ingleses trasladaron las operaciones a la margen izquierda del Tigris, con dos intentos más, el 15 y el 17 de abril, de arremeter contra las trincheras de Bait Asia frente a las líneas de Es Sinn. Pero cualquier avance que se conseguía hacer se veía frustrado de inmediato debido a los resueltos contraataques de los turcos. Gorringe regresó por tanto a la margen derecha con un último asalto de la 7.ª División india sobre Sanniyat el 22 de abril. Era la última esperanza; todo el mundo se daba cuenta de que la guarnición de Kut estaba en las últimas. Pero no sería un final de cuento de hadas; todo acabaría en otra profunda decepción para las fuerzas de socorro. El Cuerpo del Tigris ya no podía más; la belicosidad de los turcos los había conducido a un punto muerto. Durante las operaciones de socorro, las fuerzas de Aylmer y de Gorringe habían sufrido en conjunto unas 23.000 bajas, casi dos veces el número de los hombres atrapados en Kut.

Angustiados, los británicos habían intentado lanzar víveres desde el aire, siendo esta la primera vez que se intentaba un reaprovisionamiento de esta forma, pues los aviones todavía tenían una capacidad de carga muy limitada.

> La primera visita de los aeroplanos tuvo lugar trayéndonos sacos de comida que fueron lanzados desde una altura considerable y enseguida comprendimos que era el comienzo de un nuevo sistema ideado para que resistiéramos más tiempo. A primera vista parecía ridículo pensar en dar de comer a una guarnición hambrienta de las dimensiones de la nuestra con alimentos lanzados por

un puñado de aeroplanos, pero un breve cálculo del peso de los cargamentos transportados en cada viaje, etc., nos indujo a replantearnos las cosas y la gente empezó a preguntarse por qué no habían empezado a hacerlo mucho antes. Los aviones solo podían volar por la mañana temprano y al atardecer, debido al calor que sobrecalentaba los motores y el número de vuelos diarios nos parecía terriblemente decepcionante. Los turcos no tardaron en comprender lo que estaba pasando y obligaban a los aparatos a volar alto, pero utilizar un doble saco solía ser suficiente en la mayoría de los casos. Un nativo tuvo la mala suerte de ser golpeado por un saco al caer y quedó tan mal herido que murió. Unos cuantos sacos cayeron en el río y algunos tuvieron que ser localizados y recuperados después de que anocheciera, pero la cantidad de lo que nos trajeron acabó siendo suficiente para permitirnos aguantar hasta el 29 de abril.[19]

Comandante Alexander Anderson,
Batería de Artillería de Voluntarios, ejército indio.

La cantidad de la comida lanzada desde los aviones era ridícula comparada con las necesidades de la guarnición; de hecho, las misiones aéreas fueron un anuncio del futuro más que una verdadera ayuda práctica para Townshend. El desesperado intento final de enviar 270 toneladas de víveres a bordo del vapor *Julnar*, llevado a cabo el 24 de abril, acabó en un fracaso previsible y, con él, desapareció cualquier esperanza. Ya no quedaba comida en Kut.

El 24 de abril Townshend se vio obligado a plegarse ante lo inevitable. Solicitó un armisticio de seis días e inició las conversaciones en torno a los términos de la rendición. Algunas negociaciones nos parecen hoy día disparatadas, pues Townshend llegó a ofrecer a los turcos un millón de libras y a plantear un panorama en el que sus hombres se comprometían a dar su palabra y marcharse de Kut gallardamente para pasar el resto de la guerra en la India, tras prometer que no volverían a combatir nunca más en un frente turco. Todas sus peticiones fueron rechazadas de un plumazo. ¿Qué necesidad tenían los turcos de negociaciones? Lo que querían era una rendición incondicional de Townshend, y eso es lo que finalmente obtuvieron el 29 de abril de 1916.

Antes de que amaneciera llegaron más órdenes de destruir los cañones y todo lo que quedara que tuviera algún valor desde el punto de vista militar. No deseábamos que los turcos sacaran nada de nosotros y nos pusimos de buena gana manos a la obra. Con la ayuda de los cartuchos que quedaban todos los objetos de cuero, los fusiles (después de haber sido debidamente destrozados), las sillas de montar, las tiendas, los distanciómetros, telescopios, teléfonos, brújulas, papeles, etc., fueron quemados en una trinchera. Mientras tanto el Servicio de Aprovisionamientos y Transportes se encargaba de tirotear a los pocos animales que quedaban y de quemar las carretas. Por último destruimos los cañones: un trozo de nitrato de celulosa en la recámara bien atacada y cerrada y otro trozo en la boca del cañón, y no quedaba de él nada que pudiera llamarse cañón. Como nos sobraba un trozo de celulosa para el último cañón, en este pusimos una carga doble y casi toda la pieza voló por los aires y atravesó el tejado de una casa árabe situada a unos 200 o 300 metros de distancia.[20]

Comandante Alexander Anderson,
Batería de Artillería de Voluntarios, ejército indio.

Por desafiante que fuera su actitud, cuando ondeó sobre Kut la bandera blanca, anunció la humillante capitulación de unos 125.000 soldados ingleses e indios. Mientras que Townshend recibió un buen trato y la mayoría de sus oficiales fueron tratados de forma bastante razonable, los demás tuvieron que enfrentarse a un suplicio terrible. Ya se hallaban bastante debilitados, pero la atención que recibieron de los turcos fue en el mejor de los casos poco compasiva y en algunos rayana incluso en la brutalidad.

En Shumran nos unimos al resto de la guarnición, rodeados de centinelas armados en una franja de tierra desolada y completamente desnuda, cerca del Tigris. Llevábamos sin comer ni beber desde el día anterior y, como si fuéramos náufragos, nos hallábamos sin protección frente a los elementos (no había condiciones de ningún tipo para atender a nuestras necesidades más sencillas). Cuando por fin nos facilitaron los bizcochos agrios y enmohecidos que constituían el rancho de los turcos, los devoramos con gran avidez para mitigar las punzadas del hambre, pero nuestros estómagos no estaban preparados para recibir ese trato. Por fortuna a algunos, entre los que me cuento, lo único que nos provocaron fue un violento malestar, pero en no pocos casos, hubo hombres que murieron en el curso de la noche siguiente de gastroenteritis en medio de una terrible agonía. Durante los días sucesivos se produjeron muchas muertes de ese estilo y resultaba descorazonador tener que ver cómo se llevaban los cadáveres.[21]

Soldado Harold Wheeler, 1/4.º Batallón del Regimiento de Hampshire.

Las cosas empeorarían durante la larga marcha hacia Bagdad y otros destinos más alejados.

> La caminata diaria de no más de 15 o 20 kilómetros a lo largo de la senda monótona y polvorienta del desierto, parecía no tener fin, mientras nos esforzábamos por seguir andando con los labios resecos, la frente ardiendo y las piernas doloridas. Incluso cuando nos resultaba absolutamente necesario romper filas para satisfacer la llamada de la naturaleza, los kurdos a caballo adoptaban una actitud amenazadora y gritaban: «Yallah! Yallah! Imshee!» y una palabra que sonaba a algo así como «¡Huevos!», haciendo un uso indiscriminado del látigo para obligarnos a ponernos en pie. La escolta no mostraba la menor compasión con los que padecían disentería o cualquier otro achaque y se veían obligados a salirse de la fila, y, si no eran capaces de reintegrarse a la columna, los dejaban en la cuneta para que murieran o, peor aún, para que hicieran una carnicería con ellos los bandoleros árabes que rondaban por los alrededores y que les arrancaban el uniforme y la ropa. Un día, durante la marcha, vi el cuerpo de un soldado inglés completamente desnudo, al lado del camino y observé cómo un oficial turco colocaba un salacot sobre su vientre, quizá el único gesto humano que se sepa que se realizó durante aquella terrible marcha.[22]
>
> Soldado Harold, Wheeler, 1/4.º Batallón del Regimiento de Hampshire.

Fueron miles de hombres los que murieron por lo que podríamos denominar «negligencia agravada» por parte de los turcos.

Las consecuencias de tan desmesurado orgullo no podrían ser más claras que las cenizas de la campaña de Mesopotamia, tal como se vieron desde la perspectiva de mayo de 1916. La operación se había llevado a cabo con un número insuficiente de tropas y con unas disposiciones logísticas inadecuadas; había sido una campaña que no había tenido en cuenta las singulares características del terreno de la región y que se había basado en la presunción de que los turcos no eran capaces de oponer una resistencia seria. Inglaterra tuvo que hacer frente a una segunda derrota aplastante a manos del ejército turco: primero en Galípoli y ahora en Mesopotamia. Al imperio británico no le quedaba más remedio que devolver el golpe. En el Frente Occidental la batalla de Verdún se hallaba en pleno apogeo, la batalla del Somme estaba a punto de empezar, la batalla de Jutlandia había sido una decepción, y la

campaña de Salónica continuaba a trompicones, así que los ingleses tenían ya muchas cosas por las que preocuparse; pero el futuro de su imperio en la India y en Oriente Medio exigía que la difícil situación reinante en Mesopotamia mejorara lo antes posible.

Los británicos hicieron lo que habrían debido hacer desde el primer momento si hubieran pensado en serio en conquistar Bagdad: reorganizaron sus sistemas de transporte y de aprovisionamiento de arriba abajo. Se trataba de una empresa enorme, extremadamente costosa, y que requería una inversión a fondo de los escasos recursos existentes. Pero a los británicos no les quedaba otro remedio si querían restablecer su prestigio. El Departamento de Guerra asumió el control de la campaña y se lo quitó a la administración india de Dehli, más incompetente y limitada desde el punto de vista financiero. Mientras tanto, en abril de 1916, el general de división George MacMunn fue nombrado inspector general de comunicaciones. Quedó espantado al ver el panorama que se encontró en Basora.

> Cuando entramos en el fondeadero, apareció ante nuestra vista un panorama melancólico: veinte vapores cargados de suministros y pertrechos militares aguardaban a ser descargados y llevaban así desde hacía semanas, tanta falta había en Basora de muelles, de estibadores y de embarcaciones portuarias que pudieran hacerse cargo de todos los materiales que ahora llegaban por el río. El estado mayor de la India en los últimos tiempos no había estudiado los movimientos ni la logística moderna, mientras que incluso en el Departamento de Guerra la organización de los servicios costeros y fluviales solo se comprendía a medias.[23]
>
> General de división sir George MacMunn, cuartel general, IEF «D».

MacMunn trajo especialistas para revitalizar —o mejor dicho, para crear— las necesidades logísticas imprescindibles. Por eso fue enviado allí un importante ingeniero asesor, sir George Buchanan, con el cometido de organizar las instalaciones portuarias de Basora necesarias si se quería hacer de ella la base de una gran expedición como la que se pretendía.

Se ganaron tierras al mar, se aumentó la profundidad de los canales navegables y de los puertos, y se construyeron muelles y almacenes. Se trajo al Cuerpo de Trabajadores Indios para que se encargara del trabajo manual y liberara de esa incumbencia a las tropas, que de ese modo podrían ser enviadas al frente. Hicieron su aparición enormes campamentos de refuerzo y se crearon varios hospitales militares. A pesar de lo costoso que pudiera resultar, se construyó una clase especial de vapor específicamente diseñado para adaptarse a las características del Tigris: poco calado y capacidad de hacer frente a las fuertes corrientes del río. El resultado de tanto esfuerzo, los vapores P-50, empezarían a llegar a finales de 1916 y resultarían valiosísimos. A medida que fueron obligados a prestar servicio en la zona más vapores y barcazas, la cantidad de tonelaje transportado por el río aumentó de manera exponencial, mientras que de paso mejoró la evacuación de los enfermos y los heridos. Entre tanto se construyó una línea férrea que aliviara la congestión del río en los pasos más estrechos situados entre Qurna y Amara, mientras que más arriba un ferrocarril ligero ayudaba a trasladar los abastecimientos desde Sheikh Sa'ad hasta más allá de la zona de primera línea. Poco a poco se construyó una carretera de grava con puentes sobre los innumerables arroyos, que iba desde Basora hasta el frente. La situación no era ni mucho menos ideal: la línea de comunicaciones seguía siendo larguísima y susceptible de sufrir graves interrupciones, pero al menos no era la farsa que tanto había dificultado las operaciones en 1915.

Llegaron a Mesopotamia pertrechos militares de todo tipo. La situación de la artillería había mejorado radicalmente desde el estallido de la guerra y a finales de 1916 fue posible el envío de baterías de cañones y obuses, junto con una gran cantidad de municiones. Aquellos pertrechos podían contribuir a dar una respuesta devastadora ante las trincheras turcas.

Hasta Mesopotamia llegó toda la parafernalia de la guerra moderna, desde ametralladoras hasta morteros, desde materiales especiales para la construcción de puentes hasta aviones de reconocimiento y de exploración: en definitiva, todo lo que el Cuerpo del Tigris pudiera necesitar. Las cuatro divisiones que ya estaban *in situ* fueron reforzadas con unos 160.000 hombres y pasaron a denominarse en conjunto Fuerza Expedicionaria de Mesopotamia (MEF por sus siglas en inglés). Esta vez los ingleses iban en serio.

Se produjo también un cambio en el alto mando, con el nombramiento del teniente general sir Stanley Maude como sustituto del general sir Percy Lake. Maude estaba decidido a adoptar un estilo de mando de sus fuerzas más «práctico y tangible» que el que habían usado sus predecesores, y por eso trasladó su cuartel general al frente. Había recibido unas órdenes muy claras del jefe del estado mayor general imperial, el general sir William Robertson, que reafirmaban la necesidad de asegurar los campos petrolíferos, los oleoductos y la zona de Basora. Se destacaba la perspectiva de conquistar Bagdad, pero solo con la firme advertencia de que «este ulterior avance no debe emprenderse a menos que se reciba la consiguiente ratificación, y desde luego no hasta entonces».[24] Sin embargo, aunque no estaba dispuesto a ponerse en marcha hasta no estar seguro del éxito, Maude tenía la intención de alcanzar una victoria total sobre los turcos en Mesopotamia.

Durante el verano de 1916 el Cuerpo del Tigris permaneció en sus trincheras con los turcos todavía perfectamente parapetados frente a ellos. Ambos bandos permanecieron en una actitud más bien acomodaticia: los turcos se dedicaron a descansar, mientras los británicos reforzaban las divisiones que habían quedado mermadas. En otoño, las fuerzas de Maude fueron divididas en dos cuerpos: Gorringe había sido sustituido por el teniente general Alexander Cobbe como comandan-

te en jefe del I Cuerpo indio (compuesto por la 3.ª y la 7.ª División india), mientras que el III Cuerpo indio (compuesto por la 13.ª y la 14.ª División india) se hallaba al mando del teniente general sir William Marshall.

Maude realizó su primer movimiento, cuidadosamente planeado, el 13 de diciembre de 1916. Su manera de ejercer el generalato no era muy diferente de la de Townshend; la diferencia radicaba solo en que esta vez todo lo que se necesitaba para obtener el éxito estaba en su sitio, en que su avance no se vio obstaculizado por las inundaciones, y en que no se sufrieron las mismas limitaciones de tiempo que habían sufrido Aylmer y Gorringe. Utilizando un bombardeo de las líneas de Sanniyat para distraer la atención y una marcha nocturna, la caballería y la 13.ª División lograron cruzar el Shatt-al-Hai, que desemboca en el Tigris por la margen izquierda enfrente de Kut. Los turcos quedaron todavía más confusos cuando las misiones de bombardeo del Real Cuerpo Aéreo lograron acosar al vapor turco responsable del puente de barcazas a soltar las amarras y de ese modo dispersar los pontones por el Tigris. De este modo los turcos perdieron toda posibilidad de cruzar con rapidez el Tigris y, durante los siguientes días, Maude intentó seguir amenazando sus comunicaciones, obligándolos así a retirarse.

El mal tiempo provocó la suspensión de las operaciones, pero los combates se reanudaron en enero de 1917, y las fuerzas de Maude consiguieron hacer notables progresos. La moral de los turcos empezó a tambalearse cuando muchos de ellos fueron hechos prisioneros. Un factor trascendental de los éxitos británicos fue la intensidad cada vez mayor de las cortinas de fuego de su artillería, cuya potencia logró superar cualquier posible respuesta turca: la guerra mecánica moderna llegó así a Mesopotamia. Los turcos siguieron reteniendo las formidables posiciones de Sanniyat, en la margen derecha del

Tigris, pero en general las fuerzas turcas empezaban a tener dificultades. Su comandante en jefe, el general Khalil Pachá, había confiado demasiado en la capacidad de sus tropas de mantener a raya a los ingleses en el Tigris y por eso había destacado varias divisiones con el fin de llevar a cabo una serie de operaciones secundarias fallidas en Persia, dejando un número demasiado exiguo de tropas para enfrentarse a los británicos, que precisamente habían reforzado sus efectivos. El orgullo desmesurado, al parecer, no era solo un defecto de los ingleses. Maude concibió un plan para evitar tener que llevar a cabo más enfrentamientos frontales directos en las líneas de Sanniyat cruzando a la orilla oriental del Tigris en el recodo de Shumran, al norte de Kut, el 23 de febrero. Se trataba de una operación extraordinariamente arriesgada, pero Maude intentó asegurarse de que los preparativos fueran muy minuciosos: se dispusieron tres puentes de barcazas, todo el personal recibió un entrenamiento cuidadoso y se planearon diversas acciones de decepción y un ataque de diversión en Sanniyat para mantener a las reservas turcas entretenidas, y en general se guardó un secreto absoluto.

Los barcos fueron echados al agua en el recodo de Shumran a las 05.15 del 23 de febrero. Una vez que los localizaron, los turcos abrieron fuego con toda rapidez. Sin embargo, los ingleses retuvieron la cabeza de puente justo el tiempo suficiente para construir un puente de barcazas. Cuando quedó claro qué era lo que estaba pasando, los turcos evacuaron hábilmente las posiciones de Sanniyat, replegándose para no quedar aislados. Por un momento fue como en los viejos tiempos de Townshend: las cañoneras de la marina remontaron el río a toda velocidad, acosando a los turcos en retirada y hundiendo la mayor parte de sus embarcaciones. Kut cayó el 25 de febrero, mientras los turcos se retiraban hacia Bagdad. En las operaciones fueron hechos prisioneros unos 7.000 tur-

cos, y además fueron capturadas o destruidas grandes cantidades de piezas de artillería, ametralladoras, morteros, pertrechos, equipamientos de transporte, materiales para la construcción de puentes y embarcaciones fluviales. ¿Pero debía acaso Maude continuar hacia Bagdad? ¿Podría enfrentarse con sus cuatro divisiones a los refuerzos turcos que sin duda acudirían rápidamente a la zona? ¿Tenía en realidad algún sentido seguir avanzando? ¿No se habían conseguido acaso los objetivos trazados por Robertson? Se debatió mucho cuál debía ser el curso correcto de las operaciones, pero, al final, habida cuenta de la prudente actuación demostrada hasta la fecha, se impuso la convicción que tenía Maude de que los turcos habían sido derrotados en toda regla. Y de ese modo se le dio permiso para iniciar el avance hacia Bagdad.

Con independencia de la lógica que pudiera tener o no la conquista de Bagdad, militarmente resultó ser la decisión correcta. Los turcos no inundaron las llanuras que rodean Bagdad y cuando fueron superadas las defensas de la línea del río Diyala, se retiraron de la ciudad, dejando que las tropas de Maude entraran en ella el 11 de marzo de 1917. Los primeros soldados que llegaron a la gran ciudad de fábula quedaron decepcionados. Habían estado soñando con imágenes mucho más espectaculares que las que les mostró la realidad de las calles llenas de basura de Bagdad.

En muchos sentidos la conquista de Bagdad no cambió de hecho la situación general, como habían previsto sabias palabras de advertencias como las de Robertson, que aconsejaba no arriesgar demasiado para conquistar la ciudad. Pero la captura de Bagdad no era un fin en sí mismo; desde luego, no supuso una victoria absoluta. Había que continuar hostigando y persiguiendo a los turcos para que no plantearan una nueva amenaza en el futuro; seguía siendo necesario impedir que unieran sus fuerzas y era preciso asegurar algunos puntos clave

para impedir que inundaran toda la zona manipulando las aguas del río. Mesopotamia era como una esponja enorme que absorbía los recursos militares de los británicos. Había que hacer de todo en aras de los mejores motivos políticos, ¿pero en realidad que se había conseguido, una vez que quedaron asegurados los campos petrolíferos en 1914? Nada. La campaña de Mesopotamia se convirtió en el ejemplo perfecto de lo que es el alargamiento innecesario de una misión: el objetivo original se había conseguido, pero luego se habían asumido unos riesgos enormes con el fin de obtener una sucesión de objetivos aparentes que no tenían una justificación real.

Se había dado por supuesto que con la conquista de Bagdad y la posibilidad de colaborar con las fuerzas rusas que en aquellos momentos operaban en el Cáucaso y en Persia, la campaña de Mesopotamia quedaba prácticamente concluida. Pero los rusos habían quedado paralizados a raíz de la revolución de marzo de 1917, que había provocado un deterioro cada vez mayor de su moral militar. De modo que Maude se encontró con que todavía le quedaban muchos duros combates por librar. Las batallas se sucedían, pero la campaña no parecía nunca acabar del todo. Habitualmente los ingleses vencían y ganaban unos cuantos kilómetros más de desierto y el último premio táctico «esencial», pero de vez en cuando sufrían reveses dolorosísimos. Las operaciones fueron suspendidas al fin durante el larguísimo y caluroso verano de 1917, que duró desde mayo hasta finales de septiembre.

La reanudación de los combates trajo consigo una situación ligeramente distinta debido a que el colapso de Rusia liberó más tropas turcas capaces de llevar a cabo operaciones ofensivas contra las fuerzas de Maude. Pero los ingleses tampoco se habían estado quietos y habían ampliado sus líneas de aprovisionamiento hasta crear un sistema de transportes moderno y eficaz que se extendía desde Basora hasta Bagdad. Se habían

instituido un control de las inundaciones y medidas de irrigación capaces de dirigir el caudal de los grandes ríos. La amenaza de los merodeadores árabes a lo largo de las líneas de comunicación había sido reducida gracias a la combinación de las labores de pacificación y las matanzas. La actitud de Maude no había cambiado durante la parada estival; seguía decidido a acabar con toda la resistencia turca organizada. Por consiguiente la campaña continuó adelante y se siguió remontando los cursos del Tigris, del Éufrates y del Diyala. Después el propio Maude murió de fiebres tifoideas el 18 de noviembre de 1917 y el general sir William Marshall asumió el mando total de la Fuerza Expedicionaria de Mesopotamia. La mano conductora se detuvo, pero las operaciones continuaron sin parar; se cuenta que la última orden de Maude fue: «Adelante».

Durante el último año de guerra los ingleses avanzaron en dirección al norte hacia los campos petrolíferos de Mosul y el mar Caspio. Era aquel un mundo muy alejado de los objetivos y fines primitivos de la campaña; aquello era luchar por luchar, en aras de prioridades localizadas y consideraciones tácticas, y no por un análisis racional de dónde podían desplegarse mejor las tropas con un criterio global. Robertson, siempre realista, en las órdenes que dio a Marshall recordaba que debía tener en cuenta cómo reducir el ejército de Mesopotamia. Estas vanas esperanzas se hicieron tanto más urgentes cuando se pensó que la conquista de Jerusalén por Allenby en diciembre de 1917 indicaba que la campaña de Palestina (que se había desarrollado simultáneamente a la de Mesopotamia) ofrecía una potencialidad mayor de operaciones exitosas contra Turquía. En consecuencia, se cambió el destino de dos divisiones que fueron desplegadas en Palestina. A pesar de todo seguían estando presentes en Mesopotamia muchísimas tropas.

Tras la larga pausa impuesta por la temporada de calor de 1918, la situación de los turcos se hizo desesperada y Marshall recibió la orden de avanzar sobre Kirkuk con la intención de dominar los campos petrolíferos de Mosul. Las operaciones salieron bien y, tras la firma del armisticio de 30 de octubre de 1918, toda la zona de Mosul fue ocupada y los cuatro años de campaña llegaron a su ansiado fin. En el momento de la rendición había una fuerza de unos 217.000 soldados ingleses e indios prestando servicio en Mesopotamia (más unos 71.000 hombres en el Cuerpo de Trabajadores y 42.000 en el Servicio de Transportes Fluviales), pero a lo largo de la campaña habían sido desplegadas en total más de 675.000 tropas, 92.500 de las cuales fuero bajas. Y todo ello por unas operaciones cuyos objetivos se habían conseguido ya durante los primeros días de la campaña en noviembre de 1914; todo lo demás había sido un absurdo basado en la vanagloria. Mesopotamia fue una tragedia desde el principio al fin, que se desarrolló en unas circunstancias de excepcional dificultad. Durante los primeros dos años se caracterizó por la enorme falta de recursos. Y se convirtió también en el lugar en el que enterraron su reputación muchos generales, por más que las habilidades tácticas empleadas fueran en grandísima medida las adecuadas. Al final, sin embargo, vencieron los ingleses: el imperio británico había conseguido sus campos petrolíferos y un sector más del globo se hallaba bajo su control.

13

El Frente Oriental, 1917-1918

¡El pueblo ruso sufre de agotamiento económico y está decepcionado de los Aliados! El mundo piensa que la revolución rusa ha llegado a su fin. Que no se equivoque. La revolución rusa no ha hecho más que empezar.[1]

Alexander Kérenski, ministro de la Guerra.

El fiasco de Rumanía no había contribuido ni mucho menos a ayudar a los rusos. Cuando los ejércitos rumanos se vinieron abajo, los rusos se vieron obligados a extender sus líneas hacia el sur, desencadenando un grado considerable de reorganización militar al otro lado de la frontera, tarea que pasó a ser responsabilidad del nuevo jefe de estado mayor de la Stavka, el general Vasily Gurko, que había sustituido temporalmente al general Mikhail Alekséyev tras ser prorrogado el permiso por enfermedad de este. Para aumentar el número de divisiones destinadas a primera línea, Gurko redujo a doce los dieciséis batallones que había por división, poniendo así el sistema del ejército ruso al mismo nivel que el alemán. Se trataba de un programa muy ambicioso, pues, aunque prometía la creación de otras sesenta divisiones, la cuestión era si los rusos tenían suficientes oficiales de alta graduación y de estado mayor con experiencia para ponerlas en acción, o si contaba con las baterías de artillería necesarias para suministrarles la potencia de fuego imprescindible. Se suponía que las nuevas divisiones tenían una calidad propia de primera línea, pero no tardó en admitirse que eran formaciones de segunda línea, incapaces de alcanzar los niveles exigidos. En definitiva, estas reformas no contribuyeron precisamente a mejorar la eficacia militar de los rusos, y no fueron en realidad más que una mera distracción de otros problemas básicos más acuciantes.

Mientras tanto, los esfuerzos de los Aliados para 1917 se concentraron en los ambiciosos planes propuestos por el general Robert Nivelle, consistentes en llevar a cabo una ofensiva francesa en la región de Champaña que les permitiera ganar la guerra, y que había de contar con el apoyo de un ataque de distracción de los británicos en Arras, acciones previstas ambas para el mes de abril. No obstante, seguía asignándose un papel destacado a los rusos, de quienes se esperaba que ejercieran más presión sobre los alemanes lanzando una nueva gran ofensiva de primavera en el Frente Oriental. Gurko insistió prudentemente en que lo más pronto que los rusos podrían estar listos para atacar sería en mayo de 1917. Pero para entonces todo habría cambiado.

El invierno de 1916-1917 fue excepcionalmente crudo, circunstancia que exacerbó las dificultades de transporte y de aprovisionamiento a las que se enfrentaban los rusos, obligados en aquellos momentos a luchar para cubrir el nuevo sector rumano del frente. Aunque la labor de las industrias armamentísticas había mejorado, era evidente que el suministro de muchos artículos básicos —comida, uniformes de invierno—, e incluso de algunos tan elementales como las botas seguía muy por detrás de la demanda. Esta inquietante situación desencadenó varios motines entre los regimientos más afectados, aunque aparentemente todo seguía funcionando con absoluta normalidad.

El descontento dentro del ejército, sin embargo, era solo una pequeña parte de la historia. El frente interno ruso fue viniéndose abajo poco a poco debido a la intolerable tensión provocada por la guerra. El gobierno zarista no tenía la flexibilidad necesaria para hacer frente a la multitud de problemas económicos, políticos y sociales que aquejaban al país. El propio zar veía en cualquier forma de democracia una amenaza a su régimen y, en vez de introducir una mayor dosis de libera-

lismo, se sentía atraído más bien por la idea de una disolución total incluso de la simbólica Duma. Los nombramientos para los cargos de mayor autoridad eran asignados de forma rutinaria por el zar y se debían al más puro favoritismo o a las credenciales autoritarias del candidato. El fantasma del espionaje hacía estragos en toda la sociedad, recayendo especialmente las sospechas sobre cualquier general que tuviera la desgracia de llevar un apellido germánico. Entre tanto, la incompetencia y la corrupción sin trabas estaban a la orden del día, mientras que en el centro el zar se sentía públicamente abochornado por la devoción que la zarina Alejandra profesaba al absurdo culto a Rasputín, un místico religioso medio trastornado con propensión a las actividades sacrílegas. Todo este sistema despótico de gobierno se basaba tan solo en un pequeño grupo de individuos débiles. Rusia era socavada desde dentro y el vacío existente en su centro estaba creando una gran inestabilidad política.

Puede que en los ejércitos rusos escasearan las raciones de comida, pero lo cierto es que tenían prioridad en la asignación de la producción agrícola; resultado de todo ello fue el incremento de la escasez de comida en las grandes ciudades. La producción de artículos alimenticios agropecuarios se hallaba en clara decadencia, al verse gravemente afectada por el llamamiento a filas de tantos trabajadores agrícolas, por la escasez de algunos productos esenciales, como los fertilizantes, y por los continuos problemas de distribución a lo largo de un sistema ferroviario enormemente dilatado. Cuando la población de las ciudades empezó a pasar hambre, se generalizó el descontento popular. La inflación era galopante, pero los salarios permanecían estáticos, de modo que los pobres quedaron excluidos del mercado al no poder pagar ninguno de los alimentos disponibles. En aquel invierno tan crudo hubo además escasez de combustible. Resultado de todo ello fueron

una serie de disturbios provocados por la falta de alimentos, huelgas generalizadas en la industria y abierta disidencia política, y los participantes en todos estos actos echaron unánimemente la culpa de sus sufrimientos al zar y a su gobierno.

El zar no era consciente de la amenaza que se cernía sobre él; reinaba por la gracia de Dios y por lo tanto estaba por encima de consideraciones mundanas como esas. Mientras tanto, a su alrededor su régimen se desintegraba con una rapidez pasmosa. Las protestas de carácter político se multiplicaron de forma exponencial y fue aumentando el vigor de las demandas de comida, las reivindicaciones de cambio político y las exigencias de acción directa por parte de los manifestantes. A medida que cada vez más unidades del ejército empezaban a pasarse en masa a los revolucionarios, los funcionarios del gobierno imperial se veían cogidos entre dos fuegos. Muchos huían, mientras que los que se resistían abiertamente corrían el riesgo de perder la vida. Cuando el general Mikhail Alekséyev volvió de su largo permiso por enfermedad y ocupó de nuevo el puesto de jefe del estado mayor general, fue muy poco el apoyo que pudo prestar a un zar acosado por todas partes. En 1906 el ejército ruso había aplastado una revolución, pero en 1917 carecía de entusiasmo y estaba demasiado ocupado con la guerra como para abrir fuego contra la gente.

En marzo de 1917, Rusia estaba en pleno proceso de cambio, sacudida por una revolución incoherente, que no fue un acontecimiento rigurosamente planeado, sino más bien una serie de levantamientos simultáneos contra un régimen corrupto y que no veía más allá de sus narices. Aparecieron dos organizaciones que tenían ambiciones de controlar la situación: una fue el Gobierno Provisional, de tendencia liberal, formado por destacados miembros de la Duma, cuya intención era intentar controlar los acontecimientos hasta que pudieran organizarse unas elecciones democráticas a finales de

año; más amenazador para la minoría dirigente era el Consejo de Delegados de los Trabajadores y Soldados (o Soviet), de tendencia socialista. En las primeras fases de la revolución, estos dos grupos contrapuestos lograron alcanzar un *modus vivendi*, coexistiendo en una estructura dual y, casi siempre, dejando a un lado sus diferencias para proteger su posición ante la perspectiva de una contrarrevolución. El zar, en cambio, no pudo encontrar apoyo en ninguna parte. El ejército ruso guardó las distancias, y sus generales más encumbrados recomendaron sencillamente como única solución la abdicación: no era eso, desde luego, lo que Nicolás II quería —ni esperaba— oír, pero cuando la situación fue complicándose hasta quedar fuera de control, no le quedó otra opción. Finalmente, el 15 de marzo de 1917, abdicó a favor de su hermano, el gran duque Miguel, que rechazó sin dudarlo ni un instante aquel cáliz envenenado. También los Aliados mostraron poco interés por la persona del zar, reconociendo oficialmente al Gobierno Provisional como legítimo sucesor a la semana de su abdicación. A ello los indujo principalmente el hecho de que el nuevo régimen parecía inclinado a continuar con el esfuerzo de guerra de Rusia. Significaba también que tenían más posibilidad de presentar la guerra como un enfrentamiento de las democracias de la Entente con los regímenes despóticos de las Potencias Centrales, algo que difícilmente habrían podido hacer si Rusia hubiera seguido gobernada por los zares. Esta circunstancia resultaría especialmente útil para atraer a Estados Unidos a la guerra.

Pero también los generales rusos tenían problemas entre bastidores. El 14 de marzo la incursión de un grupo de soldados armados había obligado al Soviet de Petrogrado a aprobar la «Orden Número Uno», un manifiesto dirigido al personal del ejército que autorizaba la representación política, una gran ampliación de las libertades individuales y cierto grado de

control del Soviet, medidas todas que iban completamente en contra de cualquier concepto de disciplina militar. Aunque en principio iba dirigida solo a la región de Petrogrado, la orden se extendió con rapidez a todos los niveles del ejército, incluido a las fuerzas destacadas en el frente. Al poco tiempo había comités de tipo soviet casi en todas partes. Para intentar soslayar la continua escasez de productos alimenticios y de artículos de primera necesidad, se decidió reducir las dimensiones del ejército licenciando a todos los hombres mayores de cuarenta y tres años. Aun así, las deserciones continuaron aumentando y en poco tiempo el ejército ruso se convertiría en una fuerza en rápida disminución. En estas circunstancias, Alekséyev admitió que no tendría más remedio que retrasar la prometida ofensiva de mayo.

Cabía pensar que los alemanes lanzaran una ofensiva en el Frente Oriental con el fin de intentar sacar provecho del estado de caos reinante en el ejército ruso. Sin embargo, adoptaron un tipo de acción más sutil. Una acometida militar directa corría el riesgo de desencadenar el patriotismo latente de los soldados rusos; mucho mejor era dejar que el ejército se desintegrara solo desde dentro. En consecuencia se decidió facilitar el paso del líder del Partido Bolchevique, de inspiración comunista, Vladimir Lenin, en un tren especial sellado procedente de Suiza a través de Alemania, Suecia y Finlandia hasta Rusia, donde los alemanes esperaban que aquel agitador político experimentado actuara como el bacilo de la peste y destruyera al enemigo. A su llegada a Rusia en abril de 1917, Lenin pidió el fin de la guerra y una redistribución socialista de las tierras.

El Gobierno Provisional había seguido con su rumbo más moderado, convocando una sesión ampliada de la Duma al tiempo que reafirmaba sus intenciones de continuar la guerra. Entre los delegados más destacados se encontraba Alexander

Kérenski, orador de notable energía que había sido nombrado nuevo ministro de la Guerra el 16 de mayo. Kérenski emprendió una visita al frente a la que se dio una gran publicidad, utilizando todas sus habilidades oratorias para hacer proselitismo a favor de una nueva ofensiva, presentando el despotismo del régimen alemán como el verdadero enemigo de una paz duradera. Se planeó una serie de ataques coordinados en los Frentes Norte, Oeste y Suroeste, que debían comenzar a primeros de julio de 1917. Como Kérenski consideraba que Alekséyev estaba marcado por los estrechos lazos que anteriormente había mantenido con el zar, nombró comandante en jefe al general Alexéi Brusílov, con la misión de llevar a cabo las ofensivas. Deseoso de aprovechar la ocasión, Brusílov se vio obligado a pasar por alto algunos de los preparativos más minuciosos que tantos éxitos habían dado a su ofensiva de 1916. Por lo pronto se enfrentaba a un adversario distinto, pues la muerte del anciano emperador Francisco José en noviembre de 1916 había llevado al trono del Imperio Austrohúngaro a la figura mucho más liberal de Carlos I. Carlos no estaba nada satisfecho con la actuación que hasta entonces había tenido en la guerra su jefe de estado mayor general, Franz Conrad, y en marzo de 1917 lo sustituyó por el general Arthur Arz von Straussenburg. Para entonces, sin embargo, el principal poder de las Potencias Centrales estaba en manos de los alemanes y Von Straussenburg tenía muy poca libertad de acción.

Tras un bombardeo de dos días de duración, dio comienzo con mucha gallardía la segunda Ofensiva Brusílov, con el ataque del VII y del XI Ejército ruso en el Frente Suroeste. Cuando la infantería salió de las trincheras el 1 de julio, los primeros resultados fueron prometedores, pero luego las cosas empezaron a salir mal. Como tropas de asalto habían sido escogidas las unidades mejores y las más leales, mientras que las

formaciones de segunda fila y las de reserva estaban mucho menos comprometidas; de hecho, cuando hubo que avanzar, muchos regimientos simplemente se negaron a hacerlo. El asalto acabó convirtiéndose en una acción ignominiosa y los demás ataques planeados fueron anulados o suspendidos. A continuación, el 19 de julio, los austrohúngaros lanzaron una contraofensiva en Ternopil, en Galicia. Los rusos rompieron la formación y se retiraron a la desbandada. Este desastre provocó la destitución fulminante de Brusílov como comandante en jefe y su sustitución el 1 de agosto por el general Lavr Kornílov. El ejército ruso estaba desintegrándose y ataques como los que se habían llevado a cabo solo servían para liquidar a las pocas unidades fieles que quedaban y que aún estaban dispuestas a continuar activamente la guerra. La inmensa mayoría de los soldados rusos se contentaba en aquellos momentos con actuar en el mejor de los casos como observadores pasivos; de hecho, en otoño se calculaba que unos tres millones habían desertado.

Detrás de las líneas del frente los lazos que unían al Gobierno Provisional y a los soviets empezaban a romperse. El 15 de julio había sido aplastada con relativa facilidad una pequeña rebelión de los bolcheviques en Kronstadt y uno de sus líderes, León Trotski, había sido detenido, mientras que Lenin pasó a la clandestinidad, acusados ambos de ser «agentes alemanes». Kérenski se sintió en aquellos momentos con la audacia necesaria para intentar hacerse con más poder, proclamándose primer ministro y convirtiendo después a Rusia en una república. Pero sus intentos de hacerse con el control de Rusia se verían dificultados enormemente por su inquebrantable convicción de que había que seguir con la guerra, temeroso de que Inglaterra y Francia retiraran inmediatamente sus subsidios y su apoyo si renegaba de la Entente. Los bolcheviques, en cambio, se mostraron decididamente contrarios a la

continuación de la guerra. Surgió un motivo más de tensión cuando Kornílov, resuelto a eliminar las influencias políticas dentro del ejército, exigió el restablecimiento de la ley marcial, con la aplicación de la pena de muerte a numerosos tipos de infracciones, incluida cualquier forma de agitación política entre los soldados. Todas estas circunstancias desencadenaron el estallido de una crisis política en Petrogrado, donde los bolcheviques estaban haciendo ya campaña en pro de la abolición total de la pena de muerte, mientras que los elementos más derechistas del Gobierno Provisional tendieron a apoyar las propuestas de mano dura de Kornílov.

Fue en ese preciso momento cuando los alemanes descargaron el golpe. El puerto de Riga, en Letonia, llevaba siendo mucho tiempo un objetivo alemán, debido a su posición en la desembocadura del río Dvina, en la costa del Báltico. Las defensas rusas estaban situadas en la margen derecha del río, aunque disponían de una importante cabeza de puente en la orilla izquierda. En ese punto el río alcazaba una anchura de 450 m, representando un obstáculo enorme para el VIII Ejército alemán, al mando del general Oskar von Hutier. Los alemanes no solo habían acumulado para la ofensiva cerca de 750 cañones y otros 550 morteros pesados, sino que además Von Hutier tenía la intención de emplear unas sofisticadas técnicas de cortina de fuego ideadas por su asesor en materia de artillería, el teniente coronel Georg Bruchmüller. Este brillante oficial había desarrollado un sistema de bombardeos cortos, pero intensos, que dejaban a las fuerzas defensoras aturdidas e incapaces de reaccionar cuando se lanzaba el principal asalto. Debía dirigirse contra las baterías rusas una fortísima concentración de un 75 % de bombas de gas mezcladas con un 25 % de bombas detonantes: la finalidad no era necesariamente destruirlas, sino más bien saturar de gas la zona, obligando a los artilleros rusos a ponerse las máscaras antigás,

lo que reducía muchísimo su capacidad de cumplir su misión. Mientras tanto, debían ser vapuleados sin compasión todos los puestos de observación y de mando identificados, así como todos los centros de comunicación, con la intención de dejar aislados a los mandos rusos e impedirles reaccionar al no poder saber lo que estaba ocurriendo.

El bombardeo debía constar de varias fases, como los movimientos de una sinfonía, culminando con diez minutos de traca final de todas las baterías concentradas en machacar las posiciones de la infantería rusa, antes de que la cortina de fuego móvil, la *Feuerwalze*, fuera avanzando antes de que la infantería se lanzara al ataque. Bajo la dirección de Von Hutier, los escuadrones especializados de tropas de asalto también se habían ejercitado en la táctica de las *Sturmtruppen*, sumando la experiencia operacional a la experimentación ya existente en el ejército alemán, pero tomando también nota de las tácticas cada vez más sofisticadas de la infantería de los Aliados. Las tropas de choque (*Sturmtruppen*) iban armadas por lo general de ametralladoras, lanzallamas y granadas de mano, mientras que su táctica hacía hincapié en la importancia de flanquear los centros de resistencia para avanzar hacia las baterías de artillerías fundamentales y hacia el cuartel general. Luego se encargarían de ocupar los reductos que habían quedado aislados con las armas más pesadas llegadas con las tropas de segunda fila.

En Riga las cosas podían complicarse debido al serio obstáculo adicional que suponía el río, de modo que las unidades de infantería de asalto fueron cuidadosamente entrenadas en la realización de operaciones anfibias, utilizando lanchas para establecer cabezas de puente que permitieran la rápida construcción de puentes de pontones por ingenieros especializados. A las 04.00 del 1 de septiembre dio comienzo el bombardeo Bruchmüller, que tuvo unos efectos devastadores, siendo

lanzadas en pocas horas cientos de miles de bombas. Los cañones rusos fueron silenciados y la infantería fue machacada hasta que se vio obligada a someterse, abandonando sus puestos aterrorizada, de modo que la arriesgada travesía del río que comenzó a las 08.30 chocó con muy poca oposición seria. Cuando los ingenieros alemanes acabaron los puentes detrás de la cabeza de puente establecida previamente, los rusos se replegaron en desorden. La línea del frente se estabilizaría después de esta acción apenas a unos treinta kilómetros al noreste de Riga y de este modo la cuarta ciudad más grande de Rusia, fue ocupada con una facilidad inquietante.

La pérdida de Riga supuso un golpe terrible para los rusos. Korníलov decidió presentarla no como un fruto de la habilidad militar de los alemanes, sino como una consecuencia de las actividades subversivas de los conspiradores bolcheviques infiltrados entre los soldados. Estas opiniones tajantes, expresadas sin el menor tacto, provocaron su enfrentamiento con Kérenski, que llegó incluso a pensar —y con razón— que Kornílov estaba a punto de lanzar una contrarrevolución militar. Esta sospecha pareció confirmarse el 10 de septiembre, cuando Kornílov acusó al Gobierno Provisional y a los bolcheviques de no ser más que meros instrumentos del alto mando alemán. Esta manifestación extemporánea tuvo la virtud de volver a unir temporalmente al Gobierno Provisional y a los soviets, que crearon milicias armadas y se dispusieron a repeler una intervención militar al mando de Kornílov. Al final este no consiguió congregar dentro del ejército apoyos suficientes para llevar a cabo la contrarrevolución que pretendía y fue inmediatamente destituido por Kérenski, que asumió personalmente el cargo de comandante en jefe y rehabilitó al general Mikhail Alekséyev como jefe del estado mayor general. Pero la disputa con Kornílov supuso también un grave daño colateral para la reputación de Kérenski: denunciado por los

bolcheviques por la izquierda y amenazado por los conservadores por la derecha, muchos llegaron a creer, con razón o sin ella, que Kérenski no era mucho mejor que el zar al que había sustituido.

Durante el otoño, la posición política de Kérenski siguió deteriorándose al tiempo que aumentaba inexorablemente la popularidad de los bolcheviques, vistos en aquellos momentos como el único grupo que se había opuesto de manera coherente a la guerra, mientras que sus promesas de redistribución generalizada de la tierra tenía un atractivo evidente para los trabajadores y los soldados rasos. Estaban además bien organizados: Trotski, recientemente puesto en libertad, se encargó de crear una poderosa milicia armada llamada la Guardia Roja. Un problema añadido, hasta entonces soterrado, era el de los nacionalismos existentes en el imperio ruso, que empezaron a expresarse a través de movimientos independentistas populares en Ucrania y Finlandia. Y por si fuera poco, llegó un nuevo golpetazo de los alemanes: no lo bastante fuerte como para desencadenar una oleada nacional de resistencia, pero sí lo suficiente para fomentar el hartazgo de la guerra y la desesperación entre la soldadesca rusa. El 12 de octubre los alemanes lanzaron la Operación Albión, una acción combinada brillantemente planteada cuya finalidad era conquistar las islas de Estonia, situadas a la entrada del golfo de Riga, y que culminó con éxito el 21 de octubre. Los alemanes se hallaban peligrosamente cerca de Petrogrado.

Fue entonces cuando Lenin y los bolcheviques decidieron al fin dar el paso, rompiendo todos los lazos que seguían uniéndolos al Gobierno Provisional y lanzando la segunda revolución rusa el 7 de noviembre de 1917. La frágil fachada del gobierno de Kérenski se resquebrajó rápidamente cuando grupos de bolcheviques armados se apoderaron de los edificios gubernamentales y se hicieron con el control de las comunica-

ciones y de las principales instituciones comerciales. El Palacio de Invierno, sede del Gobierno Provisional, fue asaltado e inmediatamente fueron arrestados la mayoría de los delegados, aunque Kérenski logró escapar. Kérenski intentó suscitar la resistencia a los bolcheviques en el ejército, pero la reacción que encontró en él fue, en el mejor de los casos, tibia, y las pocas unidades que respondieron a su llamamiento fueron incapaces de derrotar a los integrantes de la Guardia Roja, bien armados y enormemente motivados. A mediados de noviembre también Moscú había caído en manos de los bolcheviques. Kérenski huyó del país para no volver jamás, aunque sobreviviría hasta 1970.

Como era de esperar, los gobiernos aliados, temerosos de que el nuevo gobierno bolchevique presidido por el Soviet de Comisarios del Pueblo firmara la paz con los alemanes, se negaron a reconocerlo. Y tenían motivos para preocuparse. Los alemanes, por su parte, estaban encantados. Lenin no tuvo más remedio que presentar a sus partidarios la firma de la paz, que era uno de los motivos centrales de su atractivo para las masas. Inmediatamente se dieron órdenes animando a los representantes electos de las unidades de primera línea a que emprendieran negociaciones de alcance local con los alemanes y los austrohúngaros con el fin de alcanzar acuerdos informales de alto el fuego, mientras que el 2 de diciembre de 1917 daban comienzo unas negociaciones formales en Brest-Litovsk. El 15 de diciembre se anunció un armisticio provisional y el ejército ruso empezó de inmediato su desmovilización masiva. Las negociaciones formales de paz se prolongarían hasta bien entrado 1918, dificultadas por la amenaza de los movimientos independentistas y por la magnitud de las anexiones planteadas por los alemanes. Los intentos que hizo la delegación negociadora soviética, encabezada por Trotski, de romper las negociaciones, fueron castigados por los alemanes

con la reanudación de las operaciones militares contra las líneas rusas abandonadas. En consecuencia, los rusos se vieron obligados a aceptar unas exigencias todavía más severas cuando por fin se firmó la paz, bajo presión, el 3 de marzo de 1918. El vastísimo territorio de Ucrania se convirtió en un estado independiente, al igual que Finlandia y Estonia. Se suponía que Lituania y Polonia también iban a ser independientes, pero en realidad siguieron ocupadas por las fuerzas alemanas. Las consecuencias económicas para Rusia fueron tremendas. De un plumazo perdió la mayoría de sus minas de carbón y de sus territorios industriales. Se hicieron también cuantiosas concesiones de productos alimenticios, de los que se vio privada una población ya hambrienta. Los rusos no tuvieron más remedio que firmar la paz, aunque Lenin y Trotski se consolaron con su ferviente convicción de que la revolución estaba también a punto de estallar en Alemania y de que, por lo tanto, esas concesiones tan humillantes no serían más que unas molestias pasajeras. Poco después se produjo la rendición formal de Rumanía, para entonces completamente aislada, en virtud del tratado de Bucarest de 7 de mayo de 1918. Para los rusos la guerra con las Potencias Centrales había acabado, mientras que la guerra civil entre el Ejército Rojo y las facciones conservadoras fieles a la monarquía del Ejército Blanco no había hecho más que empezar.

Para las Potencias Centrales, el hundimiento de Rusia supuso un triunfo absoluto. De un plumazo los austríacos disponían de divisiones para trasladarlas al frente de Italia, donde abrigaban la esperanza de derrotar por fin al ejército italiano. Para los alemanes, la victoria significaba que lo mejor de sus divisiones, curtidas en el Frente Oriental, podía trasladarse al Occidental, donde estarían en condiciones de hacer un último intento para asegurarse la victoria sobre los franceses y los británicos. No obstante, el caos generalizado causado

por las medidas punitivas incluidas en el tratado de Brest-Litovsk, junto con la necesidad de ocupar, proteger y vigilar los nuevos territorios conquistados, significaba que seguía habiendo muchas más divisiones alemanas —casi un millón de hombres— retenidas en el este de las que había en 1914.

14

La guerra en el mar, 1917-1918

> Puede que a comienzos del verano de 1917 nuestras pérdidas de buques mercantes, combinadas con las pérdidas de buques mercantes de los países neutrales, tengan unas repercusiones tan graves sobre la importación de productos alimenticios y otros artículos de primera necesidad con destino a los países aliados que nos veamos obligados a aceptar unas condiciones de paz que nuestra situación militar en el continente no justificaría.[1]
>
> Almirante sir John Jellicoe, primer lord del Mar.

Puede que los británicos siguieran dominando las aguas fuera del mar del Norte, pero desde luego estaban profundamente insatisfechos con el resultado de la batalla de Jutlandia. Habían soñado con un triunfo glorioso, pero aunque habían obtenido una victoria estratégica, su coste había sido altísimo y en el fondo se tenía la desagradable sensación de que se había perdido una gran oportunidad. Este ambiente de depresión se agravó debido a la profunda sensación de pérdida que se produjo cuando Kitchener se convirtió en víctima inesperada de las trampas submarinas y de las minas tendidas por Scheer a la Gran Flota. En efecto, el barco en el que viajaba, el *Hampshire*, chocó con una mina y fue hundido la noche del 5 de junio frente a las costas de las islas Orcadas. Puede que Kitchener hubiera perdido parte de su lustre al cabo de dos años de guerra, pero seguía siendo un héroe del imperio y había muerto estando al frente de la Marina Real. La angustia creada en torno a la batalla de Jutlandia se debió en buena parte más a unas expectativas poco realistas que a una verdadera probabilidad de destruir la Flota de Alta Mar durante un enfrentamiento confuso y con poca visibilidad cuando estaba a punto de caer la noche. No obstante, hubo enconadas discusiones acerca de lo que se había hecho mal en Jutlandia, acompañadas de un trasfondo de murmuraciones sobre quién

era la persona a la que había que echar la culpa, murmuraciones basadas en las críticas vertidas inmerecidamente contra Jellicoe por los acólitos de Beatty. Lo cierto es que Jellicoe no conservó el mando mucho tiempo, pues en noviembre de 1916 se le pidió que abandonara su amada Gran Flota para ocupar el puesto de primer lord del Mar en el Almirantazgo. Como comandante en jefe fue sustituido por Beatty, pero resulta interesante comprobar que, a pesar de sus bravatas, Beatty se limitaría a introducir pequeños ajustes a la cautelosa táctica recogida en las «Órdenes de Batalla de la Gran Flota» de Jellicoe.

Tras las primera acción conjunta de la flota en la época de los dreadnoughts no es de extrañar que los ingleses tuvieran que digerir un gran número de consideraciones técnicas y materiales. Una cosa era evidente: algo había fallado con los cruceros de batalla, de modo que se inició una investigación a fondo de sus fallos con los explosivos, que dio como resultado que se introdujeran estrictas precauciones antideflagración, además de una protección blindada adicional en todos los barcos que todavía estaban en construcción. Pero también se necesitaban mejoras urgentes en el diseño de las bombas inglesas, que habían mostrado una clarísima tendencia a fragmentarse en el momento del impacto y por lo tanto a no causar el daño previsto. Quizá siguieran considerándose detestables los combates nocturnos, pero Jutlandia obligó a reconocer, aunque fuera con retraso, la necesidad de un adiestramiento y de unos preparativos adecuados para esta eventualidad. Se produjo un reforzamiento de la rigurosidad de los procedimientos de identificación de barco a barco, se colocaron en las naves reflectores desplegables y se empezaron a realizar en serio ejercicios nocturnos. También se mejoró el método de tratar y propagar la información de inteligencia naval para evitar el tipo de errores que habían dificultado la actua-

ción de Jellicoe en Jutlandia. No cabe duda de que los británicos aprendieron algunas lecciones valiosas de la amarga decepción sufrida.

A pesar de las protestas de victoria de los alemanes, algunos aspectos de su experiencia en Jutlandia supusieron para ellos un severo correctivo. Sabían que les había ido bien, pero también sabían lo cerca que habían estado de la aniquilación. Cualquier cosa que hicieran en el futuro, no supondría una nueva confrontación de la totalidad de su flota. El 19 de agosto Scheer volvería a intentar atraer a la Gran Flota a una trampa submarina utilizando cruceros de batalla para bombardear Sunderland. Las operaciones no produjeron un resultado concluyente pues, aunque Jellicoe fue avisado una vez más de su llegada por la Sala 40, adoptó un planteamiento cauteloso, por miedo a que le tendieran una trampa como la que en efecto le había tendido Scheer. Al final no se produjo ninguna confrontación, y cuando Scheer se dio cuenta de que de nuevo había existido una posibilidad teórica de caer en una emboscada de la Gran Flota, perdió cualquier ulterior entusiasmo por las aventuras en el mar del Norte. Si los ingleses no asumían riesgos, la Flota de Alta Mar tenía poco que ganar y mucho que perder exponiéndose a una posible derrota.

> En vista de los planes de campaña de Inglaterra, no había más alternativa que infligir directamente un doloroso golpe al comercio inglés. No podíamos construir un número suficientemente elevado de nuevos barcos grandes para compensar las pérdidas que irremediablemente estábamos condenados a sufrir a largo plazo en un conflicto con la flota inglesa, numéricamente superior a la nuestra. Habríamos debido intentar antes lo que habría sido el resultado de una victoria de nuestra flota. Fue un error por parte de las autoridades navales no hacerlo.[2]
>
> Almirante Reinhard Scheer, buque *Friedrich der Grosse*, de la Marina Imperial.

Al alto mando alemán no le quedaba más remedio que lamentar la pusilanimidad que los había hecho reprimirse en 1914; y a aquellas alturas de 1916 era ya demasiado tarde. Ex-

cluida la posibilidad de llevar a cabo con éxito una acción de toda la flota, parecía que solo quedaba una opción que prometiera unos resultados concretos frente a su implacable enemigo: la guerra submarina. En octubre de 1916 los alemanes dieron los primeros pasos, todavía cautelosos, anunciando la vuelta a una guerra submarina restringida respetando, al menos de boquilla, las leyes internacionales. Los U-Boote cobraban un peaje cada vez más caro a los barcos ingleses, pero seguían frenándolos las convenciones internacionales y Scheer pretendía introducir un planteamiento mucho más enérgico.

> Solo puede aspirarse a un final victorioso de la guerra en una fecha no demasiado lejana mediante el aplastamiento de la vida económica de Inglaterra a través de una acción de los submarinos contra el comercio inglés. Movido por las convicciones del deber, advierto seriamente a Su Majestad que se abstenga de decidir la adopción de una forma demasiado indulgente de procedimiento sobre la base de que iría en contra de las opiniones militares, y de que el riesgo asumido por los barcos no guardaría ninguna proporción con las supuestas ganancias obtenidas, pues, a pesar de la máxima escrupulosidad que pudieran mostrar los jefes, en aguas inglesas, donde no predominan los intereses americanos, no sería posible evitar que se produjeran casos que nos obligaran a hacer concesiones humillantes si no actuáramos con la mayor severidad.[3]
>
> Almirante Reinhard Scheer, buque *Friedrich der Grosse*, de la Marina Imperial.

Las semillas de una guerra submarina indiscriminada ya habían sido plantadas; sin embargo, iba a ser un juego basado en la falta de una alternativa realista más que en los méritos propios de esa política. Los expertos navales alemanes creían que podrían obligar a Inglaterra a salir de la guerra en solo cinco meses si lograban hundir barcos por un equivalente a unas 600.000 toneladas al mes. Los británicos se quedarían simplemente sin barcos, mientras que los buques de los países neutrales o se espantarían o serían hundidos. En cuanto a la presumible reacción belicosa de los americanos, el alto mando alemán creía que los bienes y servicios americanos ya estaban de hecho a disposición de los británicos; lo único que les faltaba eran sus fuerzas armadas. Como el ejército norteameri-

cano era absurdamente pequeño, Estados Unidos tardaría más de un año en movilizar unas fuerzas de dimensiones considerables; y para entonces ya sería demasiado tarde. Los alemanes decidieron hacer caso omiso de las protestas americanas y aprovechar la ocasión. Al fin y al cabo, Jutlandia y su incapacidad de obtener la victoria en el Frente Occidental no les dejaban ninguna otra alternativa viable.

La crisis de la guerra submarina, 1917

El 1 de febrero de 1917, Alemania anunció la plena reanudación de la guerra submarina indiscriminada, no solo en la zona de combate alrededor de las Islas Británicas, sino en todo el Mediterráneo y poco después —lo que resultaba más controvertido— frente a la costa este de Estados Unidos. Para entonces la flota de submarinos alemanes había aumentado hasta contar con más de 150 unidades modernas con capacidad para atravesar el océano, aunque solo un tercio más o menos podían ser mantenidos patrullando al mismo tiempo. Pero bastaron para causar el caos en las principales rutas marinas por las que llegaban alimentos y pertrechos a Gran Bretaña. Las pérdidas de buques mercantes aliados a manos de los submarinos aumentaron rápidamente: 464.599 toneladas en febrero, 507.001 en marzo, y en abril fue hundida la pasmosa cantidad de 834.549 toneladas. Eran unos niveles de pérdidas catastróficos que no podían aguantarse mucho tiempo. Si seguían a ese paso, se verían amenazadas no solo la provisión de alimentos y la importación de otros productos esenciales para Gran Bretaña, sino también las enormes cantidades de pertrechos de guerra y de municiones que se necesitaban para hacer la guerra en el Frente Occidental. Luego estaba, por supuesto, la necesidad adicional de suministrar materiales a las grandes campañas «del Este», la de Salónica, la de Palestina, la de Mesopotamia y la de Italia. Aunque el nivel de hundimientos

de U-Boote se había acelerado marginalmente, aún era muy inferior a la cota de los nuevos submarinos que salían de los astilleros alemanes.

A los americanos los irritó muchísimo la reanudación de la guerra submarina indiscriminada y casi inmediatamente cortaron las relaciones diplomáticas con la Alemania imperial. Además Inglaterra atizó el fuego de las emociones americanas, ya de por sí inflamadas, publicando el texto de un supuesto telegrama del secretario de Estado de Asuntos Exteriores alemán, Arthur Zimmermann, enviado en enero de 1917 a su embajador en México.

> Tenemos la intención de iniciar el 1 de febrero una guerra submarina indiscriminada. Pese a todo procuraremos mantener la neutralidad de Estados Unidos de América. En caso de que no lo consiguiéramos, presentaremos a México una propuesta de alianza sobre la siguiente base: hacer la guerra juntos, firmar la paz juntos, apoyo financiero generoso y el entendimiento por nuestra parte de que México debe reconquistar el territorio perdido en Texas, Nuevo México y Arizona.[4]
>
> Arthur Zimmerman, secretario de Estado de Asuntos Exteriores.

El mensaje fue interceptado y descifrado por los criptógrafos de la Sala 40, así que los ingleses estuvieron encantados de pasar tranquilamente su contenido a los americanos. La reacción de estos fue la previsible. En un discurso ante el Congreso pronunciado el 2 de abril de 1917, el presidente Woodrow Wilson utilizó esa burda oferta como un ariete para acabar con cualquier resistencia a la guerra que pudiera quedar en Estados Unidos, haciendo hincapié de paso en unos poderosos motivos morales.

> Con un profundo sentido del carácter solemne e incluso trágico del paso que voy a dar y de las graves responsabilidades que conlleva, pero obedeciendo sin vacilar a lo que considero mi deber constitucional, aconsejo al Congreso que declare que el rumbo recientemente adoptado por el gobierno del imperio alemán no es en realidad más que una guerra contra el gobierno y el pueblo de Estados Unidos, que formalmente acepta la condición de país beligerante que de ese modo se le ha impuesto, y que dará inmediatamente los pasos necesarios

> no solo para poner al país en un estado más completo de defensa, sino también para ejercer todo su poder y emplear todos sus recursos para hacer entrar en razón al gobierno del imperio alemán y de paso poner fin a la guerra.[5]
>
> Presidente Woodrow Wilson.

Estados Unidos declaró la guerra a Alemania el 6 de abril de 1917. La potencial suma de varios dreadnoughts americanos a la Gran Flota no vino más que a subrayar la inutilidad de cualquier idea que pudiera abrigar la Flota de Alta Mar de disputar abiertamente la supremacía naval a los británicos. Pero los americanos traían además consigo la promesa de un mayor número de destructores para intervenir en la guerra submarina, mientras que su industria naviera en expansión ayudaría en último término a reemplazar el tonelaje de los buques mercantes aliados perdidos. Los barcos alemanes que habían quedado atrapados en puertos americanos en el momento del estallido de la guerra fueron confiscados de inmediato, cambiando así de bandera de la noche a la mañana. Y por supuesto, la Marina Real ya no tendría que hacer frente a las susceptibilidades norteamericanas ante el bloqueo impuesto a Alemania. Bien es verdad que por tierra las tropas americanas no podrían hacer notar su presencia hasta el verano de 1918, pero en 1917 era en el mar donde los alemanes intentaban ganar la guerra.

Como primer lord del Mar del Almirantazgo, Jellicoe seguía sintiéndose a sí mismo en el centro de los acontecimientos. Después de toda la tensión nerviosa que había supuesto el hecho de mantener a raya a la Flota de Alta Mar en el mar del Norte desde 1914 hasta 1916, ahora, en 1917, era el responsable de encontrar una solución a la amenaza de los U-Boote. El carácter intermitente de la campaña había impedido hasta ese momento al Almirantazgo desarrollar una política coherente, de suerte que dependía de una combinación bastante aleatoria de medidas *ad hoc*, entre ellas el empleo de buques de

guerra obligados a efectuar interminables servicios de patrulla, el uso de barreras y redes contra los campos de minas, la colocación de armamento en un número cada vez mayor de buques mercantes, y la desagradable *ruse de guerre* de los barcos «Q». No faltaron guiños al futuro con el empleo de dirigibles, aviones e hidroaviones para dar caza a los submarinos, aunque los intentos de bombardearlos desde el aire resultaron singularmente fallidos. El arma antisubmarina más eficaz que se había desarrollado hasta entonces era la carga de profundidad, que podía ser detonada por una pistola hidrostática a la profundidad a la que se calculaba que estaba el submarino que se pretendía destruir. Las cargas contenían unos 150 kilogramos de explosivos de gran potencia, pero los ensayos habían demostrado a los ingleses que las cargas de profundidad no podían acabar con un submarino a menos que cayeran a unos cinco metros de él, aunque a diez metros probablemente causaran daños suficientes como para obligar al sumergible a salir a la superficie, donde podía ser puesto fuera de combate rápidamente embistiéndolo o acribillándolo a cañonazos. Lo que se necesitaba era un método de determinar con un grado aceptable de exactitud la localización y la profundidad del submarino. Pero en este campo la tecnología iba bastante más atrasada de lo que habría sido necesario, pues todavía no existía ningún modo efectivo de rastrear los movimientos de un submarino después de sumergirse, excepto la pura conjetura. Se comprobó que los hidrófonos capaces de detectar el ruido de la hélice o los motores del submarino eran prácticamente inútiles, pues todo lo que hacían era indicar la posible presencia de un sumergible sin dar la menor idea de su dirección ni de su profundidad. Peor aún, requerían que el barco que los utilizara permaneciera quieto y en silencio en el agua, de lo

contrario lo único que captaba el hidrófono era el sonido de sus propios motores; pero detenerse constituía a todas luces una estratagema muy arriesgada en presencia de un U-Boot.

En diciembre de 1916 Jellicoe, siempre tan metódico, había creado una División Antisubmarinos en el Almirantazgo, encargada de examinar y coordinar la respuesta británica a esta amenaza. Por desgracia, parece que su inspiración no lo llevó más lejos. Jellicoe había sido siempre un hombre de detalles, marcado por su incapacidad para delegar incluso los asuntos más mundanos. Su actuación en la Gran Flota había sido bastante buena, pero parece que durante su permanencia en el Almirantazgo una mezcla de agotamiento y de tensión le impidió ver con la rapidez suficiente la que, vistas las cosas en retrospectiva, era la solución evidente. Pues aunque tenía razón en su creencia de que no había una sola respuesta al problema de los submarinos, al mismo tiempo debería haber tenido meridianamente claro que un elemento importantísimo de cualquier solución habría sido la introducción de un sistema de convoyes como el empleado por Inglaterra en épocas de guerra desde tiempo inmemorial. Tradicionalmente, los mercantes vulnerables se juntaban formando un convoy acompañado de una escolta armada que los protegiera de las atenciones de los atracadores. De haber sido introducido, semejante sistema habría acabado de un plumazo con las víctimas indefensas e incluso si un submarino hubiera localizado un convoy, se habría visto expuesto al ataque de su escolta. Pero Jellicoe no veía en este sistema más que problemas. Palidecía ante la mera complejidad de las medidas administrativas que se requerían para organizar en convoyes a miles de barcos, apelando a la escasez de buques de escolta adecuados. Temía además la carnicería que podía producirse si chocaban con un campo de minas; se estremecía ante los problemas prácticos que planteaba el hecho de mantener una velocidad de convoy

y de coordinar los rumbos en zigzag de unos buques de capacidades tan heterogéneas. Pero por detrás de todo eso acechaba el temor de que un convoy no supusiera más que un conjunto de víctimas potenciales en una orgía de destrucción si los U-Boote se colaban entre ellas. Los convoyes habían sido empleados con éxito desde el primer momento de la guerra para el transporte de tropas, pero se sostenía que eran eficaces porque estaban formados por los mejores buques mercantes y de pasajeros, dotados de tripulantes sumamente experimentados, capaces de operar con una precisión militar.

La presión en pro de la introducción de convoyes siguió aumentando, y recibió mayor empuje si cabe a raíz del éxito obtenido por un experimento con el comercio escandinavo que redujo espectacularmente el número de pérdidas. Pero continuaron las discusiones de los que afirmaban que se trataba solo de una entre las múltiples grandes rutas marítimas existentes. En el Almirantazgo había muchos que rechazaban la idea de organizar todas las rutas marítimas en un sistema global de convoyes, pero, en último término, las pérdidas sufridas en abril de 1917 fueron tales que a finales de mes se decidió, aunque fuera a destiempo, dar una oportunidad a los convoyes. La declaración de guerra de Estados Unidos alivió además ligeramente la escasez de escoltas navales adecuadas. Los primeros convoyes experimentales comenzaron en mayo de 1917 y fueron un gran éxito, sin que surgiera ninguno de los problemas previstos a la hora de mantener la posición. Pero la introducción de un sistema de convoyes en toda regla fue muy lenta y las pérdidas de barcos siguieron siendo muy elevadas durante todo el verano de 1917.

Jellicoe seguía abrumado por las dificultades prácticas reales o imaginarias del sistema de convoyes y por consiguiente no veía ninguna urgencia en ordenar la puesta en vigor de esta política. Un pesimismo sordo empezó a teñir de negro toda su

perspectiva de la guerra. Esta situación se puso claramente de manifiesto sobre todo en la controversia suscitada en torno a las medidas necesarias para destruir o inutilizar las bases alemanas de destructores y submarinos establecidas en los puertos belgas de Zeebrugge y Ostende. Jellicoe había hablado muy atinadamente de la imposibilidad de conseguir cualquier resultado útil mediante la realización de bombardeos navales de largo alcance y se había mostrado convencido de que el ejército debía contribuir también despejando la costa del norte de Bélgica antes de que el invierno de 1917 pusiera fin a la temporada de campañas. La propuesta en sí no era tan controvertida, pero Haig contempló con horror la inoportuna intervención de Jellicoe en una reunión del Comité de Política de Guerra celebrada el 20 de junio de 1917. Estaba hablando en apoyo de la ofensiva de Flandes planeada por Haig, pero su línea de pensamiento fue más allá de los límites aceptables.

> Hoy se ha presentado una situación seria y alarmante. En la conferencia de hoy, el almirante Jellicoe, como primer lord del Mar, afirmó que debido a la gran escasez de barcos como consecuencia de la acción de los submarinos alemanes sería imposible para Gran Bretaña continuar la guerra en 1918. Fue un bombazo para el gabinete y para todos los presentes. Tendrá que llevarse a cabo una investigación completa de los hechos reales en los que se basa esta opinión de las autoridades navales. Ninguno de los presentes compartió la tesis de Jellicoe, y todos se mostraron satisfechos y dijeron que las reservas de alimentos de Gran Bretaña eran adecuadas. Las palabras de Jellicoe fueron: «No vale de nada discutir planes para la primavera que viene. ¡No podemos seguir adelante!».[6]
>
> Mariscal de campo sir Douglas Haig, cuartel general, BEF.

Haig era muy implacable en su apreciación general de la figura de Jellicoe: «Me temo que no me causa ninguna impresión. ¡De hecho, me parece una vieja!».[7] Haig era un poco injusto al hablar de un gran comandante naval que se hallaba abrumado por los efectos de una fatiga crónica causada por el leal servicio prestado a su país en puestos de la máxima responsabilidad a lo largo de toda la guerra. Pero en esencia, Haig tenía razón: la pérdida de poder de Jellicoe en el proceso

de toma de decisiones hacía de él una carga. Jellicoe seguía teniendo el pleno apoyo del primer lord del Almirantazgo, lord Carson, pero el nuevo primer ministro, David Lloyd George, que siempre fue un político consumado, «ascendió» a Carson al Gabinete de Guerra y el 20 de julio nombró para su puesto al enérgico antiguo industrial sir Eric Geddes. Este marino aficionado introduciría en el Almirantazgo una minuciosa profesionalidad, reorganizando la función de los lores del Mar y de todo el personal del Almirantazgo para mejorar la actuación a todos los niveles de la administración. Jellicoe quedó desprotegido y comprendió que era el próximo objetivo del primer ministro.

La lenta introducción de los convoyes era, desde luego, un asunto complejo, que exigía de todas las personas concernidas un enorme esfuerzo organizativo y un aprendizaje muy arduo. La tripulación civil de los buques de la marina mercante tenía que familiarizarse con los nuevos métodos de trabajo y aceptar las exigencias de vigilancia continua si no quería verse envuelta en una colisión o perder el contacto con el convoy, especialmente cuando navegaban de noche y sin luces. La mayoría lo hizo mejor de lo que el Almirantazgo hubiera podido soñar.

> El convoy ha añadido muchas obligaciones nuevas a la suma de nuestras actividades cuando estamos en el mar. Las señalizaciones han adquirido mucha importancia en la navegación. El ondear de una sola bandera puede obligarnos a tomar un nuevo rumbo en cualquier momento del día. No leer una bandera correctamente puede dar lugar a una colisión instantánea con un barco hermano. Necesitamos todos los ojos que haya en el puente para seguir el ritmo de las órdenes del comodoro. Por lo que respecta al mantenimiento del rumbo nos hemos visto obligados a poner en práctica una rama del arte de la navegación con la que muchos de nosotros no estábamos familiarizados. Navegando de forma independiente, solo había que dar una orden al maquinista cuando habíamos perdido al piloto. «¡Avante a toda máquina!», decíamos, y hacíamos sonar tres veces el telégrafo para que el maquinista de guardia supiera que no iba a haber más «tira y afloja», y que ya podía largarse al cuarto de calderas a ver el estado de las mismas. ¡Se había acabado… lo bueno! Ahora teníamos que

> estar atentos al buque guía y molestar al maquinista pidiéndole ajustes de la velocidad que le obligaban a darle permanentemente a la manivela. Los fuegos podían ahogarse y sofocarse si no se atizaban con habilidad: el vapor «baja» sin avisar. Una y otra vez el hombre tiene que saltar hasta la boca del tubo acústico: «¿Qué? ¿Dos revoluciones? ¡Quiá! ¡Ya no puedo darle más!». Pero se las da. Quizá despacito, pero seguro, obliga a los fogoneros despistados a sacar más vapor, y avanzamos y volvemos a ocupar nuestro puesto en la línea. Buena parte en el éxito del convoy se cimenta en la sala de máquinas de nuestros buques mercantes.[8]
>
> Capitán David Bone, buque de vapor *Cameronia*.

Tanto duro trabajo resultó una inversión muy valiosa. A finales de septiembre habían llegado a Inglaterra unos ochenta y tres convoyes, que totalizaban 1.306 mercantes. Solo habían sido hundidos dieciocho barcos, ocho de los cuales se perdieron tras salirse de su convoy. Del mismo modo, solo fueron hundidos dos barcos de los cincuenta y cinco convoyes que salieron de Gran Bretaña. A todo ello vino a sumarse otro beneficio, por cuanto los convoyes permitían también un uso más eficaz de la inteligencia naval que seguía llegando de la Sala 40 y de las emisoras direccionales de radio. Este servicio proporcionaba una gran cantidad de información acerca de la localización aproximada de los submarinos alemanes que, al parecer, no tenían idea de lo que significaba el silencio de radio. Aunque demasiado vago geográficamente para resultar demasiado útil para las numerosas patrullas dedicadas a la tarea por lo general estéril de rastrear y hundir submarinos, ayudó mucho a los convoyes que podían ser desviados de las peligrosas aguas en las que se sabía que operaban los U-Boote. Estos se encontraban con el océano desierto, pues para un submarino el grupo de buques organizados en apretados convoyes resultaba apenas más visible marginalmente que un solo barco. Ya en agosto de 1917, el teniente comandante Alfred Saalwächter, al mando del *U-94*, se daba cuenta de las repercusiones del nuevo sistema.

> Los convoyes, que con sus poderosas y eficaces escoltas hacen que el ataque resulte extremadamente difícil, son, en mi opinión, muy capaces de reducir drásticamente las pérdidas de barcos. Las posibilidades de avistar un convoy de siete barcos es menor que la de avistar siete barcos sueltos. En el caso de un convoy es muy posible abrir fuego solo contra un barco. Por un barco torpedeado en un convoy, la posibilidad de que reciba ayuda inmediata es un factor de notable importancia para la moral.[9]
>
> Teniente comandante Alfred Saalwächter, *U-94*.

Cuando se encontraban con un convoy, los capitanes de los submarinos se veían obligados a asumir excesivos riesgos para apuntarse un tanto, pues todo el tiempo eran hostigados por las escoltas armadas y profusamente rociados de cargas de profundidad. El cuaderno de bitácora del teniente comandante Hans Adam, al mando del *U-82*, revela las oportunidades que tuvo que aprovechar y las dificultades que tuvo que superar para efectuar con éxito un ataque contra un convoy en septiembre de 1917.

> Disparé un cañonazo de advertencia a este vapor en dirección a los Vapores 4 y 5. Al Vapor 4 lo alcancé. El Vapor 2 había izado una bandera roja, que probablemente sirviera para anunciar la presencia del submarino, pues varias torpederas se dirigieron hacia el vapor. Como no había posibilidad de disparar el único tubo útil que quedaba (el de popa), me sumergí. Los destructores lanzaron unas diez cargas de profundidad; una estalló bastante cerca de nuestra popa. El ataque se vio gravemente dificultado por el mal tiempo, el oleaje, la marejada y los chubascos. El éxito del ataque se debió al excelente gobierno de la nave bajo el agua. Fuga sin hacer ruido a sureste bajo el agua. 4.45 pm: salida a la superficie. Intento encontrarme otra vez con el convoy, pues todavía puede vérsele. Pero un destructor me obliga de nuevo a sumergirme. 6.37 pm: salida a la superficie. Dos destructores me impiden acercarme. Debido a la marejada de sureste me resulta imposible continuar hacia el sur y adelantarme a ellos. Además, el mar y el oleaje imposibilitan lanzar un torpedo. Así que abandono la persecución.[10]
>
> Teniente comandante Hans Adam, *U-82*.

Poco a poco el ritmo al que los barcos aliados eran hundidos empezó a disminuir en proporción directa al número de buques que viajaban en convoy; al mismo tiempo el número de submarinos hundidos empezó a aumentar. Casi a pesar suyo, el Almirantazgo había dado con la solución a la crisis de

los U-Boote. Pero ya era demasiado tarde para Jellicoe: agotado por sus esfuerzos y acosado por la hostilidad —o peor aún, el desprecio mal disimulado— de Lloyd George y Geddes, finalmente fue destituido por Geddes el 24 de diciembre de 1917. El nuevo primer lord del Mar, el vicealmirante sir Rosslyn Wemyss, tenía una energía residual mucho mayor y fue capaz de construir sobre los cimientos que había puesto Jellicoe. Wemyss continuaría con las reformas de Jellicoe dentro del Almirantazgo, creando una estructura lógica de estado mayor que permitía una adecuada delegación de las decisiones y las responsabilidades.

A finales de 1917 una de las grandes cuestiones de la guerra había encontrado respuesta: al final Inglaterra no se vería obligada a abandonarla por hambre. El hecho de que los submarinos no consiguieran sus ambiciosos objetivos supuso un duro golpe para la moral alemana y el alto mando comprendió que la guerra no podría ser ganada por los U-Boote. La batalla de Jutlandia había confirmado que el bloqueo británico de Alemania iba a continuar. Pero la derrota de los submarinos en 1917 daría lugar en último término a la Ofensiva de Primavera de 1918, diseñada para obligar a Inglaterra a salir de la guerra por tierra antes de que los americanos llegaran en gran número al Frente Occidental.

En 1918, los americanos estaban ya firmemente acoplados a la Gran Flota que, tras la petición cursada por Beatty en abril de ese mismo año, se trasladó al sur, a Rosyth, en el fiordo de Forth. Los americanos aportaron los cinco dreadnoughts rápidos de la 6.ª Escuadra de Batalla, al mando del contraalmirante Hugh Rodman, que no tardaría en integrarse en la flota. Rodman mostró una alentadora predisposición a adaptarse a los métodos y tácticas de los británicos, a su artillería y a su sistema de comunicaciones, reconociendo el valor de los largos años de experiencia de guerra que poseía la Ma-

rina Real. Esta postura contrastaba con la actitud adoptada por el general John Pershing y la Fuerza Expedicionaria Estadounidense (AEF por sus siglas en inglés) en el Frente Occidental, que del modo más descarado hicieron caso omiso de los consejos de los mandos ingleses y franceses sucesivamente.

En la guerra contra los U-Boote, el sistema de convoyes estaba en pleno desarrollo y funcionaba cada vez con más eficacia. Los submarinos eran cazados con una ferocidad implacable. Para los tripulantes de los U-Boote llegó a ser una tortura espantosa, como experimentó el 15 de abril el capitán teniente Johannes Speiss, por entonces al mando del *U-19*, frente a las costas de la isla escocesa de Oversay.

> A las 8.25 pm, subí cautelosamente el periscopio para echar un vistazo general, pues, según mis cálculos, ya debía de haber pasado al *Foxglove*. Para mayor sorpresa mía, lo vi justo delante de nosotros, a unos mil metros de distancia, y aparentemente parado. «¡Abajo periscopio! ¡Inmersión a 20 metros!» Y al mismo tiempo BRUMMMM… Como consecuencia del impacto casi me caigo encima de la emisora central. La carga de profundidad cayó muy cerca del castillo. La sacudida fue tremenda. «¡Inmersión a mayor profundidad! ¡A toda máquina!» BRUMMMM… ¡Maldición, era una explosión! Las bombillas se fundieron. «¡Corte de emergencia del sistema de iluminación! ¡Velocidad silenciosa, rumbo oeste!» Las baterías de repuesto estaban casi descargadas. Al cabo de veinte minutos todo está tranquilo. Aparentemente los aparatos de escucha nos han perdido la pista y en la superficie no hay estela de gasolina ni rastro de la hélice que delate nuestra presencia. Quise reanudar el ataque y al principio salí a la superficie con mucha cautela. De repente BRUMMMM… ¡Justo encima de nosotros! BRUMMMM… Un poco más allá. Había vuelto a fallarnos. Inmersión a más profundidad. «¡Todos a proa!» BRUMMMM… BRUMMMM… ¡Esas malditas cargas! BRUMMMM… Otro impacto, otra sacudida. Hemos tocado fondo. «¡Paren las máquinas! ¡Llenen todos los tanques! ¡Nos quedamos en el fondo!» El indicador de profundidad señala 50 metros. El barco tiene flotabilidad negativa y permanece inmóvil en el fondo. BRUMMMMM… Otra carga de profundidad, probablemente lanzada sobre los remolinos que hemos levantado en el agua, el agua debe de estar muy clara para que vea tan bien. BRUMMMM… Otra. «¡Párenlo todo en el barco para que no nos oigan!» La situación era más que crítica. Abrumados por unas explosiones tan fuertes, ahí estábamos nosotros, diminutos y llenos de miedo, en el fondo del Atlántico, donde afortunadamente el agua no era muy profunda.[11]
>
> Capitán teniente Johannes Speiss, *U-19*.

Al final Speiss y sus hombres tuvieron suerte y el buque escolta abandonó el lugar. De no haberlo hecho, con las baterías eléctricas casi totalmente agotadas, Speiss no habría tenido más remedio que volar los tanques del *U-19*, salir a la superficie y aceptar su destino.

Otro incidente como muchos centenares de choques entre submarinos y buques escolta tuvo lugar el 31 de mayo de 1918 cuando un convoy de unos treinta buques mercantes pasaba ante el cabo de Flamborough, en la coste este de Yorkshire, escoltado por un conglomerado de balleneros y arrastreros armados al mando del teniente Geoffrey Barnish, a bordo del destructor *Fairy*. De repente, no lejos de Bridlington, Barnish oyó un sonoro golpe procedente del convoy y corrió al puente, desde donde comprobó que el vapor *Blaydonian* había chocado con un submarino. Al principio Barnish se sintió confuso.

> En el pasado todos habíamos tenido uno o dos sustos debido a la aparición de nuestros propios submarinos saliendo repentinamente a la superficie tras realizar su patrulla en la bahía, buscando el rumbo y la distancia de Middlesborough o del Tyne. No podía imaginarme que un submarino alemán pudiera estar en esa posición, así que te puedes figurar mi angustia. Hicimos una conjetura tras otra, mientras nos acercábamos rápidamente a nuestro amigo o a nuestro enemigo. Entonces decidí que debíamos inutilizarlo, de modo que si resultaba ser inglés, nuestros desgraciados compañeros tendrían al menos la posibilidad de salvar la vida. Con ese objetivo *in mente* ordené al patrón de torpedos (William James Spinner) que pusiera rumbo a su popa, o lo que yo pensaba que era su popa. En ese momento estábamos ya muy cerca, y no puedes figurarte mi alivio cuando oí una voz procedente de su castillo que gritaba: «Kamerad! Kamerad!». Entonces supe qué era exactamente lo que tenía que hacer, y enseguida ordené al patrón virar a babor para darle en un punto más vital. Pero estábamos demasiado cerca para que el viraje surtiera efecto, y rápidamente pasé ante la popa de nuestro enemigo. No recuerdo haber sentido en ese momento una fuerza de impacto considerable, y probablemente nos causáramos nosotros mismos más daño del que le hicimos a él. Sin embargo, al pasar por su lado, decidí reanudar el ataque embistiéndole, y, mandando al artillero a popa para que abriera fuego con nuestra batería trasera, procedí a hacer virar en redondo al *Fairy*. El submarino disparó su batería, pero nosotros le disparamos a quemarropa con el cañón de 57 mm de popa. En total, se hicieron cuarenta impactos directos. Los alemanes que había en el puente del submarino saltaron al agua cuando volvimos a embestirlos. Siempre recordaré que me pregunté

desde qué distancia se había lanzado nuestra proa, y con esa idea volví al timón y posé mi mano sobre la del patrón, probablemente transmitiéndole una sensación de consuelo, además de saber que el patrón haría lo que yo quería que hiciera dirigiéndole con mi mano. La proa del destructor arremetió contra el submarino cerca del cañón. Los que estábamos en el puente nos encontramos de pronto mezclados en la cubierta. En realidad no sé a cuánto pusimos el vapor, pues lo que vi a continuación fue que nuestro castillo de proa estaba bajo el agua y que el submarino había desaparecido, dejando a dos alemanes tranquilamente de pie con las manos arriba en nuestro castillo de proa sumergido. Luego capturamos a otros tres.[12]

Teniente Geoffrey Barnish, buque *Fairy*, de la Marina de Su Majestad.

No tardarían en volver a verse las caras bajo el agua. Por desgracia, el *Fairy* era uno de los primeros destructores, construido allá por 1897, y los daños sufridos fueron tales que poco después se uniría a su enemigo bajo el mar.

Las redes y las barreras de minas se extendieron también de forma regular para intentar impedir que los submarinos tuvieran acceso a mar abierto. Se realizaron muchas obras en la barrera que cruzaba el Paso de Calais, mientras que un proyecto más ambicioso dio a lugar a una nueva Barrera del Mar del Norte, de casi 400 kilómetros, que se extendía desde las Orcadas hasta la costa de Noruega. En realidad nunca llegó a resultar eficaz debido a los problemas prácticas que conllevaban las minas, que no solo eran colocadas a demasiada profundidad para afectar a los submarinos cuando salían a la superficie, sino que además tenían una inquietante tendencia a detonar solas en cadenas de explosiones espectaculares. Pero la Barrera del Norte, a pesar de sus deficiencias, supuso una prueba terrible para los tripulantes de los U-Boote, que se veían obligados a sortearla o a cruzarla dos veces en cada viaje.

Los buques de la 10.ª Escuadra de Cruceros habían sido los únicos que habían estado surcando las aguas septentrionales desde 1914. La escuadra continuó desempeñando su papel, no por secundario menos importante, en la aplicación del bloqueo a Alemania. El bloqueo había ido estrechándose cons-

tantemente gracias a las patrullas cada vez más numerosas de cruceros, reforzados por los utilísimos arrastreros armados. El cuidadoso control y la vigilancia del paso de los cargamentos neutrales por medio de inspecciones directas, junto con la implacable aplicación del poder económico que confería el control ejercido por los británicos sobre los suministros de hulla seca, fue metiendo poco a poco en cintura a los países neutrales, que dejaron de intentar burlar el bloqueo. A medida que la guerra seguía adelante, fue también quedando claro que las compañías navieras neutrales podían ganar muchísimo más dinero comerciando legítimamente sin recurrir a saltarse el bloqueo y a malquistarse con los ingleses. Por último, la entrada en guerra de Estados Unidos junto con el empleo de un sistema eficaz de convoyes eliminó la necesidad de las patrullas del norte. Entre junio de 1917 y enero de 1918 sus cruceros mercantes armados se dedicarían gradualmente a escoltar los convoyes. La patrulla seguiría actuando reducida a la mínima expresión con los arrastreros y las traineras que atendían las redes y las barreras de minas en el mar del Norte.

Una operación arriesgada que recibió el visto bueno del Almirantazgo contra la amenaza de los submarinos fue la incursión en Zeebrugge de 23 de abril de 1918. Desde hacía tiempo se habían venido elaborando diversos planes para intentar bloquear las entradas a los puertos de Zeebrugge y Ostende a través de los canales que conducían a la madriguera de los submarinos de Flandes en Brujas. La versión final del plan fue elaborada por el vicealmirante sir Roger Keyes. Un crucero ya viejo —y del que, por lo tanto, se podía prescindir—, el *Vindictive*, debía situarse ante el larguísimo muelle del puerto de Zeebrugge y lanzar un ataque en el que debían desembarcar 900 hombres encargados de inutilizar las baterías de artillería alemanas que cubrían la entrada al puerto. Para impedir la intervención de refuerzos, los submarinos *C1* y *C2* habían car-

gado cada uno unas cinco toneladas de explosivos de alta potencia para destruir el viaducto que unía el muelle con el puerto. Durante el caos creado por estas acciones y en medio de espesas cortinas de humo, otros tres cruceros viejos, el *Thetis*, el *Intrepid* y el *Iphigenia*, debían ser barrenados a la entrada del canal de Brujas.

Los tripulantes del *Vindictive* y de los barcos que debían bloquear el canal eran todos voluntarios. Cuando el marinero de primera Wilfred Wainwright subió por primera vez a bordo del *Vindictive* quedó muy impresionado por las medidas tomadas para equiparlo para el papel especial —y extremadamente peligroso— que debía llevar a cabo ante el muelle de Zeebrugge.

> Había sido despojado de todo excepto de las partes esenciales, el palo mayor había sido eliminado y el de trinquete había sido recortado por encima de la cofa de combate. A lo largo de la banda de babor corría una inmensa tira de madera con enormes defensas de avellano y en la aleta de babor una parte del palo mayor había sido pegada a la cubierta para permitirle permanecer a flote junto a cualquier superficie sin moverse, ni hacia delante ni hacia atrás. Cubriendo su batería de babor había una falsa cubierta bordeada de sacos de arena, y sobresaliendo por encima de esta cubierta había una multitud de pasarelas improvisadas, dieciséis en total, flanqueadas por dos cabinas de metal enormes que abrigaban los lanzallamas de proa y de popa. Entre el castillo de proa y el alcázar había dos arpeos adaptados para colgar cables con banderines que iban respectivamente hasta los cabrestantes de proa y de popa. Los cañones de proa y de popa habían sido sustituidos por obuses de 191 mm y en la parte central de la embarcación, detrás de la chimenea de popa, había un obús de 280 mm, la batería de babor había sido sustituida por «pompones» de 2 libras, con la excepción de los cañones de proa y de popa de 152 mm, mientras que en la cofa de combate iban otros dos «pompones». No se puede negar que era un barco feo, allí parado, una verdadera fortaleza flotante, una trampa mortal provista de todos los ingeniosos inventos de la guerra que pueda imaginar el cerebro humano, pero estábamos obscenamente orgullosos y diabólicamente encantados con él.[13]
>
> Marinero raso Wilfred Wainwright,
> buque *Vindictive*, de la Marina de Su Majestad.

Naturalmente el ambiente a bordo de los barcos era muy tenso mientras surcaban el mar del Norte. Los hombres no podían desconocer los terribles riesgos a los que se enfrentaban. El éxito de la incursión exigía que casi todo saliera a la perfección. No cabía margen de error. Pero la mayoría de ellos eran jóvenes y estaban dispuestos a todo. Cuando se acercaron al muelle, fueron detectados rápidamente a pesar de las cortinas de humo y quedaron expuestos al fuego a corta distancia de las baterías alemanas.

> La noche se hizo día debido a los reflectores y a las bengalas, y todo el veneno y el odio de las baterías de costa se concentraron contra nosotros, impactando en el barco andanada tras andanada y causando un daño indescriptible en la batería de estribor, atestada de gente, donde toda la patrulla de asalto esperaba para desembarcar; los artilleros del obús de proa fueron barridos a excepción del encargado del tubo acústico, que se encontraba a una distancia de unos metros. La parte más extraña de todo esto fue que la batería de morteros de trinchera, situada a poco más de un metro, no sufrió en ese momento ningún daño. En el breve espacio de unos segundos el marinero jefe que estaba al frente de nuestra batería había sido alcanzado detrás de la cabeza, mientras que media docena de hombres de nuestra batería solo habían sufrido rasguños superficiales. Ahora estábamos junto al muelle y un poquito protegidos de la sangrienta granizada de bombas que nos caía procedente de los fuertes y que continuaba lanzando ráfagas de metralla alrededor de nuestras chimeneas, cuya silueta se recortaba en el horizonte y ofrecía un blanco perfecto. Todos los cañones del *Vindictive* que podían aguantar se habían puesto a ladrar y la noche se había vuelto espantosa debido al enervante estrépito de los «pompones», el profundo retumbo semejante a un repique de campanas de los obuses y de los morteros de trinchera, y el penetrante traqueteo de la fusilería y de las ametralladoras; era como una venganza diabólica y parecía casi un milagro que unos seres humanos pudieran vivir en semejante infierno.[14]
>
> Marinero raso Wilfred Wainwright,
> buque *Vindictive*, de la Marina de Su Majestad.

Pasada apenas la medianoche, el *Vindictive* había encallado junto al muelle unos 300 metros más allá de la zona fortificada y de las baterías de cañones alemanes de lo que era su intención. Esta nueva dificultad vino a sumarse a las que ya tenían que afrontar las patrullas de desembarco, obligadas a llegar a tierra trepando bajo un fuego fortísimo.

Una bomba ya había abierto un boquete enorme en el costado de nuestro barco. Apiñados en las lanchas de desembarco decíamos precipitadamente al camarada que teníamos más cerca: «¡Adiós!» o «¡Buena suerte!». Cada sección tenía asignada una tarea. Se veían caer bombas por delante y por detrás, seguidas de explosiones terribles, y el aire se llenaba de rugidos, gritos y chillidos. Las bengalas arrojaban su luz sobre la escena y todo el tiempo nuestros muchachos avanzaban arrastrándose sin cesar en la oscuridad, precipitándose hacia la masa negra del enemigo, que aguardaba más adelante.[15]

Marinero de primera Cyril Widdison,
buque *Vindictive*, de la Marina de Su Majestad.

Resultó imposible llegar a las baterías, así que los marines se limitaron a causar el mayor daño posible. El soldado William Gough iba cargado con un lanzallamas que supuestamente debía utilizar contra los ocupantes de los cobertizos situados en la parte interna del muelle.

El lanzallamas era un cilindro pesado y rígido que contenía una mezcla de fueloil y gasolina, que salía por una boquilla y que se encendía al entrar en contacto con una chispa eléctrica delante de la boquilla. El chorro de llamas se extendía a lo largo de unos 30 metros. Debido a la incomodidad de esta arma, tardé mucho tiempo en llegar a los cobertizos, pues tuve que superar varios obstáculos, entre otros un muro de unos cinco o seis metros, utilizando cuerdas y escalas para trepar por él. En consecuencia, perdí el contacto con mi pequeño grupo de marines. Cuando llegué a mi objetivo y entré en el cobertizo, me di cuenta de que mi presencia allí era innecesaria. El edificio había sido volado y no habían quedado más que cuatro paredes en ruinas, fusiles hechos añicos y dos alemanes muertos. Seguí adelante y me encontré junto a una barandilla de metal al borde del agua, y delante de mí vi un destructor alemán, disparando sus cañones y con la mayoría de sus tripulantes en cubierta. Dirigí contra ellos mi lanzallamas, barriendo la cubierta con fuego. Debí de matar a un buen montón de ellos. Intenté llegar al puente, desde el que alguien estaba disparándome con un revólver, pero la distancia era demasiado grande, y mi lanzallamas se había quedado sin combustible. Como las balas de una ametralladora situada un poco más allá en el muelle llegaban demasiado cerca para mi tranquilidad, arrojé mi arma, que resultaba ya inútil, y busqué refugio detrás de una pared de poca altura.[16]

Soldado William Gough, 4.º Batallón, Reales Marines,
buque *Vindictive*, de la Marina de Su Majestad.

Volver al *Vindictive* no fue tarea fácil.

Justo después de la una en punto se tocó retirada y todos los que quedábamos regresamos corriendo sin aliento: corriendo para salvar nuestras vidas en medio de una granizada de balas y de bombas. De 14 o 16 lanchas solo queda-

ban dos, que crujieron y se combaron ominosamente cuando nos apiñamos en ellas 300 o 400 hombres. Algunos ayudaban a caminar a los compañeros heridos, y mientras que algunos camaradas tenían que ser llevados a bordo a rastras, encontré a un pobre muchacho tumbado indefenso junto a la orilla, a pocos metros de la pasarela, y con la ayuda de un colega logré llevarlo sano y salvo a bordo.[17]

Marinero de primera Cyril Widdison,
buque *Vindictive*, de la Marina de Su Majestad.

Desde el *Vindictive*, el capitán Alfred Carpenter observó cómo los barcos encargados de bloquear el canal se abrían paso hasta el puerto, por desgracia también bajo el potente fuego de las baterías del muelle. Iban llenos hasta los topes de bloques de cemento y preparados para hacer detonar las cargas explosivas colocadas en sus cascos para facilitar su hundimiento.

Vimos al *Thetis* entrar majestuosamente en el puerto. Fue directo a la boca del canal, y puedes imaginarte que era todo un derroche de luz y un blanco fácil para cualquier pieza grande que estuviera en condiciones de disparar. Avanzaba estupendamente, pero tuvo la maldita mala suerte de enredar su hélice en las redes de defensa. Incluso entonces, sin embargo, actuó a la perfección. Dio instrucciones por medio de señales al *Intrepid* y al *Iphigenia*, que de ese modo pudieron esquivar las redes. ¡Qué magnífico ejemplo de colaboración! Entró el *Intrepid*, y tras él entró el *Iphigenia*. No les hacía ninguna gracia, ¿sabes?, tener que irse a pique a la entrada del canal. No era esa, ni mucho menos, su idea. Tenían que entrar con los cañones disparando a quemarropa contra ellos desde todos los costados, hundir los barcos, y volver como mejor pudieran. Y así lo hicieron. Bloquearon aquel canal con tanta perfección y eficacia como habríamos deseado que lo hicieran en nuestros momentos de mayor optimismo, y luego, gracias a las pequeñas lanchas de motor, que fueron manejadas con la mayor destreza y valentía, los oficiales y sus hombres volvieron sanos y salvos. En cuanto vimos que los barcos encargados de bloquear la entrada se habían ido a pique supimos que habíamos hecho bien nuestro trabajo.[18]

Capitán Alfred Carpenter, buque *Vindictive*, de la Marina de Su Majestad.

Cuando se retiraron, llegó el momento de que los ingleses echaran cuentas de lo que había costado todo aquello: habían perdido un destructor y dos lanchas de motor y habían resultado muertos 170 hombres, 400 habían sido heridos y 45 habían desaparecido. ¿Pero tenía razón el capitán Carpenter?

Desde luego la incursión llevada a cabo simultáneamente contra Ostende había sido un rotundo fracaso, pero al menos al principio dio la impresión de que había buenos motivos para celebrar el éxito cosechado en Zeebrugge y se concedieron ocho Medallas Victoria. En realidad, la obstrucción de los barcos hundidos solo supuso para los alemanes una pequeña molestia hasta que tres semanas después abrieron un nuevo canal. Lo único que habían conseguido los ingleses era dar un breve golpe propagandístico que no tuvo repercusión alguna sobre la guerra submarina, a diferencia del duro trabajo, mucho menos aparatoso, de los convoyes escoltados en la zona donde se libraba la guerra submarina y en la que acabaría ganándose.

Curiosamente, el 24 de abril la Flota de la Alta Mar había efectuado una salida por el mar del Norte con la intención de interceptar alguno de los convoyes que iban regularmente a Escandinavia. Estos grandes convoyes eran escoltados a menudo por buques enormes que ofrecían un objetivo muy tentador y aislado. Esta vez los alemanes ocultaron sus intenciones a los británicos manteniendo un estricto silencio de radio, por lo que parecía muy probable que cosecharan un gran triunfo. Pero, a pesar de haberlo planificado todo, Scheer pasó por alto comprobar con la embajada alemana en Noruega las fechas de la travesía de los convoyes. De hecho, no había ninguno previsto para el 24 de abril. Los problemas aumentaron cuando el crucero de batalla *Moltke* sufrió una catastrófica avería en los motores que en último término requirió que lo retiraran a remolque. Los mensajes por radio intercambiados durante este incidente fueron interceptados por la Sala 40, de modo que Beatty y la Gran Flota zarparon de Rosyth y cruzaron el mar del Norte con intención de salirle al paso. Al final llegaron tarde y Scheer logró escapar y llegar a

puerto. Ambos bandos habían fracasado, pero los ingleses seguían estrechando el anillo alrededor de Alemania. Aquella sería la última salida de la Flota de Alta Mar.

En agosto Scheer fue nombrado jefe de estado mayor del Almirantazgo alemán, siendo sucedido por Hipper como comandante en jefe de la Flota de Alta Mar. Los británicos consideraban a Hipper más agresivo que Scheer y abrigaban la esperanza de que por fin llegara *der Tag*. Estaban además al corriente de los casos de descontento que se habían producido en al armada alemana. Los marineros, obligados a permanecer en puerto durante demasiado tiempo, habían sufrido una fuerte influencia de la propaganda socialista. Los ingleses más optimistas esperaban que los alemanes hicieran zarpar a la flota, para que las tripulaciones exaltadas mataran o murieran. Lo cierto es que Hipper planeaba una última gran operación en el mar del Norte, pero fue abortada cuando los marineros alemanes se amotinaron al recibir la orden de abandonar Wilhelmshaven el 29 de octubre. El marinero Richard Stumpf observó los acontecimientos desde el acorazado predreadnought *Lothringen*.

> Todos lo sabíamos en nuestros corazones: aquella era la última vez que veríamos a muchos de nuestros barcos. Mi mente contemplaba lo que pasaría si entrábamos en combate y destruíamos la flota enemiga. Me puse a jugar con las posibilidades más absurdas. En último análisis todavía podía dar lugar a nuestra victoria. Sin embargo, cayó sobre el mar un velo impenetrable de niebla. El tiempo hizo que cualquier idea de hacernos a la mar resultara irrealizable. En aquel mar de niebla y lluvia fina no se podía ni siquiera distinguir la proa desde la parte central del barco. Poco después oímos que los fogoneros de tres cruceros de batalla habían dejado deliberadamente que el fuego fuera extinguiéndose poco a poco o que incluso habían apagado las calderas. En aquel momento unos cien hombres del *Von der Tann* andaban sueltos por la ciudad; en el *Seydlitz* y en el *Derfflinger* faltaban hombres. Así que la flota no habría podido zarpar aunque no hubiera habido niebla. Es una pena, es una tragedia que se haya podido llegar tan lejos. Pero incluso con la mejor de las intenciones no puedo reprimir cierta sensación de *Schadenfreude*. ¿Qué ha ocurrido con el poder absoluto de los orgullosos capitanes y de los ingenieros de estado mayor? Ahora por fin, después de tantos años, los fogoneros y los marineros reprimi-

dos se dan cuenta de que nada, lo que se dice nada, puede hacerse sin ellos. En el *Thüringen*, el antiguo buque modelo de la flota, el motín había alcanzado sus peores niveles. La tripulación encerró simplemente a los oficiales de menor rango y se negó a levar anclas. Los hombres dijeron al capitán que solo combatirían contra los ingleses si su armada aparecía en aguas alemanas. Ya no querían arriesgar sus vidas inútilmente.[19]

Marinero Richard Stumpf, buque *Lothringen*, de la Marina Imperial.

La Flota de Alta Mar había llegado a su fin como fuerza de combate. Hipper suspendió la operación y dispersó su flota para intentar sofocar el motín. Más tarde, el jefe de estado mayor de Hipper, contraalmirante Adolf von Trotha, llevó a cabo una investigación a fondo y en sus hallazgos se dejarían sentir los ecos de ciertos viejos temores, anteriores al estallido de la guerra, acerca de la capacidad que pudiera tener Alemania de soportar un conflicto prolongado contra la Triple Entente.

Al parecer, hay numerosas pruebas de que nuestras fuerzas armadas serían incapaces de aguantar una guerra tan larga en cuanto faltara el impulso moral provocado por el éxito y en particular cuando las necesidades y las privaciones pusieran al Frente Interno ante una lucha tan tremenda. La incesante pérdida de soldados de primera línea, de entusiasmo juvenil y de capacidad entre los oficiales y los hombres; su sustitución por quintas de más edad, abrumadas ya por la carga de las preocupaciones familiares, o por quintas muy jóvenes e inexpertas, influidas ya por los efectos demoledores de la lucha existente en el Frente Interno: esta tendencia incesante e inevitable creó unos fundamentos inestables y trajo consigo los ingredientes esenciales del descontento. A pesar de las pérdidas mucho menores que había sufrido, este mismo proceso logró abrirse paso también en la marina.[20]

Contraalmirante Adolf von Trotha, alto mando, Flota de Alta Mar.

La armada alemana había sido derrotada. Peor aún, realmente nunca había sido puesta a prueba en una batalla a gran escala. Nadie podría saber qué habría pasado si hubiera buscado pelea en 1914, cuando la Marina Real británica se hallaba en su momento de máxima dispersión. La Flota de Alta Mar era una «flota de riesgo» y al final al káiser le faltó energía. La Marina Real se sintió frustrada por no haber conseguido la destrucción en combate de la Flota de Alta Mar; ese resque-

mor se dejaría sentir, desde luego, cuando se escribieran los recuerdos de la época. Sin embargo, casi siempre cumplió brillantemente con su deber en la Gran Guerra. Consiguió llevar a cabo y garantizar el traslado sin incidentes del ejército británico al Frente Occidental; las rutas marítimas a través del mundo entero fueron defendidas, incluso frente a la amenaza de los submarinos; y durante toda la guerra Alemania se vio parcialmente privada de materias primas como consecuencia del bloqueo. Estos fueron los valiosos galardones obtenidos por el ejercicio del simple poderío naval. Al final la Flota de Alta Mar creada por Tirpitz a un precio tan alto, la armada que había atraído la mala voluntad de Inglaterra hacia Alemania, no había conseguido mucho más que la flota prusiana obligada a permanecer anclada en puerto durante la guerra franco-prusiana allá por 1870. Y todo para nada.

15

El Frente Occidental, 1917

Si nuestros recursos se concentran en Francia de la manera más exhaustiva posible, sin lugar a dudas los ejércitos británicos serán capaces de conseguir grandes resultados este verano; resultados que permitirán asegurar más la victoria final, y que tal vez nos la pongan a nuestro alcance este mismo año. Si no sabemos concentrar nuestros recursos en el Frente Occidental, o si los apartamos de él, correremos un gravísimo peligro. Puede provocar la caída de Francia, y es evidente que alentaría a los alemanes.[1]

Mariscal de campo sir Douglas Haig, cuartel general, BEF.

Los británicos y los franceses empezaron el año 1917 con bastante confianza. Como no podían ver las cosas retrospectivamente, los líderes Aliados no tenían ni idea de que la revolución iba a debilitar primero a su aliado ruso y luego a apartarlo de la guerra. Todo lo que sabían era que las campañas del Somme y Verdún habían constituido unas experiencias horrendas para el ejército alemán, y que la Ofensiva Brusílov de los rusos había servido para ejercer más presión sobre él en el Frente Oriental. Había la esperanza, e incluso la convicción, de que el ejército alemán estuviera al borde de la extenuación. Desde que estallara la guerra, las fuerzas de Alemania se habían visto superadas en número, y la población masculina del país en edad militar era un recurso agotado. Aunque gracias a la mejor preparación y a la habilidad de sus soldados Alemania había cosechado notables triunfos, los Aliados querían creer que la presión a la que podían someterlos acabaría seguramente con ellos. Los problemas militares de Alemania eran cada vez más, y a ellos se sumaba la difícil situación económica, que se veía agravada por la combinación del bloqueo naval de la Marina de Su Majestad y el exorbitante coste de la guerra. Tanto los alimentos como las prendas de vestir estaban sometidos a un estricto racionamiento, y para el alto mando alemán las perspectivas eran sombrías: solo podía

mantenerse a la defensiva. Pero esto no significa que adoptara una actitud pasiva; de hecho, había efectuado una revisión total de sus tácticas defensivas, pues todo apuntaba a que los británicos en el Somme y los franceses en Verdún habían empezado a dominar la configuración táctica existente.

> En el curso de la batalla del Somme también habíamos aprendido importantes lecciones relacionadas con la construcción y la planificación de nuestras líneas. Las profundísimas fortificaciones subterráneas situadas delante de las trincheras de la primera línea debían ser reemplazadas por otras menos profundas. Los fortines de hormigón armado (que lamentablemente tardaron mucho tiempo en construirse) resultaban cada vez más valiosos. Las líneas de trincheras, cuya nítida disposición hacía que parecían líneas rectas en todas las fotografías aéreas, constituían un objetivo perfectamente claro para la artillería enemiga. Había que ampliar, flexibilizar y adaptar mejor al terreno todo el sistema defensivo.[2]
>
> General Erich Ludendorff, cuartel general.

En vez de un sistema lineal, los alemanes empezaron a estudiar la posibilidad de crear unas zonas defensivas más profundas con diversas funciones. La zona avanzada, que estaba condenada a sufrir el azote de la artillería de campaña de los Aliados, estaría en el futuro menos guarnecida, pero con los hombres protegidos por fortines reforzados de hormigón, en los cuales podían contar con el fuego cruzado de sus ametralladoras y con espesas alambradas para cubrir los huecos existentes entre una y otra construcción. Las tropas de vanguardia ya no tendrían necesariamente que luchar hasta el último hombre, sino que se les concedía libertad para replegarse y continuar el combate desde una posición más favorable. Las divisiones encargadas de contraatacar debían permanecer en un sector más retrasado, lejos del alcance de la artillería de campaña y listas para entrar en acción en cuanto las tropas agresoras empezaran a mostrar señales de fatiga y no pudieran recibir más apoyo de sus cañones. Varios oficiales participaron en la gestación de la nueva estrategia, pero su gran artífice fue el coronel Fritz von Lossberg, que fue enviado en calidad de

alto oficial del estado mayor a numerosas zonas sobre las que se cernía la amenaza de una inminente ofensiva francesa o británica. La reorganización de las defensas alemanas basada en los principios expuestos supuso una enorme inversión de tiempo, recursos humanos y material.

Los planes aliados para 1917 preveían el lanzamiento de más ataques sostenidos contra las líneas alemanas. En otra conferencia celebrada en Chantilly en noviembre de 1916 para coordinar estrategias, Joffre, erigiéndose como de costumbre como la voz más autorizada, exigió mantener la presión sobre los alemanes durante todo el invierno antes de lanzar en primavera más ofensivas a uno y otro lado de los campos de batalla del Somme. La BEF debía emprender una gran ofensiva en el sector situado entre las colinas de Vimy y el río Ancre, y los franceses otra entre los ríos Somme y Oise para luego atacar en la zona del Aisne y el Camino de las Damas. También fue planeado el lanzamiento en verano de una ofensiva británica en Flandes para mantener la presión sobre los alemanes.

Pero Alemania no era el único país que estaba pasándolo muy mal en 1916. El ejército francés había sufrido muchísimas bajas durante la batalla de las Fronteras; en 1915 había librado durísimos combates en una serie de dolorosas operaciones ofensivas; y luego no solo había tenido que soportar la larga agonía de Verdún, sino que también había desempeñado un papel importante en el Somme. Joffre parecía controlar la situación, pero lo cierto es que, en menos de un mes, iba a ser sustituido. Su reputación, otrora tan brillante a raíz de la batalla del Marne, se había visto afectada por no haber conseguido la victoria con sus costosas ofensivas. Sus jefes políticos no querían oír excusas, y no tuvieron en cuenta ni el poderío de los alemanes ni los terribles problemas que suponía una guerra de trincheras. Lo único que veían era el fracaso y, sa-

biendo lo que sabían *a posteriori*, acusaban a Joffre de haber desprovisto Verdún de defensas. A lo largo de 1916, una maliciosa campaña de desprestigio había socavado mucho la posición de Joffre. Luego, el 13 de diciembre de 1916, el general fue efectivamente destituido y nombrado asesor militar del gobierno, una compensación insignificante con la que se quiso cubrir el expediente. Su sustituto fue el general Robert Nivelle, que se había labrado una buena reputación durante las últimas fases de Verdún y que estaba convencido de que podía dar a Francia la victoria en un futuro próximo.

También los británicos estaban sometidos a fuertes presiones. La coalición gubernamental de Asquith, que no se distinguió precisamente por haber sido la más sólida de las administraciones, había caído en diciembre de 1916. El nuevo primer ministro, el liberal David Lloyd George, había conseguido formar otra coalición, basada, en gran medida, en el apoyo de los conservadores. Lloyd George daría mucho más impulso y energía que su predecesor a la continuación de la guerra. Su elocuencia se combinaba con una inteligencia formidable y una gran capacidad de trabajo. Para lograr el apoyo de los conservadores, había prometido no interferir en la dirección estratégica de la guerra, pero seguiría siendo un firme defensor de las operaciones en Oriente, lo cual lo alejó mucho de sus asesores profesionales. Sus planes carecían totalmente de lógica militar, y, cuando proclamó sus vagas ideas acerca de emprender una ofensiva desde Italia en el curso de la conferencia aliada celebrada en Roma en enero de 1917, fueron enseguida descartados por el alto mando tanto de Francia como de Gran Bretaña. Los italianos, en especial, vieron con muy malos ojos que tratara de obligarlos a desempeñar un papel tan delicado. Pero, al mismo tiempo, Lloyd George consiguió frenar a Haig, que hubiera querido más consideración para su viejo proyecto de lanzar una gran ofensiva en la zona de

Ypres. Debido a la aversión que producía en el primer ministro la perspectiva de sufrir más bajas británicas en los barrizales del Frente Occidental, esta idea también fue descartada.

Llegado este punto, el único plan que quedaba era el de Nivelle, a quien el éxito en las últimas ofensivas de Verdún en 1916 lo habían convencido de que sus métodos eran infalibles, de que él, y solo él, tenía la llave del éxito. Así pues, planeó el lanzamiento de una magnífica ofensiva en abril de 1917 contra las tan disputadas colinas del Camino de las Damas, situadas al otro lado del Aisne, mientras los británicos aislaban las reservas alemanas con otro ataque en Arras. Nivelle tuvo mucha habilidad para vender sus planes.

> Nuestro objetivo es, nada menos, que la destrucción del grueso de las fuerzas enemigas en el Frente Occidental. Y solo lo conseguiremos con una batalla decisiva en la que tengan que participar todas esas fuerzas, seguida de una consolidación intensiva de lo ganado. En la primera y la segunda fase, esto significa que tendremos que romper su frente, luego, al otro lado de la brecha, conseguir que se impliquen todas sus fuerzas que aún no hayamos podido comprometer en otras regiones, y por último enviar el grueso de nuestra fuerza de ataque contra las principales líneas de comunicación del enemigo, para obligarlo a abandonar rápidamente sus primeras líneas o a resignarse a seguir combatiendo en las condiciones más adversas. Conseguiremos todos estos resultados si utilizamos una parte de nuestras fuerzas para entretener al enemigo y romper su frente, y si trasladamos a nuestras reservas a un punto situado más allá del seleccionado por mí para abrir la brecha.[3]
>
> General Robert Nivelle, cuartel general.

La metodología de Nivelle carecía de cierta sutileza, pues contemplaba una gran acumulación de piezas de artillería para generar un bombardeo absolutamente destructor bajo cuya cobertura dos ejércitos franceses se abrirían paso a través de las líneas alemanas antes de que un tercer ejército cruzara la brecha. Era sin duda un plan ambicioso, recibido con cautela por Haig, que tenía sus reparos porque exigía que la BEF se encargara del sector de la línea que se extendía hacia el sur, entre el Somme y el Oise. No obstante, estaba más que dispuesto a permitir que la carga del esfuerzo aliado recayera

principalmente sobre los franceses. Cuando llegó el momento de hablar del asunto con los políticos, Nivelle fue mucho más convincente que la mayoría de los generales más reservados con los que habían tratado hasta entonces. Su visión de un éxito seguro y rápido cautivó en particular a Lloyd George. Y fue así como el plan de Nivelle fue aceptado al final para convertirlo en la piedra angular de los esfuerzos aliados en 1917.

Un mes más tarde, Lloyd George, como siempre un conspirador consumado, tendió una trampa a sus propios generales en el curso de la conferencia conjunta anglo-francesa celebrada en Calais el 26 de febrero de 1917. En total connivencia con los generales y los políticos galos, llevó a cabo una serie de tejemanejes para colocar a Haig bajo las órdenes directas de Nivelle. Aquello derivó en una bronca monumental. Los ánimos solo se calmaron cuando el secretario del Gabinete de Guerra, Maurice Hankey, propuso una solución de compromiso, en virtud de la cual Haig solo estaría a las órdenes de Nivelle el tiempo que durara la ofensiva, concediéndosele, además, el derecho a apelar al gobierno británico si consideraba que la BEF podía correr peligro. No obstante, tanto Haig como el cuartel general británico se pusieron hechos una furia.

> Si el gran ataque francés no tiene un resultado decisivo, entonces será inevitable que, con la continuación de la guerra, nuestro ejército se convierta en el más grande del Frente Occidental (a no ser que Lloyd George decida enviar a todo el mundo a otros escenarios secundarios), y nos veamos condenados a interminables fricciones. Si el ataque francés termina en fracaso rotundo, nos veremos obligados a soportar todo el peso del ejército alemán, y nuestra posición se complicará aún más. Si Joffre siguiera estando al mando de los franceses, y estos pusieran al ejército inglés a sus órdenes, tal vez podría justificarse, pues al menos él tiene a sus espaldas toda la experiencia de la guerra, pero Nivelle es nuevo en este juego, y su experiencia de la guerra actualmente es muy inferior a la de Douglas Haig, y, por lo que hemos oído a algunos oficiales franceses, tampoco parece contar con la confianza ni siquiera de sus propios generales.[4]
>
> General de brigada John Charteris, cuartel general, BEF.

Cada vez surgían más disputas entre las altas esferas políticas y militares británicas. Y esto era muy peligroso.

La ofensiva británica de Arras, abril de 1917

La batalla de Arras, aunque concebida como una operación de diversión, acabó siendo una empresa de gran envergadura en sí misma. El plan consistía en que el I Ejército, a las órdenes del general sir Henry Horne, capturara las colinas de Vimy, que se elevaban al noreste de Arras, a unos cinco kilómetros de la ciudad, y el III Ejército del general sir Edmund Allenby avanzara hacia la colina de Monchy-le-Preux, con la finalidad de rebasar las líneas principales de las defensas alemanas al otro lado del río Scarpe y permitir el avance hacia el sur, en dirección a las localidades de Croiselles y Bullecourt. En el Somme se habían aprendido muchas lecciones, y la artillería era una parte fundamental de la operación. Y la Real Artillería había recorrido mucho camino desde 1915. Los miles y miles de nuevos reclutas habían aprendido muy bien su cometido: los destacamentos de ametralladoras, los encargados de la colocación de los cañones, los suboficiales y los oficiales formaban en aquellos momentos eficientes baterías, capaces de efectuar bombardeos cada vez más sofisticados y complejos. Había gran abundancia de cañones y un gran número de piezas de artillería pesada y media, que se sumaban a la gran cantidad existente de otras más corrientes, como, por ejemplo, los obuses de 114 mm y los cañones de 84 mm de la artillería de campaña. Los avances tecnológicos y científicos también se habían combinado para proporcionar una mejor comprensión de la mecánica de una bomba en el aire y de los ajustes perceptibles provocados por las distintas condiciones meteorológicas. La precisión no paraba de mejorar, y la aparición de la espoleta 106 supuso que las bombas estallaran instantáneamente al más mínimo contacto, facilitando así la destrucción de las alambradas. Las bombas de humo ya formaban

parte de los bombardeos, y su misión era permitir que la infantería atacante pasara desapercibida a los defensores alemanes. Las bombas de gas desempeñaban un papel fundamental en las cortinas de fuego: aunque visualmente no fueran tan espectaculares como las nubes de gas liberadas por los cilindros, su manejo era mucho más fácil, y sus efectos mucho más previsibles. Los progresos llevados a cabo en trabajos tan imprescindibles como el reconocimiento fotográfico y la observación de artillería facilitaban la identificación de objetivos y su destrucción mediante fuego indirecto. Nuevas técnicas, como la localización por destellos y la medición de la distancia por el sonido, también contribuían a la localización de la posición exacta de las baterías alemanas. Anular la capacidad de la infantería y la artillería alemanas de responder con fuego en momentos decisivos ya constituía un factor clave de todas las operaciones.

La primacía de los cañones supuso que la batalla de Arras se convirtiera en una prueba fundamental para el Real Cuerpo Aéreo, encargado de fotografiar el campo de batalla para registrar cualquier novedad en el frente enemigo y de llevar a cabo innumerables misiones de observación de artillería para dirigir los cañones de los que dependía el éxito de la operación. Para la aviación británica el principal problema era que la batalla había comenzado demasiado pronto, y no podía sustituir aún sus viejos aparatos por los de reciente producción, modelos mucho mejor preparados para enfrentarse a los nuevos aviones alemanes, como, por ejemplo, los Albatros. El BE2 C, fabricado en cooperación con el ejército, había cumplido sobradamente con su cometido desde su creación en 1914, pero en aquellos momentos ya era obsoleto: excesivamente lento y difícil de maniobrar y de defenderse. Su sustituto, el RE8, había sufrido retrasos de producción, y no había empezado a llegar al Frente Occidental hasta comienzos de

1917. Esto supuso que las versiones más recientes del BE2 C se vieran obligadas a volar unos meses más antes de ser reemplazadas. Los aparatos multifuncionales, como el FE2 B y el Sopwith 1½ Stutter, también estaban cada vez más desfasados. Del mismo modo, los aviones de exploración británicos eran inferiores a los producidos por los alemanes. El DH2, el FE8 y el Sopwith Pup resultaban totalmente inadecuados y, aunque los franceses aportaron dos aparatos excelentes, el Nieuport 17 y el Spad VII, para prestar ayuda mientras llegaba la siguiente generación de aeroplanos que debía sustituirlos, la diferencia en las prestaciones seguía siendo muy preocupante. Esta situación inquietaba y angustiaba a Trenchard.

> Me piden ustedes que este año libre batallas con los mismos aparatos con los que combatí el año pasado. Estamos completamente desfasados, y hay que remediarlo. No es que sea presa del pánico, pero lo cierto es que los teutones cada vez son más agresivos. Ya lo advertí claramente en septiembre, y el jefe también les avisó en noviembre. Y yo informé personalmente de esta situación a la Junta del Aire el 12 de diciembre. Lo único que puedo asegurarles es que habrá fuertes protestas por parte de los pilotos si no podemos disponer de al menos unos cuantos escuadrones de esos nuevos aparatos rápidos. Lo que pido es algo absolutamente imprescindible.[5]
>
> General de brigada Hugh Trenchard, cuartel general, Real Cuerpo Aéreo.

Trenchard ordenó volar a sus hombres, aceptando las bajas con el fin de obtener las fotografías necesarias para el desarrollo de la operación. Por su parte, la flamante Fuerza Aérea Alemana también tenía sus problemas. Viéndose superada en número por la aviación británica y francesa, no le quedaba más remedio que seguir luchando lo mejor posible. Una de sus figuras clave sería el teniente Manfred von Richthofen, discípulo de Oswald Boeckle, el as de la aviación que en octubre de 1916 había perdido la vida en un accidente aéreo. Von Richthofen había asumido el mando del *Jasta* 11, y enseguida puso a sus hombres en forma. Mediante demostraciones prácticas de su magnífica pericia en los combates aéreos, un liderazgo táctico sumamente astuto y su capacidad para impartir

lecciones de guerra en el aire, convirtió a unos pilotos hasta entonces insignificantes en verdaderos ases de la aviación que hostigaban a su antojo a los británicos. Pero como no podían con todos, el Real Cuerpo Aéreo siguió entregando las fotografías que necesitaba el ejército.

Un hecho que vino a complicar el plan de los Aliados fue la decisión de los alemanes de retirarse a la Línea Hindenburg, situada mucho más atrás de las posiciones que estaban ocupando en el frente del Somme. Construida siguiendo los principios de una defensa en profundidad, esta línea no solo era formidable, sino que también reducía el frente alemán en unos cuarenta kilómetros, permitiendo así que catorce divisiones, hasta entonces destinadas a defender la línea, pudieran ser dedicadas a otros menesteres. El repliegue comenzó el 14 de marzo, cuando los alemanes abandonaron sus posiciones supuestamente tácticas, que se extendían hacia el sur, desde Arras hasta el Aisne, en el sector francés, poniendo en marcha una enérgica política de tierra quemada. La caballería demostró lo que valía cuando los Aliados comenzaron a avanzar cautelosamente a través de aquel territorio devastado, con pequeñas patrullas que iban abriéndose paso como mejor podían. Había buenas razones para ser precavidos, pues los alemanes también habían sembrado la zona de trampas cazabobos que ocultaban bombas de acción retardada programadas para estallar al cabo de unos días. Durante el avance, los zapadores tuvieron mucho trabajo despejando el camino de trampas y tratando de restaurar los elementos básicos de las infraestructuras destruidas.

Se acercaba el 9 de abril de 1917, el momento de empezar la batalla, y la concentración de artillería ya había sido completada: 2.817 cañones británicos iban a enfrentarse a 1.014 cañones alemanes. Había surgido un curioso debate en torno al formato que debía adoptar el bombardeo inicial. Dicho de-

bate nos ilustra acerca de la continua evolución del pensamiento táctico de los británicos. El general sir Edmund Allenby y sus asesores de artillería habían manifestado su predilección por un bombardeo corto de cuarenta y ocho horas, pero Haig puso reparos, señalando que, aunque era de esperar que en un futuro próximo las espoletas 106 mostraran su eficacia destruyendo las alambradas alemanas, en aquellos momentos simplemente no había una cantidad suficiente para confiar en un bombardeo corto: algo tenía que despejar la zona de alambradas, y un bombardeo prolongado era el único método disponible. Los tanques podían ser una solución, pero su producción era inferior a la demanda del frente. Solo había sesenta unidades para toda la ofensiva, de ahí que se limitara su misión a acabar con los nidos de ametralladora más problemáticos de los reductos alemanes. El plan final preveía un bombardeo de cuatro días contra las trincheras alemanas y la participación de baterías de apoyo con decenas de miles de proyectiles. Luego, cuando la infantería británica y la canadiense se lanzaran al ataque, las potentes cortinas de fuego crearían un muro de bombas detonantes, de metralla y de humo para resguardar a los soldados en su avance hacia las líneas alemanas. Una novedad interesante fue la utilización de los morteros Livens, capaces de lanzar grandes cilindros de gas, cuyo alcance de hasta 1.200 metros permitía inundar de este tóxico elemento toda una localidad. La planificación y los preparativos fueron sumamente complejos. Solo el traslado de los cañones supuso un esfuerzo hercúleo. Luego estaba el trabajo de los zapadores, la colocación de los explosivos y la excavación de los túneles para garantizar la seguridad de las tropas durante su marcha hacia el frente. Y, por supuesto, el adiestramiento de la infantería utilizando las técnicas más

modernas del momento. Todo lo que podía hacerse se hizo, pero también se había hecho en el Somme. ¿Iban esta vez los Aliados por el buen camino?

El 4 de abril comenzó el bombardeo británico: una demostración pura y dura del poderío de los cañones y de su lluvia de bombas sobre las trincheras, los fortines, los nidos de ametralladora, los centros de mando y las baterías de la artillería de los alemanes. Un desarrollo relativamente nuevo fue el uso de baterías de ametralladoras Vickers disparando fuego indirecto de largo alcance y provocar una verdadera lluvia de balas en los cruces de carreteras. El bombardeo también marcó el inicio de la ofensiva aérea. Trenchard estaba decidido a cumplir sus obligaciones con el ejército, lo que significaba llevar a cabo un sinfín de vuelos de observación de artillería para corregir los disparos de los cañones y numerosas misiones fotográficas para determinar el daño infligido. El Real Cuerpo Aéreo pretendía dominar el cielo del campo de batalla e incluso más allá, hasta un radio de treinta kilómetros, o morir en el intento. De hecho, muchas tripulaciones británicas perderían la vida cuando toparan con las letales ametralladoras de Von Richthofen, conocido popularmente como el «Barón Rojo», y con las de los otros ases de la aviación alemana (no fue por casualidad que para el Real Cuerpo Aéreo aquel mes pasara a la historia como «el abril sangriento»). El teniente Peter Warren y su observador, el sargento Reuel Dunn, experimentaron en primera persona la eficacia mortífera de Von Richthofen, cuando este se lanzó contra su Sopwith 1½ Stutter durante una misión fotográfica de obras defensivas al este de las colinas de Vimy.

> Otra descarga de plomo contra nuestra cola, y las balas impactaron en la recámara de mi propia ametralladora, rompiendo la cinta de cartuchos. En aquel mismo momento, mi motor se paró, y supe que los depósitos de combustible habían sido alcanzados. Más abajo seguía habiendo nubes. Me lancé en picado hacia ellas, e intenté elevarme en cuanto las alcancé. ¡Mala suerte! Los mandos

no respondían. Los cables del sistema de control estaban destrozados. Solo podía hacerse una cosa: descender y cruzar los dedos para no entrar en barrena. Dejé que el aparato se deslizara, y luego bajé en picado, picado que enseguida se convirtió en espiral. No sé cómo salí de aquella. No paraba de operar todos aquellos controles inútiles, mientras nos precipitábamos a una velocidad de vértigo, pero el avión rojo era capaz de colocarse encima y detrás del nuestro, y sus ametralladoras abrían fuego constantemente. Luego me di cuenta de que las balas habían atravesado mis dos mangas y mis dos botas, pero, a pesar de tantos disparos, ni una de ellas me había alcanzado. Conseguí estabilizar el aparato durante el aterrizaje, y acabamos estrellándonos. Cuando tocamos tierra, el avión rojo pasó en vuelo rasante sobre nosotros, pero no recuerdo que volviera a dispararnos.[6]

Teniente Peter Warren, 43.º Escuadrón, Real Cuerpo Aéreo.

Los dos bandos no dudaban en correr graves peligros, pues sabían perfectamente que si fracasaban en el aire, las consecuencias podían ser desastrosas para sus compañeros en tierra.

La batalla de Arras comenzó a las 05.30 del 9 de abril, lunes de Pascua, cuando la concentración de cañones bombardeó toda la línea y dos minas subterráneas estallaron debajo de las posiciones alemanas. Al mismo tiempo, una lluvia de bombas detonantes y de gas empezó a caer sobre todas las baterías enemigas identificadas por el Real Cuerpo Aéreo.

De pronto, como si solo se hubiera emitido una única orden, cayó un diluvio de proyectiles salidos de las bocas de millares de piezas de artillería de pequeño y de gran calibre. El bombardeo alcanzó límites insospechados. Resultaba imposible distinguir los cañonazos de las explosiones. Era simplemente una masa de fuego en medio de un estruendo extraordinario. Era como tomar el último aliento antes de emprender una carrera. Teníamos los nervios a flor de piel mientras contemplábamos la escena, una escena que parecía un cuadro de aterradora belleza. Al cabo de unos segundos, mientras seguía ahí de pie, una bomba cayó a mi izquierda, y un fragmento alcanzó mi flanco izquierdo a la altura del pecho. Perdí los nervios. Mi corazón parecía de plomo, empecé a sentir arcadas; la sangre me llenaba la boca, impidiéndome respirar. Estaba al límite de mis fuerzas, a punto de desmayarme.[7]

Teniente segundo Bittkau, 263.º Regimiento de Infantería de Reserva.

Apenas tres minutos más tarde, las cortinas de fuego comenzaron a avanzar. Desde las colinas de Vimy, empezó a marchar detrás de una de ellas la infantería canadiense, parcialmente oculta por una nube de humo. La zona era muy es-

trecha para llevar a cabo una defensa en profundidad, de modo que los alemanes o resistían o perdían las colinas. Los canadienses sorprendieron a los germanos antes de que estos pudieran darse cuenta de lo que estaba ocurriendo. Muchos, como el teniente segundo Bittkau, quedaron atrapados en sus refugios.

> De repente oímos vagamente a alguien que parecía gritar a lo lejos: «¡Los británicos! ¡Salid! Salid!». Venían por la izquierda, a través de la hondonada, en dirección al bosque de Bonval. Nos unimos al combate: disparos de fusil, gritos, granadas de mano. Hans Voight subió corriendo para traernos municiones y noticas. Mientras tanto, más abajo, quemaban documentos secretos. «¡Vienen por la izquierda! ¡Ahí están!» Y más chillidos y gritos. «¡Están encima de nosotros!» Luego un silencio, un silencio absoluto, hasta que oímos una voz extraña decir: «¡Salid de ahí!». La luz temblaba. Sin capacidad de reflexión, pasaban ideas por mi cabeza: ¿Qué van a hacernos? ¿Arrojarán granadas? ¿Me aplastarán el cráneo? No, mejor me pego un tiro. Pero la pistola estaba sobre la mesa, y no podía moverme. ¿Acaso debía esperar a que se produjera un contraataque? Un inglés entró en el túnel y al llegar a la esquina se asomó con cuidado. Llevaba una pistola enorme. «¿Oficial?», preguntó, y a continuación dio media vuelta y fue a buscar a sus compañeros.[8]
>
> Teniente segundo Bittkau, 263.º Regimiento de Infantería de Reserva.

Los canadienses siguieron avanzando para intentar ocupar todas las colinas antes de que los alemanes pudieran organizarse.

> Había varios cuerpos entre las ruinas, y no encontramos resistencia mientras nos dirigíamos a la segunda línea. Poco después nos vimos sorprendidos por el fuego de las ametralladoras de los fortines situados en la ladera de la colina. No obstante, continuamos avanzando. Hasta entonces solo habíamos perdido unos pocos hombres, pero de repente, como si saliera de la nada, cayó sobre nosotros un diluvio de disparos de unas ametralladoras camufladas que había a lo lejos. Estábamos metidos en un buen jaleo. Nos detuvimos un momento para recuperar el aliento y preparar nuestro siguiente movimiento. Entonces llegó un equipo de morteros de trinchera, apuntó sus armas contra el nido de ametralladora y dio en el blanco. Reemprendimos el avance, despacio y con suma cautela. Cuando por fin vimos el lugar en el que debíamos hacer un alto para que nos pasaran otras unidades, nos dimos cuenta de que habíamos estado en movimiento durante tres horas. Había sido duro, pero habíamos llegado a nuestro objetivo.[9]
>
> Soldado Magnus McIntyre Hood, 24.º Batallón (Fusileros Victoria), Fuerzas Expedicionaria Canadiense.

A su derecha, los canadienses y la 51.ª División británica ya habían consolidado su posición en las colinas de Vimy antes de que pudieran llegar las divisiones de contraataque alemanas.

Este episodio ha sido a menudo lo único que se ha recordado de los combates de aquel día, pero lo cierto es que el asalto del II Ejército en el valle del Scarpe, hasta llegar a las colinas que rodeaban Monchy-le Preux, fue mucho más espectacular. Las medidas tomadas para evitar el fuego de contrabatería habían funcionado a la perfección, y cuando las tropas británicas rebasaron las defensas de los alemanes, los contraataques de estos se vieron frustrados por el diluvio de bombas de los cañones que seguían activos. Por otro lado, aunque a veces causara demoras, la nueva técnica de la artillería basada en la «llamada de indicación de zona» permitió una increíble concentración de bombas contra cualquier objetivo considerado importante, como, por ejemplo, las baterías alemanas que habían logrado sobrevivir.

> Mi trabajo consistía en dirigir la artillería e informar de las baterías alemanas que seguían activas. Esto se hacía enviando una señal para que un número determinado de baterías abriera fuego contra el objetivo indicado y siguiera disparando hasta que yo les dijera que pararan o hasta que agotaran su cuota de municiones. Era fantástico ver cómo respondían y cómo los teutones se veían sumidos en un infierno. Pude hacer catorce llamadas indicando la situación de baterías activas, lo cual resultó muy divertido. Al cabo de diez minutos, ya veía bombas cayendo alrededor de las baterías localizadas. Los artilleros estallaban de júbilo. Diría que nuestras bajas por culpa de la artillería alemana fueron pocas, pues cada vez que una de ellas abría fuego, enseguida llegaba la «llamada de indicación de zona» para que la bombardearan hasta acabar con ella.[10]
>
> Capitán Eric Routh, 16.º Escuadrón, Real Cuerpo Aéreo.

Cuando la primera oleada de tropas de asalto empezó a ralentizar la marcha y a detenerse, la siguiente continuó avanzando unos cinco kilómetros y medio. Pero entonces el ataque se detuvo, pues aquella zona ya no estaba al alcance de la artillería de campaña. Inmediatamente, algunas baterías fueron

enviadas hacia adelante, pero no consiguieron establecer comunicación para dirigir correctamente sus armas contra los objetivos, lo cual redujo de modo considerable su efectividad. Los tanques no sirvieron en la práctica para dar el impulso necesario, de modo que Allenby tuvo que recurrir a la única fuerza móvil disponible, su caballería, para atacar. Pero cuando esta llegó, los alemanes ya habían cubierto los huecos y se habían organizado. A pesar de todas sus mejoras técnicas y tácticas, los británicos seguían sin tener el método y los medios necesarios para romper el sistema defensivo alemán.

A continuación, la batalla de Arras entró en una segunda fase absolutamente deprimente en la que se frustraron numerosas ofensivas británicas. La nieve no hizo más que frenar cualquier intento de aprovechar el momento ventajoso, y cuando el 11 de abril se reemprendió con rigor la ofensiva, los alemanes ya se habían preparado. Los combates fueron especialmente encarnizados en las localidades de Monchy-le Preux y Wancourt y en la antigua planta química de Roeux, pero los alemanes resistieron. El primer día se actuó queriendo seguir un plan cuidadosamente elaborado; pero fue un ataque improvisado, un fracaso total. Peor fue, sin embargo, el intento llevado a cabo por el V Ejército del general sir Hubert Gough, el cual, tras cruzar las tierras que habían devastado los alemanes en retirada, se lanzó inmediatamente al ataque contra la nueva Línea Hindenburg en el sector de Bullecourt. Cuando cesaron los últimos coletazos, quedó claro que los británicos no iban a poder avanzar para seguir conquistando objetivos importantes desde el punto de vista táctico. En cualquier caso, habían llevado a cabo la labor de diversión para que Nivelle emprendiera su gran ofensiva en el Camino de las Damas, cuyo inicio estaba previsto para el 16 de abril. Aun así, se esperaba que Haig siguiera manteniendo la presión, lo que dio lugar el 23 de abril de 1917 a la segunda batalla del

Scarpe: nueve divisiones lanzaron, sin apenas haberlo preparado ni planificado, un gran ataque a lo largo de un frente de quince kilómetros en Arras. Tal vez fuera una gran ofensiva, pero lo cierto es que carecía de recursos en comparación con los ataques originales. Peor aún, en aquellos momentos los alemanes habían aprendido casi todas las lecciones recibidas en combates anteriores. En particular, se dieron cuenta de que cuando adoptaban una postura exclusivamente defensiva, podían colocar sus baterías de artillería más atrás. Desde esa posición, sus artilleros podían seguir disparando contra las tropas que cruzaban la tierra de nadie, y mantenerse fuera del alcance de la mayoría de los cañones británicos. Esta circunstancia hizo que generar suficiente fuego de contrabatería se convirtiera en una tarea prácticamente imposible para la Real Artillería. Los alemanes también habían enviado tropas de refresco a la zona y habían reorganizado sus defensas. Los combates fueron encarnizados; en esencia, por el éxito de la ofensiva francesa lanzada más al sur, los británicos hicieron un sacrificio doloroso para distraer la atención del enemigo.

La Ofensiva Nivelle, 16 de abril de 1917

Nivelle confiaba en que la táctica que había utilizado en Verdún le proporcionara una victoria a gran escala. En Verdún había optado por emprender ataques contra frentes reducidos, en el curso de los cuales la artillería había creado una serie de estrechos corredores para el avance de la infantería. En aquellos momentos creía que, por fin, los franceses disponían de suficientes cañones de largo alcance para atacar en un frente más amplio, permitiendo un único avance decisivo por parte del V y el VI Ejército. Entonces la artillería pesada sería trasladada lo antes posible a la zona para mantener la tensión y favorecer la embestida del X Ejército. En todo el proceso, la infantería tendría que avanzar lo más rápido posible y rebasar los reductos alemanes, dejándolos aislados y abandonados a su

suerte, para que las siguientes oleadas de tropas se encargaran de ellos. Nivelle había convencido a los políticos, pero esos augustos caballeros no iban a ser los que salieran de sus trincheras el 16 de abril. Y es evidente que entre las tropas los ánimos se estaban caldeando. Este hecho aparece perfectamente ilustrado en las memorias del soldado Louis Barthas, quien prestó servicio en uno de los batallones que debía entrar en acción en la segunda fase de la ofensiva. Antes incluso de que se librara la batalla, el descontento era generalizado, como queda demostrado por la reacción de los soldados a la «orden del día» recibida, que supuestamente debía servirles de inspiración.

> Leyeron la orden del día de aquel asesino en masa del 16 de abril, el general Nivelle, en la que, entre otras lindezas, este decía a sus tropas (esto es, a sus víctimas) tonterías como «¡Ha llegado la hora del sacrificio, y no podemos pensar en abandonar!». La lectura de aquella estupidez patriótica no suscitó ningún entusiasmo. Antes bien, solo sirvió para desmoralizar aún más a los soldados, que lo único que percibieron era que debían enfrentarse a otro horror: más sufrimientos, grandes peligros y la perspectiva de una muerte atroz en un sacrificio vano e inútil, pues nadie confiaba en el éxito de aquella nueva carnicería. Sin embargo, nuestros comandantes no parecían tener la menor duda de que los alemanes acabarían huyendo en desbandada.[11]
>
> Soldado Louis Barthas, 296.º Regimiento de Infantería.

Los soldados corrientes franceses empezaban a estar hartos de la guerra. Con su orden de avanzar en una nueva ofensiva a gran escala, Nivelle estaba arriesgando mucho más de lo que podía imaginar.

Un factor clave de la operación era el efecto sorpresa, efecto que fue imposible conseguir. El propio Nivelle distó mucho de mostrarse discreto, pues no dudó en discutir sobre sus planes en presencia de civiles, y la seguridad se vio aún más comprometida debido a la deserción de soldados franceses. Todo ello se combinó para permitir que el general Max von Boehn, comandante en jefe del VII Ejército alemán, se hiciera una idea mucho más clara de lo que estaba gestándose, idea que se

confirmó cuando comenzó el bombardeo preliminar el 9 de abril. Las defensas alemanas estaban listas y preparadas cuando, a las seis en punto de la mañana del 16 de abril, diecinueve divisiones francesas de infantería atacaron en un frente amplio, con el apoyo de 5.350 cañones, a lo largo de la línea del Camino de las Damas, que se extendía desde Soissons hasta Reims. Para complicar más las cosas a los franceses, el bombardeo fue inefectivo, pues las rígidas condiciones climatológicas habían dificultado los vuelos de observación. Además, los alemanes se habían protegido de aquel diluvio de proyectiles valiéndose de sus innumerables refugios subterráneos y de las profundas canteras esparcidas alrededor de la zona. Junto al río Aisne, en lo alto del Camino de las Damas, al principio los franceses obtuvieron únicamente ganancias insignificantes.

Los dos bandos utilizaron armas nuevas. La tecnología estaba experimentando un gran avance, y los alemanes habían desarrollado una versión más ligera de su ametralladora Maxim 1908 original. En vez del engorroso afuste tipo «trineo» que dificultaba la movilidad del arma en plena batalla, la nueva MG08/15 iba montada sobre un bípode y llevaba una culata de madera y una empuñadura de pistola para facilitar el disparo, todo lo cual la hacía relativamente poco pesada. Aunque no fuera un arma magnífica, su presencia en el campo de batalla fue cada vez mayor, y dio a los alemanes una potencia de fuego considerablemente superior a la esperada por los franceses. Los parámetros de la batalla estaban en continua evolución.

Los franceses también habían dado un paso adelante con la utilización de tanques por primera vez. Su *char d'assaut* Schneider CA iba armado con un cañón de 75 mm y dos ametralladoras Hotchkiss, llevaba una tripulación de seis hombres y podía alcanzar, en teoría, una velocidad de 8,1 kilómetros por hora. En total, ocho batallones con 132 tanques Schneider

fueron utilizados en el ataque de Berry-au-Bac, pero sufrieron cuantiosas pérdidas por culpa de la artillería alemana. Aunque estas imponentes máquinas elevaran el ánimo de los sufridos *poilus*, lo cierto es que aún no habían sido integradas adecuadamente en la doctrina táctica francesa y tampoco habían sido probadas en el campo de batalla. A ello se añadiría otro grave problema, relacionado con un error de diseño: su depósito de combustible no solo estaba mal blindado, sino que —peor aún— iba colocado en la parte frontal del vehículo. Cualquier impacto directo de bomba iba a provocar un incendio de terribles consecuencias, cuyas llamas podían alcanzar fácilmente a los miembros de la tripulación.

> De pronto, el tanque de la izquierda se convierte en un infierno en llamas. Delante de él sigue ardiendo la bomba que ha provocado el incendio. Dos antorchas vivientes salen huyendo: dos antorchas vivientes que corren enloquecida y frenéticamente hacia la retaguardia; dos antorchas vivientes que se retuercen, que ruedan por tierra. Un tanque arde a la derecha; otro detrás. Y a nuestra izquierda parece como si alguien se dedicara a prender fuego a la línea de nuestros tanques de acero para convertirla en una hilera de sucesivas llamaradas. Incendios, explosiones. De repente, todos los tanques aparecen envueltos en llamas, e inmediatamente, con un espantoso estruendo, todo salta por los aires. ¡Han estallado sesenta bombas! ¡Y las balas pueden contarse a millares![12]
>
> Teniente Charles-Maurice Chenu, 4.ª Batería, 5.º Grupo de Asalto de Artillería Especial.

Un total de cincuenta y siete tanques franceses fueron inutilizados por los cañones alemanes, y otros diecinueve se averiaron. Había modificaciones en estudio, pero el Schneider CA siguió siendo un tanque poco eficaz, incapaz de enfrentarse a las amplias trincheras alemanas introducidas después de que los británicos lanzaran sus tanques a los campos de batalla del Somme en 1916.

La Ofensiva Nivelle continuó adelante, y durante los días siguientes se cosechó algún éxito, pues era humanamente imposible frenar en todos los lugares aquella enorme concentración de ejércitos, aquel despliegue masivo de artillería, aque-

llos millones de bombas y aquella determinación. De hecho, a la izquierda, el VI Ejército logró avanzar unos seis kilómetros y medio cuando los alemanes abandonaron sus vulnerables posiciones. Pero para todo esto también hubo que pagar un alto precio. El fin que perseguía la operación dejó de ser la conclusión definitiva de la guerra, para convertirse en un objetivo mucho más concreto y real: terminar la conquista de las colinas del Camino de las Damas. Tras algunos progresos, el 10 de mayo los franceses habían capturado las colinas, y con ellas la impresionante cantidad de 187 cañones y 28.500 prisioneros. En muchos sentidos, la ofensiva de Nivelle no fue un desastre en sí misma, pero lo pareció por el dañino discurso, lleno de exageraciones, utilizado por el general para promocionarla. En particular, su promesa de que en cuarenta y ocho horas se cumplirían todos los objetivos hizo de él un rehén del azar. Como era de esperar, los políticos franceses vivieron la situación con horror. Aquel no era el resultado que habían buscado cuando destituyeron a Joffre. Así pues, llenos de incertidumbre, como primera medida decidieron nombrar al prudente Pétain jefe del estado mayor de Nivelle el 29 de abril. Inmediatamente hubo fricciones entre los dos generales. Pétain quería seguir una estrategia mucho más defensiva que la de Nivelle, pues estaba sensiblemente influenciado por el derrumbamiento de los rusos en el Frente Oriental y por su deseo de dejar que Gran Bretaña y el nuevo aliado, Estados Unidos, asumieran la parte de la carga que les correspondía. Esta idea, a su vez, causó cierta preocupación en el alto mando británico, que temía las consecuencias que pudieran derivarse si los franceses pasaban a segundo plano durante un año. Tras discutirlo largo y tendido en el curso de una conferencia de líderes militares (Haig, Nivelle, Pétain y Robertson), el 4 de mayo se acordó que, aunque la estrategia general siguiera siendo ofensiva, la metodología utilizada para agotar

los recursos alemanes iba a verse beneficiada por ataques que aprovecharan al máximo el poder de la artillería, buscando únicamente objetivos limitados para reducir el número de hombres necesarios en dichos ataques. En esencia, se trataba de una nueva versión de la estrategia de «morder y no soltar». También se acordó que los británicos asumieran el papel ofensivo durante lo que quedaba de 1917, y Haig se vio así liberado del control directo de Nivelle. El 15 de mayo, Pétain fue nombrado comandante en jefe del ejército francés, y el enérgico Foch jefe del estado mayor general.

La caída de Nivelle probablemente fuera inevitable. Bajo su mandato, el ejército francés había llegado al límite de su resistencia. Demasiados franceses habían muerto por su país y, si la guerra continuaba, muchos más iban a correr la misma suerte. Después del 16 de abril, en poco más de una semana, habían caído otros treinta mil, cien mil habían resultado heridos y 4.000 estaban desaparecidos. Uno de ellos fue el teniente segundo Jean-Louis Cros, que tuvo la desgracia de ser alcanzado por un fragmento de metralla. Abandonado, agonizando en un cráter de bomba, el 16 de abril de 1917 escribió con esmero la última carta a su familia. Por lo visto, la fortuna no le había sonreído a lo largo de su vida: dos de sus tres hijas habían muerto de tuberculosis, y solo vivía una, Lucie. Sus últimas palabras constituyen un documento conmovedor.

> Mi querida esposa, mis queridos padres, mis queridos todos:
>
> He caído herido, espero que no sea nada. Cuidad bien de la niña, mi amada Lucie; Leopold os ayudará si no salgo de esta. Tengo una pierna destrozada, y estoy solo en un cráter de bomba. Espero que pronto vengan a por mí. Mi último pensamiento es para vosotros.[13]
>
> Teniente segundo Jean-Louis Cros, 201.º Regimiento de Infantería.

Poco después falleció, probablemente a causa de una hemorragia. Cuando descubrieron su cadáver, seguía sujetando la carta entre sus dedos agarrotados. La carta en cuestión fue enviada a su adolorada familia. Más de un millón de familias

francesas habían vivido la tragedia de la muerte por culpa de la guerra; millones más habían tenido que enfrentarse al regreso de sus hijos gravemente heridos.

Incluso en los meses previos a la Ofensiva Nivelle, los ánimos habían estado por los suelos en varios regimientos, en particular en los de infantería, que habían cargado con el peso de la matanza. En aquellos momentos muchos *poilus* tenían la mirada puesta en el extranjero, concretamente en la revolución de Rusia, esperando encontrar una inspiración que les indicara cuál era el mejor camino que había que seguir.

> Estos soldados eslavos, hasta ayer esclavizados y sometidos a una férrea disciplina, yendo a la matanza como corderos, habían roto su yugo, proclamado su libertad e impuesto la paz a sus amos, sus torturadores. El mundo enteró quedó impresionado, petrificado ante esa revolución, la caída del antiguo y vasto imperio de los zares. Esos acontecimientos tuvieron repercusiones en el frente francés, trayendo aires de revolución a todos los regimientos. Además, había buenas razones para aquel descontento: el doloroso fracaso de la ofensiva del Camino de las Damas, cuyo único resultado había sido una espantosa carnicería; la perspectiva de más largos meses de guerra sin garantías de llegar a un final; y, por último, la larga espera para obtener un permiso. Creo que esto era lo que más sublevaba a las tropas.[14]
>
> Soldado Louis Barthas, 296.º Regimiento de Infantería.

Cuando se desmoronó la Ofensiva Nivelle, el ejército francés empezó a perder la calma. De los comentarios de descontento y las protestas enérgicas se pasó a episodios de indisciplina que contravenían todas las leyes militares. El número de deserciones aumentó vertiginosamente, pues millares de individuos abandonaron sus puestos en el frente. En el 296.º Regimiento de Infantería, en el que servía el soldado Louis Barthas, la desobediencia en masa, el motín, se produjo siguiendo un patrón bastante habitual. Por la noche a los hombres les dio por entonar con entusiasmo canciones revolucionarias y con gritar eslóganes políticos. Pero luego los acontecimientos adquirieron un cariz mucho más grave.

> El 30 de mayo, al mediodía, se celebró una asamblea a las afueras del pueblo para constituir, a imitación de los rusos, un «soviet» compuesto de tres hombres por compañía para asumir el control del regimiento. Para mi sorpresa, me ofrecieron la presidencia del soviet, esto es, el puesto del coronel, nada más y nada menos. Por supuesto, la rechacé, pues no quería saber nada de los postes de fusilamiento por el simple infantilismo de remedar a los rusos. Sin embargo, decidí dar una apariencia de legalidad a aquellas manifestaciones de carácter revolucionario. Redacté un manifiesto para comunicar a los jefes de la compañía nuestras protestas por el retraso de nuestros permisos. Empezaba así: «El día antes de la ofensiva el general Nivelle hizo leer una orden dirigida a las tropas que decía: '¡Ha llegado la hora del sacrificio!'. Hemos ofrecido nuestras vidas en sacrificio por nuestro país, pero también decimos que ha llegado la hora de que nos concedan de una vez un permiso». De ese modo la revuelta quedó enmarcada en un contexto de ley y justicia. Ese manifiesto fue leído en voz alta y clara por un *poilu* que se había encaramado a la rama de un roble; hasta en las últimas líneas estallaron sonoros aplausos. Esto no es que supusiera un gran halago para mi vanidad, pues luego nos enteramos de la suerte que iba a correr el que había escrito la protesta, por moderada que fuera: sin duda me esperaba un consejo de guerra, y muy probablemente doce balas Lebel destinadas a enviarme a otro mundo antes de la hora fijada por mi destino.[15]
>
> Soldado Louis Barthas, 296.º Regimiento de Infantería.

Tuvo mucha suerte de que nadie confesara quién había escrito el «manifiesto». Aquella desafección no tardó en extenderse entre las filas francesas. Cuando empezó la purga a comienzos de junio, se celebraron consejos de guerra en masa, en los que 23.385 hombres fueron acusados de amotinamiento en diversos grados. Quinientos de ellos fueron condenados a muerte, aunque a la inmensa mayoría les fue conmutada la pena. Pétain favoreció que la situación fuera abordada con bastante moderación, pues pretendía recuperar la moral de los sufridos *poilus* con dos medidas: por un lado, poniendo fin a las grandes ofensivas —al menos en un futuro próximo— y por otro, introduciendo una distribución más equitativa de permisos regulares y de mayor duración. Hizo falta mucho tacto para tratar a las unidades más recalcitrantes.

> Consideraron prudente separar y aislar los tres batallones del 296.º Regimiento, y nos colocaron en localidades muy distantes unas de otras. Nuestro batallón fue a parar a un cuartel situado a cuatro kilómetros de Sainte-Ménehould. Fue al llegar allí cuando nos dimos cuenta de que los otros dos bata-

llones no estaban. Al día siguiente, a las siete de la tarde, nos reunimos para dirigirnos a las trincheras. Estallaron ruidosas protestas: gritos, cánticos, chillidos, silbidos y, por supuesto, se entonó «La Internacional». Si los oficiales hubieran hecho algún gesto o dicho alguna palabra contra aquel griterío, creo sinceramente que se los habrían cargado sin piedad, pues tanta era la tensión. Optaron por la prudencia, esperando pacientemente a que las cosas se calmaran. No puedes protestar, silbar y gritar sin cesar, y entre los sublevados no había ningún líder capaz de tomar una decisión o de darnos instrucciones. De modo que acabamos marchando hacia las trincheras, aunque gruñendo y lamentándonos. No pasó mucho tiempo cuando, para nuestra gran sorpresa, nos alcanzó una columna de caballería, y tuvimos que caminar a su lado. ¡Nos acompañaba a las trincheras¡ ¡Como si fuéramos unos convictos condenados a trabajos forzados! Irritados, sofocados por las nubes de polvo que levantaban los caballos, cada vez parecía más inminente que estallara algún altercado entre la infantería y la caballería. Y al final estallaron. Incluso hubo algún intercambio de golpes, unos arremetieron con la culata del fusil, y otros con el canto del sable. Para evitar una verdadera batalla campal, tuvieron que alejar a los soldados de la caballería, lo que probablemente no les disgustara del todo.[16]

Soldado Louis Barthas, 296.º Regimiento de Infantería.

Para Pétain el verano de 1917 empezó siendo un período de curación de viejas heridas y de reconstrucción; pero el ejército francés no estaba acabado, de modo que, bajo su cuidadosa dirección, recuperaría en cuestión de meses buena parte de su ardor bélico habitual.

Con este fin, Pétain quiso revitalizar la eficacia operacional de las tropas. Así pues, decidió adoptar un sistema de defensa en profundidad, asegurando que la línea principal de resistencia se mantuviera alejada del alcance de la artillería de campaña enemiga y que las divisiones de reserva estuvieran en la retaguardia listas para contraatacar cualquier ofensiva contundente. Los desarrollos tácticos alemanes fueron objeto de un minuciosos estudio y también imitados cuando se consideró necesario; en la guerra no es ningún deshonor copias ideas, vengan de donde vengan. Las divisiones encargadas de defender las líneas también estarían sometidas a rotaciones más frecuentes para que tuvieran tiempo de descansar y de adiestrarse adecuadamente. Pétain reconocía que una postura exclusiva-

mente defensiva solo iba a beneficiar a los alemanes, pero en el futuro las ofensivas estarían estrictamente limitadas, contarían con un apoyo importantísimo de la artillería y procurarían causar las menores pérdidas posibles.

El tanque seguía estando en constante evolución. Los primeros carros de combate del ejército francés, el Schneider CA y el Saint-Chamond, habían dado unos resultados decepcionantes, pues eran poco fiables desde el punto de vista mecánico, e incapaces de satisfacer las exigencias de la guerra de trincheras. Pero los franceses también estaban avanzando en el desarrollo de un tanque ligero biplaza, armado con una ametralladora o un cañón de 37 mm, que podía fabricarse rápidamente en grandes cantidades y a un precio económico. El diseño era revolucionario: su torreta central giratoria prefiguró la forma «clásica» de un tanque durante buena parte del siglo XX. Relativamente ligero, este nuevo carro blindado, el Renault FT, podía alcanzar una velocidad máxima de ocho kilómetros por hora y cruzar trincheras de casi dos metros. La idea era disponer de una gran cantidad de estos tanques, que, en conjunto, constituirían un objetivo mucho más difícil para los artilleros alemanes que sus pesados y torpes predecesores. En abril de 1917 se hizo un pedido de mil unidades; al final, se solicitarían hasta ocho mil. La mayoría de ellos se fabricó en Estados Unidos; sin embargo, debido a una serie inevitables de retrasos, fue a mediados de 1918 cuando estuvo presente en el frente en grandes cantidades. Los franceses estaban inclinándose por un nuevo método de librar las batallas.

El testigo pasa a los británicos

El fracaso de la ofensiva francesa sirvió para liberar a Haig de los grilletes que lo obligaban formalmente a depender del liderazgo de Nivelle. Pero al mismo tiempo se quedó, de hecho, sin margen de maniobra. Aunque probablemente

deseara conservar ciertos activos para emprender su ansiada ofensiva en Ypres, la magnitud de la derrota francesa y la escalada de los amotinamientos lo obligaban a actuar. Pétain no había sido precisamente franco en su descripción de la magnitud del problema, pero los británicos contaban con los informes de sus servicios de inteligencia, y los rumores acabaron por confirmar algunas de sus sospechas. Era evidente que debían luchar en Arras para permitir que el ejército francés tuviera un respiro y pudiera recuperarse. Los ataques continuaron, y durante otros quince días su intensidad fue en aumento provocando que las listas de bajas crecieran de una manera espectacular. La dificultad de combinar las necesidades teóricas de un generalato eficiente con la continua presión que suponían aquellos sangrantes acontecimientos queda perfectamente demostrada en el proceso de planificación de la tercera batalla del Scarpe y la segunda batalla de Bullecourt, lanzadas ambas el 3 de mayo. La conferencia celebrada para discutir los planes no tuvo lugar hasta el 1 de mayo, apenas dos días antes de iniciar las ofensivas. Hubo que descartar la posibilidad de emprender un bombardeo prolongado, pues no había tiempo para una planificación operacional minuciosa. La situación estratégica en general exigía inmediatamente una ofensiva en Arras por parte de los británicos; así pues, preparadas o no, a las 03.45 del 3 de mayo, sus tropas se lanzaron al ataque en un frente de más de veinticinco kilómetros que se extendía desde las colinas de Vimy hasta Bullecourt. El conjunto de experiencias vividas en el Frente Occidental hasta entonces habría arrojado muy pocas dudas sobre el posible resultado de unos ataques mal preparados contra sólidas posiciones defensivas.

> No tuvimos conocimiento de nuestras órdenes hasta el último minuto; además, eran confusas. Nadie, ni siquiera nuestros oficiales, parecían saber qué se suponía que debíamos hacer, o adónde íbamos. Se suponía que los oficiales habían sincronizado sus relojes, aunque en la medida de lo posible debido a lo avanzado del día. A una hora concreta, se suponía que cesaba nuestro bombar-

deo, y que nosotros saltábamos de nuestras trincheras para avanzar. Pues bien, así lo hicimos, ¡pero no al mismo tiempo! Nos dieron una información equivocada, diciendo que la artillería había aplastado las defensas enemigas y que íbamos a poder cruzar las alambradas. ¡Y demonios si lo hicimos![17]

Sargento Jack Cousins, 7.º Batallón del Regimiento de Infantería de Bedfordshire y Hertfordshire.

Incluso en los lugares en los que se cosechó algún éxito, el elevado número de bajas supuso que aquellos logros no fueran en realidad más que meras victorias pírricas.

La batalla de Arras marcó un punto intermedio en el desarrollo de las tácticas ofensivas de los británicos, que habían aprendido mucho, pero también tenían mucho por aprender. Aunque la artillería estaba experimentando una rápida expansión, con más piezas pesadas (fundamentales en el campo de batalla) y una mejora de sus municiones, colectivamente aún no había perfeccionado todas las técnicas complejas que iba a necesitar. Y seguía sin disponer de un número suficiente de cañones para mantener la intensidad de la ofensiva a lo largo de todo el frente; las baterías eran trasladadas laboriosamente de un lugar a otro. Llegaría el momento en el que los cinco ejércitos de la BEF dispondrían de suficientes piezas de artillería para lanzar una ofensiva cada uno con sus propios recursos, pero ese momento no había llegado aún en 1917. También había que mejorar las tácticas de la infantería, y todavía había que trabajar mucho para aumentar su potencia de fuego mediante el empleo de ametralladoras Lewis, morteros de trinchera Stokes y granadas de fusil. A pesar de todas las promesas, la BEF seguía careciendo desesperadamente de tanques, debido a los retrasos de producción. En el aire, sin embargo, las cosas empezaban a mejorar para el Real Cuerpo Aéreo con la llegada en grandes cantidades de un nuevo aparato, el RE8. Este modelo seguía siendo un avión relativamente lento y difícil de maniobrar, pero era infinitamente superior al inseguro e inestable BE2 C. La nueva generación de

aviones de exploración que podría rivalizar con el Albatros alemán ya estaba en camino; llegaría demasiado tarde para la batalla de Arras, es cierto, pero el éxito de las pruebas llevadas a cabo con el Sopwith Camel y el SE5 A era un buen augurio.

¿Y qué decir del precio que hubo que pagarse? La batalla de Arras constituyó una experiencia excepcionalmente dolorosa para la BEF. Aunque había empezado muy bien, más tarde el nerviosismo y la desesperación por ocultar el fracaso de los franceses dio lugar a unas pérdidas terribles: alrededor de ciento cincuenta mil bajas. De hecho, la media de bajas diarias de la BEF serían la más elevada de toda el conflicto armado, más alta incluso que la de la batalla del Somme. El intento de Nivelle de ganar la guerra de un plumazo había fracasado estrepitosamente, y el 1 de mayo Haig se había reafirmado en su opinión acerca de cuál era el verdadero problema de fondo en el Frente Occidental.

> Los principios por los que hay que guiarse son aquellos que han tenido éxito en la guerra desde tiempos inmemoriales, verbigracia, que el primer paso debe consistir siempre en desgastar la capacidad de resistencia del enemigo, y seguir haciéndolo hasta que esté tan debilitado que sea incapaz de soportar un golpe decisivo; a continuación, con todas las fuerzas posibles, asestar dicho golpe decisivo; y por último recoger los frutos de la victoria. El enemigo ya ha sido debilitado considerablemente, pero hace falta más tiempo para desgastar la gran cantidad de tropas que posee. La situación todavía no está madura para asestar el golpe decisivo. Así pues, debemos seguir desgastando al enemigo hasta que su capacidad de resistencia se haya visto mucho más mermada. Parece que la causa del fracaso relativo del general Nivelle haya sido principalmente un error de cálculo en este sentido, y ahora la manera de remediarlo es volver a utilizar métodos de desgaste durante un tiempo más; un período cuya duración no puede estimarse en estos momentos.[18]
>
> Mariscal de campo sir Douglas Haig, cuartel general, BEF.

La visión de Haig tal vez pareciera deprimente y angustiante a los políticos y a los que buscaban una manera fácil de alcanzar la victoria, pero la cruda realidad era que el ejército

alemán todavía no había sido desgastado hasta el punto en el que la posibilidad de obtener dicha victoria pudiera vislumbrarse en el futuro inmediato.

La batalla de Messines

Tras el desastre de Arras, la atención de los Aliados se volcó en la ofensiva de Flandes, tan ansiada y esperada por Haig. Las últimas acciones de la ofensiva de Arras habían sido de diversión. Su finalidad había sido distraer la atención de los alemanes, tratando de ocultar los problemas de los franceses y los preparativos que ya estaban llevándose a cabo en Flandes. Pero en aquellos momentos todo dependía de conseguir que los alemanes centraran su atención en la BEF para dar al ejército francés un poco más de tiempo para recuperarse. Antes de comenzar cualquier operación para despejar el saliente de Ypres era necesario obligar a los alemanes a retirarse de sus posiciones en las «alturas» de las colinas de Messines, situadas justo al sur. Hacía tiempo —desde 1915— que el II Ejército del general sir Herbert Plumer había comenzado los preparativos, abriendo en las colinas una serie increíble de túneles profundísimos y llenándolos de explosivos. A comienzos de 1917, el proceso se había acelerado en previsión de los ataques programados para capitalizar el tan cacareado éxito de la ofensiva de Nivelle. La planificación de la ofensiva de Flandes se vio afectada por la necesidad de elegir entre el típico enfoque de «morder y no soltar», que limitaba objetivos, y el deseo lógico de maximizar posibles conquistas para capitalizar la dedicación del gran número de recursos que exigía una operación como esa. En particular, Plumer se inclinaba por limitar el ataque en un principio a las colinas de Messines y Pilckem; sin embargo, para Haig no bastaba con eso, pues prefería un programa más ambicioso con sus correspondientes planes de contingencia para maximizar los posibles logros. Insatisfecho con la propuesta poco agresiva de Plumer, optó por

poner al general sir Hubert Gough al mando de la principal operación ofensiva en Ypres, y a Plumer al frente del ataque inicial en Messines. No obstante, la gran ofensiva se vería demorada unas semanas después del ataque en Messines, pues la artillería debía trasladarse hacia el norte para concentrarse en Ypres. El plan original contemplaba que el ataque de la BEF fuera respaldado por otro ataque paralelo de los franceses, pero hubo que abandonar esta idea cuando los amotinamientos comenzaron a proliferar entre las filas francesas. Haig tendría que hacerlo solo, lo que también significaba que los alemanes podrían concentrar toda su atención en Flandes. Esta circunstancia probablemente beneficiara al debilitado ejército galo, pero prometía dolor y sufrimiento para la BEF.

El plan elaborado por Plumer para atacar en Messines supuso otro punto de inflexión en el desarrollo de la táctica basada en el principio de «morder y no soltar». El ataque empezaría con un bombardeo de cuatro días de duración, seguido de la detonación de veintiuna minas —conteniendo medio millón de kilos de explosivos— situadas a lo largo de toda la cadena de colinas, bajo las posiciones defensivas enemigas más importantes. En un principio, Plumer previó un avance de únicamente mil quinientos metros, pero Haig, de manera harto lógica en vista de la enorme inversión de recursos valiosísimos que suponía la operación, quiso que intentara capturar no solo la segunda línea de los alemanes, sino también la línea Oosttaverne que se encontraba en las laderas de su retaguardia. Ello implicaba un avance de alrededor de tres mil metros. Para llevar a cabo la misión, Plumer había recibido nueve divisiones de asalto, con otras tres de reserva. En total, disponía de 2.266 cañones, de los cuales 1.510 eran de artillería de campaña, y el resto piezas de artillería pesada, necesarias para destruir las baterías alemanas y los búnkeres de hormigón armado. Durante el bombardeo preliminar se dispararon

3.561.530 proyectiles. La cortina de fuego «deslizante» que servía de protección para las tropas en avance también aumentó su complejidad, pues se combinó con bombardeos contra una serie de fortines debidamente identificados, situados en posiciones avanzadas. Una vez conseguidos todos estos objetivos, la cortina de fuego se convertiría en un bombardeo fijo y constante que caería justo delante de las nuevas líneas para protegerlas de los inevitables contraataques alemanes. La infantería en ataque iría acompañada de setenta y dos tanques; asimismo, durante el asalto, la concentración de ametralladoras Vickers del Cuerpo de Ametralladoras dispararía por encima de ellos millones de proyectiles contra los objetivos enemigos. Pero la novedad más sorprendente sería el tamaño de las minas. El capitán Oliver Woodward de la 1.ª Compañía de Ingenieros australiana esperaba con ansia y nerviosismo el momento de detonar su mina situada en las profundidades de la Cota 60.

> Aguardaba el momento de la prueba final con una sensación de intensa inquietud. Con el puente de Wheatstone en una mesa improvisada, me puse a comprobar los cables, y cuando vi que todos funcionaban bien, sentí un gran alivio. A las 02.25 probé por última vez la resistencia del circuito e hice las conexiones finales para detonar los explosivos. Era una tarea bastante estresante, pues empezaba a sentir la angustia y los nervios propios de ese momento en el que uno se pregunta si los cables están perfectamente conectados unos con otros. Justo antes de las 03.00, el general Lambart ocupó su posición en el refugio subterráneo desde el que iba a efectuarse la detonación. Era responsabilidad suya dar la orden de «¡Fuego!». Con el reloj en la mano, permanecía ahí de pie, y en medio de un silencio que casi podía tocarse con la mano, dijo: «Faltan cinco minutos». Volví a comprobar por enésima vez los cables, y los tenientes Royle y Bowry tenían a sus pies un detonador preparado para ser activado si fallaba la dínamo. Luego el general, en lo que parecieron unos momentos interminables, empezó a decir en viva voz: «¡Faltan tres minutos!» «¡Faltan dos minutos»! «¡Falta un minuto!». Agarré el mango con fuerza, lo accioné y entró en contacto con los terminales. Recibí una sacudida que me tiró para atrás. Durante una fracción de segundo no pude darme verdadera cuenta de lo que había ocurrido, pero enseguida estallaron los gritos de júbilo cuando se supo que las minas de la Cota 60 habían cumplido su misión.[19]
>
> Capitán Oliver Woodward, 1.ª Compañía de Ingenieros australiana,

Fuerza Imperial Australiana.

La explosión fue como la de un gran cataclismo, y antes incluso de que la tierra se calmara, la artillería británica en masa entró en acción.

Nunca habría podido imaginar un espectáculo como aquel. En el lugar donde estábamos, a quince mil metros de distancia, se produjo primero un doble temblor que sacudió la tierra como si fuera un terremoto. A punto estuve de no poder tenerme en pie. Entonces se levantó una enorme masa de fuego que parecía rozar el cielo. Toda la región se iluminó con una luz rojiza como si fuera un cuarto oscuro para el revelado fotográfico. Al mismo tiempo, todos los cañones rugieron, y la batalla empezó en esa parte de la línea. El estruendo es mucho mayor que en el Somme; es atronador, magnífico, sobrecogedor. Te embriaga, te emociona. Hace que a uno le dé igual estar bajo el fuego concentrado de las baterías de los teutones. Son las 03.40, y en estos momentos en los que estoy escribiendo sus bombas no paran de estallar alrededor nuestro, pero me río solo de pensar lo ridículos que son los esfuerzos del enemigo en comparación con la «Ausgezeichnete Ausstellung» que le estamos ofreciendo. Estamos vengándonos, desquitándonos por lo ocurrido en 1914.[20]

Comandante Ralph Hamilton, cuartel general, 106.ª Brigada,
Real Artillería de Campaña.

Entre los alemanes, las explosiones masivas tuvieron un impacto increíble.

La tierra rugió, tembló, se sacudió. A continuación, el ruido absolutamente ensordecedor de un gran impacto, y luego, ante nosotros, formando un enorme arco de kilómetros de longitud, se levantó una barrera de fuego de unos cien metros de altura. El espectáculo era extraordinario; casi imposible de describir. Era como una tormenta con rayos y truenos, pero mil veces más grande. Después se sumaron a aquella fuerza atronadora los cañones, que empezaron a abrir fuego simultáneamente provocando miles de relámpagos. La barrera de fuego permaneció suspendida en el aire durante varios segundos, para luego desvanecerse y ser sustituida por los destellos de los cañonazos, claramente visibles en aquella semipenumbra. Por unos instantes nos quedamos allí de pie, hipnotizados por el espectáculo. Fue imposible regresar a la retaguardia para curar las heridas, pues en cuanto se extinguió la barrera de fuego, la tierra entera pareció recobrar vida. Abriéndose paso desde una infinidad de puntos de salida, un gran número de cascos británicos avanzaba sobre nosotros. Líneas sucesivas de soldados de infantería abandonaban sus trincheras y se lanzaban al ataque.[21]

Teniente segundo Meinke, 176.º Regimiento de Infantería.

La infantería se lanzó al ataque, rebasando las posiciones completamente destruidas del frente alemán en la primera colina. Tras darse un breve respiro, reemprendió el ataque a las 07.00: sus batallones avanzaron por etapas para mantener el ímpetu del asalto. Los alemanes fueron incapaces de repelerlos. Haig había tenido razón: sus hombres consiguieron tomar el pueblo de Wytschaete alrededor de las nueve de la mañana. Tras otra breve pausa para reorganizarse, a las 15.10 las unidades de infantería empezaron a atacar las posiciones situadas en la ladera opuesta. En aquellos momentos ya estaban fuera del alcance de la artillería de campaña británica y, sin la ayuda de los cañones, las bajas comenzaron a aumentar rápidamente. Aun así, la línea Oosttaverne cayó en manos de los británicos antes de que acabara el día. Una dolorosa serie de operaciones sucesivas de limpieza permitiría a los británicos cumplir con todos sus objetivos aquella misma semana, aunque tras sufrir un total de 24.562 bajas en el curso de la batalla. No obstante, la batalla de Messines fue un triunfo para Plumer. Sus tácticas metódicas habían servido para conquistar una sólida fortaleza alemana situada en un enclave estratégico y capturar 7.354 soldados enemigos, 48 cañones, 218 ametralladoras y 60 morteros de trinchera. Con las colinas de Messines en poder de los británicos, Gough tenía el camino despejado para atacar las líneas enemigas que rodeaban prácticamente Ypres.

La tercera batalla de Ypres

Los motivos que durante la gran ofensiva de Flandes indujeron a Haig a librar la tercera batalla de Ypres han sido a menudo cuestionados, pero lo cierto es que tuvo varias razones de peso. La situación lo requería: los franceses llevaban a cabo operaciones de distracción y había que evitar que los alemanes lanzaran un ataque devastador contra los maltrechos *poilus*. Haig estaba convencido de que más ofensivas podían poner al

ejército germano al borde del colapso. Se basaba en los informes de su jefe de inteligencia, el general de brigada John Charteris: «Cabe deducir que, en vista de la continuidad de las circunstancias actuales y del esfuerzo de los Aliados, Alemania puede verse forzada antes de que acabe el año a pedir una paz aceptando nuestros términos».[22] Su pronóstico sería excesivamente optimista, pues los ejércitos alemanes del Frente Occidental recibirían después de la caída de Rusia una inyección de vitalidad con la llegada de divisiones procedentes del Frente Oriental. También había que tomar medidas, en opinión del almirante sir John Jellicoe, primer lord del Mar, para despejar la costa belga y destruir las bases de los submarinos alemanes en Ostende y Zeebrugge. Entre los objetivos tácticos figuraban las colinas de Passchendaele, desde las que se dominaba Ypres, el enlace ferroviario alemán en Roulers, y acabar por un lado con la amenaza que suponían los puertos del canal de la Mancha en manos de los alemanes y por otro con la necesidad de conservar el saliente de Ypres, que consumía constantemente un gran número de recursos humanos británicos. Todo esto se sumaba a la dura realidad del momento, y Lloyd George se entrometía de continuo en los asuntos de Haig. El primer ministro británico presentó sus argumentos contra la ofensiva de manera convincente.

> El gabinete debe considerarse el garante de los maravillosos muchachos que conforman nuestro ejército. Estos hombres están dispuestos a afrontar cualquier peligro, y lo hacen sin quejarse, pero confían en que los líderes de la nación sepan velar por que sus vidas no se pierdan inútilmente y su sacrificio no forme parte de un mero juego al que simplemente se recurre porque a los encargados de dirigir la guerra no se les ocurre otra cosa mejor que hacer con los hombres que están bajo su mando. Así pues, antes de embarcarnos en un ataque de dimensiones descomunales que producirá necesariamente la pérdida de miles y miles de valiosas vidas, y que tal vez suscite esa sensación de desánimo que puede perfectamente llevar a una nación a pedir prematuramente la paz, es imprescindible estar muy seguros de que el ataque en cuestión tiene muchas posibilidades de éxito. Si no es más que un simple juego, emprenderlo sería una locura y un crimen.[23]

David Lloyd George, primer ministro de Gran Bretaña.

Independientemente del mérito que pudieran tener sus palabras, lo cierto es que a continuación su credibilidad se vio socavada cuando el primer ministro hizo luego un llamamiento, pidiendo más recursos para la campaña de Italia. Ante esa petición, Haig y el jefe del estado mayor imperial, el general sir William Robertson, se mantuvieron unidos y firmes, siendo capaces de demostrar la importancia crucial de concentrarse contra el enemigo principal, esto es, Alemania, en el Frente Occidental, antes de embarcarse en aventuras italianas. Al final, el gabinete dio el visto bueno a la ofensiva, con la condición de que se cancelara si las cosas iban mal.

Haig había pretendido desde un principio lanzar la ofensiva en Ypres inmediatamente después de capturar las colinas de Messines, pero los retrasos se multiplicaron, reflejando las dificultades logísticas de librar una batalla que requería concentrar miles de cañones y millones de bombas en los barrizales del saliente de Ypres. Además, había que trasladar al frente a la infantería y perfeccionar el adiestramiento y la planificación, y todo esto llevaba su tiempo.

En Ypres, las defensas alemanas habían sido cuidadosamente establecidas siguiendo los principios de una defensa en profundidad. Una primera línea poco guarnecida discurría por la zona de vanguardia a lo largo de Pilckem, una colina de poca altitud, y en la ladera opuesta se ocultaba una segunda línea. Más atrás había una serie de líneas adicionales que se extendían hasta las colinas de Passchendaele, y toda la zona estaba salpicada de búnkeres de hormigón y construcciones agrícolas fortificadas. Estos reductos estaban estratégicamente situados para atrapar a las tropas en avance con el fuego cruzado de sus mortíferas ametralladoras. La idea general era ralentizar y frenar los ataques de los británicos, dejando a los supervivientes expuestos al contraataque de las divisiones ale-

manas, que se mantenían lejos del alcance de la artillería anglosajona. Una nueva arma que empezaba a utilizarse contra las tropas británicas era el gas mostaza alemán de unas bombas que llevaban una cruz amarilla. Cuando los proyectiles caían, liberaban este gas, relativamente inodoro, de una manera casi inaudible, provocando graves ampollas, ceguera temporal y terribles daños internos si era inhalado. Como sus efectos persistían tanto a ras de tierra como en el aire, los soldados se veían obligados a llevar puestas durante días sus máscaras antigás.

En los planes británicos se reflejaban las tensiones provocadas por la eterna cuestión: ¿había que avanzar por etapas o era mejor intentar maximizar las ganancias iniciales lanzándose a por la segunda y la tercera línea? Era una discusión que nunca podía resolverse plenamente, pues todo dependía de lo que ocurriera. Si el ataque era un éxito, entonces sería una irresponsabilidad no estar preparados para saltar sobre las sucesivas líneas alemanas, y muchos altos oficiales británicos consideraban que la oportunidad de dar ese paso el primer día de la batalla de Arras se había perdido unos meses antes. Pero luego, una vez más, si las líneas más apartadas se incluían en el bombardeo preliminar, el impacto de este podía verse diluido, arruinando toda la operación. La profundidad del sistema defensivo alemán también hacía que los retrasos fueran inevitables si en cada etapa había que trasladar la artillería de campaña a posiciones más avanzadas. Al final, Haig optó por maximizar las ganancias en un contexto general de avance por etapas (y no por intentar abrir inmediatamente brechas en las líneas enemigas).

Los planes hacían hincapié en la importancia de la artillería (era el estilo de los británicos). El V y el II reunieron 3.091 cañones, esto es, el doble de los que tenían los alemanes en el sector. El bombardeo duraría quince días, y a continuación

una estruendosa cortina de fuego abriría el paso a la infantería a través de la tierra de nadie. Los soldados atacantes también irían acompañados de tanques, aunque las funciones de los vehículos blindados se vieran limitadas por las dificultades derivadas de las condiciones del terreno.

Las últimas fases del bombardeo fueron increíbles.

> Un Amazonas de acero desbordado pasaba rugiendo a toda velocidad por encima de nuestras cabezas, y las balas de las ametralladoras intentaban responder con su obsesivo lenguaje a aquel diluvio. Las bengalas, grandes y pequeñas, se elevaban hacia el cielo y dejaban estelas de luz, moviéndose de lado en medio de la noche; los ojos no eran suficientemente rápidos para captar todo aquello; y uno no podía oír al hombre que tenía al lado, por mucho que gritara.[24]
>
> Teniente Edmund Blunden, 11.º Batallón del Real Regimiento de Sussex.

Los artilleros alemanes intentaron desesperadamente responder con fuego.

> La oscuridad se alterna con una luz tan brillante como la del día. La tierra tiembla, parece de gelatina. Las bengalas iluminan el cielo oscuro con su luz blanca, amarilla, verde y roja, y hacen que los elevados troncos de los chopos proyecten sombras curiosas y raras. Y permanecemos agachados entre montañas de municiones (algunos de nosotros con el agua hasta las rodillas), y disparamos y disparamos, mientras alrededor nuestro no paran de caer bombas que impactan en el lodo, sacuden nuestra posición, arrancan árboles de cuajo, arrasan la casa que hay a nuestras espaldas y nos enfangan de la cabeza a los pies. Parece que hayamos salido de un baño de barro. Sudamos como fogoneros; el cañón está ardiendo; los casquillos siguen quemando cuando los sacamos de la recámara; y solo se oye la misma orden, que se repite una y otra vez: «¡Fuego! ¡Fuego! ¡Fuego!», hasta el aturdimiento.[25]
>
> Gerhard Gurtler, artillería alemana.

Cuando a las 03.50 de aquella mañana la infantería aliada atacó, tuvo un éxito desigual. En el flanco izquierdo dos divisiones del ejército francés llegaron a sus objetivos e incluso siguieron avanzando para presentar batalla por las calles de Bixschoote. En el flanco derecho los británicos subieron por la pequeña altura de Pilckem y pasaron al pequeño valle del Steenbeek para capturar Saint-Julien. En esta localidad encontraron cada vez más resistencia de unas fuerzas enemigas

posicionadas en los búnkeres y en la línea Gheluvelt-Langemarck situados delante del llamado «London Ridge», el promontorio principal de las colinas de Passchendaele-Gheluvelt. Si una historia de un hombre cuenta la historia de miles de hombres, que sea la del sargento primero John Handley del 1/6.º Batallón del Regimiento del Rey (Liverpool), que se lanzó al ataque junto con el cuartel general de su compañía en la tercera oleada, la que nos sirva de testimonio.

> Siguiendo la cinta blanca me enredé entre nuestras propias alambradas. Estaba horrorizado, pues sabía por experiencia que el enemigo lanzaría un diluvio de bombas contra nuestra primera línea en apenas tres minutos, como mucho. Nervioso, me liberé de los alambres y eché a correr para salir lo antes posible de la zona de peligro. Cuando me sentí seguro, miré a mi alrededor, pero en la oscuridad no pude ver a nadie. No había ninguna señal de los que debían seguirme, como, por ejemplo, el capitán en funciones, su criado, los encargados de las comunicaciones, los hombres de primeros auxilios, los camilleros, etcétera. Por lo que veía, estaba completamente solo. Pero seguí avanzando hasta que, de pronto, caí al suelo tras enredarme en una alambrada alemana. Mientras me hundía en el barro, me pasaron rozando varias balas procedentes de la trinchera enemiga. Pasaron tan cerca de mi cabeza que, semanas después, continuaba estando parcialmente sordo del oído izquierdo. Mi fusil no servía de nada, pues se había llenado de fango. Cogí una granada de mano, tiré de la espoleta y la lancé lo más cerca que pude de la zona de la que parecían provenir los disparos. Me asomé para ver la explosión, y vi varias siluetas de cabeza en medio del destello. Había dado en el blanco. En aquel momento llegó uno de nuestros equipos de ametralladoras Lewis y lo conduje hasta la trinchera alemana, donde, bajo la tenue luz del alba, encontramos únicamente a un teutón gravemente herido.[26]
>
> Sargento primero John Handley,
> 1/6.º Batallón del Regimiento del Rey (Liverpool).

En cuanto Handley reanudó el avance a través de aquel paisaje casi desértico castigado por los constantes bombardeos, se perdió.

> Tenía que encontrar la granja Jasper y establecer allí el cuartel general de la compañía. En el mapa aparecía a medio camino de la trinchera de comunicación central. Como no la encontré bajando por el primer ramal de comunicación, volví a la primera línea alemana para coger el siguiente ramal. Resultaba difícil distinguirlas como trincheras, pues nuestro bombardeo las había destruido prácticamente. Había que abrirse paso penosamente entre los cráteres de bomba y los montículos de tierra. Fue rodeando un montículo cuando apareció

ante mí la granja Jasper. Era un túmulo enorme de hormigón con aspilleras, un búnker. Su desnudez y su austeridad hacían que pareciera grotesco después de que nuestros bombardeos hubieran volado por los aires el terraplén que lo ocultaba. Me sorprendí todavía más cuando vi a seis alemanes alineados delante de la construcción. Inmediatamente levantaron los brazos en señal de rendición. Mientras sujetaba con una mano mi fusil inutilizado apuntando hacia ellos, con la otra les indiqué que echaran a andar en dirección a las líneas británicas. Al llegar a la antigua primera línea alemana, los entregué a uno de mis sargentos para que los escoltara hasta su nuevo cautiverio.[27]

Sargento primero John Handley,
1/6.º Batallón del Regimiento del Rey (Liverpool).

Las condiciones en las que se encontraban esos soldados alemanes estupefactos no debieron de provocar mucha sorpresa. Ni siquiera los muros y la cubierta de hormigón de una fortificación pudieron protegerlos del bombardeo británico.

Es bien sencillo: el fuego constante alcanzó una intensidad que iba más allá de la comprensión humana. Sobre nuestra fortificación y una batería de morteros de las inmediaciones cayeron más de mil bombas de gran calibre. La tierra temblaba en medio de una luz trémula. Mi fortín vibraba y se sacudía como si fuera a derrumbarse. Fue un milagro que no recibiera impactos directos. Todo el que se atrevía a salir acababa herido. A las 06.00 saltó la alarma anunciando la presencia de gas. Salí al exterior y vi cómo una nube de gas de unos diez metros de espesor se acercaba lentamente. La fortificación entera empezó a oler a gas. Mandé sellar todas las hendiduras y las rejillas con trapos mojados. A las 07.00 el bombardeo alcanzó su mayor intensidad. Era simplemente espantoso. Los hombres que había en la dependencia exterior acabaron heridos o murieron asfixiados por el gas. Las pocas máscaras antigás de reserva se habían agotado, pues muchos hombres tuvieron que recurrir a ellas porque las suyas habían quedado inutilizadas tras ser alcanzadas por algún disparo. El enemigo avanzaba detrás de aquellas nubes de gas.[28]

Teniente coronel Freiherr von Forstner, 164.º Regimiento de Infantería.

La tarea que tenían por delante las divisiones de asalto se hizo cada vez más difícil en el sector de la meseta de Gheluvelt, que se extendía entre las colinas de Westhoek y el llamado bosque de Shrewsbury. En Westhoek tuvieron al principio bastante éxito y capturaron el pueblo antes de que las ametralladoras alemanas las detuvieran. Pero en el llamado bosque del Santuario las tropas se enfrentaron a una misión casi imposible. Con unas condiciones del terreno espantosas, ense-

guida perdieron contacto con su cortina de fuego móvil, viéndose expuestas a las baterías de la guarnición germana que seguían operativas. Además, la concentración de artillería alemana oculta detrás de la meseta de Gheluvelt no había sido destruida, y sus bombas hicieron pedazos a los hombres de los batallones en avance. Los tanques, que en teoría debían ayudar a destruir los focos de resistencia, no solo eran vulnerables a la artillería, sino que muchos de ellos enseguida quedaron atascados en el fango, incapaces de coordinarse debidamente con la infantería que los acompañaba. De los cuarenta y ocho vehículos blindados presentes en el sector, todos, salvo uno, quedaron inutilizados o fueron destruidos. Un enclave llamado «Clapham Junction», donde diecisiete carros de combate fueron arrollados, pasaría a la historia como el «cementerio de los tanques». Poco pudieron hacer para ayudar a la infantería. Aunque las tropas en avance consiguieron rebasar las posiciones de la primera línea alemana, fueron detenidas bruscamente en la segunda línea que se extendía a través de la meseta de Gheluvelt.

En esta fase de la operación tal vez pueda parecer que la ventaja en general la tenían franceses y británicos. Pero los alemanes basaban su táctica en el contraataque, y ya contaban con divisiones de refresco, listas para entrar en acción y perfectamente posicionadas en los pliegues del terreno rocoso situado detrás de la meseta de Gheluvelt y las colinas de Passchendaele. Los alemanes empezaron a bombardear a primera hora de la tarde, y su infantería enseguida se puso en marcha y cruzó las colinas para recuperar el territorio perdido en Saint-Julien y el valle del Steenbeek. Presionando por los flancos, obligó a las tropas británicas, cada vez más exhaustas, a replegarse.

Por la noche, los resultados estaban poco definidos. En la izquierda, los franceses y las divisiones británicas vecinas había logrado rebasar los sistemas defensivos alemanes que incluían las colinas de Pilckem y Bellewaarde. En la derecha, en la meseta de Gheluvelt, los progresos habían sido mucho más limitados, aunque se había conseguido ocupar la primera línea germana. Pero el precio que habían tenido que pagar los franceses y los británicos era muy elevado, pues sus bajas ascendían aproximadamente a 33.500. Al parecer, los alemanes perdieron alrededor de 30.000 hombres, seis mil de los cuales fueron hechos prisioneros. Como habían avisado algunos antes de la batalla, el deseo de Gough de intentar maximizar las ganancias el primer día de la operación hizo que sus tropas fueran vulnerables a los contraataques alemanes por haberlas extendido excesivamente y haberlas dejado sin la cobertura que podía proporcionarles la artillería. Haig habría podido poner en marcha algún plan de contingencia, pero también es cierto que los resultados del primer día de combate distaron mucho de lo que podía considerarse aceptable. Además, el elevado número de bajas, particularmente en el sector de la meseta de Gheluvelt, hizo que las alternativas de los británicos se redujeran de manera considerable. Ni que decir tiene que una cosa había quedado muy clara: coronar rápidamente las cimas de Passchendaele era una idea descabellada. De hecho, el principal obstáculo para el avance británico seguía prácticamente intacto: la meseta de Gheluvelt era todavía una fortaleza inviolable. Aquella iba a ser otra larga y ardua batalla de desgaste.

Pero hubo otro grave problema con el que no se había contado. El primer día de la batalla había empezado a llover. Esto no habría sido demasiado inconveniente si la lluvia no hubiera persistido durante casi todo el mes de agosto (solo hubo tres días sin precipitaciones). En una región donde los

problemas de desagüe eran algo previsible, en un campo de batalla en el que millones de bombas habían destruido las canalizaciones provocando el desbordamiento de aguas y las consiguientes inundaciones, aquel agosto las precipitaciones doblaron la media mensual. En semejantes circunstancias, el traslado de cañones y de millones de bombas se convirtió en una labor extenuante; encontrar posiciones adecuadas para los cañones resultaba prácticamente imposible; y lo peor de todo era que el mal tiempo impedía llevar a cabo las misiones aéreas de reconocimiento fotográfico y de observación de artillería tan necesarias para utilizar debidamente los cañones. Se suponía que el ataque debía reanudarse el 2 de agosto, pero fue imposible. La situación exigía una actuación inmediata, antes de que los alemanes pudieran traer sus reservas y reforzar sus defensas, pero también había otras consideraciones de carácter táctico.

> Sabemos por experiencia, sin embargo, que en este tipo de operaciones secundarias, la planificación precipitada y la utilización de tropas parcialmente exhaustas son, por lo general, la causa del fracaso, y este fracaso supone perder un tiempo y unos recursos humanos valiosísimos. En este caso en particular queremos estar absolutamente seguros de la debida preparación de la artillería, lo cual requerirá un control absoluto de los objetivos y una gran precisión de disparo, así como uno o dos días en los que las condiciones climatológicas permitan a nuestros aviones volar antes de iniciar el ataque. Para garantizar el éxito de las operaciones, algo importantísimo en esta fase de la batalla, el cuerpo debe atacar realmente con tres divisiones de refresco.[29]
>
> General de brigada John Davidson, cuartel general, BEF.

Gough abortó el ataque programado. Tal vez se viera obligado a ello por las circunstancias, pero lo cierto es que ese retraso permitió que los alemanes tuvieran la oportunidad de preparar sus defensas, y no la desaprovecharon. En agosto de 1917 se producirían muchas situaciones parecidas.

Los alemanes se dieron cuenta de la importancia estratégica que tenía la meseta de Gheluvelt, y concentraron el grueso de sus baterías en las laderas opuestas. Los británicos, en cambio,

colocaron sus cañones repartidos a lo largo de todo el frente, posibilitando así una superioridad de la artillería alemana justo allí donde este factor era sumamente importante. Los germanos también aprovecharon al máximo la enorme experiencia adquirida en combates de desgaste. Empezaron a bombardear intensa y continuamente a las divisiones británicas situadas delante de la meseta de Gheluvelt, «triturándolas» con su artillería. Las divisiones de asalto británicas ya estaban debilitadas, y el incesante bombardeo obligó a Gough a relevarlas antes de lo que hubiera querido con tropas destinadas en un principio a la segunda fase de la ofensiva. Pero entonces esas tropas quedaron expuestas al fuego interminable de los alemanes, siendo diezmadas poco a poco mientras esperaban que el tiempo mejorara y les diera la oportunidad de atacar. Cuando se reanudó la batalla, las divisiones de refresco estaban destrozadas, y el bombardeo de la artillería seguía siendo inadecuado. La campaña británica en Flandes empezó a caracterizarse por un mismo patrón que se repetía una y otra vez: asaltos desesperados y poco creativos, contundentes y demoledores contraataques alemanes y una abrumadora sensación de angustia. Al igual que sus hombres, Gough no sabía hacia dónde tirar, atado de pies y manos por unos factores que no podía controlar, pero también paralizado por un hecho fundamental: no había sabido concentrar sus recursos en la meseta de Gheluvelt. Las ganancias fueron mínimas, y las pérdidas elevadas, en los ataques prácticamente inútiles lanzados el 10 de agosto, el 16 de agosto y el 22 de agosto.

> El estado del terreno era en aquellos momentos espantoso. El traslado de provisiones, municiones y pertrechos, el manejo de los cañones, que a menudo se hundían en el barro hasta el eje, e incluso la misión cotidiana de mantener el frente de batalla, suponían un esfuerzo enorme para oficiales y soldados. Cuando llegaba el momento de que la infantería se lanzara al ataque a través de aquellos cráteres de bomba inundados de agua, el movimiento era tan lento y tan agotador que solo podía esperarse un mínimo avance. En consecuencia, informé al comandante en jefe de que, desde el punto de vista táctico, en aquellas

condiciones era imposible conducir con éxito la operación sin sufrir gravísimas pérdidas, y aconsejé que se abortara el ataque. Mantuve muchas conversaciones con Haig durante esos días, y le reiteré mi opinión una y otra vez, pero insistió en que el ataque debía seguir adelante.[30]

Teniente general sir Hubert Gough, cuartel general, V Ejército.

Gough no había sabido comprender que la ofensiva simplemente no podía suspenderse; para él, lo verdaderamente importante era concentrar sus fuerzas para superar aquellos grandes obstáculos.

Al final, Haig tuvo que intervenir. El fracaso de los ataques del 22 de agosto hizo que se revisara toda la campaña. Una cosa parecía evidente: era prácticamente imposible progresar más sin reducir una serie de líneas alemanas y de fortificaciones interconectadas que cruzaban la meseta de Gheluvelt. Si el «agresivo» Gough y su V Ejército eran incapaces de lograrlo, Haig parecía muy dispuesto a recurrir a Plumer, quien recientemente había demostrado en Messines su dominio de la táctica basada en el principio de «morder y no soltar». Pero Plumer necesitaba tiempo para prepararse, de modo que Gough y su V Ejército tendrían que seguir aguantando y esforzándose hasta bien entrado septiembre. Ello dio lugar a otra serie de acciones de pequeña envergadura que no consiguieron ningún objetivo significativo y en las que se repitieron muchos de los errores cometidos en el sector central de la batalla del Somme. Sin embargo, a pesar de la confusión reinante en la zona británica, el ejército alemán también sufría lo suyo. Para los germanos las mejoras introducidas en las tácticas ofensivas de los británicos resultaban más que inquietantes.

A pesar de todos los refuerzos de hormigón, nuestras construcciones parecían más o menos indefensas ante las cargas de la artillería enemiga. En algunos puntos ya no mostraban la solidez que, junto con mis comandantes locales, tanto había esperado. El enemigo había conseguido adaptarse a nuestro método que consistía en utilizar divisiones exclusivamente de contraataque. Ya no lanzaba ataques con objetivos ilimitados, como los emprendidos por el general

Nivelle en la batalla del Aisne-Champaña. En aquellos momentos estaba preparado para recibir nuestros contraataques y repelerlos, cosa que conseguía limitando sus acciones de consolidación del terreno conquistado. En cierto sentido, desde luego, esto nos iba muy bien. Yo mismo estaba sometido a terribles presiones. En el oeste el estado de las cosas parecía impedir que ejecutáramos nuestros planes en otros lugares. Nuestras pérdidas habían sido tan elevadas que levantaban muchos recelos, pues habían excedido nuestras expectativas.[31]

General Erich Ludendorff, alto mando alemán.

Hasta aquel momento de la guerra, los franceses habían sido siempre el verdadero peligro para los alemanes. Ahora lo eran los ingleses.

El 29 de agosto, Plumer presentó a Haig sus planes para la captura de la meseta de Gheluvelt. Se trataba de una ofensiva estrictamente limitada, de un ataque basado en el principio de «morder y no soltar» por excelencia. Preveía la alineación de 1.295 cañones, de los cuales 575 eran el instrumento esencial, esto es, piezas pesadas de artillería, capaz de destruir los reductos y las fortificaciones enemigas. Sería necesario disponer de millones de bombas, para cuyo transporte se contaría con otro avance importante, pues se habían empezado a instalar líneas ferroviarias de trenecitos Decauville para ayudar a trasladar los proyectiles al menos hasta un lugar próximo a las posiciones de los cañones. Pero la batalla de la carretera de Menin del 20 de septiembre no fue un simple enfrentamiento mecánico de artillería; también reflejaría importantes avances en la táctica de la infantería. Las líneas rígidas resultaban prácticamente inútiles contra un fortín defensivo, y se inculcó a las tropas la necesidad de actuar con mucha más flexibilidad. Con su aceptación gradual de nuevas tácticas, siguieron la estela de los franceses.

La técnica de ataque en oleadas utilizada hasta ahora no ofrece suficiente flexibilidad de actuación, ni los pelotones y las secciones están suficientemente controlados por sus jefes para enfrentarse a una oposición repentina como la que probablemente surja en las condiciones actuales. La oleada principal, en una o dos líneas, debe extenderse para obligar al enemigo a revelar sus posiciones, y las demás, en pequeños grupos o en filas, deben estar preparadas para

enfrentarse a acciones inesperadas de ametralladoras o grupos enemigos. Hay que recalcar a todos los jefes subordinados que la rapidez de acción es de vital importancia, y que cualquier retraso en el ataque no hace más que agravar una situación delicada y aumentar las dificultades que supone afrontarla. Cuando se conozca su emplazamiento, los nidos de ametralladora y los focos de resistencia del enemigo deben ser destruidos por grupos previamente preparados para llevar a cabo esta misión. Un estudio minucioso del terreno y las fotografías aéreas resultarán sumamente útiles para aumentar ese «conocimiento» y permitir que los jefes se hagan una idea más clara de las zonas en las que pueden encontrar oposición. Las oleadas de las tropas de la retaguardia deben ir muy seguidas, hasta que se haya terminado de cruzar la tierra de nadie, y luego, poco a poco, ganar distancia. Hay que asegurarse de que esto se cumpla adiestrando debidamente a sus oficiales.[32]

General de brigada Charles Harrington, cuartel general, II Ejército.

El II Ejército avanzaría en cuatro etapas, cada una de unos mil quinientos metros y seguida de una pausa de seis días para poder preparar el siguiente paso. A su lado, el V Ejército utilizaría el mismo método para capturar el espolón de Saint-Julien y «London Ridge». Entonces, y solo entonces, se lanzaría un ataque contra las colinas de Passchendaele. El plan general era bastante sencillo: cada ataque tendría por objetivo ocupar la zona defensiva avanzada de los alemanes, para luego consolidar rápidamente esta conquista e incitar al enemigo a contraatacar a una infantería perfectamente preparada y respaldada por un gran número de ametralladoras y el fuego de la potente artillería. Además, Plumer se revelaría un general con suerte, pues en septiembre el tiempo comenzó a mejorar, el cielo a despejarse, y el sol a secar la tierra. Este fue un factor muy ventajoso para la Real Artillería.

Cuando los cañones abrieron fuego a las 05.40 del 20 de septiembre, los bombardeos empequeñecieron a todos los vistos hasta entonces.

Contempla nuestra artillería. Contémplala, y observa sus incontables destellos. Mira cómo rompe las tinieblas desde sus escondites, no con docenas de cañones, sino con centenares de ellos, y, sin embargo, se trata solo de las piezas pesadas, pues las más ligeras están muy arriba y no podemos verlas. Fíjate en la deslumbradora luz rojiza que ilumina kilómetros y kilómetros de territorio en

> el que una bomba teutona ha caído entre el humo de la cordita. El lugar entero parece en llamas hasta donde alcanza la vista: un destello tras otro, algunos aislados, otros en grupo cuando las baterías disparan al unísono, ¿acaso no parece indescriptible, inconcebible e incluso inimaginable? Siente la tremenda vibración y las sacudidas, y escucha el ruido terrible y enloquecedor que todo ello produce. Es inútil intentar hablar, e incluso gritar, pues por mucho que rujas, por mucho que brames, nadie puede oírte.[33]
>
> Teniente Cyril Lawrence, 1.ª Compañía de Ingenieros de Campaña, Fuerza Imperial Australiana.

Cuando la infantería se lanzó al ataque fue capaz de seguir adelante según lo planeado, cruzando alrededor de un kilómetro y medio de sector avanzado alemán. Hubo algunos rechazos dolorosos, reductos que no caían, desastres localizados, pero, en general, los concienzudos preparativos dieron sus frutos. En realidad, no fue el territorio conquistado lo que hizo que la batalla de la carretera de Menin fuera una hazaña importante, sino el hecho de haber coronado con éxito la captura de unos objetivos que el mes anterior habían costado literalmente miles de vidas en asaltos inútiles. Luego las tropas británicas se detuvieron, consolidaron las ganancias y esperaron la respuesta alemana. La infantería lo había hecho bien, pero en verdad fue el fuego masivo de la artillería de campaña británica, que seguía teniendo al enemigo a su alcance, el que se convirtió en un adversario formidable, capaz de destruir las divisiones de contraataque alemanas. Aun así, los germanos sabían lo que estaban haciendo en el campo de batalla: también utilizaron el fuego masivo de su artillería, y las bajas fueron elevadas para los dos bandos. De hecho, a pesar de la victoria, las bajas británicas no bajaron de veintiuna mil.

En términos generales, Haig estaba contentísimo y esperaba con ansia poder extender la conquista a toda la zona de Passchendaele. Incluso empezó a considerar la posibilidad de avanzar hasta la costa de Bélgica y la ciudad de Roulers, parada final de importantes líneas ferroviarias. Visto en retrospectiva, este optimismo del general británico ha suscitado todo

tipo de comentarios jocosos, pero de lo que no cabe duda es de que era responsabilidad de Haig tener guardado un plan de contingencia que incluyera la posibilidad de combinar operaciones anfibias y terrestres o una intervención de la caballería. En realidad, estamos ante un caso de «maldición si lo haces y maldición si no lo haces». Lo cierto es que, evidentemente, Haig no sabía lo que iba a suceder a continuación, pero él tenía la obligación de estar preparado para cualquier eventualidad.

Tras los seis días preceptivos, el siguiente paso fue el que dio lugar a la batalla del bosque del Polígono, que comenzó el 26 de septiembre. A pesar del éxito relativo de un ataque alemán concebido para alterar sus preparativos, los británicos consiguieron avanzar otros 1.000 o 1.250 metros en un frente de ocho kilómetros y medio, aunque, una vez más, los encarnizados combates se saldaron con muchísimas bajas, alrededor de 15.500. Llegado este punto, el alto mando alemán ya había averiguado las intenciones de Plumer. ¿Pero cómo iba a responder a estas tácticas inspiradas en los principios de la gradualidad?

> La profundidad de la penetración fue limitada para garantizar la inmunidad a nuestros contraataques, y estos últimos fueron repelidos por el fuego concentrado de la artillería. Después de cada ataque, siempre hablaba con el general Von Khul y el coronel Von Loszberg sobre las tácticas empleadas, unas veces directamente en el frente y otras por teléfono. En esa ocasión, volví a visitar el frente para hablar sobre las mismas cuestiones con oficiales que habían participado en la acción. Nuestra táctica defensiva debía evolucionar más, de una manera u otra. Todos coincidimos en este punto. Lo único que ocurría era que resultaba infinitamente difícil encontrar el remedio adecuado.[34]
>
> General Erich Ludendorff, alto mando alemán.

Lo único que podían hacer los alemanes a corto plazo era reforzar la zona de la primera línea con más tropas y ametralladoras, y posponer sus contraataques hasta que pudieran organizarlos debidamente con el apoyo de la artillería apropiado.

Mientras tanto, Plumer, animado por Haig, que esperaba que los alemanes estuvieran al borde del desfallecimiento, ordenó el siguiente asalto por parte del II Ejército en las colinas de Broodseinde y los espolones de Zonnebeke y Gravenstafel, así como el avance del V Ejército hacia Poelcappelle. Una vez más, su objetivo era cubrir otros mil quinientos metros de territorio, pero se introdujeron cambios en la organización de la artillería para sorprender al enemigo. El bombardeo preliminar se concentraría exclusivamente contra los fortines y los focos de fuego de contrabatería antes de que lanzar un verdadero diluvio final de proyectiles a la hora cero, en esta ocasión las seis en punto de la mañana, del 4 de octubre. El asalto a las colinas de Broodseinde fue llevado a cabo principalmente por el I y el II Cuerpo australiano. La primera línea alemana había sido reforzada, pero por muchas tropas que hubiera en ellas era imposible que pudieran defenderse en medio de un bombardeo tan sobrecogedor como aquel. La batalla de las colinas de Broodseinde supuso otra victoria para los británicos, a pesar de sufrir otras 20.600 bajas.

La táctica basada en el principio de «morder y no soltar» utilizada por Plumer había conseguido sin lugar a dudas su objetivo: la conquista de la meseta de Gheluvelt; pero las desventajas de este sistema de guerra de desgaste también comenzaban a resultar evidentes. El alcance limitado de cada avance comportaba que nunca surgiera la oportunidad de rebasar y capturar un número considerable de baterías alemanas. Así pues, la amenaza que suponía la artillería enemiga era en cierto modo constante: cada batalla necesitaba la misma preparación extraordinariamente minuciosa y un fuego de contrabatería continuo y perfectamente dirigido. Las bajas eran también cuantiosas y sumamente dolorosas, aunque en este sentido la balanza se inclinaba a favor de la BEF. Como sistema de guerra solo tenía relevancia en circunstancias como las

de Ypres, donde los alemanes no podían retirarse sin dejar expuestos una serie de objetivos importantes desde el punto de vista táctico y estratégico. Pero había un problema añadido: el tiempo se agotaba, y la BEF se veía obligada a continuar la ofensiva en octubre. Poco a poco, el conjunto de los objetivos se reducía para reflejar un cambio de situación. Era evidente que Roulers y los puertos de Zeebrugge y Ostende quedaban fuera del alcance de los británicos. Su única opción era desgastar a los alemanes, y de paso ocultar la situación crítica que atravesaban sus aliados, pues a finales de 1917 las fuerzas francesas, italianas y rusas estaban desfalleciendo, oprimidas por el peso de la guerra. Las colinas de Passchendaele constituían un objetivo concreto e importante desde el punto de vista táctico, de modo que Haig decidió completar su conquista, lo cual permitiría, además, que sus tropas ocuparan una sólida posición defensiva durante el invierno. Ni que decir tiene que el sacrificio británico fue en cierta medida efectivo.

> El desgaste sufrido durante las grandes acciones de la cuarta batalla de Flandes fue increíblemente enorme. En el oeste nuestras tropas eran cada vez menos. Las dos divisiones que habían sido destinadas al este, y ya estaban de camino a Italia, tuvieron que ser trasladadas a Flandes.[35]
>
> General Erich Ludendorff, alto mando alemán.

El experimento alemán de reforzar la zona del frente se había revelado un verdadero desastre, y Ludendorff ordenó otro reajuste más de las tácticas defensivas para contrarrestar los efectos de la concentración de cañones británica. Esta vez se optaría simplemente por expandir la primera zona defensiva, con su sector más avanzado guarnecido solo con las tropas imprescindibles y confiando en las alambradas y en la artillería para impedir que las fuerzas atacantes británicas pudieran abrirse paso.

Pero mientras los alemanes organizaban sus defensas, empezó a llover de nuevo en la región de Flandes, circunstancia que no puede decirse que fuera sorprendente en el mes de octubre. Las consecuencias del fenómeno meteorológico, sin embargo, volvieron a ser desastrosas: los pequeños valles se inundaron y el cenagal se extendió inexorablemente a través de los innumerables cráteres de bomba que cubrían de hecho todo el campo de batalla. La Real Artillería se encontró nuevamente en graves apuros: no podía trasladar sus baterías y municiones, las plataformas de los cañones carecían de estabilidad, dificultando la precisión de sus disparos, y la labor del Real Cuerpo Aéreo se veía dificultada, pues sus aviones no siempre podían despegar, y, cuando lo hacían, la visibilidad era tan deficiente que les impedía cumplir con su misión. En cambio, los alemanes tenían concentrados sus cañones en terrenos más elevados y secos que no habían sido bombardeados regularmente. El fuego de contrabatería de los británicos perdió su precisión, y los cañones alemanes recuperaron su influencia decisiva en la batalla.

Ypres se convirtió en un infierno en la tierra para las tropas condenadas a combatir allí, y su espantosa experiencia ha pasado a simbolizar toda la Gran Guerra. Aquellos soldados tuvieron que luchar rodeados de los cadáveres mutilados de sus antiguos compañeros. El teniente Richard Dixon era oficial de observación en un puesto avanzado. No podía dar crédito al horror que veía con sus propios ojos.

> Alrededor nuestro todo era muerte, cadáveres de amigos y de enemigos, unos dentro y otros fuera de los cráteres de bomba inundados de agua. Sus manos y sus botas asomaban en medio del lodo. Tenían los rostros demacrados, y sus ojos clavaban en nosotros la mirada, una mirada ausente, desde sus lechos de barro; sus protuberancias, en estado de descomposición, sobresalían obscenamente entre el fango con el que las explosiones habían cubierto sus cuerpos. Los cráneos nos sonreían macabramente; la peste que nos rodeaba era increíble. Esos cadáveres nunca fueron enterrados, pues nos resultó imposible recuperarlos. Muchos de ellos llevaban allí semanas, e incluso meses; acabarían

pudriéndose y desintegrándose vergonzosamente en aquella mugre hasta convertirse en parte integral de ella para abonar los campos de cultivo de una futura Bélgica en tiempos de paz. El horror reinaba por todas partes.[36]

Teniente Richard Dixon, 14.ª Batería, Real Guarnición de Artillería.

Los británicos se encontraron atrapados frente a las colinas de Passchendaele. Solo podían avanzar o volver a Pilckem. Tácticamente no podían permanecer en aquella zona pantanosa situada debajo de las líneas alemanas.

Los alemanes también lo estaban pasando mal, pero seguían teniendo la determinación y los recursos militares necesarios para aguantar. No obstante, difícilmente puede culparse a Haig por su decisión de poner a prueba la resistencia de los alemanes en las colinas de Passchendaele. Él mismo había estado al frente del I Cuerpo, y en 1914 había visto cómo esta unidad hacía grandes esfuerzos para frenar a los alemanes. La BEF estaba abocada a la derrota cuando en noviembre de 1914 el enemigo interrumpió sus ataques. Haig tenía la firme determinación de no cometer el mismo error. Quería presionar, intentar aprovechar el agotamiento de los alemanes y conseguir que su resistencia se derrumbara. De hecho, en siguiente ataque, que daría lugar a la batalla de Poelcapelle, fue adelantado al 9 de octubre, un día antes de lo previsto, a pesar de que llovía a cántaros. Pero el ejército alemán no parecía en absoluto dispuesto a aceptar la derrota: había trasladado al frente divisiones de refresco y municiones para sus baterías de artillería. El resultado fue una carnicería macabra.

Las inmediaciones de las colinas eran un territorio pantanoso y desolado, en el que reinaba una atmósfera amenazadora de males terribles que parecía desafiar cualquier invasión. Mucho más traicionera que las defensas visibles del enemigo con las que estábamos familiarizados, como, por ejemplo, las alambradas; los profundos barrizales devoradores llenaban de trampas la zona en todas direcciones. Caminábamos chapoteando y resbalando en el fango, levantando los pies para resistir a la fuerza de atracción de un enemigo invisible decidido a engullirnos hasta el fondo. A cada paso había alguien que resbalaba y caía, y que por el peso de su fusil y de su equipo, se hundía rápidamente en aquella masa de lodo pegajoso. Los que estaban más cerca lo agarraban por el

brazo, esforzándose para que la trampa no se los tragara, y, en la medida de lo humanamente posible, lo sacaban de allí. Cuando los que prestaban ayuda se veían arrastrados por la misma fuerza, la tarea de sacarlos exigía el doble de esfuerzo y acababa resultando inútil. Por mucho que se intentara evitarlo, el pantano engullía a sus aterrorizadas víctimas; abatidos, debíamos seguir marchando con paso lento y pesado, luchando constantemente contra este enemigo implacable como lo hacíamos contra el que podíamos ver. En una ocasión, uno de los que nos dirigía, el teniente Chamberlain, se alteró tanto ante el espectáculo de aquellos hombres ahogándose en el barro y nuestros esfuerzos desesperados por rescatarlos, que, como un histérico, empezó a golpear con su bastón de mando la espalda de uno de los que se hundía. Quedamos horrorizados al ver a un oficial tan compasivo como aquel perder los estribos y recurrir a aquella brutalidad; nuestros gritos de protesta lo hicieron desistir. El hombre en cuestión pudo ser rescatado, pero otros no lo fueron y se hundieron poco a poco mientras no paraban de agitarse llenos de miedo y de angustia. Que te ordenen seguir adelante, dejando atrás a un compañero en aquellas circunstancias, es la experiencia más dura que te puedan exigir. Pero había que llegar al objetivo, y seguimos adelante, llenos de furia y de rabia contra las fuerzas dominadoras que nos llevaban a la exasperación. Estuve más cerca del infierno de lo que habría deseado estar jamás.[37]

Soldado Norman Cliff, 1.er Batallón del Regimiento
de la Guardia de Granaderos.

Se pudo avanzar un poco hacia la fortaleza alemana del bosque de Houthulst, pero en términos generales la batalla de Poelcapelle fue un absoluto desastre.

Aun así, la ofensiva siguió adelante, pero la desesperación llevó a Plumer, que estaba siendo muy presionado por Haig, a abandonar muchos de los principios que tantas victorias le habían proporcionado hasta entonces. Los pronósticos meteorológicos seguían siendo desfavorables, y a los británicos se les agotaba el tiempo si lo que pretendían era ocupar las colinas de Passchendaele antes de la llegada del invierno. Sin un sistema apropiado basado en el principio de «morder y no soltar», esos factores se convertían en los ingredientes perfectos de una receta para el desastre, que llegó consecuentemente el 12 de octubre, en la primera batalla de Passchendaele, donde los británicos pagaron un precio elevadísimo: trece mil bajas

más. Cuando el teniente Walde Fisher de la Fuerza Imperial australiana regresó a la primera línea del frente al día siguiente, se encontró con un espectáculo dantesco.

> El ánimo de nuestras unidades estaba por los suelos. Yo nunca había visto nada igual. Aquello resultaba descorazonador. Los hombres se sentían acabados. Sin embargo, había que intentarlo, de modo que aquella noche empezamos a movernos (éramos un batallón de noventa elementos). Yo estaba al frente de la Compañía «A» y sus veintitrés soldados. Como pudimos, llegamos a nuestras posiciones (los muchachos caían inconscientes en la carretera). ¡Tenían agallas! ¡Lo juro! No hay otra manera mejor de expresarlo. En vez de estar más avanzada, vimos que la línea se encontraba unos treinta metros más atrás de donde la habíamos dejado, y que alrededor de toda aquella zona destruida por las bombas había muertos y heridos (algunos del Regimiento de Mánchester habían permanecido siete días allí, heridos, sin que nadie acudiera en su ayuda). Pero los hombres pasaban por encima de ellos: solo importaba el trabajo. Les dimos toda nuestra comida y toda el agua que llevábamos, no pudimos hacer más. Aquella noche, mis dos ordenanzas cayeron mientras estaban sentados a mi lado, y las bajas volvieron a ser numerosas. En dos ocasiones una explosión me arrojó fuera del cráter que me servía de cobertura. Decidí cambiar de lugar y me refugié en un búnker abandonado. En su interior había veinticuatro hombres heridos, dos teutones muertos tirados en el suelo y otros seis en el exterior, en distintos estados de descomposición. La peste era insoportable.[38]
>
> Teniente Walde Fisher, 42.º Batallón, Fuerza Imperial Australiana.

El carácter deprimente de aquel fracaso rotundo supuso al menos que se decidiera posponer los ataques hasta que las condiciones meteorológicas fueran suficientemente favorables como para permitir que la artillería se preparara debidamente. El I y el II Cuerpo del ANZAC, por completo exhaustos, fueron retirados de la zona, y el recién llegado Cuerpo canadiense, a las órdenes del general sir Arthur Currie, asumió la responsabilidad de llevar a cabo un último intento de conquistar Passchendaele. Currie se lo tomó con filosofía, planificando ataques por etapas y recuperando totalmente los principios de la táctica de «morder y no soltar». El 26 de octubre empezó la segunda batalla de Passchendaele. Los canadienses consiguieron avanzar unos quinientos metros a través de las colinas. Pero el ataque emprendido por el V Ejército en el bosque de Houthulst no dio fruto alguno. Después de prepararla con

más cuidado, toda la maniobra se repitió el 30 de octubre, con resultados similares: un pequeño avance, pero bien organizado, por parte de los canadienses tras librar encarnizados combates. A comienzos de noviembre la gran tercera ofensiva de Ypres había quedado reducida a una estrecha franja, fruto del afán del Cuerpo canadiense por conquistar el pueblo de Passchendaele, situado en lo alto de aquellas tenebrosas colinas. Esta vez la situación se complicó con el derrumbamiento del ejército italiano ante la Ofensiva Caporetto lanzada por el ejército austríaco el 24 de octubre; de hecho, el 28 de ese mes Haig se vio obligado a enviar dos de sus divisiones en ayuda de los italianos. El general inglés ya empezaba a pensar en el ataque —utilizando tanques— que el 20 de noviembre de 1917 daría lugar a la batalla de Cambrai.

A las seis en punto de la mañana del 6 de noviembre el Cuerpo canadiense reemprendió la batalla logrando capturar el pueblo de Passchendaele. Aquella agonía acabó por fin el 10 de noviembre, tras lanzar un último ataque para consolidar la posición. Los británicos habían conseguido un objetivo táctico menor, pero sus sueños más ambiciosos se habían visto frustrados. Los dos bandos eran conscientes de que habían librado batallas atroces y encarnizadas.

> El 26 y el 30 de octubre y el 6 y el 10 de noviembre, los combates adquirieron una dureza indescriptible. El enemigo cargó como un toro salvaje contra el muro de hierro que lo separaba de nuestras bases submarinas. Se lanzó con toda su fuerza contra el bosque de Houthulst, Poelcapelle, Passchendaele, Becelaere, Gheluvelt y Zandvoorde. Aunque fue duramente golpeado en muchos lugares, y llegó a parecer que estaba a punto de derribarse, el muro resistió, a pesar de que un ligero temblor sacudió sus cimientos. Las impresiones que iba dándome todo aquello eran cada vez más terribles. Desde el punto de vista táctico, se había hecho todo lo que podía hacerse. La zona avanzada era sólida. La eficacia de nuestra artillería había mejorado notablemente. Detrás de prácticamente cada división de la primera línea había otra de apoyo; y seguíamos teniendo tropas de reserva en la tercera línea. Sabíamos que el enemigo sufría mucho. Pero también sabíamos que era sorprendentemente fuerte y que tenía una voluntad de hierro, lo que era igual de importante o más.[39]

General Erich Ludendorff, alto mando alemán.

Los alemanes estaban sufriendo las consecuencias de la prolongada guerra de desgaste en el Frente Occidental, y en la patria sus gentes estaban evidentemente hartas del conflicto armado. Pero como nación, el pueblo germano seguía en pie y en guerra.

Así pues, al final Haig se equivocó. Los alemanes no se vinieron abajo a finales del verano de 1917. Pero, al mismo tiempo, esa era solo una de las posibilidades que había contemplado Haig cuando emprendió la campaña de Flandes. Sus objetivos estratégicos más ambiciosos —apoderarse de Roulers con sus enlaces ferroviarios o liberar los puertos belgas de Amberes y Ostende— eran prácticamente imposibles de conseguirse sin el derrumbamiento del ejército alemán. Pero era evidente que la BEF había logrado distraer recursos alemanes que, de no ser por ello, habrían podido ser utilizados con efectos letales contra los tambaleantes aliados de Inglaterra. El precio que tuvieron que pagar los británicos fue atroz: alrededor de 275.000 bajas. Por su parte, los alemanes perdieron unos 200.000 hombres. Pero ese era el precio de una guerra de alianzas. Abandonar a su suerte al aliado significaba perderlo todo. Este peligro queda perfectamente ilustrado con la caída de Rusia en noviembre de 1917, caída que permitió a los alemanes concentrar sus fuerzas en el Frente Occidental en 1918. La tercera batalla de Ypres había visto cómo la BEF desarrollaba un método mortalmente eficaz de conquista paso a paso, basado en el poderío puro y duro de los cañones y en subvertir, al menos en parte, el sistema de defensa en profundidad de los alemanes. Se trataba de un método de combate basado en limitar todas las ambiciones y reducirlas a la consecución de pequeños avances de poco más de un kilómetro y medio. Pero la guerra no iba a ganarse de esa manera; el prin-

cipio de «morder y no soltar» únicamente prometía tormentos y penalidades sin fin. Había que encontrar un modo mejor de alcanzar la victoria.

La batalla de Cambrai

El estímulo que llevó a los británicos a lanzar la operación que daría lugar a la batalla de Cambrai lo proporcionó un general de brigada especialista en artillería llamado Hugh Tudor, que concibió un plan para capitalizar las grandes mejoras tácticas y técnicas experimentadas por la artillería, combinándolas con la utilización de tanques para volver a introducir los ataques sorpresa en los campos de batalla del Frente Occidental. En 1917 se había completado la exploración minuciosa del Frente Occidental, lo que permitió marcar en el mapa la posición de una batería y la de su objetivo. A esto se añadió la meticulosa calibración de cada uno de los cañones para permitir a los artilleros llevar a cabo los ajustes de precisión necesarios y evitar posibles fallos. Todo esto supuso que la artillería pudiera abrir fuego de repente con un margen de error razonable. Este sistema de «disparar con el mapa», o fuego sin registro previo, podía desarrollarse sin que hubiera necesidad de ajustar las posiciones, operación que hasta entonces solía alertar a los alemanes de la inminencia de un ataque. Sin saberlo, Tudor estaba siguiendo un camino evolutivo similar al de uno de sus adversarios germanos, el teniente coronel Georg von Bruchmüller, que se había enzarzado en experimentos parecidos en el Frente Oriental. Esta novedad se combinaría luego con la capacidad que habían demostrado los tanques a la hora de derribar las alambradas para facilitar el avance de la infantería, evitando así la necesidad de efectuar bombardeos prolongados para destruir estos obstáculos con proyectiles de metralla o bombas detonantes con espoletas 106. Este esquema y otra idea sobre un ataque de cuarenta y ocho horas con carros blindados que tuvo el estado mayor del

Cuerpo de Tanques fueron inmediatamente incluidos en los planes del estado mayor del III Ejército encargado de la defensa del frente de Cambrai. El apoyo de Haig se consiguió con facilidad, pues el general no solo necesitaba un éxito que sirviera para levantar la moral de los hombres después de lo ocurrido en la tercera ofensiva de Ypres, sino que también se daba cuenta de que las fuerzas alemanas de Cambrai probablemente se habrían visto reducidas para reforzar la zona de Ypres. El plan final era ambicioso, pues contemplaba la captura de los sistemas de la primera y la segunda líneas alemanas, el cruce del canal de San Quintín y a continuación el avance de la caballería para tomar el empalme ferroviario de Cambrai y las colinas de Bourlon, cuya importancia táctica residía en que desde ellas se dominaba todo el sector. El secretismo y la celeridad serían de suma importancia para el éxito de la fuerza de asalto, compuesta de seis divisiones de infantería del II, el III y el IV Cuerpo, tres brigadas de tanques (476 carros de combate) y cinco divisiones de caballería del Cuerpo de Caballería. Al cabo de cuarenta y ocho horas, las operaciones se darían por concluidas si los resultados no eran satisfactorios. No había reservas disponibles, y esta falta de recursos se había visto exacerbada con el envío al frente italiano de dos divisiones británicas y numerosas baterías de artillería pesada.

Aunque los 1.003 cañones reunidos para el bombardeo serían la clave del éxito, fue inevitable que el uso masivo de tanques se convirtiera en foco de atención. Había que encontrar un sistema apropiado para lograr que los tanques cruzaran la tierra de nadie y las brechas abiertas en las trincheras de la Línea Hindenburg. Una novedad crucial fue la reinvención de la hacina, una hacina apropiada para la era mecánica: se trataba de un enorme haz de ramas encadenadas transportado sobre la cubierta del tanque que se desenrollaba delante del vehículo para facilitarle el paso a través de cráteres y trinche-

ras. La infantería tuvo que ser adiestrada para trabajar en colaboración con los carros blindados, y viceversa, pues la comunicación seguía representando un grave problema.

> Un día dejamos nuestro campamento para dirigirnos a un frente de batalla en miniatura. Este consistía en una serie de trincheras defendidas por hileras de alambradas. Ya había allí varios tanques en posición de ataque. Nos alineamos detrás de ellos, los seguimos y pudimos comprobar, para nuestra sorpresa, cómo esas enormes máquinas nuevas de aspecto siniestro se abalanzaban sobre las alambradas, las derribaban al suelo y las estrujaban como si fueran papel usado. Luego, mientras seguíamos avanzando detrás de ellos, nuestra sorpresa fue mayor, pues superaron el obstáculo que suponía unas enormes trincheras sin apenas esfuerzo, tras lo cual comenzaron a dirigir sus letales cañones de disparo rápido y sus ametralladoras Lewis hacia los defensores. Por supuesto, allí no había defensores, pero la lección nos había quedado perfectamente clara. Ninguna defensa, por sólida que fuera, ninguna ametralladora, ningún arma pequeña, etcétera, podría detener a esos monstruos fuertemente blindados, impulsados por potentes motores cuyo ruido vibrante y ensordecedor era música para nuestros oídos. Solo el impacto directo de una bomba los detendría, del mismo modo que detendría cualquier cosa.[40]

Soldado William Kirkby, 2/6.º Batallón del Regimiento de West Yorkshire.

Cuando los británicos empezaron a bombardear a las 06.20 del 20 de noviembre, los proyectiles cayeron sobre las líneas y las baterías de artillería de los alemanes, mientras una cortina de fuego móvil abría paso a la infantería y los ruidosos tanques en avance.

> Un hombre herido de la 7.ª Compañía vino hacia nosotros por la derecha y, jadeando, gritó las terribles palabras: «¡Los británicos vienen con tanques!». Un escalofrío recorrió mi espalda; el efecto de esta noticia en la moral de mis hombres era evidente. Ellos, que habían estado mofándose de los británicos, diciendo que iban a perder los pantalones enredados en las alambradas, de repente tenían una expresión de desconcierto. De pronto, se oyó un grito sordo proveniente de un puesto de centinela cercano. Todo el mundo corrió hacia el parapeto. Entonces lo vimos: abriéndose paso en medio de la niebla, un horrible coloso se dirigía hacia nosotros. ¡Todos podíamos oír prácticamente cómo nos latía el corazón en el pecho! Sin embargo, las dudas solo nos asaltaron durante un breve espacio de tiempo. Apoyando la cara en los fusiles, empezamos a disparar contra el enemigo. Por desgracia, de poco sirvió. Lenta, pero inexorablemente, iba acercándose más y más. También comenzaron a llegar disparos por nuestra izquierda y por nuestra derecha. Asomé la cabeza por el parapeto y vi cómo una formación de aquellos monstruos de acero avanzaba hacia nuestras

trincheras. El tanque que teníamos delante ya estaba a apenas cien metros de nosotros. La ametralladora ligera había disparado su última cinta de cartuchos sin resultados visibles. ¿Qué podíamos hacer?[41]

Teniente segundo A. Saucke, 84.º Regimiento de Infantería.

Los alemanes se retiraron, confiando en que sus grandes trincheras frustraran el avance de los carros blindados. Pero fue allí donde las hacinas cumplieron su función, mientras el teniente Saucke, estupefacto, contemplaba la escena con impotencia.

Vi un tanque que llevaba una bandera blanca a modo de señal y una especie de accesorio montado en su parte frontal. Se aproximó a la trinchera en ángulo recto. Luego, cuando llegó al borde de la trinchera, el accesorio en cuestión cayó de pronto verticalmente. Creí que el tanque había sido alcanzado por un proyectil, o que al menos había sufrido algún daño, y no pude dar crédito a mis ojos cuando vi que seguía avanzando y que su silueta estaba cada vez mejor definida. Era evidente: había cruzado la trinchera y se abalanzaba sobre nosotros. Lo que había visto tuvo que ser un enorme aparato de madera o un descomunal haz de ramas que se había soltado en el momento justo para facilitarle el paso a través de la trinchera. Los momentos posteriores fueron difíciles. Nos sentimos traicionados y vendidos. De nuevo se desencadenó un violento fuego cuando todos los artilleros dirigieron sus cañones contra esos monstruosos adversarios. ¡Ojalá hubiera aparecido allí su infantería! Habríamos podido enfrentarnos a hombres de carne y hueso como nosotros, pero estábamos indefensos ante aquellas máquinas blindadas.[42]

Teniente segundo A. Saucke, 84.º Regimiento de Infantería.

Los alemanes también empezaron a ser hostigados desde el aire. Los hombres del Real Cuerpo Aéreo, que cada vez llevaban a cabo más operaciones contra objetivos en tierra, sobrevolaban la zona por la que avanzaban los tanques. Uno de ellos, el teniente segundo Arthur Gould Lee, tenía la misión de bombardear una batería de cañones de 150 mm. Tal vez los aparatos no llevaran una carga de bombas considerable, pero lo cierto es que el impacto de aquel enjambre de aviones de exploración, tan laboriosos como abejas, fue sumamente pernicioso. Y algunas de sus pequeñas bombas cayeron sobre los suyos.

Bombas de humo que estallan a nuestro paso, destellos rojizos y explosiones generando nubes que cruzamos a toda velocidad; residuos pestilentes que provocan escozor en los ojos. En algunas zonas, en las que el humo se combina con brumas y nubes, volamos a ciegas. Estamos llegando a la retaguardia del sistema defensivo Hindenburg: dos series de trincheras, con tropas vestidas de gris que se mantienen a la espera y cuya visibilidad se ve bloqueada por la cortina de humo. Volamos a ras de tierra, casi rozándolas. Veo cómo, llenas de incredulidad y de asombro, levantan su cabeza para observarnos. Más adelante siguen estallando las bombas de humo, y de pronto, sin esperarlo, llegamos al bosque. Los cañones de 150 mm no paran de disparar, generando más humo. Y allí estamos los tres, girando como torbellinos, a ciegas, a 15-30 metros del suelo, pero sin chocar, siendo disparados desde abajo e intentando que nuestras bombas caigan en el lugar adecuado. Viro bruscamente y veo un montón de cañones dispuestos en línea, listos para atacar, de modo que me lanzo en picado, formando un ángulo de 45º con la superficie del suelo, y suelto mis cuatro bombas. Remonto el vuelo y giro a un lado. Veo la explosión: varias polvaredas, entre blanquecinas y grisáceas, en medio de rojas llamaradas. Una de mis bombas ha caído entre dos cañones, las demás a pocos metros de distancia. De pronto, unas esquirlas me saltan a la cara: una bala ha impactado en una riostra de la parte central del aparato. Me pongo hecho una furia y me lanzo en picado sobre otro grupo de cañones, disparándoles unas cien veces. Veo una ametralladora que apunta en mi dirección; me dirijo hacia ella, abro fuego, y deja de disparar. Cuando remonto el vuelo, aparece entre la bruma un Camel que se cruza conmigo. No chocamos por un pelo. La angustia me hace sudar. Esto es demasiado peligroso.[43]

Teniente Arthur Gould Lee, 46.º Escuadrón, Real Cuerpo Aéreo.

En los tanques, las tripulaciones cosechaban numerosos éxitos, pero al mismo tiempo se veían sometidas a duras pruebas que llevaban al límite su resistencia física y mental.

Disparaba contra todo lo que parecía un objetivo, contra cualquier cosa que asomara por el suelo, por las trincheras o por los matorrales, contra todo aquello que pudiera servir de cobijo a alguien, y tiraba casi todos los bidones vacíos por la ventanilla frontal. En el interior del tanque ya resultaba insoportable aquel calor asfixiante provocado principalmente por el motor; el ambiente estaba tan cargado, que el aire te quemaba la garganta al respirar; este fenómeno, provocado por el retroceso de los dos cañones y el expulsor de los cartuchos vacíos de la ametralladora, y el ruido ensordecedor hacían que aquello fuera horroroso.[44]

Teniente Kenneth Wootton, «Apollyon II», Batallón «A»,
Cuerpo de Tanques.

Los carros de combate constituían un arma fantástica contra la infantería desmoralizada, pero también un objetivo de gran tamaño y movimientos lentos que los hacía vulnerables al fuego de la artillería.

> Poco después dimos de frente con otros cuatro cañones al menos, también a campo abierto. Todos apuntaban en nuestra dirección. Abrieron fuego contra mí a bocajarro, y el proyectil impactó justo en la parte frontal del tanque donde yo iba sentado. Su explosión abrió un agujero en la zona del armazón blindado que se encontraba a la altura de mi rodilla izquierda. La primera cosa que hizo darme cuenta de que nos habían alcanzado fue «verme» tirado de espaldas sobre mi asiento con la cabeza prácticamente en el suelo y mi pie izquierdo atrapado por algo que me impedía moverlo. No sentía dolor alguno: estaba completamente aturdido y paralizado, solo percibía una especie de silbido retumbando en mis oídos y un hilo de sangre que me caía en el ojo izquierdo y que no paraba de secarme con la mano una y otra vez. Me dejé resbalar del asiento para caer en el suelo sin utilizar ni las piernas ni los brazos. Seguía sin sentir nada.[45]
>
> Teniente Kenneth Wootton, «Apollyon II», Batallón «A»,
> Cuerpo de Tanques.

También surgieron muchos problemas cuando los tanques tuvieron que cruzar el canal de San Quintín. Después de un intenso intercambio de fuego entre los carros de combate y la infantería alemana posicionada en algunas casas de la margen opuesta, el «Flying Fox II», escoltado por soldados de infantería, trató de cruzar un puente que ya estaba parcialmente demolido.

> Tras girar a la derecha, reemprendimos la marcha campo a través, a todo gas. Nadie había resultado herido, salvo alguna que otra lesión provocada por esas molestas esquirlas. Ya habíamos cruzado prácticamente aquella zona cuando oímos un estruendo: «¡Bum! ¡Crac!»; los teutones habían volado por los aires el extremo opuesto de la arcada del puente, y caímos en el canal. Pensamos que aquello era por lo menos el fin del mundo, pero tuvimos la frialdad de abrir todas las salidas, y empezó a entrar agua por todas partes. En el interior del tanque el aire era irrespirable; además, debido al choque, las municiones se habían salido de sus cajas y las bombas se habían soltado de los soportes, y volaban en todas direcciones. Desde fuera, algo impactó en el cañón de mi ametralladora, y como tenía el arma debajo del brazo, salté por los aires, chocando con la cabeza en el techo recubierto de acero del vehículo. Por suerte, en aquellos momentos llevaba puesto un casco de hierro. Afortunadamente, la cola del tanque había caído sobre unos cascotes, de modo que la parte posterior del

vehículo quedaba fuera del agua. Yo me retrasé unos segundos debido al golpe que me había dado en la cabeza, pero durante ese breve espacio de tiempo los demás habían salido «disparados» del tanque. Como pudieron, llegaron hasta la carretera, por la cual «se largaron» como si tal cosa.[46]

Soldado Alfred Ballard, «Flying Fox II», Batallón «F», Cuerpo de Tanques.

Al final, los británicos se adentraron en la Línea Hindenburg, rebasando su primera línea en unos cinco o seis kilómetros y medio. Fue un magnífico logro, comparable al alcanzado durante el primer día de la batalla de Arras. Por otro lado, la caballería fue incapaz de desplegarse con éxito, el sistema de la segunda línea alemana quedó intacto, el puente necesario para el cruce del canal había sido demolido, y las alturas de las colinas de Bourlon permanecieron en manos de los alemanes. Los británicos habían sufrido unas cuatro mil bajas, pero habían capturado cuatro mil prisioneros. Y otro dato importante: ciento setenta y nueve tanques habían sido inutilizados o destruidos.

Al día siguiente la ofensiva continuó, pero en aquellos momentos los dos bandos ya se encontraban ante un escenario con el que estaban familiarizados, pues era el mismo en el que se habían librado un sinfín de combates con anterioridad. Los alemanes trasladaron rápidamente refuerzos al frente, mientras que los británicos se esforzaban por recuperar algo de impulso. Ya no hubo sorpresas: los cañones habían sido conducidos a posiciones avanzadas y habían perdido precisión, el número de tanques se había visto enormemente reducido, la infantería estaba exhausta, y las reservas disponibles eran pocas. En un esfuerzo por conquistar las colinas de Bourlon, los británicos libraron una encarnizada batalla, pero lo único que consiguieron con ello fue el establecimiento de un saliente sumamente vulnerable cuando las operaciones concluyeron el 27 de noviembre. Los alemanes, sin embargo, también habían aprendido algunos trucos nuevos.

El alto mando alemán se dio cuenta enseguida de las oportunidades que ofrecía aquel saliente que acababan de crear los británicos. Con sus quince kilómetros de largo y apenas seis kilómetros y medio de ancho, dicho saliente quedaba expuesto a ataques por los dos flancos que podían comprimirlo fácilmente, aislando así a las unidades que los defendían en sus dos extremos. Enseguida se llevaron a cabo los preparativos para el lanzamiento de un gran contraataque por parte del II Ejército a las órdenes del general Georg von der Marwitz. El resultado final fue un plan consistente en efectuar un bombardeo de distracción en el bosque de Bourlon, antes de asaltar el frente meridional del saliente para luego avanzar hacia el norte. La respuesta alemana constituye un ejemplo de la firme resistencia del imperio germano. A pesar de todas las penalidades sufridas a lo largo de aquel año, los alemanes consiguieron reunir una fuerza formidable de dieciocho divisiones, diez de las cuales no se habían visto afectadas prácticamente por las batallas demoledoras libradas en los últimos meses en el Frente Occidental.

Desde el punto de vista táctico, el sistema de ataque de los alemanes se había ido refinando durante los largos años de guerra: habían sabido combinar la experiencia adquirida en Verdún y en el Frente Oriental con lo que habían visto a sus adversarios franceses y británicos. El alto mando alemán todavía no consideraba imperiosa la utilización de tanques y confiaba en su concentración de artillería —ya igualada por los británicos—, que seguía siendo un arma devastadora. La cosa comenzaría con un bombardeo breve, pero intento, de entre treinta y sesenta minutos contra determinadas baterías, centros de mando, etcétera, con el objetivo de cortar las vías de comunicación y de aislar el conjunto del saliente, mientras los omnipresentes morteros, con su ángulo elevado, martilleaban las líneas del frente con consecuencias devastadoras. A

continuación, se produciría el avance de la infantería, poniendo a prueba una vez más las tácticas de asalto que no paraban de refinarse. La primera oleada avanzaría en secciones, utilizando ametralladoras ligeras, granadas y lanzallamas, pasando entre los reductos, abriéndose paso a través de las brechas existentes en las defensas británicas y tratando de localizar las baterías y los centros de mando más vulnerables. Detrás de ella, los *minenwerfer* móviles e incluso varios cañones de 77 mm proporcionarían de cerca el apoyo necesario para sofocar los centros de resistencia. Desde el aire, una gran cantidad de aviones volando a poca altura atacaría a todos los británicos que divisara.

El bombardeo alemán comenzó a las 06.00 del 30 de noviembre. Al principio fue débil, pero enseguida fue cobrando intensidad hasta alcanzar un grado de violencia aterrador. Los artilleros alemanes sin duda se divirtieron devolviendo al enemigo el mismo fuego atronador con el que tantas veces los habían martilleado sus enemigos británicos y franceses.

> Hoy es nuestro día. Hoy seremos nosotros los que os vamos a martillear. Exactamente a las 07.50. La orden de abrir fuego llega volando desde el puesto de observación hasta los cañones. Pasa de un grupo a otro como un guijarro que va saltando sobre la superficie de un estanque cuando alguien lo lanza plano desde la orilla. El comandante de la batería ha encendido la mecha. «Rumm… rumm… rumm… rumm», y rabiosas columnas de fuego se elevan simultáneamente entre los setos y entre los arbustos, en las hondonadas y en las casas en ruinas. «¡Siguiente objetivo, tres mil metros! ¡Los de la derecha, disparen!» «Rumm… rumm… rumm.» Esta es la venganza por los disparos de los cañones navales contra el espolón de Lorette, que hicieron saltar por los aires nuestros cementerios. «Tres mil quinientos metros! ¡Disparen!» «Rumm… rumm… rumm… rumm.» Esto es por las batallas libradas en otoño en Champaña. Ahora vosotros, ingleses, estáis pagando por lo que hicieron los franceses. «¡Tres mil setecientos metros!» «Rumm… rumm… rumm… rumm.» ¡Venga, vamos! ¡Escondeos como sabandijas! ¡Echaos cuerpo a tierra! Esto en venganza por los gemidos y los gritos de socorro de nuestros desafortunados compañeros que acabaron enterrados vivos en el Somme. ¡Tres mil novecientos metros! «Rumm… rumm… rumm… rumm». ¿Es divertido, verdad ingleses? Tragaos el gas y exhalad vuestro último aliento. Esto va por lo de Verdún. «¡Salvas escalonadas! ¡Cuatro mil metros!» «Rumm… rumm.» «¡Esto por lo de

Vermelles!» «¡Tres mil novecientos metros!» «Rumm… rumm.» «¡Esto por lo de Givenchy!» «¡Tres mil ochocientos metros!» «Rumm… rumm.» «¡Esto por lo de Saint-Hilaire!» «¡Tres mil setecientos metros!» «¡Por lo de Fontaine!» «¡Tres mil seiscientos metros!» «¡Tres mil quinientos metros!» «¡Por lo de Wavrille y por lo de Herbebois!» «¡Tres mil metros! ¡Fuego rápido!» ¡Vaya diversión, ingleses! Estamos vengándonos por los años de sufrimiento en los que debimos llenarnos de paciencia. Largos, larguísimos años de desesperación siendo el objetivo de vuestros bombardeos. «Rumm… rumm… rumm… rumm… ¡Hoy somos nosotros los que martillean!»[47]

Teniente segundo Von der Goltz, 14.º Regimiento de Artillería de Campaña.

Cuando la infantería comenzó a avanzar por la tierra de nadie, pasó por encima de las tropas británicas, muchas de las cuales ya estaban exhaustas.

En ningún momento entramos en posesión de las primeras posiciones enemigas. Sin detenernos, asaltamos la siguiente hondonada, donde encontramos numerosos refugios. Habíamos obligado al enemigo a abandonarlos rápidamente. Tras recorrer unos doscientos metros habíamos doblado el terreno avanzado. Yo estaba al frente de las ametralladoras ligeras, para cuyos equipos el avance resultaba excepcionalmente agotador debido al peso de su carga. A pesar del esfuerzo que suponía, nos dirigimos precipitadamente hacia la colina que había delante de nosotros y, una vez más, enseguida acabamos con la férrea resistencia del enemigo. Hicimos muchos prisioneros. Seguimos avanzando inexorablemente por la siguiente hondonada, despejando los refugios con granadas de mano.[48]

Sargento de estado mayor Engesser, 40.º Regimiento de Fusileros.

En algunos lugares llegaron a rebasar la línea de la artillería. El III Ejército estuvo a punto del desastre: todas las unidades disponibles fueron enviadas precipitadamente a la zona para defender las posiciones tácticas más relevantes. Entre otros, acudieron los hombres de la División de la Guardia que lanzaron una contraofensiva.

Nos decíamos: «Somos guardias. Vamos a demostrárselo». Y sabíamos que debíamos guardar la calma y mantener una actitud disciplinada. Las órdenes fueron transmitidas verbalmente. Empezamos a bajar por aquel terreno ondulado, y ni rastro de los alemanes. Pero cuando nos acercábamos al bosque de Gouzeacourt y, tras cruzar una trinchera desierta, llegamos a la cima de una colina, el enemigo nos recibió con una lluvia de disparos. Los compañeros caían por todas partes, y llegó la orden de retirarnos a la trinchera. Muchos heridos se quedaron atrás. Con cuidado salí de allí, arrastrando a un compañero

> que pesaba mucho y había sido herido en las piernas. No era fácil, y, desesperado, le dije suplicando: «¡Haz un esfuerzo, muchacho!». «¡Sí, un esfuerzo… maldito esfuerzo!», exclamó. Y la situación me pareció tan cómica, con todas aquellas balas silbando a nuestro alrededor, que tuve que detenerme para reír entre dientes antes de volver a tirar del mozo hasta la trinchera. Unos cuantos lo ayudaron a bajar por el parapeto, y esa fue la última vez que lo vi o que supe algo de él. Probablemente lo trasladaran de inmediato a la retaguardia.[49]
>
> Soldado Norman Cliff, 2.º Batallón del Regimiento de la Guardia de Granaderos.

Los británicos utilizaron todos los recursos disponibles para frenar la avalancha: las disciplinadas tropas de la División de la Guardia, aviones volando a ras de suelo, los tanques que quedaban y que aún no habían sido retirados del campo de batalla, la caballería desmontada, e incluso lanzaron cargas con sus lanceros montados de la India. Al final, aquello fue demasiado. Los combates degeneraron en una confusión de ataques y contraataques. Posteriormente, los británicos se retiraron —relativamente en orden— de los extremos del saliente a una sólida línea defensiva con base en Flesquières, y allí se quedaron. El III Ejército sufrió 44.207 bajas, y los alemanes aproximadamente 41.000. Ninguno de los dos bandos consiguió los objetivos que ambicionaba; y los dos pusieron mucho de su parte para negarle la victoria a su enemigo. Desde el punto de vista táctico, las montañas rusas de uno y otro discurrían a la par, pero a pesar de todos sus avances, ninguno de los dos había conseguido resolver el gran problema: romper definitivamente las líneas del adversario. La batalla concluyó sin vencedores ni vencidos, pero los dos bandos habían puesto a prueba las tácticas que en 1918 iban a desempeñar un papel decisivo. La llegada a los campos de batalla del fuego sin registro previo y la utilización masiva de tanques también dejaban suspendida en el aire una espada de Damocles: a partir de entonces, ningún sector alemán podría considerarse un lugar verdaderamente tranquilo. En cualquier momento y por cualquier lado podía producirse una ofensiva

aliada, y en consecuencia los alemanes se vieron obligados a reforzar sus defensas y a revisar la disposición de sus divisiones a lo largo de la línea.

16

Italia, 1915-1918

Si alcanzaba el éxito en el frente de Italia, creía que la victoria en la guerra estaba asegurada. Habría sido factible entonces firmar una paz por separado con Austria y, una vez eliminada de la guerra Austria, Alemania habría quedado a nuestra merced.[1]

David Lloyd George, primer ministro británico

Italia no había cumplido con sus compromisos en el momento del estallido de la guerra en agosto de 1914, afirmando que el carácter agresivo de las acciones emprendidas por las Potencias Centrales violaba el carácter defensivo de los acuerdos originales del tratado. Una alianza en la que estuviera incluido el Imperio Austrohúngaro no era probable que sentara nunca bien al pueblo italiano, que todavía guardaba resentimiento a los austríacos por los territorios en disputa, centrados especialmente en las zonas del Trentino y Trieste. Había una corriente popular, capitaneada por un movimiento nacionalista, la Italia Irredenta, que opinaba que estas tierras debían ser «devueltas» a Italia y que solo entonces el pueblo italiano quedaría finalmente unido. A esta postura no le convenía tener en cuenta los intereses de los numerosos alemanes y eslavos que también tenían su hogar en esas tierras. Una vez que se puso de manifiesto que Italia no iba a entrar en la guerra al lado de Alemania, los diplomáticos ingleses y franceses se apresuraron a asegurarse de que Italia pasara a engrosar las filas de la Entente. Esos esfuerzos culminaron en el tratado de Londres, firmado en secreto el 26 de abril de 1915, en virtud del cual Italia declararía la guerra a las Potencias Centrales a cambio de promesas de beneficios en las provincias en disputa del Tirol y en el litoral austríaco, incluido el puerto de Trieste. Los acuerdos se vieron asimismo facilitados por la inclusión del reparto entre Serbia e Italia de los despojos que que-

daran en la costa adriática correspondiente a Dalmacia. En consecuencia, Italia declaró la guerra al Imperio Austrohúngaro el 23 de mayo de 1915, abriendo así un nuevo frente que se extendía a lo largo de los casi 650 kilómetros de la frontera que separa Italia del Imperio Austrohúngaro.

La frontera forma una «S» enorme, con el saliente del Trentino clavándose en el territorio italiano y el de Udine penetrando en el de Austria. La mayor parte de este frente era de carácter extremadamente montañoso y podría dividirse en tres sectores: el frente de Trento alrededor del saliente del Trentino, el frente Alpino, y por último los 50 kilómetros del sector del río Isonzo, que corría hacia su desembocadura en el Adriático, aunque también aquí el terreno se hallaba dominado por una serie de colinas y de sierras. La configuración de la frontera ponía a los italianos ante un importante dilema estratégico. Si atacaban en el frente del Isonzo donde el terreno ofrecía las mayores posibilidades de hacer progresos, se harían vulnerables a un devastador ataque de los austríacos desde el frente de Trento, que se hallaba de hecho detrás de las líneas italianas, y amenazaría con aislar tanto el frente Alpino como el del Isonzo.

El ejército italiano era bastante grande; estaba formado por unos 850.000 hombres y se basaba en un sistema de reclutamiento obligatorio, pero tenía graves problemas de equipamiento y adiestramiento. Los oficiales tenían una base regional muy limitada y en general sus planteamientos adolecían de una falta innata de profesionalidad. Aunque el rey Víctor Manuel era nominalmente su comandante en jefe, el jefe de estado mayor general de Italia y el comandante *de facto* era el general Luigi Cadorna. Nacido en 1850, Cadorna había demostrado unas habilidades notables como oficial de estado mayor en puestos administrativos y gozaba de un gran respeto como estratega militar teórico, aunque no tenía ninguna experiencia

relevante como comandante sobre el terreno. Los soldados rasos de su ejército eran en su mayoría de origen campesino y tenían muchas limitaciones debido al alto grado de analfabetismo que había entre ellos, circunstancia que dificultaba el desarrollo de buenos suboficiales. Sin embargo, demostrarían una gran capacidad de aguante ante las duras condiciones del frente y ante las numerosas bajas sufridas durante el servicio activo.

El arma típica de la infantería era el fusil de cerrojo Mannlicher-Carcano para balas de 6 mm, que databa de 1891. Resultaba pesado y su pequeño calibre hacía de él un arma eminentemente apropiada para las regiones montañosas en las que tendrían lugar la mayor parte de los combates. La infantería iba equipada también de ametralladoras Fiat-Revelli, que resultaron unas armas muy buenas: el único problema era la escasez del número de ellas que había en servicio. Más grave aún era la falta de artillería moderna. Los cañones de campaña más habituales eran los modelos Krupp y Deport de 75 mm, junto con algunos cañones de montaña de 65 mm que podían ser desmontados para su transporte por terreno abrupto a lomos de mula. Pero de nuevo había muy pocos, mientras que la provisión de artillería pesada era igualmente escasa. Los italianos no tenían ninguno de los morteros de elevado ángulo de tiro tan decisivos en la guerra de montaña. A lo largo de los años sucesivos, los italianos necesitarían desesperadamente que sus aliados ingleses y franceses les suministraran piezas de artillería. No obstante, en mayo de 1915 el ejército italiano desplegó sobre el terreno treinta y seis divisiones de infantería agrupadas en catorce cuerpos, frente a las miserables seis divisiones aportadas por la BEF en 1914. Y de ese modo, la entrada de Italia en la guerra supuso un golpe importante para las Potencias Centrales.

En 1915 el ejército austrohúngaro sufría ya una presión implacable. La suma de los italianos a la lista de sus enemigos, en la que ya se encontraban los rusos y los serbios, no prometía nada bueno. En efecto, el jefe del estado mayor general austríaco, el general Franz Conrad von Hötzendorf, se tomó la declaración de guerra de los italianos como una ofensa personal. Pero también en otro sentido la ocasión escogida por los italianos fue terrible, por cuanto coincidió con la llegada de un incremento masivo del apoyo alemán a la situación calamitosa del Imperio Austrohúngaro en el Frente Oriental. Esta circunstancia aliviaría muchísimo la situación de los austríacos y les permitiría reforzar el frente italiano de una forma que de otro modo habría sido imposible.

Los austríacos habían llevado a cabo unas obras defensivas extraordinariamente fuertes en los frentes montañosos del Trentino y de los Alpes, utilizando cuidadosamente el terreno en ventaja suya. Las trincheras, los refugios subterráneos y los emplazamientos protegidos para cañones a menudo eran abiertos en la roca con dinamita y cubiertos con alambradas. Dada la naturaleza escarpada del terreno, estas posiciones se revelarían casi inexpugnables. También se llevaron a cabo muchas obras detrás de las líneas para mejorar las comunicaciones por carretera y por ferrocarril. Las defensas del sector del Isonzo no se perfeccionaron tanto, aunque la línea austríaca era igualmente fuerte e imponente, dispuesta como estaba en lo alto de las colinas y las sierras situadas justo detrás del río Isonzo. En su cuenca alta, el Isonzo corre por una profunda garganta rodeada por la meseta de la Bainsizza y por los Alpes Julianos. A continuación el río recorre la comarca de Gorizia, la ciudad situada en su margen izquierda. Dominando el sector se encuentra una serie de montañas, todas ellas poderosamente fortificadas: monte Sabotino y monte Podgora en una cabeza de puente austríaca situada al oeste, y monte

Santo, monte San Gabriele y monte San Daniele al este. Por último, cuando el Isonzo baja hacia el Adriático, pasa por la elevada meseta del Carso en su margen derecha, que corre paralela al mar y se eleva hasta los 350 metros, y una de cuyas posiciones fundamentales es el monte San Michele.

Poco después de la declaración de guerra, los italianos iniciaron su avance al otro lado de la frontera, dirigiéndose al Isonzo, mientras los austríacos se replegaban a través de la llanura de aluvión hacia el terreno elevado situado al este del río. Al principio los italianos conquistaron algunas plazas útiles, entre ellas la ciudad de Caporetto al norte, e hicieron algunos progresos en los Alpes Julianos al este del Isonzo, pero al final su ofensiva se paró en seco. Poco después tuvo lugar la primera batalla del Isonzo, con ataques frontales contra la cabeza de puente austríaca situada enfrente de Gorizia y en la meseta del Carso que dieron comienzo el 23 de junio. Pero lo único que vinieron a confirmar aquellas acciones fue que cualquier posterior avance iba a resultar extraordinariamente difícil. Incluso cuando los italianos conseguían alguna pequeña ganancia territorial, no tardaban en ser expulsados de ella por los contraataques austríacos. La batalla marcó la pauta de lo que vendría a continuación: los italianos utilizaron una táctica frontal muy simplista, basada en el coraje, la impetuosidad y la presión numérica para superar a los austríacos, que eran menos que ellos, pero las esperanzas cifradas en ese sistema no tardarían en verse defraudadas. Cadorna demostró ser un líder absolutamente inflexible, enormemente seguro de sí mismo, incapaz, al parecer, de aprender nada de los reveses sufridos. En realidad, pensaba que el fracaso se debía a la falta de determinación de sus oficiales y de sus hombres.

En la segunda batalla del Isonzo (que comenzó el 18 de julio de 1915), en la tercera (iniciada el 18 de octubre) y en la cuarta (iniciada el 10 de noviembre), la historia fue básica-

mente la misma: los italianos se lanzaron hacia delante una y otra vez, hasta que esa historia se convirtió en tragedia. Aunque había reunido todas las piezas de artillería que había podido encontrar en fuertes y en posiciones de la armada, Cadorna no tenía bastantes cañones ni bombas, ni tampoco artilleros con la pericia suficiente para apuntar con precisión a los puestos fortificados austríacos. La escasez de morteros constituía asimismo una grave desventaja. A través de combates sangrientos, los italianos lograron capturar, aunque fuera por poco tiempo, las posiciones tácticas clave, como monte San Michele, que domina Gorizia, para ser expulsados inmediatamente después de ellas como consecuencia de los resueltos contraataques austríacos. Por último, el mes de diciembre trajo consigo el agotamiento de unos y otros y los combates cesaron, mientras ambos bandos intentaban hacer frente al frío glacial del invierno en la montaña. Para entonces los italianos habían sufrido cerca de 250.000 bajas y los austríacos más de 128.000.

La siguiente acometida italiana, la quinta batalla del Isonzo, comenzó el 11 de marzo de 1916 formando parte de la respuesta coordinada de los Aliados a la ofensiva alemana de Verdún, pero todavía no se había logrado nada cuando los austríacos lanzaron su propia ofensiva en el Tirol. Bajaron de las montañas cruzando el sector del saliente del Trentino correspondiente a la meseta de Asiago con la intención de avanzar hacia la llanura costera y cortar las comunicaciones italianas hacia el este, esto es, hacia el frente del Isonzo y el frente Alpino. Este ataque había sido concebido por Conrad, ansioso como estaba por pisotear a los italianos, a los que consideraba traidores a la causa de las Potencias Centrales. La planificación de esta ofensiva provocaría no pocas fricciones con Falkenhayn, que veía en ella una mera distracción de la principal batalla que se libraba contra Rusia y contra Francia.

Los austríacos atacaron el 15 de mayo. Fue aquel un asombroso escenario de la guerra moderna, con las irregulares crestas de las grandes montañas cortadas brutalmente por abismos espantosos, y las piedras hechas pedazos multiplicando por diez el efecto del estallido de las bombas para producir una lluvia mortal de cascotes. Los pesados cañones austríacos tuvieron un efecto terrible sobre los italianos, que se vieron obligados a retroceder a través de la meseta de Asiago. Por un momento dio incluso la impresión de que los austríacos iban a poder avanzar hasta el Po y las llanuras de la costa. Justo en ese punto el agotamiento y los efectos demoledores de la exitosa Ofensiva Brusílov en el frente ruso empezaron a repercutir en el esfuerzo de guerra austríaco. Conrad se vio obligado a trasladar algunas divisiones para ayudar a reforzar el Frente Oriental y los austríacos frenaron su ímpetu por completo. Los italianos aprovecharon la coyuntura y lograron distraer algunas tropas del frente del Isonzo para lanzar un contraataque el 16 de junio, recuperando buena parte del terreno perdido, al tiempo que los austríacos se replegaban a las posiciones defensivas que tenían preparadas. Los italianos sufrieron unas 147.000 bajas, y los austríacos 81.000. Ninguno de los dos bandos podía permitirse esos niveles de lucha de desgaste.

Pero los italianos estaban decididos a seguir presionando y el 6 de agosto de 1916 lanzaron la sexta batalla del Isonzo. Los austríacos se habían debilitado como consecuencia de los traslados de efectivos al Frente Oriental y de ese modo, a fuerza de concentrar sus tropas, los italianos lograron por fin conquistar la ciudad de Gorizia y obtener algunas ganancias en la meseta del Carso, aunque los combates fueron tan feroces como siempre. Esta victoria, unida al éxito relativo obtenido en la retención del Trentino, tuvo unos efectos beneficiosos considerables sobre la moral de todo el ejército italiano. De hecho, los italianos se envalentonaron lo suficiente como

para declarar la guerra a Alemania el 28 de agosto. Por desgracia, la séptima, la octava y la novena batalla del Isonzo (14 de septiembre-14 de noviembre de 1916) no tardaron en disipar el optimismo de los italianos, que atacaron repetidamente las líneas austríacas intentando ampliar sus ganancias en torno a Gorizia y la meseta del Carso. Los progresos fueron casi inexistentes, pero las bajas fueron muy dolorosas: los italianos perdieron otros 69.000 hombres y los austríacos 75.000. Durante todas las campañas del Isonzo los italianos no fueron capaces de realizar ningún avance significativo en sus planteamientos tácticos, apoyándose siempre en el valor y el número de efectivos para romper las líneas austríacas, con el apoyo de cortinas de fuego limitadas y en gran medida sin objetivo centrado. En general Cadorna iba metiendo prisa a sus hombres, marcando un ritmo de operaciones ofensivas más alto que el que habían establecido los generales ingleses, franceses o rusos. Las unidades se veían obligadas a trabar combate con mucha más frecuencia, incluso en invierno, lo que no les daba respiro debido a la dureza de las condiciones climáticas. Cadorna era un gran rigorista en materia de disciplina y un entusiasta del empleo de la amenaza con la pena de muerte para mantener a sus hombres a la altura de lo que les exigía.

Las operaciones se reanudaron con el bombardeo de la décima batalla del Isonzo el 12 de mayo de 1917. En esta ocasión los británicos y los franceses se habían dejado convencer finalmente por las peticiones de más artillería hechas por los italianos, y la respuesta de los británicos consistió en desplegar varias baterías de obuses de 152 mm en primera línea, a pesar del recelo de Haig por retirar del Frente Occidental unos recursos tan valiosos. A su llegada, los ingleses encontraron al soldado italiano sumamente desconcertante.

De todos los ejércitos yo diría que aquel cuyo nivel es más difícil de calibrar es el italiano. Se encuentra uno constantemente con sorpresas. El italiano es capaz de hacer cualquier cosa, y es todo un maestro en el arte de no hacer nada. Por lo que al físico se refiere, creo que no tiene rival; aunque es de corta estatura, su fuerza es considerable. Es capaz de cargar con más impedimenta que un británico o un francés. Puede verse al soldado de infantería remoloneando por un camino, todo lo contrario de lo que nosotros consideraríamos yendo a «buen» paso, pero caminará todo el día y comerá poquísimo. Prácticamente nunca se emborracha y, aunque analfabeto, es extremadamente hábil e ingenioso. No tiene idea de la puntualidad ni del tiempo. Las ocho en punto puede significar para él las ocho y media o las nueve. Pero cuando trabaja, trabaja extraordinariamente bien. La moral del italiano se ve afectada con facilidad. Como me dijo un oficial italiano: «¡Dile que es valiente y se volverá un valiente!». Por eso los regimientos con buenas tradiciones son excelentes, los que no tienen tradiciones o tienen mala reputación son muy malos, y los contrastes son más fuertes que en otros ejércitos.[2]

Teniente coronel Charles Buzzard, cuartel general,
144.º Grupo de Artillería Pesada, Artillería Real.

A pesar de este refuerzo de la artillería, fue poco lo que cambió cuando los italianos intentaron abrirse paso hacia adelante en el frente del Isonzo. Al principio dio la impresión de que las cosas mejoraban con la toma de monte Kuk, al norte de Gorizia. También se realizó algún progreso en la temida meseta del Carso, aunque al final las cimas del monte Hermada, que guardaban la carretera de Trieste, cortaron el paso a los italianos. El contraataque de los austríacos fue repelido y al final los italianos sufrieron 157.000 bajas, mientras que los austríacos solo tuvieron 75.000.

Cadorna no se arredró y se preparó para el siguiente intento, la undécima batalla del Isonzo, que dio comienzo el 18 de agosto. Los italianos atacaron a uno y otro lado de Gorizia, y esta vez hicieron algunos progresos en la meseta de la Bainsizza por el norte y avanzaron hacia el monte Hermada. El teniente coronel Charles Buzzard, uno de los oficiales británicos de artillería pesada de mayor graduación agregado al ejército italiano, quedó pasmado ante la total falta de sofisticación

de las tácticas de artillería empleadas por los italianos en el Carso. Para él los siguientes rasgos eran dolorosamente evidentes:

> 1. Falta casi total de información suministrada a la artillería pesada. Nunca nos decían por dónde iba a atacar la infantería, y los horarios que nos daban nunca eran respetados. 2. El fuego se hace cesar demasiado pronto: la infantería no tenía ningún apoyo para recorrer cuatrocientos o quinientos metros de terreno abierto y dificultoso. Habríamos podido seguir disparando hasta que la infantería estuviera a doscientos metros del objetivo. 3. Los prisioneros austríacos dicen que durante nuestro bombardeo todos sus hombres permanecían en cuevas, y que casi no perdían a ninguno; las trincheras estaban bastante destrozadas: no había bomba que pudiera alcanzar sus cuevas. 4. Lo curioso es que con una falta tan evidente de colaboración entre la artillería y la infantería, la infantería italiana llegara a alcanzar alguno de sus objetivos. La preparación de la artillería es buena, y gran número de los soldados de infantería son incluso heroicos; pero avanzar detrás de una cortina de fuego móvil es aquí algo inaudito.[3]
>
> Teniente coronel Charles Buzzard, cuartel general,
> 144.º Grupo de Artillería Pesada, Artillería Real.

Los éxitos de los italianos, si así pueden llamarse, se consiguieron a un precio altísimo (166.000 bajas italianas, frente a una cifra estimada de 85.000 austríacos) y en términos de auténticas ganancias territoriales fueron despreciables, pero al mismo tiempo habrían sido relativamente prometedores desde el punto de vista táctico si hubieran podido seguir avanzando. Pero se cansaban rápidamente y no eran capaces de aprovechar ninguna ventaja. De hecho, Cadorna se vio obligado a poner a sus tropas en actitud defensiva mientras se reorganizaban, concentraban sus reservas y descansaban, dispuestas a reanudar el ataque en 1918. Pero los austríacos se encontraban en peor estado que ellos, si cabe, agotados tras la prolongada guerra con Rusia, Serbia y ahora Italia. En el frente italiano, como en cualquier otro sitio, era evidente que los austríacos necesitaban desesperadamente el apoyo de los alemanes; y por desgracia para los italianos, ese apoyo les llegó.

Ludendorff únicamente estaba dispuesto a suministrar tropas alemanas para operaciones ofensivas, y no solo para reforzar las líneas, cosa que consideraba un modo de desperdiciar sus valiosos recursos. El colapso de los rusos en el Frente Oriental le había dado la oportunidad de poner fin a la contienda. Su plan era vapulear a Italia y obligarla a salir de la guerra antes del gran asalto que planeaba para el Frente Occidental en 1918. Tenía también *in mente* otro experimento con las prácticas de asalto desarrolladas con tanto éxito por el VIII Ejército del general Oskar von Hutier en Riga, en el Frente Oriental, en septiembre de 1917. Esta vez envió al general Otto von Below para que asumiera el mando del XIV Ejército conjunto germano-austrohúngaro (formado por siete divisiones alemanas y varias austríacas). Insertada en la línea del alto Isonzo, frente a la ciudad de Caporetto, esta formidable fuerza, extraordinariamente bien adiestrada, debía convertirse en la punta de lanza de todo el ataque. Von Below dejó absolutamente claras sus prioridades.

> El principio rector de cualquier ofensiva en la montaña es la conquista y la retención de las cimas, con el fin de acceder al siguiente objetivo a través de estos puentes de tierra. Incluso dar un rodeo por estas cimas es preferible a cruzar un valle o una garganta profunda, pues estas últimas vías requieren más tiempo y entrañan mayor esfuerzo. Los valles deben usarse para traer reservas cerradas, la artillería de campaña y las unidades de aprovisionamiento. Cada columna situada en una cresta debe avanzar sin vacilar; haciéndolo así surgirán oportunidades de ayudar a un vecino con el que no podamos contactar, dando un rodeo por la espalda del enemigo que se tiene delante.[4]
>
> General Otto von Below, cuartel general, XIV Ejército.

El bombardeo se inició a las 02.00 del 24 de octubre, con una oleada de gas, bombas detonantes y de humo azotando las baterías de los italianos, sus puestos de mando y fortificaciones, extendiéndose por las trincheras.

> Era una noche oscura y lluviosa y en un periquete las bocas de mil cañones se pusieron a lanzar destellos en uno y otro lado de Tolmein. En el territorio enemigo los estallidos y las explosiones tronaban y retumbaban sin cesar en las montañas con tanta fuerza como si se tratara de la tempestad más violenta.

Contemplamos y oímos aquella tremenda actividad con asombro. Los reflectores italianos intentaban en vano atravesar la lluvia pero la esperada interrupción del fuego enemigo sobre la zona que rodea Tolmein no se materializaba, pues solo unas cuantas baterías hostiles respondían al fuego alemán. Resultaba muy tranquilizador y, medio adormilados, nos retiramos a nuestros parapetos y escuchamos cómo el fuego de nuestra artillería iba disminuyendo. Al amanecer nuestro fuego aumentó de volumen. Por San Daniele las bombas detonantes aplastaban las posiciones italianas y cualquier obstáculo, y ocasionalmente el humo que provocaban oscurecía las instalaciones enemigas. La potencia de fuego de nuestra artillería y de nuestros morteros fue incrementando cada vez más su violencia. La respuesta enemiga parecía bastante débil.[5]

Teniente Erwin Rommel, Batallón de Montaña de Württemberg.

La infantería alemana y austríaca tuvo la buena fortuna de atacar en medio de una espesa niebla. Rommel y su destacamento avanzaron a través del terreno montañoso, intentando evitar choques directos con las posiciones fortificadas italianas, procurando siempre rodearlas, tomarlas por la retaguardia y presionarlas. El vívido relato que nos hace Rommel de la guerra en la montaña pone de manifiesto la táctica empleada, pero además lo bien que el joven teniente había asimilado las órdenes de Von Below de concentrarse en los picos de las montañas.

La ascensión resultó muy difícil. El teniente Streicher y yo seguíamos cuarenta metros por detrás del nuevo blanco. Por detrás, muy cerca de nosotros, venía el equipo encargado de la ametralladora pesada, cargando con su arma desmontada sobre los hombros. En ese momento un bloque de piedra de 50 kilogramos bajó rodando hacia nosotros. El sendero tenía solo tres metros de anchura, así que regatearlo resultaba difícil, y esquivarlo imposible. En una fracción de segundo tuvimos claro que cualquiera que fuera alcanzado por el peñasco quedaría hecho polvo. Todos nos apretamos contra la pared de la izquierda del recodo. El pedrusco pasó zigzagueando entre nosotros y el abismo, sin causar ni un solo rasguño a nadie. Por suerte, la suposición de que los italianos se dedicaban a lanzar piedras contra nosotros era falsa, pues el disparo había hecho caer la piedra. Por último dejamos a nuestra espalda la cuesta. Bajo la lluvia torrencial, calados hasta los huesos, trepamos por la ladera a través de la espesa maleza, mirando y escuchando atentamente en todas direcciones. El bosque que teníamos ante nosotros fue haciéndose cada vez menos denso. Si actuábamos con rapidez podríamos capturar a la guarnición enemiga sin disparar ni un tiro. Escogí al soldado de primera Kiefner, un verdadero gigante, le di ocho hombres y le dije que bajara por el sendero como si sus hom-

bres y él fueran italianos que volvían de la primera línea situada más arriba, para entrar en la posición enemiga y capturar a la guarnición de uno y otro lado del sendero. De nuevo tuvieron que pasar unos larguísimos minutos de angustia. No oíamos nada más que la incesante lluvia cayendo sobre los árboles. Luego sonaron unos pasos que se acercaban y un soldado nos comunicó en voz baja: «¡El grupo de Kiefner ha tomado un refugio subterráneo enemigo y ha capturado a diecisiete italianos y una ametralladora!». Entonces tuve que decidir si nos convenía quedarnos con la posición enemiga o si debíamos avanzar en dirección al pico Hevnik. Escogí la segunda opción. La eliminación de las posiciones italianas sería fácil una vez que estuviéramos en posesión del pico. Cuanto más dentro penetráramos en la zona de defensa del enemigo, menos preparadas para nuestra llegada estarían las guarniciones, y más cómoda sería la lucha.[6]

Teniente Erwin Rommel, Batallón de Montaña de Württemberg.

Nada parecía poder detener al XIV Ejército, y al cabo de un solo día los italianos se habían replegado veinticinco kilómetros, dejando así al descubierto las defensas primero de la meseta de la Bainsizza, luego de Gorizia y finalmente del Carso. Cuando los italianos empezaron a disgregarse, los pequeños destacamentos como el de Rommel tuvieron un efecto totalmente desproporcionado.

Bajamos la colina entre los matorrales con nuestras ametralladoras y carabinas preparadas para disparar y no tardamos en ver a nuestros pies la posición enemiga. Tenía una guarnición muy nutrida. Desde arriba observamos el fondo de la trinchera. El adversario no tenía cobertura contra nuestro fuego. El adversario no sospechaba la amenaza que se le venía encima. Los pelotones de asalto se prepararon y gritamos a la guarnición enemiga situada allá abajo que se rindiera. Asustados, los soldados italianos levantaron la vista hacia nosotros, que estábamos a sus espaldas. Se les cayeron los fusiles de las manos. Sabían que estaban perdidos e hicieron señas de que se rendían. Mis pelotones de asalto no dispararon ni un solo tiro. No solo se rindió la guarnición de las posiciones situadas entre nosotros y Jevszek, formadas por tres compañías; sino que, para nuestra sorpresa, también depuso las armas la guarnición de la trinchera que llegaba por el norte hasta la carretera de Matajur. Un regimiento italiano de treinta y siete oficiales y mil hombres se rindió en el foso situado a 700 metros al norte de Jevszek. Salieron con todos sus pertrechos y su armamento y me costó mucho trabajo encontrar hombres suficientes para llevar a cabo el desarme.[7]

Teniente Erwin Rommel, Batallón de Montaña de Württemberg.

Todas las ganancias que tanta sangre italiana habían costado tuvieron que ser abandonadas precipitadamente cuando sus defensores se vieron obligados a replegarse a una nueva línea establecida a lo largo del río Tagliamento. Enseguida reinó el caos y solo el hecho de que las líneas de comunicación germano-austríacas se hubieran extendido tanto impidió que se produjera un verdadero desastre. Como no había posibilidad de aguantar la línea del río Tagliamento, los italianos se retiraron directamente al río Piave, justo enfrente de Venecia, donde pudieron formar una línea más compacta y fácil de defender que enlazaba con la meseta de Asiago y con el sector del frente de Trento.

Los Aliados acudieron entonces, aunque a regañadientes, en ayuda de los italianos. A finales de año habían sido enviadas cinco divisiones británicas y seis francesas a reforzar el frente de Italia, aunque para entonces las líneas ya se habían estabilizado. Había sido una victoria clamorosa de las Potencias Centrales y una nueva demostración de la fortaleza de sus nuevas tácticas de ataque, que los italianos habían sido incapaces de resistir. Se calcula que las bajas italianas fueron 305.000, la mayoría de las cuales fueron prisioneros de guerra capturados durante su caótica retirada. Como consecuencia directa de aquel fiasco, el general Cadorna fue destituido el 8 de noviembre y sustituido como jefe del estado mayor general por el general Armando Diaz, que inmediatamente emprendió la ardua tarea de restaurar la confianza de sus ejércitos derrotados. Otra consecuencia fue la convocatoria de una conferencia de los Aliados que se celebró en la ciudad italiana de Rapallo el 5 de noviembre. Esta reunión acordó formar un Consejo Supremo de Guerra que estableciera cierta unidad de mando entre los Aliados, con particular énfasis en la creación de una reserva colectiva que pudiera ser empleada en situaciones de emergencia como la que acababa de experimentar Ita-

lia. En cierto modo lo peor ya había pasado para los italianos. El 10 de noviembre un ataque de tropas alemanas y austríacas no consiguió efectuar ningún avance. Otro intento llevado a cabo el 4 de diciembre apunto estuvo de lograrlo, pero al final las líneas italianas resistieron. Poco después, los alemanes retiraron sus tropas, con la intención de asegurar su victoria en el Frente Occidental antes de que llegaran los americanos. Les faltó tiempo para acabar su trabajo en Italia.

Los frentes del Piave y de Trento permanecieron relativamente tranquilos durante la primera parte de 1918. Ambos bandos habían sufrido demasiado para reunir los recursos necesarios para una nueva ofensiva. Para entonces los italianos ya habían sido admitidos en el círculo más íntimo de los Aliados y se emplearon muchos esfuerzos en mejorar los niveles de adiestramiento de sus hombres y en inculcarles un conocimiento funcional de las nuevas tácticas. De ese modo Diaz reorganizó sus líneas para asegurar la defensa en profundidad, preparando obras de defensa no solo en el Piave, sino también protegiendo el Brenta, el Adigio y el Po. Además, los italianos aprendieron la lección de lo ocurrido en Bélgica e hicieron preparativos para inundar las llanuras de aluvión en caso de que se les viniera encima un desastre a manos de los austríacos.

Los preparativos ya habían terminado cuando los alemanes exigieron que los austríacos lanzaran un gran ataque definitivo. Entre estos últimos se había producido recientemente un cambio en el alto mando, y el nuevo jefe de estado mayor austríaco, el general Arthur Arz von Straussenburg, también estaba deseoso de acabar con los italianos. La ofensiva comenzó el 15 de junio de 1918, con un ataque en dos puntas, una dirigida contra las principales posiciones defensivas del Piave y acometiendo la otra desde el frente de Trento hacia el Brenta. Los italianos fueron reforzados por las tres divisiones inglesas

y las dos francesas que aún permanecían en el frente, y lo que tal vez fuera más importante, por sus 450 cañones. El soldado Norman Gladden ocupaba una posición defensiva en los pedregosos picos de la meseta de Asiago.

> Se vieron los destellos en las colinas del extremo más alejado de la meseta y el estruendo de la artillería recorrió todo el frente. El ruido fue *in crescendo* y luego la tormenta estalló sobre nosotros. Las bombas pasaban como exhalaciones silbando y caían en tierra entre las alambradas, y detrás de nosotros, o un poco más allá, en los bosques. Las explosiones hacían saltar en todas direcciones pedazos de roca. La trinchera quedó envuelta enseguida en una nube de humo de sabor acre. Desde el valle salían volando luces de colores. La cortina de fuego del enemigo no amainaba, pero nuestros cañones permanecían mudos. Las bombas caían con una regularidad espantosa alrededor de la trinchera; solo la dureza del terreno nos salvó de morir enterrados. Pero esa dureza que nos protegía tenía también algo terrorífico, ya que las esquirlas de piedra y de roca llovían sobre la trinchera. Según estaba allí agazapado, por encima de mi hombro podía ver el estallido de las bombas incendiarias, y, tal como estaba mirando, se levantó una espantosa llamarada procedente de unos árboles en los que había prendido el fuego. Las llamas brincaban como gigantescos mares rojos golpeando un rompeolas y brillaban entre los árboles esmirriados que bordeaban la ladera de la colina encima de nosotros. Era un espectáculo espantoso y magnífico a la vez.[8]

Soldado Norman Gladden, 11.º Batallón de Fusileros de Northumberland.

Hasta el último momento, Gladden y sus compañeros se mostraron convencidos de que aquello no era más que una demostración de la artillería austríaca.

> En medio de aquel estruendo, que desde luego había disminuido, oímos los pitidos del silbato y quedamos desconcertados. De repente sonó el grito de un vigía situado en el escalón de fuego a nuestra derecha: «¡Alerta! ¡Ya están aquí!». Sentí un estremecimiento recorrerme la espalda. Mi primer impulso fue negar semejante posibilidad. ¡Que el enemigo cruzara toda la meseta para atacarnos! ¡Qué idea más absurda! Agarramos nuestras armas y corrimos en tropel al escalón de fuego. La cortina de fuego estaba cesando. Saltaron por los aires más luces de colores —a la desesperada, según parecía— y el estrépito sordo de las bombas interrumpía el traqueteo de la fusilería. Se estaba montando un duro combate en nuestros puestos avanzados. Entonces vi unas figuras de color caqui salir corriendo, seguidas de cerca por las siluetas grises del enemigo, moviéndose de forma más metódica, mientras que los refuerzos continuaban llegando sin parar a través de la meseta.[9]

Soldado Norman Gladden, 11.º Batallón de Fusileros de Northumberland.

En la lucha que se desencadenó a continuación Gladden y su grupo se libraron de lo peor por los pelos.

> Los atacantes, que gozaban, al parecer, de una vida afortunada, pusieron luego algo en la alambrada y volvieron a salir corriendo. La bomba o el torpedo explotó causando un impacto considerable, hizo volar por los aires una sección completa de alambrada y abrió un paso por la zona. Fue una hazaña asombrosa. Un grupo de enemigos se precipitó por el hueco protegidos por la densa humareda de la explosión y se encontró en la trinchera en cuestión de segundos. Casi al mismo tiempo apareció una figura encorvada por encima del parapeto a unos veinticinco metros delante de nosotros, un soldado enemigo cargado de hombros por el peso de un invento infernal, un lanzallamas, como luego tuvimos ocasión de comprobar. La trinchera vomitaba fuego de un extremo a otro y aquel pobre diablo recortando su silueta en el cielo cayó hacia delante acribillado a balazos. Con el conocimiento de las posibilidades de aquella arma feroz que tuviera un solo hombre, ¿quién podría decir lo cerca del éxito que había estado aquel solo atacante?[10]

Soldado Norman Gladden, 11.º Batallón de Fusileros de Northumberland.

La situación a lo largo de la línea estuvo muy reñida, pero los ataques austríacos no pudieron sobrepasarla. Incluso cuando obtenían pequeñas ganancias, los italianos contraatacaban vigorosamente y la moral de los austríacos empezó a venirse abajo cuando claramente se vio que habían fracasado.

Durante algún tiempo todo permaneció tranquilo, pero por detrás de las líneas Diaz se preparaba para efectuar una ofensiva contra los austríacos, cada vez más desmoralizados. Cuando los alemanes empezaron a venirse abajo en el Frente Occidental, los austríacos quedaron trastornados, pues todas sus esperanzas de victoria dependían de sus aliados. Solos, estaban prácticamente desamparados a finales de 1918.

El golpe final llegó el 24 de octubre con la batalla de Vittorio Veneto, lanzada a lo largo de los frentes de Trento y del Piave. Aunque los austríacos resistieron en algunos lugares, sus líneas empezaron a venirse abajo y los italianos, junto con una fuerza de británicos, lograron establecer una serie de ca-

bezas de puente al otro lado del Piave. El soldado Norman Gladden describe el paso del Piave a última hora del 26 de octubre.

> El puente se balanceaba. Debajo, las oscuras aguas formaban remolinos y espuma entre las barcas. Una bomba de metralla estalló traicioneramente en el aire. Y ahora despacio, ¡que no nos venza el pánico! ¡Un paso tras otro, un paso tras otro, un paso tras otro! El puente se balanceaba rítmicamente. Una bomba que pasó silbando a nuestro lado al caer en el río levantó una columna de agua que salpicó todas las tablas. Quise echar a correr; pero no, mantuvimos el paso, procediendo como autómatas. Y entonces vi la orilla opuesta asomando en la oscuridad. Una bomba estalló no sé dónde, detrás de mí; el puente tembló y se oyó un sonido de madera haciéndose astillas. Eché a correr y salté al agua, hundiéndome hasta las rodillas en la gravilla del fondo.[11]

Soldado Norman Gladden, 11.º Batallón de Fusileros de Northumberland.

Tuvieron entonces que vadear la última parte del río.

> Frente a nosotros se arremolinaba una ominosa corriente negra que, con la cortina de fuego ya a nuestras espaldas, tuvimos la buenísima suerte de contemplar sin que otros temores se inmiscuyeran. Los guías empezaron a avanzar en la oscuridad; nos manteníamos unidos en cadenas continuas de cuatro o cinco hombres y los seguíamos como podíamos. El agua fría me subía por los brazos. Respiraba con dificultad y mi corazón parecía parado, y tenía la sensación de que mis pies se movían solos. Tenía que llevar el fusil bien sujeto por encima del agua. Nos costó muchísimo trabajo cruzar la corriente que ahora nos llegaba a los hombros. Lo peor ya había pasado y el lecho del río subía un poco a medida que llegábamos a la orilla, hacia la que caminé dificultosamente, helado y sin aliento a causa del esfuerzo. Empapados y enlodados, en aquellos momentos no teníamos mucha apariencia de una fuerza de asalto.[12]

Soldado Norman Gladden, 11.º Batallón de Fusileros de Northumberland.

Finalmente habían cruzado las líneas. Pero aquel era un nuevo tipo de guerra.

> Nos sentíamos ya de una forma muy diferente en esta guerra a campo abierto, que para nosotros era una experiencia completamente nueva. A pesar de las dudas que pudiéramos tener sobre dónde estábamos, una nueva actitud despreocupada fue dominándonos. Ya no éramos las tropas atemorizadas atenazadas contra la tierra por una tormenta de acero caída en diferentes formas. Avanzábamos hacia un territorio ocupado por el enemigo, vencedores por fin, después de todos esos meses y años de miedo y embrutecimiento. La muerte seguía acechándonos, quizá estaba ahí, a la vuelta de la esquina, pero los dados ya no estaban trucados en contra de todos y cada uno de nosotros. Daba gusto estar vivo en aquella mañana soleada de otoño en las llanuras de Lombardía.[13]

Soldado Norman Gladden, 11.º Batallón de Fusileros de Northumberland.

Durante algún tiempo hubo todavía algunos combates. Los italianos y sus aliados iniciaron una ofensiva contra Vittorio Veneto en un exitoso intento de disgregar a los ejércitos austríacos y cortar las comunicaciones entre ellos. De repente la frágil fachada de oposición de los austríacos se vino abajo cuando emprendieron una retirada a lo largo de sus líneas. El sector del Trentino, todo un bastión de la defensa austríaca durante tres años, fue invadido, y comenzó un avance general hacia el norte y hacia el este. En su retirada, más de 300.000 austríacos fueron hechos prisioneros de guerra, en un reflejo del desastre de Caporetto ocurrido solo un año antes.

La campaña de Italia había acabado por fin. El armisticio formal comenzó el 3 de noviembre de 1918. Al final los italianos habían contribuido a hacer hincarse de rodillas a los austrohúngaros, debilitados ya después de las titánicas batallas libradas contra los rusos en el Frente Oriental. Los italianos habían desempeñado un papel trascendental distrayendo al grueso del ejército austríaco, que, de no ser así, habría sido desplegado en otros frentes después de la revolución rusa. Durante todo el tiempo la campaña había sido una carnicería terrible, librada en un entorno montañoso sumamente hostil. Ninguno de los bandos había hecho concesiones a las espantosas condiciones reinantes, ordenando avanzar a las tropas en unas circunstancias en las que sus posibilidades de éxito eran mínimas. Los italianos habían estado a punto de irse a pique durante la breve intervención de los alemanes en la batalla de Caporetto, pero al final habían restablecido su línea defensiva a lo largo del Piave gracias a sus propios esfuerzos antes de avanzar con la ayuda de ingleses y franceses para obtener la victoria. La contundencia del triunfo de los italianos puede apreciarse en el hecho de que los austríacos fueron obligados a ceder todos los territorios de la Italia irredenta que seguían bajo su control, entre ellos el Tirol del Sur, el valle del Isonzo,

Trieste, Istria, Carniola y Dalmacia. Puede que la apuesta hecha por Italia en 1915 resultara rentable, pero su coste había sido dolorosamente elevado: unos 651.000 muertos durante aquellos tres años de guerra brutal.

17

Las campañas del Sinaí y Palestina, 1914-1918

El imperio británico debe mucho a los escenarios secundarios. No me cabe la menor duda de que, cuando se escriba la historia del 1917 y se lea en los tiempos por venir, los sucesos de Mesopotamia y Palestina ocuparán un lugar mucho más notable en la mente y en la memoria de la gente que tantos acontecimientos que en este momento resaltan mucho más a nuestra vista.[1]

David Lloyd George, primer ministro británico.

En 1882 los ingleses habían establecido un dominio completo sobre la soberanía del imperio otomano en Egipto y desde entonces, al margen de las sutilezas legales de la situación, ejercían el control efectivo de la región. La importancia de Egipto radicaba en su emplazamiento, pues era el cuello por el que pasaba la yugular del imperio británico. Los ciento cincuenta kilómetros aproximadamente del canal de Suez que se extienden desde Port Said, en el Mediterráneo, hasta Port Suez, en el mar Rojo, proporcionaban una ruta marítima abreviada que unía las Islas Británicas con sus dominios de la India, Australia y Nueva Zelanda. Esta vía acuática trascendental debía ser defendida a toda costa, lo cual comportaba un grado considerable de compromiso militar para impedir cualquier incursión hostil o cualquier posible sabotaje. Tras el estallido de la guerra con Turquía en noviembre de 1914, Egipto fue declarado oficialmente protectorado británico y se concentró un ejército bastante grande al mando del general sir John Maxwell. Distaba mucho de ser una fuerza homogénea, al estar formada por la milicia territorial de la 42.ª División británica y la 10.ª y la 11.ª División india, a las que luego se uniría el Cuerpo de Ejército Australiano y Neozelandés (ANZAC por sus siglas en inglés), que debía completar allí su adiestramiento con la intención en principio de continuar

luego hasta el Frente Occidental. Las tropas indias fueron desplegadas a lo largo de la margen izquierda del Canal con algunas posiciones fortificadas en la margen derecha.

Lo que tan evidente resultaba para los ingleses también resultaba evidente para los turcos: conquistando Suez podían cortar la circulación sanguínea del imperio británico. El éxito de una operación en Egipto añadiría también gran peso a la «Guerra Santa» declarada por el sultán Mehmed y facilitaría sus intentos de fomentar la rebelión en Egipto. Pero el primer obstáculo que podía encontrar cualquier expedición con pretensiones de éxito resultaba igualmente claro echando un simple vistazo al mapa: la inhóspita vastedad del desierto del Sinaí, que separa Egipto de Palestina. La Fuerza Expedicionaria de Suez (FES) enviada por los turcos se puso al mando de un oficial de estado mayor alemán, el coronel Friedrich von Kressenstein, quien en adelante sería responsable de los meticulosos preparativos logísticos que eran necesarios si los turcos querían tener alguna posibilidad de conseguir que cruzaran el desierto cerca de 25.000 hombres. Se reunieron miles de camellos para cargar con las provisiones y pertrechos, y se establecieron puestos de abastecimiento de víveres y de agua a lo largo de la ruta que se pensaba tomar. Pero quedaba todavía un hueco de unos cincuenta kilómetros que había que superar lo más rápido que fuera posible. Finalmente la FES emprendió la marcha el 14 de enero de 1915, con tres columnas principales y algunas fuerzas diversivas obligadas a cruzar el desierto como pudieran. Los turcos contaban además con otro obstáculo, al verse obligados a arrastrar pesados pontones de acero y voluminosas balsas para poder cruzar con ellos el Canal.

Al principio los movimientos de la FES fueron seguidos por los vuelos de reconocimiento británicos, pero las condiciones atmosféricas se deterioraron con la aparición de torbe-

llinos y una tormenta de arena que, junto con una audaz marcha nocturna, impidieron conocer dónde iba a producirse realmente el golpe. A las 03.25 del 3 de febrero, los turcos fueron avistados concentrándose en la orilla del Canal, cerca de Tussum Post, donde echaron al agua sus pontones y sus balsas e intentaron con audacia cruzar a la fuerza. Dos compañías lograron pasar a la otra orilla del Canal y se atrincheraron para establecer una cabeza de puente apoyadas por el fuego de las baterías turcas situadas en el lado opuesto. Fue un intento muy valeroso, rayano en la temeridad, pero al final fracasó cuando un contraataque indio erradicó el enclave turco en la orilla derecha. A la FES no le quedó más remedio que retirarse ignominiosamente; los turcos no pudieron mantener su posición al carecer de líneas de comunicación eficaces. Si los ingleses hubieran estado un poco atentos, habrían podido darse cuenta de que, aunque los turcos habían sido derrotados, habían combatido con un coraje ejemplar en unas circunstancias casi imposibles.

Después la situación se estabilizó en Egipto y todos los ojos se volvieron hacia la campaña de Galípoli, en la que Egipto intervino como depósito de tropas de reserva. Los turcos recurrieron también a las tropas que tenían en Palestina para reforzar sus operaciones defensivas en Galípoli y en Mesopotamia. Una vez pasado lo de Galípoli, ambos bandos fijarían de nuevo su atención en Oriente Medio.

La prioridad para los ingleses seguía siendo asegurar la defensa del canal de Suez, pero hasta finales de 1915 podemos afirmar en justicia que era el Canal el que protegía a las tropas y no al revés. En noviembre Kitchener había llamado la atención a Maxwell sobre las deficiencias del sistema de defensas existente. La respuesta fue la creación, a comienzos de 1916, de dos nuevas líneas de defensa en el desierto, destinadas a mantener a raya a cualquier agresor que quedara a tiro de la

artillería del propio Canal. Esta labor exigió una inversión enorme de mano de obra para abrir trincheras y montar las instalaciones necesarias para un aprovisionamiento de agua y de víveres que permitiera la vida de los hombres en el desierto. En marzo de 1916 el general sir Archibald Murray asumió formalmente el mando de la Fuerza Expedicionaria Egipcia (EEF por sus siglas en inglés), creada a partir de los restos de las fuerzas que pudieron librarse de la debacle de Galípoli. Muchas divisiones fueron recicladas y enviadas a Francia o a Mesopotamia, de modo que en junio de 1916 la EEF estaba compuesta por cuatro divisiones de infantería (todas ellas formaciones territoriales), una gran fuerza de caballería y por último el Cuerpo Imperial de Camelleros.

Había bastante temor de que los turcos reanudaran la ofensiva. Murray creía que una defensa activa resultaría lo más útil para sus hombres. Concibió un plan para avanzar directamente hasta la ciudad costera de El Arish, situada cerca de la frontera egipcia, desde donde sus fuerzas podrían amenazar el flanco de cualquier nuevo movimiento turco por el desierto del Sinaí. El suministro de agua era fundamental, así que el primer paso dado por Murray en abril de 1916 fue asegurar la zona de oasis situada entre Qatiya y Bir el Abd, mientras que al mismo tiempo enviaba pequeñas expediciones de caballería a destruir los puntos de aprovisionamiento de agua de los turcos, que habían sido la base de su ataque de 1915, reduciendo así enormemente sus opciones de ofensiva en un futuro previsible. La conquista de los oasis se consiguió, aunque no sin dificultad, pues los turcos se habían dado cuenta de la importancia del suministro de agua salobre y lanzaron ataques de saqueo contra las avanzadillas británicas.

Los ingleses estaban muy atentos a no repetir algunos errores cometidos en Mesopotamia en 1915 y por tanto estaban decididos a asegurar una línea de comunicaciones adecuada

que llegara hasta el delta del Nilo. El desierto del Sinaí quizá no se pareciera a las fangosas llanuras de aluvión del Tigris, pero necesitaba una inversión similar de recursos para establecer a partir de cero una infraestructura de transporte viable. Había una solución extrañamente sencilla: el camino de alambre. Se desplegaba tela de alambre corriente y moliente y se fijaba con estacas formando un «camino» que impedía que los soldados se hundieran en la arena durante la marcha. Pero el ferrocarril, que intentaba abrirse paso por el desierto hacia Romani (situada a unos sesenta kilómetros del Canal), era el único modo de que pudiera mantenerse largo tiempo una fuerza numerosa. El agua era algo primordial y la cantidad de ella que se necesitaba era enorme: en el desierto no podía hacerse nada sin tener asegurado el suministro de agua. Se tendió una tubería impresionante de más de 30 centímetros de grosor para el aprovisionamiento de agua, estableciéndose tanques de almacenamiento desde los cuales los omnipresentes camellos transportaban el agua a las posiciones avanzadas en contenedores de zinc. Con aquellas temperaturas altísimas, la falta de sombra y las frecuentes tormentas de arena, el entorno del desierto era excesivamente duro.

En agosto los turcos, todavía al mando de Von Kressenstein, lanzaron otro temerario ataque en el canal de Suez, en esta ocasión con el objetivo más limitado de bloquear o cortar el tráfico del Canal en vez de intentar cruzarlo y provocar una rebelión en Egipto. Fue un intento audaz, pero en último término absurdo, por cuanto la EEF estaba bien atrincherada y ocupaba una serie de reductos en las dunas y colinas de arena que se extendían desde la costa hacia el interior. A la hora de la verdad los turcos fueron repelidos en la batalla de Romani de 4 de agosto de 1916 sufriendo grandes pérdidas y nunca podrían montar una nueva amenaza creíble contra el canal de Suez. Pero no fue más que el comienzo de lo que serían dos

años de duros combates en los que intervinieron cientos de miles de soldados. Como en Mesopotamia, cualquier idea bien intencionada se vería postergada por la aparente necesidad de seguridad absoluta, motivada por el legítimo deseo de aniquilar a las fuerzas turcas de la zona y ligeramente sazonada por las ambiciones personales de los mandos militares que, de otro modo, se habrían visto confinados a un escenario sin importancia. Así pues, el avance continuaría y su primera meta sería El Arish, objetivo perfectamente justificado de por sí, pero que al mismo tiempo fue la resbaladiza pendiente por la que caerían rodando cientos de miles de tropas que habrían podido ser mejor empleadas en las batallas que iban a decidir el futuro de la guerra en el Frente Occidental.

El avance hacia El Arish fue una empresa logística dificultosa, pues fue preciso construir con enorme esfuerzo el camino de alambre, el ferrocarril, los depósitos de provisiones y los puntos de abastecimiento de agua. El flanco izquierdo, orientado al mar, se encargaba de cubrirlo la Marina Real, pero el flanco derecho se hallaba teóricamente desprotegido, con kilómetros y kilómetros de desierto. Como Murray se volcó cada vez más en la administración, delegó el mando sobre el terreno en el teniente general sir Charles Dobell. Al final la ansiada captura de El Arish el 22 de diciembre constituyó una especie de anticlímax, pues el astuto Von Kressenstein retiró sus tropas antes de que los ingleses descargaran verdaderamente el golpe, librándose así de una derrota casi inevitable. Con El Arish en manos de los británicos, su dominio del canal de Suez quedaba finalmente asegurado: la ciudad ofrecía un abundante aprovisionamiento de agua para una guarnición capaz de rechazar cualquier intento que quisieran hacer los turcos de cruzar el desierto atacando por el flanco norte, que permanecía abierto. Además, una vez acabados el ferrocarril y el camino, El Arish constituía el punto de partida

ideal para el asalto de las bases turcas situadas detrás de la frontera de Palestina. La campaña del Sinaí había terminado; la de Palestina estaba a punto de empezar. Pero a finales de 1916 había algo más moviéndose en Arabia.

La campaña de Arabia

La revuelta árabe fue una distracción menor que tuvo lugar durante el episodio secundario de la campaña de Palestina, pero que atrajo mucho la atención y tuvo una importancia considerable en el desarrollo de métodos alternativos de hacer la guerra. El desencadenante principal de este suceso fue el capitán T. E. Lawrence, un académico y arqueólogo que fue obligado a trabajar en el servicio de inteligencia británico en Egipto y después fue empleado como asesor y oficial de enlace con las fuerzas rebeldes árabes que actuaban al mando del emir Feisal, hijo del jerife Hussein de La Meca. Lawrence no estuvo solo en esta misión, pero su energía y su impacto fueron tales que domina casi todos lo relatos de la campaña de dos años de duración que se desarrolló en Arabia. Su misión exploratoria inicial en octubre de 1916 desembocó en el establecimiento de una profunda relación con los líderes árabes locales y en el descubrimiento intuitivo de cómo maximizar el impacto de las fuerzas irregulares árabes.

> En conjunto, no son formidables, pues no tienen espíritu de cooperación ni disciplina, ni confianza mutua. Hombre a hombre sí que son buenos: yo sugeriría que cuanto más pequeña sea la unidad que participe en una acción, mejor será su actuación. Mil como ellos en enjambre serían totalmente ineficaces contra una cuarta parte de tropas bien adiestradas: pero tres o cuatro, en sus callejuelas y en sus colinas, equivaldrían a una docena de soldados turcos. Cuando están sin hacer nada, se ponen nerviosos y están ansiosos por volver a casa. El propio Feisal se desquicia en las mismas condiciones. En cambio, cuando tienen muchas cosas que hacer y andan cabalgando por ahí en pequeñas partidas, acosando a los turcos aquí y allá, retirándose siempre que los turcos les salen al encuentro, para aparecer inmediatamente después en otra dirección, entonces están en su elemento, y deben causar al enemigo no solo angustia, sino desconcierto.[2]
>
> Capitán T. E. Lawrence, Misión Militar Británica, Arabia.

Lawrence intentaba no atacar a los turcos allí donde eran más fuertes, evitando los ataques frontales, pero en cambio los hostigaba y los acosaba en la periferia, obligándolos a dispersar sus fuerzas y atormentándolos con una infinidad de aguijonazos en vez de con un solo golpe decisivo. Cuando otros árabes vieron lo que los insurgentes eran capaces de conseguir, empezaron a unirse a la rebelión contra la dominación turca, creando un efecto dominó.

El objetivo inicial era el ferrocarril de Hiyaz, que iba desde Damasco hasta Medina, la principal base de los turcos en Arabia. Lawrence utilizó explosivos para sabotear la línea férrea y los puentes, atacando los trenes y volviendo locos de frustración a los turcos cuando intentaban capturar esa especie de fuego fatuo. Después tomó el puerto relativamente poco defendido de Aqaba en julio de 1917. Posteriormente esta ciudad actuaría como base de la revuelta árabe, a la que llegaban las municiones y los pertrechos británicos. Lawrence fue ascendido a comandante y se le confió la tarea de acosar al flanco izquierdo turco, relativamente desprotegido, en las zonas de Siria y Transjordania, mientras los ingleses invadían Palestina. La campaña de Lawrence en el desierto se convertiría en materia de leyenda, pero sus logros fueron bien reales: sus 3.000 combatientes irregulares árabes tuvieron en jaque a más de 50.000 soldados turcos durante los dos últimos años de la guerra.

La campaña de Palestina, 1917-1918

Mientras tanto, Murray evaluaba la situación, ocupándose de que los preparativos logísticos y administrativos para 1917 estuvieran listos. Aunque había perdido una división debido a las apremiantes demandas del Frente Occidental, seguía teniendo cuatro divisiones en su Fuerza de Oriente, al mando de Dobell, formada por la 52.ª, la 53.ª, la 54.ª y la 74.ª Divi-

siones (esta última era una formación improvisada compuesta por tres brigadas de caballería desmontada). Tenía también al teniente coronel sir Philip Chetwode al mando de la Columna del Desierto, compuesta por la División Montada australiana y neozelandesa y la División Montada Imperial. Esta fuerza móvil no tardaría en demostrar su valía en las duras condiciones del desierto con una serie de incursiones llevadas a cabo por el general de división sir Harry Chauvel, de la División Montada australiano-neozelandesa, que despejaron algunas posiciones turcas que habían quedado aisladas dentro de la frontera egipcia.

Cuando llegó el ataque principal, los ingleses estaban muy confiados en que iba a consistir más bien en atraer a los turcos al combate y cortarles la retirada, y no en una verdadera batalla campal. Pero a pesar de toda su planificación y de todos sus preparativos, una vez más los perdió su optimismo. Los turcos todavía no estaban presentes en gran número en las inmediaciones de la ciudad de Gaza, que dominaba la región costera y era por tanto la puerta de Palestina, sino que sus unidades se habían atrincherado en las colinas y las sierras situadas por encima de ella, y sus trincheras habían sido reforzadas con espesos setos de cactus, lo que les confería un poder de frenada considerable. Las reservas turcas se hallaban más en el interior, pero podían ser desplegadas enseguida en cuanto se percataran del punto exacto en el que los ingleses lanzaban su acometida.

El plan británico para la primera batalla de Gaza, de 26 de marzo de 1917, era indudablemente audaz y ambicioso a un tiempo: la caballería de Chetwode debía rodear la ciudad para cortar la retirada a la guarnición, que después se vería obligada a repeler un ataque frontal de la 53.ª y de la 54.ª División. Al principio todo salió como una seda cuando la caballería penetró hasta el mar con la intención de rodear Gaza, mientras

que la marcha de aproximación efectuada en plena noche por la infantería había pasado desapercibida. Sin embargo, la ineficacia de los guías, la densa niebla y la mala calidad del trabajo del estado mayor significó que se produjeran retrasos gravísimos. Cuando la 53.ª División atacó por fin la colina de Ali Muntar que domina la ciudad, encontró una resistencia considerable.

> Nuestra mayor preocupación era cierto seto de cactus desde el que las ametralladoras podían barrernos en cuanto llegábamos a su altura. Se envió a investigar a un pequeño grupo y, una vez recogida debidamente la información, avanzamos unos metros más, dejando atrás a alguno —herido— cada vez que dábamos un paso. Agotados y cargadísimos como íbamos (aparte de sus mochilas los hombres llevaban raciones extra de comida, una segunda botella de agua y bandoleras de municiones extra), la perspectiva de tener que lanzarnos al asalto contra el enemigo atrincherado y subir las escarpadas pendientes no resultaba muy agradable, pero con las bayonetas caladas y los revólveres amartillados, nos pusimos animosamente manos a la obra. Los turcos abandonaron sus trincheras y salieron corriendo. Alcanzamos la cima de la colina y capturamos a muchos turcos. Disparamos contra los que salieron corriendo y a algunos les dimos. Mirando a nuestro alrededor comprobamos que estábamos detrás de los turcos, que no dejaban de disparar contra las tropas que seguían llegando y tuvimos algún tiroteo contra ellos desde atrás, hasta que se retiraron.[3]
>
> Teniente segundo Archibald Lee, 5.º Regimiento de Gales.

La 53.ª División alcanzó la mayoría de sus objetivos e incluso logró establecer contacto provisional con parte de la caballería, pero ya era muy tarde y no habían acabado con la oposición de los turcos. Ulteriores intentos de avanzar toparon con un fuego intenso, mientras que llegaban informes cada vez más inquietantes acerca de los refuerzos turcos que estaban en marcha desde el sur. En la guerra el empleo eficaz del tiempo es siempre importante, pero en Palestina esta cuestión resultaba particularmente crítica, pues si no se aseguraba el suministro de agua dentro de un determinado plazo de tiempo, las tropas tendrían que ser retiradas. Dobell replegó primero sus fuerzas de caballería de la Columna del Desierto, que estaban demasiado desprotegidas, pero la confusión provocó un colapso total del mando y del control. En realidad,

entre los turcos reinaba también la confusión: de hecho, durante algún tiempo los dos bandos pensaron que habían perdido la batalla. Pero los turcos tenían la ventaja de que la apremiante situación a la que se enfrentaba Dobell con el agua hiciera que el británico no tuviera tiempo de ponderar sus acciones: se requería una acción inmediata. Fe así como retiró a la 53.ª y a la 54.ª División y el 27 de marzo todas las fuerzas de Dobell se replegaron, entregando las ganancias territoriales que tan caras les habían costado a los ingleses. La cosa estuvo muy reñida, pero el resultado final fue la derrota de estos.

Murray, todavía comandante en jefe, describió la batalla en un comunicado extremadamente optimista, en el que multiplicaba por tres las bajas sufridas por los turcos. Este error condenó a Dobell y a sus hombres a una segunda vuelta precipitada, cuando lo más conveniente habría sido un nuevo período de consolidación. Unida a los informes sobre el éxito de Maude en la conquista de Bagdad el 11 de marzo, la descripción de la batalla que hacía Murray en su despacho como un simple revés parecía dar a entender que seguía habiendo posibilidades de alcanzar un éxito significativo en Palestina. Lloyd George —«orientalista» convencido— lo aprovechó para ratificar un nuevo avance sobre Palestina, cuyo último objetivo, según Murray, debía ser la captura de Jerusalén. Murray recibió la promesa de futuros refuerzos y se aprobó la realización de un segundo intento en Gaza. Murray había calculado en otro momento que necesitaba cinco divisiones de infantería para defender Egipto; pero ahora intentaba llevar a cabo la invasión de Palestina solo con cuatro. El optimismo ciego —como ocurriera en Mesopotamia en 1915—reemplazaba al sano ejercicio del sentido común. Una vez más los turcos esta-

ban siendo subestimados; el enfermizo orgullo desmesurado que caracterizaba a los británicos todavía no se había extinguido.

La segunda batalla de Gaza, librada el 19 de abril de 1917, resultó un auténtico desastre. Dobell, paralizado por las continuas dificultades que le causaba el aprovisionamiento de agua, decidió no llevar a cabo un ataque por los flancos más al sur, sino, por el contario, un asalto frontal de Gaza. Pero no iban a coger otra vez por sorpresa a los turcos, que ocuparon su tiempo sabiamente en excavar industriosamente un sistema de apoyo mutuo de reductos fortificados y de trincheras serpenteantes a través de aquel terreno tan accidentado. Se trataba de un hueso muy duro de roer y, en su afán de resultar útil, Dobell lanzó al ataque ocho tanques Mark I, que en aquellos momentos se consideraban obsoletos en el Frente Occidental. Propensos a sufrir averías mecánicas en el mejor de los casos e insoportables para sus tripulantes con aquel calor, la cuestión era si realmente podían tener alguna utilidad en las duras condiciones del desierto. Aunque sus hombres superaban en número a los turcos por dos a uno en el sector de Gaza, la fortaleza de las defensas otomanas condenó la ofensiva de Dobell al fracaso. Los tanques lo único que consiguieron fue actuar como imán para el fuego de la artillería turca. Para cuando Dobell quiso aceptar la derrota, los británicos habían obtenido algunas ganancias despreciables, pero habían fracasado en todos sus objetivos tácticos, y habían sufrido unas 6.444 bajas.

Las repercusiones no tardaron en sentirse. Dobell fue relevado del mando, siendo reemplazado por el teniente general sir Philip Chetwode, mientras que el general de división sir Harry Chauvel asumía el mando de la Columna del Desierto. Pero el mayor cambio se produjo cuando el general sir Edmund Allenby, antiguo comandante del III Ejército, que recientemente había intervenido en la batalla de Arras en el

Frente Occidental, fue enviado para sustituir a Murray en junio de 1917; otro indicio de que los ingleses no estaban dispuestos a permitir que la campaña siguiera a la deriva. Murray había hecho una gran contribución a la campaña con su dominio de las necesidades logísticas y administrativas, pero Allenby daría un nuevo vigor a las operaciones sobre el terreno, aunque construyendo sobre los sólidos cimientos plantados por Murray. Allenby trasladó su cuartel general a la frontera de Palestina y, tras visitar su puesto de mando, instituyó una reorganización que redundara en una estructura de cuerpos más formal, creando el Cuerpo Montado del Desierto al mando de Chauvel, el XX Cuerpo al mando de Chetwode, y el XXI Cuerpo al mando del teniente general Edward Bulfin. Se benefició además de la llegada de un mayor número de pertrechos, de tropas, de piezas de artillería y de aviones, que supusieron una modernización de sus fuerzas.

Tácticamente, Allenby renunció a un nuevo ataque contra la fortaleza de Gaza, y decidió, en cambio, asaltar Beersheba, en el extremo meridional de las líneas turcas. Allí las defensas estaban considerablemente menos bien desarrolladas, pero Allenby se vería obligado a compensar esa ventaja con los evidentes problemas que representaba tener que bregar con la escasez de agua durante la larga marcha por el flanco, y con la absoluta necesidad de capturar inmediatamente los pozos de Beersheba. No cabía margen de error. Para las fuerzas de asalto iban a hacer falta cientos de miles de litros de agua al día, que no podían sacarse de la árida inmensidad del desierto.

Un aspecto interesante de las operaciones fue el astuto plan trazado para convencer a los turcos de que la ofensiva iba a ser lanzada en noviembre contra las líneas de Gaza. La autoría del plan y muchos de sus detalles están envueltos en la controversia, debido en gran parte al carácter dudoso de uno de los principales protagonistas, el oficial de inteligencia coman-

dante Richard Meinertzhagen. Desde luego se urdió un complicado plan de engaño en el que se tejieron varios hilos para confundir a los mandos turcos sobre cuáles eran las verdaderas intenciones de Allenby. Se emprendieron falsos preparativos de ataque enfrente de Gaza, con un elaborado engaño del que formaba parte, entre otras artimañas, la pérdida de una mochila llena de efectos personales, falsos informes de inteligencia y un paquete de notas acerca de un código británico que ya no se utilizaba en los mensajes reales, pero que podía emplearse para pasar información falsa a los turcos. Esta *ruse de guerre* se respaldó con «búsquedas» de la mochila «extraviada» en la zona en la que se había «perdido». Al final, parece que, de un modo u otro, los turcos se convencieron de que el objetivo del ataque iba a ser Gaza. Y cuando una masiva cortina de fuego de artillería se precipitó sobre sus defensas el engaño fue completo.

Las operaciones contra Beersheba pudieron contar con una envidiable concentración de fuerzas contra la guarnición turca, en clarísima inferioridad numérica. El XX Cuerpo y el Cuerpo Montado del Desierto, gracias al magnífico trabajo del Real Cuerpo Aéreo, habían evitado que la aviación enemiga realizara vuelos de reconocimiento que pudieran revelar sus movimientos. Cuando el XX Cuerpo descargó el golpe frontal al amanecer del 31 de octubre, los turcos fueron barridos por completo, y no tardaron en descubrir que el Cuerpo Montado del Desierto había llevado a cabo una marcha por el flanco y se encontraba detrás de ellos. El tiempo fue una vez más esencial; hasta las horas son importantes cuando se trata de asegurar el suministro de agua. En una acción espectacular la 4.ª Brigada de Caballería Ligera cargó a través de un campo llano totalmente desprotegido para tomar Beersheba e impedir que los turcos sabotearan aquellos pozos de importancia

vital. La escena fue contemplada con entusiasmo por el soldado de caballería Ion Idriess que, con la perspicacia de un novelista en ciernes, supo captar el drama de la ocasión.

> A más de un kilómetro de distancia sus mil cascos eran como el tartamudeo del trueno, llegando a una velocidad que asustaría a un hombre: eran una visión que imponía respeto, galopando a través de aquella neblina roja, rodilla junto a rodilla y caballo junto a caballo, con el sol agonizante reflejándose en las puntas de las bayonetas. El fuego de las ametralladoras y los fusiles bramaba, pero la 4.ª Brigada seguía al galope. Oímos gritos entre los cascos atronadores, vimos bolas de fuego entre esos cascos, y un caballo tras otro caer a tierra. Pero los apretados escuadrones seguían atronando. Nos reímos llenos de alegría cuando las bombas empezaron a estallar detrás de ellos diciéndonos que los artilleros no podían seguir su ritmo. Luego de repente los hombres dejaron de caer y supimos instintivamente que la infantería turca, fuera de sí de nerviosismo y miedo, había olvidado bajar la mira de sus fusiles y que las balas les pasaban volando por encima. El último kilómetro fue un galope desquiciado, con los escuadrones magníficamente en línea, un espectáculo palpitante al remontar la cuesta, los caballos saltando sobre las trincheras —mis prismáticos me permitieron ver las bayonetas turcas clavándose en el vientre de los caballos— un regimiento entero se tiró de sus monturas —oímos los gritos enloquecidos de los hombres al saltar al interior de las trincheras—, el siguiente regimiento pasó por encima de otro reducto, y en un tumulto triunfal de voces y de cascos bajó galopando el medio kilómetro de cuesta hasta entrar en la ciudad. Luego se produjo un torbellino de movimientos por todo el campo, baterías galopantes —el polvo denso de los regimientos a caballo— las prisas mientras las tropas se precipitan hacia la única oportunidad que les queda en medio de la creciente oscuridad —nerviosismo enloquecido, enloquecido—, explosiones terroríficas desde allí abajo, en la ciudad. Beersheba había caído.[4]
>
> Soldado de caballería Ion Idriess, 5.º Regimiento de Caballería Ligera

La línea de defensa turca se vio comprometida y tras dos días de labores de reorganización se reanudaron las operaciones. Una vez más Allenby usó la táctica del engaño para confundir a los turcos sobre cuáles eran sus verdaderas intenciones. Esta vez los bombardeos se incrementaron con aparentes ataques nocturnos serios en el sector de Gaza, mientras que el verdadero golpe cayó sobre el centro de las líneas turcas en Tel es Sheria al amanecer del 6 de noviembre. Los turcos em-

pezaron a retirarse y Gaza cayó ese mismo día. Allenby definió el tono de la persecución en términos que no dejaban lugar a dudas.

> En la persecución debe uno llevar las posibilidades al límite. Las tropas que han derrotado al enemigo querrán descansar. Hay que darles objetivos, no aquellos a los que uno crea que van a llegar, sino los que están lo más lejos que puedan llegar.[5]
>
> General sir Edmund Allenby, cuartel general, EEF.

Uno de los aspectos más interesantes de la campaña fue el progresivo uso de la caballería por su valor de choque en las cargas en tropel que culminaban en combates cuerpo a cuerpo. Un episodio de ese estilo se produjo cuando los hombres de la Caballería de Warwickshire y de Worcestershire cargaron contra las tropas turcas que estaban atrincheradas y recibían apoyo de ametralladoras y de artillería en Huj.

> Las ametralladoras y los fusiles abrieron fuego contra nosotros en el momento en el que surgimos sobre la loma detrás de la cual habíamos formado. Recuerdo que pensé que el sonido crepitante de las balas recordaba al de una granizada sobre un edificio con tejado de hierro, así que podéis figuraros cómo era la descarga cerrada de los fusiles. Un auténtico montón de hombres y de caballos se vino abajo a unos 20 o 30 metros de la boca de los cañones. El escuadrón se deshizo en unos cuantos jinetes desperdigados ante los cañones y luego pareció que se desvanecían por completo. Durante algún tiempo tuve la impresión, en cualquier caso, de que yo era el único que quedaba vivo. Me sorprendió descubrir que habíamos vencido.[6]
>
> Teniente Wilfred Mercer, Caballería de Warwickshire.

Habían estado ocultos detrás de una loma hasta que estuvieron a apenas 800 metros, pero en todo caso fue un logro notable pasar por encima de los cañones turcos. Lo que es cierto es que la caballería podía causar absoluto pánico una vez que lograba avanzar.

> De repente el terrible estrépito de las bombas que silbaban y explotaban cesó, y supimos que todo había acabado. Nuestros ojos contemplaron una visión maravillosa y terrible: además de las bajas que ya se habían producido, el campo estaba sembrado de caballos y jinetes caídos, muchos de los cuales yacían pegados a las baterías y otros un poco más allá de ellas. Doce cañones, tres de 150 mm y nueve de campaña, se encontraban en diversas posiciones, rodeados de artilleros austríacos y alemanes, muchos de ellos muertos o heridos.

> Unos 300 metros por detrás de la batería más atrasada se retiraba una masa de soldados de la infantería enemiga; algunos de ellos seguían disparando tiros ocasionales desde diversas direcciones. Nuestros escuadrones no habían pegado un tiro, y todas las bajas que infligimos fueron causadas por nuestros sables. Los artilleros alemanes y austríacos luchaban animosamente alrededor de sus cañones cuando quedaban acorralados, durante unos momentos, aunque la mayoría de la infantería turca había huido. Nos incautamos de algunas ametralladoras enemigas y las volvimos contra ellos. Empezamos inmediatamente a vendar a los heridos y los encontramos diseminados en todas direcciones. Algunos turcos heridos se acercaron arrastrándose y uno no pudo por menos que comparar las heridas limpias que tenían, causadas por nuestros sables, con las espantosas heridas sufridas por nuestros hombres como consecuencia de las bombas y las bayonetas dentadas.[7]
>
> Capitán Oscar Teichmann, Caballería de Warwickshire.

A pesar de esos éxitos, el grueso de los turcos logró evitar el envolvimiento, replegándose para volver al combate. Al final Allenby tuvo que frenarse y reorganizar sus fuerzas, consciente de la necesidad de contrarrestar la amenaza planteada por el Yilderim, de inspiración alemana, al mando del omnipresente Falkenhayn. Esta fuerza, compuesta por el VII y el VIII Ejército turco, se había creado con la intención de revitalizar las operaciones en Mesopotamia, pero había sido trasladada a la campaña de Palestina. Lo cierto es que ni siquiera Falkenhayn fue capaz de hacer frente a la superioridad de las tropas de Allenby en movilidad, recursos logísticos y fuerza operacional. A finales de noviembre los contraataques turcos fueron frenados.

Allenby había avanzado a lo largo de la costa de Palestina hasta el puerto de Jaffa, desde donde se desvió hacia el interior a través de las colinas de Judea en dirección a Jerusalén. La organización del transporte, los suministros y el aprovisionamiento de agua para la enorme cantidad de hombres que participaban en la persecución seguía planteando muchas dificultades. La situación se aclaró un poco después de que los ingleses empezaran a avanzar por el interior de Palestina, donde, aunque la cosa todavía no fue fácil, el suministro de

agua era abundante y las comunicaciones eran mucho mejores. Los turcos estaban bastante desorganizados, pero seguían siendo capaces de propinar un doloroso contragolpe. La caída de Jerusalén el 9 de diciembre de 1917 supuso un momento muy significativo con un valor propagandístico enorme. Los dos bandos habían evitado los combates en la ciudad santa, pero Allenby recibió un magnífico consejo del siempre brusco Robertson, en Londres, basado en los recuerdos de la pompa y la ceremonia que había rodeado la visita del káiser a Jerusalén en 1898.

> En caso de que Jerusalén fuera ocupada, tendría una considerable importancia política que, al entrar oficialmente en la ciudad, desmontara usted de su cabalgadura a las puertas de la ciudad y entrara caminando. El emperador alemán entró a caballo y empezó a circular esta voz: «Uno mejor que él lo hizo a pie». La ventaja del contraste entre una y otra conducta será evidente.[8]
>
> General sir William Robertson, estado mayor general imperial.

A la hora de la verdad, las autoridades municipales entregaron Jerusalén en unas condiciones de auténtica farsa: una rendición que se convertiría en leyenda entre los miembros de la unidad concernida.

> Dos de nuestros cocineros de Londres, que necesitaban agua para preparar una bebida para los oficiales, cogieron un par de marmitas y salieron a buscar un pozo, un estanque o un arroyo. Al no tener éxito en su búsqueda se pusieron a andar y estuvieron caminando por ahí hasta que llegaron a las afueras de la ciudad. Para su sorpresa se encontraron con el alcalde y un pequeño grupo de acompañantes con bandera blanca y todo lo demás, que los recibieron y les dispensaron una calurosa acogida. Entregaron ceremoniosamente las llaves de la ciudad para su salvaguarda a los cocineros mugrientos y sucios del viaje, como prenda de su rendición. Aquello fue demasiado para los pobres muchachos. Nadie les había enseñado cómo debían comportarse en ceremonias diplomáticas semejantes, así que agarraron las llaves, saludaron y se retiraron a ver si encontraban otra vez su cocina. Cuando finalmente llegaron al campamento al día siguiente estaban demasiado asustados para contar nada de lo ocurrido a sus oficiales. Pensaron que «les meterían un paquete» por haberse ido por ahí tanto tiempo; quizá los consideraran incluso prófugos por ausentarse sin permiso. Un consejo prudente los indujo a comunicar lo ocurrido a los oficiales y las llaves fueron entregadas para su custodia.[9]
>
> Soldado Bernard Livermore, 2/20.º Batallón del Regimiento de Londres.

Allenby haría su entrada oficial en Jerusalén —a pie— el 11 de diciembre a mediodía. Para los ingleses, que venían de un país todavía mayoritariamente cristiano, todo aquello tenía claros ecos de ser una nueva cruzada. Mucha mayor importancia tendría, sin embargo, el hecho de que fuera una clara victoria que iluminaba la escena después de todo un año que había sido una terrible decepción.

Se produjo una pequeña pausa antes de que Allenby comenzara las operaciones camino de Jericó, con el plan de avanzar hacia el río Jordán. La campaña fue situada en su contexto por las ofensivas alemanas iniciadas el 21 de marzo en el Somme, que obligaron a reclamar el envío de la 52.ª y la 74.ª División. De repente se puso brutalmente de manifiesto que Palestina no era más que un escenario secundario; la verdadera guerra era la que estaba haciéndose contra los alemanes. Lentamente Allenby reconstruyó las unidades de las que había sido despojado con el añadido de la 3.ª y la 7.ª División india. Siendo como era un comandante sensato, dedicó mucho tiempo a adiestrar a sus nuevas tropas y a trazar sus planes.

Mientras tanto los turcos habían puesto al general Otto Liman von Sanders, famoso por Galípoli, al mando de Palestina desde finales de febrero de 1918. Ordenó a sus fuerzas replegarse y atrincherarse a lo largo de una línea que se extendía desde la costa hasta el valle del Jordán. Esta vez Allenby decidió dirigirse hacia el norte y atacar a lo largo de la costa, pero intentó engañar a los turcos haciéndoles creer que iba a atacar en el interior del país. Se aseguró de que los campamentos situados por detrás del frente cerca del río Jordán dieran la impresión de que estaban siendo ampliados, mientras que los campamentos situados en la llanura costera utilizaban espacios ya construidos y en desuso y emplazamientos cuidadosamente ocultos en los que no estaba permitido realizar

ningún movimiento a la luz del día. Todos los despliegues de este a oeste fueron llevados a cabo por la noche, y todos los movimientos en sentido contrario se hicieron a las claras y a la luz del día. Algunos batallones se pasaban marchando hacia el este todo el día, para regresar por la noche a sus puntos de partida en camiones, dispuestos a repetir el viaje al día siguiente. Incontables patrullas de la recién creada Real Fuerza Aérea repelían los vuelos de reconocimiento de los aviones turcos y alemanes, permitiéndoles ver solo lo que Allenby quería que vieran. Se utilizaba cualquier subterfugio posible, desde mantener el tráfico de radio para unidades que ya se habían desplazado hasta poner pruebas falsas. Los engaños funcionaron y Allenby logró acumular un contingente formidable de 35.000 soldados de infantería, 9.000 de caballería y 383 cañones para enfrentarse en la franja costera a solo 8.000 soldados de infantería y 130 cañones turcos. Se aseguró de contar con una superioridad decisiva allí donde le interesaba; en el resto del frente hasta el Jordán las fuerzas de ambos bandos estaban más igualadas. Cuando Allenby lanzó su ataque el 19 de septiembre a las 04.30 la línea turca se vino abajo en la que se llamaría batalla de Megiddó.

> Los turcos se están viniendo abajo, en todas partes. Salí de aquí a las 4.30 am, y me fui en coche a Arsuf. Allí estaba el general Shea, cuya división atacó a los turcos por la derecha, en la costa. Todo estaba saliendo bien; y la cabeza de la caballería estaba ya arremetiendo en la playa, a los pies del castillo, camino de Nahr Falik. Dos destructores nuestros bombardeaban la carretera de la costa. Entonces me trasladé en coche al cuartel general de las otras divisiones; también allí todo estaba saliendo bien. Ahora mi caballería está a muchos kilómetros al norte de Arsuf, camino de las comunicaciones de los turcos en el valle de Esdrelón. Su infantería y su artillería están replegándose; acosados por mi aviación, con fuego de ametralladoras y de bombas. De momento, han sido capturados muchos cañones y 2.500 hombres, pero habrá muchos más. Mis pérdidas son escasas. Bombardeé el cuartel general de Liman von Sanders y sus dos comandantes de ejército la pasada noche… Liman von Sanders ha perdido la única comunicación con el mundo exterior por ferrocarril que tenía. Realmente no sé lo que va a poder hacer, y empiezo a pensar que quizá tengamos un gran éxito. El tiempo es perfecto, no hace demasiado calor, y el cielo está

muy claro, ideal para mi artillería y para mis aviones persiguiendo al enemigo. Mis caballos están en perfecta forma, pues hay mucha agua por el camino que van a seguir y tienen fuerza suficiente para resultar irresistibles.[10]

General sir Edmund Allenby, cuartel general, EEF.

La infantería británica avanzó unos veinticinco kilómetros, mientras que la caballería apareció por el hueco que había quedado para desencadenar un auténtico infierno por detrás de las líneas. Tomaron los nudos ferroviarios más importantes, amenazaron el cuartel general del alto mando turco y en general dieron la lata de mala manera. Mientras tanto, la «caballería» moderna, esto es, los aviones de la RAF y del Cuerpo Aéreo Australiano (AFC, por sus siglas en inglés), arremetieron contra las tropas turcas en retirada. Se produjo una auténtica matanza, cuando los tenientes Stan Nunan y Clive Conrick se lanzaron en picado con su Bristol Fighter sobre los turcos que intentaban abrirse camino a través del paso de Wadi Fara, que conducía al único cruce del Jordán que todavía no tenían cortado. El camino era una masa torrencial de vehículos, caballos y soldados turcos desamparados, corriendo a toda velocidad por una antigua calzada romana tallada entre las escarpadas colinas a un lado y un abismo al otro.

Tenían poca posibilidad de escapar de mis ametralladoras, debido a lo cerca de ellos que estábamos. Cuando disparaba, veía trocitos de roca saltar volando de la pared del precipicio y aparecer de repente manchas rojas en los turcos que dejaban de trepar y caían y sus cuerpos quedaban tirados en la base del precipicio como un montón de harapos. Cuando Nunan remontó otra vez el vuelo para reanudar su ataque, tuve una ocasión mejor de ametrallar a las tropas y los vehículos que iban por el camino. Vi mis balas trazadoras impactar en los caballos de cabeza que tiraban de un armón de artillería. Al encabritarse, se apartaron del lado del camino que daba a la pared del precipicio y volvieron la cabeza hacia mí, de modo que pude ver el terror en sus caras cuando bajaron las patas delanteras y, como se habían quedado sin firme que pisar, cayeron por el abismo arrastrando el armón tras de sí. El que los conducía, al darse cuenta de lo que pasaba, dio un salto hacia atrás intentando volver al camino, pero ya era demasiado tarde. Parecía que flotara justo encima del armón, mientras rodaba y rodaba con los caballos hasta que la carreta golpeó contra la pared del precipicio y él fue lanzado al fondo del valle, donde su cuerpo desapareció en medio de la bruma.[11]

Teniente Clive Conrick, 1.ª Escuadrilla Australiana, AFC.

El 25 de septiembre los ejércitos turcos que habían ocupado las líneas de la costa habían dejado efectivamente de existir. Los ingleses habían hecho más de 50.000 prisioneros y lo que quedaba de las fuerzas turcas no estaba en un estado de forma que les permitiera montar una resistencia organizada. Allenby puso a sus hombres en marcha hacia Damasco, pisando los talones a las desmoralizadas tropas otomanas. En compañía de las fuerzas árabes de Lawrence, tomó la ciudad el 1 de octubre. Pero ni siquiera ahí acabó la cosa. Para entonces las Potencias Centrales estaban a punto de venirse abajo y Allenby recibió la orden de continuar hasta Aleppo, a otros 350 kilómetros al norte. Tras un breve período de consolidación, continuó su avance y Aleppo cayó el 26 de octubre. Cuatro días más tarde, el 30 de octubre, los turcos firmaban el armisticio. La guerra con Turquía había acabado.

Habían sido más de cuatro años de campaña en Palestina, en la que habían intervenido más de 1.200.000 de hombres procedentes de todo el imperio británico. En total los británicos sufrieron 51.451 bajas en combate y perdieron la alarmante cifra de otros 550.000 debido a las enfermedades. Resulta difícil calcular qué fue lo que se consiguió, pero una inversión tan enorme de recursos militares no puede justificarse con sentimentalismos engañosos como la conquista de Jerusalén. Lo mismo que el de Galípoli, fue este otro ejemplo de que se combatió contra los turcos simplemente porque estaban ahí. Si la intención hubiera sido obligar a Turquía a salir de la guerra, no cabe duda de que la Fuerza Expedicionaria Egipcia fracasó, pues el imperio otomano solo se rindió un mes antes que Alemania. ¿Valió ese mes realmente tanto esfuerzo? Había que tener en consideración los intereses expansionistas del imperio, pero primero había que ganar la guerra. Como en Galípoli, Mesopotamia y Salónica, Palestina significó un

despilfarro de recursos. Los objetivos estratégicos —el control de los Dardanelos en Galípoli, el petróleo en Mesopotamia, la supervivencia del ejército serbio en Salónica y la seguridad del canal de Suez en Egipto— podrían haberse conseguido con una inversión mucho menor de aquellos preciosos recursos. Los «orientalistas» habían pensado que ellos conocían otra manera distinta de ganar la guerra, una manera que evitara la necesidad de enfrentarse al ejército alemán en el Frente Occidental. Pero no había manera fácil de conseguir la victoria y como consecuencia directa de la proliferación de escenarios secundarios la BEF se encontraría hambrienta de tropas cuando más las necesitara en el Frente Occidental para las grandes ofensivas alemanas de 1918.

18

El Frente Occidental, 1918

Llega un momento en el que la guerra deja de ser una aventura, y los jóvenes la contemplan con cinismo, decepción y desencanto. No creo que ninguna generación haya marchado nunca a la guerra con el brillo en los ojos como lo hizo la mía. Pero después del Somme y la carnicería todavía más sangrienta de la tercera batalla de Ypres aquel brillo se apagó. No obstante, seguimos combatiendo, y creo que supimos estar a la altura.[1]

Teniente Richard Dixon,
251.ª Batería, 53.ª Brigada, Real Artillería de Campaña.

Los aliados atravesaban un momento crítico a comienzos de 1918. La situación general de la guerra no había cambiado en realidad: Alemania *seguía siendo* la probable perdedora, pero la revolución bolchevique y el derrumbamiento de Rusia le habían dado una pequeña esperanza, la oportunidad de convertir una posible derrota en victoria. Los rusos habían combatido con arrojo, pero en aquellos momentos estaban acabados, divididos internamente por conceptos sociales enfrentados, y a punto de entrar en una pesadilla en la que su país permanecería sumido durante décadas. La caída del Frente Oriental liberó al alto mando alemán del problema de los dos frentes que tanto trasiego le había procurado desde 1890, cuando el káiser había apartado del poder al anciano Bismarck. En la primavera de 1918, tras el traslado de sus divisiones del Frente Oriental al Frente Occidental, los alemanes estaban listos para desplegar 192 divisiones frente a las 156 de los Aliados. Numéricamente, la situación nunca había sido tan prometedora para los germanos, pero las fuerzas norteamericanas estaban preparándose, ensombreciendo los planes alemanes.

Cuando Estados Unidos entró en la guerra en abril de 1917, su situación reflejaba en cierta medida la de Gran Bretaña en 1914. Su ejército regular estaba en proceso de expansión, para pasar de sus 25.000 efectivos a los 142.000 previstos por un programa puesto en marcha en virtud de la Ley de Defensa Nacional introducida por el presidente Woodrow Wilson en 1916. El objetivo final era que en 1921 el ejército dispusiera de 175.000 soldados regulares, apoyados por los 450.000 de la Guardia Nacional. Los estadounidenses afrontarían, pues, enormes problemas para asegurar un aumento rápido y masivo de sus efectivos militares. En contraste con la BEF en 1914, su única ventaja fue que no se vieron enzarzados inmediatamente en guerras, de modo que, por lo menos, pudieron servirse de soldados regulares debidamente adiestrados para ayudar en el entrenamiento de un gran número de nuevos reclutas. Wilson no perdió el tiempo: movilizó a la Guardia Nacional e introdujo un sistema de reclutamiento que al final permitiría la llamada a filas de unos veinticuatro millones de hombres, de los cuales 2.800.000 tuvieron que prestar servicio militar. En total se formarían cincuenta y cinco divisiones, cuarenta y dos de las cuales intervendrían en el Frente Occidental. Sin embargo, enseguida surgieron problemas logísticos. Esos efectivos carecían de todo: uniformes, armas, artillería, tanques, aviones, medios de transporte, munición, cuarteles y raciones de comida. Algunas de estas necesidades podían cubrirse con la enorme base industrial del país, pero en lo tocante a las armas más sofisticadas, como, por ejemplo, piezas de artillería, aviones o carros de combate, los estadounidenses se vieron obligados a depender de la compra de estos equipamientos a sus aliados, que solo podían ofrecer parte de sus existencias. El problema era bien sencillo: los americanos simplemente no tenían tiempo para producirlos. No tenían ni por asomo suficientes oficiales y suboficiales, ni

personal entrenado (artilleros, armeros, encargados de comunicaciones); de hecho, no disponían ni de profesionales especializados en las distintas actividades que permiten crear un verdadero ejército. Y, por supuesto, tampoco contaban con generales con experiencia, cualificados para guiar a esos hombres en los campos de batalla de la guerra europea. Los británicos y los franceses propusieron una solución: incorporar a los reclutas americanos en sus propias unidades, y adiestrarlos y equiparlos para la guerra. Tal vez tuviera su lógica, pero lo cierto es que la propuesta era políticamente inaceptable para Estados Unidos, que la rechazó de inmediato. A pesar de ser más razonable, lo mismo ocurrió con otra sugerencia de los británicos, la de incluir un batallón americano en cada brigada británica, antes de crear brigadas americanas que prestarían servicio en divisiones británicas, y luego divisiones americanas que servirían en cuerpos británicos, etcétera, hasta conseguir un ejército estadounidense perfectamente maduro. Las instituciones políticas y militares norteamericanas tenían la firme determinación de crear una Fuerza Expedicionaria Americana (AEF por sus siglas en inglés), que combatiera con identidad propia a las órdenes de oficiales americanos.

El líder elegido para comandar la AEF era todo un personaje: el general John Pershing. Nacido en 1860, tras formarse en la academia militar de West Point y participar en varias campañas contra tribus indias, así como en la guerra contra España y contra los rebeldes filipinos, Pershing había ascendido rápidamente hasta alcanzar el grado de general de brigada, ocupando varios cargos en el estado mayor. Su campaña más reciente había tenido lugar en la frontera mexicana entre 1916 y 1917. Como soldado profesional, había demostrado gran interés por los combates y todas las variantes tácticas que se habían visto en el Frente Occidental, pero no había comprendido los gravedad de los problemas que suponía una gue-

rra de trincheras. Se mostraba crítico con lo que definía como el enfoque defensivo de los generales aliados, que aceptaban las limitaciones de una guerra de desgaste y no recurrían al «espíritu ofensivo» y a las maniobras audaces para superar las dificultades. Tenía una confianza ingenua en la moral de sus hombres y en su destreza con el fusil para superar factores como los bombardeos de la artillería, las acciones de las ametralladoras y los obstáculos que representaban las alambradas. Estas ideas lo llevaban a seguir un camino que otros ya habían recorrido sin éxito a comienzos de la guerra.

La AEF creció poco a poco. La 1.ª División fue enviada al Frente Occidental casi inmediatamente, en junio de 1917, tras lo cual, sin embargo, el programa se vio interrumpido debido a la presión que representaba tener que entrenar a millones de reclutas en Estados Unidos, de modo que en marzo de 1918 solo había cuatro divisiones en el continente europeo. Estas unidades fueron organizadas siguiendo una línea radicalmente distinta de las divisiones aliadas, y con sus veintiocho mil efectivos, doblaban el tamaño de estas últimas. Como su adiestramiento y sus equipamientos no habían alcanzado aún unos niveles aceptables, a menudo requerían un largo período de aclimatación y de preparación antes de que pudieran ser consideradas competentes para ocupar su lugar en la línea de batalla. En particular, su adiestramiento se centraba en las técnicas de la guerra de trincheras, pero solo recibían este tipo de instrucción cuando ya estaban en Francia. A pesar de las pretensiones iniciales de los estadounidenses, las unidades americanas acabaron siendo incluidas en otras francesas y británicas para que pudieran adquirir experiencia en el frente. Del mismo modo, se crearon diversas escuelas militares para que pudieran aprender las distintas especialidades propias de un ejército moderno. Pero, en esencia, la AEF seguía empe-

ñada en pasar a las líneas del frente como una entidad independiente y causar estragos entre las filas enemigas. Los alemanes aguardaban inquietos y nerviosos su llegada.

> Debía tener presente que en la primavera de 1918 se esperaba la llegada de las nuevas formaciones americanas. Nadie podía prever cuál sería el número de sus efectivos; pero debíamos dar por hecho que equilibrarían la descompensación provocada por la caída de Rusia; además, la relación de fuerzas nos sería más favorable en la primavera que a lo largo del verano y del otoño, a menos que para entonces ya hubiéramos obtenido una gran victoria.[2]
>
> *Generalquartiermeister* Erich Ludendorff, alto mando alemán.

Por el momento, mientras los soldados rasos pudieran vislumbrar la posibilidad de la victoria, la moral alemana seguía siendo alta.

> Nuestros superiores y los periódicos nos aseguraban que iban a producirse grandes acontecimientos. Por lo que nos habían dicho, en Francia solo había treinta mil soldados americanos, en su mayoría novatos. Iban a llegar más americanos, pero nosotros disponíamos de centenares de submarinos que controlaban mares y océanos. En aquellos momentos en los que todo nuestro ejército del este —un total de un millón de hombres— había sido trasladado al Frente Occidental, nos parecía que la siguiente ofensiva iba a traernos la victoria y la paz.[3]
>
> Cabo Frederick Meisel, 371.º Regimiento de Infantería.

Para los alemanes, el tiempo era fundamental: hicieran lo que hiciesen, había que hacerlo rápidamente. Tenían seis meses para cambiar el curso de la guerra. Y esta circunstancia sería definitiva en la historia de los hechos de 1918. Lo demás tendría poca relevancia. Todos los falsos sueños de los «orientalistas», con sus campañas de Mesopotamia, Salónica, Palestina y África oriental, empezaron a ser vistos como lo que en realidad eran: un dispendio de recursos militares. La guerra, al fin y al cabo, iba a decidirse en el Frente Occidental.

El alto mando británico era perfectamente consciente de la situación. De hecho, el jefe del estado mayor imperial, el general sir William Robertson, había advertido de forma explícita a Lloyd George de que las Potencias Centrales iban a concentrar sus recursos en el Frente Occidental, y que había

que igualar esa concentración para evitar una posible derrota. Pero Lloyd George hizo oídos sordos, convencido aún de que había otro camino para obtener la victoria, como, por ejemplo, atacando en Italia o los Balcanes, regiones ambas sumamente vulnerables, pero no en el Frente Occidental, donde los británicos tendrían que enfrentarse al poderío del ejército alemán. No quería ni oír hablar de más ofensivas como la del Somme o la tercera de Ypres, y había perdido por completo la confianza en su comandante en jefe, el mariscal de campo sir Douglas Haig. Esta circunstancia constituiría un gravísimo problema, pues Lloyd, político consumado, era un adversario formidable para cualquiera. Lo único que le impedía destituir de un plumazo a Haig era la necesidad de colaborar estrechamente con los conservadores, que habían venido formando parte del Gobierno de Coalición desde 1915. Estos últimos apoyaban claramente a Haig, y era evidente que una decisión unilateral como la de su destitución podía desencadenar una crisis política que probablemente acabara con toda la administración.

Pero actuar de forma directa no es precisamente una necesidad en el noble arte de la política. Para meter a Haig en cintura y reducir su capacidad de lanzar una gran ofensiva, Lloyd George intentó disminuir el número de hombres que pudieran destinarse a la BEF. En primer lugar, respaldó la exigencia francesa de que Haig asumiera el control de un sector más amplio del Frente Occidental. Parecía una demanda justa, pues los británicos solo cubrían mil seiscientos kilómetros de frente, en comparación con los quinientos sesenta de los franceses. Pero gran parte del sector francés no estaba activo y podía ser defendido con muy pocas tropas. Este hecho contrastaba con lo que ocurría en el frente británico, con su concentración de efectivos en zonas de alta tensión como Ypres, Arras y el Somme. A instancias de Lloyd George, en enero de

1918 Haig se vio obligado a asumir la responsabilidad de otro sector de la línea situado al sur del río Somme. Esto supuso que la mitad de las divisiones alemanas del Frente Occidental tuvieran por objetivo atacar sectores británicos. Este compromiso extraordinario tuvo que ser asumido en un momento en el que Lloyd George estaba reteniendo deliberadamente un gran número de tropas en las Islas Británicas, tropas que Haig necesitaba para reorganizar sus divisiones consumidas por las batallas de 1917. Al general solo le quedaban dos alternativas: o deshacía divisiones enteras o las reestructuraba reduciendo a tres los cuatro batallones de cada brigada, y a nueve los doce batallones de cada división. Los batallones sobrantes se desharían para reconstruir —o si se prefiere, alimentar— los demás. Esta labor exigió una gran remodelación de toda la BEF: las relaciones forjadas a golpe de guerra entre los oficiales de los regimientos y los oficiales de estado mayor de las brigadas, los métodos de trabajo establecidos para superar una crisis, las unidades con un excelente historial como batallón, todo quedó destruido. Y todo eso mientras los alemanes preparaban su gran ataque en el Frente Occidental. En sí misma, esa reorganización solo hizo que los británicos estuvieran en línea con el sistema adoptado por alemanes y franceses, pero ese momento no era el más adecuado para efectuarla, pues provocó una ansiedad generalizada y muchísimo estrés que podía haberse evitado. Mientras tanto, cientos de miles de soldados británicos seguían enzarzados en inútiles campañas militares en Palestina, Mesopotamia y Salónica.

Políticamente, el «mago galés» era un hombre con muchos recursos y siempre tenía un as escondido en la manga. Vio su oportunidad en la propuesta de la creación de un Consejo Supremo de Guerra para proporcionar una dirección unificada al esfuerzo de guerra de los Aliados, que fue acordada en la conferencia aliada celebrada tras el desastre de la batalla de Capo-

retto. Dicho Consejo debía estar formado por los primeros ministros nacionales y un alto oficial de cada país en calidad de representante militar. Con anterioridad, Lloyd George había visto en él una oportunidad para evitar la influencia «occidentalista» de Haig y Robertson, sus asesores profesionales oficiales. Ya se había ganado el favor del gobierno francés adoptando su punto de vista en numerosas ocasiones en detrimento de los propios generales británicos. En aquellos momentos, a cambio de todo eso, obtuvo el apoyo francés cuando propuso el establecimiento de un Estado Mayor General Aliado permanente sin la participación de los distintos jefes de estado mayor nacionales. Como asesor británico elegiría al controvertido teniente general sir Henry Wilson, que no era precisamente un confidente ni de Haig ni de Robertson. Desde un principio, Lloyd George trató de utilizar el Consejo Supremo de Guerra para eludir los molestos consejos de sus propios asesores militares. Esta circunstancia acabó provocando la dimisión de un furibundo Robertson, que fue inmediatamente sustituido por Wilson como jefe del estado mayor imperial.

Las primeras reuniones del Consejo Supremo de Guerra fueron bastante irrelevantes, pues si bien todos sus miembros coincidían en la necesidad de establecer una fuerza de reserva aliada, nadie estaba dispuesto a aportar tropas para hacer realidad este proyecto. Pero, con la marcha de Robertson, Lloyd George había quitado de en medio a un poderoso aliado de Haig y, con la llegada de Wilson, se había asegurado sin duda una fuente de consejos profesionales mucho más manipulable. Ante todo, se había asegurado de que en 1918 Haig no tuviera más remedio que adoptar una postura defensiva en el Frente Occidental. En verdad, la situación estratégica, cada vez más complicada, seguramente habría obligado a optar por un enfoque más defensivo en cualquier caso, de

modo que todo lo que consiguió Lloyd George fue privar a su mariscal de campo de las tropas que necesitaba para repeler la ofensiva alemana en una de las batallas decisivas de la guerra.

Los alemanes decidieron lanzar su ofensiva contra los británicos, a los que en 1918 consideraban la fuerza impulsora de los Aliados en el Frente Occidental. Ludendorff opinaba que una victoria aplastante sobre los británicos podía ser determinante porque provocaría inmediatamente la caída de los franceses. Durante el proceso de planificación, el estado mayor alemán elaboró diversos proyectos: la Operación Georg, con su ataque en el sector del río Lys en Flandes para luego lanzarse directamente sobre importantes enlaces ferroviarios y los puertos del canal de la Mancha; la Operación Marte, con su ataque en la zona de Arras; y por último la Operación Michael, en el sur de Arras y en el sector del Somme. Al final, los problemas que suponía lanzar una ofensiva en primavera en las tierras bajas pantanosas de Flandes llevaron a Ludendorff a optar por la Operación Michael, pues también temía enfrentarse a las sólidas defensas de Arras. El ataque sería realmente terrorífico, con tres potentes ejércitos alemanes lanzándose contra las delgadas líneas británicas. En el sur, el XVIII Ejército, a las órdenes del general Oskar von Hutier, atacaría por uno y otro lado de San Quintín para luego avanzar y cubrir el flanco meridional de la ofensiva. En el centro, el II Ejército, comandado por el general Georg von der Marwitz, comprimiría el sector sur del saliente de Flesquières y avanzaría hacia Péronne, mientras que en el norte el XVII Ejército del general Otto von Below lanzaría su ataque al sur del río Scarpe para comprimir el extremo septentrional del saliente de Flesquières y avanzar hacia Bapaume. Tras conseguir estos objetivos, a continuación las tropas alemanas avanzarían hacia el norte para hostigar la línea británica. Sin embargo, las cuestiones estratégicas no dominaban el pensamiento de Lu-

dendorff. Más que preocuparse por lo que pudiera conseguirse en posteriores operaciones, el general estaba interesado en asegurar una victoria táctica en el campo de batalla. Si era necesario, al cabo de unos días podía ponerse en marcha la Operación Marte para atacar directamente Arras. En cuanto a la Operación Georg, al final esta quedó de momento aparcada por si hacía falta emprender en abril una segunda ofensiva para completar la destrucción de la BEF.

Los alemanes iban a desvelar las nuevas tácticas ofensivas que habían venido desarrollando a lo largo de los últimos tres años, en parte en el Frente Oriental y en parte en el oeste, y que habían probado recientemente en la contraofensiva lanzada en Cambrai. Utilizarían su artillería para que los defensores británicos tuvieran la ocasión de vivir en primera persona lo que habían venido sufriendo los germanos desde 1916: el poder atronador de un intenso bombardeo masivo, con su fuego concentrado para suprimir o destruir toda resistencia. Los alemanes reunieron 6.608 cañones y 3.534 morteros de trinchera pesados y los utilizaron siguiendo los principios adoptados por su especialista en artillería más prominente, el teniente coronel Georg Bruchmüller.

Haig estaba enfrentándose al desafío más difícil que iba a tener por delante, pues era perfectamente consciente de que en ningún sector disponía de suficientes tropas para garantizar la solidez de sus defensas, sobre todo teniendo en cuenta la gran cantidad de recursos que requería el cambio a un sistema defensivo en profundidad, el cual implicaba copiar muchas de las medidas adoptadas por los alemanes a lo largo de 1917. La zona avanzada debía basarse en la antigua primera línea, pero con alambradas y ametralladoras para cerrar los huecos existentes entre los puestos avanzados y los pequeños reductos. Detrás iba a estar la zona de batalla, formada por líneas, pero con sólidos reductos para repeler el asalto de los alemanes.

Por último, entre seis y doce kilómetros, se situaría la zona de retaguardia, muy similar a la anterior, en teoría formada principalmente por unas pocas trincheras o puestos fortificados preparados en realidad sobre el terreno.

Como ignoraba por dónde pretendía atacar Ludendorff, Haig analizó con un realismo brutal la situación: su prioridad era el norte, donde a pocos kilómetros de las líneas se encontraban objetivos estratégicos clave como los puertos del canal de la Mancha y la ciudad de Hazebrouck, con sus importantes enlaces ferroviarios. Poca capacidad de maniobra quedaba allí para el II Ejército del general sir Herbert Plumer: no podía hacer otra cosa más que defender la zona. Más al sur, el I Ejército del general sir Henry Horne se responsabilizaría de unas colinas sumamente decisivas desde el punto de vista táctico, Vimy y Lorette; a continuación estaría el III Ejército del general sir Julian Byng cubriendo Arras; y por último el V Ejército del general sir Hubert Gough encargado de la defensa del Somme. Aquí, en el sector británico situado más meridional, no había ningún objetivo relevante desde el punto de vista táctico o estratégico a menos de sesenta y cinco kilómetros del frente. Haig tuvo que ignorar las súplicas de Gough pidiendo refuerzos, incluso cuando los informes de los observadores del Real Cuerpo Aéreo indicaban claramente que el sector del Somme sería el primer objetivo de la temida ofensiva de Ludendorff. El V Ejército debería aguantar solo, y si era atacado, replegarse a una línea de emergencia vagamente definida que se extendía a lo largo del río Somme.

El ataque alemán comenzó a las 04.40 del 21 de marzo de 1918 con un bombardeo devastador por parte de la artillería.

> Con un estruendo empiezan a abrir fuego miles y miles, seguramente decenas de miles, de cañones y morteros; un bombardeo que resuena como si el mundo fuera a acabarse. Durante la primera hora solo hostigamos a la artillería enemiga lanzando alternativamente bombas de metralla y bombas con la cruz verde o la cruz azul. El ruido resulta cada vez más atronador, sobre todo por-

que estamos en un pueblo, entre los muros de las casas. Los artilleros están en mangas de camisa, empapados de sudor que gotea por sus cuerpos. Los disparos son continuos.[4]

Teniente Herbert Sulzbach, 63.º Regimiento de Artillería de Campaña.

El bombardeo se desarrolló por fases minuciosamente programadas, hasta convertirse en una verdadera sinfonía de destrucción. Resulta sumamente revelador el hecho de que algunos de sus primeros objetivos fueran los cañones de la Real Artillería, que recibieron una lluvia de bombas detonantes y de gas. Estas últimas constituían la amenaza menos aparente, pero más peligrosa. Había tres tipos principales. En primer lugar las marcadas con una cruz azul, que contenían un compuesto de gas no letal, pero provocaban graves problemas en el aparato respiratorio humano, dificultando la respiración y causando vómitos. Esto obligaba a sus víctimas a desprenderse de la máscara antigás, lo cual las llevaba a sucumbir al mortífero gas fosgeno de las bombas marcadas con una cruz verde. Por otro lado, las bombas con una cruz amarilla contenían el gas mostaza que no solo obligaba a los soldados a llevar puestas sus máscaras antigás durante largo tiempo, sino que también podían hacer que una zona resultara prácticamente inhabitable. Para los artilleros británicos nunca había sido tan engorroso tener que llevar puesta una máscara antigás.

Me ajusté bien la máscara, comencé a avanzar a tientas en medio de la oscuridad, llegué hasta la primera cortina de gas, la crucé adaptándome bien, luego llegué a la segunda y a continuación me encontré en una carretera sin asfaltar. Todo seguía estando muy oscuro, y había mucha neblina. Por todas partes caían bombas. Era un perfecto infierno, no hay más palabras para describir lo horroroso que resultaba todo aquello. Con cuidado, tomé la carretera para dirigirme hacia los cañones. Los lentes de la máscara se empañaban rápidamente, y uno no podía ver nada. Al final di con los cañones. Los encargados de su colocación tenían muchísimas dificultades para llevar a cabo su tarea, pues no veían nada debido a la neblina. Se habían quitado las máscaras para ver mejor y solo llevaban colocada la pinza de la nariz y la boquilla del respirador. Fui a la sala de mapas y calculé el rodamiento magnético del objetivo al que disparaban,

luego, con la ayuda de una brújula prismática, coloqué los cañones con la mayor precisión que pude. La cuestión no era garantizar la precisión del disparo, sino simplemente responder con algunas bombas.[5]

Teniente Edward Alfree, 111.ª Batería Pesada, Real Guarnición de Artillería.

El plan de bombardeo de los alemanes también causó estragos en el mando y control de los británicos por todo el campo de batalla. Sobre los cuarteles generales previamente identificados por los aviones de reconocimiento germanos cayó un diluvio de bombas que enseguida cortó las líneas telefónicas. Nadie sabía lo que estaba ocurriendo; resultaba difícil, por no decir imposible, dar una respuesta coordinada. La confusión se vio exacerbada por el arma secreta de los alemanes: la niebla. Aunque no fuera un fenómeno insólito en una mañana de comienzos de la primavera, las nubes de neblina que no permitían ver más allá de unos pocos metros en los sectores más afectados supusieron otro *handicap* importante para los británicos. Los supervivientes del bombardeo quedaron aislados en sus maltrechos puestos avanzados, tratando de averiguar desesperadamente en medio de aquella niebla lo que estaban tramando los alemanes. Y lo averiguarían antes de lo que imaginaban.

El ataque principal alemán comenzó aproximadamente a las 09.40. Con frecuencia, los británicos no consiguieron ver al enemigo cuando cruzaba la tierra de nadie hasta que ya fue demasiado tarde, y todo su minucioso plan de nidos de ametralladora intercomunicados, apoyados por el fuego de la artillería, se vio prácticamente frustrado cuando, en cuestión de momentos, los alemanes cayeron sobre ellos.

Los primeros atacantes llegaron a las trincheras mucho antes de que la niebla se levantara. Yo estaba tan ocupado con los flancos, que ni los había visto cuando aparecieron en medio de la neblina y entraron en la trinchera. En un momento nos mezclamos unos con otros, peleando cuerpo a cuerpo. Dos vinieron corriendo hacia mí con la intención de clavarme la bayoneta. Creo que abatí a uno de ellos de un tiro, y un sargento que tenía detrás de mí disparó contra el

otro a bocajarro, apoyando su fusil en mi hombro. Pero prácticamente a la vez una *Stielhandgranate* [«granada de mango»] cayó silbando dentro de la trinchera desde el parapeto, matando e hiriendo a muchos de los que estábamos allí, tanto ingleses como alemanes. No sé si al final fue este explosivo o un bayonetazo lo que me hirió en el cuello: pudo ser cualquiera de las dos cosas. Por un momento pareció que todo se calmaba, pero enseguida descubrimos la desagradable escena que nos rodeaba: al sargento Adcock, que acababa de salvarme la vida, le habían volado la cabeza. Me sentía terriblemente débil, y me di cuenta de que de mi cuello salía un chorro de sangre. Traté de vendarlo, pero el vendaje se caía. Antes de reemprender el ataque, el enemigo trajo a la zona morteros de trinchera y nos propinó una verdadera paliza; luego se lanzó sobre nuestras trincheras. Llegado este punto, solo un puñado de nosotros seguía en pie, y creo que todos heridos. Junto a mí cayó otra granada de mango, que me clavó fragmentos de metal en una pierna. Antes de perder el conocimiento, intenté como pude mostrar la señal de rendición. Creo que conseguí salvar unas cuantas vidas. Habíamos hecho todo lo que habíamos podido.[6]

Capitán Charles Miller, 2.º Batallón del Real Regimiento de Fusileros de Inniskilling.

A lo largo de todo el frente, la zona avanzada británica fue rebasada por las tropas de asalto alemanas, que comenzaron a penetrar las líneas, dejando que fueran las tropas que venían detrás las que se encargaran de impedir cualquier foco de resistencia activo.

El comandante de infantería grita: «*Drauf!*», y empezamos a avanzar rápidamente. ¿Pero dónde está el fuego del enemigo? Apenas unos disparos. Su línea no está tan cerca como creíamos, y tenemos que correr. Enseguida me quedo sin aliento, y como apenas consigo ver nada a través de los lentes de la máscara antigás, me la quito. Al fin y al cabo, todos tenemos asumido que probablemente este sea nuestro último día de vida; para nosotros, no hay escapatoria. Unas cuantas ráfagas de ametralladora alcanzan a unos compañeros. El teniente Wiese es uno de ellos, y el tipo que llevaba conmigo los explosivos cae muerto o resulta herido. Por fin llegamos a las alambradas, nuestro objetivo. Pero todo el trabajo está hecho: están completamente destruidas. Apenas quedan trincheras, solo cráteres y más cráteres. Me doy la vuelta para observar el camino recorrido, y veo el enjambre de hombres que nos seguía. No puedo evitar que se haga un nudo en mi garganta. Solo unos pocos enemigos han sobrevivido a la avalancha; algunos están heridos, con los brazos alzados en señal de rendición.[7]

Soldado Paul Kretschmer, 28.º Batallón de Tropas de Asalto.

Los alemanes siguieron avanzando para atacar la zona de batalla. Se suponía que allí estaban las principales construcciones defensivas, pero la falta de mano de obra hacía que no siempre estuvieran debidamente preparadas para superar una prueba tan dura como aquella. En algunos lugares, la velocidad con la que se movieron los alemanes bastó para que cogieran a los defensores totalmente desprevenidos.

> Se produjo un «¡BUM!» de mil demonios en la escalera que llenó el refugio de polvo y de humo irritante. Supuse que se trataba de una granada de mano, ¡y no me equivoqué! Afortunadamente para mí la cosa había explotado en medio de la escalera, pues, de no haber sido así, la onda expansiva me habría alcanzado. Arriba había una gran conmoción. De repente, se oyó una voz gutural gritar: «¡Salid, ingleses!… *Raus! Raus!*». Simultáneamente, alguien disparó con una pistola, y la bala impactó en un saco de arena que había a pocos centímetros de uno de mis pies. Empezamos a subir por la escalera, con las manos claramente en alto, y fuimos recibidos por un grupo de muchachos con expresión grave y amenazadora, las bayonetas caladas, los fusiles al hombro, y todos ellos con una granada que sujetaban con la mano derecha. Algunos llevaban pistola. Mi lengua estaba más seca que la de una rana disecada.[8]
>
> Soldado James Brady, 43.ª Unidad Médica Móvil de Campaña, Real Cuerpo Médico del Ejército de Su Majestad.

Los británicos, sin embargo, empezaron a oponer mayor resistencia en la zona de batalla, pero carecían de divisiones de contraataque para recuperar elementos perdidos de importancia táctica como exigía una defensa en profundidad perfectamente organizada. En consecuencia, su defensa era estática, limitada a las posiciones que ocupaban, careciendo de flexibilidad y de agilidad en sus respuestas. Era el legado de la política de Lloyd George, esa política basada en impedir la llegada al Frente Occidental de los hombres necesarios para mantener el poderío de la BEF. Pero también los alemanes comenzaban a tener cada vez más problemas. El apoyo que podía proporcionar su artillería se veía gravemente afectado por la necesidad de trasladar al frente los cañones de campaña. Además, la niebla se levantaba poco a poco, y las baterías

británicas que se habían visto obligadas a permanecer lejos de la zona avanzada podían en aquellos momentos vengarse en las tropas alemanas que iban acercándose. Como habían podido comprobar los británicos en muchas ocasiones anteriores, la segunda fase de una ofensiva era diabólicamente complicada. A veces los alemanes se veían sorprendidos a campo abierto, y a veces no tenían más remedio que enzarzarse en cruentas escaramuzas localizadas para acabar con los focos de resistencia, pero siempre pagando un precio cada vez más alto en su afán por avanzar. Aunque los británicos sufrieron unas 38.500 bajas (21.000 prisioneros de guerra) y la pérdida de quinientos cañones, los alemanes tuvieron entre 35.000 y 40.000 bajas, once mil de las cuales fueron por muerte.

Al final de la jornada, los alemanes habían penetrado en la zona de batalla (y en algunos puntos la habían rebasado) situada a uno y otro flanco del V Ejército. En el frente del III Ejército, trataron de comprimir el prominente saliente de Flesquières que se había formado tras la batalla de Cambrai. No tuvieron mucho éxito en esa empresa, pero aún podían abrigar la esperanza de dejar aislada a toda la guarnición británica.

Las divisiones británicas del I y el II Ejército habían sido enviadas al frente que peligraba cuando quedó perfectamente claro que aquel era el ataque principal y no una astuta maniobra de distracción tramada por los alemanes. Sin embargo, el comandante en jefe francés, el general Philippe Pétain, estaba preocupado por los intensos bombardeos de diversión que sufría su frente, y seguía temiendo que los alemanes tal vez pretendieran lanzar una gran ofensiva en ese sector. En consecuencia, se mostraba reacio al envío de tropas de refuerzo. Por el momento, el V y el III Ejército tendrían que resistir solos. Prudentemente, Gough planeó una retirada escalonada para no correr el peligro de perderlo todo por conservar una su-

puesta línea más evidente en sus mapas que sobre el terreno. Como es natural, la posición táctica de los alemanes ofrecía un potencial mucho mayor, pero la respuesta de Ludendorff a ese abanico de posibilidades ilustra su falta de prioridades estratégicas claramente definidas: en el sur el XVIII Ejército había avanzado más, de modo que decidió consolidar estos éxitos. Poco a poco fue olvidándose de la idea original de hostigar la línea británica en el norte.

El día siguiente, 22 de marzo, volvió a amanecer con una densa niebla, y los alemanes aprovecharon para lanzarse de nuevo contra el V Ejército: abrieron una brecha en la línea establecida a lo largo del canal de Crozat y bombardearon a las tropas británicas en retirada. La línea de demarcación que habían trazado los británicos no sirvió de nada. Una vez más tuvieron que replegarse, en esta ocasión a la línea de emergencia que trazaba prácticamente en toda su extensión el río Somme. En el norte, el III Ejército también se replegaba, con gran inquietud ante la perspectiva de que los alemanes lograran oprimir al V Cuerpo, que estaba a punto de quedar peligrosamente atrapado en el saliente de Flesquières. A lo largo de toda la línea, los británicos se veían obligados a retirarse, incapaces de ganar tiempo para atrincherarse y consolidar sus posiciones. Enseguida reinó el caos.

> El tráfico era tal que las colas se movían con extrema lentitud, a veces permaneciendo paradas durante minutos y minutos, para permitir la incorporación del tráfico procedente de otras carreteras. En el pueblo convergían varias colas. Primero se paraba una para dejar pasar a otra, y luego esta última se detenía para ceder paso a la primera. Los controles hacían lo imposible por regular el tráfico de esa manera. ¡Había una aglomeración de mil demonios! Era una gran cola de kilómetros de longitud. Parecía inútil esperar que aquello avanzara. De pronto, por la ladera de la colina que había a nuestras espaldas, aparecieron algunos de nuestros tanques, avanzando campo a través y disparando de vez en cuando contra algo. Lo que más temía era que, en el momento menos pensado, llegara la caballería teutona y se lanzara sobre nosotros. Pero no se presentó. No creo que el enemigo dispusiera de tropas de caballería, pues es indudable que las habría utilizado en un momento como aquel. ¡Menudo botín se habría

llevado! Pero *sí* disponía de aviones. Tres de esas bestias aparecieron en el cielo: hicieron varias pasadas, volando a ras de suelo y martilleándonos con sus ametralladoras. También dejaron caer alguna bomba. De un salto me metí en un cráter de bomba, bastante profundo por cierto, y me acurruqué bien pegado a la pared que ofrecía mayor protección. Cuando el avión pasaba volando por encima de mí, me cambiaba de lado. Oía cómo las balas impactaban en el suelo. Volaban tan bajo que algunos oficiales se atrevían a dispararles con una pistola, por supuesto sin ningún resultado.[9]

Teniente Edward Alfree, 111.ª Batería Pesada, Real Guarnición de Artillería.

En cuanto divisaban un objetivo tentador, los pilotos alemanes lo atacaban lanzándose en picado. Y tenían donde elegir. Incluso su gran as de la aviación se dedicó en cuerpo y alma a estos menesteres.

Richthofen siguió lanzándose en picado hasta que estuvo cerca de la carretera romana. Volando a toda velocidad a una altura de apenas diez metros, con sus dos ametralladoras empezó a acribillar a balazos a las tropas que marchaban en columna. A continuación, nosotros seguimos su ejemplo. Abajo, las tropas parecían paralizadas de pavor; y salvo unos pocos hombres que se refugiaron en una cuneta, prácticamente nadie respondió a nuestro fuego. Al llegar al final de la carretera, el capitán dio media vuelta y volvió a disparar contra la columna. Entonces pudimos comprobar los efectos de nuestro primer ataque: los caballos desbocados y los cañones abandonados bloqueaban la carretera, impidiendo que la columna pudiera avanzar. Esta vez nos respondieron con fuego. De pie, los soldados de infantería, con los fusiles colocados junto a la cara, nos apuntaban y disparaban cuando volábamos por encima de ellos. Las ametralladoras, colocadas en las cunetas de la carretera, abrían fuego contra nosotros. No obstante, el capitán, aunque las alas de su avión estaban acribilladas a balazos, continuaba volando a ras de suelo como antes. En formación cerrada, nosotros lo seguíamos, disparando constantemente contra el enemigo con nuestras Spandau. Toda la escuadrilla era como un único cuerpo, obedeciendo una sola voluntad. Y así era como debía ser.[10]

Teniente Ernst Udet, *Jasta* 11, *Jagdgeschwader* 1.

Enseguida se abrió una brecha en la frágil línea británica que trazaba el Somme, y el 24 de marzo los alemanes empezaron a cruzar en masa el río. Gough ya no disponía de más tropas de reserva, y aún no habían llegado suficientes refuerzos, aunque los franceses empezaban a fortalecer el sector de-

recho de la línea británica. Cuando el V Ejército se replegó, el III Ejército se vio obligado a dejar que se abriera una brecha que los alemanes supieron aprovechar.

Mientras los comandantes de su ejército luchaban por detener aquella avalancha, Haig intentaba asegurarse el apoyo incondicional de los franceses. Era una misión complicada, pues Pétain prefería garantizar la defensa de París que proporcionar una respuesta coordinada en ayuda de la BEF. Parecía predispuesto a aceptar que los dos grandes ejércitos quedaran aislados el uno del otro: el británico retirándose a los puertos del canal de la Mancha, y el francés a París. Para Haig eso no era más que un despropósito que condenaba a los Aliados a la derrota. Desesperado, y con razón, convocó una reunión de emergencia en Doullens el 26 de marzo en la que debían participar en nombre de los británicos el representante en Francia del gabinete inglés, lord Milner, el jefe del estado mayor imperial, el general sir Henry Wilson, y el propio Haig, y en nombre de los franceses el primer ministro Georges Clemenceau, el presidente Raymond Poincaré, el jefe del estado mayor general, el mariscal de campo Ferdinand Foch, y Pétain. Lo que ocurrió en el transcurso de esta reunión seguirá siendo siempre objeto de debate, pero parece que Clemenceau utilizó su personalidad arrolladora para garantizar el envío de refuerzos franceses y el compromiso incondicional de su país que pretendía Haig, pero a cambio de algo.

> Se decidió que había que proteger Amiens a cualquier precio. Tropas de refuerzo francesas están siendo trasladadas al frente con la máxima celeridad posible, y se le ha pedido a Gough que resista con su izquierda en Bray. Fue Clemenceau quien propuso que se encargara a Foch la coordinación de las operaciones de una fuerza aliada para cubrir Amiens y asegurarse de que los flancos de franceses y británicos permanecieran unidos. Esta propuesta me pareció bastante inútil, pues coloca a Foch en una posición de subordinado de Pétain y de mí mismo. En mi opinión, era esencial que Foch controlara a Pétain, de modo que recomendé inmediatamente que Foch controlara las acciones de

todos los ejércitos aliados en el Frente Occidental. Foch me pareció un hombre digno de confianza y coherente, pero Pétain tenía un aspecto horrible. Su apariencia era la de un comandante muerto de miedo que ha perdido el valor.[11]

Mariscal de campo sir Douglas Haig, cuartel general, BEF.

Así pues, Haig aceptó la nueva situación de buena gana. En cualquier caso, durante los dos últimos años había tenido tiempo para acostumbrarse a las exigencias primero de Joffre, luego de Nivelle y más tarde de Pétain, de modo que aquello no suponía un gran esfuerzo. En una segunda reunión se acordó formalmente el nombramiento de Foch como comandante supremo, responsable de la dirección estratégica del ejército francés, británico y estadounidense en el Frente Occidental.

Mientras tanto, la situación sobre el terreno estaba deteriorándose. Después de cruzar el Somme, los alemanes habían empezado a avanzar enérgicamente hacia el oeste. Pero en esta progresión también ellos sufrían reveses. Sus pérdidas eran cada vez mayores. Sus líneas de comunicación debían extenderse más y más. Su artillería estaba completamente desorganizada y era incapaz de seguir el ritmo del avance. Poco a poco comenzaban a llegar las reservas británicas, y la Real Artillería empezaba a recuperarse, pues del norte llegaban también nuevas baterías.

Cuando empezó a amanecer el 26 de marzo, estábamos perfectamente listos para enfrentarnos a ellos, como si nos hubiéramos estado preparando para un día de ejercicios de tiro en la llanura de Salisbury. ¡Menudo día fue aquel! Podía ver cómo se acercaban las columnas de alemanes a uno de mis objetivos. Programé mis salvas, y lo mismo hicieron otras baterías: la lluvia de bombas dispersaría a los alemanes. Mientras contemplaba cómo intentaban reorganizarse los de la primera columna, pude atacar a la segunda para luego volver a dirigir mis cañones contra la primera y romperla de nuevo. Durante todo el día aparecieron columnas, y nos pasamos el día dirigiendo nuestro fuego de un lado a otro a través de aquellos valles. También tuvieron que enfrentarse a otros focos de sólida resistencia: de hecho, Bucquoy se convirtió en otro bastión de la línea británica que en ningún momento llegó a perderse.[12]

Comandante Richard Foot, Batería «D»,
310.ª Brigada, Real Artillería de Campaña.

En el frente del III Ejército la situación comenzaba por fin a estabilizarse.

El V Ejército seguía pasando apuros, pero no tardó en recibir la ayuda de algunas divisiones francesas, que inmediatamente empezaron a cubrir las brechas del frente consiguiendo que la línea se consolidara. Los alemanes tenían por objetivo capturar los importantes enlaces ferroviarios de Amiens, pero bajo el enérgico liderazgo de Foch los franceses ya no pensaban ni por asomo en retirarse, abandonando a los británicos a su suerte. Rápidamente, lo que quedaba del V Ejército se unió al I y al III Ejército francés para formar el Grupo de Ejércitos de Reserva bajo el mando unificado del general Émile Fayolle. No sin cierta polémica, Gough fue relevado del mando del V Ejército. Esta decisión fue percibida por muchos, especialmente por Gough, como una injusticia, pues poco podía haber hecho el general inglés en aquellas circunstancias. Para sustituirlo se eligió a sir Henry Rawlinson.

Entre el 21 y el 26 de marzo, la BEF sufrió unas setenta y cinco mil bajas. De repente, se olvidaron todas las objeciones de Lloyd George a reforzar el Frente Occidental como requerían sus generales. Las tropas que se habían visto retenidas en Gran Bretaña fueron enviadas a la zona, y las divisiones hasta entonces ocupadas en un sinfín de campañas secundarias en Italia, Palestina y otros lugares estuvieron de pronto disponibles para ser trasladadas. Cientos de miles de soldados empezaron a llegar a Francia. La superficialidad de las reivindicaciones de los «orientalistas» se puso por fin claramente de manifiesto cuando se chocó con la realidad del Frente Occidental.

Pero entonces los alemanes se sacaron otro as de la manga. El 28 de marzo, siguiendo la Operación Marte, lanzaron un contundente ataque con su XVII Ejército en las dos márgenes

del río Scarpe, cerca de Arras, con la intención de abrir una brecha en las líneas británicas por la zona en la que confluían el I y el III Ejército. En esta ocasión, sin embargo, no fueron bendecidos por la niebla, y los británicos habían mejorado notablemente sus defensas. A las 03.00 los alemanes dieron inicio a un sorprendente bombardeo y a partir de las 06.00 se lanzaron al ataque. Pero esta vez las cosas no salieron como esperaban; sus baterías no habían conseguido silenciar a la artillería británica. El teniente John Capron estaba en la zona de los cañones cuando llegó el momento crucial.

> Pero ahora una infinidad de ametralladoras se dejan llevar por el entusiasmo, y mil bengalas iluminan el cielo: rojo-verde-rojo, la señal británica de SOS. Suben precipitadamente, y su luz persiste entre la oscuridad. Los alemanes se han lanzado al ataque. Ha llegado la hora de que nos unamos a la fiesta, respondiendo con un bombardeo. Hasta este momento solo hemos sufrido un fuego de contrabatería intermitente, pero tendremos que enfrentarnos a una concentración mucho más feroz cuya finalidad no es otra que eliminarnos definitivamente. Las bombas cada vez son más, y caen silbando, cada vez más rápido; algunas dan en el blanco, otras fallan, y otras impactan peligrosamente entre nosotros. El tremendo vigor, el polvo y el olor punzante, las explosiones y la furia de aquel diluvio de proyectiles nos hacen contener la respiración: ¡esto va muy en serio! La tierra tiembla como si estuviera a punto de abrirse. Hay que aguantar y sobrevivir, aunque tal vez no lo logremos. ¿Cómo ha podido la infantería superar bombardeos como este que ahora nos martillea? Pero, en medio del tumulto, de vez en cuando se oyen disparos de fusil muy cerca, con mayor o menor intensidad. Ilusionados, empezamos a movernos de un lugar a otro, entre las cureñas y los depósitos de munición, tropezando incluso peligrosamente. «¡Los del 109, venga, ánimo! ¡Que los de Londres siguen allí!: ¡Dadles su merecido a esos malditos teutones!»[13]
>
> Teniente John Capron, 109.ª Batería,
> 251.ª Brigada, Real Artillería de Campaña.

Los del Regimiento de Londres habían sobrevivido, y propinaron un duro golpe a la infantería alemana en avance. Obligados por las alambradas a pasar por caminos estrechos, los alemanes cayeron en emboscadas, y el fuego de las ametralladoras acabó con muchos de ellos.

> De pronto, nuestro flanco izquierdo comenzó a ser atacado desde Fampoux con fuego de ametralladora, infligiendo graves pérdidas, especialmente entre los oficiales. La ofensiva pareció perder parte de su intensidad, lo que provocó su descoordinación con la cortina de fuego, frustrando el objetivo de esta última: cubrir a la infantería en avance. Delante de la línea de los escoceses, la principal posición inglesa, nuestro ataque se interrumpiría, pues la infantería enemiga, protegida por el fuego de las ametralladoras desde sus posiciones de Fampoux, resistía ferozmente, obligando a nuestra infantería a buscar refugio en las trincheras e impidiendo cualquier progreso. Cuando el ataque se reanudó por la tarde, también fracasó. Las contundentes acciones defensivas de la infantería inglesa contaron con el apoyo de sus baterías de artillería que ya se habían reagrupado y no paraban de disparar contra sus posiciones, que conocían perfectamente y que en aquellos momentos ocupábamos y llenábamos nosotros.[14]
>
> Teniente Gerhard Dose, cuartel general, 187.º Regimiento de Infantería.

Aunque se consiguieron pequeños logros, la Operación Marte fue un rotundo fracaso, y Ludendorff decidió cancelarla inmediatamente.

> A pesar de haber utilizado una cantidad extraordinaria de piezas de artillería y de municiones, el ataque del XVII Ejército a uno y otro lado del Scarpe fue un rotundo fracaso; nació con mala estrella.[15]
>
> *Generalquartiermeister* Erich Ludendorff, alto mando alemán.

Lo cierto es que las estrellas no tuvieron nada que ver: los alemanes simplemente fueron vencidos por unas defensas británicas perfectamente dirigidas y preparadas, cuya labor y cuya visibilidad no se vieron perjudicadas por el factor niebla.

Mientras tanto en el Somme los alemanes también encontraban una férrea resistencia. Las divisiones francesas empezaban incluso a lanzar contraataques para estabilizar el frente y asegurar puntos de importancia táctica. Muchos soldados británicos estaban completamente agotados, pero por fin comenzaban a llegar tropas de refresco.

> Nuestros hombres están demacrados y exhaustos. Hace tiempo que no pueden asearse. Llevan barba de ocho días. Tienen los labios cortados, increíblemente agrietados por culpa de la carne salada en lata que comen todos los días y también por culpa de este viento gélido de marzo. La mayoría cojea entre fuertes dolores, pues pocos tienen un par de calcetines de recambio o han podido sacarse las botas en ocho días con sus noches. Nos prometen una y otra vez

una ayuda que nunca llega, y ya hemos llegado a un punto en que todos estamos entumecidos. Los muchachos obedecen las órdenes mecánicamente, pero en cuanto se les presenta una oportunidad, enseguida se quedan dormidos.[16]

Teniente segundo Frank Warren,
17.º Batallón del Real Cuerpo de Fusileros del Rey.

Sin embargo, sus reemplazos consiguieron construir un frente sólido y dificultaron los ataques de los alemanes, elevando el número de sus pérdidas. Al final, el 30 de marzo, Ludendorff ordenó detener la ofensiva para reflexionar sobre las opciones que tenía y permitir que sus exhaustos hombres descansaran y se reorganizaran. Cuando se reemprendió el ataque el 4 de abril con un avance coordinado hacia la localidad de Villers-Bretonneux, junto a Amiens, el asalto fue repelido con la ayuda del Cuerpo australiano que acudió desde el norte. La gran ofensiva alemana de primavera de la Operación Michael había terminado.

Los resultados habían sido decepcionantes para los alemanes, que necesitaban una victoria contundente en la zona para tener alguna esperanza de ganar la guerra antes de que los estadounidenses pudieran desplegar una gran cantidad de tropas en el Frente Occidental. Su plan original de romper y acorralar poco a poco las líneas británicas había sido aparcado en un afán por separar el ejército francés y el británico mediante un ataque en profundidad contra el enlace ferroviario de Amiens. Pero este proyecto también había fracasado. Sin embargo, los germanos habían ganado algo de terreno: alrededor de tres mil cien kilómetros cuadrados de suelo francés volvían a estar en sus manos. Pero hay una razón que sin duda explica este logro: buena parte de ese territorio había sido abandonado voluntariamente durante la retirada de marzo de 1917 con el fin de asegurar una posición mucho más conveniente desde el punto de vista táctico. En aquellos momentos los alemanes eran los ufanos dueños de un desastroso saliente de sesenta y cinco kilómetros de longitud entre las líneas aliadas; un sa-

liente que era mucho menos seguro que su anterior fortaleza de la Línea Hindenburg. Habían obtenido una victoria táctica con la destrucción del V Ejército, provocando 178.000 bajas entre las filas británicas y 92.000 entre las francesas. Pero ellos mismos habían perdido 239.000 hombres. Y aunque los Aliados se hubieran quedado sin más de 1.300 cañones, 200 tanques, 2.000 ametralladoras y 400 aviones, su industria militar no tardaría en compensar estas pérdidas. Prácticamente como había pronosticado Helmuth Moltke «el Viejo» muchos años antes, los alemanes no podían ganar en esa situación de intercambio permanente. La victoria solo podía llegarles si derrotaban claramente al enemigo. Pero no lo habían conseguido; y por muy mal y por muy traumatizados que estuvieran, lo cierto es que los Aliados seguían disputándoles activamente esa victoria.

Los alemanes no podían darse ni un respiro. ¿Cómo iban a hacerlo en un momento en el que toda la guerra estaba en juego? Ludendorff decidió atacar de nuevo a los británicos, pero esta vez en Flandes, donde tenían poca capacidad de maniobra. El tiempo ya era lo suficientemente seco como para atacar por el sur de Ypres, que había sido el objetivo de la Operación Georg, rebautizada ahora Operación Georgette. El plan consistía en obligar a los británicos a retirarse de la guerra, asaltando sus líneas, avanzando rápidamente para tomar el centro ferroviario de Hazebrouck, situado a unos treinta kilómetros al este de Armentières, y amenazar así la seguridad del saliente de Ypres para intentar por último la conquista de Dunkerque y Calais. El primer día de la operación, el VI Ejército alemán atacaría al II y el I Ejército en el sector del valle del Lys, en las inmediaciones de Armentières y el canal de La Bassée, y al día siguiente el IV Ejército alemán asaltaría las colinas de Messines para ocupar el monte Kemmel y tratar de poner sitio a Ypres. Este era el ataque te-

mido por Haig, y la razón por la que Gough se había visto obligado a resistir solo durante tanto tiempo mientras se intentaba garantizar la seguridad de Flandes. Aun así, de las cincuenta y seis divisiones británicas, cuarenta y seis ya habían tenido que ser destinadas a repeler los asaltos alemanes en el Somme y Arras.

El bombardeo alemán se llevó a cabo siguiendo el patrón habitual: empezó a las 04.15 del 9 de abril de 1918 antes de iniciarse a las 08.45 el avance de la infantería. Debido a lo hundido del terreno no es de extrañar que el campo de batalla estuviera cubierto de una espesa capa de niebla que ocultaba los movimientos de las tropas alemanas. El principal embate lo sufrió un débil contingente portugués que defendía el sector del valle del Lys. Portugal era un antiguo aliado de Gran Bretaña que al principio se había mantenido neutral, hasta que las tensiones provocadas por la guerra submarina indiscriminada de los alemanes y una serie de incidentes con fuerzas germanas cerca de sus colonias africanas habían arrastrado a los portugueses a entrar en guerra en marzo de 1916. A partir de entonces, habían comenzado a llegar al Frente Occidental tropas lusas que se incorporaban a la BEF. Sin embargo, cabe decir en honor a la verdad que la mayoría de esos soldados portugueses prestaban servicio con muy poco entusiasmo, pues aquella era una guerra que, por muy global que fuera, no les interesaba lo más mínimo. Después de un largo, frío y duro invierno, se les había concedido un merecido permiso, pero, en vista de la situación, no había llegado a materializarse.

Impresionadas por la intensidad del bombardeo alemán, muchas unidades portuguesas se desintegraron rápidamente, y a las diez de la mañana los alemanes ya habían asaltado la zona avanzada. Cabe destacar, sin embargo, que la actuación de la 40.ª División británica, la siguiente unidad en la línea

por el norte, no fue mucho mejor, pues también sucumbió ante la avalancha alemana. Pero al sur, la 55.ª División no solo repelió el ataque germano, sino que también consiguió replegarse para proporcionar un flanco defensivo en la zona abandonada por los portugueses.

Con su ataque, los alemanes habían progresado considerablemente, avanzando casi diez kilómetros y capturando alrededor de cien cañones. Pero todavía no habían roto la línea enemiga. Las tropas de reserva británicas habían logrado mantener una línea continuada. Haig solicitó urgentemente que los franceses asumieran el control de otra parte del sector británico y enviaran tropas de reserva, pero Foch empezó a darle largas para poder comprobar si aquel era un ataque de diversión con el que ocultar una gran ofensiva alemana en el Somme.

El 10 de abril, el IV Ejército alemán atacó en un amplio frente que, desde Armentières, se extendía a lo largo de las colinas de Messines, defendidas por el II Ejército de Plumer. Después de un intenso bombardeo, el cabo Frederick Meisel y el 371.º Regimiento de Infantería entraron en la ciudad para dirigirse a su estación ferroviaria.

> En la estación nos recibieron con fuego de fusil y ametralladora. Muchos de los nuestros fueron alcanzados y cayeron. Gritos y gemidos por todas partes, órdenes dadas a voz en cuello: la guerra había vuelto a ponerse en marcha, cobrándose su cuota de víctimas. Antes de que pudiéramos reorganizarnos y responder al ataque, oímos cómo las bombas pesadas alemanas pasaban silbando por encima de nuestras cabezas. Al cabo de un segundo, estallaron en la estación, volándola por los aires, hundiendo sus andenes y arrancando las vías. Otras cuantas bombas más impactaron alrededor de la estación, derribando los postes telegráficos y escupiendo metralla en todas direcciones. Cuando cesó el bombardeo, nos lanzamos al ataque. Pero entre los escombros había todavía vida: hombres desesperados defendiendo un montón de ruinas. De ellas salían silbando balas que acabaron con más rostros familiares. Con la bayoneta calada ocupamos en tropel la estación. Solo un puñado de infantería escoceses seguía resistiendo. Nuestro teniente les hizo señas, conminándolos a rendirse, pero sus buenas intenciones tuvieron por respuesta un sonoro aullido, «¡Vete al diablo!», al que siguieron varios disparos. Karl arrojó contra sus barricadas varias

granadas de mano que, al explotar, levantaron en medio de aquellas ruinas nubes de humo y de polvo y provocaron el derrumbamiento de las maltrechas paredes que aún quedaban en pie, enterrando a sus defensores. Luego llegamos al centro de la estación. Entre montones de cascotes y tablones de madera hechos añicos yacían hombres gimiendo ensangrentados. Algunos ya tenían el cuerpo rígido y frío, cubierto de tierra y de sangre. Todo el lugar estaba lleno de pertrechos completamente destrozados, fusiles retorcidos y rotos, y mobiliario hecho mil pedazos. De una de las paredes semiderruidas aún colgaba un cartel de la compañía ferroviaria francesa, que irónicamente mostraba un bellísimo paisaje costero del sur de Francia.[17]

Cabo Frederick Meisel, 371.º Regimiento de Infantería.

El II Ejército se vio obligado a ceder terreno. Tuvo que retirarse de las colinas de Messines, el premio ganado en junio de 1917. Pero los alemanes aún no habían abierto brecha en el frente británico, y la retirada a lo largo de la línea fue, en mayor o menos medida, bastante controlada. No obstante, los británicos estaban quedándose sin capacidad de maniobra, pues los alemanes cada vez se hallaban más cerca del nudo ferroviario de Hazebrouck, detrás del cual ya solo esperaban los puertos del canal de la Mancha y el espectro de la derrota total. El 11 de abril Haig intentó levantar la moral de sus hombres con una orden del día muy especial.

Muchos de los nuestros están agotados. A ellos les diría que la victoria será del bando que sepa resistir más tiempo. El ejército francés ya está moviéndose para acudir en masa en nuestra ayuda. No tenemos otro camino más que seguir luchando. Cada posición debe ser defendida hasta el último hombre: no puede haber retiradas. Estamos con la espalda contra la pared, y todos nosotros debemos luchas hasta el final conscientes de que la nuestra es una causa justa. La seguridad de nuestros hogares y la libertad de la humanidad dependen de la conducta que cada uno de nosotros adopte en este momento crítico.[18]

Mariscal de campo sir Douglas Haig, cuartel general, BEF.

Cuando las reservas británicas empezaron a llegar al frente, el avance alemán fue perdiendo poco a poco intensidad: aunque en los días sucesivos cayeran Merville, Nieppe y Bailleul, lo cierto es que las divisiones de refresco británicas y las pocas formaciones francesas enviadas por Foch lograron frenar a los germanos a pocos kilómetros de Hazebrouck. El plan alemán

de dejar aislada la guarnición del saliente de Ypres también se vio frustrado por una retirada muy oportuna a la colina «Pilckem». El ara de los sacrificios por el que tanto habían sufrido durante la ofensiva de 1917 tuvo que ser cedida, pero la situación quedó estabilizada. El 17 de abril de 1918, tras una breve pausa para reorganizarse, los alemanes reanudaron la ofensiva a lo largo de todo el frente, pero lo único que consiguieron fue aumentar su número de bajas a cambio de nada. Sin embargo, la calma duró poco: el 25 de abril volvieron a atacar en masa a las fuerzas francesas que defendían las alturas del monte Kemmel.

> De repente, nuestro fuego de artillería cesó. El ruido aterrador dio paso a un espantoso silencio. Un toque de silbato, y las bayonetas caladas. Otro toque de silbato indicó el descenso al valle. No se oía ni un ruido, ni un disparo de fusil procedente del lado opuesto. Tras cruzar el valle nos detuvimos para reorganizarnos y comenzar el ascenso de la colina que se erguía ante nosotros. Entonces descubrimos el porqué de tanto silencio, pues en aquel territorio reinaba el silencio de la muerte. Los cráteres de bomba estaban llenos de espantosos restos cubiertos de sangre; las trincheras recién construidas se habían derrumbado enterrando a sus ocupantes. Pisando sobre cadáveres mutilados alcanzamos la cima.[19]
>
> Cabo Frederick Meisel, 371.º Regimiento de Infantería.

Aunque los franceses habían sido rebasados, su artillería seguía respondiendo con contundencia.

> Las bombas francesas empezaron a golpear nuestra ala derecha y nuestra ala izquierda, dejando sombras humanas retorciéndose de agonía. Detuvimos el avance y, tras meditarlo unos instantes, dimos media vuelta mientras el fuego de la artillería enemiga seguía hostigándonos, abriendo grandes huecos en nuestra formación. Los cañonazos franceses no tardaron en engullirnos, el aire estaba lleno de gases y fragmentos de acero volando. Automáticamente montamos la ametralladora para entrar en acción. Entonces, como auténticos animales, nos metimos debajo de la tierra como si intentáramos encontrar protección en la profundidad de su regazo. Algo me golpeó en la espalda, donde llevaba la máscara antigás, pero no presté demasiada atención. Un fragmento de acero rompió el mango de mi pala y otro me arrancó de las manos lo que quedaba de ella. Seguí cavando solo con las manos, agachando la cabeza cada vez que explotaba una bomba por allí cerca. A mi lado un chico había sido alcanzado en un brazo y gritaba pidiendo ayuda. Me arrastré hasta llegar al lugar en el que se encontraba, le remangué las mangas de la guerrera y de la camisa y empecé a

vendarle la parte que estaba sangrando. El gas era tan denso en aquellos momentos que apenas podía distinguir lo que estaba haciendo. Empezaron a llorarme los ojos y me dio la sensación de que iba a ahogarme. Cogí la máscara antigás, la saqué de su funda y para mayor espanto me di cuenta de que un trozo de metralla la había atravesado abriendo un gran agujero en ella. Había visto la muerte miles de veces, la había mirado cara a cara, pero nunca había experimentado el miedo que sentí entonces. Inmediatamente regresé a un estado de total primitivismo. Me sentí como un animal acorralado por los cazadores. Dominado por el instinto de supervivencia, mis ojos se fijaron en el muchacho cuyo brazo había vendado. No sé cómo había conseguido ponerse la máscara antigás en la cara con un solo brazo. Di un salto hacia él y al minuto siguiente le había quitado la máscara de la cara. Con un gesto de impotencia intentó arrancármela de las manos, y a continuación cayó agotado. La última cosa que vi antes de ponerme la máscara fueron sus ojos suplicantes.[20]

Cabo Frederick Meisel, 371.º Regimiento de Infantería.

Los alemanes y los franceses estaban enzarzados en una lucha cuerpo a cuerpo a muerte, y ninguno era aparentemente capaz de desembarazarse de su rival. Llegaron nuevas unidades que inmediatamente se metieron en la boca del lobo. El entusiasmo no era excesivo, desde luego.

No seremos relevados hasta que no se hayan producido unas bajas equivalentes al 60 % de las tropas; los hombres empiezan a desear no ya la muerte, pero al menos resultar heridos para salir de aquí lo antes posible. Todo esto da lugar a infinitas suposiciones; uno se deja lesionar la mano, otro el brazo, siempre y cuando sea el izquierdo; otro llega incluso a renunciar a una pierna, diciendo que en el lugar del que viene los hombres en ese estado se las arreglan bastante bien. Pero lo que más miedo les da es ser heridos en el estómago o en algún otro órgano vital. Entonces las conversaciones pasan a girar en torno a la unidad médica móvil, al hospital, a los planes de convalecencia, al período de descanso en casa, y a lo que van a hacer para no volver al frente. En todos los sectores como este, las conversaciones giran sobre el mismo tema. Ya no se habla ni siquiera de los civiles ni de lo bien que viven. No; se ve uno obligado a quedarse ahí esperando, intentando sencillamente salvar de la muerte alguna parte de uno mismo, ni siquiera pretende nadie salir ileso, parece imposible; lo único que se desea es dejar lo menos posible de uno mismo en el campo de batalla.[21]

Capitán Henri Desagneaux, 359.º Regimiento de Infantería.

A pesar de todo, los franceses entraron en batalla, y no tardaron en contagiar su miedo a los alemanes. Estos tuvieron entonces que adaptarse al horror de ser contraatacados en po-

siciones improvisadas, recibiendo un diluvio de bombas cuando ya estaban agotados y traumatizados por los largos combates en las trincheras.

> A través de los cristales empañados de mi máscara vi aparecer unos rasgos vagos de hombres y cuando los tuve más cerca pude distinguir los uniformes franceses y los destellos mates de las bayonetas. Gruen se arrojó detrás de la ametralladora e instintivamente apuntó contra las sombras, en dirección al enemigo que avanzaba. Sus manos se aferraron al mango de su arma mientras sus pulgares apretaban el gatillo. Surgieron llamas del cañón de las ametralladoras y vi a los franceses arrojarse de cabeza sobre la hierba.[22]
>
> Cabo Frederick Meisel, 371.º Regimiento de Infantería.

Al final, a pesar de todos sus esfuerzos, los alemanes no consiguieron capturar ningún objetivo significativo. Habían ganado terreno, pero no habían derrotado a sus enemigos británicos y franceses.

Mientras tanto, Ludendorff había ordenado otra embestida ante la tentadora vista de Amiens a finales de abril de 1918. Cuando todavía estaba llevándose a cabo la concentración de fuerzas para el ataque, se produjeron los últimos combates de uno de los grandes héroes de guerra alemanes. El capitán Manfred von Richthofen —el joven ingenuo de 1916, el asesino implacable de 1917, y el líder inspirador de 1918— se había recuperado de las heridas recibidas en el verano de 1917 y parecía volver a estar completamente en forma. El 20 de abril, durante una violenta refriega con un grupo de Sopwith Camels, Richthofen había abatido ya al comandante Raymond-Barker, cuyo aparato había caído envuelto en llamas, y no tardaría en situarse a la cola del teniente segundo David Lewis.

> Tuve que dar media vuelta para librarme de las balas que, según podía ver, arrancaban el material de mi aparato. De repente vi que mi atacante era el propio Richthofen, que probablemente había estado esperando a algún piloto imprudente para ponerse justo debajo de él. Comenzó entonces un divertido vals entre los dos; vuelta tras vuelta, arriba y abajo al compás discontinuo de las ametralladoras de los otros combatientes. Solo en una ocasión tuve a tiro su aparato, pero en un instante las posiciones se cambiaron y tuve la sensación de

que me tenía tan a su merced que tarde o temprano iba a acabar conmigo. Hiciera lo que hiciese, sencillamente no podía sacudírmelo de encima, y todo el rato las balas de su hambrienta ametralladora Spandau acribillaban mi aparato. Su primera ráfaga hizo añicos mi brújula, que tenía justo delante de mí, y el líquido que salió de ella empañó mis gafas protectoras, de las cuales, sin embargo, me libré cuando una bala cortó la goma, la separó de la montura, y las lentes se me cayeron a un lado. Mi situación, sin embargo, no mejoró, pues los ojos se me llenaron de agua debido a la furia del viento. Los cables de vuelo y de aterrizaje, al ser alcanzados por las balas, se doblaron ante mi vista, y las riostras se hicieron trizas en medio de aquel fuego incesante. No creo que Richthofen estuviera a más de quince metros de mí todo ese tiempo, pues podía ver su cara cubierta con los anteojos protectores y su casco, y por supuesto sus ametralladoras. Lo siguiente que oí fue el sonido de las llamas y la marea de balas se interrumpió. Volví la cabeza y vi que mi aparato se había incendiado. Mi tanque de gasolina estaba ardiendo.[23]

Teniente segundo David Lewis, 3.er Escuadrón, RAF.

Pero Lewis tuvo una suerte increíble.

Lancé mi avión en picado y me dirigí hacia tierra en posición completamente vertical en un intento de que las llamas fueran hacia arriba y no me alcanzaran, pero una y otra vez el fuego superaba la velocidad de caída del aparato y me daba en la cara. Cuando estaba a unos ciento cincuenta metros del suelo me dio la impresión de que el incendio había cesado, así que volví a tirar de la palanca de control con el fin de recuperar la posición horizontal y quedé horrorizado al comprobar que el aparato no respondía a los timones de profundidad. De nuevo agarré la palanca instintivamente, supongo, y entonces me di cuenta de que el avión iba alcanzando poco a poco la posición deseada, y pensé que podría aterrizar en equilibrio. Sin embargo, no sería así. Golpeé el suelo a una velocidad espantosa, pero salí lanzado del aparato y resulté ileso excepto por algunas pequeñas quemaduras y arañazos. Después vi que no había quedado ni una puntada de tejido entre mi asiento y la cola, pero comprobé que los pocos restos de los timones de profundidad que habían quedado me habían salvado la vida. La parte trasera de mi mono de vuelo Sidcot estaba hecha jirones y chamuscada y el casco se me partió en las manos cuando me lo quité. Además una bala había atravesado la pernera del mono, y otra la manga.[24]

Teniente segundo David Lewis, 3.º Escuadrón, RAF.

Parecía que nada podía detener a Richthofen. Mezcla de piloto intuitivo y minucioso, estratega brillante y maestro paciente, era el as perfecto de la aviación, una fuerza imbatible de la naturaleza. Pero al día siguiente, el 21 de abril, aquel po-

deroso símbolo de la virilidad alemana fue abatido. Pasó sus últimos momentos persiguiendo a un joven piloto canadiense, el teniente Wilfred May:

> Los aviones enemigos venían contra mí por todas partes, me pareció que no chocaba con alguno de ellos por centímetros, parecía que eran muchísimos. Pensé que lo mejor que podía hacer era dar un giro y lanzarme en vertical, seguir disparando mis ametralladoras y acribillar a balazos a todos los que pudiera. Era un combate cuerpo a cuerpo. Parecía que había decenas de aparatos a mi alrededor. Por falta de experiencia estuve disparando demasiado tiempo mis ametralladoras; una se atascó y a continuación lo hizo la otra. Fui incapaz de arreglarlas. Salí de allí pitando y me dirigí hacia el oeste, con el sol de cara, rumbo a nuestro campamento. Cuando tomé una trayectoria horizontal, miré a mi alrededor y vi que no me seguía nadie. Me felicité a mí mismo, sintiéndome encantado de haber escapado de aquel lío. No había pasado mucho tiempo cuando de pronto vi que estaban disparándome por detrás. Por desgracia no podía responder, así que lo único que pude hacer fue esquivar a mi atacante. Me fijé en que era un triplano rojo, pero si me hubiera dado cuenta de que era Richthofen probablemente me habría dado un síncope. Pasamos sobre las líneas alemanas, y las tropas de tierra dispararon contra nosotros al sobrevolarlas; lo mismo ocurrió al sobrevolar las líneas británicas. Llegué al río Somme y empecé a remontar el valle a muy baja altura. Seguí regateando y girando, me imagino que desde unos 3.600 metros hasta que me quedé sin cielo y me vi obligado a volar a ras de tierra. Richthofen me disparaba continuamente, lo único que me salvó fue lo mal que yo pilotaba. No sé qué fue lo que hice. Tenía a Richthofen pegado a mi cola. Giré en una curva del río cerca de Corbie. Richthofen se me adelantó y se puso encima de la colina. En ese momento yo era un blanco fácil. Volaba demasiado bajo entre las dos orillas del río para dar un giro y escapar de él. Pensé que me había cogido, y en esos momentos me encontraba en un estado de nervios tal que tuve que frenarme para no agarrar la palanca de mando y lanzarme de cabeza al río, pues estaba seguro de que había llegado mi hora.[25]
>
> Teniente Wilfred May, 209.º Escuadrón, RAF.

Pero Richthofen, el dueño de los cielos, había cometido una serie de errores garrafales. Cansado acaso, en tensión, obsesionado con aquel último objetivo, o simplemente dejándose arrastrar por un exceso de confianza, estaba volando solo, muy por detrás de las líneas británicas. No miró lo que tenía a su cola, y se puso a tiro de un as de la aviación canadiense, el capitán Roy Brown; al volar demasiado bajo, se hizo vulnerable también a varias ametralladoras Vickers y Lewis que dis-

paraban desde tierra; y naturalmente podía ser alcanzado por cualquier soldado de infantería que pasara por allí y al que se le ocurriera probar suerte. Poco importa quién disparara en realidad el tiro fatal: lo único significativo es que el triplano Fokker de Richthofen cayó por detrás de las líneas británicas con el gran héroe muerto en la cabina del piloto. Richthofen había sido uno de los hombres que había definido la guerra en el aire, basándose en la labor pionera de Max Immelmann y Oswald Boelcke. Ahora él también había desaparecido, pero en esta ocasión sus enseñanzas ya se habían difundido por todo el Servicio Aéreo alemán. El trabajo estaba hecho.

El ataque alemán en el frente del Somme comenzó el 24 de abril. Cabe señalar que se produjo en él el primer choque entre tanques enemigos cuando tres pesados A7V alemanes se toparon con tres Mark IV británicos. Los alemanes no habían considerado los tanques una prioridad especial, concentrando sus esfuerzos en la artillería. Sin embargo, sí que empezaron a experimentar con ellos y de hecho acabaron desarrollado el A7V, que era un vehículo de oruga, voluminoso, de chasis alto, tripulado por hasta dieciocho hombres, armado con un cañón de 57 mm y seis ametralladoras, y que podía alcanzar en servicio activo hasta cinco kilómetros por hora. Los alemanes habían empezado demasiado tarde a desarrollar carros de combate y este primer diseño no era completamente práctico, pues no era capaz de cruzar trincheras y tenía tendencia a sufrir averías mecánicas. Además había muy pocos —solo veinte en total— y los alemanes los complementaron con cerca de cincuenta tanques ingleses que habían logrado capturar. El teniente Frank Mitchell recordaba la primera vez que vio los tanques alemanes.

> De repente surgió del suelo, a unos diez metros de distancia, un soldado de infantería, agitando furiosamente su fusil. Nos detuvimos. Vino corriendo y gritó casi sin resuello: «¡Atención! ¡Tanques alemanes por los alrededores!». Inmediatamente desapareció otra vez dentro de la trinchera. Informé a la tripula-

ción y un estremecimiento nos recorrió a todos. Abrí una tronera y eché un vistazo a mi alrededor. Allí delante, a unos trescientos metros de distancia, avanzaba un monstruo redondo, de aspecto achaparrado. Detrás de él venían varias bandadas de soldados de infantería, y más allá, a derecha e izquierda, se arrastraban otras dos de esas tortugas blindadas. Los artilleros encargados de manejar los cañones de seis libras estaban agazapados en el suelo, con la espalda apoyada en la cubierta del motor, y cargaron sus armas llenos de expectación. Continuamos en zigzag, colándonos por los huecos existentes entre las líneas de trincheras abiertas precipitadamente, y acercándonos a la pequeña zona de alambradas que las protegía, doblamos a la izquierda, y el artillero de la derecha, atisbando lo que ocurría fuera a través de su estrecha aspillera, hizo un disparo de prueba. La bomba estalló a cierta distancia por detrás del primer tanque enemigo. No hubo respuesta. Tronó un segundo disparo, que aterrizó a su derecha, pero una vez más no hubo respuesta. Siguieron más disparos. De repente, un huracán de granizo golpeó nuestra pared de acero, llenando el interior del vehículo de infinidad de chispas y esquirlas volando. Algo repiqueteó contra el casco de acero del conductor, que iba sentado a mi lado, y la cara se me llenó de diminutos fragmentos de metal. La tripulación se arrojó al suelo. El conductor agachó la cabeza y siguió adelante. Por encima del rugido de nuestro motor se oía el rápido ratatatá de las ametralladoras y otra furiosa ráfaga de balas roció nuestra carrocería de acero; las esquirlas se clavaron violentamente en la cubierta del motor. ¡El tanque alemán nos había propinado una rociada de balas capaces de atravesar el blindaje![26]

Teniente Frank Mitchell, 1.er Batallón, Cuerpo de Tanques.

Los dos tanques Mark IV hembras habían sido dañados por las bombas y regresaban arrastrándose, de modo que Mitchell decidió que su vehículo debía aminorar la marcha y limitarse a un mero paso de tortuga si quería tener alguna posibilidad de hacer blanco en sus objetivos. Tuvo éxito a medias.

El artillero de la izquierda, marcando minuciosamente el terreno, empezó a disparar delante del tanque alemán. Me arriesgué y detuve un momento el tanque. La pausa estaba justificada; tras apuntar cuidadosamente, dimos en la torre de mando del tanque enemigo, obligándolo a detenerse. ¡Otro rugido y otra vaharada blanca en la parte delantera del tanque anunciaron un segundo impacto! Atisbando con los ojos hinchados a través de su finísima aspillera, el artillero lanzó algunos gritos de triunfo, que fueron ahogados por el rugido del motor. Entonces, una vez más con mucha deliberación, apuntó y dio por tercera vez en el blanco. A través de una tronera vi al tanque escorarse hacia un lado; luego se abrió una puerta y la tripulación salió huyendo. ¡Habíamos dejado al monstruo fuera de combate! Hice rápidamente una señal a la ametralladora, que lanzó una ráfaga de balas tras otra contra el bulto que había emprendido la retirada. Me volví lentamente hacia los otros dos, que avanzaban arras-

trándose sin descanso hacia nosotros; si concentraban su fuego sobre nuestro vehículo estaríamos perdidos por completo. Disparamos rápidamente contra el tanque que teníamos más cerca y para enorme regocijo y sorpresa mía, vi que retrocedía lentamente. A su compañero no parecía que le gustase mucho pelear, pues siguió sus pasos y a los pocos minutos los dos habían desaparecido, dejando a nuestro tanque como único dueño del terreno.[27]

Teniente Frank Mitchell, 1.er Batallón, Cuerpo de Tanques.

El esfuerzo de los tanques tuvo poca importancia en el planteamiento general de las cosas y el ataque alemán no tardó en aplastar a la 8.ª División, que había quedado muy debilitada. Con la captura de Villers-Bretonneaux el camino hacia Amiens parecía abierto. Se dejó en manos del Cuerpo australiano el lanzamiento de un ataque nocturno a la desesperada para recuperar la ciudad.

Se oyeron unos aullidos como de demonios cuando el 57.º, luchando de locura, atravesó la alambrada y pasó las líneas enemigas. Aquel griterío salvaje se convirtió en un voluminoso rugido de venganza. Nadie daba cuartel, ni por un lado ni por otro. Bañados en la sangre que salía a borbotones, mataban y mataban. Las bayonetas se clavaban con facilidad en los cuerpos vestidos de gris y cuando se sacaban, hacían un ruido como de succión. Algunos encontraron ocasión en medio de la matanza para encenderse un cigarrillo, y luego seguir matando. Entonces, mientras buscaban más víctimas, se oyó gritar: «¡Ahí vienen, ahí vienen!», y saltando por los enormes cuerpos de los alemanes muertos se lanzaron en su persecución. Un australiano enorme avanzó disparando una ametralladora Lewis apoyada en el hombro, sembrando el terreno de cadáveres. No es probable que ningún enemigo escapara de sus veloces e incansables perseguidores. Perecieron ante el resplandor de la ciudad en llamas. Uno vio algunas siluetas corriendo en la oscuridad y el resplandor de los fusiles al disparar, y a continuación prendió la terrible hoguera en la ciudad y mostró las caras blancas de los alemanes acechando en los agujeros abiertos por las bombas, o arrojando sus armas e intentando escapar, para caer muertos de un tiro o a golpes de bayoneta mientras huían. Se encontraron nidos de ametralladoras escondidos debajo de almiares, atestados de hombres que, al ser descubiertos, fueron mutilados y aplastados por el estallido de una bomba y otra y otra. Era imposible hacer prisioneros. No podía prescindirse de ningún hombre que se encargara de conducirlos a la retaguardia.[28]

Sargento William Downing, 57.º Batallón, Fuerza Imperial Australiana.

Las tropas australianas empezaron a ganarse una formidable reputación en el Frente Occidental. Villers-Bretonneaux había sido reconquistada, pero lo más importante era que la

puerta hacia Amiens había sido cerrada por completo.

Ludendorff estaba cada vez más desesperado. Había conquistado grandes extensiones de terreno vacío, de aldeas en ruinas, infinidad de cadáveres destrozados y de caminos hechos trizas, pero no había podido obligar a los británicos a retirarse de la guerra. Se habían metido dos grandes salientes dentro de las líneas inglesas, pero eran más fuente de debilidad que de fuerza. Los británicos seguían de rodillas; y los americanos seguían de camino. Esta vez Ludendorff decidió lanzar un ataque contra los franceses utilizando los planes de contingencia elaborados con el nombre de Operación Blücher a primeros de año. El VII y el I Ejército alemán atacarían al VI Ejército francés desplegado a lo largo de las colinas del Camino de las Damas. La idea era absorber la mayor cantidad posible de reservas aliadas, haciendo así más vulnerables a los británicos ante una nueva gran ofensiva en Flandes, llamada en clave Operación Hagen, cuyo comienzo estaba previsto para julio. Resultaba irónico, pues, que varias divisiones británicas estuvieran guardando inocentemente un sector tranquilo de las líneas francesas que estaba a punto de ser atacado. Habían sido enviadas allí a recuperarse, reemplazando a varias divisiones francesas que supuestamente debían permitir a Foch crear una reserva móvil.

Cuando atacaron los alemanes, las maltrechas divisiones británicas fueron totalmente incapaces de guardar la línea. Fue una doble desgracia que el general Denis Auguste Duchêne, al mando del VI Ejército francés, no supiera entender el concepto de defensa en profundidad, decidido como estaba a conservar el terreno a lo largo de la cima de la colina que tanto había costado ganar los años anteriores. Por consiguiente, una proporción demasiado elevada de sus unidades estaba concentrada en la zona de vanguardia, circunstancia

que las hacía excesivamente vulnerables al bombardeo alemán que comenzó con una fuerza terrible a las 01.00 del 27 de mayo de 1918.

> Mil cañones rugieron lanzando su huracán de hierro. La noche fue desgarrada por continuas cortinas de fuego. La tierra se estremeció bajo aquella avalancha de proyectiles, levantándose hacia el cielo en medio del polvo y el tumulto. Incluso por encima del estrépito se oía el fiero *crescendo* de las bombas al acercarse, y estallidos ensordecedores cada vez que explotaban. Todo el tiempo el monótono ruido sordo, sordo, sordo de las detonaciones y de los cañonazos. El infierno bramaba y giraba vertiginosamente alrededor del bosque de Buttes. Los refugios subterráneos se estremecían y se llenaban del humo acre de la cordita y del nauseabundo sabor dulzón del gas. Los maderos fueron los primeros que empezaron a temblar: caía tierra del techo. Los hombres salieron corriendo en busca de protección, cogiendo los equipos, las armas, las máscaras antigás, los cuadernitos de notas, mientras se zambullían bajo tierra buscando alguna seguridad. Fue una especie de descenso a los infiernos. Atestados de humanidad apelotonada y sudorosa, los refugios subterráneos apestaban, y para empeorar las cosas, en cuanto bajó el cuartel general, el gas empezó a filtrarse. La gente se puso precipitadamente las máscaras y se tomaron las debidas medidas antigás: las entradas fueron cerradas con mantas empapadas de agua y se encendieron braseros en las escaleras. El gas no podía entrar, pero tampoco podía entrar el aire. En realidad uno y otro entraban en pequeñas cantidades y pasamos aquella larga noche a doce metros de profundidad bajo tierra, en la época más calurosa del año, en hoyos atestados y malolientes, con las puertas cerradas y braseros de carbón encendidos que secaban la atmósfera… La sensación de ahogo era todavía más completa debido a las máscaras antigás provistas de pinzas para las narices y mordazas para los dientes.[29]
>
> Capitán Sydney Rogerson, cuartel general, 23.ª Brigada.

A partir de las 03.40 la infantería alemana atravesó las primeras líneas francesas y británicas. Los supervivientes no tardaron en replegarse cruzando el Aisne. Se produjeron numerosos combates a la desesperada y muchos actos de heroísmo en lo que debió de parecer una causa perdida.

> Vamos replegándonos por turnos, parando para abrir fuego cuando los cascos negros aparecen en los campos descoloridos. Cuando una sección sube y se pone en marcha, el enemigo la acribilla desde la izquierda, desde la derecha y de frente. Podemos ver con toda claridad que Sirey está rodeado, peleando en medio de esa tormenta de granadas. Si logramos que dos o tres pelotones se reagrupen, podemos adelantarnos para prestar ayuda a una compañía vecina que está muy agobiada. Cerca de la carretera de Saconin, el teniente Chauveau se

defendió durante más de una hora. Cuando los alemanes se hicieron con su posición, yacía herido entre sus soldados muertos; se negó a rendirse y se encaminó a la muerte disparando con la pistola contra sus atacantes.[30]

Soldado Georges Gaudy, 57.º Regimiento de Infantería.

Las divisiones británicas habían estado en muy mala situación desde el principio, pues ya habían sido machacadas en el Somme y en Flandes. Estaban llenas de reclutas jóvenes y de veteranos que se habían visto metidos en faena demasiadas veces. Cuando fueran sacados del Aisne volverían a verse sumidos en terribles jaleos. A veces parecería que se repetían los combates de 1914.

Una batería de cañones de campaña alemanes fue conducida a toda prisa a la cima de la colina, separaron las piezas de los armones y abrieron fuego contra nosotros. Convertirnos en blanco de unos cañones en línea de tiro abierta fue una nueva experiencia… ¡auténticamente demoledora! Las bombas llegaban con un zumbido violentísimo y parecía que cada una de ellas iba dirigida personalmente contra ti. No era yo el único que encontraba aquello desconcertante. A todo el mundo se lo parecía y todos rompimos filas y salimos huyendo. Fue la única vez que vi una verdadera huida en desbandada. Bien es verdad que llevábamos todo el día en retirada, pero no huyendo, al menos la mayor parte del tiempo, y en lo que pensábamos era encontrar una posición en la que pudiéramos plantarnos de una vez. Lo de ahora era puro pánico, una huida en la que cada uno, incluido yo mismo, no pensaba más que en salvar el propio pellejo.[31]

Teniente John Nettleton, 2.ª Brigada de Fusileros.

A medida que sus unidades iban desintegrándose, ni los británicos ni los franceses era capaces de detener el avance alemán. Se abrió en sus líneas un agujero de unos sesenta kilómetros de ancho por veinte de largo. Durante los días sucesivos los franceses intentarían taponar el hueco utilizando sus propias reservas, aunque debemos señalar que Foch ignoró las peticiones que se le hicieron de echar mano a la reserva estratégica que había insistido en retener hasta no saber exactamente lo que pretendían hacer los alemanes. En cambio Ludendorff se dejó llevar por las impresionantes ganancias tácticas obtenidas y empezó a abandonar su idea original de operación diversiva antes de la gran última ofensiva en Flandes que le habría permitido ganar la guerra. Al fin y al cabo siem-

pre podía decir que en la Operación Blücher había hecho 50.000 prisioneros aliados y había capturado 800 cañones, éxito impresionante desde todos los puntos de vista. Ludendorff llegó incluso a contemplar la posibilidad de avanzar cruzando el Marne y llegar directamente a París. Empezó entonces a utilizar sus propias divisiones de reserva en el combate. Pero aunque sus tropas avanzaban, los viejos problemas las frenaban. Los refuerzos franceses empezaron a llegar en gran número mientras que las comunicaciones alemanas se encontraban en una situación comprometida debido a la extensión de las líneas, al agotamiento de sus tropas y a la desorganización de su artillería. Pero lo más significativo fue que la 2.ª y la 3.ª División americana ayudaron a reforzar la línea francesa en Château-Thierry, en el Marne. Su actitud queda resumida en las palabras del coronel Wendell C. Neville, de la Brigada del Cuerpo de Marines, cuando un oficial francés indicó que una retirada táctica habría sido oportuna: «¿Retirada? ¡Diablos! ¡Si acabamos de llegar!». El 6 de junio, tras ayudar a frenar el ímpetu del avance alemán, la Brigada de Marines de los Estados Unidos (integrada en la 2.ª División) lanzó un ataque para limpiar de enemigos el bosque de Belleau.

> Empezamos a salir en una formación de guerra de trincheras, que era la única formación que conocíamos, consistente en cuatro oleadas sucesivas de hombres, en la que la primera oleada y luego todas las demás llevaban los fusiles en la posición llamada «en alto», no en la de apuntar ni en la de disparar ni en la de disparar apoyándolo en la cadera, ni nada parecido. Entonces salimos de entre aquellos árboles y nos dirigimos hacia el bosque de Belleau, sin que nadie disparara ni un solo tiro. Llevábamos las bayonetas caladas, avanzando al ritmo lento, pero constante, que nos habían enseñado. A nuestra izquierda, aproximadamente a unos doscientos metros, estaba el reducto del bosque de Belleau. Se trata de una loma, una pequeña elevación, en cuya cima se encuentra el pequeño pabellón de caza. Es un lugar rocoso. Se encontraba repleto de ametralladoras; quiero decir que eso es lo que parecía. Y nadie, literalmente nadie disparaba ni un solo tiro a aquellos alemanes. Apuntaban hacia nosotros. Estaban a nuestra izquierda; y cuando avanzamos lo suficiente nos tuvieron perfectamente a su alcance. Así que era absolutamente igual que un campo de tiro y ni un solo marine de los nuestros abría fuego. No estábamos acostumbra-

dos a eso. Seguimos adelante. Bueno, claro, en cuanto salimos de aquella primera fila de árboles en mi pelotón (éramos aproximadamente unos cincuenta y dos hombres) solo seis lograron cruzar los primeros setenta y cinco metros. Todos los demás murieron, fueron heridos o abatidos. Quiero decir, estábamos al pie de un barranco que estaba perfectamente defendido y no hacía falta más que ¡zas!, unas cuantas ametralladoras, y ya está.[32]

Sargento Merwin Silverthorn, 5.ª Brigada de Marines, AEF.

La ingenuidad táctica podía resultar muy dolorosa y se produjeron numerosos intensos combates antes de que se completara la captura del bosque el 26 de junio. Así empezó el proceso de aprendizaje de otro ejército en el frenesí del Frente Occidental.

Ludendorff cayó en su propia trampa y desencadenó la Operación Gneisenau para ampliar el saliente desde Noyon hasta Montdidier con un ataque lanzado a las 24.00 del 8 de junio. Al principio a los alemanes les salieron las cosas bien, e invadieron la primera línea el 9 de junio, adelantándose unos seis kilómetros. Pero las cosas no tardaron en volver a lo de siempre cuando los franceses lograron estabilizar el frente. El 11 de junio, sin embargo, se produjo una novedad, cuando los franceses lanzaron un contraataque al mando del general Charles Mangin colándose por el flanco occidental del amplísimo saliente. Los franceses emplearon su propia táctica de choque atacando sin un bombardeo preliminar para preservar el efecto sorpresa, pero utilizaron una cortina de fuego móvil verdaderamente letal, con apoyo cercano de las tropas de asalto proporcionado por un elevado número de tanques Renault FT y por el ametrallamiento de varios aviones en vuelo rasante. Al ver frenado de nuevo su avance, Ludendorff no tuvo más remedio que suspender los ataques. Si los alemanes tenían alguna oportunidad real de ganar la guerra en el Frente Occidental en 1918, en aquellos momentos la perdieron. La llegada del verano trajo consigo una creciente oleada de nuevas divisiones americanas en el Frente Occidental. Aunque no

estaban acostumbradas a la guerra moderna, representaban el fin de cualquier esperanza que pudiera abrigar todavía el ejército alemán.

Ludendorff se encontró de pronto entre la espada y la pared. Podía ponerse a la defensiva y prolongar la guerra lo más posible; o podía hacer un último intento de obtener una victoria definitiva. Decidió lanzar su *Friedensturm* —Ofensiva de la Paz— con un ataque máximo contra los franceses y los americanos con el VII, el I y el III Ejército desde Servon hasta Château-Thierry en la que sería llamada segunda batalla del Marne. Una vez derrotados los franceses, Ludendorff tenía pensado lanzarse a la batalla final decisiva contra los británicos en Flandes. Pero los franceses detectaron fácilmente a las fuerzas adelantadas de aquella gigantesca ofensiva y permanecieron a la espera: la metodología alemana era ya perfectamente conocida. En efecto, antes de que diera comienzo el bombardeo alemán a las 00.10 del 15 de julio, las primeras líneas francesas fueron despejadas para evitar bajas, mientras que los primeros en abrir fuego fueron en realidad los cañones franceses concentrados, que machacaron las baterías alemanas y dieron una auténtica paliza a la infantería que avanzaba para llevar a cabo el asalto previsto a partir de las 04.15. Fue el comienzo de una jornada funesta para el ejército alemán. En el sector ocupado por el capitán Jesse Woolridge los alemanes intentaron cruzar el Marne sobre pontones y por un puente flotante.

> El bombardeo general cesó y dio comienzo la cortina de fuego móvil, a solo cuarenta metros detrás de la cual, fíjate tú, llegaron, con más ametralladoras de las que pensaba yo que poseía el ejército alemán. El enemigo tuvo que abrirse camino peleando con el primer pelotón a la orilla del río; luego arremetió contra el segundo pelotón en el extremo más adelantado de la línea férrea, la mayor parte de la cual estaba en nuestras manos, pero [los alemanes] poco a poco acabaron con él. Mi tercer pelotón [ocupó] su lugar en un combate cuerpo a cuerpo a la desesperada, en el que algunos lograron pasar para encontrarse con el cuarto pelotón, que se había desplegado al mismo tiempo que el tercero.

En el momento en el que chocaron con el cuarto pelotón los alemanes se convirtieron en presa fácil. Bien sabe Dios que una compañía de soldados americanos batió y derrotó a todo un regimiento de tropas de choque seleccionadas del ejército alemán. A las diez en punto los alemanes retiraban a sus muertos y sus heridos de la orilla del río y nosotros, como estábamos agotados, se lo permitimos: se llevaron ni más ni menos que a seiscientos, según contamos luego, y cincuenta y dos ametralladoras. Habíamos empezado con 251 hombres y cinco tenientes. Me habían quedado cincuenta y un hombres y dos tenientes segundos.[33]

Capitán Jesse Woolridge, 38.º Regimiento de Infantería, AEF.

Desde luego, el asistente de campo del 5.º Regimiento de Granaderos alemán era de la misma opinión por lo que se refiere al nivel de resistencia mostrado por los americanos.

¡Fue la derrota más severa de la guerra! No había más que bajar los declives de la parte norte del Marne: no he visto nunca tantos muertos, ni espectáculos tan tremendos en una batalla. Los americanos, en la otra orilla, habían hecho trizas a dos compañías nuestras en un combate cuerpo a cuerpo. Se habían colocado en los campos de grano, en formación semicircular, habían dejado que nos acercáramos y luego, cuando estaban a diez o quince metros, nos habían abatido a casi todos a tiros. Aquel enemigo tenía agallas, hay que reconocérselo; pero mostró también una brutalidad bestial. «¡Los americanos matan a todo bicho viviente!» Aquel fue el grito de horror del 15 de julio, que se apoderó de todos nuestros hombres. Un día como el 15 de julio acaba afectando al cuerpo y a la mente durante semanas. Nuestras líneas habían perdido profundidad. La depresión se adueñó de la mayoría de nuestros hombres.[34]

Teniente Kurt Hesse. 5.º Regimiento de Granaderos.

Después vino la principal reacción de los franceses, que empezó apenas tres días después, el 18 de julio. Foch decidió golpear con fuerza contra Soissons, reforzando su VI y X Ejército con cuatro divisiones de la AEF, amenazando así todo el saliente del Marne, que se había ampliado muchísimo a raíz de la Operación Blücher. Fue un violentísimo ataque capitaneado por el X Ejército de Mangin, apoyado por más de 1.500 cañones y unos 300 tanques. No habría bombardeo preliminar, solo una gigantesca cortina de fuego móvil, una mezcla de bombas detonantes, de metralla y de humo esta-

llando progresivamente por delante de la infantería atacante, con la finalidad de bombardear, matar o cegar a los artilleros alemanes encargados de manejar las ametralladoras alemanas.

> ¡Reina una paz absoluta! ¡Ni rugido de cañones, ni siquiera un solo tiro de fusil! Permanecemos en silencio y un poquito desanimados, esperando simplemente que llegue el gran momento. ¡Las 04.35! Un bombardeo tremendo ruge a nuestras espaldas con un ruido atronador; la cortina de fuego móvil que desencadena nuestro avance. Las bombas de 75 mm vuelan a toda velocidad por encima de nuestras cabezas para estallar en el valle sobre nuestros objetivos, situados más lejos: baterías de artillería, reservas alemanas, etc. Sin perder un instante bajamos hacia el río, cada sección detrás de la que la precede.[35]
>
> Teniente Émile Morin, 60.º Regimiento de Infantería.

Cuando el bombardeó empezó a avanzar, la concentración de tanques Renault, St. Chamand y Schneider derribó las alambradas, abriéndose paso entre ellas. Por supuesto, no todo se desarrolló según lo previsto; a los estadounidenses, en particular, les resultó difícil adaptarse a los planteamientos y al sistema de trabajar de los franceses, lo cual dio lugar a cierto grado de confusión.

> La cohesión brilla por su ausencia en el combate hasta última hora de la tarde. Las razones son evidentes; hubo precipitación y confusión hasta que se produjo la concentración final para el ataque: todo ello fue inevitable debido a las órdenes del ejército y las fuerzas francesas, que pusieron en peligro el orden y la deliberación necesarios para conseguir un efecto sorpresa. Así pues, los oficiales americanos no pudieron efectuar operaciones de reconocimiento. Los cambios de dirección en el curso de una acción, especialmente en un terreno sin rasgos geográficos destacados, resultan difíciles incluso en las circunstancias más favorables y con las tropas mejor entrenadas. Finalmente, las órdenes de la división impusieron rapidez de movimientos y un avance sin detenernos demasiado en los sucesivos objetivos. Las oleadas de ataque dieron comienzo a la hora prevista, los soldados avanzaron y siguieron avanzando. Perdieron la formación, pero conservaron tanta energía individual que las unidades alemanas que tenían delante fueron destruidas o desactivadas.[36]
>
> Teniente segundo John Thomason, 5.º Regimiento de Marines, AEF.

Los problemas de comunicación se hicieron particularmente notorios cuando los carros de combate franceses, la infantería senegalesa y los soldados americanos se encontraron luchando en el mismo terreno.

A las 15.30 tres tanques pequeños franceses, apoyados por unos sesenta marroquíes negros [senegaleses] avanzando en pelotones a unos cincuenta metros detrás de ellos, pasaron entre nosotros desde la izquierda de la retaguardia camino directamente de Vierzy. Hubo cierta confusión cuando la compañía «M» encontró no pocas dificultades para evitar el fuego de las ametralladoras, pues nosotros permanecíamos ocultos entre los trigales. Los negros seguían estoicamente a los tanques muy de cerca. Las ametralladoras de Vierzy disparaban con furia, y nosotros estábamos apiñados allí donde impactaban sus balas. Simplemente segaban la vida de los marroquíes, que, no obstante, siguieron avanzando hasta que no quedó ninguno en pie. Fue literalmente tal como lo cuento. Los tanques dieron la vuelta y desaparecieron por el flanco izquierdo de nuestra retaguardia. La compañía «M» sufrió varias bajas por culpa de esa absurda maniobra. No tengo ni idea de cómo se metieron en ese lío. A mí me alcanzaron en la rodilla.[37]

Teniente Ludislav Janda, 9.º Regimiento de Infantería, AEF.

No obstante, a pesar de todos esos problemas, los franceses y los estadounidenses hicieron retroceder a los alemanes. Los tanques Renault se distinguieron realmente, invadiendo el campo de batalla, destruyendo nidos de ametralladoras enemigos y ayudando en general a la infantería. Su torreta giratoria les permitía ir eligiendo distintos objetivos. Aunque su reducido tamaño les impedía cruzar las trincheras, estaban preparados para actuar en colaboración con zapadores o soldados de infantería especialmente adiestrados que utilizaban picos y palas para demoler los muros de las trincheras y allanar el camino. Como cabe imaginar, esta cooperación a menudo no superaba la prueba de la realidad de los combates. Al igual que los británicos, los franceses también comprobarían que el elevado número de bajas, las averías mecánicas y el cansancio de las tripulaciones hacían que las unidades de tanques se desintegraran aproximadamente al cabo de una jornada de acción.

Mientras tanto, el teniente Émile Morin y sus hombres se dirigían hacia el río Savière. Consiguieron cruzar un puente, pero quedaron atrapados en medio del río y no lograron alcanzar la orilla opuesta como tenían planeado.

> Hundidos hasta las rodillas en el fango negro y pegajoso, a trancas y barrancas caminamos en medio de un espeso cañaveral. De repente, la tierra desaparece bajo mis pies, y caigo, hundiéndome hasta la cintura, en el lodazal removido por la explosión de una bomba. Trato de salir de allí, pero cada movimiento que hago solo sirve para empeorar las cosas. Siento que la ciénaga me engulle, y no hay nadie que pueda acudir en mi ayuda. Toda mi sección ha desaparecido entre los juncos. Grito, pero ¿quién va a oírme en medio del estruendo de las bombas? Los segundos pasan de forma inexorable. Noto cómo poco a poco voy hundiéndome en las profundidades de esa tumba que acabará por cubrirme silenciosamente. El cieno ya me llega a las axilas. Unos breves instantes más, y desapareceré para siempre, sufriré una muerte indolora. Y cuando haya concluido el ataque, cuando alguien diga: «¿Y el teniente Morin?», una voz responderá: «¡Desaparecido el 18 de julio!». ¿Exactamente dónde? ¿En qué circunstancias? Nadie lo sabrá nunca, y yo me habré unido a esa larga lista de soldados sin tumba conocida. De pronto, las cañas se separan, y entre ellas aparece el sargento primero de mi sección. En un abrir y cerrar de ojos comprende la situación y me tiende su fusil, al que me agarro con las dos manos, y él consigue sacarme a rastras de las profundidades de mi sepultura de cieno.[38]
>
> Teniente Émile Morin, 60.º Regimiento de Infantería.

Había muchas maneras de morir por la República. Poco después Morin fue alcanzado en una mano y en una pierna: así concluyó su larga etapa de servicio en la guerra.

Los alemanes no pudieron soportar la presión y se replegaron hacia el río Aisne. El 7 de agosto ya habían perdido todo lo conquistado durante su ofensiva del 27 de mayo. Al final, Ludendorff se vería obligado a enfrentarse al hecho de que ya no disponía de fuerzas suficientes para lanzar una ofensiva con posibilidades de éxito, y ordenaría adoptar una postura defensiva en un futuro previsible. Toda su estrategia para 1918 había fracasado, y la derrota parecía estar a la vuelta de la esquina: ya no avisaba de su llegada con suaves murmullos, sino con gritos lanzados a los cuatro vientos.

Mientras los franceses asumían el protagonismo en los combates, los británicos habían utilizado el respiro que se habían tomado a comienzos del verano para reorganizarse, comunicando la valiosa experiencia adquirida en el Frente Occidental a las divisiones procedentes de otros escenarios secun-

darios y asimilando los numerosos destacamentos recién llegados de Inglaterra. En el frente del Somme, defendido por el nuevo IV Ejército, el general sir Henry Rawlinson empezó a darse cuenta de que sus adversarios estaban adoptando una actitud extrañamente poco activa, sin construir un sistema de defensa en profundidad; de hecho, sin construir realmente ningún sistema de defensa apropiado. Esta actitud era característica de la decadencia general sufrida por la eficiencia militar de los alemanes. Muchas de las mejores divisiones germanas ya habían sido trasladadas al sur para participar en las grandes ofensivas lanzadas contra los franceses, y los mejores soldados de las restantes divisiones ya habían pasado a engrosar las unidades de tropas de asalto. Así pues, lo que quedaba era una fuerza débil y mal adiestrada que distaba mucho de aquellas temibles formaciones alemanas de años atrás. La imposibilidad de obtener una victoria decisiva, sumada a la llegada de las legiones estadounidenses, había supuesto a todas luces un duro varapalo para la moral de los alemanes.

> Éramos como animales, pues vivíamos como tales. A veces pasábamos varios días sin poder asearnos, plagados de bichos, y casi todos teníamos lombrices. Con la ropa sucia y hecha jirones, utilizábamos trapos a modo de calcetines. Comíamos cualquier cosa que fuera masticable, y éramos felices cuando nos dejaban dormir de un tirón. Teníamos el cerebro embotado. Nuestros enemigos habían recuperado la energía, y parecían más seguros y decididos que nunca. ¿Era cierto que habían llegado dos millones de estadounidenses en su ayuda? Las tropas aliadas todavía no habían atacado, pero percibíamos que ya estaban saboreando nuestra debilidad. Su aviación llenaba los cielos, martilleándonos desde el aire con sus ametralladoras y sus bombas, mientras su artillería y sus morteros de trinchera lo hacían por tierra desde todos los ángulos posibles.[39]
>
> Cabo Frederick Meisel, 371.º Regimiento de Infantería.

El ejército alemán estaba a punto de derrumbarse. Y no solo eso, sino que, además, la situación en el frente interno era cada vez más crítica, con escasez crónica de alimentos, problemas de falta de mano de obra, que no daba abasto para satis-

facer las demandas de la industria, y también problemas con los trabajadores existentes, que, azuzados por las ideas socialistas, manifestaban su descontento con huelgas y protestas.

Tentado por la naturaleza aparentemente débil de las defensas alemanas que tenía delante, Rawlinson ordenó al teniente general sir John Monash, comandante en jefe del Cuerpo australiano, la preparación de un ataque localizado de carácter exploratorio. Monash y su estado mayor planificaron el lanzamiento de una operación en la localidad de Hamel, a las 03.10 del 4 de julio de 1918 con el objetivo de definir claramente la línea. La táctica utilizada reflejaba un cambio de planteamientos radical: potencia de fuego en sustitución del potencial humano. Este cambio, que había sido impuesto poco a poco en el ejército británico, ahora se aplicaba con entusiasmo también al concepto de «batalla con todas las armas». El ataque fue un éxito sorprendente, consiguiéndose un avance de dos kilómetros.

> Cuando llegamos a nuestro objetivo, encontramos dos refugios subterráneos. Fui el primero en acercarme, y en uno de ellos oí que había movimiento. Cuando di un grito ordenando a sus ocupantes que salieran, lo que salieron fueron dos manos con sendas hogazas de pan negro en cada una, y luego vi un par de ojos atemorizados que me miraban. Mi aspecto debió de tranquilizarlos, pues los teutones salieron de inmediato, y en cuanto los tomé prisioneros, todos mis pensamientos de venganza se desvanecieron. No podíamos matar a criaturas, y eso es lo que eran prácticamente, unos críos. Si alguien nos hubiera preguntado qué edad tenían, creo que casi todos habríamos dicho que tenían entre catorce y quince años, y eso como mucho. Les marqué el paso, y comenzaron a correr con las manos en alto en dirección a nuestras líneas.[40]
>
> Teniente Edgar Rule, 14.º Batallón, Fuerza Imperial Australiana.

El debilitado ejército alemán no estaba en condiciones de soportar ese tipo de ataque concentrado y localizado.

Animado por este triunfo, Rawlinson empezó a planear un ataque mucho más importante para capitalizar la debilidad de los alemanes, utilizando otra táctica del mismo estilo. Pero aquello no fue fruto de la labor de un solo hombre, ni siquiera

de un selecto grupo de oficiales, sino más bien el resultado de la síntesis de todo lo que los británicos —ayudados por los franceses— habían aprendido durante los últimos tres años, desde la batalla de Neuve Chapelle. Todo era consecuencia de un esfuerzo común, marcado por la participación y la dedicación de diversos expertos de la BEF en muchos campos distintos. Un esfuerzo que integraba plenamente las nuevas armas en una metodología feroz de la guerra moderna. Los cañones de la artillería seguirían siendo la columna vertebral del ataque. Un total de 1.386 cañones de campaña y obuses cuidadosamente calibrados, junto con otras 684 piezas de artillería pesada, fueron trasladados en secreto a la zona, y los depósitos de municiones fueron llenados hasta los topes. La RAF, con ayuda de observadores de detonación y localizadores de sonido, había conseguido ya identificar 504 de los 530 cañones alemanes. Cuando se lanzó el ataque, serían neutralizados mediante ráfagas de bombas de gas y de explosivos de alta potencia para impedir que intervinieran mientras la infantería cruzaba la tierra de nadie. Ya no hacía falta decidir si había que utilizar fuego de contrabatería o cortina de fuego: la BEF disponía ahora de suficientes cañones para emplear los dos sistemas junto con una cortina de fuego móvil general, obligando así a los alemanes a permanecer con la cabeza gacha mientras la infantería británica se acercaba. Y con ella iban los tanques: 324 tanques pesados para machacar las alambradas y ayudar a acabar con los fortines alemanes que quedaran; y además otros 96 tanques ligeros Whippet para sembrar el caos por detrás de las líneas alemanas; mientras tanto, otros 120 tanques de aprovisionamiento cargados de municiones se dedicaban a reabastecer a la infantería en caso de que se produjeran contraataques alemanes. Aquel sería el ataque con tanques más grande de toda la guerra. Por encima de todos ellos volaba la aviación, ametrallando el campo de

batalla y elaborando informes de contacto para registrar el avance, atacando los aeródromos para neutralizar al adversario y lanzando misiones de bombardeo de intercepción contra los nudos ferroviarios, las grandes carreteras y los principales puentes. Los soldados de infantería no se parecían en absoluto a los guerreros de 1915. Quizá fuera menor su número, pero contaban con la cobertura del fuego de las ametralladoras Vickers y disponían de sus propias ametralladoras Lewis, de morteros Stokes y de granadas de fusil para un apoyo inmediato. Además, ya no avanzaban en líneas, sino en «lombrices» de unos ocho hombres que se abrían camino a tientas en «cadenas» a través de la tierra de nadie precedidos de exploradores bien adiestrados.

Haig y Foch aceptaron los planes de Rawlinson, y de hecho Foch intervino para ampliar la magnitud general de las operaciones incluyendo en ellas al I Ejército francés, situado en las inmediaciones, al mando del general Marie-Eugène Debeney. Pero aunque todas las piezas empezaban a encajar en el Frente Occidental, en Londres, el general sir Henry Wilson, elegido por Lloyd George para sustituir a Robertson como jefe del estado mayor general imperial, expresaba su cautela respecto a lo que tenía que hacerse.

> Debería seguir un período de preparación durante el cual habría que dosificar, organizar y estudiar todos los recursos de los Aliados con vistas al esfuerzo militar final en el momento decisivo. No será un período de defensa pasiva, muy al contrario, sino una fase durante la cual no se intentará tomar ninguna decisión final. La primera pregunta que se plantea es cuándo hay que hacer ese esfuerzo decisivo. Es decir, ¿será posible llevarlo a cabo en 1919 o habrá que esperar hasta 1920?[41]
>
> General sir Henry Wilson, estado mayor general imperial.

Wilson opinaba que el embate final debía llevarse a cabo el 1 de julio de 1919. Es evidente que los generales del frente tenían un sentido más claro de cuál era su objetivo en su con-

cepción de la batalla de Amiens. Cuando los cañones empezaron a disparar a la hora cero (las 04.20) del 8 de agosto, el plan de batalla empezó a funcionar como un reloj.

> Y de pronto, con un potente rugido, más de mil cañones empezaron la sinfonía. Una gran iluminación alumbra el horizonte por el este: e instantáneamente toda esta compleja organización, que se extiende hasta zonas situadas casi más atrás de lo que puede percibir el oído, empieza a avanzar; cada hombre, cada unidad, cada vehículo y cada tanque tienen sus tareas establecidas y sus objetivos asignados, y van barriendo sin descanso y de modo irresistible. Vista desde un punto elevado y en el resplandor del amanecer, una gran cortina de fuego de artillería supera sin duda alguna por su dinámico esplendor cualquier otra manifestación de esfuerzo humano colectivo.[42]
>
> Teniente general sir John Monash, cuartel general, Cuerpo australiano.

Cuando la infantería atacó, protegida por la niebla, resultó sencillamente imparable.

> Entonces ya habíamos superado la meta con creces; yo y mi sección de ametralladoras Lewis. Allí estábamos con los tanques. Pero también estaba la niebla, una niebla que había estado echándosenos encima toda la noche, y que ahora era tan espesa que uno casi no podía ver a veinte metros. Los tanques, a menos que no se te acercaran mucho, solo podías localizarlos por el ruido. Fue un comienzo espectral. En un instante empezaron a surgir por todas partes alemanes, como fantasmas en medio de la bruma, la mayoría con las manos levantadas por encima de la cabeza en actitud de rendición. Pero aquí y allá había alguna ametralladora que seguía disparando al azar contra nosotros.[43]
>
> Cabo William Kerr,
> 5.º Batallón (Caballería del Oeste), 1.ª División canadiense.

Siempre que le era posible, la infantería se mantenía cerca de los tanques y de la cortina de fuego móvil, intentando coger a los alemanes por sorpresa.

> Sabíamos que teníamos que seguir a nuestros tanques, así que nos manteníamos detrás de ellos. De vez en cuando los alemanes salían corriendo con las manos arriba, llenos de «souvenirs», pero sin relojes ni libros de bolsillo. De repente apareció uno de esos teutones ante la vista de un tanque que había allí cerca. Estaba tan asustado que se me echó encima y a punto estuvo de tirarme al suelo, pero le arreé un golpe con mi vieja bayoneta y se quedó quieto. Parece que en lo único en lo que pensaban era en ser hechos prisioneros y salir de la línea lo antes posible.[44]
>
> Soldado Geoffrey Rose, 30.º Batallón, Fuerza Imperial Australiana.

En casi todo el frente, los Aliados rebasaron las líneas alemanas y lo único que encontraron fue el funcionamiento de la maquinaria de guerra enemiga expuesto ante sus ojos.

> Atravesamos el bosque y nos metimos en un campo de grano; en ese momento estaba otra vez en el asiento del conductor y como seguíamos siendo acribillados por el fuego de las ametralladoras, tuvimos que recurrir de nuevo al viejo sistema del zigzag. Pasamos ante cientos de alemanes con las manos en alto, pero se los dejamos a los canadienses para que se encargaran de ellos, y a última hora de la tarde llegamos a nuestro objetivo en lo alto de la cresta. La infantería subió y empezó a atrincherarse, y por fin pudimos abrir las puertas y salir, para caer amontonados en el suelo unos encima de otros, fuera del mundo. Poco a poco nos recuperamos y salió por ahí una botella de ron, y allá nos fuimos. No podíamos dar crédito a nuestros ojos: a nuestros pies, en el valle logramos ver al enemigo metiendo cosas en camiones en cadena, los hombres sacaban los cañones para llevárselos, y arrastraban los globos de observación e intentaban meterlos en los camiones. Un auténtico caos.[45]
>
> Soldado Charles Rowland, 14.º Batallón, Cuerpo de Tanques.

A pesar de la debilidad del III Cuerpo británico en el flanco izquierdo, donde la dificultosa configuración del terreno impedía el avance, el Cuerpo canadiense y el australiano cosecharon unos éxitos asombrosos, progresando más de doce kilómetros a través de un frente de más de quince kilómetros de ancho. Los alemanes sufrieron 27.700 bajas, 15.000 de las cuales fueron prisioneros de guerra. Perdieron también más de 400 cañones y grandes cantidades de morteros y de ametralladoras. Fue un desastre que Ludendorff no pudo negar: «El 8 de agosto fue el día más negro del ejército alemán en la historia de esta guerra».[46] Y todo esto frente a las 9.000 bajas británicas y unas pérdidas parecidas por parte de los franceses. Con su «batalla con todas las armas», la estrategia británica alcanzó una altísima cota a la que los alemanes no fueron capaces de hacer frente: la compleja guerra interrelacionada de desarrollos tácticos contrapuestos había llegado a su fin.

Durante los días sucesivos, los británicos y los franceses continuaron avanzando, aunque la inexorable ley de rendimientos decrecientes iba pisándoles los talones. La artillería

había quedado descolocada, las comunicaciones no tardaron en verse interrumpidas, de modo que el caos empezó a reinar en el ejercicio del mando y control, la infantería estaba cada vez más cansada, los tanques, poco fiables desde el punto de vista mecánico, se averiaban, y las líneas de abastecimiento eran demasiado extensas. Mientras tanto, los alemanes adelantaron sus reservas, reforzando la línea y ocupando las viejas líneas de trincheras que cubrían toda la zona del Somme. A medida que aumentaba la resistencia, iba poniéndose de manifiesto que sin un apoyo eficaz de la artillería y de los tanques las pérdidas británicas ascenderían vertiginosamente. Rawlinson y los mandos de su Cuerpo de Ejército se dieron cuenta de que su ataque estaba perdiendo fuelle. Pero no les tocaba a ellos decidir la suspensión de las operaciones. Esa decisión correspondía a un nivel superior en la cadena de mando. Haig examinó su caso y determinó que sus subordinados tenían razón. Pero todavía tenía que bregar con Foch, que estaba decidido a seguir presionando. A continuación se produjo el típico enfrentamiento en el que Foch intentó ordenar al implacable Haig que se plegara a su voluntad. No tardaría en descubrir que, por mucho que fuera el comandante en jefe, no tenía derecho a controlar el despliegue táctico de los ingleses.

> Foch me presionaba para que atacara las posiciones que seguía ocupando el enemigo en el frente Chaulnes-Roye. Decliné hacerlo porque solo podían ser tomadas a costa de graves pérdidas de hombres y de tanques. Yo había ordenado al I Ejército francés y al IV Ejército [británico] que pospusieran los ataques, pero que siguieran presionando en ese frente para hacer creer al enemigo que iba a producirse un ataque en dicho frente, mientras que trasladé mis reservas al III Ejército. Foch quería saber qué órdenes de ataque había dado yo: ¿cuándo proponía atacar? ¿Dónde? ¿Y con qué tropas? ¡Creo que realmente quería de mí una declaración escrita en ese sentido para sus archivos! Hablé a Foch de las instrucciones que había dado a Byng y Horne, y le dije que Rawlinson también colaboraría con su flanco izquierdo entre el Somme y el Ancre cuando el III Ejército hubiera avanzado y hubiera aliviado en parte la presión, que seguía siendo muy fuerte en ese sector. Hablé a Foch con bastante franqueza, y le di a entender que yo era el responsable de manejar las fuerzas británicas. La actitud de Foch cambió de inmediato y dijo que lo único que quería era una informa-

ción previa de mis intenciones, para poder coordinar las operaciones de los otros ejércitos, y que pensaba que mi decisión de no atacar al enemigo en la posición que ya tenía preparada era bastante acertada.[47]

Mariscal de campo sir Douglas Haig, cuartel general, BEF.

Resultado de todo ello fue que Haig ordenara a su IV Ejército descansar y recuperar sus fuerzas, mientras que el III Ejército, situado en las inmediaciones, debía hacerse cargo del ataque. Así acabó la batalla de Amiens justo al cabo de tres días, el 11 de agosto de 1918. En total se había conseguido efectuar un avance de veinte kilómetros, pero lo que de verdad importaba era el grave daño infligido al ejército alemán. Aunque los Aliados habían sufrido unas 46.000 bajas, se calcula que los alemanes perdieron entre 48.000 y 75.000 hombres, de los cuales casi 30.000 fueron prisioneros de guerra. Tras las pérdidas sufridas ya durante las ofensivas de 1918, los alemanes no podían seguir aguantando unos sacrificios de esa magnitud. Ludendorff veía claramente lo que se le venía encima.

Nuestra maquinaria de guerra ya no era eficaz. Nuestra capacidad de combate se había resentido, aunque la inmensa mayoría de las divisiones seguían combatiendo heroicamente. El 8 de agosto dejó fuera de toda duda la decadencia de esa capacidad de combate, y en semejante situación, por lo que respecta a las reservas, no tenía esperanza alguna de encontrar un expediente estratégico que me permitiera dar la vuelta a la situación y ponerla a nuestro favor. Por el contrario, estaba convencido de que ahora carecíamos de los sólidos cimientos sobre los cuales el alto mando había podido hasta entonces construir sus planes, al menos en la medida de lo posible en una guerra. Como luego afirmaría yo mismo, el mando asumió en aquellos momentos el carácter de un juego de azar irresponsable, cosa que siempre he considerado fatal. El destino del pueblo alemán era una apuesta demasiado elevada para mí. Había que poner fin a la guerra.[48]

Generalquartiermeister Erich Ludendorff, alto mando alemán.

Aun así, todavía quedaban muchos duros combates por librar. El ejército alemán seguía siendo un enemigo mortífero y la guerra abierta, deseada durante tanto tiempo, era una amante cruel, como habían descubierto los franceses en 1914. Aquel fue el comienzo de una campaña de tres meses de duración que fue una de las más duras que emprendiera nunca el

ejército británico, y la única compensación era el hecho de que llevaba las de ganar. Los combates librados irían desde los asaltos en toda regla en posiciones defensivas escalonadas hasta las emboscadas sangrientas y las consiguientes escaramuzas frenéticas. Hay pocas operaciones militares más difíciles que un avance para tomar contacto a través de un terreno desconocido contra un enemigo oculto. La guerra se encontraba ya en sus últimas fases, pero las listas de bajas seguían creciendo vertiginosamente. La guerra no había resultado nunca más dolorosa.

La batalla de Albert comenzó el 21 de agosto, cuando las trece divisiones del III Ejército del general sir Julian Byng se abrieron paso a la fuerza entre los ríos Ancre y Scarpe, al norte del Somme. Mientras tanto, el X Ejército francés había lanzado un ataque al sur del IV Ejército, que dio comienzo el 20 de agosto. Se realizaron progresos considerables cuando la línea alemana empezó a fragmentarse. Haig instó a sus generales a aprovechar la ocasión.

> Para sacar provecho de la actual situación, es deseable llevar a cabo en todas partes la ofensiva más enérgica. Riesgos que hace un mes habría sido un auténtico crimen arrostrar, deben arrostrarse ahora como un deber. Ya no es necesario avanzar en líneas regulares y paso a paso. Por el contrario, a cada división hay que asignarle un objetivo distante que debe ser alcanzado independientemente del vecino, aun cuando de ese modo se exponga de momento el propio flanco. Deben enviarse refuerzos a los puntos en los que nuestras tropas estén ganando terreno, no a aquellos en los que encuentren resistencia. Una vigorosa ofensiva contra los sectores en los que el enemigo sea débil hará que caigan las posiciones fortificadas hostiles, y a su debido tiempo todo nuestro ejército será capaz de continuar el avance. La situación nos es sumamente favorable; que cada uno de nosotros actúe con energía y avance sin vacilar hacia nuestro objetivo.[49]
>
> Mariscal de campo sir Douglas Haig, cuartel general, BEF.

Durante el resto del mes de agosto británicos y franceses lograrían efectuar progresos mientras los alemanes se esforzaban en impedir su avance y traían más reservas. Pronto le tocaría el turno al I Ejército del general sir Henry Horne, que

atacó en el sector de Arras el 26 de agosto de 1918, obligando a los alemanes a replegarse hacia Monchy-le-Preux, como el 9 de abril de 1917.

En la zona del Somme la retirada alemana fue más general y Monash se mostró decidido a utilizar la carrerilla que había tomado su Cuerpo australiano para saltar sobre el Somme, tras el cual los alemanes intentaban estabilizar su frente. Sus hombres estaban agotados, el número de sus efectivos disminuía, pues cada acción se cobraba todos los días sus correspondientes víctimas. En poco tiempo las brigadas habían reducido su tamaño apenas al de un batallón. Pero habían puesto en fuga a los alemanes. La batalla decisiva tuvo lugar en el monte San Quintín, a casi dos kilómetros al norte de Péronne. Los australianos cruzaron el río y penetraron en las posiciones alemanas, tomando la colina el 31 de agosto, para ser expulsados de ella de inmediato a consecuencia de un contraataque alemán. Al día siguiente no hubo errores y los australianos cosecharon una gloriosa victoria que de un solo golpe acabó con la integridad de la línea alemana a lo largo del Somme. Pero los alemanes no fueron obligados a retirarse en todas partes.

El 2 de septiembre, el Cuerpo canadiense atacó la línea Drocourt-Quéant, que era una extensión de la Línea Hindenburg. También esta unidad obtuvo un gran éxito cuando logró superar la intermitente resistencia alemana.

> Nuestro grupo de unos veinte hombres se puso en marcha bajo el fuego de artillería y de ametralladoras del enemigo. Al cabo de un rato llegamos a la derecha de la aldea y nos metimos por una carretera situada en una hondonada. Un poco más a la derecha había un puñado de alemanes que la machacaban desde un viejo molino de viento. Abrimos fuego contra ellos con fusiles y ametralladoras y les causamos varias bajas. Tras avanzar un poco por la carretera de la hondonada, rebasamos por los flancos dos nidos de ametralladora y cogimos por sorpresa a sus ocupantes sencillamente rodeándolos de hombres. Pegamos unos cuantos tiros y capturamos a todo aquel grupo de prisioneros, unos cien o ciento cincuenta. Mientras subíamos por la carretera de la hondonada con los

prisioneros para prestar ayuda, miré casualmente a mi izquierda. Vi allí otro nido de ametralladoras densamente guarnecido de hombres que disparaban por la izquierda desde un terraplén. Me eché cuerpo a tierra a la orilla de aquella carretera hundida y disparé contra el hombre que manejaba la ametralladora. Cayó rodando de espaldas y con él la ametralladora. Llegaron junto a mí unos cuantos chicos más y se pusieron también a disparar. Alcanzamos a varios otros, pero los demás no tardaron en levantar las manos en señal de rendición.[50]

Soldado Morley Timberlake, 46.º Batallón (Saskatchewan Sur).

Al final los alemanes no tuvieron más remedio que replegarse al canal del Norte y a la Línea Hindenburg. En Flandes también fueron obligados a abandonar los territorios ganados en la zona del Lys para acortar la línea y conservar sus tropas.

En medio de los combates se produjo un hecho significativo: el lanzamiento, el día 12 de septiembre, de la primera ofensiva en toda regla de los americanos en el saliente de Saint-Mihiel. Fue la máxima experiencia de aprendizaje de los americanos bisoños, que tuvieron que dominar las múltiples disciplinas propias de una ofensiva en las penosas condiciones de la guerra moderna. El bombardeo de la artillería fue feroz, aunque en este sentido los americanos se apoyaron prudentemente en la experiencia y la protección de la artillería francesa. En la atmósfera reinaba el buen humor.

Salto de la cama y saco la cabeza de la tienda. Habíamos recibido órdenes de estar al otro lado de las líneas en grandes formaciones al amanecer. Fue un momento sumamente excitante de mi vida darme cuenta de que el gran ataque americano en el cual se habían depositado tantas esperanzas ya estaba en marcha. Supongo que todos los norteamericanos del mundo habrían querido participar en ese gran ataque. El sonido mismo de los cañones le hacía a uno estremecerse y le llenaba de excitación. Parecía que la buena reputación de Estados Unidos se hallaba ligada al resultado de aquel ataque.[51]

Capitán Edward Rickenbacker, 94.º Escuadrón Aéreo, AEF.

A las 05.00 las tropas se lanzaron al ataque. Rickenbacker lo observaba todo desde el aire.

Encontramos a los alemanes dando gritos a nuestra espalda. Se presentó ante nosotros un objetivo especialmente atractivo mientras sobrevolábamos la carretera. Vimos que de repente se nos venía encima toda una batería de cañones Bosche de 76 mm. Ocupaban por lo menos un kilómetro entero de carrete-

ra. Lanzándome en picado hacia la cabeza de la columna disparé unas cuantas balas sobre los primeros tiros de caballos. Los animales cayeron a derecha e izquierda. Un conductor se levantó de un brinco de su asiento y empezó a correr en busca de alguna zanja. A mitad del camino arrojó al suelo sus armas y cayó dando vueltas boca abajo. ¡Se había puesto justo delante de la ráfaga de balas de mi ametralladora! Continuamos disparando a lo largo de toda la línea: primero ladeando ligeramente nuestros aviones para lanzar una ráfaga corta, y luego remontando un poco el vuelo para alcanzar cierta altura y repetir la actuación. Toda la columna fue presa de una terrible confusión. Los caballos echaban a correr desbocados y salían huyendo. Algunos eran abatidos y caían de golpe. La mayor parte de los conductores y de los artilleros se habían refugiado entre los árboles antes de que pudiéramos alcanzarlos.[52]

Capitán Edward Rickenbacker, 94.º Escuadrón Aéreo, AEF.

El avance fue un éxito relativamente fácil de la AEF, pues en cualquier caso los alemanes habían estado preparándose para evacuar el saliente. Pero los estadounidenses habían alcanzado su objetivo y habían adquirido una experiencia que les resultaría muy útil de cara a pruebas más importantes.

Haig estaba decidido a derrotar a los alemanes en 1918. Estaba dolorosamente familiarizado con su capacidad de regenerar sus fuerzas y estabilizar sus posiciones defensivas en cuanto se les daba la más mínima oportunidad de hacerlo. Ante las imponentes fortificaciones de la Línea Hindenburg, Haig tenía la opción de atacar aquel mismo otoño o de suspender las operaciones e intentar la misma acción en la primavera de 1919. Por fortuna, el mariscal inglés encontró en Foch un superior que, tras sus enfrentamientos iniciales, compartía con él la misma visión general de la guerra; un hombre igualmente decidido a no dar un respiro a los alemanes. Foch coordinó brillantemente los ataques de un extremo a otro del Frente Occidental: el primer día los franceses y los americanos asestarían un duro golpe en la zona Mosa-Argonne, al día siguiente los ingleses lanzarían a su I y su III Ejército contra la Línea Hindenburg y atacarían por Cambrai. Al tercer día, los franceses, los belgas y el II Ejército británico atacarían en Flandes. Y por último, el cuarto día tendría lugar una nueva

ofensiva cuando el IV Ejército británico atacara la Línea Hindenburg en la región del Somme. Agraciado con una abundante provisión de piezas de artillería y de municiones, Foch iba a poder atacar donde quisiera. En vez de persistir allí donde los alemanes estaban centrando sus esfuerzos y acumulando sus reservas, podía cambiar de dirección y atacar en un lugar en el que el enemigo no estuviera tan bien preparado. Actuando de esa manera Foch se metió dentro del «círculo de mando» mientras que Ludendorff se quedaba pataleando, obligado siempre a reaccionar ante el último ataque e incapaz en todo momento de hacerse con el control de una situación que fluctuaba constantemente. Fue aquella una forma incipiente de guerra de maniobra en todo menos en el nombre, que intentó desbaratar al ejército alemán ejerciendo sobre él una presión constante en los momentos y los lugares en los que menos capacidad tuviera de responder.

La asombrosa serie de ataques, cuya magnitud reflejaba los enfrentamientos de la gigantesca batalla de las Fronteras de 1914, comenzó a las 05.30 del 26 de septiembre. El IV Ejército francés y el I Ejército estadounidense atacaron a lo largo de un enorme frente de setenta kilómetros de longitud entre el Mosa y Reims. Los franceses ya habían hecho de todo. Pero los americanos seguían siendo bisoños y esta vez descubrirían que los alemanes no tenían la menor intención de retirarse.

> Solo cinco minutos más de vida para muchísimos chicos. Cuatro minutos, tres minutos, dos y por fin uno. «¿Listos? ¡Allá vamos!» En el instante en que empezamos a salir de la trinchera la artillería arremetió contra los alemanes. Y en ese mismo instante los alemanes arremetieron contra nosotros con su artillería y sus ametralladoras. Inmediatamente empezaron a caer hombres. Gritos y gemidos, sollozos y lamentos llenaban el aire, y podían oírse incluso por encima del rugido de los cañones y del estallido de las bombas enemigas. Las bombas explotaban por encima de nuestras cabezas y a nuestros pies. Hasta el aire nos estallaba en la cara. Las balas de las ametralladoras enemigas atravesaban a nuestros soldados como si fueran granizo y se cobraron un alto precio en vidas.

Aquello era una caldera hirviendo, toda fuego y humo, plomo candente y metralla, en la que parecía que estábamos atrapados y que íbamos a morir, pero algunos seguíamos adelante sin parar. Entre nuestras líneas y los alemanes había un gran pantano. Para que pudiéramos atravesarlo nuestros ingenieros habían construido algunas pasarelas al amparo de la noche. No tardaríamos en descubrir que cruzar por ellas era demasiado lento y, como estábamos perdiendo muchas tropas, el capitán McCormack, el oficial al mando de nuestra compañía, tomó la delantera y se tiró al pantano. Todos fuimos tras él, portando los fusiles en alto. Avanzando entre el verdín y el agua que nos llegaba hasta los sobacos, cruzamos la charca. Al otro lado, el terreno era pantanoso y no podía aguantar nuestro peso. Si no conseguíamos caminar sobre un montón de hierbas acuáticas, continuamente teníamos que ayudarnos unos a otros a salir del fango. Esta característica del terreno probablemente salvara la vida a un montón de hombres al impedir que los alcanzara la metralla. Cuando las bombas brillaban al pasar por allí, aunque su detonación fuera instantánea, los chicos se enterraban en el barro y esperaban a que explotaran. Por fin atravesamos el pantano y entonces chocamos con la alambrada alemana. Caminamos por encima de la alambrada en vez de intentar pasar entre medias de ella, pero muchos logramos abrirnos paso varias veces para acabar enredados en ella. La marcha fue durísima. Los soldados se desgarraban la ropa por doquier debido a los frenéticos esfuerzos que realizaban por desenredarse y alcanzar las trincheras y a los alemanes.[53]

Soldado Charles Dermody, 132.º Regimiento de Infantería, AEF.

Los «Doughboys», como eran apodados los soldados de infantería norteamericanos, combatieron muy bien y lograron avanzar casi diez kilómetros antes de quedar atrapados en aquella maraña de bosques, colinas y valles, que hacen de la zona del bosque de Argonne un terreno ideal para la defensa. Los combates fueron muy intensos, y supusieron una experiencia brutal para ellos al tener que enfrentarse a un ejército alemán que quizá estuviera en las últimas, pero que seguía siendo peligroso cuando se veía acorralado. No obstante, los americanos aguantaron, siguieron adelante de colina en colina, abriéndose paso a través del Argonne, de modo que su sola presencia y su progresiva fuerza constituían para los alemanes un recordatorio constante de que no tenían escapatoria de la derrota. Los combates continuarían con breves intervalos durante todo el mes de octubre hasta bien entrado noviembre de 1918.

No habíamos contado con una acción de la retaguardia alemana. Y sin duda nos habían oído decir a nuestros hombres que se prepararan. Eran soldados que llevaban cuatro años de adiestramiento en el frente. Habían dejado sus líneas guarnecidas aquí y allá con ametralladoras, habían dejado a sus hombres de la retaguardia que lucharan a muerte, y lentamente habían retirado al grueso de las tropas. La mayoría de nosotros, jóvenes oficiales norteamericanos, sabíamos poco de lo que era la guerra de verdad. Teníamos la osadía, pero no la instrucción del viejo oficial curtido en el frente. Los alemanes se limitaron a esperar, y a continuación pusieron ante nosotros una cortina de acero y de fuego. Y las ametralladoras se cebaron en nosotros. Nuestra compañía estaba formada por doscientos hombres. Al cabo de unos minutos casi la mitad de ellos estaban muertos o heridos. A Felbel lo mataron al instante, y ni siquiera llegué a ver su cadáver. Un ordenanza llegó hasta donde yo estaba y me dijo que lo habían matado. Me puse al mando de la compañía. No había ni un solo sargento. Literalmente perdimos a todos. No había cornetas, ni banderas, ni tambores y, por lo que sabíamos, tampoco había héroes. Aquel ruido grandioso era igual que un silencio grandioso, todo parecía borrado. No sabíamos muy bien dónde estaban los alemanes. Simplemente nos encontrábamos en un gran punto negro con rayas de un color rojo y amarillo chillón, con gigantes rugiendo en el cielo, destrozándolo todo, dando vueltas y rugiendo. Se produce un enorme grito silbante, un estallido aplastante, y parece que te lo arrancan todo. Su intensidad simplemente se te mete en el corazón y en el cerebro y te rompe los nervios. Aunque habían muerto tantos hombres, no quedaba nada más que hacer sino seguir adelante. Y lo que teníamos delante eran densas afloramientos de árboles y alambradas para mantenernos bien lejos.[54]

Teniente Maury Maverick, 28.º Regimiento de Infantería, AEF.

A pesar de todo, siguió adelante y logró entrar gateando por un hueco abierto en la alambrada. A continuación

Una bomba estalló por encima de mi cabeza. Me arrancó un trozo del omóplato y de la clavícula y me arrojó al suelo. Fue un golpe terrible, pero no perdí el conocimiento. Creo que fue el estallido de la bomba, la onda expansiva, lo que me derribó, y no la bomba propiamente dicha. No habían pasado ni cinco segundos, me pareció, y un hombre del Cuerpo Médico estaba ya vendándome las heridas. Recortó la parte de la guerrera correspondiente a la herida y me vendó el hombro de tal forma que no sangraba mucho. Cuando me levantó del suelo, busqué a mis cuatro ordenanzas y vi que los dos del centro habían quedado reducidos a un horrible montón de tripas rojas, de sangre y de carne, mientras que los dos hombres de los extremos habían quedado un poco menos mutilados, aunque de manera igualmente fatal. No recordaba haber visto nunca nada igual, excepto la matanza de un cerdo por Navidad allá en la granja de Texas.[55]

Teniente Maury Maverick, 28.º Regimiento de Infantería, AEF.

A menudo los americanos descubrían que su inexperiencia y sus escasos conocimientos tácticos les costaban muy caros, pero siguieron adelante. Como los franceses en 1914 y los ingleses en 1916, aprendieron la lección a lo bruto. Y nadie podría dudar de su valor. A veces sus bajas resultarían dolorosísimas. En total los americanos sufrirían unas 117.000 bajas, los franceses que lucharon a su lado otras 70.000, mientras que los cálculos de las que sufrieron los alemanes se sitúan entre las 90.000 y las 120.000.

Mientras tanto, el segundo de los grandes ataques aliados fue lanzado el 27 de septiembre por el I y el III Ejército británico. En este caso el mayor obstáculo a su avance fue el canal del Norte, cuyas obras todavía no habían concluido. Aunque en su mayor parte sin agua, representaba por sí solo un grandísimo obstáculo y tras él había tres sistemas de defensa alemanes, que se extendían a una profundidad de más de ocho kilómetros. El teniente general sir Arthur Currie adaptó los planes de su artillería a este problema. El 18 de septiembre había dado comienzo un largo y lento bombardeo de las alambradas, pero no se produjo un *crescendo* que diera paso al asalto final y permitiera cierto grado de sorpresa cuando las tropas se lanzaran al ataque a las 05.20 de la madrugada con una aplastante cortina de fuego móvil. Los canadienses capturaron todos sus objetivos y de hecho a lo largo de la línea correspondiente al I y al III Ejército obligaron a los alemanes a replegarse.

Al día siguiente, tuvo lugar una nueva gran ofensiva cuando, el 28 de septiembre, el II Ejército de Plumer, acompañado por los franceses y los belgas, intentó borrar por fin del mapa el saliente de Ypres. Siguieron las huellas, y de hecho hollaron las tumbas, de cientos de miles de soldados que los habían precedido. Pero esta vez la artillería alemana fue silenciada por su fuego de contrabatería y los temibles búnkeres

fueron volados y arrasados. La táctica ofensiva flexible de las fuerzas aliadas fue adaptándose a las distintas situaciones, utilizando tranquilamente la combinación de armas —artillería, bombas de gas, tanques, morteros, granadas de fusil— que fueran necesarias para superar cualquier obstáculo. En un solo día atravesaron todos los campos de batalla de Ypres para acometer las colinas de Passchendaele.

Y por fin se produjo el ataque contra la Línea Hindenburg efectuado por el IV Ejército de Rawlinson el 29 de septiembre. El II Cuerpo de Ejército americano, puesto para la ocasión al mando de Monash, atacaría en el punto en el que el canal de San Quintín corre bajo tierra entre Bellicourt y Vendhuile. El Cuerpo australiano estaría dispuesto a aprovechar cualquier éxito que se produjera. Lo más sorprendente fue el intento de cruzar las tranquilas aguas del canal de San Quintín llevado a cabo por la 46.ª División del IX Cuerpo de Ejército británico.

> Dio comienzo un enorme bombardeo. Fue tremendo. Sobre la parte de atrás del canal cayó todo lo que pudiera impedir que llegaran sus reservas. El otro lado sabía que algo estaba pasando por la intensidad de nuestro bombardeo, así que lanzaron sus bengalas, verdes y doradas, y luego llegó el contrabombardeo. El estruendo era impresionante. Aunque se dieran órdenes, era imposible oírlas. Cruzamos, deslizándonos y resbalando por la orilla del canal hasta alcanzar el agua fría del fondo. La orilla opuesta estaba cuajada de nidos de ametralladoras, situados en túneles abiertos en la escarpada orilla de nueve metros de altura. No sé cómo alguno de nosotros pudo llegar al agua, pero un número sorprendente de hombres lo consiguió. El agua nos llegaba a los sobacos, y sujetar el fusil por encima de la cabeza era ya bastante difícil sin tener además una ametralladora disparándote. Mientras nos abríamos paso hacia la orilla quedamos por debajo de algunas ametralladoras, circunstancia que dificultaba que pudieran alcanzarnos, así que mi grupo y otros muchos se pusieron a tirar granadas Mills en los túneles que teníamos más cerca, al tiempo que intentábamos agarrarnos para salvar la vida a cualquier mínima protuberancia que hubiera en la orilla. Al cabo de tantos años sigo sin saber cómo pudimos salir adelante.[56]
>
> Cabo George Parker, 1/8.º Batallón del Regimiento de los Guardabosques de Sherwood.

Pero al final lo consiguieron, y en la fase de consolidación capturaron cuatro mil doscientos prisioneros, setenta cañones y más de mil ametralladoras. Una división británica bastante normal y corriente, sin un gran historial, había llevado a cabo una proeza seguramente impensable en cualquier otro momento anterior de la guerra. El IV Ejército había roto por completo la Línea Hindenburg, dando inicio al avance hacia las fronteras alemanas. El caudaloso Rin tal vez pudiera detenerlos, pero era evidente que los Aliados habían ganado la guerra. Lo único que quedaba por ver era si serían capaces de concluirla en 1918.

En octubre los soldados alemanes eran conscientes de la situación y sabían que habían sido derrotados, sobre todo los que estaban en el frente. Y no solo eso, pues cuando iban a sus casas de permiso podían ver la desintegración de la economía de su país y las grietas que estaban abriéndose en la sociedad alemana. Los años de privaciones y sufrimientos habían culminado en una situación de malestar y descontento generalizado y en graves tensiones políticas. El 3 de octubre fue nombrado un nuevo canciller, el príncipe Maximiliano de Baden, pero sus aparentes reformas liberales y el nombramiento de unos cuantos ministros socialistas emblemáticos no sirvieron para apaciguar a la izquierda, cada vez más furiosa, y lo único que lograron fue provocar las iras de la derecha. La combinación de la derrota en el campo de batalla, la división política en el país y un futuro tan desesperanzador constituyó un potente brebaje que desestabilizó el orden y la disciplina de los soldados en el frente. Este hecho queda perfectamente ilustrado en la leyenda del cabo Alvin York durante los combates en las Ardenas el día 8 de octubre. Este emprendedor suboficial americano, actuando aparentemente solo todo el tiempo, había conseguido la rendición de un gran número de soldados enemigos. Los americanos, por supuesto, cantaron

sus proezas; los alemanes, en cambio, se mostraron más escépticos. Un oficial germano, el teniente Schleicher, reflexionaría sobre los motivos de que las cosas se encontraran en ese estado en los siguientes términos.

> Cualquiera que sepa verdaderamente cómo era la moral de nuestras tropas por aquel entonces tiene que admitir que resultaba relativamente fácil para los americanos llevar a cabo actos de heroicidad. Solo puedo confirmar que en las trincheras el espíritu de combate de nuestros hombres estaba por los suelos. Unos días antes de este episodio nos fue imposible emprender una contraofensiva simplemente porque nuestros hombres ya no estaban dispuestos a lanzarse al ataque. Mientras corría entre las bombas enemigas al frente de mi compañía, me encontré de repente en primera línea seguido solo por un sargento y cuatro soldados; el resto de mi compañía estaba «desaparecida». Cuando regresé a toda prisa a la retaguardia, vi a mis hombres, junto con los de otras compañías e incluso varios oficiales al mando, descansando a la entrada del bosque. Utilizar cualquier medida de fuerza habría sido completamente inútil. Pero era bastante comprensible que se hubiera llegado a ese estado de las cosas, pues (1) nuestra unidad había estado en primera línea de combate desde el 26 de septiembre, día en el que los Aliados lanzaron su ofensiva, y la excesiva tensión nerviosa, las inclemencias del tiempo y el terreno pantanoso —pasábamos las noches a la intemperie, sin ningún tipo de protección— habían socavado la moral; y (2) muchos de los nuestros no estaban precisamente en forma para prestar servicio activo. Los reemplazos enviados al frente no tenían las condiciones físicas y mentales adecuadas y no habían recibido un adiestramiento apropiado. Estos hombres se enfrentaban a tropas americanas que, según tengo entendido, eran relevadas al cabo de pocos días. Además, los americanos estaban fuertes y tenían un aspecto saludable; en su mayoría eran voluntarios y, por lo que pude observar de camino al campo de prisioneros, tenían a su disposición todo tipo de artículos e instalaciones. Contaban con depósitos de provisiones a lo largo de las carreteras para que pudieran abastecerse de lo necesario y también con un gran número de vehículos motorizados. No cuesta entender que estos soldados tan bien equipados pudieran coger fácilmente por sorpresa a nuestras desmoralizadas tropas.[57]
>
> Teniente Schleicher, 212.º Regimiento de Infantería de Reserva.

Los ejércitos de los Aliados —el británico, el francés, el estadounidense y el belga— avanzaban por casi todo el Frente Occidental. Lo hacían ganando en el campo de batalla, pero pagando un alto precio por ello, pues las bajas seguían siendo muy elevadas: era, sin lugar a dudas, una forma de guerra realmente sanguinaria. Resulta sumamente estremecedor que

de los 1,2 millones de hombres que sirvieron en la BEF entre agosto y noviembre de 1918, alrededor de 360.000 acabaran siendo bajas. La situación era insostenible: la BEF estaba consumiéndose. Los franceses y los estadounidenses también sufrían lo suyo. Parecía la guerra del fin del mundo.

Pero Alemania era por fin derrotada; más aún, las Potencias Centrales estaban acabadas. Las malas noticias llegaban desde todos los rincones. Los turcos estaban sumidos en el caos tanto en Palestina como en Mesopotamia; y los búlgaros se retiraban en Salónica. El alto mando alemán era consciente de la derrota, pero al mismo tiempo trataba de encontrar una salida estratégica que le permitiera reemprender los combates en 1919.

> El armisticio es militarmente necesario para nosotros, pues pronto estaremos al límite de nuestras fuerzas. Si no trae una paz, al menos nos librará de enfrentarnos al enemigo, nos permitirá descansar y también ganar tiempo. Y si es necesario, luego estaremos más preparados para luchar que ahora.[58]
>
> Mariscal de campo Paul von Hindenburg, alto mando alemán.

Tanto Hindenburg como Ludendorff se aferraban a la idea de que podían defender a la madre patria y de que sus enemigos estaban debilitándose, al límite de su resistencia.

> Si la guerra se acercara a nuestras fronteras, si el sentimiento de protección de todo lo que nos es querido, de todo lo que significa para nosotros la patria, se presentara inmediatamente ante el alma de todos los hombres que están en el frente que supieran lo que es «el teatro de operaciones de la guerra», «el campo de batalla» y «la zona segura por la que discurren las líneas de aprovisionamiento y comunicación»; si la guerra amenazara el suelo alemán con toda la magnitud de su fuerza aniquiladora, creo que nuestro pueblo de setenta millones de alemanes se levantaría otra vez como un solo hombre, decidido y dispuesto a desplegar toda la gigantesca fuerza que todavía tiene a su alcance.[59]
>
> *Generalquartiermeister* Erich Ludendorff, alto mando alemán.

Como era de esperar, los Aliados no quisieron caer en una trampa tan clara como aquella. Estaban firmemente decididos a imponer diversas condiciones a cualquier negociación de paz con el fin de dejar completamente inservible la máquina de guerra alemana en un futuro próximo.

Pensando en la posteridad, los líderes militares y políticos de Alemania hacían malabarismos para eludir todo tipo de acusaciones que los señalaran como responsables directos de la derrota. Y mientras se dedicaban a esto, la guerra seguía su curso. Pero no cabía la posibilidad de que Alemania pudiera redimirse en el último minuto: su esfuerzo por superar el orden europeo existente estaba condenado al fracaso. En aquellos momentos Ludendorff sufría las secuelas de una especie de crisis nerviosa y parecía incapaz de mantener de un día para otro una actitud coherente. Al final, el 26 de octubre, tras una acalorada discusión con el káiser, presentó su dimisión. Fue sustituido como jefe de estado mayor de Hindenburg por el general Wilhelm Groener, que era perfectamente consciente de que para Alemania el juego había terminado. Con la capitulación de Bulgaria el 30 de septiembre, la de Turquía el 30 de octubre y la de Austria-Hungría en el frente italiano el 3 de noviembre, Alemania se quedó sola en la guerra y sin ninguna esperanza de salir airosa.

Las últimas ofensivas aliadas empezaron el 4 de noviembre. El IV, el III y el I Ejército británico atacaron en un amplio frente. En líneas generales, los asaltos fueron culminados con éxito, pero a costa, como siempre, de un gran número de dolorosas bajas. Entre los caídos aquel inmisericorde y gélido día figuraba un hombre que tendría un gran impacto en la opinión pública británica, al menos en la forma en la que esta acabaría por comprender la Gran Guerra. El teniente Wilfred Owen del 2.º Batallón del Regimiento de Mánchester era un prometedor poeta que en 1917 había servido en el Frente Occidental hasta que le diagnosticaron un trastorno de estrés postraumático, y fue enviado de vuelta a Gran Bretaña para recuperarse. Durante su convalecencia en el hospital de guerra Craiglockhart conoció a otro autor ya famoso, Sigfried Sassoon. Bajo la tutela de Sassoon floreció la obra poética de

Owen, que no sería publicada hasta su muerte. Sus poemas de guerra, como, por ejemplo, «Dulce et decorum est», «Strange Meeting» y «Anthem for Doomed Youth», se han convertido en el paradigma de la visión popular de la inutilidad y el dolor de la guerra. Owen murió trágicamente cuando cruzaba con sus hombres el canal del Sambre en medio de un intenso bombardeo. Está enterrado en el cementerio comunal de Ors.

Noviembre era casi siempre un mes durísimo y horrible para combatir, pero como todo parecía augurar el fin de la guerra, se convirtió en un período especialmente determinante en 1918. Aunque las lluvias impedían los avances, los alemanes seguían haciendo todo lo posible por frenar a sus perseguidores: volaban puentes, derribaban árboles y destruían casas para bloquear las carreteras. Las trampas cazabobos y las minas de acción retardada también contribuyeron a ralentizar el avance aliado. En muchas localidades, los británicos pudieron comprobar a su llegada cómo la población civil francesa se había liberado por fin de años de ocupación alemana.

> A nuestra llegada, la gente empezó a salir corriendo de sus casas a pesar de los bombardeos. Cuando alcanzamos la *Grande Place* estábamos rodeados por una multitud de gente entusiasmada, simplemente presa de una alegría delirante. Yo llevaba un poco de chocolate para darlo a los niños, pero enseguida se acabó. Luneau fue apeado de su caballo y cubierto de besos. A mí también estuvieron a punto de arrastrarme, pero conseguí mantenerme en mi sitio. Me besaban en las botas, y levantaban a sus criaturas para que las besara. Todos reían, lloraban y gritaban: «Vive la France! Vive l'Angleterre!». Algunos pescaron una bandera francesa para colgarla de la ventana de su casa. Nos pedían periódicos franceses y cualquier noticia que pudiéramos darles. Y durante todo el tiempo los teutones no paraban de bombardear, ¡pero a nadie le importaba un pimiento! Cuando desmontamos delante de la casa del alcalde, una bomba impactó en el edificio y un pedazo de metralla pasó volando entre Luneau y yo. ¡Menuda suerte la mía si llega a alcanzarme cuando el final estaba ya tan cerca![60]
>
> Comandante Thomas Westmacott, cuartel general, 24.ª División.

Este mismo pensamiento estaba clavado en la cabeza de todos los soldados. Pero el avance seguiría adelante sin interrupciones. Para los británicos hubo cierta ironía en el lugar elegido por el XVII Ejército alemán para cubrirse la retirada el 10 de noviembre: el sector de Mons donde todo había empezado para la BEF, hacía miles y miles de vidas. A las cuatro y media de la mañana del 11 de noviembre los canadienses habían despejado de alemanes la zona, y Mons volvió a pasar a manos de los británicos. Estaban realmente de vuelta al lugar en el que habían comenzado la guerra.

Las negociaciones de la rendición se basaron en los Catorce Puntos que el presidente Woodrow Wilson ya había avanzado el 8 de enero de 1918. Dichos puntos trataban de establecer un marco de coexistencia de las grandes potencias después de la guerra. Aunque en algunos aspectos pecaban de ingenuidad, al menos supusieron un punto de partida para entablar negociaciones. En virtud de este documento, Alemania debía devolver todo lo conquistado en el este y permitir la creación de un estado polaco fuerte e independiente. En el oeste, tenía que evacuar Bélgica y devolver Alsacia y Lorena a los franceses. Los líderes políticos aliados coincidían en su deseo no solo de someter a los alemanes, sino de mantenerlos sometidos durante un futuro próximo. De ahí que se exigieran cuantiosas reparaciones económicas para compensar el coste exorbitante que habían supuesto para los Aliados los daños de la guerra. Hubo algún pequeño roce cuando, en virtud de los Catorce Puntos, los americanos exigieron libertad absoluta de navegación tanto en tiempos de paz como en tiempos de conflicto, lo cual suscitó el rechazo de los británicos que veían en esta medida una probable prohibición al uso de sus habituales bloqueos como armas legítimas de guerra. La demanda, sin embargo, no prosperó: nadie quería que se produjeran largas demoras por asuntos de ese estilo. El 4 de noviembre, el Con-

sejo Supremo de Guerra de los Aliados ofreció a Alemania una paz basada en los Catorce Puntos, anunciando de paso que sería Foch el encargado de negociar los términos de un armisticio antes de convocar la conferencia de paz.

En Alemania reinaba una gran inestabilidad política. La Flota de Alta Mar se había amotinado, y las calles de Berlín eran el escenario de numerosas manifestaciones de protesta. El príncipe Maximiliano de Baden, el flamante canciller, dándose perfecta cuenta de que todo había acabado, envió el 8 de noviembre una legación civil y militar presidida por un político relativamente moderado, Matthias Erzberger, a negociar los términos de un armisticio con el enemigo que más temor e intimidación causaba, el mariscal francés Ferdinand Foch. Al mismo tiempo aconsejó al káiser que abdicara para evitar una inminente guerra civil. El emperador se negó, y el príncipe Maximiliano presentó su dimisión el 9 de noviembre, siendo sustituido como canciller por el líder parlamentario socialista, Friedrich Ebert. Mientras tanto, en el cuartel general del ejército en Spa, Bélgica, el káiser recibía del general Wilhelm Groener una dura lección de realismo: se le sugirió que partiera hacia el frente para morir al mando de sus ejércitos. Guillermo II declinó cortésmente la invitación y prefirió exiliarse de manera deshonrosa en Holanda, país al que llegó tras cruzar la frontera el 10 de noviembre. Su abdicación formal tendría lugar el 28 de ese mismo mes, aunque en aquellos momentos Alemania ya era en todos los sentidos una verdadera república.

Foch, ayudado por Haig, Pétain y Pershing había preparado meticulosamente todo lo que se esperaba conseguir de sus negociaciones con los representantes germanos: que Alemania no pudiera en ningún caso reemprender la guerra tras un breve armisticio. Los ejércitos alemanes solo dispondrían de catorce días para retirarse a su país, y deberían entregar cinco

mil cañones, treinta mil ametralladoras, tres mil morteros de trinchera y dos mil aparatos aéreos. El sistema logístico germano se vería también mermado por la entrega de cinco mil locomotoras, ciento cincuenta mil vagones de tren y cinco mil camiones. En lo concerniente a la marina, Alemania tendría que ceder seis mil dreadnoughts, ciento sesenta submarinos y ocho cruceros ligeros; por su parte, el resto de la Flota de Alta Mar sería internado en aguas aliadas, y la Marina Real británica seguiría manteniendo su bloqueo hasta la firma del tratado oficial de paz. Por último, los ejércitos aliados ocuparían la margen occidental del Rin y establecerían cabezas de puente fortificadas en Maguncia, Coblenza y Colonia, en una zona obligatoriamente desmilitarizada en la margen oriental del río. Los miembros de la legación alemana se entrevistaron finalmente con Foch en un vagón de tren estacionado en unos parajes muy poco propicios, el bosque de Compiègne, donde el mariscal francés no les ofreció más alternativa que firmar las condiciones impuestas, lo cual hicieron cumplidamente a las 05.15 del 11 de noviembre, apenas unas pocas horas antes de que se anunciara al mundo que el armisticio comenzaba a las once horas del día once del undécimo mes.

Siguieron muriendo hombres hasta el último momento, pero por fin los cañones dejaron de rugir a las 11.00 del 11 de noviembre. Los soldados reaccionaron de diversas maneras. Tal vez algunos militares de carrera y aventureros se sintieran decepcionados, pero la mayoría de los hombres se alegró al recibir la noticia.

> Todos mostraban una sonrisa de oreja a oreja. Nadie gritaba lleno de alborozo ni mostraba un entusiasmo incontrolado: simplemente todos sonreían de oreja a oreja, y creo que el motivo es que nadie podía encontrar las palabras adecuadas para expresar lo que sentía. Pienso en ese hombre que pone cada día en peligro su vida y que sueña con su casa más que con el mismísimo cielo, y que de repente comprueba que el peligro ya ha acabado y que su regreso al

hogar es prácticamente inminente. Que, al final, tras poner un día tras otro su vida en peligro, ha ganado: no es de extrañar que apenas pueda articular palabra y que se limite a sonreír.[61]

Capitán Cecil Gray Frost, Batería «L», 2.º Batallón de Ametralladoras, Cuerpo de Ametralladoras Canadiense, Fuerza Expedicionaria Canadiense.

Muchos reflejaban la bendición de verse aliviados de las tensiones y los horrores constantes de los combates. La desesperanza agotadora que suponía la guerra no siempre resultó evidente hasta que de pronto se desvaneció. De repente todos eran libres.

«Dickie —dijo el capitán Brown—, la maldita guerra ha terminado. ¡Ya ha terminado!» Y así era. No más carnicerías, no más mutilaciones, no más barro y sangre, no más muertes ni caballos y mulas destripados. No más amaneceres angustiosos en los que la lluvia helaba el alma. Ya no había que agazaparse en refugios inapropiados excavados en los muros de las trincheras, ni evitar las balas de los francotiradores. No más bombardeos espantosos. Ya no había que recoger con palas los pedazos de cuerpos humanos para meterlos en sacos de arena. No más gritos de «¡Camillero, camillero!». No más máscaras antigás. Se había acabado aquel odioso olor dulzón y azucarado que resultaba letal para los pulmones. Y ya no había que escribir aquellas difíciles y dolorosas cartas a los parientes de los caídos.[62]

Teniente Richard Dixon, 251.º Batería, 53.ª Brigada, Real Artillería.

Los soldados franceses tenían motivos para regocijarse, pero también a muchos camaradas a los que llorar. El ejército galo había combatido con increíble determinación, siempre, en cierto sentido, luchando contra la adversidad.

¡Demonios! Una sensación de felicidad nos embargó. No sé si las lágrimas llegaron a correr por mis mejillas. Como tantos otros, probablemente yo también gritara: «Vive la France!». Por un instante nos quedamos sin respiración ante tanta alegría. Los momentos de gran dolor son silenciosos; y también los de máxima felicidad. Luego las cosas fueron calmándose; recuperamos nuestra capacidad de hablar, y con ella empezamos a reaccionar como suelen hacerlo los franceses: «¡Tendremos que brindar por ello!». Sí, pero ¿con qué? No había vino tinto en aquel pequeño lugar, solo una botella de un repugnante vino espumoso que Bebert consiguió en una tienda y por la que el bastardo nos hizo pagar quince francos. La dividimos en dieciséis partes, apenas lo suficiente para tomar un trago.[63]

Soldado Ernest Brec, 77.º Regimiento de Infantería.

El armisticio supuso un gran alivio también para los alemanes, pero mientras lo celebraban se daban cuenta de que iban a tener que enfrentarse a las amargas consecuencias de la derrota.

> Leía la fatídica nota conteniendo la respiración y cada vez más estupefacto. ¿Cuáles eran las condiciones? ¡La evacuación de la margen izquierda del Rin, y también la de la derecha hasta una extensión de cuarenta kilómetros! … Ciento cincuenta mil vagones de tren … diez mil automóviles … cinco mil cañones pesados … la continuación del bloqueo … la entrega de los barcos de nuestra armada … No es posible. Esto es ridículo. Quiere decir que la guerra ha terminado. ¡Qué diferencia de la alegría que sentimos aquella mañana! «¡Esto es lo que se consigue con vuestra maldita hermandad!», gritaba a los espectadores repentinamente silenciosos. Me resultaba imposible soportar todo aquello, y salí corriendo para poder llorar de rabia en algún rincón solitario. Se produjo el estallido del último cohete; una tras otra, las sirenas fueron quedando mudas; pero en mi interior seguía habiendo una furia contenida, y me sentía invadido por una sensación de angustia terrible hasta lo más profundo de mi alma. Es una verdadera locura imponer unas condiciones tan vergonzosas a una nación industriosa e invencible como la nuestra.[64]
>
> Marinero Richard Stumpf, buque *Lothringen* de la Marina Imperial.

Los Aliados no se mostraron unos vencedores compasivos. Durante las negociaciones del armisticio, Erzberger, humillado, había leído una declaración a Foch protestando por la rigidez de los términos impuestos: «Hay un pueblo de setenta millones de personas que sufre, pero no está muerto». En su respuesta Foch resumió perfectamente la reacción de los Aliados ante el sufrimiento y la angustia de los alemanes: «Très bien!». La guerra había acabado, pero el odio y la animadversión perdurarían.

19

¿Un mundo sin guerra?

Tarde o temprano, Alemania perecerá de hambre y será derrotada. Austria se descompondrá en las distintas partes que la integran. Al final siempre ha ganado Inglaterra.[1]

Winston Churchill, ministro de Municiones.

La Gran Guerra fue una tragedia humana. Durante los cuatro años y tres meses de contienda perdieron la vida por las Potencias Centrales cerca de dos millones de soldados alemanes, además de 1.100.000 austrohúngaros, 77.000 turcos y 87.500 búlgaros; y por parte de los Aliados, alrededor de dos millones de rusos, 1.400.000 franceses, 1.115.000 hombres de todo el imperio británico, 650.000 italianos, 250.000 rumanos y 116.000 norteamericanos. Sumando todos los países del globo, se calcula que unos 9.722.000 soldados murieron en acción militar durante la guerra. Además, resultaron heridos aproximadamente 21 millones: unos se recuperaron relativamente sin mayores consecuencias, pero muchos quedaron llenos de cicatrices o mutilados de por vida. Estas cifras tampoco tienen en cuenta a los que quedaron traumatizados psicológicamente, desde los hombres que sufrieron neurosis de guerra y que no volverían a estar en su sano juicio hasta los millones de individuos que sufrieron lo que hoy se reconocería como trastorno por estrés postraumático. Estas cifras tampoco incluyen a los civiles que perdieron la vida durante el conflicto: no solo los aproximadamente 950.000 que murieron como consecuencia de alguna acción militar directa, sino también los 5.893.000 civiles que perecieron como consecuencia del hambre y de las enfermedades directamente relacionadas con la guerra. Las cifras desde luego son sobrecogedoras.

Alemania estuvo en la raíz misma de la Gran Guerra. Fueron muchas las causas y muchas las tensiones, pero al final en 1914 las ambiciones de Alemania no pudieron ser frenadas ni mantenidas dentro del *statu quo* de Europa. Una desgraciada combinación de belicosidad y de diplomacia inepta dejaron a Alemania abocada a una guerra en dos frentes. La casta dirigente de los militares, representada por el jefe del estado mayor general, Helmuth von Moltke («el Joven»), lo había apostado todo a que en 1914 el ejército alemán, estupendamente adiestrado y disciplinado, derrotara rápidamente a Francia y luego utilizara su gran red de comunicaciones para trasladar de punta a punta a sus ejércitos y aplastar a los rusos en el este. Si este plan era realmente factible o no es un punto discutible, pero desde luego conllevaba un grandísimo riesgo, causado por el temor de la fuerza militar cada vez más grande de Rusia y de Francia. En septiembre de 1914, la batalla del Marne puso de manifiesto que Francia no iba ser derrotada rápidamente: la apuesta había fracasado. Con ese fracaso, como habrían reconocido Moltke «el Viejo» y Schlieffen, Alemania estaba condenada casi con toda seguridad a la derrota. La suma de los británicos y los americanos a la lista de los enemigos de Alemania no hizo más que confirmar esa seguridad. Si hubo algo absurdo en la Gran Guerra no fueron las acciones de los Aliados de la Entente para frenar la agresión de Alemania, sino que lo absurdo fue más bien que Alemania intentara provocar, hacer y ganar una guerra de la que los Aliados no tenían ninguna culpa. Francia y Rusia tenían sus propios motivos para ir a la guerra e hicieron poco por eludirla, pero además los tres miembros de la Triple Entente eran potencias coloniales imperialistas agresivas que intentaban consolidar todo lo que ya tenían y conseguir nuevas ganancias si era posible.

El ejército francés tuvo una importancia primordial para los Aliados, particularmente durante los dos primeros años de la guerra. Los franceses supieron hacer frente a la ferocidad de la acometida alemana de 1914, pagando un altísimo precio en sangre que no se olvidaría nunca. En 1915, una y otra vez, golpearon las líneas alemanas en el Frente Occidental, poniéndolas a prueba al máximo y explorando el extraño nuevo lenguaje de la guerra moderna. En 1916 resistieron el desafío definitivo de los alemanes en Verdún, batalla que realmente llegó hasta lo más profundo de la miseria humana. Continuaron luchando, desempeñando un papel significativo en la batalla del Somme, antes de que el fracaso de la Ofensiva de Nivelle en abril de 1917 desencadenara motines generalizados. Pero ni siquiera este desastre marcó el final: realizaron una sólida contribución durante la tercera batalla de Ypres a finales de 1917 y ayudaron a reforzar la línea británica durante las ofensivas alemanas de la primavera de 1918. Luego, en el verano, repelieron los asaltos finales de los alemanes lanzando el primero de los contraataques que en último término les harían ganar la guerra. Puede que en 1918 no tomaran la máxima iniciativa, pero su dura lucha fue crucial para el éxito de los Aliados, y al fin y al cabo a través de Foch les proporcionaron su comandante supremo. Si no se tiene en cuenta lo que hicieron —y sufrieron— los franceses, el papel y las acciones de los ingleses resultan sencillamente incomprensibles. Los dos ejércitos estaban unidos por un frente común y tuvieron que superar los mismos terribles desafíos. Aquella fue una guerra de coalición.

El papel de Rusia también se ha menospreciado a veces, al quedar enmascarado por su derrota final y la sañuda acrimonia de los años de posguerra. Pero de 1914 a 1917 los rusos pelearon muy duro, volviéndose a levantar una y otra vez después de sufrir desastres espantosos, al tiempo que aporreaban

a los austrohúngaros casi hasta el punto de la derrota y obligaban a los alemanes a desplegar cada vez más tropas en el Frente Oriental. El aguante de los rusos hizo de la guerra en dos frentes una realidad para los alemanes. El definitivo hundimiento y la derrota de Rusia fue el resultado de las contradicciones intrínsecas del estado Ruso, pero llegó demasiado tarde para que los alemanes pudieran aprovechar realmente la ocasión.

Los italianos se arriesgaron y entraron en la guerra pensando en las posibles ganancias territoriales que pudiera acarrearles la victoria. Puede que sus motivos fueran cuestionables, pero lucharon duro y, al final, terminaron la demolición de los austríacos iniciada por los rusos.

Los americanos llegaron tarde a la guerra, pero su impacto fue enorme. Su llegada hizo que a los alemanes les quedaran pocas o nulas esperanzas realistas de victoria, obligándolos a efectuar su última jugada con las ofensivas de primavera. Al igual que los ingleses, los americanos no estaban en absoluto preparados para una guerra continental y tardaron inconscientemente mucho en desplegar un número significativo de tropas. Pero en el verano de 1918 estaban ya *in situ*, aprendiendo poco a poco el arte brutal de la guerra moderna. Tras algunos problemas iniciales, se revelaron unos discípulos aventajados y la AEF habría sido la fuerza dominante si la guerra se hubiera prolongado hasta 1919.

Nos queda el papel de los británicos, que sin duda alguna fue crucial: en efecto, la propia intervención de Gran Bretaña en la guerra supuso un golpe molestísimo para las esperanzas de victoria de los alemanes. De un plumazo, los océanos del mundo se convirtieron en dominio de los Aliados. Durante los primeros dos años de la guerra la participación militar inglesa por tierra fue en gran medida simbólica, antes de que la

gradual movilización del imperio trajera a millones de soldados al campo de batalla. En 1918 la BEF había pasado a desempeñar un papel más central: era todavía lo bastante grande como para causar un impacto real, pero además estaba curtida en la táctica mortal del «combate con todas las armas» y se vio impelida a actuar como punta de lanza de los ejércitos aliados en el Frente Occidental. Había llegado su hora, pero la victoria, en todo caso, fue colectiva, basada en el esfuerzo y el sacrificio de todos los Aliados durante más de cuatro años de guerra ininterrumpida.

A menudo se ha sostenido que, en realidad, Alemania no fue derrotada en la Gran Guerra, sino que sus heroicas fuerzas armadas fueron como quien dice apuñaladas por la espalda por factores revolucionarios u otros poderes misteriosos. Se trata de un completo absurdo. Rara vez un país ha sido derrotado en el campo de batalla de manera más contundente que Alemania en 1918. Sus ejércitos fueron reculando y se mostraron totalmente incapaces de defender la frontera del país. Cruzar el Rin puede que fuera un problema para los Aliados, pero sus técnicas de bombardeo, unidas al uso masivo de nuevos gases cada vez más mortíferos, habrían sido los factores decisivos, no los llamamientos al orgullo nacional. Y cada mes habría significado la llegada de más divisiones americanas al Frente Occidental. Por mar los alemanes habían sido acorralados, sus submarinos habían sido superados por el sistema de convoyes, y la Flota de Alta Mar se había amotinado. Por aire, los pilotos alemanes combatieron valerosamente, pero estaban en grave inferioridad numérica y casi se habían quedado sin combustible para sus aparatos. Sus aliados, el Imperio Austrohúngaro, Turquía y Bulgaria, habían sido obligados a doblar la rodilla. No había esperanzas para Alemania en ninguna parte: aquella fue una derrota total con mayúsculas.

Tras el armisticio el estado Alemán se desintegró. Convertido nominalmente en una república, su ejército había dejado de existir, pues al cruzar la frontera de su país, sus unidades se fragmentaron y los hombres regresaron sencillamente a sus casas. Esto provocó un peligroso vacío de poder. Las facciones políticas de izquierda no tardaron en fragmentarse y cuando los comunistas se echaron a la calle durante el Levantamiento Espartaquista de enero de 1919, se encargó de cortarles el paso con enorme brutalidad el Freikorps, una formación no oficial compuesta por ex soldados, unidos por su pasado militar y una inquebrantable adhesión a la política de derechas. Alemania se encontraba en una situación desesperada, todavía devastada por el hambre, infectada con el virus de la revolución, amenazada por bandas armadas, y aquejada de las desmoralizantes consecuencias de la pérdida de casi dos millones de hombres jóvenes muertos en la guerra. Para sobrevivir, el gobierno bisoño presidido por Friedrich Ebert había tenido que llegar a muchos compromisos para ganarse el apoyo del Freikorps y de los restos del ejército regular. Con estos antecedentes, la economía, forzada hasta más allá de lo razonable por las exigencias de la guerra, continuó en caída libre, sufriendo la mayoría de las dolorosas medidas del bloqueo de los Aliados todavía vigente. Cuando después de múltiples aplazamientos las negociaciones de París tomaron finalmente sus decisiones cruciales, los alemanes se dieron cuenta de que los Aliados, deseosos de tomarse la revancha y cobrarse todo lo que se les debía, no iban a tener piedad de ellos. Las reparaciones de guerra, la pérdida del territorio polaco y de Alsacia-Lorena, las humillantes fuerzas de ocupación: todo sería ejecutado cuando finalmente se firmara el tratado de Versalles el 29 de junio de 1919. Para cuando se fundó oficialmente en agosto de 1919, la República de Weimar se hallaba ya envuelta en graves problemas. Arruinada por una inflación galopan-

te y los trastornos económicos, la República de Weimar pasaría la década de 1920 desgarrada por las visiones contrapuestas de los ideólogos de derechas y de izquierdas, dedicados unos y otros a propagar sus diferentes visiones del futuro, diseñadas para resultar atractivas a las masas. Al final sería la derecha la que ganara, con el advenimiento de Hitler y el Partido Nazi. Y así la rueda de la historia daría un nuevo giro.

También los rusos habían emprendido un rumbo nuevo y desafiante al final de la Gran Guerra. La tiranía de los zares había sido usurpada por los bolcheviques y el advenimiento del estado comunista. Al término de la guerra algunos Aliados intervinieron para ayudar a las fuerzas contrarrevolucionarias. Los soviets se sintieron atacados por todos lados y se apoderó de ellos una actitud defensiva y violentamente represiva que destruyó las esperanzas que aún pudieran quedar de un futuro democrático para el pueblo ruso. El daño infligido de ese modo duraría casi todo el siglo xx. Con la Rusia soviética separada por motivos ideológicos de Inglaterra y Francia, los Aliados de la Gran Guerra fueron incapaces de cooperar para impedir el resurgimiento de Alemania como gran potencia europea bajo el régimen nazi durante los años treinta, un error que tendría gravísimas consecuencias.

Consecuencia conjunta de los tratados de Saint-Germain (10 de septiembre de 1919), Neuilly (27 de noviembre de 1919) y del Trianon (4 de junio de 1920) fue la disolución del Imperio Austrohúngaro. Sin embargo, ni eso ni la pérdida parcial de territorio en beneficio de la Unión Soviética resolvió las complejas tensiones nacionalistas cada vez más enconadas existentes en la Europa del Este y en los Balcanes. Los países emergentes, como Polonia, Finlandia, Estonia, Letonia, Lituania, Checoslovaquia y Yugoslavia; los países vencidos, como Austria, Hungría y Bulgaria; y los países que habían acabado vencedores, como Italia, Rumanía y Grecia, se

encontraban todos en una situación de inestabilidad, rodeados de poderosos enemigos y a menudo con minorías nacionalistas resentidas dentro de sus fronteras. Los Balcanes, desde luego, seguían siendo un polvorín, pero en aquellos momentos toda la Europa del Este se volvió también inestable. El serbobosnio Gavrilo Princip, que disparó los primeros tiros de la tragedia contra el archiduque Francisco Fernando, no vivió para conocer aquel nuevo mundo que él había contribuido a crear. Demasiado joven para ser ejecutado, fue condenado a veinte años de cárcel, donde contrajo la tuberculosis y murió el 28 de abril de 1918.

Los restos arruinados del imperio otomano fueron víctimas del frenesí devorador de los imperios coloniales. Durante la guerra, el 16 de mayo de 1916 había sido firmado en secreto el tratado Sykes-Picot entre Inglaterra, Francia y Rusia, que preveía la división de los despojos en tres partes: los británicos obtendrían protectorados o se harían con el control en Palestina, Jordania y el sur de Irak (Mesopotamia); los franceses se quedarían con el Líbano, Siria, el sureste de Turquía y el norte de Irak; y a Rusia se le prometió —al menos— Constantinopla y el control del Bósforo y del estrecho de los Dardanelos, además de partes de Armenia occidental. Era un tratado que definía los ambiciosos objetivos de guerra de las tres potencias, pero que además simplificaba exageradamente los acuerdos políticos alcanzados con varios otros grupos en Oriente Medio. En concreto se habían hecho promesas de establecer en Palestina un estado árabe y un estado judío sionista independiente. La ascensión al poder de los soviets dio lugar a la publicación unilateral de todas las cláusulas del tratado en noviembre de 1917, lo que suscitó muchísimas sospechas entre las diversas facciones árabes y judías. Con la llegada de una mayor influencia de los americanos, se consiguió que se diera hasta cierto punto marcha atrás al tratado con el

acuerdo anglo-francés de 7 de noviembre de 1918, que prometía el establecimiento de gobiernos autóctonos en Siria y Mesopotamia. A la hora de la verdad resultó que iba dirigido principalmente para el consumo de la opinión pública. Una vez acabada la guerra, la telaraña de acuerdos contradictorios hizo que casi todo el mundo se sintiera defraudado y que aparecieran numerosas duras —y vengativas— acusaciones de mala fe. En esencia, los ingleses y los franceses continuaron cínicamente persiguiendo sus objetivos coloniales a largo plazo, libres ya de la competencia de Rusia. La consecuencia fue el nacimiento de muchos de los problemas de Oriente Medio que siguen vivos hoy día, relacionados no solo con la cuestión del control de Palestina/Israel por parte de los judíos o los árabes, sino también con el carácter arbitrario de las fronteras trazadas para Irak, Siria y Turquía. Todo esto forma parte del siniestro legado de la Gran Guerra.

Los ingleses y los franceses acabaron la guerra en una posición aparentemente invulnerable, por cuanto daba la impresión de que lo habían conseguido todo. Su principal enemigo, Alemania, había sido aplastado, mientras que su viejo enemigo y antiguo aliado, Rusia, se encontraba en un estado de turbulenta inestabilidad.

> Así que el viejo estado pirata, Inglaterra, ha conseguido otra vez que Europa se haga pedazos ella sola, y, utilizando su poder y aplicando los métodos más brutales, ha logrado una victoria que va en consonancia con sus intereses materiales. La libertad y la independencia de la población del continente europeo ha desaparecido ya y el esplendor de su civilización probablemente haya sido destruido para siempre. Pero el día del juicio de Inglaterra ha empezado precisamente con ese triunfo.[2]
>
> Gran Almirante Alfred von Tirpitz.

Bien es verdad que Inglaterra y Francia —ambas potencias descaradamente imperialistas, libres en aquellos momentos de ampliar sus horizontes con la eliminación de la amenaza plan-

teada por alemanes y rusos— consiguieron notables ganancias coloniales en África, el Pacífico y Oriente Medio.

Pero la guerra resultaría el punto de máxima expansión de los viejos imperios. Al principio dio la impresión de que nada había cambiado: ambos se mostraron muy vigorosos a la hora de plantear sus presuntos derechos imperiales y coloniales, y muy agresivos en su manera de tratar a las potencias menores que les salieran al paso. Pero detrás de esa fachada, las estructuras imperiales estaban viniéndose abajo. Desgastados por las pérdidas sufridas, y aquejados por graves problemas económicos como consecuencia de las increíbles sumas de dinero gastadas durante la guerra, los dos países no tardarían en perder su dominio de la situación. Y volvería a surgir un viejo enemigo bajo nuevos ropajes. La supervivencia había sido la prioridad inicial de los soviets, pero luego el anuncio de la revolución comunista en todo el mundo se convertiría en una amenaza completamente distinta para los imperios coloniales en pleno proceso de desmoronamiento. La segunda guerra mundial confirmaría y aceleraría ese proceso de decadencia.

¿Y qué decir de la actuación de los generales durante la Gran Guerra? Habían intentado hacerlo lo mejor posible, realizando rápidamente muchos de ellos complejos cambios tácticos, incorporando tremendas innovaciones técnicas en sus planes y al mismo tiempo adiestrando, desplegando y manteniendo bien alta la moral de millones de hombres en aquella espantosa contienda. Algunos generales fracasaron clamorosamente, y su reputación se hizo añicos debido a su conservadurismo innato, a sus deficiencias personales o a su mera estupidez. Pero fueron la minoría; la mayoría de los generales actuaron todo lo bien que habría cabido esperar. Al fin y al cabo, el ejercicio del mando en el campo de batalla era un asunto terriblemente complejo, y los orígenes de la victoria —o de la derrota— dependen de una infinidad de factores que tienen

todos ellos unos efectos demoledores, circunstancia que hace que resulte casi imposible distinguir con exactitud las causas y los efectos. Haig lo expresó con meridiana claridad: «Dirigir la atención a esta estupenda e incesante lucha y buscar en ella la explicación de nuestro éxito, excluyendo o despreciando otras fases posiblemente menos llamativas en sus consecuencias inmediatas o más obvias, significa en mi opinión arriesgarse a la creación de doctrinas poco sólidas acerca del carácter y los requisitos de la guerra moderna».[3]

La guerra no fue una progresión directa hacia el éxito para los británicos ni para ningún otro país. En realidad, los Aliados acabaron ganándola en los campos de batalla debido a su enorme superioridad en hombres y en recursos. No puede negarse que la actuación del ejército alemán fue increíble; de hecho, sus soldados combatieron con un heroísmo constante e hicieron gala de un alto grado de pericia militar hasta el final. El papel de algunos generales alemanes fue también muy destacado: ingeniosos e intuitivos, agresivos y sencillos hasta la brutalidad, heroicamente audaces y prudentemente cautelosos: había muchas formas distintas de ganar una batalla. Desde luego Falkenhayn, Ludendorff, Mackensen y muchos otros tuvieron largos períodos de esplendor en el campo de batalla. De hecho, todos los países de las Potencias Centrales tuvieron generales competentes y a veces sumamente inspirados. Pero también los ingleses, los franceses y los rusos tuvieron grandes generales: el indómito Haig, con su innegable fe en la adecuada aplicación de las armas modernas unida a su protagonismo en el establecimiento del combate «con todas las armas»; Joffre, el vencedor del Marne; Brusílov, el singular innovador; y naturalmente Foch, el hombre que estaba allí al principio y que seguía estando allí al final como comandante supremo.

En los desgraciados años que siguieron a la Gran Guerra se produjo una búsqueda desesperada de chivos expiatorios de todos los sufrimientos que había tenido que aguantar la población. En Gran Bretaña, los políticos más torticeros y sus comentaristas más serviles lograron cargar la mayor parte de las responsabilidades sobre las espaldas de sus generales, tendencia que culminó con la invención del lema, profundamente ofensivo, «Leones guiados por burros». Pero esas triquiñuelas de posguerra no deberían distraer nuestra atención del hecho innegable de que al final Inglaterra y sus Aliados salieron vencedores de los campos de batalla de la Gran Guerra: fue una victoria dolorosa, pero al fin y al cabo una victoria. Si había que celebrarlo o que lamentarlo es algo que tocaría decidir a los filósofos. Por desgracia no fue —nunca lo fue— una guerra que acabara con las guerras y la Gran Guerra resultó un eficaz catalizador al echar las semillas de los numerosos conflictos que han venido desfigurando desde entonces la historia de la humanidad. Al cabo de veintiún años escasos el mundo volvería a estar otra vez en guerra.

En muchos sentidos la segunda guerra mundial establecería nuevas marcas, todavía más terribles, de lo que es el horror. Pero quién sabe por qué todavía perdura un poderoso recuerdo popular de la Gran Guerra; incluso ahora que los últimos participantes activos en ella han muerto. Una sensación de tragedia, de inutilidad, de matanza de los inocentes: la cultura popular continúa empapada de todos estos sentimientos. Sigue vigente la visión generalizada de que la humanidad fue arrastrada desde las soleadas colinas hasta el cenagal más abyecto. Pero la guerra *tuvo* sus causas y desde luego las Grandes Potencias tenían dolorosos motivos de queja que se vieron incapaces de resolver sin recurrir a las armas. En realidad aquel era un mundo violento: el predominio de un colonialismo rapaz, la represión brutal de las minorías, la plácida acep-

tación de las desigualdades y la creencia general de que el poder tenía la razón, todos estos rasgos globales tendían a que continuara aceptándose que la guerra es un medio legítimo de hacer política. Cuando llegó esa guerra, resultó verdaderamente devastadora, por cuanto el impacto de los nuevos sistemas armamentísticos creó un nudo gordiano de líneas estáticas de trincheras, al tiempo que el desarrollo de la logística, unido a los nuevos métodos de transporte, permitió que ejércitos formados por millones de hombres permanecieran casi indefinidamente sobre el terreno. Pasara lo que pasara, siempre era probable que fuera una guerra larga y terrible: una pesadilla espantosa para demasiada gente.

Pero…, pero…, pero… Al margen de los argumentos lógicos, que hablan de la culpabilidad de los alemanes y del carácter casi inevitable de aquella catástrofe, no puede negarse el hecho de que la Gran Guerra siga teniendo un impacto emocional tan enorme. Quizá ninguno de los países beligerantes fuera inocente, pero las muertes y los sufrimientos impuestos a sus soldados y a su ciudadanía no pueden por menos que evocar una respuesta humana. Los monumentos en recuerdo de la guerra, esmeradamente cuidados, los continuos actos conmemorativos, el creciente interés en visitar los campos de batalla, todo ello ilustra el modo en que los ecos de la Gran Guerra siguen resonando profundamente incluso hoy día. La aniquilación de toda una generación no se ha olvidado; mientras que los problemas sin resolver o creados por aquella terrible conflagración siguen amenazando la paz del mundo incluso hoy día.

Agradecimientos

Estoy firmemente convecido de que ningún ser humano puede dominar el tema de la Gran Guerra en su totalidad y de que varios historiadores han sido fundamentales a la hora de guiarme por algunas de las áreas en las que no tuve la suerte (o la capacidad) de llevar a cabo una investigación personal. Para mí la serie británica de «Historias oficiales de la guerra» ha sido siempre un punto de partida seguro. No es perfecta, ni mucho menos, pero ofrece, desde luego, unos rudimentos básicos sólidos. Para el Frente Oriental recomiendo a un pequeño grupo de autores entre los que se encuntran Nick Cornish, *The Russian Army and the First World War* (Stroud: Spellmount, 206), G. Irving Root, *Battles East: A History of the Eastern Front of the First World War* (Baltimore: Publish America, 2007), John Lee, *The War Lords: Hindenburg and Ludendorff* (Londres: Weidenfeld & Nicolson, 2005) y Norman Stone, *The Eastern Front, 1914-1917* (Londres: Penguin Books, 2.ª ed. revisada, 1998). El lado alemán de los acontecimientos ha sido brillantemente expuesto por Robert T. Foley en su libro *German Strategy and the Path to Verdun: Erich von Falkenhayn and the Development of Attrition, 1870-1916* (Cambridge: Cambridge University Press, 2005). Jack Sheldon ha escrito una maravillosa serie de libros, todos los cuales recomiendo sin vacilar, incluidos *The German Army at Ypres 1914* (Barnsley: Pen & Sword, 2010), *The German Army on Vimy Ridge, 194-1917* (Barnsley: Pen & Sword, 2008), *The German Army on the Western Front 1915* (Barnsley: Pen & Sword, 2012), *The German Army on the Somme 1914-1916* (Barnsley: Pen & Sword, 2007), *The German Army at Passchendaele* (Barnsley: Pen & Sword, 2007) y *The German Army at Cambrai* (Barnsley: Pen & Sword, 2009). Estas son las

fuentes de muchos estudios alemanes que nos ofrecen la idea de cómo eran las cosas al otro extremo de la cuerda. Me gustaría dar las gracias especialmente a Jack, que en todo momento me ha ofrecido una generosa ayuda. Aunque no comparto todas sus opiniones, las obras de Terence Zuber dan mucho que pensar. Mientras escribía este libro he llegado a convencerme de la enormidad de la contribución francesa a la guerra y estoy muy agradecido por ello a varios autores. Las fuentes inglesas son lamentablemente escasas, pero he hecho buen uso de Anthony Clayton, *Paths of Glory* (Londres: Cassell, 2005), Robert Doughty, *Pyrrhic Victory: French Strategy and Operations in the Great War* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 2005) e Ian Sumner, *They Shall Not Pass: The French Army on the Western Front, 1914-1918* (Barnsley: Pen & Sword, 2012). Pero como mi habilidad en la lectura del francés han ido mejorando lentamente he encontrado absolutamente valiosísimos los libros de JeanClaude Delhez. Todos los estudiosos de la historia de la Gran Guerra deben leer *La Bataille des Frontières: raccontée para les combattants* (Thonne-la-Long: J.-C. Delhez, 2007) y *Le jour de deuil de l'armée française* (Thonnela-Long: J.-C. Delhez, 2011). Vale realmente la pena y una vez realizado el esfuerzo, una cosa está clara: la batalla de Mons no volverá a parecer tan importante tras tener conocimiento de la devastadora matanza sufrida por los franceses. En cuanto a las fuentes americanas estoy sumamente agradecido a la obra de James Hallas, *Doughboy War: The American Expeditionary Force in WWI* (Mechanicsburg, PA: Stackpole Books, 2009), y a la de Douglas Johnson y Rolfe Hillman, *Soissons, 1918* (Texas: Texas A&M University Press, 1999).

Siempre cuesta trabajo encontrar el tono que conviene usar para los agradecimientos personales, pues es muy fácil aburrir con alabanzas falsas o quizá con bromas inoportunas. Por

consiguiente me gustaría empezar por dar las gracias a Bryn Hammond y a George Webster por los amables ánimos que me dieron. También estoy en deuda con mi amiguete John Paylor, que, una vez más, me corrigió una primera versión del texto. Por desgracia, esto significa que ahora lo considero enteramente responsable de los errores que puedan haber quedado. Mi viejo amigo de la universidad, Rob Massey, tuvo la amabilidad de repasar mis traducciones del francés, demostrando la constante superioridad de los especialistas en historia medieval sobre sus hermanos de mentalidad militar menos dotados. Gracias también a mi agente, Ian Drury, cuyos denodados esfuerzos hicieron que siguiera trabajando como escritor. Mis colegas del Imperial War Museum han sido maravillosos y me gustaría mencionar especialmente a Tony Richards, Richard McDonough, Richard Hughes y Simon Offord. En Profile, también ha sido muy agradable trabajar con Daniel Crewe y Penny Daniel, mientras que Sally Holloway es una maravilla traduciendo al inglés mi defectuosa prosa. Gracias también a Martin Lubikowski por los mapas.

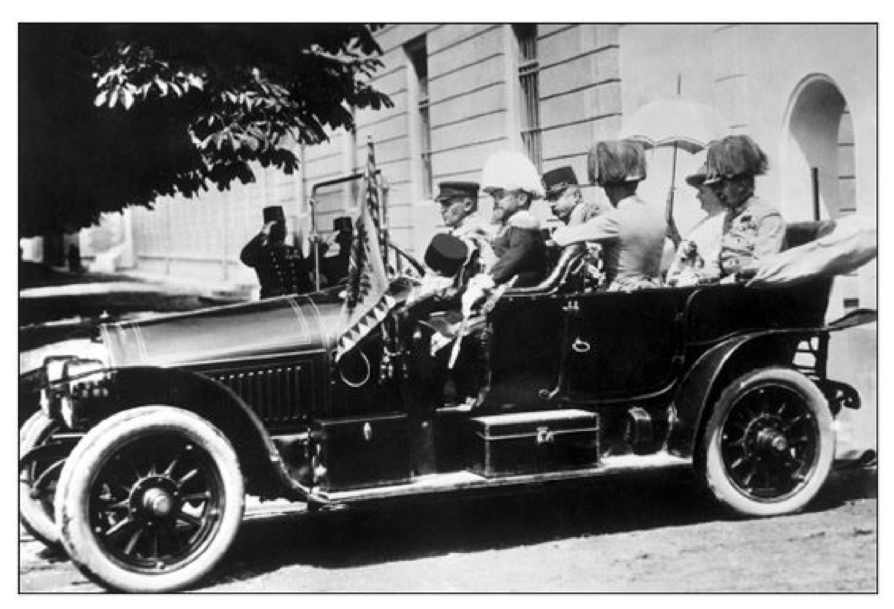
Por último me gustaría dar las gracias a mi querida esposa, Polly Napper (conocida, al parecer, por todo el mundo como «Polly, la sufridora»), y a nuestras dos adorables niñas, Lily y Ruby Hart, que da la impresión de haber salido a ella en el temperamento y en los rasgos físicos. En conjunto es mucho lo que han tenido que aguantar mientras yo escribía este libro.

Peter Hart

East Finchley, enero de 2003

Créditos de las ilustraciones

Todas las fotos del presente libro proceden de las imponentes colecciones del Imperial War Museum, que cubren todos los aspectos del conflicto en el que se vieron envueltas Gran Bretaña y la Commonwealth desde comienzos del siglo XX. Estos recursos tan abundantes están al alcance de todo el mundo *online* para investigar, curiosear o comprar en www.iwmcollections.org.uk. Además de las colecciones *online*, pueden visitarse las «Salas de visitantes», donde pueden analizarse más de once millones de fotografías, miles de diarios y cartas escritas por personas durante la guerra, y una enrome biblioteca de referencia. Para conseguir una cita, llámese al (020) 7416 5320, o enviar un e-mail a mail@iwm.org.uk. Imperial War Museum www.iwm.org.uk



1. El archiduque Francisco Fernando y su esposa Sofía fotografiados poco antes de su asesinato en Sarajevo, 28 de junio de 1914.



2. Gavrilo Princip, el serbobosnio cuyos disparos desencadenaron el comienzo de la Gran Guerra. Murió de tuberculosis en la cárcel el 28 de abril de 1918.



3. La retaguardia de la infantería belga apunta con sus rifles desde un puente del ferrocarril que los ingenieros están a punto de destruir para frenar el avance de los alemanes en Termonde, 18 de septiembre de 1914.



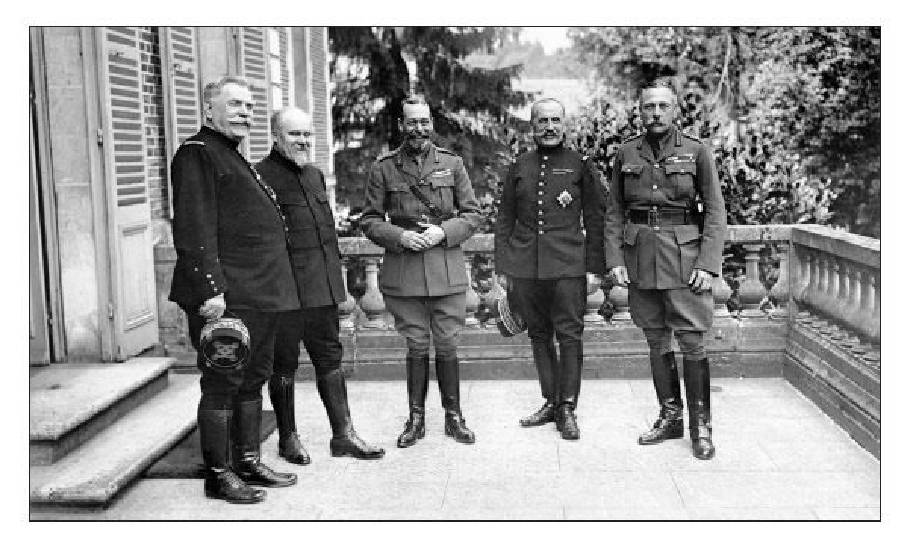
4. Soldados ingleses, belgas y franceses confraternizando alegremente en un pueblo de Francia, 15 de octubre de 1914.



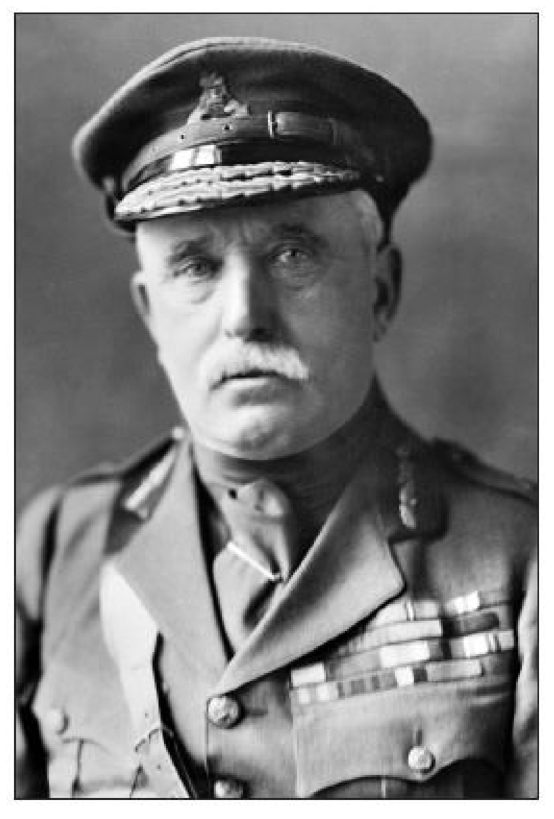
5. El 16.º Regimiento de Lanceros en marcha, septiembre de 1914. La caballería tendría un valioso papel que desempeñar todavía en la guerra, proporcionando vitales labores de reconocimiento y actuando como las únicas tropas verdaderamente móviles.



6. Soldados del 1.er Regimiento de Middlesex bajo el fuego de metralla de la artillería alemana en la carretera Signy-Signets durante la batalla del Marne, 8 de septiembre de 1914.



7. El comandante en jefe de las operaciones francesas, general Joseph Joffre, con el presidente Poincaré, el rey Jorge V, el general Ferdinand Foch y sir Douglas Haig en la terraza del cuartel general de Haig en Beauquesne. Joffre fue la figura clave de 1914 a 1916.



8. Mariscal de campo sir John French, conde de Ypres, comandante de la BEF, 1914-1915. No tardó en sentirse perdido, incapaz de hacer frente a las complejidades de la guerra moderna ni a las sutilezas del trato con sus aliados franceses.



9. General Helmuth von Moltke («el Joven»). Temeroso de la fortaleza cada vez mayor de Francia y Rusia, se mostró dispuesto a aprovechar la crisis de julio de 1914 para provocar la guerra.



10. Batería alemana de obuses de 150 mm en el Frente Occidental, 14 de noviembre de 1914. Estos magníficos cañones dieron a los alemanes una gran ventaja en la batalla de las Fronteras, superando a las artillerías de campaña inglesa y francesa.



11. Soldado alemán mirando con sus prismáticos desde un puesto de observación en 1914. La guerra de trincheras no tardaría en imponerse y en adelante resultaría fatal dejarse ver por encima del suelo.

12. Soldados franceses guarneciendo una zanja en el Argonne, 1914. Zanjas como esta no tardarían en convertirse en verdaderas trincheras, tras las cuales se añadirían las segundas líneas y las líneas de comunicación cuando se desarrollara la guerra de trincheras.



13. Soldados ingleses salen al ataque a través de una nube de gas venenoso al amanecer de la jornada de la batalla de Loos, 25 de septiembre de 1915. La foto fue tomada desde la trinchera de la que acababan de salir

por un soldado de la Brigada de Fusileros de Londres.

14. Artillería inglesa bombardeando las trincheras alemanas antes del ataque a La Boisselle, 1 de julio de 1916. Parecía impresionante en el momento, pero la guarnición alemana estaba a salvo por profundos refugios subterráneos dispuestos a hacer una carnicería con los ingleses cuando atacaran.



15. Batería australiana de obuses de 233 mm en acción en Fricourt, agosto de 1916. Los cañones de mayor calibre y de mayor alcance, que disparaban además bombas más pesadas, causaban una auténtica devastación en los campos de batalla.



16. Alemanes muertos en su trinchera de primera línea durante la batalla de Flers-Courcelette, 15 de septiembre de 1916.



17. Tanque Mark I D17 atrincherado en Flers el 15 de septiembre de 1916. Fue el tanque que avanzó por la calle Mayor de Flers, con el ejército británico «caminando detrás» en los exagerados informes de los periódicos ingleses.



18. Soldados franceses del 68.º Regimiento de infantería en su refugio subterráneo en Artois. Los franceses tenían que soportar un auténtico infierno cuando atacaban las líneas alemanas una y otra vez en su intento de

avanzar.



19. Soldados franceses del 3.er Regimiento de infantería descansando al borde de la carretera cerca de Houthem camino del frente, 10 de septiembre de 1917.



20. Obús Mark V de 203 mm en acción en Monchy, cerca de Arras, 31 de mayo de 1917. El poder de los cañones dominaba en esos momentos el campo de batalla.



21. Hombres de la 16.ª Compañía de Ametralladoras canadiense guardando la línea en el saliente de Ypres, noviembre de 1917. La fotografía pone de manifiesto las terribles condiciones reinantes en el cenagal del saliente de Ypres.



22. Tanque del Batallón «G», Cuerpo de Tanques, pasando por delante de unos cañones de campaña alemanes capturados en Graincourt de camino del ataque contra el bosque de Bourlon, 23 de noviembre de 1917. En Cambrai los tanques empezarían a demostrar su potencial como armas de guerra.



23. Dos neozelandeses saliendo de un refugio subterráneo de municiones muy dañado en las líneas alemanas tomadas en Achiet-le-Petit, 21 de agosto de 1918.



24. Infantería alemana preparándose para avanzar en orden a campo abierto durante el asalto de Fismes, 28 de mayo de 1918.



25. Infantería alemana asaltando la aldea francesa de Embermesnil



26. Cinco de los grandes ases alemanes del *Jasta* 11. De izquierda a derecha: Sebastian Festner, Karl- Emil Schäffer, Manfred von Richthofen, su hermano Lothar von Richthofen y Kurt Wolff. El «Barón Rojo» (Manfred von Richthofen) convirtió a aquellos hombres en una compañía mortífera.



27. Manfred von Richthofen aterriza con su triplano Fokker DR 1 después de una salida de patrulla. Moriría en un triplano como este el 21 de abril de 1918.

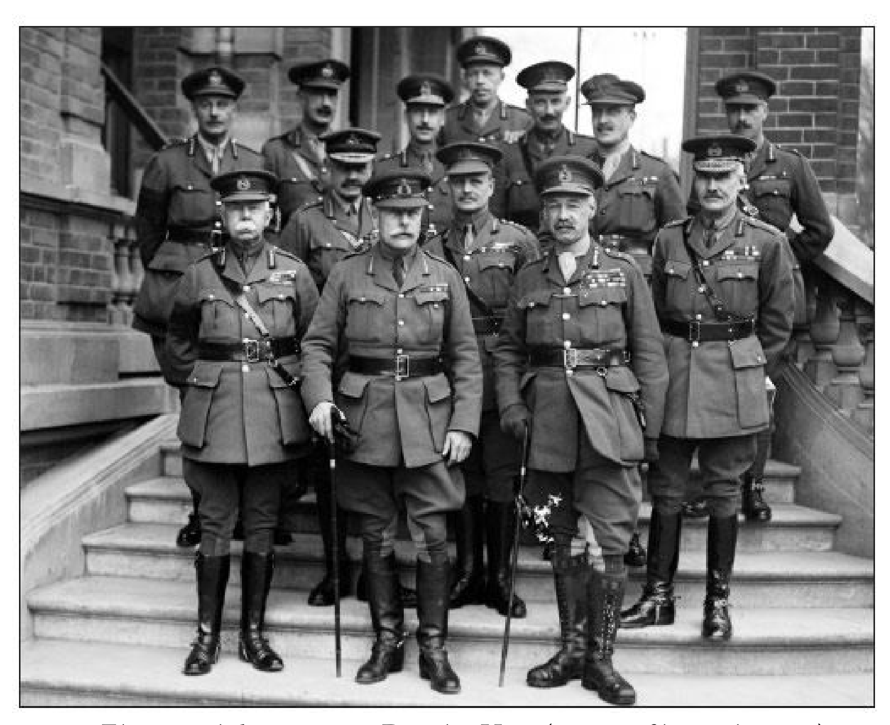


28. Soldados americanos de la 77.ª División encargados de manejar una ametralladora son adiestrados por un miembro del 39.º Batallón, Cuerpo de Ametralladoras inglés cerca de Moulle, 22 de mayo de 1918. Los americanos eran aplicados, pero necesitaban la experiencia acumulada de sus aliados ingleses y franceses.



29. Tropas americanas del 305.º Batallón de Ametralladoras de la 77ª División en marcha por una carretera cerca de Watten, 19 de mayo de 1918. El simple número de las tropas americanas significaría que Alema-

nia no tenía la menor esperanza de ganar la guerra a partir de junio de 1918.



30. El mariscal de campo sir Douglas Haig (primera fila en el centro) con sus comandantes de Ejército en Cambrai, 11 de noviembre de 1918. Tras él, de izquierda a derecha: general sir Herbert Plumer (II Ejército), general sir Julian Byng (III Ejército), general sir William Birdwood (V Ejército) y general sir Henry Horne (VI Ejército), con otros oficiales de alta graduación más. A pesar de todos los comentarios desdeñosos que hablaban de «leones guiados por burros», estos fueron los hombres que ganaron la guerra.



31. Tropas canadienses desfilando por las calles de Mons la mañana del 11 de noviembre de 1918. Para la BEF la guerra terminó donde había empezado el 23 de agosto de 1914.

1. El general Allenby abandona Jerusalén por la Puerta de Jaffa durante su entrada oficial en la ciudad, 11 de diciembre de 1917. Se encargó de entrar en la ciudad a pie para evitar comparaciones odiosas.



2. Oficiales de la Caballería de Surrey examinando el «camino de alambre» tendido en el desierto para facilitar las marchas sobre la arena.



3. Ametralladoras búlgaras en acción en las colinas cerca de Monastir durante la campaña de Salónica, 1916.



4. La infantería búlgara intentando avanzar bajo la cobertura de una cortina de fuego de artillería, 1916.

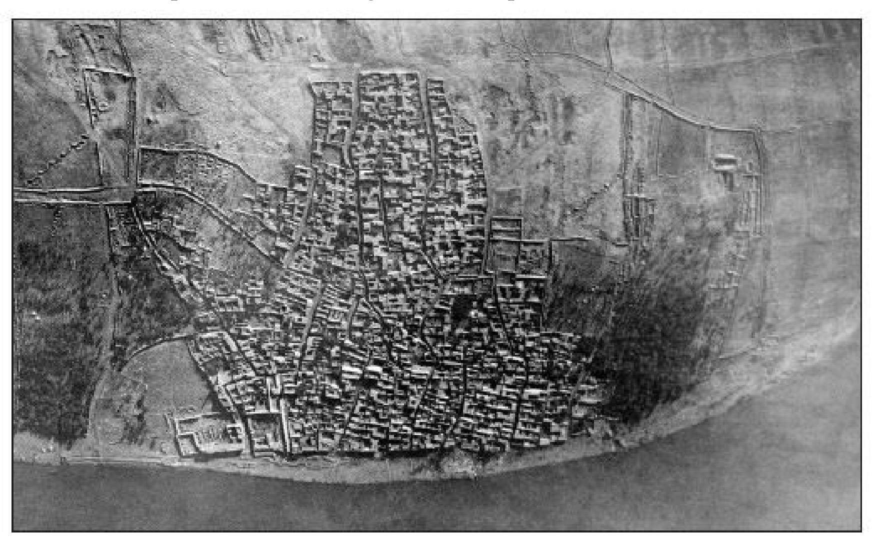
5. Soldados británicos tomando su dosis diaria de quinina en julio de 1916. La fuerza británica de Salónica sufrió numerosísimas bajas por malaria durante la campaña.



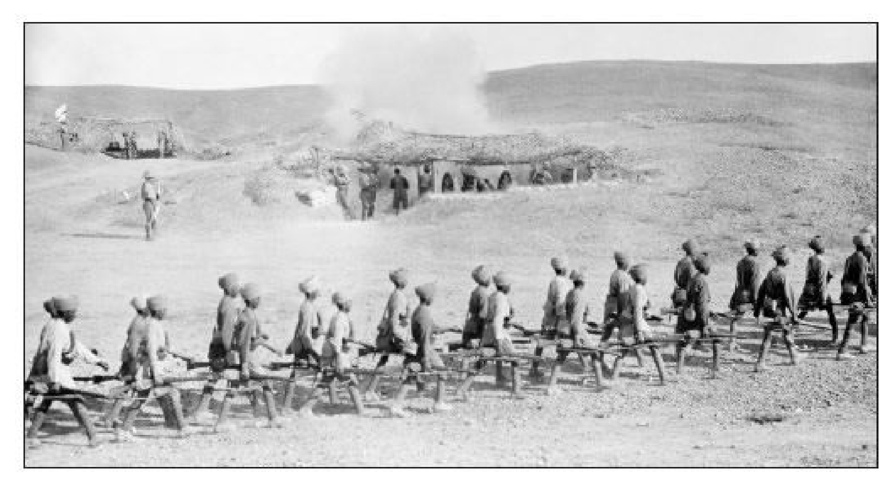
6. Carga de la caballería con los sables desenvainados por la llanura de Macedonia tras la retirada de las tropas búlgaras en septiembre de 1918.



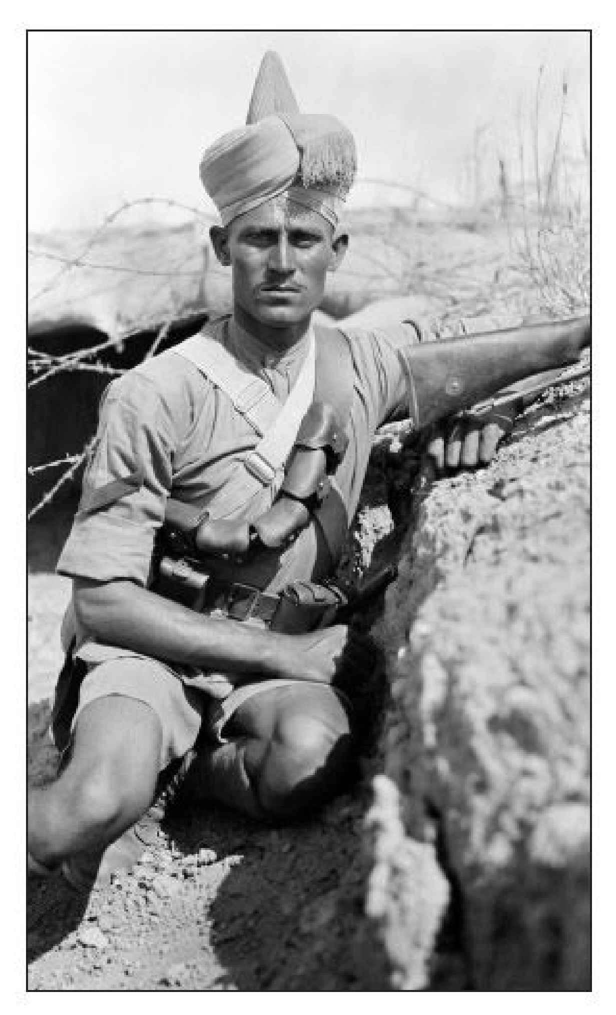
7. Tropas indias en las trincheras durante el ataque de los turcos contra Shaiba, en Mesopotamia, abril de 1915. La India realizó una aportación enorme de tropas al esfuerzo de guerra del imperio británico.



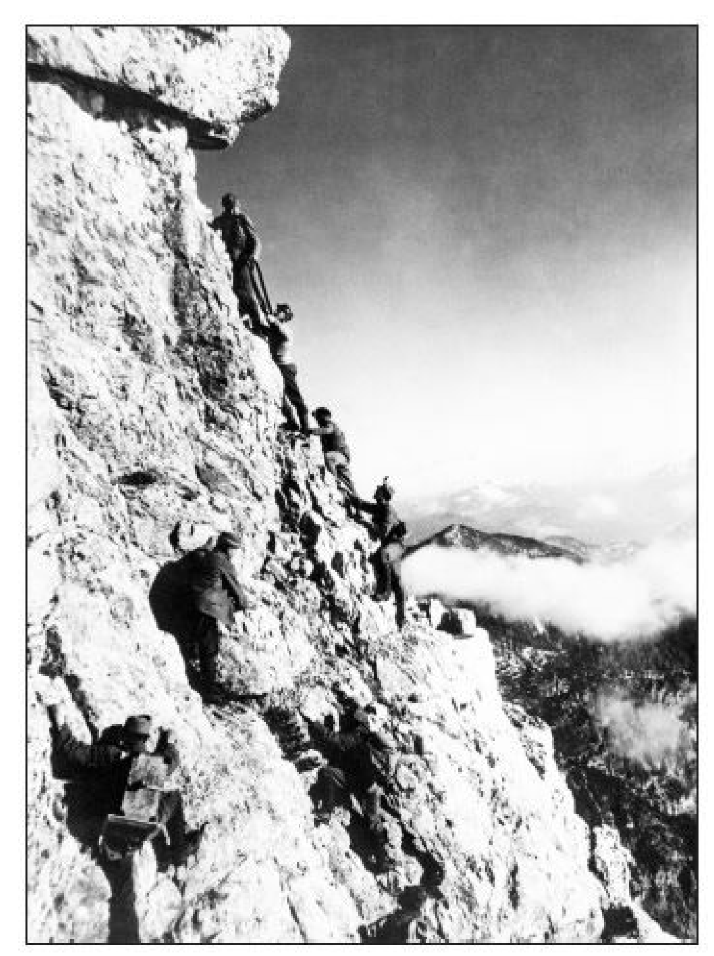
8. Vista aérea de la ciudad de Kut-al-Amara, a orillas del río Tigris, a la que se retiró el general de división sir Charles Townshend tras la batalla de Ctesifonte en diciembre de 1915. El posterior asedio duró 147 días, hasta que Townshend y la guarnición se rindieron el 29 de abril de 1916.



9. Pelotón del 1/2.º Batallón de Rajputana pasando ante una batería de artillería pesada en acción en Samarra, Mesopotamia.



10. Un cabo de lanceros del 112.º Regimiento de Infantería india, 34.ª Brigada (17.ª División), de rodillas en una trinchera durante la batalla de Sharqat, Mesopotamia, octubre de 1918. Los turcos pedirían el armisticio al cabo de unos días.



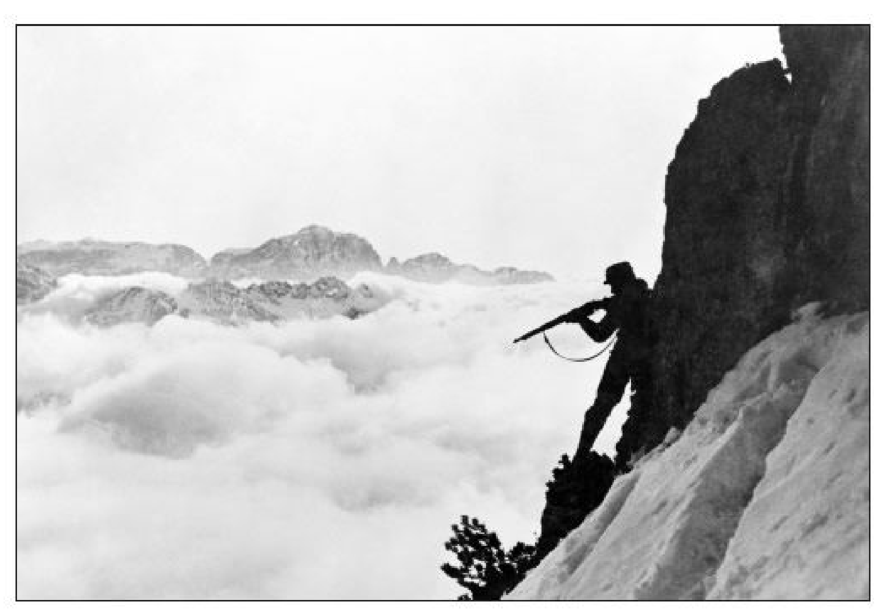
11. Patrulla de tropas de montaña austrohúngaras ascendiendo por los Alpes. El terreno habría debido ser imposible, pero los combates harían estragos durante tres largos años.



12. Un suboficial austrohúngaro de infantería capturado por las tropas británicas en el frente de Italia en 1918: el rostro humano de la guerra.



13. Tropas italianas cargando con suministros por un paso de montaña cubierto de nieve. Las dificultades logísticas totalmente surrealistas son evidentes.



14. Un soldado austrohúngaro apuntando en lo alto de las montañas, terreno hermosísimo, pero letal.



15. El as de la aviación canadiense, el comandante William Barker, de la Escuadrilla n.º 28, volando en su Sopwith Camel sobre el frente de Italia.



16. Soldados austrohúngaros del 19.º Regimiento de infantería en sus trincheras en el frente de Italia. Como en todos los frentes, la vida en las trincheras se caracterizaba por largos períodos de aburrimiento seguidos repentinamente por otros de muerte y caos.



17. Almirante Reinhard Scheer, comandante en jefe de la Flota de Alta Mar alemana en la batalla de Jutlandia. Oficial competente que logró negar a los ingleses la gran victoria que anhelaban.



18. Vicealmirante Franz von Hipper, comandante de los cruceros de batalla del 1.er Grupo de Exploración alemán. Los cruceros de batalla alemanes eran mucho más robustos que sus homólogos ingleses.

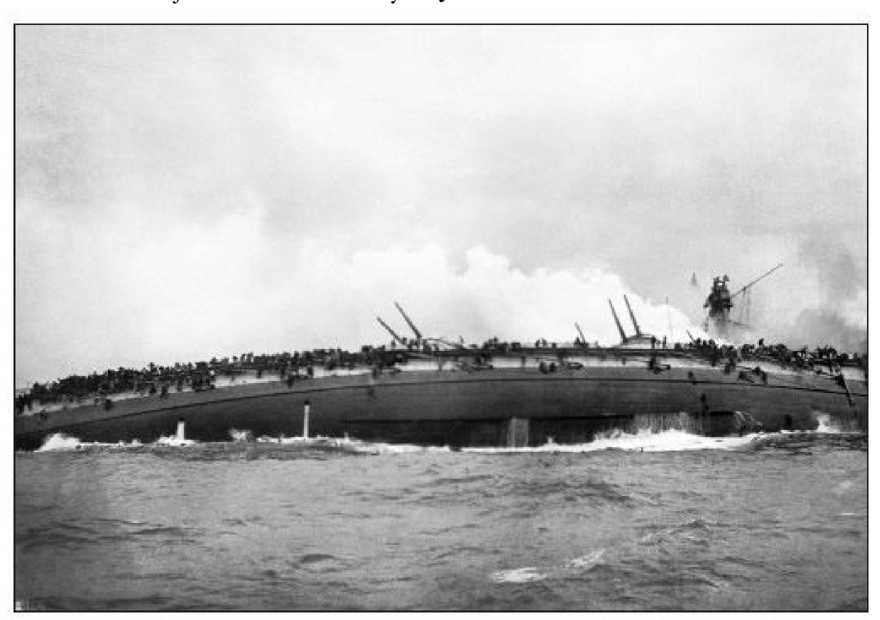


19. Almirante sir John Jellicoe, comandante en jefe de la Gran Flota a bordo de su buque insignia *Iron Duke*. El único hombre que habría podido perder la guerra en una tarde. Los ingleses no habrían podido sobrevi-

vir a la derrota de la Gran Flota.



20. Almirante sir David Beatty, al mando de la Fuerza de Cruceros de Batalla británica. No tuvo una buena actuación en Jutlandia, pero resultó un buen trabajador cuando sustituyó a Jellicoe a finales de 1916.



21. El crucero de batalla híbrido alemán *Blücher* volcado durante la batalla del Banco Dogger, 24 de enero de 1915.



22. Los dreadnoughts de la Gran Flota navegando en columnas de tantos por línea en fondo en el mar del Norte. El poderío naval británico ejemplificado.



23. El submarino alemán U-35 navegando por el Mediterráneo a la luz de la luna, abril de 1917. El fracaso de la Flota de Alta Mar significó que los *U-Boote* fueran el único medio que tuvieron los alemanes de derrotar a Inglaterra por mar.

24. Fotografía aérea de buques ingleses anclados en el fiordo de Forth, tomada desde el dirigible R.9, 1916.

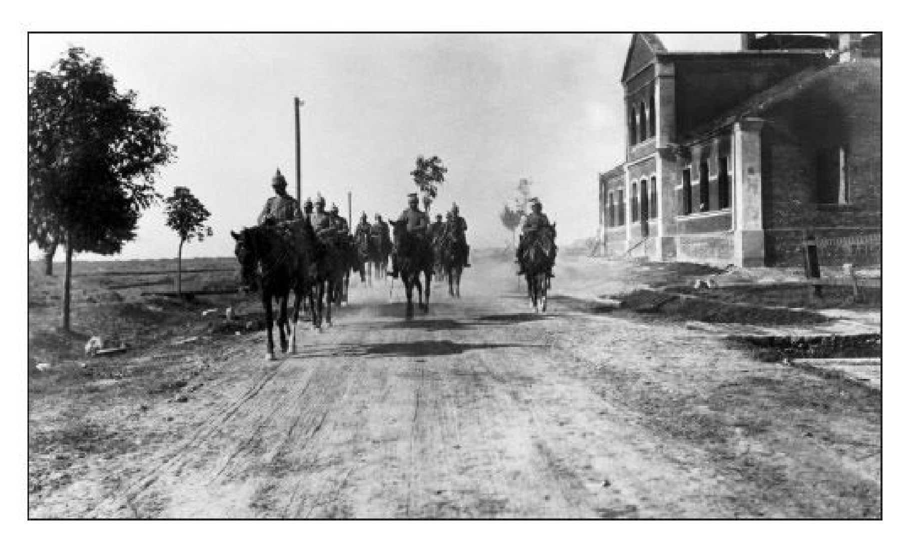


25. Vista del desembarco en la playa «V» tomada desde el *River Clyde* el 25 de abril de 1915. Los pocos que quedaban de los Fusileros de Dublín se han refugiado detrás de la parte inferior del terraplén de la playa y

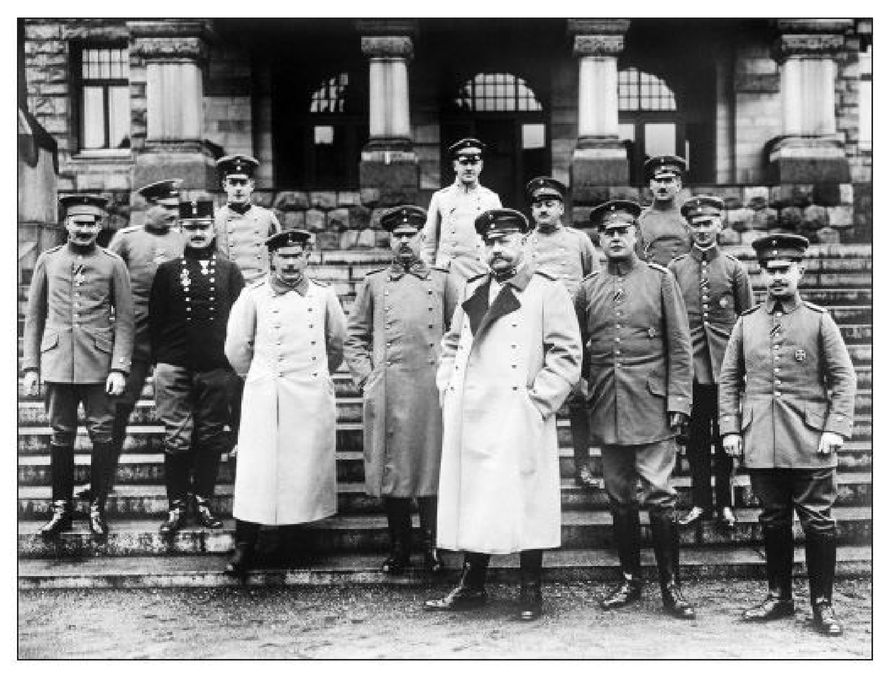
los Fusileros de Munster heridos aparecen tumbados a bordo de la barcaza en primer término.



26. Australianos en una trinchera en Walker's Ridge, en el sector de Anzac, Galípoli, 1915. Los australianos inexpertos acabarían por convertirse en soldados formidables cuando llegaran al Frente Occidental.



27. Caballería alemana en el Frente Oriental, 1914. La caballería tuvo un papel muy importante en las labores de reconocimiento en los grandes espacios abiertos del Frente Oriental durante los primeros meses de la guerra.



28. Los vencedores de la batalla de Tannenberg, el general Paul von Hindenburg y su estado mayor, poco después de la batalla en agosto de 1914. A la izquierda de Hindenburg se encuentra el general de división Erich Ludendorff y a su derecha, el teniente coronel Max Hoffman.



29. Tropas alemanas tomándose un merecido descanso durante las operaciones en el Frente Oriental, invierno de 1914.



30. El zar Nicolás II en uniforme militar en septiembre de 1915, más o menos por la época en la que se convirtió en comandante en jefe titular del ejército ruso.



31. Centinela ruso en una trinchera de primera línea, 1915. Las tropas de todos los bandos tuvieron que soportar unos inviernos de frío glacial en el Frente Oriental.



32. Grupo de prisioneros rusos cerca de Łodź, 1915. Muchísimos rusos fueron hechos prisioneros de guerra, pero Rusia disponía todavía de enormes cantidades de hombres.



33. El general ruso Alexéi Brusílov estudiando un mapa. En su ofensiva de 1916 Brusílov se reveló como uno de los innovadores verdaderamente grandes de la guerra.



34. Una posición de ametralladoras austrohúngara en las primeras líneas del frente en Polonia, 1917.

35. Tropas rusas retirándose a la desbandada en Galicia, julio de 1917. Por estas fechas, el estado Ruso ya no aguantaba más. La revolución estaba a la vuelta de la esquina y el ejército se vino abajo.

Notas

1. Camino de la guerra

1. O. von Bismarck, discurso, 1879, citado en *The Riverside Dictionary of Biography* (Boston, MA: Houghton Mifflin, 2005), p. 87.

2. O. von Bismarck, citado en E. Ludwig, *Wilhelm Hohenzollern: The Last of the Kaisers* (Nueva York: G.P. Putnam's Sons, 1927), p. 73.

3. H. von Moltke, citado en R. Foley, *German Strategy and the Path to Verdun: Erich von Falkenhayn and the Development of Attrition, 1870-1916* (Cambridge: Cambridge University Press, 2005), p. 23.

4. B. Jevtic citado en R. Fox, *We Were There: An Eyewitness History of the Twentieth Century* (Nueva York, Overlook, 2010), pp. 40-41.

5. Véase http://www.firstworldwar.com/source/harrachmemoir.htm

6. H. von Moltke, citado en A. Mombauer, *Helmuth von Moltke and the Origins of the First World War* (Cambridge: Cambridge University Press, 2001), p. 182.

7. H. Asquith, citado en D. Fromkin, *Europe's Last Summer: Why the World Went to War in 1914* (Londres: William Heinemann, 2004), p. 188.

8. H. Asquith, citado en Fromkin, *Europe's Last Summer*, p. 233.

9. E. Grey, citado en *War Speeches by British Ministers, 1914-1916* (Londres: T. Fisher Unwin Ltd, 1917), p. 158.

10. E. Goschen, http://www.firstworldwar.com/source/scrapofpaper1.htm

11. Vizconde Grey de Fallodon, *Twenty-Five Years, 1892-1916* (Nueva York: Frederick A. Stokes Company, 1925), p. 20.

2. El Frente Occidental, 1914

1. H. von Moltke, «el Viejo», citado en D. J. Hughes (ed.), *Moltke on the Art of War: Selected Writings* (Nueva York: Presidio Press, 1993), pp. 45-47.

2. E. von Ludendorff, *Ludendorff's Own Story* (Nueva York: Harper & Bros, 1919), pp. 43-44.

3. G. Leman, http://www.firstworldwar.com/source/lemandiary.htm. También C. F. Home (ed.), *Source Records of the Great War*, vol. II (Indianapolis: National Alumni, 1923).

4. http://www.firstworldwar.com/source/joffre.alsace.htm

5. Capitán Ignard, citado en J.-C. Delhez, *Le Jour de deuil de I armée française* (Thonne-la-Long: Jean-Claude Delhez, 2011), p. 383.

6. P. Lebaud, citado en J.-C. Delhez, *La bataille des Frontières racontée par les combattants* (Thonne-la-Long: Jean-Claude Delhez, 2007), p. 162.

7. A. Grasset, citado en P. Young, «Battle of the Frontiers: The Ardennes» en B. Pitt (ed.), *Purnell's History of the First World War,* vol. I (Londres: Purnell and Sons Ltd, 1969-1970), pp. 154-155.

8. P. Lintier, *My 75: Journal of a French Gunner* (Nueva York: Grosset & Dunlap, 1917), pp. 91-93.

9. *Ibid*, pp. 94-95.

10. A. Joubaire, citado en Delhez, *La bataille des Frontières*, p. 153.

11. D. E. Renault, citado en J.-P. Guéno e Y. Laplume, *Paroles des Poilus 1914-1918* (París: Librio, 2003), p. 27.

12. M. Genevoix, *Ceux de 14* (París: Flammarion, 1950), pp. 93-94.

13. J. Cisterne, citado en Delhez, *La bataille des Frontières*, pp. 34-35.

14. Lintier, *My 75*, pp. 119-120.

15. *Ibid*.

16. C. de Gaulle, citado en P. M. de la Gorce, *De Gaulle entre deux mondes: une vie et une époque* (París: Fayard, 1964), p. 102.

17. W. Hermanns, *The Holocaust: From a Survivor of Verdun* (Nueva York: Harper & Row, 1972), p. 74.

18. H. Smith-Dorrien, *Smith-Dorrien: Isandlwhana to the Great War* (Driffield: Leonaur, 2009), pp. 423-424.

19. G. Roupell, citado en D. Ascoli, *The Mons Star: The British Expeditionary Force, 1914* (Londres: Harrap Ltd, 1981), p. 69.

20. T. Bradley, citado en Ascoli, *The Mons Star*, p. 63.

21. W. Bloem, G. Wynne (trad. ing.), *The Advance from Mons, 1914* (Londres: Peter Davies Ltd, 1930), p. 56.

22. IWM DOCS: W. Morritt, carta manuscrita, 3/9/1914-4/9/1914.

23. T. Zuber, *The Mons Myth: A Reassessment of the Battle* (Stroud: History Press, 2010). También estoy en deuda con la obra de J. Sheldon.

24. Véase de nuevo Zuber, *The Mons Myth*, p. 167.

25. IWM DOCS: H. Rees, memorias, *A Personal Record of the First Three Months of the War*, p. 12.

26. IWM DOCS: B. T. St John, relato mecanografiado, parte I, pp. 35-36.

27. *Ibid*, p. 40.

28. J. Joffre, *The Memoirs of General Joffre,* vol. I (Londres: Geoffrey Bles, 1932), pp. 137-138.

29. *Ibid*, p. 185.

30. *Ibid*, pp. 183-184.

31. *Ibid*, p. 190.

32. *Ibid*, p. 197.

33. *Ibid*, p. 227.

34. A. von Kluck, *The March on Paris and the Battle of the Marne, 1914* (Londres: Edward Arnold, 1920), p. 69.

35. Orden de H. von Moltke, citado en von Kluck, *The March on Paris and the Battle of the Marne*, 1914, p. 94.

36. Von Kluck, *The March on Paris and the Battle of the Marne*, *1914*, p. 99.

37. Joffre, *The Memoirs of General Joffre*, vol. I, pp. 254-255.

38. *Ibid*, p. 255.

39. J. French, *1914* (Londres: Constable & Co. Ltd, 1919), pp. 197-198.

40. F. Foch, citado en M. S. Neiberg, *Foch* (Washington DC: Brasseys, 2003), p. 22.

41. E. von Falkenhayn, citado en R. Foley, *German Strategy and the Path to Verdun: Erich von Falkenhayn and the Development of Attrition, 1870-1916* (Cambridge: Cambridge University Press, 2005), p. 102.

42. W. Kaht, citado en J. Sheldon, *The German Army at Ypres, 1914* (Barnsley: Pen & Sword, 2010), pp. 105-106.

43. IWM DOCS: H. M. Dillon, carta, 25/10/1914.

44. IWM DOCS: W. A. Quinton, relato mecanografiado, p. 16.

45. *Ibid*.

46. *Ibid*.

47. J. Charteris, *Field Marshal Earl Haig* (Londres: Cassell & Co. Ltd, 1929), pp. 118-119.

48. F. Foch, citado en J. Marshall-Cornwall, *Haig as Military Commander* (Londres: B. T. Batsford Ltd, 1973), p. 132.

49. IWM DOCS: B. T. St John relato mecanografiado, parte 2, p. 44.

50. *Ibid*, pp. 44-45.

51. P. Dupouey, citado en *Ce Qui Demeure: Lettres de soldats tombés au champ d'honneur, 1914-1918* (París: Bartillat, 2009), p. 86.

52. IWM DOCS: W. A. Quinton, relato mecanografiado, pp. 23-24.

53. *Ibid*, pp. 24-26.

54. G. Berthier, citado en Guéno y Laplume, *Paroles des Poilus, 1914-1918*, pp. 79-80.

3. El Frente Oriental, 1914

1. E. von Ludendorff, *Ludendorff's Own Story* (Nueva York: Harper & Bros., 1919), p. 68.

4. La guerra en el mar, 1914-1915

1. J. Jellicoe, citado en *A. Temple Patterson (ed.), The Jellicoe Papers*, vol. I (Londres: Naval Records Society, 1996), p. 252.

2. A. von Tirpitz, *My Memoirs*, vol. I (Nueva York: Dodd, Mead & Company, 1919), pp. 9-10.

3. Von Tirpitz, *My Memoirs*, vol. I, p. 77.

4. Citado en O. Parkes, *British Battleships* (Londres: Seely Service & Co., 1957), p. 435.

5. J. Fisher, citado en J. T. Sumida, *In Defence of Naval Supremacy: Finance, Technology and British Naval Policy, 1889-1914* (Londres: Routledge, 1993), p. 259.

6. Von Tirpitz, *My Memoirs*, vol. I, pp. 170-172.

7. *Ibid*, vol. II, pp. 26-27 y 29-30.

8. R. Drax, citado en R. Hough, *The Great War at Sea, 1914-1918* (Oxford: Oxford Paperbacks, 1986), p. 132.

9. IWM Library: J. Speiss, *Six Years of Submarine Cruising*, Office of Naval Intelligence, 2/1926, pp. 2-3.

10. O. Weddigen, citado en *The Times*, 12/10/1914, p. 3.

11. A. Temple Patterson (ed.), *The Jellicoe Papers*, vol. I (Londres: The Naval Records Society, 1966), pp. 75-79.

12. *Ibid*, pp. 75-79.

13. D. P. R. Pound, entrada de su diario, 16/8/1914, citado en P. G. Halpern «Dudley Pound in the Grand Fleet, 1914-1915» en Michael Duffy (ed.), *The Naval Miscellany*, vol. VI (Aldershot: Ashgate en nombre de la Naval Records Society, 2003), p. 398.

14. Knoop, citado en G. Bennett, *Coronel and the Falklands* (Londres: Pan Books, 1967), p. 33.

15. H. Pochhammer, *Before Jutland: Admiral Spee's Last Voyage* (Londres: Jarrolds, 1931), pp. 202-203.

16. *Ibid*, p. 212.

17. *Ibid*, p. 217.

18. H. T. Bowen, citado en J. D. Grainger (ed.), *The Maritime Blockade of Germany in the Great War: The Northern Patrol* (Aldershot: Ashgate en nombre de la Navy Records Society, 2003), p. 61.

19. G. W. Vivian, citado en Grainger (ed.), *The Maritime Blockade of Germany in the Great War*, pp. 120-121.

20. W. Schwieger, citado en D. Schmidt, *The Folly of War: American Foreign Policy, 1898-2004* (Nueva York: Algora Publishing, 2005), p. 70.

21. IWM Sound Archive, J. Lewis, AC 7361.

22. L. Holland, citado en *Memorandum of the German Government in Regard to Inci- dents Alleged to have Attended the Destruction of a German Submarine and Its Crew by His Majesty's Auxiliary Cruiser Baralong on August 19, 1915 and Reply of His Majesty's Government Thereto* (Londres: HMSO, 1916), anexo 5.

5. El Frente Occidental, 1915

1. Bonaparte, citado en A. F. Becke, *Napoleon and Waterloo* (Londres: Kegan *et al*., 1914), p. 9.

2. E. von Falkenhayn, *General Headquarters, 1914-1916 and Its Critical Decisions* (Uckfield: Naval & Military Press, 2004), p. 56.

3. W. Ambroselli, citado en P. Witkop, *German Students' War Letters* (Filadelfia: Pine Street Books, 2002), pp. 189-190.

4. A. Hopp, citado en Witkop, *German Students' War Letters*, pp. 56-57. Hopp cayó en las colinas de Combres el 18 de marzo de 1915.

5. M. Genevoix, *Ceux de 14* (París: Flammarion, 1950), pp. 774-775.

6. D. Haig, citado en Duff Cooper, *Haig*, vol. I (Londres: Faber & Faber, 1935), pp. 223-224.

7. H. M. Trenchard, citado en A. Boyle, *Trenchard: Man of Vision* (Londres: Collins, 1962), p. 128.

8. D. Haig, entrada de su diario, 22/2/1915, citado en G. Sheffield y J. Bourne (eds.), *Douglas Haig: War Diaries and Letters 1914-1918* (Londres: Weidenfeld & Nicolson, 2005), p. 102.

9. W. L. Andrews, *Haunting Years: The Commentaries of a War Territorial* (Londres: Hutchinson & Co., 1930), pp. 48-49.

10. M. Kennedy, citado en G. Bridger, *The Battle of Neuve Chapelle* (Barnsley: Pen & Sword, 2009), pp. 48-49.

11. H. Rawlinson, citado en R. Prior y T. Wilson, *Command on the Western Front: The Military Career of Sir Henry Rawlinson, 1914-1918* (Oxford: Blackwell, 1992), p. 78.

12. «Los alegres» era el apodo que daban los franceses a sus soldados de África.

13. H. Mordacq, *Le drame de l'Yser: la surprise des gaz (avril 1915)* (París: Éditions des Portiques, 1933).

14. J. A. Currie, *The Red Watch: With the First Division in Flanders* (Londres: Constable & Co. Ltd, 1916), pp. 216-217.

15. W. Watson-Armstrong, *My First Week in Flanders* (Londres: Smith, Elder & Co., 1916), pp. 24-27.

16. IWM DOCS: W. A. Quinton, relato mecanografiado, pp. 50-51.

17. *Ibid*.

18. J. Joffre, citado en R. A. Doughty, *Pyrrhic Victory: French Strategy and Operations in the Great War* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 2005), p. 156.

19. L. F. Sotheby, citado en D. C. Richter, *Lionel Sotheby's Great War: Diaries and Letters from the Western Front* (Athens, OH: Ohio University Press, 1990), pp. 98-99.

20. *Ibid*, p. 102.

21. A. Millerand, citado en J. Joffre, *The Memoirs of General Joffre*, vol. II (Londres: Geoffrey Bles, 1932), pp. 357-358.

22. E. Morin, *Lieutenant Morin: Combattant de la guerre, 1914-1918* (Besançon: Cêtre, 2002), p. 93.

23. H. Laporte, *Journal d'un poilu* (París: Éditions Mille et Une Nuits, 1998), pp. 64-65.

24. H. G. Picton Davies, citado en C. H. Dudley Ward, *Regimental Records of the Royal Welch Fusiliers*, vol. III (Londres: Forster Groom & Co. Ltd, 1920), pp. 141-144.

25. IWM Sound Archive: R. Thorpe-Tracey, AC 00036.

6. El Frente Oriental, 1915

1. E. von Falkenhayn, *General Headquarters, 1914-1916 and Its Critical Decisions* (Uckfield: Naval & Military Press, 2004), p. 88.

7. Galípoli, 1915

1. W. Churchill, citado por G. Riddell en M. Gilbert, *Winston S. Churchill*, vol. III, *1914-1916* (Londres: William Heinemann Ltd, 1971), p. 411.

2. A. R. Perry, citado en S. Chambers, *Anzac: The Landing* (Barnsley: Pen & Sword, 2008), p. 44.

3. IWM DOCS: S. Aker, «The Dardanelles: The Ari Burnu Battles and 27th Regiment» en la Rayfield Papers Collection.

4. IWM PRINTED BOOKS: Atatürk Memoirs, K03/1686, pp. 8-9.

5. National Army Museum: D. French, carta manuscrita, 4/1915.

6. Frederick Royle, 1/7.º B. del Regimiento de Mánchester, caído en acción el 4 de junio de 1915. Se desconoce dónde está enterrado, pero su nombre figura en el Memorial de Hele.

7. IWM DOCS: J. S. Gatley, relato de su diario mecanografiado, pp. 30-31.

8. IWM DOCS: G. G. A. Egerton, relato mecanografiado, pp. 2-3.

9. Brotherton Special Collections Library, Leeds University, Liddle Collection, C. R. Duke, relato mecanografiado, pp. 99-100.

10. A. Crawford, «3rd Light Horse Brigade on Gallipoli», *Reveille*, 1/8/1932, p. 38.

11. W. B. Shannon, citado por S. Chambers, *Suvia: August Offensive* (Barnsley: Pen & Sword, 2011), p. 38.

12. C. F. Aspinall-Oglander, *History of the Great War Based on Official Documents: Gallipoli*, vol. II: *Military Operations: May 1915 to the Evacuation* (Londres: William Heinemann & Co., 1932), p. 325.

13. IWM DOCS: G. Nightingale, carta, 25/8/1915.

8. Salónica, 1915-1918

1. A. Winnington-Ingram, citado en *Balkan News*, diciembre de 1918.

2. C. von Clausewitz, *Principles of War* (Nueva York: Dover Publications, 2003), p. 45.

3. R. Skilbeck-Smith, *A Subaltern in Macedonia and Judaea* (Londres: Mitre Press, 1930), p. 98.

4. IWM Documents, F. T. Mullins, relato, transcripción, p. 6.

5. *Ibid*, p. 7.

6. IWM Documents: R. W. Townsend, correspondencia, 9/1918.

7. *Ibid*.

9. El Frente Occidental, 1916

1. J. Charteris, *At G.H.Q.* (Londres: Cassell & Co., 1931), p. 134.

2. E. von Falkenhayn, citado en R. Foley, *German Strategy and the Path to Verdun: Erich von Falkenhayn and the Development of Attrition, 1870-1916* (Cambridge: Cambridge University Press, 2005), p. 187.

3. E. von Falkenhayn, *General Headquarters, 1914-1916 and Its Critical Decisions* (Uckfield: Naval & Military Press, 2004), p. 224.

4. J. Hacquin, citado en M. Brown, *Verdun, 1916* (Stroud: Tempus, 2000), p. 48.

5. H. Pétain, citado en Foley, *German Strategy and the Path to Verdun*, p. 221.

6. R. Arnaud (trad. ing. de J. B. Donne), *Tragédie Bouffe* (Londres: Sidgwick & Jackson, 1966), p. 54.

7. S. E. Reynal, *Le Drame du Fort de Vaux* (Verdún: Éditions Lorraines, 1949), pp. 171-172.

8. W. Hermanns, *The Holocaust: From a Survivor of Verdun* (Nueva York: Harper & Row, 1972), pp. 79 y 104-105.

9. *Ibid*, p. 112.

10. *Ibid*, pp. 116-118.

11. D. Haig, carta al vizconde Bertie of Thame, 5/6/1916, citado en G. Sheffield y J. Bourne (eds.), *Douglas Haig: War Diaries and Letters 1914-18* (Londres: Weidenfeld & Nicolson, 2005), p. 189.

12. J. Charteris, *Field Marshal Earl Haig* (Londres: Cassell & Co., 1929), pp. 205-206.

13. IWM DOCS: T. Hughes, diario, transcripción, 1/5/1916.

14. IWM DOCS: C. G. Lawson, carta mecanografiada, 24/6/1916.

15. M. Gerster, citado en J. Sheldon, *The German Army on the Somme* (Barnsley: Pen & Sword, 2005), pp. 121-122.

16. *Ibid*, pp. 133-134.

17. IWM DOCS: C. C. May, carta y diario mecanografiados, 17/6/1916.

18. IWM DOCS: W. T. Colyer, relato manuscrito, «War Impressions».

19. O. Lais, citado en Sheldon, *The German Army on the Somme*, p. 142.

20. Teniente Kienitz, citado en Sheldon, *The German Army on the Somme*, p. 159.

21. J. Foy, citado en I. Sumner, *They Shall Not Pass: The French Army on the Western Front, 1914-1918* (Barnsley: Pen & Sword, 2012), p. 135.

22. H. von Wurmb, citado en Sheldon, *The German Army on the Somme*, p. 111.

23. F. von Below, citado en Sheldon, *The German Army on the Somme*, p. 179.

24. E. Gerhardinger, citado en Sheldon, *The German Army on the Somme*, pp. 197-198.

25. F. von Below, citado en H. A. Jones, *History of the Great War Based on Official Documents: The War in the Air, Being the Story of the Part Played in the Great War by the Royal Air Force*, vol. II (Oxford: Clarendon Press, 1928), pp. 270-271.

26. H. Preston, *Reveille*, vol. 8, n.º 12, p. 30.

27. IWM DOCS: P. H. Pilditch, memorias mecanografiadas, p. 315.

28. Soldado Rabe, citado en Sheldon, *The German Army on the Somme*, p. 201.

29. H. Kohl, citado en Sheldon, *The German Army on the Somme, 1914-1916*, p. 292.

30. B. Henriques, *Indiscretions of a Warden* (Londres: Methuen & Co., 1937), pp. 118-119.

31. Sargento Weinert, citado en T. Pidgeon, *The Tanks at Flers*, vol. I (Cobham: Fairmile Books, 1995), p. 132.

32. D. Haig, citado en Sheffield y Bourne, *Douglas Haig*, p. 237.

33. M. von Richthofen, *The Red Airfighter* (London: Greenhill Books, 1990), pp. 93- 94.

34. National Army Museum: E. R. Buckell, relato mecanografiado, «The Somme», p. 6.

35. E. Ludendorff, *My War Memories* (Londres: Hutchinson & Co., 1920), p. 307.

36. IWM DOCS: P. H. Pilditch, memorias mecanografiadas, p. 331.

10. El Frente Oriental, 1916

1. P. von Hindenburg, *Out of My Life* (Londres: Cassel), p. 273.

11. La guerra en el mar, 1916

1. IWM DOCS: J. C. Croome, relato mecanografiado.

2. http://wwi.lib.byu.edu/index.php/Wilson_on_the_Sussex_Case

3. R. Scheer, *Germany's High Seas Fleet in the World War* (Londres: Cassell & Co., 1920), p. 176.

4. IWM DOCS: J. C. Croome, relato mecanografiado.

5. IWM DOCS: T. M. Field Collection: E. Francis: «Impressions of a Gunner's Mate at Jutland».

6. A. E. M. Chatfield, *The Navy and Defence: The Autobiography of Admiral of the Fleet, Lord Chatfield* (Londres: William Heinemann Ltd, 1942), p. 143.

7. H. P. K. Oram, *Ready for Sea* (Londres: Seeley Service & Co. Ltd, 1974), pp. 155-156.

8. G. von Hase, *Kiel and Jutland* (Londres: Skeffington & Sons, 1921), pp. 171-174.

9. J. S. Corbett, *History of the Great War: Naval Operations*, vol. III (Londres: Longmans Green & Co., 1923), p. 355.

10. J. Jellicoe, alegato citado en David Beatty, *The Beatty Papers* (Aldershot: Scolar Press for the Navy Records Society, 1989), p. 470.

11. H. Kitching, citado en H. W. Fawcett y G. W. W. Hooper, *The Fighting at Jutland: The Personal Experiences of Sixty Officers and Men of the British Fleet* (Londres: Maclure, Macdonald & Co., 1921), pp. 433-434.

12. *Ibid*, p. 434.

13. IWM DOCS: Misc. 1010, R. Church Collection: B. W. Gasson, respuesta manuscrita a un cuestionario, *ca*. 1970-1974.

14. Scheer, *German High Seas Fleet in the Great War*, p. 153.

15. J. Jellicoe, «Errors in the Jutland Battle», citado en F. C. Dreyer, *The Sea Heritage: A Study of Maritime Warfare* (Londres: Museum Press, 1955), p. 167.

16. N. J. W. Powlett, citado en Fawcett y Hooper, *The Fighting at Jutland*, p. 190.

17. A. P. Bush, citado en Fawcett y Hooper, *The Fighting at Jutland*, pp. 177-178.

18. J. A. Fergusson citado en A. J. Marder, *From the Dreadnought to Scapa Flow: Jutland and After (May 1916-October 1916)*, vol. III (Oxford: Oxford University Press, 1966), p. 158.

19. M. von Egidy, «Jutland: A German View», Purnell Partworks, *History of the First World War*, vol. 4, n.º 3, p. 1418.

20. H. Zenne, copia del artículo de un periódico, proporcionada por L. W. Burr.

21. IWM DOCS: D. Lorimer, relato mecanografiado, pp. 120-121.

12. Mesopotamia, 1914-1918

1. G. Gorringe, citado en A. J. Barker, *The First Iraq War, 1914-1918* (Nueva York: Enigma Books, 2009), p. 17.

2. La IEF «A» era la fuerza expedicionaria destinada a prestar servicio en el Frente Occidental y Egipto, mietras que la IEF «B» y la IEF «C» estaban destinadas ambas al África oriental.

3. Lord Crewe, citado en *Mesopotamia Commission Report* (Londres: HMSO, 1917), p. 17.

4. H. B. Reynardson, *Mesopotamia, 1914-1915: Extracts from a Regimental Officer's Diary* (Londres: Andrew Melrose Ltd., 1919), pp. 143-144.

5. Reynardson, *Mesopotamia, 1914-1915*, pp. 148-149.

6. C. V. F. Townshend, *My Campaign in Mesopotamia* (Londres: Thornton Butterworth Ltd., 1920), pp. 70-71.

7. J. Nixon, citado en Townshend, *My Campaign in Mesopotamia*, p. 99.

8. Townshend, *My Campaign in Mesopotamia*, p. 124.

9. *Ibid*, p. 161.

10. R. B. Carter, citado en *Mesopotamia Commission Report*, pp. 76-77.

11. C. J. Meliss, citado en M. Carver, *The National Army Museum Book of the Turkish Front, 1914-1918* (Londres: Pan Books, segunda edición, 2004), p. 132.

12. IWM DOCS: E. Walker, diario mecanografiado, 5/12/1915, p. 21.

13. F. Aylmer, citado en F. J. Moberly, *History of the Great War Based on Official Documents: The Campaign in Mesopotamia, 1914-1918*, vol. II (Londres: HMSO, 1924), p. 240.

14. IWM DOCS: E. Walker, diario mecanografiado, 5/12/1915, p. 41.

15. E. O. Mousley, *The Secrets of a Kuttite* (Londres: John Lane Company, 1921), p. 131.

16. *Ibid*, pp. 139 y 147.

17. P. Hehir, citado en *Mesopotamia Commission Report*, p. 170.

18. IWM DOCS: C. C. Aston, carta, 11/4/1916.

19. IWM DOCS: A. J. Anderson, relato mecanografiado, pp. 88-89.

20. *Ibid*, pp. 96-97.

21. IWM DOCS: H. V. Wheeler, carta/memoria mecanografiada, 10/1/1974, p. 1.

22. *Ibid*, pp. 2-3.

23. G. F. MacMunn, *Behind the Scenes in Many Wars* (Londres: John Murray, 1930), pp. 207-208.

24. W. Robertson, citado en A. J. Barker, *The First Iraq War, 1914-1918* (Nueva York: Enigma Books, 2009), p. 263.

13. El Frente Oriental, 1917-1918

1. A. Kerensky, citado en J. Reed, *Ten Days That Shook the World* (Londres: Penguin Books, 2007), p. 60.

14. La guerra en el mar, 1917-1918

1. D. Lloyd George, *War Memoirs of David Lloyd Geor*, vol. I (Londres: Odhams Press, 1938), p. 673.

2. R. Scheer, *German High Seas Fleet in the Great War* (Londres: Cassell & Co., 1920), p. 360.

3. *Ibid*, p. 169.

4. http://wwi.lib.byu.edu/index.php/1917_Documents

5. W. Wilson, discurso ante el Congreso, 2/4/1917, en Charles F. Home (ed.), *Source Records of the Great War*, vol. V (Indianápolis: National Alumni, 1923).

6. D. Haig, citado en R. Blake, *The Private Papers of Douglas Haig, 1914-1919* (Londres: Eyre & Spottiswoode, 1952), pp. 240-241.

7. National Library of Scotland: carta de D. Haig a *lady* Haig, 7/5/1917, NLS Ace. 3155 147.

8. D. W. Bone, *Merchantmen-at-Arms: The Britisli Merchants' Service in the War* (Londres: Chatto & Windus, 1919), p. 182. Parecería que una de las habituales frases de los diálogos de *Star Trek* se basaba efectivamente en una buena tradición náutica.

9. A. Saalwächter, citado en A. Marder, *From the Dreadnought to Scapa Flow*, vol. IV (Londres: Oxford University Press, 1969), p. 285.

10. H. Adam, citado en R. Scheer, *German High Seas Fleet in the Great War* (Londres, Cassell & Co., 1920), pp. 273-274.

11. J. Speiss, «Six Years of Submarine Cruising», US Office of Naval Intelligence, febrero de 1926, pp. 2-3.

12. G. H. Barnish, citado en T. Dorling, *Endless Story* (Londres: Hodder & Stoughton, 1932), pp. 277-278, editado con material extra de R. Young y P. Armstrong, *Silent Warriors: Submarine Wrecks of the British Isles-England's East Coast to Kent* (Stroud: The History Press, 2006).

13. W. Wainwright citado por C. B. Purdon (ed.), *Everyman at War* (Londres: J. M. Dent & Sons, 1930), pp. 399-400.

14. *Ibid*, p. 403.

15. C. Widdison, *Nottinghamshire Weekly Express*, 3/5/1918.

16. IWM DOCS: W. H. Gough, relato mecanografiado.

17. C. Widdison, *Nottinghamshire Weekly Express*, 3/5/1918.

18. A. Carpenter http://www.firstworldwar.com/diaries/zeebrugge.carpenter.htm

19. R. Stumpf, *The Private War of Seaman Stumpf* (Londres: Leslie Frewin, 1969), pp. 417-419.

20. A. von Trotha citado en A. J. Marder, *From the Dreadnought to Scapa Flow*, vol. V (Londres: Oxford University Press, 1970), p. 174.

15. El Frente Occidental, 1917

1. D. Haig, citado en J. E. Edmonds, *Military Operations in France and Belgium, 1917*, vol. II (Londres: HMSO, 1948), p. 426.

2. Erich von Ludendorff, *My War Memories* vol. I (Londres: Hutchinson & Co. Ltd., 1919), p. 273.

3. R. Nivelle, citado en I. Sumner, *They Shall Not Pass: The French Army on the Western Front, 1914-1918* (Barnsley: Pen & Sword, 2012), p. 145.

4. J. Charteris, *At G. H. Q.* (Londres: Cassell & Co., 1931), p. 200.

5. H. Trenchard, citado en A. Boyle, *Trenchard: Man of Vision* (Londres: Collins, 1962), p. 209.

6. P. Warren, citado en R. Gibbons, *The Red Knight of Germany* (Nueva York: Garden City Publishing Co. Inc., 1927), pp. 170-171.

7. Tte. 2.º Bittkau, citado en J. Sheldon, *The German Army on Vimy Ridge, 1914-1917* (Barnsley: Pen & Sword, 2008), p. 286.

8. *Ibid*, pp. 286-287.

9. IWM DOCS: M. I. Hood, memorias manuscritas.

10. IWM DOCS: E. J. D. Routh, relato mecanografiado y diario manuscrito, 9/4/1917.

11. L. Barthas, *Les Carnets de guerre de Louis Barthas, tonnelier, 1914-1918* (París: Éditions La Decouverte, 1987), p. 449.

12. M. C. Chenu, citado en I. Sumner, *They Shall Not Pass*, pp. 233-234.

13. J.-L. Cros, citado en J. P. Gueno & Y. Laplume, *Paroles des Poilus* (París: Librio, 2003), p. 166.

14. Barthas, *Les Carnets de guerre de Louis Barthas, tonnelier, 1914-1918*, p. 471.

15. *Ibid*, pp.472-473.

16. *Ibid*.

17. J. Cousins, citado en J. Nicholls, *Cheerful Sacrifice: The Battle of Arras, 1917* (Londres: Leo Cooper, 1995), p. 197.

18. D. Haig, diario, 1 de mayo de 1917, citado en R. Blake, *The Private Papers of Douglas Haig, 1914-1919* (Londres: Eyre & Spottiswoode, 1952), p. 223.

19. O. H. Woodward, *The War Story of Oliver Holmes Woodward* (Adelaide: O. H. Woodward, 1932), pp. 96-97.

20. R. Hamilton, *The War Diary of the Master of Belhaven, 1914-1918* (Barnsley: Wharncliffe, 1990), pp. 303-304.

21. Tte. 2.º Meinke, citado en J. Sheldon, *The German Army at Passchendaele* (Barnsley: Pen & Sword, 2007), p. 19.

22. J. Charteris, citado en J. E. Edmonds, *Military Operations, France and Belgium, 1917*, vol. II (Londres: HMSO, 1948), p. 97.

23. D. Lloyd George, *War Memoirs of David Lloyd George*, vol. II (Londres: Odhams Press, 1938), p. 280.

24. E. Blunden, *Undertones of War* (Londres: Cobden-Sanderson, 1930), pp. 219- 220.

25. G. Gurtler, citado en P. Witkop, *German Students' War Letters* (Filadelfia: Pine Street Books, 2002), p. 361. Ha sido imposible averiguar el rango y la unidad de Gurtler.

26. IWM DOCS: J. S. Handley, memorias mecanografiadas, pp. 7-10.

27. *Ibid*.

28. F. von Forstner, citado en J. Sheldon, *The German Army at Passchendaele*, pp. 52- 53.

29. Informe de la operación, 1 de agosto de 1917, citado en Edmonds, *Military Operations, France and Belgium, 1917*, vol. II, p. 448.

30. H. Gough, *The Fifth Army* (Londres: Hodder & Stoughton, 1931), p. 205.

31. E. Ludendorff, *My War Memories, 1914-1918* (Londres: Hutchinson & Co., 1919), p. 480.

32. C. H. Harrington, citado en Edmonds, *Military Operations, France and Belgium, 1917*, vol. II, p. 460.

33. C. Lawrence, *Sergeant Lawrence Goes to France* (Melbourne: Melbourne University Press, 1987), pp. 124-125.

34. Ludendorff, *My War Memories, 1914-1918*, p. 489.

35. *Ibid*, p. 490.

36. IWM DOCS: R. G. Dixon, memorias mecanografiadas, p. 32.

37. Norman Cliff, *To Hell and Back with the Guards* (Braunton: Merlin Books, 1988), p. 83.

38. W. G. Fisher, citado en C. E. W. Bean (ed.), *The Official History of Australia in the War of 1914-1918*, vol. IV (Queensland: University of Queensland Press, 1982), p. 927.

39. Ludendorff, *My War Memories, 1914-1918*, vol. II, p. 106.

40. IWM DOCS: W. R. Kirkby, texto mecanografiado.

41. A. Saucke, citado en J. Sheldon, *The German Army at Cambrai* (Barnsley: Pen & Sword, 2009), pp. 49-50.

42. *Ibid*, p. 51.

43. Arthur Gould Lee, *No Parachute: A Fighter Pilot in World War I* (Londres: The Adventurers Club, 1968), p. 163.

44. IWM DOCS: K. Wootton, relato en los documentos de N. M. Dillon.

45. *Ibid*.

46. A. Ballard, citado en B. Hammond, *Cambrai*, *1917* (Londres: Weidenfeld & Nicholson, 2008), p. 169.

47. Tte. 2.º Von der Goltz, citado en Sheldon, *The German Army at Cambrai*, pp. 227- 228.

48. Sargento Engesser citado en Sheldon, *The German Army at Cambrai*, pp. 238-239.

49. Cliff, *To Hell and Back with the Guards*, pp. 85-86.

16. Italia, 1915-1918

1. D. Lloyd George, *War Memoirs*, vol. II (Londres: Odhams Press Ltd., 1936), p. 1302.

2. National Archives: CAB 25/22, C. N. Buzzard, *Italian Army: Impressions of Lt Col. Buzzard, RN*, p. 4.

3. C. N. Buzzard, citado en J. E. Edmonds, *Military Operations, Italy, 1915-1919* (Nashville: Battery Press, 1991), p. 36.

4. O. von Below, citado en Edmonds, *Military Operations, Italy, 1915-1919*, p. 51.

5. E. Rommel, *Infantry Attacks* (Washington: The Infantry Journal, 1944), p.170.

6. *Ibid*, pp. 174-177 (editado).

7. *Ibid*.

8. N. Gladden, *Across the Piave* (Londres: HMSO, 1971), pp. 118-119.

9. *Ibid*, pp. 121 y 122.

10. *Ibid*, p. 124.

11. *Ibid*, pp. 166-168.

12. *Ibid*, pp. 166-168.

13. *Ibid*, pp. 177-178.

17. Las campañas del Sinaí y Palestina, 1914-1918

1. D. Lloyd George, *Hansard*, 20 de diciembre de 1917.

2. T. E. Lawrence, citado en M. Brown, *T. E Lawrence in War and Peace* (Londres: Greenhill Books, 2005), p. 99.

3. A. H. Lee, citado en C. H. Dudley Ward, *History of the 53rd (Welsh) Division* (Cardiff: Western Mail, 1927), pp. 88-89.

4. I. L. Idriess, *The Desert Column* (Sydney: Angus & Robertson Ltd., 1935), p. 325.

5. E. Allenby, citado en A. Wavell, *Allenby: A Study in Greatness* (Londres: George G. Harrap, 1940), p. 183.

6. W. B. Mercer, citado en Marquess of Anglesey, *A History of the British Cavalry, 1816-1919*, vol. VI (Londres: Leo Cooper, 1995), p. 173.

7. O. Teichmann, *The Diary of a Yeoman* (Londres: Fisher & Unwin Ltd., 1921), pp. 184-185.

8. W. Robertson, citado en M. Hughes, *Allenby in Palestine: The Middle East Correspondence of Field Marshal Viscount Allenby* (Stroud: Sutton Publishing Ltd., 2004), pp. 92-93.

9. B. Livermore, *Long 'un-A Damn Bad Soldier* (Batley: Harry Hayes, 1974), p. 128.

10. E. Allenby, citado en Hughes, *Allenby in Palestine*, p. 178.

11. E. C. Conrick, citado en M. Molkentin, *Fire in the Sky: The Australian Flying Corps in the First World War* (Crows Nest, NSW: Alien & Unwin, 2010), p. 162.

18. El Frente Occidental, 1918

1. IWM DOCS: R. G. Dixon, relato mecanografiado, The Wheels of Darkness', p.133.

2. E. Ludendorff, *Ludendorff's Own Story: August 1914-November 1918* (Nueva York y London: Harper & Bros., 1919), pp. 160-161.

3. IWM DOCS: E Meisel, relato mecanografiado, p. 19.

4. H. Sulzbach, *With the German Guns* (Londres: Frederick Warne, 1981), p. 150.

5. IWM DOCS: E. C. Alfree, relato mecanografiado, pp. 319-320.

6. IWM DOCS: C. C. Miller, relato mecanografiado, «A Letter from India to My Daughters in England», pp. 33-34.

7. P. Kretschmer, citado en S. Bull, *German Assault Troops of the First World War: The First Stormtroopers* (Stroud: Spellmount, 2007), p. vii.

8. IWM DOCS: J. Brady, relato mecanografiado, pp. 133-134.

9. IWM DOCS: E. C. Alfree, relato mecanografiado, pp. 347-349.

10. E. Udet, *Ace of the Black Cross* (Londres: Newnes, 1937), pp. 95-96.

11. D. Haig, citado en G. Sheffield y J. Bourne, *Douglas Haig: War Diaries and Letters, 1914-1918* (Londres: Weidenfeld & Nicolson, 2005), pp. 393-394.

12. IWM DOCS: R. Foot, relato mecanografiado, «Once a Gunner», p. 87.

13. IWM DOCS: J. T. Capron, relato mecanografiado, pp. 30-31.

14. http://wwi.lib.byu.edu/index.php/Diaries,_Memorials,_Personal_Reminiscences) G. E. Dose, «German 187th Infantry Regiment in Flanders, at Arras and Cambrai, 1917-1918».

15. Ludendorff, *Ludendorff's Own Story: August 1914-November 1918*, pp. 237-238.

16. IWM DOCS: F. Warren, diario, 28/3/1918.

17. IWM DOCS: F. Meisel, relato mecanografiado, pp. 22-23.

18. D. Haig, citado en J. E. Edmonds, *History of the Great War: Military Operations France and Belgium, 1918*, vol. II (Londres: Macmillan & Co. Ltd., 1937), p. 512.

19. IWM DOCS: F. Meisel, relato mecanografiado, p. 30.

20. *Ibid*, pp. 31-32.

21. H. Desagneux, *A French Soldier's War Diary, 1914-1918* (Morley: Elmfield Press, 1975), pp. 60-61.

22. IWM DOCS: F. Meisel, relato mecanografiado, p. 32.

23. D. G. Lewis, «My Most Thrilling Flight: An Encounter with Richthofen», *Popular Flying*, mayo de 1938, p. 75.

24. *Ibid*, p. 76.

25. W. May, «Lieutenant Wilfred 'Wop' May's Account», *Cross & Cockade*, vol. 23, n.º 2, p. 112.

26. F. Mitchell, *Tank Warfare: The Story of the Tanks in the Great War* (Londres: Thomas Nelson & Sons, 1933), pp. 189-190.

27. *Ibid*, pp. 191-192.

28. Editado de W. H. Downing, *To the Last Ridge* (Londres: Grub Street, 2005), pp. 118-119.

29. S. Rogerson, citado en J. H. Boraston y C. E. O. Bax, *The Eighth Division at War, 1914-1918* (Londres: Medici Society 1926), pp. 222-223.

30. G. Gaudy, citado en I. Sumner, *They Shall Not Pass: The French Army on the Western Front, 1914-1918* (Barnsley: Pen & Sword, 2012), p. 193.

31. IWM DOCS: J. Nettleton, relato mecanografiado, pp. 148-149.

32. M. H. Silverthorn, citado en J. H. Hallas, *Doughboy War: The American Expeditionary Force in WWI* (Mechanicsburg, PA: Stackpole Books, 2009), pp.89-90.

33. Doughboy Center, http://www.worldwar1.com/dbc/2marne.htm

34. http://www.firstworldwar.com/diaries/secondmarne.htm. Procedente originalmente de C. F. Home, *Source Records of the Great War*, vol. VI (Indianápolis: US National Alumni, 1923).

35. E. Morin, *Lieutenant Morin: Combattant de la guerre, 1914-1918* (Besançon: Cêtre, 2002), p. 287.

36. J. W. Thomason, citado en D. V. Johnson y R. L. Hillman, *Soissons, 1918* (Texas: Texas A & M University Press, 1999), p. 64.

37. L. T. Janda, citado en Johnson y Hillman, *Soissons 1918*, p. 79.

38. Morin, *Lieutenant Morin*, p. 287.

39. IWM DOCS: F. Meisel, relato mecanografiado, pp. 51 y 60-61.

40. E. J. Rule, *Jacka's Mob: A 'Narrative of the Great War by Edgar John Rule* (Melbourne: Military Melbourne, 1999), p. 133.

41. H. Wilson, citado en J. E. Edmonds, *History of the Great War: Military Operations France and Belgium, 1918*, vol. IV (Nashville: Battery Press, 1993), p. 532.

42. J. Monash, citado en N. Browning, *The Blue and White Diamond: The History of the 29th Battalion, 1915-1919* (Bassendean, WA: Advance Press), p. 412.

43. IWM DOCS: W. Kerr, relato mecanografiado, pp. 106-107.

44. IWM DOCS: G. V. Rose, relato mecanografiado, «Three Years and a Day», p. 119.

45. Tank Museum, Bovington: C. Rowland, relato mecanografiado.

46. Ludendorff, *Ludendorff's Own Story*, p. 326.

47. D. Haig, citado en Sheffield y Bourne, *Douglas Haig*, pp. 445-456.

48. Ludendorff, *Ludendorff's Own Story*, p. 332.

49. D. Haig, citado en Edmonds, *Military Operations France and Belgium, 1918*, vol. IV, apéndice XX, p. 588.

50. M. Timberlake, citado en J. L. McWilliams y R. James Steel, *The Suicide Battalion* (Stevenage: Spa Books, 1990), p. 163.

51. E. Rickenbacker, *Fighting the Flying Circus* (Nueva York: Frederich Stokes Co., 1919), p. 232.

52. *Ibid*, pp. 233-234.

53. http://www.htc.net/~dermody/yankww1.htm. C. Dermody, «A Yank in the First World War» (transcripción de L. McCauley).

54. M. Maverick, citado en Hallas, *Doughboy War*, pp. 266-267.

55. *Ibid.*

56. IWM DOCS: G. K. Parker, relato mecanografiado, p. 29.

57. US National Archives: Schleicher citado en traducción de F. W. Norton, *Testimony of German Officers and Men, the Origins of War Legends: An Investigation of the Alleged Feat of Sgt York, October 8, 1918*, pp. 12-13.

58. P. von Hindenburg, citado en J. Lee, *The Warlords* (Londres: Weidenfeld & Nicolson, 1919), pp. 375-376.

59. Ludendorff, *Ludendorff's Own Story*, pp. 375-376.

60. IWM DOCS: T. H. Westmacott, carta mecanografiada, 7/11/1918.

61. http://freepages.genealogy.rootsweb.com/~brett/cmgc/cmgc_cgf_letters.html Trent University Archives: C. G. Frost, carta, 17/11/1918.

62. IWM DOCS: R. G. Dixon, relato mecanografiado, «The Wheels of Darkness», pp. 138-139.

63. E. Brec, citado en Sumner, *They Shall Not Pass*, p. 211.

64. R. Stumpf, *The Private War of Seaman Stumpf* (Londres: Leslie Frewin, 1969), pp. 427-428.

19. ¿UN MUNDO SIN GUERRA?

1. W. Churchill, citado en M. Gilbert, *Winston S. Churchill*, vol. III, *1914-1916* (Londres: William Heinemann Ltd., 1971), p. 201.

2. A. von Tirpitz, *My Memoirs*, vol. I (Nueva York: Dodd, Mead & Co., 1919), p. 377.

3. Mariscal de campo sir Douglas Haig sobre los «Features of the War», *Londres Gazette*, 8 de abril de 1919.

* Literalmente, «Corto, Cargador, Lee-Enfield», lo que indicaba un fusil Lee-Enfield con un cañón menos largo de lo habitual, provisto, además, de un cargador de gran capacidad. (*N. del t.*)

* Los llamados «Pals Battalions», esto es, «batallones de amigos/compañeros», eran unas unidades creadas especialmente por el ejército británico para fomentar el enrolamiento voluntario. Estaban formadas por hombres que se habían presentado como reclutas con la promesa de que podrían servir con sus amigos, vecinos o compañeros en vez de ser incluidos aleatoriamente en los distintos regimientos regulares del ejército. (*N. del t.*)

* «High Wood» es el nombre con el que los británicos llamaban el *bois des Foureaux*, un pequeño bosque situado en las inmediaciones de Bazentin-le-Petit. (*N. del t.*)

* *Jasta* es la forma abreviada de *Jagdstaffel* («escuadrón»). (*N. del t.*)

La Gran Guerra

Peter Hart

Título original: *The Great War*

First published in Great Britain in 2013 by PROFILE BOOKS LTD

www.profilebooks.com

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2014

ISBN: 978-84-9892-701-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

www.newcomlab.com

ÍNDICE